M. K. HUME

EL REY ARTURO

EL CÁLIZ MALDITO

Un futuro de tinieblas amenaza
el reino de Britania

¿Sobrevivirá la leyenda artúrica?

NOVELA

GUERRA • OSCURIDAD • LE

Lectulandia

La leyenda épica de Arturo, rey de los britones.

Los pueblos de Bretaña llevan años disfrutando de la paz y la prosperidad gracias al buen gobierno del rey Artor y la alianza de las tribus pactada en la Unión de Reyes. Frente al despotismo de su predecesor, Uter Pandragón, Artor gobierna con enorme sentido del deber, con honor y buen hacer.

Negros presagios sobre Camelot.

Ahora que Artor envejece, a su alrededor empieza a sembrarse la semilla del descontento. Los paganos, en su afán por eliminar las creencias cristianas del territorio, expulsan de sus tierras a sus seguidores. Pero necesitan un símbolo que les legitime y que sirva de vínculo, que una a todos los que no confían en Artor para formar un grupo invencible.

Los oscuros y funestos beligerantes intentan apoderarse del antiguo cáliz guardado por el obispo Lucius de Glastonbury con el fin de socavar la unidad del reino lograda por Artor. Una vez que se han apropiado de la reliquia, las fuerzas del mal se liberan desatando una ola de fanatismo y de violencia incontrolable.

¿Sobrevivirá Bretaña?

Artor ve que la amenaza sobre su reino parte de su propia casa, que en ella habita la traición. A Artor le traicionan los suyos. Los celtas se enfrentarán entre ellos dejando correr tras de sí ríos de sangre.

¿Sobrevivirá la leyenda del rey Arturo?

Lectulandia

M. K. Hume

El rey Arturo: El cáliz maldito

Crónicas del rey Arturo: Rey de los británicos - 3

ePub r1.0
viejo_oso 23.11.14

Título original: *King Arthur: The Bloody Cup*
M. K. Hume, 2009
Traducción: Paloma Tejada Caller

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Amigos, verdaderos amigos, hay pocos y suelen ser especiales. Tenemos familia, nos guste o no, no la elegimos. En general, queremos a nuestros familiares porque con ellos compartimos historia, recuerdos y lazos de sangre.

Pero a los amigos los elegimos porque llenan espacios vacíos del alma. Nuestros mejores amigos están ahí para protegernos en momentos difíciles.

Por eso, Lynne Baker, Roger Hughes, Pauline Reckentin, Robyn Jones y Fenny Steel, este libro está dedicado a vosotros. Pauline me convenció hace años de que conseguiría lo que pretendía con este proyecto; Roger es mi compañero y mi mejor lector y con él comparto extrañas e interesantes ideas, y Robin, Lynne y Fenny siempre han estado conmigo «en las trincheras», en esos duros momentos en que intentaba matar al viejo dragón.

Y por eso también os dedico a todos vosotros los golpes más terribles de Artor y sus decisiones más difíciles. Habéis estado a mi lado en un viaje vital y me habéis cuidado siempre, pese a mis muchas faltas.

AGRADECIMIENTOS

EL CÁLIZ MALDITO, volumen III de las Crónicas de Arturo, representa la culminación de un arriesgado viaje de descubrimiento interior. En el mundo occidental, todos sabemos que Arturo muere cuando termina la *Arturiada*. Así pues, ¿qué singularidad puede encontrar un autor en este hombre, si su mera existencia constituye parte inextricable de la historia de Britania[1]?

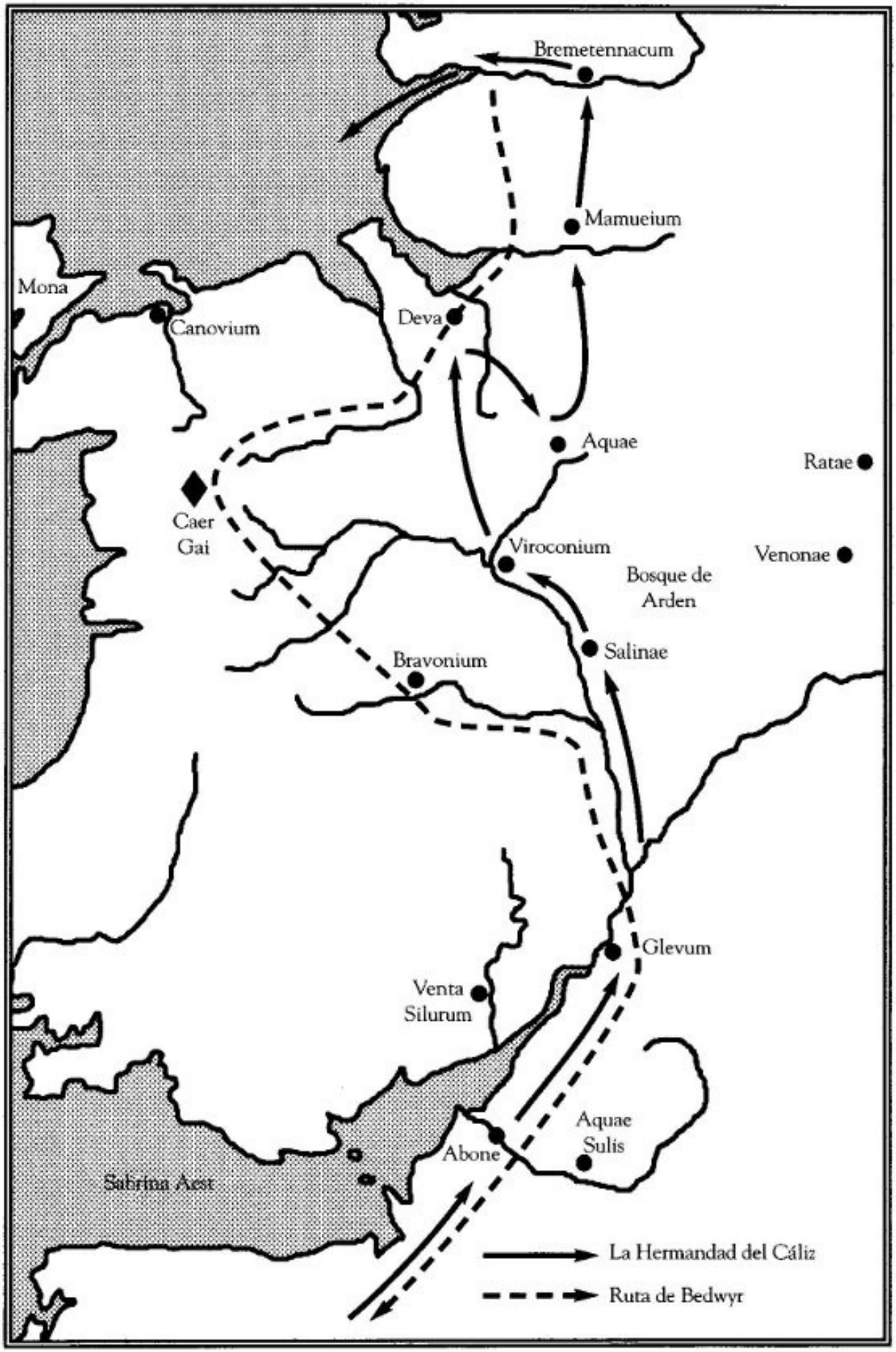
El mérito que haya podido suponer el terminar esta obra se lo debo en gran medida a mis amigos y demás personas cercanas, que me aconsejaron, me animaron y casi me obligaron a concluir mi viaje. Vaya desde aquí un agradecimiento muy especial a mi súper-agente, Dorie Simmonds, que con su entusiasmo, experiencia y seguridad logró articular el proyecto de manera tan profesional. De igual modo, agradezco especialmente todo lo que me ayudó mi compañero, mecanógrafo, editor, agente de márketing y manipulador, Michael Hume, para comprender los retos a que se enfrentan los más capaces hombres de acción (como él) cuando llegan al cénit de su vida y el futuro empieza a difuminárseles en la vejez. Todos necesitamos mantener la dignidad y la autoestima, sobre todo quienes, como Arturo, volaron tan sumamente alto durante los cuarenta años en que ejerció de Dux Bellorum de Britania.

A quienes contribuisteis a mi decisión de resucitar a Arturo, que los dioses os acompañen siempre, y cuando al final os reunáis con él, que os reconozca… ¡y os invite a una caña!

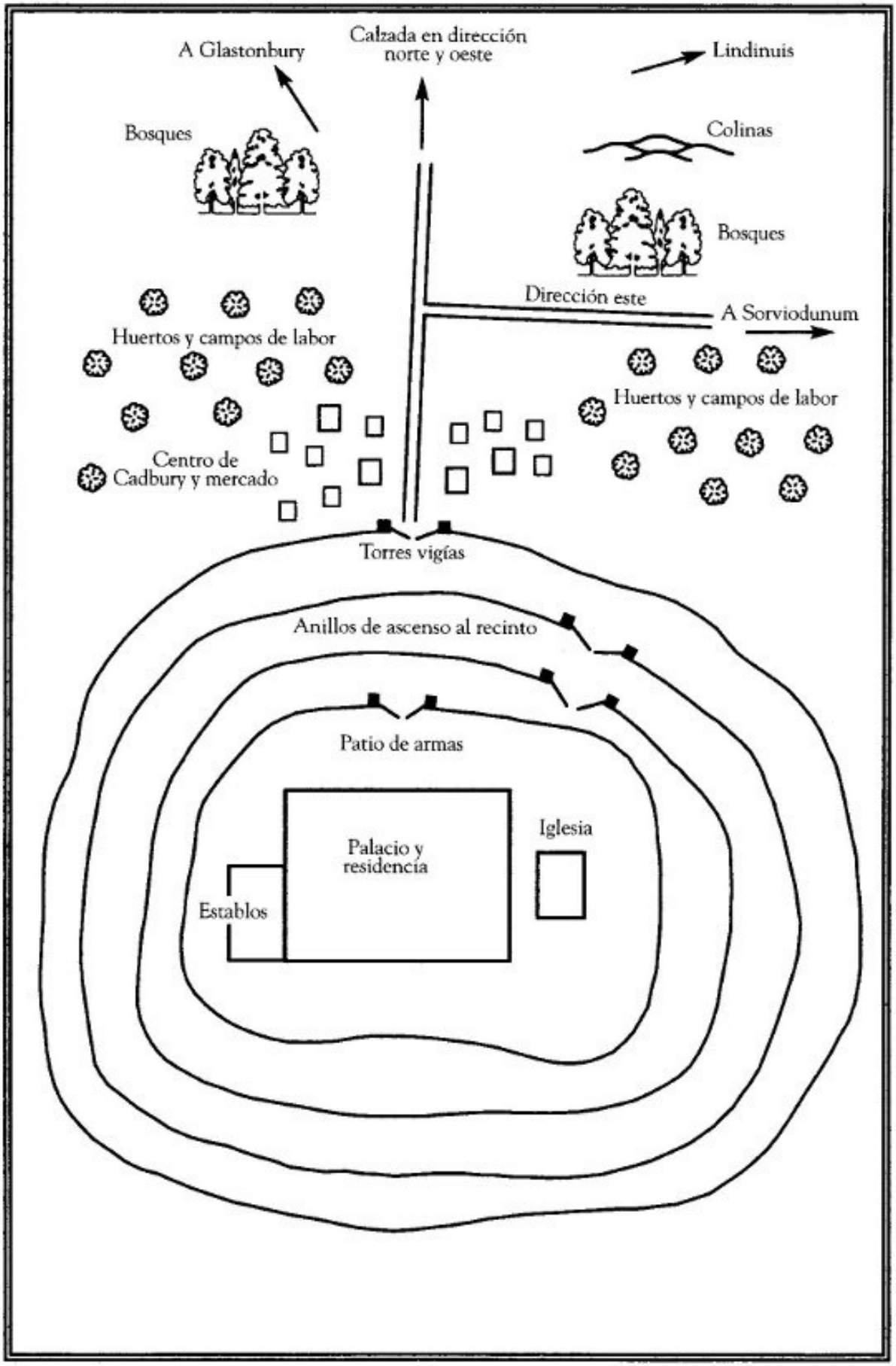
A todos vosotros, buenos y malos, mi eterno agradecimiento.

Mapa de Myrddion de la Britania romana pre-artúrica

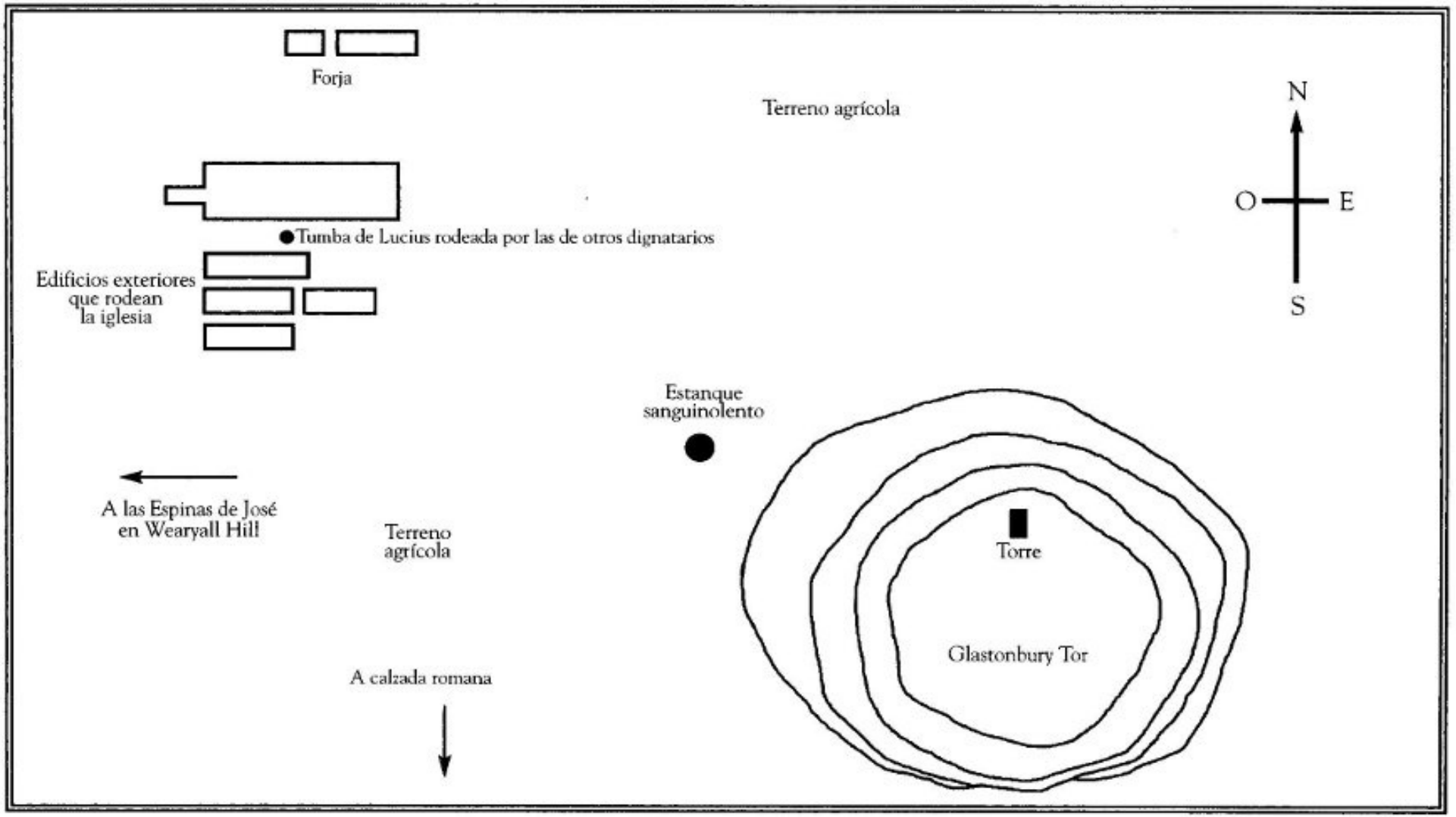
Itinerario del cáliz maldito



Mapa del sitio de Cadbury y Cadbury Tor

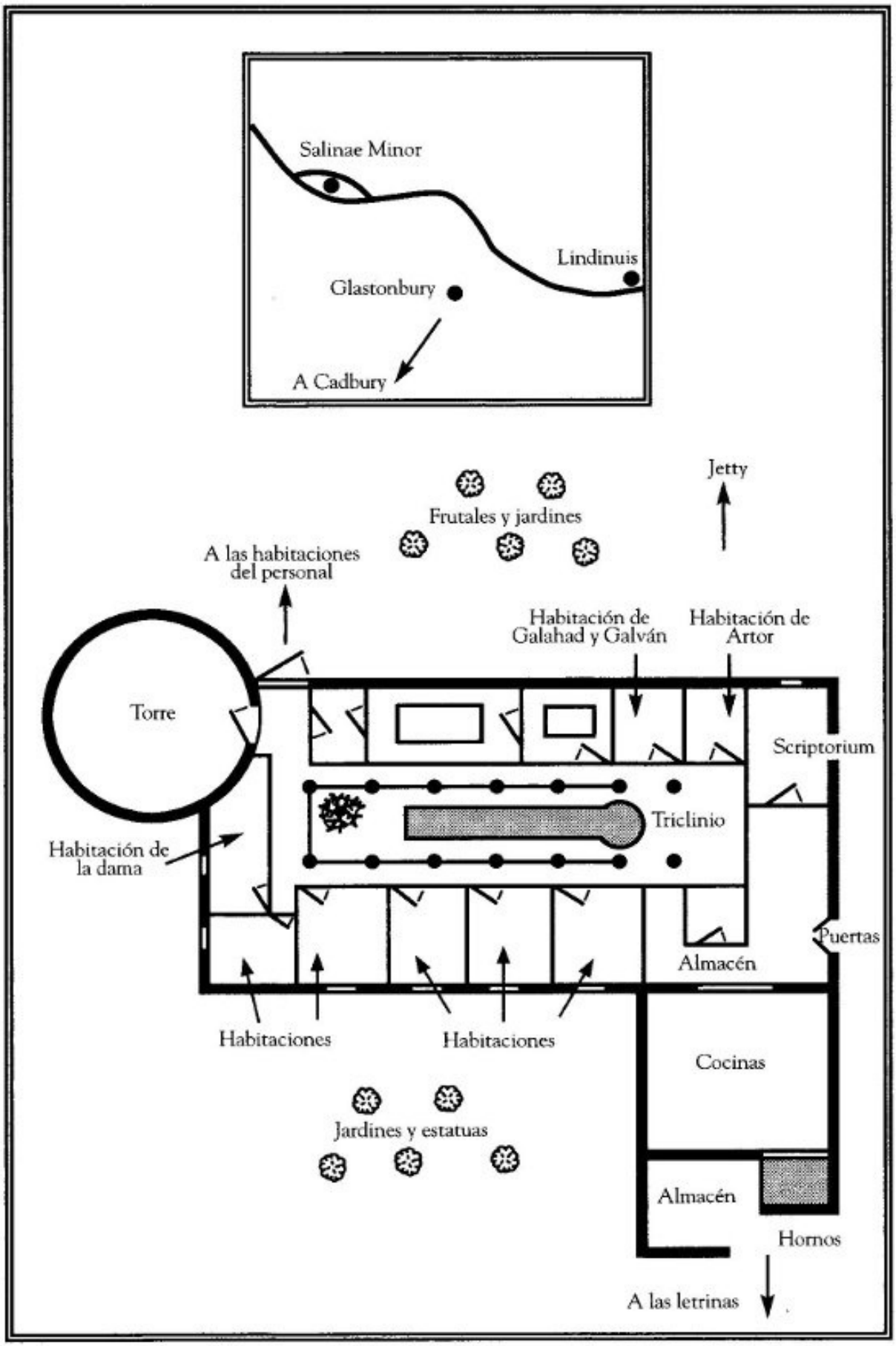


Glastonbury y alrededores

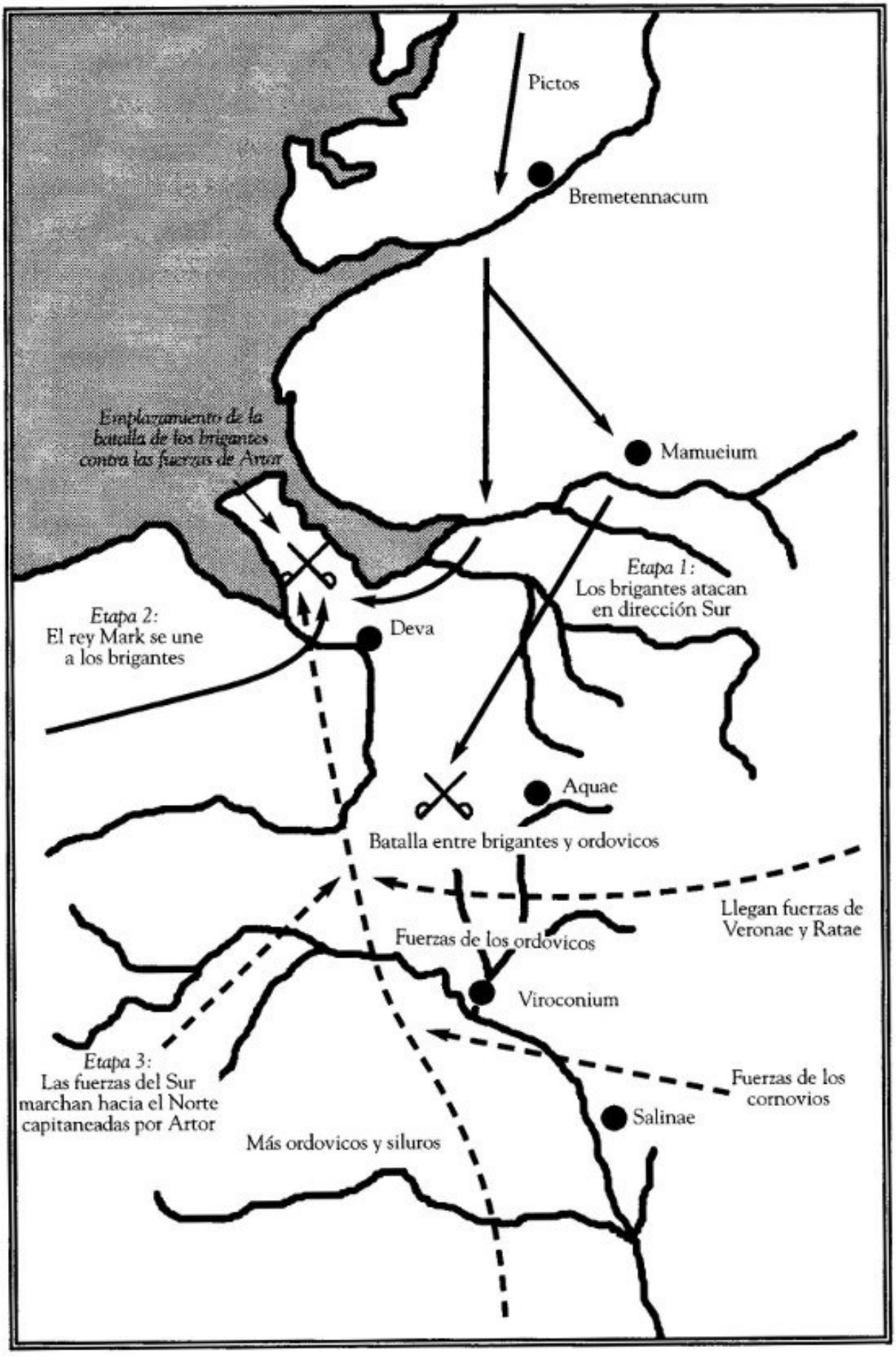


www.lectulandia.com - Página 10

Plano de la Villa en Salinae la Menor



Campaña y batalla final entre Artor y Mordred



DRAMATIS PERSONAE

Antor: Celta, marido de Livinia. Es señor de Villa Poppinidii, próxima a Aquae Sulis. Es padre de Keu y padrastro de Artorex. Actúa como *pater familias* y, antes de morir, promueve la boda de la hija secreta de Artor, Licia, con Comac, hijo de Llanwith. Cuando muere lo entierran en el jardín de Gallia.

Artorex/Artor: Hijo legítimo de Uter Pandragón. Supremo rey de los britones. De niño el obispo Lucius de Glastonbury lo envía a Villa Poppinidii para protegerlo del malvado Uter. El joven asume el nombre de Artor cuando accede al trono como rey de los britones. Gobierna el reino desde la inexpugnable fortaleza de Cadbury Tor.

Ban: Llamado Antorcha del Oeste, es el defensor de Uter Pandragón. Se enfrenta a Artorex en combate singular y es derrotado. Ban acompaña a Artorex en un ataque suicida contra la fortaleza sajona de Anderida, donde cae asesinado.

Bandur: Conocido también como Manipulador de los Mares, Príncipe de Nidum. Bandur es un viejo guerrero que decide morir en manos de Galván para no rendirse durante las campañas que Artor lleva a cabo contra los sajones occidentales.

Bedwyr: Hijo de los guardianes del Bosque de Arden. Pertenece a la tribu de los cornovios. Fue capturado y convertido en esclavo por los guerreros de Glamdring Ironfist, un príncipe sajón. Cumple un papel fundamental en la derrota que finalmente inflige Artor sobre el ejército de Glamdring. Lo llaman el Cuchillo de Arden.

Botha: Capitán de la guardia de Uter Pandragón. Uter le ordena que mate a la familia de Artorex y que destruya Villa Poppinidii.

Bregan: Herrero de un pueblo cercano a Villa Poppinidii. Artorex salva a su hijo, Brego, de las perversidades de la familia de los Severinii y, en agradecimiento, Bregan le regala el cuchillo del dragón de hierro.

Cerdicap: El portador del estandarte del grupo de emisarios que Artor envió para negociar con Glamdring Ironfist. Todos fueron asesinados.

Cletus: Sirviente más anciano de Villa Poppinidii.

Enid: Esposa de Galván. Enid es una joven aristócrata, callada y educada que adora a su marido y está encantada de haber concebido un hijo suyo. Por desgracia, está a punto de morir, a consecuencia del parto. Myrddion y Niniana intervienen y gracias a su pericia médica logran salvarla.

Escoria (La): Pequeño grupo de unos veinte mercenarios reclutados por Artorex para atacar la inexpugnable fortaleza sajona de Anderida. Rufus, Pelles y Odin son tres de sus miembros destacados.

Frith: Esclava anciana en casa de los Poppinidii. Mima a Artorex en su niñez y se

convierte en su confidente. Pasa al servicio de la mujer de Artorex, Gallia, y muere con ella en un ataque que realizan a la villa unos desertores enviados por Uter Pandragón. Sus cenizas están dispersas, junto a las de su señora, en el Jardín de Gallia.

Gaheris: Hermano menor de Galván e hijo menor del Rey Lot. Actúa también como emisario de Artor para intentar sellar una tregua con Glamdring Ironfist. Cae asesinado junto a sus compañeros de misión, precipitando una alianza entre Lot y Artor.

Galahad: Hijo de Galván.

Gallia: Primera esposa de Artorex, hija de un comerciante romano de Aquae Sulis que murió en una epidemia de peste. Es asesinada por orden de Uter Pandragón, junto con el hijo que llevaba en el vientre. Posteriormente Artor encarga que construyan un jardín en su recuerdo, llamado el Jardín de Gallia.

Galván: Primogénito del rey Lot y la reina Morcadés de la tribu de los otadinos. Pese a su condición de mujeriego impenitente, es uno de los defensores más acérrimos del rey Artor. Es hermano de Gaheris. Como un tonto, cae seducido por Wenhaver, y mantiene la relación incluso después de casarse con Enid y de convertirse en padre de Galahad. Galván solo consigue escapar de su libido y de las garras amorosas de la reina cuando huye al Norte.

Galwyn: Jefa de cocina en Ratae. Madrastra de Niniana.

Gareth: Nieto de Frith, protector de Licia y, durante un tiempo, sirviente en Villa Poppinidii. Gareth construye el Jardín de Gallia y se ocupa de Licia hasta que la muchacha se casa. Liberado de su compromiso, Gareth se dirige a Cadbury Tor para exigirle a Artor que cumpla su promesa y le permita entrar a formar parte de su guardia como guerrero.

Glamdring Ironfist: Príncipe de los sajones occidentales. Glamdring ejecuta a los enviados de Artor, que habían llegado a la tierra de los démetas para firmar una tregua bienintencionada. En este acto traidor, Gaheris, hijo del rey Lot, muere asesinado por no querer quebrantar el juramento que ha hecho ante el rey Artor. Artor derrota a Glamdring en la batalla de Mori Saxonicus, donde los sajones se muestran más débiles y carentes de estrategia que Artor. Posteriormente, gracias al odio y a la doble personalidad de Bedwyr, el esclavo de la tribu de los cornovios, capturan a Glamdring en su propia fortaleza y el sajón muere ejecutado.

Glaucus: Un comerciante de ataúdes. La reina Wenhaver ordena a su criada Myrnia que le proporcione una bañera, y la confundida doncella requiere la ayuda de Myrddion. El consejero compra un ataúd moldeado como la diosa Andrómeda y pide que lo adapten para satisfacer el deseo de la soberana. Glaucus debe destruir la tapa para asegurarse de que Wenhaver no se dé cuenta de la sensata broma de Myrddion.

Gruffydd: Uno de los mejores espías de Myrddion. Salva a una niña, Niniana, de morir congelada en Durobrivae después de que violaran y asesinaran a su madre juta. Se convierte en portador de espadas de Artor. Más tarde, a la muerte de Galwyn, la niñera de Niniana, Gruffydd lleva a la muchacha a Cadbury donde se convertirá en aprendiz de Myrddion.

Julanna: Esposa de Keu y madre de la hija de este, Livinia la Menor. Pasa a ser la viuda de Villa Poppinidii, con buen número de hijas de Keu. Dirige la villa en todos los aspectos, salvo por derecho.

Keu: Hijo de Antor y Livinia y hermanastro de Artorex. Posteriormente entrará al servicio del rey Artor y se convertirá en su senescal. Durante muchos años Keu da buena muestra de su perversidad, pese a sus espléndidas dotes como guerrero. Al final lo descubren cuando intentaba violar y asesinar a Niniana. Cuando Myrddion se da cuenta de que Keu no va a cambiar nunca y que puede quedar impune de culpa, lo envenena con setas letales.

Licia: Hija de Artorex y Gallia. Se casa con Comac, el hijo más joven de Llanwith pen Bryn, amigo de Artor y uno de los Tres Viajeros. Artor da su consentimiento por respeto a la decisión de Antor y porque sabe que Llanwith siempre protegerá a Licia. La joven deberá cambiarse de nombre y adoptar uno que evoque menos a los romanos. Se llamará Anna y con el tiempo se convierte en reina de los ordovices, que la consideran hija de Uter Pandragón y, por tanto, hermana de Artor.

Livinia la Mayor: Esposa de Antor y última en la genealogía romana de los Poppinidii. Madre de Keu y madrastra de Artorex. Muere involuntariamente asesinada por Keu en una disputa doméstica. Antes de que muera, Artor le promete proteger siempre a su hijo.

Livinia la Menor: Primogénita de Keu y Julanna. Livinia la Menor es muy amiga de Licia. Se casa con el hijo de un magistrado de Aquae Sulis.

Lot: Rey de la tribu de los Otadini y fiero enemigo del rey Artor. Se alía con los sajones orientales y solo rompe su alianza cuando el príncipe de los sajones occidentales asesina a Gaheris, su hijo menor.

Lucius: Obispo y líder de la comunidad cristiana de Glastonbury. Uter Pandragón le encarga la tarea de asesinar al pequeño Artorex, pero en lugar de obedecer, envía al niño a Lord Antor del Bosque Salvaje para que lo acoja. Más tarde, Lucius esconde la espada y la corona de Uter Pandragón para asegurarse de que solo el auténtico pretendiente al trono de rey supremo pueda recuperarlas. Artorex lo consigue y se convierte en rey supremo de los britones.

Morcadés: Segunda hija de Gorlois e Ygerne. Hermanastra de Artorex, está casada con el rey Lot de la tribu de los Otadini. Madre de Gaheris, cuya muerte llora hasta la locura. Se incorpora a las fuerzas de su esposo para comprobar que se hace justicia

contra los sajones occidentales. Dicen que fue seducida por el joven rey de los brigantes y que envió al hijo de ambos a casa del padre para que se educase allí.

Morgana: Primogénita de Gorlois e Ygerne. Es hermana de Morcadés y hermanastra de Artorex. Bruja de renombre. Interfiere en el matrimonio de Artor, como consejera de la impresionable Wenhaver, para desestabilizar a la pareja. Al final se aísla y vive recluida al norte de la frontera.

Myrddion: Principal consejero del rey supremo. Al final abandona a su señor para casarse con Niniana, su aprendiz. Forman su hogar en la distante Caer Gai, una fortaleza destruida en las montañas.

Myrnia: Doncella de Wenhaver y chivo expiatorio de todos los males que aquejan a su señora. Artor tiene que intervenir cuando una iracunda Wenhaver hiere a la joven con un garfio para trabajar la lana. La criada queda ciega de un ojo y llena de cicatrices. Vuelve a su pueblo con una sustanciosa dote.

Nils Redbeard: Capitán de la fortaleza de Glamdring Ironfist en Caer Fyrddin.

Niniana: Niña a la que salvó Gruffydd. Cuando Artorex es Dux Bellorum, la nombran su protegida. Después pasa a ser aprendiz de Myrddion y el amor de su vida. Por su carácter excepcional la gente de Cadbury la llama la Muchacha del Viento y del Agua. Cuando Keu intenta asesinarla vilmente, Myrddion la aparta de la vida de la corte y huye con ella a Caer Gai, donde viven tranquilamente y son felices.

Odin: Procedente de Jutlandia, miembro de la Escoria, grupo de mercenarios que ayudan a Artorex a capturar la fortaleza sajona de Anderida. Se convierte en guardaespaldas de Artorex.

Pelles (Pinhead): Miembro de la Escoria, arquero experto. Se casa con una mujer del lugar y se convierte en uno de los capitanes más afectos a Artor.

Perce (Percival): Ayudante de cocina en Ratae, que pretende convertirse en guerrero. Va con Gruffydd y Niniana a Cadbury Tor donde se convierte en guardaespaldas y sirviente de Targo. El anciano mercenario ejerce como su tutor, supervisa sus entrenamientos y al final interviene para que Artor lo admita como miembro de la guardia real. A la muerte de Targo, Artor recibe a Percival como guardaespaldas por el amor que profesa al anciano romano. Percival es cristiano.

Severinii: Familia romana residente en una villa de Aquae Sulis. Formada por Severinus (un epicúreo), Severina (su madre) y Antiochus (catamita de Severinus). Los Severinii son responsables de la violación y asesinato de al menos ocho niños de las aldeas de la zona. Severinus, amigo de Keu, es llevado ante la justicia por Artorex. Los Severinii son ejecutados y su villa termina incendiada y arrasada.

Simeón (Simón): Sacerdote judío de Glastonbury. Maestro herrero, forja la corona de Artor y le arregla su espada Escalibor.

Simnel: Primo de Luka, responsable de la trama organizada para asesinar al rey de los brigantes y a sus herederos. Artor captura a los asesinos y los tortura hasta que delatan a Simnel. Ante la amenaza de que serán expulsados de la unión de reyes, los líderes de los brigantes entregan a Simnel. Artor se venga en él de la muerte de su amigo.

Targo: Soldado profesional romano, maestro de espadas de Antor en Villa Poppinidii. Instruye a Artorex en las artes marciales, de acuerdo con las instrucciones de los Tres Viajeros. Con el tiempo Targo se convertirá en el servidor más fiel y más querido de Artor. Luchó con su señor en las doce campañas que llevó a cabo, incluida la última de Mir Saxonicus. Cuando al final se retira actúa como consejero de Artor y entrena a Percival para que se convierta en guerrero. Al final se ve afectado por una dolencia pulmonar en una época de peste, y muere. Durante su enfermedad Niniana se hace cargo de Targo, con gran riesgo por su parte, y se gana la aprobación de los asistentes cuando interviene en el funeral del anciano. Artor queda desolado ante la pérdida de su amigo, el único hombre en quien realmente confiaba. Targo deja como legado las «Leyes de Targo», para mantener a salvo a su señor. Encarga a Odin que proteja siempre al rey supremo.

Tres Viajeros (Los): 1. Myrddion Merlín: Principal Consejero de Uter Pandragón y, a su vez, del rey Artor. Es mago, filósofo, arquitecto, estratega y jefe de espías. 2. Llanwyth pen Bryn: Príncipe (y rey, posteriormente) de la tribu de los ordovices. Antes de morir arregla el matrimonio de su benjamín, Comac, con la hija de Artor, Licia, asegurando con ello que la muchacha quede a salvo. 3. Luka: Príncipe (y rey, posteriormente) de la tribu de los brigantes de Cymru. Al final Luka es asesinado por Simnel, un primo corrupto que codicia el trono. En la trama también son asesinados los hijos y los nietos de Luka. Artor se venga sin compasión alguna de los asesinos de Luka.

Ulf: Uno de los tres guerreros celtas a los que Glamdring Ironfist perdona la vida para que regresen ante el rey supremo con las cabezas de sus emisarios y le transmitan un mensaje insultante. Ulf jura que matará diez sajones por cada celta asesinado en el campo de ejecución, si no muere antes.

Uter Pandragón: Sucesor de Ambrosius como rey supremo de los britones; padre de Artorex.

Vortigern: Rey de Cymru (Gales) en una época varias generaciones anteriores a Artor. Se le recuerda porque abrió las puertas de Dyfed a los sajones, con la condición de que aplacaran a su reina sajona, Rowena. Intentó sacrificar a Myrddion en una apuesta para construirse una fortaleza en Dinas Emrys.

Wenhaver: Reina suprema, bellísima y meretriz. Durante décadas Wenhaver dificulta la vida en la corte, se enfurruña y hace caso omiso de las obligaciones que le

corresponden, sin importarle nada ni nadie, algo que no mejora a medida que pasa el tiempo. Su vanidad y egoísmo siguen atormentando a Artor y entorpeciendo sus planes de futuro.

Wyrr: Vidente albino de Glamdring Ironfist y cerebro de sus violentos brazos. Esta peligrosa simbiosis queda destruida cuando Bedwyr le mata a las puertas de Caer Fyrddin, mientras huye de su cautiverio.

Ygerne: Inicialmente, esposa de Gorlois, el Jabalí de Cornualles. A su muerte, se casa con Uter Pandragón. Es madre natural de Artorex.

PRÓLOGO

¡Más cumple en el hombre
vengar al amigo que mucho llorarlo!
Para todos nosotros un día se acaba
la vida en la tierra[2]*…*

TRES FURTIVOS SE dirigían por separado a un solitario cobertizo que había al norte de Ratae. El verano tocaba rápidamente a su fin y los bosques empezaban ya a vestir las pajizas hojas del otoño. Pese a que la noche estaba serena, la luna apenas asomaba por entre las nubes, como si las últimas tormentas de los meses calurosos estuvieran acomodándose en la cadena montañosa.

—Entra viajero. ¡Llegas tarde!

Quien hablaba estaba cubierto por un largo manto negro que ocultaba su figura y lo convertía en una mancha misteriosa, apenas perceptible al fondo de aquella habitación de adobe y cañas. Como la chimenea no estaba encendida, no se le veía el rostro, que tenía envuelto en la capucha del manto. El hombre se cubría la boca y la nariz con un generoso paño de lana tosca, que además le cambiaba la voz.

—El camino ha sido arduo, y no me atrevía a viajar a la luz del día —contestó el hombre más pequeño, mientras se deslizaba al interior por la desvencijada puerta.

El recién llegado mostraba una imagen todavía más clandestina que la de su señor. Se cubría las manos con unos raídos guantes de viaje y sus andrajosos ropajes lo hacían parecer un bulto informe y mugriento.

—Bien, al menos ya has llegado —dijo con brusquedad el tercer hombre, provocando en el mendigo un gesto de disgusto, oculto bajo los andrajos.

—¿Has encontrado a alguien adecuado para lo que necesitamos, que mantenga la boca cerrada?

—Concédeme un poco de sentido común —respondió el mendigo irritado—. El rey supremo enseguida hace enemigos, así que no me ha sido difícil entrar en contacto con varios tipos que han sido expulsados de Cadbury por borrachos o ladrones. Les gusta la idea de la traición, así que, llegado el momento, harán lo que les diga.

El tercer hombre hizo un sonido despectivo y se recostó contra la pared del fondo, mientras se limpiaba las uñas con un pequeño cuchillo peligrosamente afilado. A diferencia de sus compañeros, llevaba el rostro descubierto, un rostro desagradable, fruncido de cicatrices, más horrendo si cabe, porque lucía un ojo tuerto, con el

párpado cosido. Tenía el pelo trenzado de los guerreros y sobre la frente exhibía un cuidado parche que se había retirado de la cara por comodidad. El pesado jubón que llevaba, de piel de vaca reforzada con chapas de bronce, daba claras muestras de estar muy gastado, aunque tenía el cuero suave gracias a la grasa. En general, tenía la ropa limpia y aseada, como correspondía a un mercenario.

—Ha llegado el momento de entrar en acción —susurró el mendigo—. Y, con suerte, el cabrón supremo no se dará cuenta del peligro que corre. En Cadbury Tor se ha vuelto un blando, con tanto llevarse a la cama al servicio para evitar a la puta de la reina. Está mayor. Y es demasiado tolerante con la iglesia cristiana. A este paso serán los curas los que se queden con todo.

El de negro, que estaba sentado, hizo un gesto brusco con una de las manos sin sacarla del manto.

—Artor va a caer.

—No tengo por qué amar al que mató a mi señor —empezó a decir calmadamente el guerrero—. Pero sería un desastre infravalorar a Artor. Si ha sobrevivido tanto tiempo es porque tiene talento y está bien preparado. Manipula a nuestro pueblo y no hay quien soborne a sus guardias.

—El pueblo es bobo con tanto querer a Artor —dijo el mendigo con un suspiro —. Pero si no nos andamos con cuidado, en un momento dado nos podría delatar cualquiera de ellos.

La figura de negro rió de manera contenida, pese a que ninguno de los otros dos podría imaginar que estuviera regocijándose.

—Los campesinos se han olvidado de los viejos tiempos que se vivieron antes de Pandragón, pero en las ciudades del norte se está gestando mucha insatisfacción —siguió el mendigo, esbozando una sonrisa oculta bajo la capucha—. Tenemos que capitalizar ese descontento y he encontrado la forma de que contribuyan a la causa. Te pido permiso para llevarla a cabo.

Dirigió su solicitud directamente al hombre de negro, que no se sintió muy satisfecho con el tono en que se le hacía el requerimiento. Con todo, se esforzó por distender los puños, que delataban su nerviosismo.

—Sigue.

—Necesitamos un símbolo que unifique al pueblo y lo induzca a levantarse en una revuelta popular contra el gobierno de este bastardo.

El mendigo avanzó un poco dentro del cobertizo y por entre los andrajosos ropajes que disimulaban sus rasgos dejó entrever una boca femenina, de gesto retorcido. Lo único que asomaba de la capucha era el destello de sus ojos, profundos y fanáticos hasta la locura.

—He encontrado algo que podemos reutilizar para nuestros fines. Es un regalo de los dioses, tan antiguo que puede que incluso lo utilizaran los héroes o las propias divinidades, un símbolo capaz de prometer una vida mejor al más abyecto de los hombres.

Comprobaba que se había ganado la atención de sus dos interlocutores.

—Hablo del cáliz del obispo Lucius de Glastonbury —susurró el mendigo con voz reverente—. Me enteré de que existía cuando ayudé a refugiarse a un cura que habían apartado de su abadía. Podría jurar que fue Ceridwen, la diosa que dio conocimiento a los hombres, la que puso a este chalado en mi camino. Y desde que me topé con él, me he dedicado a averiguar todo lo que se dice del cáliz. Parece que de joven Lucius era un romano pagano y que por alguna suerte del destino llegó a poseer el cáliz. Los sacerdotes lo tienen por sagrado, porque era de Lucius, pero cuanto más lo pienso, más juraría que huele a sangre. El sacerdote había ayudado a enterrar a Lucius y lloraba cuando pensaba en su antiguo señor, encerrado en el frío corazón de la tierra, con aquel cáliz como único consuelo.

—¿Y por qué no usamos cualquier copa vieja que encontremos? —preguntó el hombre de negro—. ¿Para qué vamos a perturbar los restos de Lucius innecesariamente? Si arremetemos contra Glastonbury atraeremos la atención de los cristianos y de Artor. Tu razonamiento falla desde la base, a no ser que venga motivado por un rencor personal.

El mendigo dio muestras de soliviantarse por la afrenta.

—He considerado los riesgos que tiene mi plan, pero ese cáliz lleva un simbolismo intrínseco de tal potencia, que lo podemos utilizar para conseguir lo que nos proponemos. Los cristianos más leales honrarán la reliquia de Lucius y la investirán de poder. Si consiguiéramos transferir esta devoción a Ceridwen y probar que Lucius le robó el cáliz, añadiremos más poder a nuestra imaginería. Yo conseguiría establecer este poderoso vínculo, porque rindo culto a Ceridwen y conozco las antiguas fórmulas druídicas. Los dioses siguen ahí, los llevamos bajo la piel, por mucho que se quejen los sacerdotes. Muchos celtas siguen siendo paganos y empiezan a desconfiar del poder cada vez mayor que tienen los curas cristianos. Si atacamos Glastonbury, estaremos atacando a todos los celtas cristianos. Y lo que es más importante, estaremos atacando a Artor.

—Pero Artor no es cristiano —replicó el guerrero tuerto—. Por lo que he podido comprobar y lo que me han contado, no es nada. Tiene buenas palabras para todas las creencias, con lo que intenta forjarse un aura de imparcialidad y justo equilibrio.

El mendigo sonrió.

—Lo cual se suma a las razones que tenemos para atacar el sagrado Glastonbury, verdadero centro neurálgico del Occidente cristiano. Podemos insinuar que la Iglesia robó la dádiva que Ceridwen legó a la humanidad para sus viles propósitos. Podéis criticarme lo que queráis, pero conozco a la gente y la gente sigue temiendo el creciente poder del cristianismo.

—Muy bien. Entonces, explícanos tu plan.

El líder vestido con ropas oscuras se incorporó un poco en su desvencijada banqueta. Los ojos le brillaban de inteligencia.

—Si consigo convencer a esos insatisfechos que tienen pocas razones para amar

al dios crucificado de que esta reliquia es realmente antigua y que fue el regalo que los dioses hicieron a los hombres en tiempos primigenios, entonces tendremos el símbolo adecuado para lograr nuestros fines. Y luego, si incitamos a la gente a realizar los antiguos sacrificios, les damos la esperanza de obtener la riqueza que arrebatemos de las iglesias cristianas y les prometemos restaurar las antiguas costumbres de libertad, nos seguirán.

Se detuvo y miró a sus interlocutores, primero a uno y luego al otro.

—Si logro hacerme con el cáliz de Ceridwen, seguro que los dioses me mostrarán lo que hay que hacer para burlar a los cristianos y devolver nuestras tierras a la pureza original.

El mercenario, que no tenía fe en nada, sonrió con amargura.

—¿La copa de Ceridwen? Lo que parece que tenía la diosa era un caldero, del que proceden todo el conocimiento y todos los desastres. Nunca se ha hablado de un cáliz. ¡Estás cambiando los hechos!

—Los campesinos son supersticiosos y, si conseguimos jugar con sus odios y sus miedos, les dará lo mismo un cáliz que un caldero. La diosa Ceridwen tiene una función oracular y eso resulta útil. Es hechicera, madre y cazadora. Cuidará de quienes protejan sus lugares sagrados y se vengará de quienes se aparten de sus designios. Es vieja y joven a la vez. Ceridwen es el sagrado ser amado y la bruja. Es un potente enemigo para oponerse a Artor y a su desleído y cobarde dios cristiano.

—Se te encienden demasiado los ojos de veneración, amigo. A mi no me importan nada tu Ceridwen, ni su caldero, lo conviertas en cáliz o no —replicó el hombre vestido de negro—. Pero si puedes utilizar a tu diosa para descalabrar a Artor, no voy a discutir contigo los pormenores del plan.

El guerrero asintió con la cabeza, mostrando su aprobación.

—Al menos un cáliz es más fácil de llevar que un caldero de hierro. Supongo que sea cual sea el objeto que utilicemos, tendremos que trasladarlo un sinfín de veces de acá para allá, hasta conseguir que la gente renuncie a los años de paz de que estamos disfrutando.

—A los campesinos solo les preocupa llenarse la tripa y poder discutir de mujeres, vino y oro —dijo el mendigo con impaciencia—. Si creen que un cáliz les va a conceder lo que anhelan, lo seguirán hasta el final.

El guerrero miró fijamente al mendigo.

—¿Sabes dónde está el cáliz?

—Claro, pero hasta hacerme con él, primero tendré que cargarme a unos cuantos tonsurados.

—¿Y del cura, qué? Seguro que te delata cuando lo robes —el tono que usaba la sombra no mostraba particular interés—. Por lo que sé, los sacerdotes, incluso los que han sido expulsados, no renuncian a su fe, ¡esos malditos!

—Los muertos no hablan y los borrachos rara vez saborean el vino que tanto les gusta. Los gusanos empezaron a dar buena cuenta del cura en cuanto salió de mi casa.

—¡Bien hecho! —la sombra asintió—. Coge el cáliz y utilízalo para unir a los insatisfechos y convertirlos en un arma consistente, sobre todo por el norte, donde Artor es más vulnerable y carece de aliados. Y quizá convenga asesinar al obispo de Glastonbury, Aethelred, mientras estás en ello. Si ponen a un obispo distinto y menos respetado, tanto mejor para nuestros planes. ¿Crees que puedes hacerlo? Si tienes dudas, dímelo ya, porque tenemos demasiadas cosas en juego, como para que te dediques del todo a la causa.

—¿Dudas de mí, señor? —el mendigo alzó la voz—. ¿Dudas del sagrado juramento que hice, comprometiéndome a limpiar el territorio de esta inmundicia cristiana? Si hace falta, incendiaré todas las iglesias del país para cumplir mi promesa ante ti y ante los dioses. No voy a renunciar a nada hasta conseguir la victoria final.

La oscura sombra reconoció las palabras del mendigo con un leve movimiento de cabeza, aunque por la tensión que acumulaba en los hombros y en la espalda se veía que no se sentía tan cómodo como intentaba aparentar.

—Nuestro amigo, que ves aquí, será tu contacto. Sabe moverse libremente por las fronteras tribales y te proporcionará refugio y dinero cuando salgas de tu base. Habla en mi nombre y tiene mi total confianza, porque solo me debe lealtad a mí. Le obedecerás en todo. Si quieres hablar conmigo no tienes más que mandar un mensaje a la Posada de la Bruja Azul, en Deva. Mi amigo sabrá siempre dónde encontrarme.

El mendigo se puso derecho y de repente su enorme sombra se cernió sobre la estancia a la luz de la luna. Era como si algo amenazador sustrajera el aire del cobertizo.

—No fallaré, señor. Al obispo Aethelred le queda poco. Saquearé Glastonbury y me haré con el cáliz. Llevo media vida esperando el momento de asaltar Cadbury.

El mendigo se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad. Aquellos pies cubiertos por simples andrajos le permitían desplazarse silenciosamente y lo único que dejó tras de sí fue un hedor a sudor y corrupción y un pesado halo de resentimiento.

—Esa víbora me pone los pelos de punta, señor —el guerrero torció el gesto manifestando su aversión—. Confío en que sepas lo que estás haciendo encomendándole nuestros planes a un chalado. Estos fanáticos lo único que me provocan son ganas de coger un buen cuchillo.

—¿Qué es lo que sabe realmente? ¿Y qué importa? No conoce nuestra identidad y no tiene ni idea de lo que pretendemos. Lo único que le mueven son sus dioses y un inútil y vehemente deseo de venganza. Podemos servimos de él y si falla y lo cogen, le acusarán de insurrección. Mis planes van mucho más allá de esos estúpidos devaneos suyos. Los reinos no caen por diferencias religiosas. Nuestros verdaderos aliados son el poder, la codicia y la envidia.

—Vale —murmuró entre dientes el guerrero—. ¿Qué quieres de mí, señor?

—¿Sigues teniendo contactos en la corte del rey Lot?

El guerrero asintió.

—Bien. Entonces es el momento de que te conviertas en el fiel sabueso de ese

gordo estúpido. Indaga bien en la corte de los otadinos, porque Lot siempre ha querido tener una red de informantes capaz de rivalizar con los espías de Artor.

El guerrero asintió con la cabeza. La orden era fácil de cumplir, porque en el pasado había vendido sus habilidades a todos los reyes del territorio septentrional.

—Mantén los ojos siempre abiertos y tu espada afilada. Mis planes dependen de la capacidad con que te conviertas en un vasallo de confianza del rey Lot. Pero recuerda dónde están realmente tus compromisos.

El guerrero se echó el puño cerrado al pecho, como los romanos, haciendo una inclinación de cabeza; después se bajó el parche para ocultar el ojo que tenía tuerto.

—Estoy vinculado a ti y a los tuyos por juramento, mi señor. Y no debes temer que flaquee en lo más mínimo. Cada vez que cierro los ojos recuerdo los aullidos de mi señor; por eso juré que, cuando llegue mi hora, me llevaré conmigo al Hades a Artor y a sus aliados. Solo entonces podrá Simnel descansar en paz.

La sombra se levantó para ajustarse bien la enorme capa que lo cubría.

—Simnel fue ejecutado por Artor cuando ingenuamente intentó hacerse con el trono de los brigantes. Y, si no tenemos cuidado, compartiremos su desgracia. Así que modera tu ansia de venganza.

—Llevo veinte años esperando con paciencia —dijo escuetamente el guerrero tuerto—. Ya no puedo esperar más.

—Si te necesito, enviaré a alguien para que nos reunamos en la posada en que nos vimos por primera vez. En cuanto el norte estalle en llamas, Artor se verá forzado a luchar en nuestro terreno y está claro que ni siquiera los demonios como él son inmortales. Artor no puede vencer sin el apoyo que le brindan los reyes tribales; tu tarea consiste en invalidar sus alianzas.

El misterioso hombre desapareció y el cobertizo quedó frío, vacío y desolado, como la cara del guerrero.

Por un instante se miró las palmas de las manos, fuertes y llenas de cicatrices, preguntándose dónde quedaban su honor y su inocencia. Pero en cuanto recordó cómo los cuervos se habían ensañado con los ojos de su señor, dispersó la última de sus tribulaciones.

—¡Comienza la partida! —dijo, lanzando su voz al gélido aire de la noche, mientras se disponía a desatar su caballo.

Un búho solitario lo vio partir, sin mover una pluma, con la paciencia de los depredadores.

El último de los conspiradores salió al galope y, de repente, el búho se lanzó en picado, dejando sin vida a una pequeña criatura del bosque. Tan solo el débil aullido que surgió de entre los matorrales dio cuenta de que algo peludo y cálido moría bajo unas garras indiferentes.

CAPÍTULO I

EL VIENTO DEL NORTE

Estuve en la Cruz
Con María Magdalena.
Recibí la musa
Del caldero de Ceridwen.

El Libro de Taliesin

CUANDO EL OTOÑO teñía de rojo y oro los frutales, llegaron a Cadbury Tor dos esbeltos jinetes a lomos de vigorosos caballos de patas bien cepilladas. Por los campos que rodeaban las fortificaciones se extendían montones cárdenos de hojas caídas, arrastradas por el temprano viento invernal. Los jóvenes iban fijándose en los huertos de frutales, en las acogedoras casas de labranza y en la población enclavada a la falda de Cadbury sin perder detalle, pasmados ante la belleza que desplegaba este reino sumido en la más absoluta seguridad.

Los guerreros arrastraban tras de sí un halo de glamour y un cierto brillo de extravagancia alarmante para los supersticiosos del lugar. Y lo que es más, como los forasteros eran gemelos, muchos se santiguaban a su paso muertos de miedo, porque a nadie se le escapa que los gemelos representan una maldición y una bendición a la vez. Los hombres eran calcados uno a otro, apuestos, pero mostraban un aspecto tan aterrador que pocos a su paso se librarían de sentir un escalofrío en la nuca.

Cuando llegaron a la primera puerta de la ciudadela, vanidosamente sentados sobre sus elegantes corceles —uno blanco y otro negro— proclamaron en voz bien alta su ascendencia para que los oyeran todos los hombres de armas.

—Deseamos que se nos abra paso —exigió calmadamente el gemelo de pelo oscuro.

—Somos Balyn y Balan ap Cerdic, de la estirpe de ap Llanwith, de insigne memoria, y venimos ante el rey supremo por encargo de nuestra madre, para ofrecerle nuestros servicios a nuestro señor feudal.

Pese a que los guerreros que estaban de guardia no habían oído hablar de los gemelos, todos los miembros de la guarnición conocían las gestas del legendario rey Llanwith, del clan de los ordovicos, que había ayudado al joven Artor a asumir el

trono de Bretaña. Durante muchos años había corrido el rumor de que Anna, la matriarca de la tribu, era pariente de Artor, algo que añadía un punto más de misterio a la ya de por sí distinguida familia. Los guardias que vigilaban la entrada a las fortificaciones se pusieron firmes en señal de respeto.

Con una marcada reverencia el vigía dio paso a los gemelos, que cruzaron la puerta de la ciudadela.

Por el empinado camino hasta la cumbre, los hombres cabalgaron en paralelo, uno, de cabello castaño oscuro, casi negro, el otro a su lado, pelirrojo. El uno guiaba su caballo con la mano derecha; el otro con la izquierda. Mientras los observaban desde la muralla, los guerreros recordaban las murmuraciones de quienes decían que su madre era hermana del rey supremo e hija ilegítima del gobernante anterior, Uter Pandragón. Y si uno se fijaba bien, había que reconocer que los dos jóvenes dejaban adivinar una forma del rostro y un color de ojos gris como el que solo otro hombre tenía: Artor, el rey supremo, el que gobernaba la fortaleza de Cadbury.

—La leyenda se cierne de nuevo entre nosotros —dijo pensativo un anciano guerrero al paso de los jinetes. Y se escupió en la palma de la mano—. Pronto tendremos diversión.

—Son jóvenes apuestos, forraje fresco para la reina —respondió otro con malicia.

—Yo que tú mantendría el pico cerrado, Rhys, si no quieres que sea el rey quien te lo cierre para siempre. Si Lord Artor ha decidido no tener en cuenta lo que hace su mujer, ¿quiénes somos nosotros para meternos? —señaló uno de los veteranos.

—A ver si los dioses mandan una plaga y terminan con esa puerca —dijo Rhys en voz baja—. Y entonces puede que Cadbury vuelva a gozar de plena salud.

Sin saber el revuelo que estaban provocando, Balyn y Balan seguían su camino hacia la cumbre por entre las murallas defensivas, observando con placer de especialista la habilidad y la solidez con que en su día se realizaron las construcciones planeadas por Myrddion Merlín. Y, de repente, se dieron cuenta de que habían llegado. Ante ellos se alzaba la torre de madera de una iglesia, de estrechas ventanas adornadas con vidrieras de colores. Junto al santuario cristiano el palacio del rey supremo se erguía sobre un terreno dividido en distintos niveles, cimentados sobre losetas de piedra y de madera.

Al llegar a la imponente puerta del palacio, labrada y con dragones recién pintados, los gemelos fueron detenidos por dos enormes guerreros que los observaban de arriba abajo con ojos cautelosos, nada afables. Uno de los guerreros, que rozaba los cincuenta años, llevaba el pelo largo, rubio platino, trenzado hasta la cintura con hilos de plata. El otro, algo más joven y de rostro más abierto, exhibía un torso asombrosamente musculoso y aguerrido. Uno y otro lucían brazaletes con el dragón real y gargantillas a juego, aunque estas apenas asomaban por debajo de las túnicas que les cubrían las camisas de cota de malla.

—Háganse a un lado, soldados —ordenó Balyn imperiosamente—. Hemos cabalgado sin parar desde Viroconium para ofrecer nuestros servicios al rey supremo.

La arrogancia con que hablaba Balyn puso en guardia a los dos guerreros. Nadie entraba a palacio sin permiso, por muy rancio que fuera su abolengo.

—¿Hacen el favor? —añadió Balan, mostrando la mejor de sus sonrisas.

Percival y Gareth sonrieron instintivamente para responder al gemelo moreno, al que tanto le brillaba el pelo y cuyos ojos tan grises parecían el reflejo del sol sobre el mar helado.

Tras toda una vida al servicio del rey supremo, Gareth conocía los derechos inalienables de Anna. Y por eso se le contrajo el pecho con una punzada de dolor. También sabía que los nietos de Artor venían a prestar juramento ante su señor, sin conocer los auténticos vínculos de sangre que los unían.

—El rey supremo se merece toda la protección que podamos darle los fieles servidores de su guardia personal —explicó Percival educadamente—. Y debo decir que nos tomamos nuestro trabajo con toda seriedad —añadió envolviendo con su sonrisa a los dos recién llegados—. Les ruego dejen sus armas en el umbral. En las estancias de este palacio del Juicio solo el rey supremo va armado.

Balan accedió con buen humor, pero Balyn manifestó su disgusto en cada uno de los músculos faciales. A pesar de todo, una a una los hermanos fueron dejando a un lado todas las armas que llevaban, y eso que eran muchas, y siguieron a Percival y a Gareth hasta el lugar en que se encontraba el rey supremo.

La sala resplandecía engalanada con tapices de elegantes paños que servían de marco perfecto a los estandartes bélicos de Mori Saxonicus, la última gran batalla que libraron contra los sajones occidentales, mandados por Glamdring Ironfist. Los gemelos se quedaron estupefactos al contemplar los símbolos que representaban uno de los más grandes triunfos occidentales. A su alrededor vieron cortesanos elegantemente vestidos con pieles y telas teñidas de impresionantes colores y guerreros ricamente ataviados, como corresponde a los servidores de un rey, unos descansando en bancos de madera labrada y otros de pie en alguna esquina, hablando entre sí y bebiendo cerveza o el vino que les ofrecían unos callados sirvientes. A decir de los asombrados Balyn y Balan, era como si estos cortesanos no se dieran cuenta de la grandiosidad que los rodeaba.

Los años de paz habían engendrado un sentimiento de complacencia, que Balan podía leer en los rostros insulsos y regordetes de quienes los miraban boquiabiertos mientras accedían al palacio real. Pero también vio que entre aquella bondadosa muchedumbre había agricultores, pastores y comerciantes. Hombres corrientes que se acercaban sin reserva al rey supremo, plenamente convencidos de que Artor contribuiría a solucionar sus casos con justicia intachable e imparcial. Balan se estremeció de solo pensar que iba a formar parte de un mundo tan bello y tan justo.

Fijó su mirada en el hombre que ocupaba un sencillo sillón al final de la gran sala. Llevaba una túnica blanca resplandeciente, sin mayor realce que el que le proporcionaba la corona, un aro de oro rojo y una cadena que asomaba por el cuello del ropaje. Aunque resultaba mucho menos imponente que los demás aristócratas que

había por allí sin especial ocupación, a la legua se apreciaba la fuerza que irradiaba su carácter. Era el centro del mundo; de él surgían las baladas y leyendas: Artor, rey supremo de los britones.

El rey estaba deseando respirar aire fresco. Los nobles demandantes le provocaban dolor de cabeza con tantas solicitudes de ascenso frente a sus rivales, tantas reclamaciones fronterizas y tantas peticiones de exención de impuestos. Su avaricia con frecuencia le daba náuseas.

Al tiempo, su Sala de Audiencias también convocaba a personas corrientes. Agricultores, comerciantes y ciudadanos esperaban en largas colas que recorrían el serpenteante camino hasta palacio, buscando el dictamen del único hombre que sabían justo. Y a Artor le satisfacía esto de deshacer complejas madejas familiares o económicas, porque le recordaban lo que era ser un hombre libre.

Como la sala estaba llena de demandantes, los gemelos provocaron un enorme revuelo al avanzar a grandes zancadas entre la multitud, ignorándola por completo. En apenas unos instantes se encontraban orgullosos sobre las ornamentadas baldosas que demarcaban la esfera del rey supremo y su reina. Con los pies sobre las garras del mosaico que representaba el dragón real, parecía que los gemelos fueran extensiones de la gran bestia que se recostaba a los pies de Artor. Pausadamente y con cuidada disciplina los hermanos se arrodillaron para besar las zarpas del dragón alado.

—Levantaos, jóvenes príncipes; los hijos de la reina Anna no tienen que postrarse a mis pies —ordenó el rey mientras la reina Wenhaver miraba fijamente a los gemelos.

Artor escuchó sus saludos con una mezcla de emoción y desasosiego. Balan, el que usaba la mano izquierda, o siniestra, era alto y de complexión parecida a la del propio Artor. De melena larga, lisa y brillante, sin rizo alguno, lucía un rostro apacible y sereno bajo sus cejas oscuras y arqueadas. Al ver a este joven de miembros gráciles, Artor sintió una dolorosa sacudida de cariño.

Sólo unos minutos mayor que su hermano y tan rubio como moreno era aquel, Balyn mostraba una melena suavemente ondulada, que le caía un punto por debajo de los hombros. En cuanto los demandantes que esperaban en la sala reconocieron el parecido entre los jóvenes y el rey supremo, el silencio quedó roto por un sordo zumbido de comentarios. El segundo gemelo utilizaba su mano diestra o derecha, algo que para los supersticiosos resultaba una señal más favorable, aunque Artor no tenía nada claro que este cuento de viejas resultara infalible. Con la agilidad mental que le caracterizaba, descubrió en Balyn un carácter impulsivo tal y como se desprendía de la rapidez con que movía las manos y de la impetuosidad con que hablaba, dejando escapar sus pensamientos sin la necesaria prudencia.

Los dos hombres se levantaron y aguardaron pacientemente ante el escrutinio del monarca.

Por su parte, los gemelos examinaban el rostro de su señor, fijándose en los canosos rizos que le enmarcaban la cara. Artor seguía siendo apuesto, fuerte y de

miembros poderosos, pero su boca revelaba pesadumbre, la misma que empañaba sus grises ojos invernales con desconfianza. Sobre una nariz bien torneada aparecía un ceño fruncido por las arrugas del desvelo y los ojos no podían ocultar profundas y oscuras ojeras.

—Bueno, Artor, me presentarás, ¿no? —intervino la reina, dando golpecitos sobre el estrado con el pie.

La edad no había atenuado la ostentación con que siempre se engalanaba la reina. Lucía demasiadas piedras preciosas, un atentado a la elegancia. De gesto irascible y labios finos, mostraba una boca surcada de arrugas. Aunque seguía teniendo un pelo bellísimo, su rostro y su cuerpo, cercenado por la edad, dejaba ver la vida disipada que había llevado, pese a que la señora pretendiera disimularlo con apretados corsés y copiosos afeites que más correspondían a una joven que a una mujer madura. Cuando Artor de vez en cuando se fijaba y recordaba lo bella que fue en su día, sentía verdadera compasión por ella. Como si de una pintura sobre tabla se tratara, tenía un aspecto sorprendente hasta que en un movimiento se rompía el hechizo y se liberaba la arpía que aguardaba agazapada bajo los bucles y el aderezo.

Los dos jóvenes se arrodillaron ante ella y, como de costumbre, Balyn habló primero.

—Soy Balyn ap Cerdic, mi señora, el segundo hijo de Cerdic ap Llanwith de los ordovicos y este imberbe jovenzuelo es mi hermano gemelo, Balan, menor que yo. No se fíe de las dulces palabras que le depare, señora, porque seré solo yo quien encuentre expresión adecuada a su belleza.

—¡Qué encantador! —dijo Wenhaver con una risa tonta.

A Balyn le ardía la mirada y Artor suspiró para sus adentros al ver con qué facilidad el muchacho se había dejado seducir por la fastuosidad ornamentada, ensayada y absolutamente superficial de la reina.

—Mi reina —dijo Balan, por su parte, con medida gravedad. Tenía la mirada directa y parecía que una sombra le oscurecía los ojos antes de que los bajara en señal de respeto.

A Artor no se le escapaba nada.

—¿Qué nuevas me traéis de vuestra madre, la reina Anna, y de vuestro hermano, Brann?

—Brann goza del favor de su tribu y fortifica sus tierras con diligencia —respondió Balyn con tono ligeramente displicente—. Jura ante ti que los sajones nunca pondrán pie en su territorio mientras viva.

Artor asintió distante. Gareth debería haber advertido a Balyn que cualquier falta de respeto para con el hijo mayor de Anna resultaba terreno peligroso, sobre todo cuando el deber estaba en juego. El rey supremo llevaba décadas inmolándose en las hogueras del deber y por ello comprendía muy bien el precio que Brann tenía que pagar por mantener el trono.

—Madre manda sus saludos y me rogó que le recordara que el rey supremo sigue

siendo su guerrero preferido de entre todos los nobles de occidente —añadió Balan cauteloso—. Le pido que perdone la familiaridad con que le hablo, mi señor, pero jura que le conoce desde que nació.

Artor no pudo sino sonreír ante la breve alocución de Balan y parecía que sus ojos eran algo menos sombríos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó al joven.

—Tenemos una madre infatigable —respondió Balan con una abierta sonrisa—. Sigue bellísima, como sin duda habrá oído, mi señor, pero no da importancia alguna a su físico. Es la primera en unirse a las mujeres para la cosecha de manzanas y la última en retirarse a descansar en épocas de inundación o pestilencia. No hay muchacho en todo Viroconium que no la colme de elogios y los más pequeños la llaman la Dama del Sol, porque juran que el sol brilla más por donde ella pasa.

—Siempre fue una granuja —Artor sonrió con cariño, al recordar a Anna de niña en Aquae Sulis—. Vuestra madre siempre estaba haciéndose heridas en las rodillas y se escapaba con los trabajadores a cada paso para explorar los campos de la villa.

—¿Por qué yo no he conocido nunca a esta reina de los ordovicos? —preguntó Wenhaver contrariada al ver la cantidad de halagos que se habían vertido sobre otra mujer, sobre todo una mujer de la que se decía que tenía tan rancio linaje—. ¿Por qué no ha venido nunca a Cadbury o siquiera a Venta Belgarum?

Artor frunció el ceño, controlando el genio. De los gemelos, solo Balan fue capaz de descubrir el disgusto de Artor ante lo que había sido un reproche implícito a su madre. Sonrió agradecido.

—La reina Anna prefiere sus tierras de adopción y me dice que le cuesta mucho salir de sus fronteras —contestó Artor irritado—. Me honran sus preferencias en este aspecto, porque no da importancia alguna a ceremonias cortesanas.

—Y sus gentes tampoco la dejarían marchar con facilidad —añadió Balan—. Ahora hasta los años de infancia que pasó entre los romanos se consideran una virtud, porque ella insiste mucho en la higiene y en los antiguos valores del honor y el respeto hacia todo aquel que se acerca a ella.

Wenhaver frunció un poco el ceño, pero enseguida recordó que las arrugas empezaban a marcársele demasiado alrededor de los ojos. Intentó suavizar el gesto, pese a que seguía echando chispas con la mirada. En algún lugar de su miserable corazoncito Wenhaver sabía que su marido amaba a Anna más que a nadie en el mundo. Sonrió con dulzura, al tiempo que afilaba con saña sus palabras para mostrar su desagrado.

—¿De verdad trabaja en los campos, como una esclava? —dijo arrastrando las sílabas de la última palabra y manifestando un interés edulcorado, mientras se miraba las uñas impecables y decoradas con henna—. Pues, ¡tendrá la piel estropeadísima!

Balan palideció y hasta Balyn se sulfuró ante el insulto proferido por la reina.

—Wenhaver, ¡déjalo! —dijo Artor elevando levemente la voz—. No todas las reinas se deleitan con hueros placeres y vanidades propias. Algunas, como la reina de

los ordovicos, son castellanas, en el sentido galo de la palabra, porque comparten con las mujeres normales aquellas tareas que tienen que realizar. Y al hacerlo entienden las cosas mucho mejor. Mi hermana Morcadés es así. Gobierna con el rey Lot y se interesa por las cuestiones femeninas, y de manera implícita la gente obedece sus órdenes. Reconozco que hemos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero siempre he sabido que mi hermana es una auténtica reina.

Wenhaver miró detenidamente a los muchachos con sus espléndidos ojos, primero a uno, luego al otro; al llegar a su marido bajó la vista para no toparse con su gesto de enfado. Por la expresión de su rostro el rey ya veía que en pocos minutos tendría una pataleta, pero los gemelos no sabían a que atenerse.

Artor se volvió de nuevo hacia Balan, gesto que no pasó desapercibido a su gemelo. Balyn, algo tenso, no hizo nada por evitar que se le notara su malestar en el rostro.

—¿Así que Anna ha conseguido civilizar a los contumaces guerreros de Cymru? Mi padrastro, Antor de los Poppinidii, temía que no la aceptaran por tener antepasados romanos, pese a haberse criado entre los celtas.

—Sus virtudes siempre triunfan sobre los prejuicios que puedan pesar sobre ella, mi señor. En realidad en su casa sigue utilizando su nombre romano, cosa que sabe toda la tribu, y la siguen queriendo a pesar de sus rarezas —Balan irradiaba orgullo, pese a que había cuidado hasta el extremo lo que quería decir. Era como si un abismo se abriera ante él a medida que la conversación iba tendiendo trampas inevitables.

—¡Licia! —murmuró Artor en voz baja. Detrás del trono Odin se rebulló.

—Tiene un nombre mágico y muy, muy antiguo. La llamaron así por la gran matrona de los Poppinidii, Livinia la Mayor, que murió antes de que ella naciera.

—Ya, ya, Livinia la Menor nos contó los detalles de su nacimiento —dijo Balyn, disputándose la mirada y el favor del rey.

—¿Habéis estado en Aquae Sulis? —preguntó Artor, inclinándose de pronto hacia delante con ojos luminosos, sin poder ocultar lo complacido que estaba al oírlo.

Wenhaver se quedó boquiabierta ante la súbita reacción de su esposo. Realmente le interesaban estos dos forasteros, cuando casi siempre se cansaba pronto de las visitas.

—Muchas veces, señor. Conocemos el jardín de Gallia y la urna que contiene sus cenizas y nos han contado la historia de Frith, la inteligente curandera. Los lugareños suelen visitar la tumba, aunque no sepan quién está allí enterrada. Murió antes de que naciera Madre —Balyn sonrió al ver que Artor ni siquiera parpadeaba al escuchar su relato, pese a que lo que contaba no era del todo cierto.

«Mejor así —dijo Artor para sus adentros—. Ojos que no ven, corazón que no siente.»

—También hemos rezado por Lord Targo, honorable maestro de espadas —dijo Balyn apresuradamente, como de costumbre—. Y por el abuelo Antor, claro.

Aunque Artor no se veía muy predispuesto hacia el muchacho, no pudo ocultar el

cariño que destilaba su voz al hablar de Antor.

—Lord Antor fue mi padrastro y un hombre honesto a carta cabal. Siempre deseó que lo enterraran en el jardín de Gallia y que los visitantes pudieran sentarse en su lápida a contemplar tranquilamente la belleza del lugar. Muchas veces dijo que quería escuchar la risa y la suave melodía de la tierra mientras dormía el sueño eterno.

—Bonita manera de verlo —murmuró Wenhaver en un tono suficientemente elevado como para que su marido lo oyera. Artor apretó los dientes y continuó.

—Gallia era una romana poco dada al relumbrón, muchacho, y murió demasiado pronto. No había cumplido los veinte cuando se fue. Yo, que las conocí bien, puedo decir sin temor a equivocarme que Frith y Gallia fueron las mujeres más excelsas que jamás han pisado Aquae Sulis. Siempre las respeté profundamente, por eso mantengo el jardín y me hago cargo de los costes.

Wenhaver bostezó con delicadeza, pero sin disimulo.

—En fin, parece que estamos aburriendo a la reina, que tolera mal los relatos del pasado. Si nos ponemos a hablar de gente excepcional, algo que ni conoce ni comprende, seguro que se enfada.

Como buen tío, Artor bajó la mirada ante los dos jóvenes que seguían firmes y orgullosos como ávidos sabuesos entrenados para la caza.

—Gareth, mi mano derecha, se encargó de arreglar el jardín cuando era joven. Ahora lo atienden su hermano y sus sobrinos de acuerdo con lo que les digo.

Balyn frunció el ceño. Aunque no tenía ni idea de lo que se ocultaba tras esta conversación, decidió que tenía que hablar de todos estos temas con la mano derecha del monarca.

Balan sonreía afable, porque le encantaban las historias del pasado y se sentía tan embrujado por los pergaminos de Llanwith como en su día lo estuvo Artor mientras vivió en Villa Poppinidii. A diferencia de su hermano, que nunca le daba demasiadas vueltas a las cosas, Balan si se dio cuenta de las malas vibraciones que parecían darse entre el rey supremo y su relumbrante esposa. Por eso decidió reflexionar un poco sobre las implicaciones que tenía este acertijo en cuanto tuviera tiempo.

Como la luz de primeras horas de la tarde iba debilitándose, el rey se dio cuenta de que anochecería pronto. Por eso aceptó los juramentos de lealtad que le hacían los muchachos y les ofreció un puesto entre sus filas desde donde probar su honor. Los dos jóvenes guerreros saludaron la decisión con alegría incontenida. Artor vio entonces que aún eran unos niños.

Pero no voy a juzgar por adelantado, se dijo muy serio, acordándose de cuando de joven tuvo que enfrentarse a los malos designios de su propio padre.

Mientras se inclinaban ante el rey para irse, Balan cogió a su hermano del brazo para evitar que emprendiera una retirada demasiado rápida.

—Muchas gracias, mi señor —musitó Balyn aturdido, pero Balan le dio un codazo.

—¡Dile lo de los otros visitantes! —susurró.

—Perdone, Majestad, pero la emoción de haber logrado que nos reciba me ha borrado todo atisbo de juicio —explicó Balyn—. Están a punto de llegar otros nobles parientes que desean verlo. Les prometimos que actuaríamos como enviados.

Artor elevó una ceja, en gesto de extrañeza.

—El señor Galván regresa de Cadbury con su hijo mayor. Nos encontramos por el camino, pero como Galván quería visitar la tumba de Targo, nos despedimos en el cruce que conduce a Aquae Sulis.

Wenhaver sonrió sin ocultar su lascivia y su excitación, mientras Artor se mordía la lengua de vergüenza al observar lo que tan claramente le pasaba por la cabeza.

«La perra está en celo», pensó con brutalidad, pero no dejó traslucir más que el educado interés que le correspondía como monarca.

—Recuerdo bien al hijo de Galván. Era un niño enorme y guapísimo que casi termina con la vida de Lady Enid en el parto. La hermosa Niniana, la Doncella del Viento y del Agua, consiguió salvar a los dos, madre e hijo.

Con un atisbo de satisfacción malsana, Artor observó la desilusión que expresaba el rostro de su esposa al oír esos inoportunos cumplidos a una mujer que no era ella. La aprendiza de Myrddion superaba a la reina en belleza, inteligencia, elegancia y éxitos. Independientemente del inmenso abismo que las separaba en términos sociales, Wenhaver sabía que Niniana siempre había estado por encima de ella. Por eso la seguía odiando con la misma intensidad que el primer día cuando se conocieron muchas décadas atrás. En algo sí era la reina mejor que Niniana, en que juraba enemistad eterna.

Ante tal contrariedad la carita de muñeca de la reina se había desfigurado hasta convertirse en un torvo reflejo de sí misma. Y sin embargo, la tristeza empañaba el aparente triunfo del monarca. Artor sabía bien que Wenhaver y él habían echado por tierra sus vidas, ahora inútiles y baldías. Se arrepentía de todo lo que se habían reprochado uno a otro, hurgando siempre en heridas mínimamente cicatrizadas en momentos de tolerancia mutua, con tal de obtener un instante de satisfacción personal.

—¿Cómo se llama el chico?

—Galahad, señor, y según los Otadinos es el mejor guerrero del mundo.

—Galahad —repitió Artor, notando cómo en algún lugar ultraterreno el vacío temblaba ante los bandazos de la rueda Fortuna, que había empezado a girar.

—El niño será bienvenido —dijo el rey con voz queda. La audiencia había terminado.

EN LAS LEJANAS tierras del norte Morgana no paraba de frotarse las manos y los nudillos; sentía que a la urdimbre del mundo se le había soltado un hilo. Su hermana Morcadés estaba en grave peligro. Los huesos le presagiaban muerte y por experiencia sabía que cada muerte traía otras detrás. Su hermano, Artor, estaba más

amenazado que nunca y ella intentaba desesperadamente desenterrar un sentimiento de triunfo al verle caer de su atalaya en cuanto la rueda de la Fortuna comenzara a girar. Le había odiado tanto que tendría que sentir algo, siquiera alivio.

Los suyos estaban muriendo, pero lo que ella buscaba inútilmente era algún augurio que pudiera revelarle su destino.

—¡Mierda! —exclamó con rudeza. Se retiró una lágrima, porque la Adivina todos los días de su penosa existencia imploraba la muerte.

Entonces con la mirada perdida y los ojos vueltos hacia dentro consiguió ver una deteriorada jícara de hojalata que iba llenándose de sangre fresca y lustrosa hasta derramarse.

—¡Ha llegado el cáliz! —murmuró Morgana dejando escapar las palabras a través de unos labios secos y resquebrajados, por los que escapaba la indigencia que engendra el veneno de la vejez—. El cáliz está llenándose, llenándose y pereceremos todos.

Recuperó la mirada y consiguió centrarse de nuevo en sus marchitas manos tatuadas. Sonrió con su espantosa boca y con lengua vibrátil se mojó los labios ensangrentados como si de una lagartija se tratara, saludando al sol.

—Pero… Artor se acerca al final —murmuró con voz imperceptible—. ¡Que los dioses sean alabados! ¡Por fin Gorlois recibirá su venganza!

A pesar de todo, la razón amenazaba su pasajero triunfo. Artor tenía casi sesenta años. Morcadés era todavía mayor y Morgana se sentía vieja, tanto como el extenuado corazón de las montañas otadinas. Tenían que haber muerto hacía años, y ahora los hermanos existían como anacronismos del poder y de una vitalidad ilusoria.

Su cabeza racional emitió un suspiro.

¿Qué importa después de tanto tiempo? ¿Quién recuerda los desatinos pasados?

Se contestó ella misma.

«¡Yo! Y mi asqueroso hermano. Al fin… se mueve la rueda de la Fortuna.»

CAPÍTULO II

JURAMENTOS DE SANGRE Y HERMANOS DE GUERRA

ARTOR RECORRÍA UNA y otra vez el perímetro de sus aposentos. Iluminados por lámparas de bronce, Percival y Gareth aguardaban inquietos en la austera habitación a que el rey se relajara; Odin seguía apoyado en la pesada puerta de madera con actitud impasible.

De acuerdo con las frugales costumbres del monarca lo único que Percival y Gareth podían hacer era guardar los rollos del rey supremo en sus estantes y ordenar su colección de mapas. Odin se sirvió un poco del agua que habían traído para su señor en una jarra de plata con abolladuras y probó también los frutos secos, el queso y el pan que le habían preparado. Artor siempre regañaba a Odin por ser tan precavido y le llamaba vieja maniática, pero cuando se trataba de velar por la seguridad de Artor, Odin se limitaba a sonreír con gesto perdido y amable, haciendo caso omiso de lo que dijera a su señor.

Artor observó a sus tres guardaespaldas más cercanos y se preguntaba por qué le habían sido fieles durante tanto tiempo. Odin, el juto, tendría ya más de sesenta años, aunque el pelo pardo y la barba canosa le daban un aire más de madurez que de senectud. Estaba fuerte como un viejo roble y se mantenía erguido, pese a su altura. Odin había jurado solemnemente ser fiel a Artor hasta la muerte y, por mucho tiempo que pasara, Odin nunca rompería esta alianza.

Gareth era medio pariente, porque su abuela, la esclava Frith, había sido la madre de Artor en todo salvo en lo biológico. Frith había muerto con Gallia, la queridísima esposa romana de Artor, que en el recuerdo se había convertido en la idealizada belleza de un sueño remoto. Gareth había pasado la juventud al cuidado de la hija de Artor, la madre de esos fuertes gemelos que tanto habían conmovido el escondido corazón del rey supremo. Gareth no conocía más vida que la de servir al monarca y a su familia.

Y en cuanto a Percival, puro, cristiano y atleta extraordinario, era en parte un éxito de Targo y en parte producto de Galwyn, surgido en las cocinas de Venonae. Percival había jurado proteger a su rey con toda la pasión de su corazón, mientras le quedara aliento. Artor sabía, por experiencia propia, que Percival arriesgaría lo que

fuera y se sacrificaría por él más allá de lo imaginable.

De repente Artor se enojó consigo mismo y con sus servidores. ¿Por qué tenían que amarlo? Él nunca se preocuparía por ellos con esa misma dedicación tan desinteresada. Era como si el cariño que le profesaban le estuviera ahogando, como una cadena de pinchos.

—Llevo tanto tiempo esperando una señal que apenas tengo esperanzas de encontrar una solución —dijo suspirando, sin dirigirse a nadie en concreto.

—¿Señor? —Percival levantó la vista, abandonando por un instante lo que estaba haciendo al ordenar la mesa de su rey—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Esto escapa a tu razón —gruñó Artor. Y siguió arriba y abajo, dando vueltas por la habitación, aunque arrepentido por el estallido de rabia que había mostrado.

Gareth dejó de servirse agua de la jarra, decorada con un dragón enroscado sobre su propia cola, y puso la mano suavemente sobre el hombre de su señor para que no siguiera con sus frenéticas idas y venidas.

—Sí, mi señor, son tus nietos. Y no, no puedes compartir el secreto con ellos, porque si lo supieran estarían en riesgo de muerte.

Percival se puso tenso ante el descaro con que había hablado Gareth, y el formidable Odin frunció el ceño.

Artor agitó con tal fuerza su leonina cabeza que Gareth se estremeció, aunque seguía confiando en su señor.

—Eres de los pocos que quedan ya que saben la historia de Gallia y de los años que pasé en Villa Poppinidii cuando era un muchacho —dijo el rey en tono de advertencia.

Percival abrió la boca de par en par.

Y como siempre, Artor se dio cuenta de todo.

—Percival, mantén la boca callada al respecto. Más te vale no revelar mis secretos. Soy viejo y no respondo de mis humores.

Percival iba a contestar que no sabía ningún secreto, pero, haciendo caso a la advertencia de Artor, no abrió la boca.

El monarca siguió dando vueltas a la habitación.

—Sé que no puedo desvelar a ninguno de los gemelos sus derechos hereditarios. De momento son objeto de envidia para todos los que creen que Anna es mi hermana. Pero a pesar del peligro que corren, lo único que puedo hacer es ver si alguno de ellos tiene el carácter y la capacidad necesarios para sucederme en el trono.

—Puede que sí —farfulló Odin.

Gruffydd, el portador de espadas, entró en la habitación cojeando, ayudado por su bastón y lanzando improperios porque se había golpeado uno de los pies con el marco de la puerta. El paso del tiempo le había dado un aspecto decrépito, pero no había modificado ni su carácter ni su salud.

—¿Es que no vas a invitar a este viejo a un trago de buen vino? —sonrió—. Sé que tú eres más de agua, pero a mi modo de ver el agua solo sirve para mear bien,

para que crezcan las cosas o para lavarse las barbas. Dado que eres el rey, seguro que hay algo potable por ahí escondido.

Artor accedió con la cabeza y Percival abrió un armario en el que se guardaban enormes botellones de vino para disfrute del monarca. Como sabía que Artor querría que él bebiera con el viejo portador de espadas, dispuso dos jarras sobre la mesa.

—Tenías que haberte deshecho de esa fulana con la que te casaste a la primera —dijo Gruffydd con cierto misterio—. Y haberte buscado una auténtica mujer, capaz de engendrar al hijo que diera continuidad a tu linaje.

—Tú también, viejo amigo, deberías aprender a cerrar el pico —Artor lo miró con una frialdad que no prometía nada bueno, caso de que Gruffydd siguiera dándole consejos no solicitados—. Si alguna vez quiero hablar contigo del tema, ya te lo diré.

—A la mierda todo, Artor. Mírame como te dé la gana, pero las cosas son como son, independientemente de que estés de mal humor —contestó Gruffydd sin especial delicadeza—. Targo tenía más razón que un santo en lo que decía de esa zorra tuya. No es tarde para quitártela de encima y no puedes echar de Cadbury a todo el que diga lo que no es sino la pura verdad. Te traerá la muerte y, con la suerte que tiene, seguirá durante años como siempre, quejándose y criticando mientras soba a los jovencitos con los que se junta.

—¡Ya está bien!

—Un par de inviernos en Tintagel le vendrían de maravilla a la reina para su carácter —insistió Gruffydd, sin hacer caso alguno a la enfurecida expresión de Artor —. Es más sórdido que una teta de bruja en medio de una tormenta. A tu madre nunca llegó a gustarle, por lo que sé y el duque Gorlois hacía lo imposible por pasar la mayor parte del año en sus posesiones de verano. Hasta Morgana, que siempre profesa afecto por todo lo que pertenecía a su padre, huye de Tintagel como de la quema.

Artor mantenía una expresión gélida. Odin olía el peligro en esa mirada glacial que nunca había desaparecido del todo en el semblante de su señor. Se concentró en limpiarse las uñas.

—Es una idea estupenda, señor. Sencillamente mándala lejos y así no correrá la sangre de nadie —dijo Percival intentando suavizar la conversación.

—Ya lo pensaré —observó el monarca zanjando el tema. Y al punto, en señal de bienvenida un tanto retrasada, rodeó con el brazo los escuálidos hombros de su asistente y preguntó—: Bueno, jefe de los confidentes, ¿cómo van mis territorios?

Gruffydd tenía ahora toda la cabeza cana y mostraba el aspecto de quien ya ha empezado a bajar la cuesta. Desde que desapareció Myrddion Merlín, solo Gruffydd fue capaz de resucitar y mantener activa la red de confidentes que proporcionaban a Artor su servicio de inteligencia.

Cada vez que pensaba en Myrddion Merlín, Gruffydd sentía un dolor en el pecho que le resultaba ya familiar. Aunque Cadbury había sobrevivido a la desaparición del sabio, estaba claro que desde que su amigo se fue Artor perdió para siempre cierta luz

en la mirada. Sin la presencia de la bella Niniana, la Doncella del Viento y el Agua, se desvaneció el encanto de la vida en palacio, como se desvanecieron también la magia y las limpias carcajadas que infundían esperanza al corazón más recio y más sombrío. Durante todos estos años, desde que se fue, Artor no había querido pronunciar el nombre de su amigo. Y hasta en el recuerdo de la gente Niniana quedó relegada al papel de esa maga, bella y sobrenatural, que les había arrebatado a Myrddion.

Gruffydd suspiró. Mientras bebía el excelente vino de Artor, pensaba en la muerte. Ahora recordaba peor los acontecimientos recientes que los de antaño y sabía que pronto pasaría el cuidado de Excalibur a su hijo mayor. En privado reconocía que la espada le resultaba ya demasiado pesada y que apenas podía levantarla con sus escuálidos brazos.

Gruffydd mantuvo en funcionamiento el sistema de confidentes que había creado Myrddion, pero sabía bien que no había añadido nada significativo a la fórmula que inventó en su día el viejo cortesano, cuando el reino de Artor estaba todavía fresco y lozano. Desde que se fue Myrddion, occidente siguió su curso, porque Artor se empeñaba con toda su alma en que el reino persistiera, pero Cadbury se había quedado paralizado en el tiempo… al borde de la decadencia.

—Deja de dormitar ya mientras disfrutas del excelente vino que te doy y cuéntame cómo van mis reyes tribales.

Gruffydd se sobresaltó un poco, sonrió como pidiendo disculpas y comenzó a ordenar sus ideas.

—Bueno —empezó—. Lo que puedo decir es que Wynfael no es precisamente un epicúreo como su padre, alabados sean los dioses, así que el reino de Leodegran va mejor que cuando estaba él. Cuando se desplomó mientras intentaba montar a una esclava… para no levantarse más, toda la tribu quedó absolutamente aliviada. El hombre estaba tan gordo al final que apenas podía andar, salvo cuando quería inflarse a comer. Wynfael es cristiano, de modo que mantendrá su lealtad a la Unión de los Reyes tribales. Esos histéricos buscan ser mártires a toda costa, así que seguro que si te libras de tu conflictiva esposa, el hermano se retirará a rezar por su alma. No le gusta su hermana.

Artor recordaba al padre de Wenhaver como un hombre de gustos caros y exóticos. Qué extraño que el hijo renegara de los vicios paternos para acogerse al dudoso atractivo de la religión.

—Bran y tu Anna mantienen bien atados los territorios de los ordovicos —siguió Gruffydd—. De hecho, el último demeta que consiguió sobrevivir parece que reconoce a Bran como señor. Y los cornovios permanecen leales a tu causa. El fiel Bedwyr ha salido de Arden… con esposa, lo creas o no. Creo que viene pronto, señor.

—Parece que todos quieren venir a Cadbury últimamente, pero de todos los invitados, Bedwyr es mi preferido. Sin él nos habría sido mucho más difícil ganar en Mori Saxonicus y solo los dioses saben si habríamos logrado aplastar a las liendres de

Caer Fyrddin si Bedwyr no nos hubiera dejado entrar a través de las antiguas cloacas —Artor frunció el ceño—. Y del sur, ¿qué? ¿Qué pasa con los dummonios, los durotrogos, los belgas y los atrebatos? Los que quedaban de las tribus orientales, ¿se han unido del todo a los reinos o siguen suspirando por tiempos pasados?

Gruffydd parpadeó varias veces, sorprendido por la pregunta. Los padres de Artor venían los dos de tribus meridionales, tribus que siempre habían conformado el corazón del reino.

—Sí, señor. Puede que estén demasiado satisfechos, porque no han tenido ataques sajones desde hace tres años y parece que los bárbaros aceptan nuestras fronteras. Pero algunos de los celtas del este que fueron desplazados no ven bien que no hayas expulsado a los sajones al océano Germánico[3]. Con todo, como no son tontos, reconocen que los sajones y los anglos se han establecido con mucha fuerza en el territorio. Hay icenos que llaman a su antigua patria Angloterra. Y el sur permanece leal.

—A cualquiera que tenga un poco de sensatez le duele que desaparezca lo que es justo y bueno —murmuró Percival.

—Ya, pero también cualquier persona sensata sabe reconocer cuándo es el momento de abandonar unos absurdos sueños de gloria —respondió Gruffydd—. Los sajones, los anglos y los jutos están bien pertrechados en las tierras orientales y no hay quien los desaloje de ahí. Y aun así, no han conseguido avanzar un solo metro desde Mori Saxonicus.

—¡Ni lo conseguirán mientras yo viva para detenerlos! —alegó Artor como si de un juramento se tratara. Ninguno de los presentes lo dudaba—. Pero el norte no está tan seguro, ¿verdad, amigo?

—No creo verdaderamente que los descendientes de Luka se dediquen a provocar problemas en las tribus septentrionales. No corre buena sangre por las venas del nuevo rey de los brigantes, pero es un cabroncete bastante listo. Mordred es un joven calculador y ambicioso que parece no haber heredado mucho del encanto de su padre.

—No me gusta ni su nombre… no presagia nada bueno —apuntó Odin desde donde estaba de guardia, cerca de la puerta.

—Pues todavía te gustará menos su persona cuando lo veas, Odin. Parece que al volver a Segedunum, tras la batalla de Mori Saxonicus, Morcadés pasó una noche en Verterae. El hijo pequeño de Luka era un chaval muy bello y Morcadés seguía resultando atractiva, siempre que uno no se fijara en el poco encanto que tenía. Por lo visto el príncipe cayó perdidamente enamorado y del encuentro salió un niño, Mordred.

Artor se sorprendió de lo bien que el jefe de los confidentes conocía a su hermana.

—A Morcadés no le hizo ninguna gracia quedarse embarazada a una edad madura, como tampoco le gustó la idea al rey Lot. Por eso, al poco de nacer, enviaron a Mordred con su padre. El chiquillo sobrevivió a la rebelión de Simnel y lo educó un

heredero de Luka, el único que quedaba, por si él mismo no tenía hijos. De ahí que ahora tengas otro pariente incómodo, un tipo que pretende utilizar los derechos de sangre heredados de su madre para sus propios fines.

—Todas las mujeres son iguales en la oscuridad, tengan la edad que tengan —insinuó Odin para vergüenza de Percival, que se puso colorado en medio del regodeo de los demás.

—¿Todavía eres virgen? —preguntó Gruffydd sorprendido a Percival mirándolo fijamente.

—¡Todavía! —el rey supremo se rió con auténticas ganas.

—No eres justo, señor —intervino Percival—. Solo he querido realmente a una mujer… y hace tiempo que desapareció. Estoy decidido a esperar hasta que encuentre a la mujer adecuada.

Artor sabía que su asistente soñaba con Niniana, su compañera de juegos infantiles. Percival nunca había pasado de estos primeros escarceos amorosos de la pubertad y su falta de experiencia le impedía superar la imagen idealizada que tenía de Niniana. El rey supremo se habría reído de las desilusiones amorosas un tanto infantiles que sufren los hombres, si no fuera porque Gallia también había sido para él la mujer perfecta, absolutamente ideal.

—¿Qué tiene que ver el matrimonio con estar encelado? —preguntó Odin con desabrido interés—. El celibato no parece la mejor solución cuando uno no encuentra la mujer adecuada.

—Solución que dudo mucho hayas probado, grandullón —contestó Percival, que seguía colorado como un tomate.

Odin se limitó a sonreír bajo una barba canosa, mordiéndose el labio, como era típico en él. Solo se le notaba la edad en que tenía algunos dientes rotos y oscurecidos.

—Así que —musitó Artor— dentro de poco tendremos en Cadbury a Galván y a este Galahad, a Bedwyr y su esposa que no sabemos cómo se llama, y a Mordred, que es el hijo menor de Morcadés y el rey ilegítimo de los brigantes. Ya están aquí los gemelos de Anna. Es como si la siguiente generación fuera reuniéndose para roer mis huesos antes de que haya muerto.

De entre los presentes, solo Gruffydd recordaba a Uter Pandragón, otro rey supremo que intentaba aferrarse a la inmortalidad. Gruffydd sintió un escalofrío, pensando en las impiedades que tendría que cometer por mantenerse al servicio de su señor. Siempre que recordaba a Keu, el hermanastro del rey, retorciéndose de dolor en un camastro, Gruffydd daba gracias a los dioses Tuatha y Danaan por no haber tenido que ejecutar las órdenes de Artor. Alguna otra mano había intervenido para terminar con los desmanes de Keu, y Gruffydd no había tenido que mancharse de sangre. Indudablemente obedecería a su querido dueño hasta el último día, hasta que no pudiera ya sostener una espada. Después de tantos años juntos, el jefe de los confidentes sabía que Artor nunca actuaba con alevosía a menos que las

circunstancias le provocaran una ira ciega, algo que raramente afectaba al rey en su madurez. Pero ¿sería Artor capaz de ordenar un asesinato si con ello, por vil y cobarde que fuera, se salvaba occidente? Por supuesto. Y ¿podría vivir el monarca con las consecuencias de tal vileza? Aprendería a llevar la carga, con tal de seguir protegiendo a su gente y de mantener la Unión de Reyes.

—Si él puede, yo también tengo que poder —suspiró Gruffydd, mientras la mirada de Artor se volvía hacia su viejo soldado, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—Esa agitación que tienes es propia de viejos —dijo Gareth con voz queda—. Tú, pese a estar próximo a los sesenta, todavía tienes salud y estás fuerte. A esa edad murió tu padre. Los lobeznos siempre harán manada en cuanto vean que el líder de la antigua grey empieza a envejecer, así que ten cuidado con los celos y la ira. Ésa fue la equivocación de Uter —sonrió a su rey—. Mi abuela y antigua amiga tuya, la vieja Frith, te diría que lo que tenga que venir, vendrá.

Artor asintió con la cabeza gacha, mirando el anillo que llevaba en el pulgar. Llevaba ya muchos años ensuciándose las manos de sangre, por eso la perla del anillo brillaba ahora con un tono rojizo que tenía incrustado. Para la mente agotada de Aitor esa perla era como un ojo ciego.

—Sí, nuestra vieja Frith era una mujer muy sabia como mi amigo Myrddion. Ojalá estuvieran todavía entre nosotros. Pero las cenizas de Frith reposan en el jardín de Gallia y Myrddion debe haber cedido ya a la vejez —Artor devolvió una sonrisa a Gareth en señal de agradecimiento—. No temo a la muerte ni a que las cosas terminen; no, no es eso.

Ni los soldados ni el jefe de confidentes tenían intención alguna de contestar, pero Odin notó el peligro que conllevaba dejar a Artor sumido en sus preocupaciones y decidió responder por todos.

—Los que estamos aquí protegiéndote sabemos que el reino se perderá en algún momento, una vez que hayas iniciado el camino de las sombras, señor. No tememos nuestro destino, porque sabemos que es inevitable. Pero sí nos asusta tener que asistir a una decadencia lenta y contemplar de nuevo los aciagos días del pasado.

—Eres como mi segundo yo, Odin —le contestó Artor—. A veces no entiendo por qué has seguido conmigo tantos años, cómo has podido renunciar a tener hijos, a amar y a vivir tranquilo solo por ser fiel a mi causa. ¿Por qué lo has hecho, amigo?

—Los dos hicimos un juramento, señor. Y nunca me he arrepentido de lo que ello me ha exigido.

EL VIENTO OTOÑAL que agitaba los frutales de Cadbury soplaba de manera serpenteante por los bosques, las montañas y los grises valles helados. En la lejana Cymru las brisas pedían descaradamente entrar en la villa de piedra, construida alrededor de las ruinas de un árbol venerable. Y con lo persistentes que son los

vientos fríos, consiguieron colarse por los postigos de algunas ventanas que tenían las bisagras algo cedidas. Un zarcillo de gélida brisa removió los cabellos de una mujer que estaba sentada junto a una chimenea. Poco a poco el viento se consumió en el propio calor de la habitación que rebosaba colorido. El negro intenso de las paredes, las antiguas maderas y las vigas cubiertas de humo cobraban vida gracias a unos enormes tapices colgados que mostraban extrañas figuras entrelazadas y la imagen recurrente de un hombre vestido de negro. En la esquina junto a un impecable telar había madejas de lana colgadas del techo, coloreadas con tintes vegetales de todos los tonos imaginables, verde, dorado, naranja, rojo y azul pastel. En otro de los rincones había manojos de hierbas secas, flores, hojas y hasta algas también colgadas boca abajo, añadiendo colores difuminados a la exuberante habitación que ocupaba la mujer.

Los suelos eran de piedra, algo poco frecuente en estos climas, si bien suavizada por alfombras de lana y jarapas de nudos de fuertes colores que dibujaban espirales. Para sentarse había bancos de madera de curiosas formas, cubiertos con pieles bien curtidas y las paredes de piedra desnuda estaban forradas de estantes con tarros de cristal basto que parecían soldados de miniatura. Esos tarros habían sobrevivido todo un viaje desde Cadbury y ahora ofrecían un fascinante juego de luces y sombras rojo y oro provocado por el fuego de la chimenea, que, reflejado en ellos, impedía ver su contenido.

La mujer se volvió al sentir el aire frío que se le colaba por su larguísima melena trenzada. Se levantó con elegancia natural, cogió una madeja de lana nueva y se acercó a los postigos que quedaban ligeramente entreabiertos. Con la mirada absolutamente concentrada en el tiro de la corriente que entraba, encajó bien la lana en la ranura hasta comprobar con la mano que ya no sería importunada en su santuario por ningún otro aire frío. Después volvió a sentarse.

El perro lobo de hocico gris que estaba tumbado a sus pies ni se molestó en moverse de la alfombra.

La belleza y la pena envolvían a Niniana como un elegante manto invisible.

Pese a tener casi treinta y nueve años, su rostro no mostraba arrugas. A diferencia de la reina Wenhaver, la madurez solo había labrado en Niniana mayor gravedad y una elegancia de extrema delicadeza. Seguía teniendo el pelo de color platino, mucho más largo, recogido a distintas alturas con brillantes pasadores. Iba vestida de gris, como era su costumbre, pero de tono suave, con ligeros tintes de un antiguo verdoso, similar al de las aguas estancadas cuando reflejan la intensa luz de la luna llena.

Niniana seguía teniendo la misma cara, aunque en su mirada se podía leer el largo y duro paso del tiempo. El azul profundo de los ojos ya no brillaba con la curiosidad y el fuego de la juventud, porque ahora la Doncella del Viento y del Agua estaba muerta. Su esencia se había evaporado aquella aciaga tarde en que Myrddion Merlín había emprendido su camino hacia los dioses desde una enorme pira colocada en la cima de la montaña. Desde entonces la Dama del Lago gobernaba la hondura de su

propio ser con paciencia, compasión y una resolución infinita y diamantina.

Mientras trabajaba con el huso para convertir en finas hebras la lana lavada, dirigía sus pensamientos hacia el viento nocturno, y como él se alejaba hacia el norte, el oeste o el sur, buscando, indagando, intentando encontrar el motivo de su deambular. A Niniana nunca le había preocupado la magia, ni creía en ese mundo oculto de encantamientos y maldiciones. Con esas supersticiones primitivas se habían reído mucho Myrddion y ella en aquella época tan feliz, cuando sus hijos eran pequeños y él todavía no se había quedado ciego.

—Ahora veo que estoy más ciego que nunca, pequeña Niniana —solía decirle él para consolarla—. Mi alma se aleja del cuerpo y te ve tal y como eres. Va muy lejos, toma distancia de mi fortaleza física y me permite contemplar a mi amigo, el joven Artorex, y las batallas que tendrá que librar en la zona oriental y meridional. Y hasta Morgana, la pobre y triste Morgana, siente el filo de mi presencia. Cómo salta, recorriendo con la mirada su maloliente habitación de vieja gruñona para ver si me encuentra.

Se reían sin malicia, pero en su fuero interno Niniana no le creía. Myrddion notaba lo que ella sufría al ir viéndolo cada vez con menos facultades y sabía que, hasta cuando se reía con sus gracias, a la muchacha se le inundaban de lágrimas sus bellos ojos azules. A veces él se despertaba en medio de la noche y empezaba a hablar con una voz que a ella le resultaba casi desconocida, describiendo extrañas carretas que no necesitaban caballo, lanzas que destruían ciudades de cristal y de un gran tapiz de la historia humana que mostraba ante sus ojos hasta el fin de los tiempos. En esos momentos, Niniana no sabía si su marido era el hombre más sabio de la creación o si simplemente se encontraba sumido ya en los sueños absurdos de la vejez.

Niniana recogía estas visiones por escrito, porque una vez pronunciadas, Myrddion las olvidaba del todo; Después marido y mujer intentaban descifrar el significado que podrían tener.

—Todo el futuro me resulta muy próximo, querida —le decía, volviendo su rostro curtido, pero aún bello, hacia la luz—. Debes entregar mis sueños al fuego. La magia no existe, pero quizá sí cierta percepción interior. Y si es así, correríamos el riesgo de dejamos llevar por ella, cuando en realidad solo deberíamos guiarnos por la cabeza y el corazón. Así que deja mis sueños a un lado, mi amor, porque no son más que sombra de sombras.

Pero Niniana no le hizo caso y empezó a tejer y a bordar la lana para preservar lo más fielmente posible la gloria de su ceguera. Para ella su marido no era un mago, sino un gran poeta de mente aún joven, al que se le agolpaban en la cabeza imágenes imponentes. Pero en aquel momento, después de la pira funeraria, sintió un pesar tan intenso y tan devorador que sus tres hijos tuvieron que llevarla a la casa que tenían en la montaña, hundida en una caverna de locura.

Con la mirada perdida, se debatía luchando contra pesadillas inenarrables, hasta

que sus hijos se vieron obligados a atarla a la cama. En sus sobresaltos de terror la asaltaban sauces sangrantes, capullos de rosas chamuscados, mujeres crucificadas y dragones ciegos, y sus hijos temblaban sobrecogidos al ver los arañazos que le salían a su madre en la piel y que ella misma se provocaba.

Después, con la misma inmediatez con que le había sobrevenido este descenso a los infiernos de la locura, recuperó los sentidos. Esa noche soñó que se iba abriendo paso a través de un bosque de árboles semihumanos que la conducían hacia un estanque de agua sanguinolenta junto a un sauce que escondía horrores inimaginables. Mientras gritaba, se sintió empujada por manos anónimas a apartar el follaje del llorón; sus ojos deseaban que las ramas se cerraran, porque sabía que bajo esa vegetación sanguinolenta iba a encontrarse con su propio yo.

Pero no podía hacer nada para contrarrestar la fuerza que la empujaba en el sueño.

—¡Niniana! —gritó el demonio. Con la mano derecha, fuerte y enorme agarraba la suya mientras que con la izquierda le tapaba los ojos. Entonces, justo cuando se estaba desmayando del horror, la arrastró de nuevo a la espesura del sauce, donde se vio en el confortable nido de su cama. Su amante de pelo oscuro la había besado por todo el cuerpo, hasta curarle todas las magulladuras, las quemaduras y los arañazos que ella misma se había provocado. Se la había comido con la mirada, como si esta criatura demoníaca de las sombras y el caos pretendiera arrebatarle el alma y así lloró intensamente en medio de su desamparo y su orfandad.

—Soy yo, Niniana. Tu viejo esposo. ¿No me reconoces?

Y entonces vio que todavía era presa del sueño, porque esa criatura no era el Myrddion decadente de los últimos años, sino en plena fuerza de la juventud serena. ¡Qué guapo estaba y cómo la envolvía con sus cabellos formando una red insondable! Le habría gustado retirarse, pero Myrddion la miraba con los mismos ojos de su primer encuentro, brillantes, complacidos y llenos de tristeza.

—Pero ¡estás muerto, Myrddion! Deja que sufra mis penas, porque tus cenizas ya están frías en la urna funeraria. Preferiría enloquecer o morir antes que quedar atrapada en un sinsentido, buscándote desesperadamente.

Le besó los dedos llenos de magulladuras.

—La vida seguirá para ti, amor. Vas a vivir mucho y cuando me llames vendré y hablaremos y nos reiremos como hacíamos cuando yo respiraba como el resto de los mortales. Cuando quieras que venga, piénsame y ahí estaré.

Y así fue cómo Niniana tuvo que reconocer lo que Odin, el menos culto de sus antiguos amigos, había sabido desde siempre, de manera instintiva, pese a que nunca lo hablaron: el alma sigue y solo unos cuantos afortunados consiguen enviar su espíritu al viento para que se encuentren con el alma de quienes los convocan, más allá del dolor, más allá de la pena y más allá de la indignidad de la muerte.

—¿Mamá? —se oyó una voz desde la cocina.

Niniana abandonó sus reflexiones.

Al entrar en la estancia, una de las criadas, que pertenecía a la gente de la colina,

estaba a punto de dar un cachete al hijo pequeño de Niniana con un cucharón. El niño había cogido pan y estaba mojando trocitos de corteza en la salsa de cordero. El hijo mayor, Taliesin, intentaba hacerse con el mendrugo que su hermano tenía en la mano.

Niniana no tuvo más que levantar su dedo índice.

—¡Basta! —la palabra cayó como una piedrecilla en un estanque de aguas serenas.

—¡Perdona, madre! —dijo Taliesin soltando el brazo de su hermano—. Tenía que haberme dado cuenta de que estabas descansando y podía molestarte.

—No pasa nada, pero Gerda no tiene por qué ir por ahí como boba persiguiéndoos porque os portéis mal.

Como todos los de su gente, que a duras penas lograban ir tirando, Gerda era bajita y morena. Los dos hijos de Niniana sacaban una cabeza a la chica, cuyos ancestros debían remontarse al pueblo de hombres pintados que habían ocupado las islas desde tiempo inmemorial en una existencia pacífica. A Niniana le molestó que sus hijos fueran tan atolondrados; por eso cogió la mano de Gerda y se la apretó en señal de disculpa.

Taliesin prometió enseñarle a Gerda su segunda mejor composición, si la criada se dignaba a perdonarlo. Mostraba tal arrepentimiento en la mirada, que la joven declinó su indignación.

—Déjate de penas, muchacho. Os conozco a ti y a tu hermano desde que llevabais pañales, así que más os vale no tocar los guisos que hago hasta que yo lo diga —la chica, que apenas era más que una niña, dio a cada chiquillo un toque en la coronilla con el cucharón de madera.

Los hijos de Niniana eran la delicia de la colina. La gente corriente se extrañaba al verlos, tan distintos uno de otro y de no haber sabido lo mucho que se quiso la pareja, habrían jurado que alguien había introducido un pájaro ajeno en el nido de la Casa de Piedra.

Taliesin era la reencarnación de su padre, una sinfonía en blanco y negro, pero de ojos tan azules que apenas parecían humanos. De pequeño se había hecho un arpa y empezó a ver el talento que tenía para la música cuando comenzó a practicar con el instrumento. Las abuelas del pueblo no hacían más que mirar el mechón blanco que tenía en las sienes y asentían con ese gesto de entendimiento ancestral de quien sabe de dónde sacaba el muchacho las cualidades.

Glynn ap Myrddion era el segundo hijo de Niniana. Acababa de cumplir diecisiete años y era completamente rubio, frente a lo moreno que era su hermano, aunque los ojos los había heredado también de su padre. Los oscuros ojos de Glynn resultaban aún más penetrantes, teniendo en cuenta lo rubias que tenía las cejas y el dorado de su tez. Glynn no sentía ese atractivo por la música y la poesía que mostraba Taliesin. Prefería el oficio de curandero, sanar heridas, como hacía su padre. Por eso iba detrás de Myrddion como si fuera su sombra, mientras el viejo recogía hierbas para preparar sus pócimas. Glynn se había convertido en la perfecta mano derecha de

su padre y ya entonces el muchacho curaba niños aquejados de un pueblo de las colinas. Los paisanos decían que debía tener algo de magia en las manos, aunque también reconocían que los dedos de Taliesin gozaban de cierto poder.

En cuanto a Rhys, de dieciséis años y dotado de un enorme talento matemático, se inclinaba por el arte de la construcción. Se pasaba la vida arreglando cosas, le había construido un precioso telar a su madre, le encantaba arreglar tejados y trabajaba la piedra y la madera hasta que le revelaban sus secretos.

Los tres conocían bien la generosidad de la tierra y sabían cómo cultivar los terrenos, por lo que Niniana no tenía queja de ninguno de sus tres hijos, todos altos y esbeltos. Rhys era el más corpulento de todos; se parecía un poco a los ancestros que Niniana no llegó a conocer. Como el muchacho se había enterado de que en una villa cercana había un herrero, la madre suponía que se iría unos meses de aprendiz y que volvería a montar su propia forja.

Suspiró.

En la cumbre de la colina el viento soplaba con fuerza. Incluso en la cocina, cuando estaban todos juntos cenando con Gerda y Col, su esposo, un pastor que apenas abría la boca, Niniana escuchaba unas voces que gritaban en el vendaval nocturno.

—Taliesin debe irse de las colinas y marchar a Cadbury para estar junto al rey Artor, allí o donde deban ir —le decían las voces a Niniana—. Obedécenos, Dama del Agua, porque a tu hijo lo necesitan. Los días de Artor están contados. Y aunque tu hijo sea aún joven, debes permitirle que concluya lo que su padre empezó, porque el cáliz maldito está a punto de llegar.

Niniana oyó las voces durante tres noches seguidas y aunque rellenaba con toda la lana que había en Powys cualquier resquicio de la casa por los que pudiera infiltrarse el viento, no conseguía acallar a los mensajeros de sus sueños.

Taliesin extendió su brazo por encima de la mesa para acariciar la mano de su madre con suavidad, dándole masajes en la palma con el pulgar, como hacía su padre tiempo atrás.

—¿Por qué estás tan triste, Madre? —preguntó—. ¿Hay alguna canción que pueda aliviar tus pesares? ¿O compongo alguna bagatela nueva para devolverte la felicidad?

—Me guste o no, es esencial que estés en Cadbury antes de Samhein —le dijo a su hijo, con los ojos bañados en lágrimas—. No sé bien por qué tienes que ir y no quiero que te vayas en pleno invierno, pero las voces me dicen que tienes que hacer la crónica de la muerte del rey.

Taliesin se quedó con la boca abierta, mientras Rhys reía como un campesino cualquiera, al ver la cara de consternación que se le había quedado a su hermano mayor.

—¿Cadbury? ¿Y qué voy a hacer yo allí? —exclamó Taliesin enfurecido—. ¿En que puedo servir al rey supremo? Padre nos trajo la desgracia con tanta inteligencia y

mis talentos son escasos, comparados con los suyos. Mi misión está aquí, contigo, ¿no?

Niniana sonrió arrepentida.

—Ojalá pudiera retenerte siempre aquí conmigo, pero el viento no me permitiría descansar hasta que atendiera su mensaje. Te reclaman, debes cantar para el rey supremo. Le proporcionarás tranquilidad con tus cantos y tus fábulas y también con tus lecciones, siempre que el rey Artor quiera atenderte. Hay que decirle que el cáliz maldito está cerca.

Rhys se echó a reír.

—¿Y eso qué es? ¿Acaso te lo ha explicado también el viento? —al ver que estaba hiriendo a su madre con estas preguntas, dejó de reírse—. Lo siento. Perdóname —dijo—. Pero el viento, o lo que sea, te está exigiendo demasiado. Hace solo un año que Padre murió.

—Taliesin tiene que ir a la corte —repitió Niniana—. No puedo evitarlo, porque cuando una madre se encuentra atada al destino de su hijo, no puede evitar lanzarlo por sendas difíciles —y mientras decía esto una lágrima resbaló por su mejilla.

De repente, Niniana despejó todos sus temores. Irguió la espalda, echándose hacia atrás su espléndida melena.

—La familia de Myrddion Merlín siempre ha servido al rey supremo de las tribus celtas y si tu padre en su momento abandonó a su querido Artor, lo hizo exclusivamente por amor a mí. Ahora devuelvo a Myrddion a la corte, encarnado en mi hijo primogénito. Tienes que cumplir tu deber, Taliesin, para que tu padre esté orgulloso de ti esté donde esté, más allá de las aguas de la muerte.

«No quiero ir», pensó Taliesin con testarudez. Odiaba estas voces que hablaban a su madre. Le molestaban las necesidades del monarca, que venían a interrumpir sus planes, pero al tiempo se sentía emocionado porque a los jóvenes les encanta la aventura. Y sobre todo, nunca negaría nada a su madre, porque los hilos del cariño que ella le daba ejercían sobre él una fuerza mayor que la de cualquier grillete.

De tal modo que Taliesin accedió a dejar a un lado sus tribulaciones y prepararse para el viaje, aunque decidió que el tiempo que le quedara libre, por poco que fuera, lo pasaría con su madre y sus hermanos. Si Glynn o Rhys en algún momento se molestaron al ver el papel que su hermano iba a representar en la historia de occidente, nunca dieron muestra de envidia.

En medio de la noche, cuando el viento soplaba de oriente, Taliesin se debatía pensando en la amenaza que implicaba el cáliz maldito. Se imaginaba un gran recipiente dorado, adornado con enormes piedras, torpemente talladas. El objeto le rondaba en los más oscuros recovecos de la mente, cada día más grande, cuanto más lo pensaba. De manera horrenda y truculenta la sangre se desbordaba del recipiente, empañando así los ricos relieves y las brillantes gemas. En el interior la sangre hervía en una espiral viscosa que arrastraba a Taliesin hasta unas profundidades imposibles e inconmensurables.

Cuando se despertaba de esos sueños, estaba bañado en sudor y temblando de miedo, pero de día controlaba el gesto, para que su madre no notara la palidez delatora del terror.

Madre e hijo se mentían uno a otro, sin mediar palabra.

Mientras Taliesin preparaba lo que iba a ser irse de casa por primera vez, el invierno dominaba el territorio con garras de hierro. El día del viaje se levantó temprano, pensando que su madre estaría en la cocina o secando lana en la chimenea, pero la casa tenía ese aspecto extraño y desierto, mostraba ese vacío que solo se siente cuando el alma se ha ido.

A través de los rastrojos se veían las huellas de unos pies descalzos que salían de la cocina y se adentraban en la profundidad del bosque. Las marcas apenas habían hollado la hierba, pero Taliesin pudo recomponer el sendero tomado por su madre fijándose en las zonas en que había cuajado una frágil escarcha.

Con cautela de cachorro, siguió las huellas de su madre hasta adentrarse en el bosque, siguiendo el curso de un arroyuelo helado, que terminaba tras una loma ligeramente empinada de la colina. Al fondo había un lago medio congelado, que a la débil luz de la mañana brillaba como un trozo de fina ágata negra.

Taliesin se detuvo observando a su madre, que empezaba a caminar por el lago helado. Sobre los hombros llevaba unas pieles oscuras y brillantes como los abrigos de foca, que dejaban ver su melena suelta, de un gris plata. En la cabeza de Taliesin empezaron a fluir versos, al ver cómo Niniana se quitaba las pieles hasta quedarse medio desnuda en medio del lago, y levantaba sus largos y pálidos brazos hacia el sol naciente. Vio la marca del dragón que le subía por la pierna y se imaginó el hielo derritiéndose suavemente bajo el calor de sus pies.

Antes de tomar el camino de vuelta a la Casa de Piedra, hizo un saludo al cielo, al agua y a los sauces que definían los bordes más lejanos del lago. El collar de electrón que le había regalado Myrddion y que llevaba sobre el pecho refulgía como si se tratara de las más bellas escamas de pescado.

—Realmente es la Dama del Lago —Taliesin se abrazó al tronco del roble tras el que se escondía para que su madre no lo viera al pasar. Se había vuelto a poner las pieles y su rostro lucía blanco como una perla en aquella media luz.

Más tarde, avanzada la mañana, cuando el gris del cielo aparecía tímidamente iluminado por el sol, Taliesin se alejó a caballo con su perro preferido por toda compañía, para ir componiendo su poema.

Niniana lloraba.

OTRAS TRES MUJERES vieron el mismo amanecer sintiendo la misma emoción, con la misma fuerza, igual de absorbente.

En las lejanas tierras del norte, en un refugio de paja, ramas de sauce y barro, Morgana se amargaba pensando en el deterioro físico que acarreaba el paso del

tiempo. El espejo de plata, el regalo más cruel que le había hecho Uter Pandragón, reflejaba un rostro hundido y una mirada sin vida, como disecada, muy similar a la que mostraba su padrastro justo antes de morir. Uter la odió intensamente, con la misma intensidad con que ansiaba sus pociones que lo mantenían con vida. El anciano rey veía en el rostro de su hijastra la imagen del traicionado Gorlois y comprendió lo mucho que había contribuido esta mujer al dolor de sus últimos días. ¿Adivinaría el viejo monstruo que ella iba a vivir muchos años, suficientes para comprobar que se había vuelto más fea incluso que él? ¿Sería que Uter imaginó que el espejo le descubriría todos los pensamientos amargos que engendró, todas las crueldades que llevó a cabo durante décadas de una vida horrenda y depravada? Morgana reflexionaba viendo la infinita maldad con la que había borrado en su rostro cualquier rasgo de femineidad. Sin hijos, sin amigos y vacía, había considerado todas las maneras posibles de venganza. Puede que Morgana llorara en su momento, pero sus obsesiones le habían impedido gozar siquiera del desahogo de las lágrimas.

¡Cómo se estaría riendo Uter Pandragón, desde el otro lado de la muerte!

Petulante y mezquina, la reina Wenhaver se revolvía en la suntuosidad de su lecho. Sus carnes ansiaban las lascivas y emocionantes caricias de un hombre, de cualquier hombre, pero por encima de la lujuria sentía otra imperiosa necesidad. Sería capaz de renunciar a todos los placeres de la carne por herir a Artor. Tampoco ella encontraba consuelo ante el espejo porque empezaban a salirle canas. Con su consabida e impertinente arrogancia, le reconfortaba ver que solo tenía unas cuantas que había conseguido arrancarse delicadamente con unas pinzas de oro. Aún le quedaba tiempo de vengarse de toda una vida de insultos reales o imaginados.

Cuando Elayne se despertó, vio que estaba cubierta de plumas en un lecho de hojas de otoño. Medio dormida se dio cuenta de que yacía en una pequeña tienda en la que no entraban los tímidos rayos del sol invernal. No sabía, entre sueños como estaba, dónde se hallaba, ni quién era el que roncaba a su lado. Pero al poco comprobó que el pesado brazo de Bedwyr la rodeaba por la cintura.

«Soy una esposa, —pensó, con cierta sorpresa—. Así que me voy a Cadbury a ver al rey supremo.»

Sonrió y se soltó su melena castaña.

Y despertó a su marido.

CAPÍTULO III

LA DAMA DEL TELAR

Qué es la mujer para que los hombres la abandonen
Por ir en busca de la vieja y canosa hacedora de viudas.

Antigua canción nórdica

CUANDO GALVAN SE despertó, después de haber dormido profunda y apaciblemente, tuvo la desconcertante sensación de que caía desde gran altura. Poco a poco fue recobrando la memoria, al sentir el cuerpo desnudo y cálido que vacía junto a él, bajo su brazo izquierdo, un tanto quebrantado y entumecido.

«Lo he conseguido, —se dijo para sus adentros, a medida que iba recobrando la memoria—. No sólo es que Galahad vaya a enfadarse conmigo por semejante error, sino que me parece recordar que esta dama es realmente una dama.»

Galván nunca había tenido grandes luces.

El príncipe pasaba ya de los cincuenta años y por eso tendría que procurar ir deslizándose suavemente hacia una vejez digna. Pero la naturaleza había querido que en él se combinara una limitada inteligencia con la valentía temeraria, una soberbia elegancia atlética y la belleza intemporal y gélida de su madre, la reina Morcadés. Con el tiempo se le habían caído un poco los pómulos y alrededor de los ojos mostraba unas líneas blancuzcas, fruto de los años pasados a lomos del caballo. El pelo se le había aclarado un poco, ahora lo tenía menos rojizo, pero seguía manteniendo las mismas mejillas imberbes de la juventud, por pura vanidad masculina. Desgraciadamente, su cuerpo continuaba moviéndose a golpe de libido, sin disciplina alguna.

—¡No me gusta tener tanta barba! —le había dicho a Enid, su esposa, mientras se afeitaba con una cuchilla especial, afiladísima—. ¡Pero tampoco soy como los romanos, que se atreven a quitarse los pelos uno a uno de raíz!

Se estremeció solo de pensarlo, mientras Enid le besaba en la mejilla, acariciando con pasión la suave piel, aún sin arrugas, del esposo.

El hijo de Galván, Galahad, parecía nacido para eclipsar a su padre, lo cual irritaba particularmente al príncipe. No era que le molestara envejecer, porque hasta

el momento el proceso había sido bastante agradable. Ni que envidiara la inteligencia que mostraba Galahad con las armas, porque su tío, el rey Artor, siempre había tenido mayor habilidad guerrera que él. Por un lado, el príncipe tenía fama de ser uno de los mejores espadachines celtas de su tiempo, y además la extraordinaria belleza física y la finura de su hijo era algo que le llenaba siempre de orgullo. Lo que realmente odiaba de Galahad era esa mojigatería que el chico lucía abiertamente como un cilicio. El joven había decidido convertir en virtud la virginidad y el celibato, cosa que para Galván era una completa estupidez.

Por ser el primogénito, Galahad tenía responsabilidades familiares. Pero ¿hasta qué punto hacía caso a su padre? En cuanto salía el tema de acostarse con alguna mujer, Galahad se limitaba a sonreír con cara inocente, argumentando que dejaba esos asuntos de la carne para otros hombres… como Galván. Según su propia grandiosa visión de futuro, Galahad estaba destinado desde la cuna a una gloria que sobrepasaba cualquier gesta guerrera, incluso superior al papel que le correspondía como heredero al trono de una tribu celta.

En aquella cama ajena, labrada de manera rocambolesca en forma de barco, Galván apretó los dientes, en señal de fastidiosa impotencia.

En su momento pensó que el chico se vería tentado a frecuentar los exóticos antros de perdición de Aquae Sulis, pero los encantos de aquellas rubias, ya fueran nobles, plebeyas o profesionales, dejaban impávido a Galahad. Y al muchacho tampoco le atraían los encantos de otros hombres, de los jóvenes, ni siquiera le atraían los animales, porque, a juicio de Galván, Galahad era frío como un témpano en materia sexual. Incluso se atrevía a sermonear a su padre sobre los deberes y responsabilidades conyugales, cosa que despertaba en Galván un enorme deseo de cruzarle la cara.

Curiosamente, la única vez que Galahad manifestó cierto interés por algo de lo que ofrecía Aquae Sulis fue cuando contempló el jardín de Gallia, en Villa Poppinidii. En este santuario a la cultura romana en medio de la Bretaña celta reposaban ahora las cenizas de Targo, de tan bendita memoria. A él acudían muchos soldados para que intercediera por ellos ante los dioses cuando estuvieran a punto de morir. Aunque Galahad rechazaba semejantes supersticiones, ensalzaba las virtudes de Gallia, en tanto que representaba el espejo de la perfecta femineidad, pese a ser pagana, según decían. Incluso el jardín en sí conmovió el gélido corazón del chico.

—Es realmente una lección de humildad saber que un esclavo y una aristócrata murieron juntos y que ahora sus cenizas están mezcladas —decía Galahad a quien quisiera escucharlo—. El jardín de Gallia me ayuda a reflexionar sobre la comunión que me une al Padre Todopoderoso.

—¡Por favor, Galahad! —suplicó Galván—. ¡No haces más que sermonearme! —lo que quería es que su hijo mostrara interés por algo que no fuera el dios cristiano.

De camino a Lindinis, asentamiento meridional más próximo a Cadbury, llegaron a un río de corrientes apacibles, que discurría por abiertos prados y encerraba una isla

en medio. En la isla había una villa con una torre defensiva extraña que hacía pensar en una antigua ocupación. Los dos hombres contemplaban encantados los prados que recorrían la orilla, cuajados de malvaviscos y densos juncos hasta formar una barrera casi impenetrable. El aire bullía con el rumor de abejas, mariposas y libélulas.

Padre e hijo hicieron como si no notaran el festín que innumerables criaturas se estaban dando en sus pies, gracias a que iban descalzos.

Se sentaron a la sombra de un árbol enorme y en ese rato vieron que una barca de madera se abría paso hacia un banco de limo, próximo a donde ellos dormitaban. Al rato se les acercó un hombre robusto. Era de estatura mediana y llevaba los brazos y piernas tatuados con espirales y volutas azules. Bajó a tierra, sacudiéndose el barro que se le había quedado pegado a la ropa. Esta extraña criatura, casi deforme, a juzgar por los hombros, exageradamente anchos y las piernas tan cortas, casi femeninas, que tenía, llevaba el pelo recogido con una cinta plateada, guedejas escasas y grisáceas que probablemente nunca se había cortado.

—Señores —dijo dirigiéndose a ellos con profunda voz cavernosa—, mi señora, la Dama de Salinae la Menor, les da la bienvenida y les ruega que acepten su hospitalidad en la villa. Como no solemos tener visita, estará encantada de recibir noticias del mundo exterior. En este rincón tan perdido, estamos completamente aislados.

A Galván se le iluminó la mirada al instante: una cama suave, bajo techo cómodo sería maravilloso, después de los pesares del camino, mejor incluso que un vino de crianza.

Galahad, por el contrario, se quedó imperturbable. Entrecerró los ojos con desconfianza para mirar al extraño. Torció el gesto en cuanto percibió el olor a sangre pagana. A lo que huele esta criatura es a aceite perfumado, en realidad, pensó asqueado, frunciendo el labio. Tiene aspecto de picto.

—Gracias, amigo —respondió Galván inmediatamente, para contrarrestar el evidente desprecio con que su hijo había recibido el ofrecimiento—. Soy Galván, Príncipe de los otadinos, y voy de camino a Cadbury en compañía de mi hijo mayor, Galahad —sonrió—. Siempre he creído que Salinae estaba en territorio de los ordovicos. ¿Tiene tu señora alguna remota relación con Bran ap Cerdic?

—Su padre era pariente lejano de Llanwith, mi señor, y fue él quien reedificó las fortificaciones de Salinae. Se asentó aquí hace muchos años en compañía de mi señora, que era su única hija. Fue desterrado, tras mandar ejecutar a su esposa siguiendo las leyes romanas, por una disputa de sangre provocada por cuestiones de infidelidad.

Galván apenas pudo disimular su turbación. Como el rey supremo, despreciaba a todo aquel que se empeñara en ejercer sus derechos como paterfamilias.

—Si tienen el gusto de seguirme, señores, los acercaré en la barca hasta la isla —dijo educadamente el hombrecillo—. Mi señora llama a esta isla Salinae la Menor en recuerdo de su antiguo hogar. Yo me llamo Gronw y soy el consejero espiritual de la

Dama de la Salinae. Y como imagino que tendrán muchas dudas, siéntanse libres de preguntarme lo que deseen.

Galahad lanzó sobre el hombre una mirada hostil, llena de recelo.

—¿Y qué hacemos con los caballos y los bultos mientras estamos allí? No creo que quepan en la barca —dijo en tono grosero.

No sabemos si Gronw se sintió molesto, pero no lo manifestó en absoluto. Limitándose a sonreír cortésmente, respondió impasible:

—Ya hemos avisado a los vecinos que nos surten de grano, carne y criados de que llegabais. Ellos se encargarán de vuestras monturas, así que no hay nada que temer. Estarán en buenas manos.

—Pues no he visto ningún pueblo por aquí; así que no sé cómo te ha dado tiempo a contactar con ningún vecino —dijo Galahad amenazadoramente—. ¿Por qué tenemos que fiarnos de lo que dices?

—¡Galahad! —le reprendió su padre, pero Gronw fingió no haber escuchado el comentario.

—Sabíamos que veníais desde hace horas, por eso nos hemos adelantado a avisar a los vecinos. En cuanto embarquemos, vendrán a por vuestras monturas.

—¿Cómo? —insistió Galahad.

—Si te refieres a cómo avisamos a la gente del pueblo, lo hacemos con espejos —contestó Gronw con toda serenidad, sin mostrar el más ligero atisbo de impaciencia.

—Ya lo sabes, Galahad, así que deja de marear a este pobre hombre —ordenó Galván—. Gronw, tú mandas.

El trayecto hasta la isla lo hicieron apenas sin esfuerzo, porque Gronw era un experto remero. A medida que se acercaban a un pequeño muelle, Galván iba viendo el reducido tamaño de la isla, pese a que parecía mayor por los árboles que aún quedaban con hojas. La villa estaba en la cima rodeada de jardines y frutales que se extendían hasta los mismos bordes del agua.

Mientras caminaban por entre melocotoneros, manzanos y tierras en barbecho, Galván iba contemplando las estatuas de estilo romano que había dispuestas aquí y allá, con muy buen gusto. Le impresionaron la paz y la tranquilidad del lugar. La villa en sí no solo tenía nombre romano, sino que estaba construida según dichos cánones.

—Esa torre tiene un aspecto muy raro —comentó Galván con cierta curiosidad—. No es lo que se espera uno encontrar en una villa de corte romano.

—La torre nos sirve para saber si vienen forasteros y mi señora pasa largos ratos tejiendo en la habitación de arriba. Dice que es su ventana al mundo. La torre ya tenía muchos años cuando construyeron la villa sobre la estructura anterior, poco después de que nos asentáramos en Salinae la Menor —contestó Gronw con una afabilidad que rozaba el tono familiar. Tenía los ojos ambarinos con motas verdosas y, pese a que el hombre parecía sentirse a gusto con ellos, Galván intuía algo extraño en aquella mente de profunda inteligencia.

Gronw dejó a sus huéspedes en manos de unos criados que esperaban

tranquilamente de pie. Padre e hijo fueron llevados a una espaciosa habitación que estaba al lado de unos baños romanos. Los criados, sonrientes y educados, no pronunciaron palabra, salvo para informar a los invitados de que su señora les esperaba a cenar pasadas dos horas.

Galahad empezó a dar vueltas por la habitación, observando los mosaicos y la pintura de las paredes, sin soltar en ningún momento el crucifijo que llevaba colgado del cuello. Se detuvo delante de un fresco en que aparecían ninfas y sátiros jugando en un agradable paisaje boscoso, puso cara de asco y entonó una breve oración por lo bajo.

—Déjate de fervores, Galahad —soltó Galván—. Respeto que practiques tu religión como desees, aunque no sé de dónde te viene la fe. En casa nunca hemos tenido inquietudes espirituales, salvo que sirvieran para algo. Pero no voy a tolerar que seas grosero con nuestra anfitriona simplemente porque no te gusten sus creencias. Pienses lo que pienses, te callas.

Los almendrados ojos de Galahad lanzaron una mirada gélida, que daba muestra de su intransigencia. Galván rezongó algo para sus adentros. Galahad resultaba insoportable cuando despreciaba con tanta soberbia a quienes no se atuvieran exactamente a sus estándares.

—Este lugar apesta a corrupción, padre, y a ti el lujo y la ostentación te tientan demasiado. Deberías pensar más en tu alma inmortal y menos en el placer.

—Supongo que tú preferirías que durmiéramos en el suelo después de cenar agua con carne seca, ¿no?

—Mejor ser austero que no verse tentado por el libertinaje pagano —contestó Galahad.

—¿Cómo he podido engendrar yo a semejante mojigato tan arrogante? ¡No, Galahad!, ¡no digas ni una palabra más! Más te valdría pensar que ni tu abuelo ni yo hemos dejado de respetar otras creencias. Algún día serás rey y tendrás que gobernar un reino en el que la gente confiará en todo tipo de dioses. Cuando llegue el momento, no sería sensato que prohibieras las demás religiones porque aquí, en estas islas, te encontrarías en clara minoría. El propio rey Artor, a quien solo le he visto regirse por el sentido del deber y de la lealtad, es más romano que cristiano. Y a lo mejor podrías aprovechar esta noche para practicar un poco la buena educación.

Por lo menos no le han convencido para que se ponga un pellejo de cordero y deje de lavarse, se dijo Galván para sus adentros, acordándose de un sacerdote cristiano de dudosa reputación que había ido al palacio del rey Lot el verano anterior. Llevaba unas ropas tan asquerosas y de un olor tan putrefacto que hasta el más fajado guerrero de los otadinos estuvo a punto de devolver.

A la hora convenida, vestidos con sus mejores atavíos, con aspecto pulcro y saludable, padre e hijo fueron conducidos a un triclinio con divanes al más puro estilo romano. Galahad se sentó afectadamente al borde de un diván de madera tallada en oro, lo más cerca que pudo de la salida, como si su alma inmortal estuviera en

imperioso peligro.

Galván se quedó de pie. Aunque la costumbre romana le resultaba familiar, eso de reclinarse para comer no le convencía mucho. Lanzó una mirada a Galahad, que mostraba un gesto hosco y de verdadera aversión, para ver si por una vez el hijo sonreía.

Pero a Galván se le disipó por completo el enfado en cuanto la señora de la casa apareció en la sala.

Era bellísima, de melena larga y negra, cuidadosamente arreglada, como corresponde a una doncella. Tenía la tez muy pálida, como si apenas se atreviera a salir de casa y los dedos muy largos, según pudo ver Galván. Pero el mayor encanto residía en su mirada y en la amplia sonrisa que alegraba su boca. Era de ojos muy oscuros, cálidos, adornados por largas pestañas. Las cejas oscuras, ligeramente elevadas al final, le daban una expresión de complicidad y extrañeza a la vez. Sin embargo, en cuanto empezó a conversar con la dama, Galván se convenció de que estos rasgos faciales protegían un carácter tímido, sencillo e inocente.

—Bienvenidos, señores. Honráis mi mesa con vuestra presencia —sonrió abiertamente a sus invitados—. Espero poder ofreceros excelente comida, buen vino y una velada apacible, para que siempre recordéis con cariño vuestro paso por Salinae la Menor.

Pese a sus reparos Galahad se sintió momentáneamente arrebatado por el encanto de la dama, sin atreverse a pronunciar palabra. El vestido de la anfitriona era de corte fino y elegante, de una tela delicadamente teñida en una mezcla de tonos verdes azulados y de bellos bordados en cuello, mangas y bajos, de manera que su dueña parecía flotar en un mar de aguas inquietas.

Galván fue el primero en recuperar la voz.

—Tu amabilidad nos honra de manera especial e inmerecida, señora. Salinae la Menor es maravillosa, pero la isla carece del encanto y la belleza de su señora.

La anfitriona sonrió sonrojada. Tenía la voz cálida y profunda de las mujeres y una risa contagiosa.

Pese a sus buenas intenciones, Galván sintió un cierto escalofrío por la espalda.

—Hablas bien, príncipe Galván. Demasiado listo para mí. Soy una chiquilla poco acostumbrada a que la halaguen.

Galahad frunció el ceño, a modo de irónico homenaje, al comprobar la gracia que tenía su padre con las mujeres. Si Galván hubiera leído lo que en este momento pasaba por la cabeza de su hijo, estaría horrorizado; para Galahad lo único que pretendía la mujer era provocar y su padre empezaba a caer en el anzuelo.

—Tu criado no ha querido decirnos cómo te llamas. Y me cuesta dirigirme a ti toda la noche como mi señora —intervino Galahad con brusquedad, sin pizca de diplomacia ni gracejo.

La dama lo envolvió con sus ojos oscuros, pero en la gélida mirada que le devolvía Galahad no encontró un ápice de admiración ni de simpatía. Sin perder la

apostura volvió su atención a Galván.

—Lo siento, príncipe Galván, por haber sido tan descuidada. Mi padre Rufus me llamaba Miryll, siguiendo la costumbre de nuestros ancestros. Aunque pertenecemos a los ordovicos, por nuestras venas corre sangre romana y él no se convirtió al dios cristiano hasta muy tarde —sonrió, mientras Galahad se empeñaba en descubrir otra provocación en sus húmedos labios rojos.

—Veo que tu hijo no abre la boca; debe ser que cree en Jesús, el hijo del carpintero —siguió la dama con tono afable—. En mi opinión los cristianos no dejan sitio en su corazón para quienes como nosotros seguimos los antiguos ritos —suspiró con gracia—. Pero me voy a callar, porque no pretendo ofender en absoluto a mis queridos invitados. Comamos y bebamos mientras me contáis noticias de occidente. En Salinae la Menor estoy muy aislada; apenas viene gente a visitarnos.

Ahora fue Galahad quien se sonrojó, al ver que Miryll se había dado perfecta cuenta de sus prejuicios. Le había dejado desarmado, y además Galván le había lanzado una mirada muy significativa, advirtiéndole que si seguía siendo tan maleducado iban a tener problemas.

Miryll se reclinó elegantemente en su diván, invitando a sus huéspedes a hacer lo mismo, mientras llamaba a los criados con las palmas.

Al instante empezaron a llegar viandas y vinos, que servían unas doncellas mudas. Eran unos manjares epicúreos, sofisticados, exóticos. Galahad inspeccionaba cuidadosamente cada bocado con ojos suspicaces. Durante la velada, la señora Miryll mantuvo en todo momento una conversación normal y poco comprometida, dirigiéndose sobre todo a Galván, que respondía a sus agasajos con más educación.

En cuanto hubieron terminado, Galahad se excusó alegando que estaba cansado. Galván reconoció la señal: estaría enfurruñado y sin hablar hasta por la mañana.

—¿No tardarás mucho, no, padre? —dijo Galahad con toda intención—. Tenemos que ponernos en camino temprano —sonaba tan severo que Galván se sintió como un niño pequeño amonestado por su padre. Y como padre, precisamente, el príncipe decidió desafiar a su heredero y primogénito.

Puede que Galván respondiera a Miryll porque decidiera poner a su hijo en su sitio. Puede que estuviera demasiado acostumbrado a practicar la seducción. O puede simplemente que Galván echara de menos estar con mujeres que lo halagaran. Las lámparas de aceite parpadeaban ya cuando Galván se levantó un tanto beodo para irse a sus dependencias.

Antes incluso de que se bebiera la última copa, Miryll había conseguido que Galván le prometiera quedarse un día más en Salinae la Menor. Como era de suponer a Galahad le dio rabia que su padre hubiera accedido, pero por una vez no dijo nada, con buen criterio.

Miryll le había contado a Galván que el río pasaba cerca de Gastonbury y que gracias a sus afluentes aquel lugar se había convertido en uno de los centros religiosos más admirados de occidente. Cuando el príncipe sugirió ir en barco a

Glastonbury, Miryll se echó a reír. Glastonbury no tenía costa, pese a haberla tenido en su momento; de ahí su nombre, la Isla de las Manzanas.

Galahad se dedicó a averiguar cosas de la dama de Salinae la Menor, de Gronw y de la historia de la familia. No sabía con exactitud por qué desconfiaba de Miryll, pero se sentía raro cuando estaba con ella y no le gustaba la manera en que se habían visto envueltos en su invitación a quedarse algo más en aquel lugar extraño e intemporal.

Miryll sonreía admirada al oír las historias más tontas contadas por boca de Galván. Una cosa que Galahad no entendía era por qué una mujer joven, inteligente y guapa como Miryll podía verse embelesada por las gracias de un hombre mayor.

Pero Galván no sentía ninguno de estos riesgos. Estaba encantado con el jardín, con el estanque y el avellano, con las rosas salvajes, las flores de marisma medio marchitas y el pendular de los juncos. Cuando Miryll lo invitó a entrar en la torre, estaba deseando explorar la antigua fortificación, que pegaba tan poco con el lujo de la villa que defendía.

—El edificio es muy antiguo y sus orígenes se pierden en la bruma de los tiempos —explicó Miryll, mostrando en la mirada una enorme fascinación, un enorme afecto o algún otro sentimiento más profundo—. Ya era antiguo cuando los reyes hicieron la paz con los romanos. Sellamos el interior con una mezcla de barro, estiércol y pelo de caballo, como en épocas primitivas.

Galván examinó la piedra utilizada en la construcción de las murallas y el diseño de las escaleras de caracol. Y de repente se acordó de otra torre, en Glastonbury, cuando quedó como un absoluto imbécil al intentar coger la espada de Uter que estaba incrustada en la pared, algo más arriba de su alcance.

Se aclaró la garganta.

—Me recuerda a la torre de Glastonbury Tor.

—El pezón de la Doncella. Sí, se parece.

Galván se sintió un poco incómodo, hasta que Miryll le cogió la mano entre las suyas.

—¿Tienes miedo de las antiguas leyendas, señor?

Galván negó con la cabeza.

—Los campesinos cuentan que un anciano que iba a Glastonbury procedente de tierras lejanas —dijo la dama— construyó una iglesia dedicada al dios cristiano. Parece que el hombre plantó un espino a partir de una corona y para protegerlo construyó esta torre que guardara su secreto. ¿Qué corona sería esa?

Galván prestó atención inmediatamente.

—No pongas esa cara, príncipe Galván. Aquí no hay ningún tesoro escondido. Si hubiera habido algo, lo habríamos encontrado cuando reconstruimos la torre. Cuando padre llegó a la isla, la estructura estaba casi en ruinas y tuvieron que trabajar durante muchos meses para hacerla habitable.

—¿Quién era ese anciano que construyó la iglesia original?

Miryll no pudo evitar un cierto gesto de contrariedad.

—¿Quién sabe, príncipe Galván? Me han dicho mil nombres. Hay sabios que lo llaman Josephus, y otros el Comerciante, o simplemente el Forastero. Han pasado por lo menos quinientos años desde que vino por aquí y su nombre se pierde en la marea de estas perdurables aguas.

Galván intentó apartar una cierta premonición de peligro y siguió a la dama por las escaleras hasta que accedieron a una espléndida sala circular.

Por enormes vanos de piedra la torre se abría al exterior. Eran irregulares, pero de gran atractivo, precisamente por su sencillez. La luz inundaba todos los rincones de la sala. Galván vio que las ventanas podían cerrarse con pesados paños de lana para evitar un tanto los fríos invernales, pero a juzgar por el brillo de las telarañas parece que apenas se utilizaban.

El centro de la torre estaba dominado por una enorme losa de piedra desnuda, una pesada pieza de roca caliza que absorbía toda la luz. Galván alargó los dedos para acariciar la piedra en su desnudez. La cubría un paño bordado que suavizaba un tanto el aspecto de lápida que ofrecía.

En un rincón había un tapiz que representaba las flores, los juncos y las hierbas que crecían bajo la ventana. El trabajo a medio hacer resultaba precioso. Galván levantó una ceja, mirando a Miryll en señal de interrogante. Ella sonrió tímidamente.

—Sí, eso lo hago yo. Tejo y bordo lo que veo por la ventana. En el siguiente tapiz quiero reproducir la escena en que tú y tu hijo estabais descansando bajo los robles, con Gronw en su barca yendo a recogeros para traeros a la villa. Mis tapices reflejan mi vida aquí en la isla.

Por un instante pareció entristecerse. Galván intentó imaginar qué peso la embargaba, qué maleficio atenazaba su alma. Al momento la dama abrió los ojos de par en par y ofreció la mejor de sus sonrisas.

Galván contuvo el aliento y prescindió de sus halagos fáciles y seductores.

El príncipe pasó el día como en una ensoñación, mientras paseaba con Miryll por los jardines y escuchaba las historias que la dama le contaba por la tarde para entretenerlo. Sin apenas darse cuenta de la hora que era, la noche se les fue echando suavemente encima, recordándoles que debían volver a bañarse y arreglarse para la cena.

Cuando Galván llegó a la habitación, Galahad seguía callado como siempre, hasta el punto que el príncipe tuvo que obligarlo a hablar. El joven había pasado el día en el scriptorium, entre empolvados rollos de vitela y papiros egipcios.

—Padre, hay una enorme colección de tarros de cerámica, todos muy antiguos, a juzgar por lo sucios y empolvados que están. También he encontrado documentos, algunos bastante dañados y otros con una interesante pátina de antigüedad. No sé en qué lengua están, pero también he visto que en algunos hay notas escritas por el padre de Miryll, que aluden a una antigua reliquia que se encuentra aquí escondida por seguridad.

Galván se sorprendió al ver lo emocionado que estaba su hijo, con lo poco dado que era el chico a mostrar entusiasmo por nada, salvo por su dios.

—Sí, puede ser —dijo Galván con parsimonia—. Miryll me dijo que al parecer hay un tesoro escondido en la torre.

Galahad calló por unos momentos, antes de lanzarse a hablar otra vez.

—Creo que los rollos pueden estar en arameo. No lo sé, es una suposición, pero las notas que dejó Rufus hablan de un constructor de la torre que hablaba en esa lengua pagana. El propio nombre, Josephus, también indica que pudo pertenecer a esa raza maldita, la de los judíos —lanzó una mirada penetrante a su padre—. ¿Te imaginas la cantidad de información que hay aquí? —inquirió con fervor—. ¡Tendría que ser entregada a la Iglesia!

—¡La Iglesia!, ¡la maldita Iglesia! ¿Es que no piensas más que en la Iglesia?

—No mucho, padre. Excepto, claro, en las obligaciones que tengo contigo.

Mientras Galahad daba vueltas por la habitación, Galván pensaba que al menos el hijo había encontrado en la isla algo interesante.

—Salinae la Menor no es un sitio apacible ni saludable, padre —añadió Galahad con tono de superioridad—. Toda la villa me huele a decadencia, pese a la esencia de perfume que despide.

Galván no dio crédito alguno a la advertencia que le había hecho su hijo.

—¿Ah, sí? A lo único que me huele a mi es a limpio y a una comida excelente. No cabe duda de que Salinae la Menor y estos suelos pulidos son justo lo contrario de lo que vivimos en Lot, con ese tufo a esteras, al perro de caza de tu abuelo y a terrible cabeza de pescado. Vamos, muchacho, espabila un poco, a ver si disfrutamos de este receso mientras dure.

Galahad no podía negar que la casa de Lot estaba sucia y llena de piojos, sobre todo en invierno, por lo que se limitó a mostrar un gesto de disgusto.

—Estoy seguro de que aquí en la villa hay una reliquia, padre. Creo que es un objeto sagrado y no confío en quienes la custodian.

—¡Vaya!, pues fuera lo que fuera, hace tiempo que desapareció.

Galván se marchó. Estaba acostumbrado a estas extrañas obsesiones de Galahad y no soportaba mucho los prejuicios que normalmente embargaban a su hijo.

ESA NOCHE GALVAN bebió a placer. Durante la cena sirvieron generosamente vino endulzado con miel, con lo cual después apenas se acordaría de haber subido a la torre con dificultad y aún menos de haber mantenido una intensa sesión de sexo sobre un montón de pieles justo en el centro de aquel espacio circular. Mientras gemía y resoplaba sobre el cuerpo de Miryll, le parecía estar oyendo una lengua extraña, pero no podía prestar mucha atención, centrado como estaba en lo que le exigía el cuerpo y el denso perfume que surgía de las húmedas carnes sobre las que cabalgaba. Sorprendido, vio que por mucho que intentara penetrar a la mujer que

tenía debajo, no conseguía el ansiado placer.

Por fin, con piernas temblorosas se sintió arrastrado escaleras abajo, hasta que aterrizó en la suave cama de Miryll. En cuanto el cuerpo se lo permitió, se hundió exhausto en un profundo sueño de imágenes fantasmagóricas, en las que se veía rodeado por blancos brazos de mujeres que lo conducían de acá para allá a golpe de látigo, deleitándose a placer.

Cuando por fin fue despertándose perezosamente, vio que Miryll estaba tumbada a su lado, despeinada y adorablemente hermosa y renegó de lo que había hecho, movido por su libido. ¡La muchacha era virgen! Es todo lo que recordaba en medio de su turbación. «¡Pues no me puedo casar con ella! Sabe que tengo esposa al otro lado del muro, —pensó Galván con alivio—. Así que fuera lágrimas. Pero ¡como todas, algo querrá!»

Para salpicar sus pensamientos con algún tipo de acción, Galván besó de manera mecánica los cabellos de la dama, desplegados sobre la almohada.

Miryll abrió unos ojos adormecidos y observó el cuerpo desnudo de Galván, según se levantaba de la cama. Se fijó en el vientre algo caído de su amante, en su papada de hombre maduro, pero no dijo nada; se limitó a hacer una leve mueca de asco. Tenía la mirada apagada y enigmática mientras se estiraba como un pulcro gatito.

—Supongo que tendrás ganas de salir para Cadbury, príncipe Galván —dijo sonriendo de manera un tanto automática a su invitado—. Tienes que perdonarme por seguir acostada, estando tú a punto de marchar. He indicado a Gronw que os atienda hasta que lleguéis a la otra orilla.

Miryll volvió a estirarse, metió las manos bajo la almohada y siguió durmiendo como un chiquillo.

Galván había imaginado una escena en la que la joven amante despechada se echaría a llorar, discutiría con él y se pondría a chillarle indignada. Se había preparado para engatusarla y halagarla convenientemente, por eso esta despedida tan abrupta no solo le sorprendió sino que le resultó un tanto deprimente. Lo único que podía hacer era salir de puntillas, irse a su habitación y dejar a Miryll sumida en la despreocupación de sus sueños. Afortunadamente Galahad seguía dormido.

Galván se sintió manipulado y usado. Sin tener en cuenta que con los años había dejado a cientos de mujeres con el mismo desafecto que Miryll ahora mostraba hacia él, Galván agarró un berrinche propio de su edad, que lo mantuvo enfurruñado durante la comida y el trayecto que hicieron hasta recuperar sus monturas y provisiones.

Galahad frunció sus impecables labios para no saltar cuando su padre empezó a soltar improperios al ver que se le caía una de las alforjas al suelo.

—¿Supongo que habrás dormido bien, padre?

Galván resopló por toda respuesta.

—No has dormido en la habitación —siguió Galahad—. Espero que Miryll

mereciera la pena, después de todo el esfuerzo.

—¿Y tú que sabrás, enano? Ya no pienso hablar más de Salinae la Menor. Para mí, como si no existiera.

Galahad tuvo el atrevimiento de reírse para desagrado de su padre.

—¿Acaso la dama no apreció tus encantos? ¿Es que el gran Galván se va haciendo viejo?

Galván dio un sopapo a su hijo, como quien reprende a un chiquillo rebelde. Las mejillas de Galahad enrojecieron como la grana y en sus ojos asomó una mirada de irritación que claramente distaba mucho de la resignación cristiana.

—Calla la boca, niñato, y habla a tu padre con respeto. No tienes por qué meterte en cómo paso las noches. Eso es asunto mío.

Galahad decidió no contestar, pero lanzó una puya a su padre que lo dejaría preocupado el resto del camino.

—Si la dama hubiera podido persuadirme para romper mis promesas, padre, habría apostado por mí. ¿Te has parado a pensar por qué quería que uno de nosotros nos metiéramos en su cama y por qué nos despidió tan seca en cuanto consiguió lo que quería? La señora buscaba algo que no eran precisamente tus encantos.

Galván subió a su montura fingiendo una despreocupación que realmente no sentía. Bajo el esplendor de Salinae la Menor había algo viejo y mohoso que Galahad había reconocido en la mirada de Miryll.

—Eres un fastidio infernal, Galahad, mucho peor que un cura con sotana —dijo Galván—. Verdaderamente me resultas tan cargante como tu tía abuela Morgana —mientras cabalgaban, sus ojos se cruzaron con los del chico, almendrados, divertidos —. Pero, en este caso, me temo que puedes tener razón.

CAPÍTULO IV

DE PARIENTES, AMANTES Y OTROS ENEMIGOS DIVERSOS

UN SUREÑO DE greñas oscuras mirada furtiva entró con sigilo en el bar más deshonroso de Deva, La Bruja Azul, y se acercó al fondo donde un rudo tablero hacía las veces de barra. Secándose el sudor de las manos en la sucia chaqueta de lana que llevaba, inspeccionaba el recinto con ojos nerviosos.

En aquel bar cochambroso, lleno de humo de la chimenea, que apestaba a una mala sopa de pescado y a borrachera, el forastero llamaba la atención simplemente por el miedo que emanaba de su actitud.

—Busco a Octa, el dueño de este antro asqueroso —dijo dirigiéndose a un pastor que estaba tomándose, todo encorvado, un cuenco de caldo grasiento. El hombre retiró bruscamente la mano del forastero.

—Quita las zarpas de ahí —dijo con un gruñido—. Octa está ahí, junto a los cacharros —y señaló con un dedo mugriento a un hombre que estaba sirviendo cuencos de sopa y jarros de cerveza a los clientes.

El forastero agradeció la indicación con un movimiento de cabeza y se fue haciendo hueco a través de la muralla de hombres que se agolpaban en el bar, hasta que llegó al tabernero.

—Por aquí viene de vez en cuando un tipo llamado Pebr —empezó diciendo el forastero.

El tabernero hizo por retirar la vista de los cuencos que estaba sirviendo para mirar al recién llegado.

—Que es tuerto —añadió el forastero.

—Puede que sí puede que no. ¿Quién lo busca?

—Eso a ti no te importa —dijo el forastero con crudeza—. Dile sin más que estoy en Deva y que tengo su cáliz. El mensaje es que el asunto está en marcha. ¿Te has enterado? Que la cosa está en marcha. Dentro de tres días me pasaré por aquí a ver si Pebr contesta algo.

El tabernero llenó otro cuenco y lo depositó con tal fuerza en la barra que salpicó al forastero con aquel fango parduzco.

—¿Te has enterado? —volvió a decir el hombre, chupándose el líquido de los

dedos.

—Sí. Que tienes su maldito cáliz. ¡Como si a mí me importara algo! Que la maldita cosa está en marcha, sea lo que sea. En tres días, dices.

El forastero echó unas monedas sobre los restos de sopa que había en la barra.

—Por las molestias.

Y desapareció por entre la marea humana que había en La Bruja Azul.

—¡Maldito sureño! —farfulló el tabernero, recogiendo las monedas que se llevó instintivamente a la boca para limpiarlas.

Si el forastero hubiera tenido la precaución de mirar para atrás, habría visto que lo seguía una sombra muy alta. Si hubiera escuchado con atención, habría oído unos pasos sigilosos justo detrás de él, tan discretos como cuando la luna se oculta tras un cúmulo de nubes.

De repente un brazo de hierro lo rodeó por detrás, agarrándolo por el cuello. La cuchillada que siguió acalló cualquier ruido. Después de tapar hábilmente el chorro de sangre, el tuerto soltó el cuerpo del forastero, que cayó al suelo entre convulsiones sobre el charco, cada vez mayor, de su propia hemorragia.

El forastero sintió que Pebr le hundía la bota en las costillas con desprecio mudo. Es lo último que notó. Antes de que el forastero perdiera del todo la vista y el oído, el tuerto ya se había ido.

—Quienes mencionan mi nombre, no vuelven a hablar —musitó Pebr el Tuerto en voz baja.

Dentro del bar Octa meditaba sobre lo peligroso de la vida, mientras se retiraba el sudor de la frente. Pero no dijo nada. El silencio aseguraba la vida a los sensatos.

A MEDIDA QUE se iba echando encima el invierno, Cadbury bullía como un avispero. Cada día llegaban nuevos visitantes de renombre a los que contemplar. Balyn y Balan también llamaron la atención en su momento, pero ahora habían llegado a Cadbury Tor dos grupos de visitantes seguidos, que, como todos, subían a lomos de su montura por las espirales del camino hasta llegar a la cumbre, acompañados de su guardia personal y sus mulos de carga.

El primero en llegar fue Mordred ap Cynwael. Los ciudadanos de Cadbury eran muy cosmopolitas y estaban acostumbrados a recibir embajadas del continente, pero Mordred era distinto incluso de aquellos exóticos grupos que venían de la Gallia o de Hispania.

Como todos los descendientes de Luka, rey de los brigantes, Mordred era esbelto, moreno y atractivo. Pero a pesar de su encanto natural, el caballero proyectaba cierto halo de sectarismo y falta de honestidad. Puede que esa impresión fuera cosa de la luz. Mordred tenía las extremidades robustas y recias, quizá algo finas para los cánones de belleza militar. Montaba un caballo engualdrapado, pero sin el freno que utilizan muchos nobles. Como los centauros mitológicos, marchaba erguido sobre la

montura, con las piernas ocultas bajo un manto de lana que se ataba al cuello del animal con un broche dorado que representaba la cabeza de un jabalí. Los ancianos del lugar se estremecían al ver el emblema, como si los aciagos días de Gorlois y Uter Pandragón hubieran regresado.

Mordred soltó las riendas y se bajó del caballo, sin atender al muchacho que había ido corriendo a recoger los cueros del barro.

Subió a grandes zancadas las escaleras que conducían al palacio de Artor y abrió la puerta de un empujón, sin ceremonia alguna, y echando a un lado a Percival, como si el escudero real fuera invisible. Mordred, seguido por Gareth y Percival, avanzó con desenvoltura hasta los tronos gemelos.

Artor se levantó.

—¿Quién eres para romper la paz que reina en la casa del rey supremo? —preguntó Artor con cortesía, aunque, de haber podido, los presentes habrían advertido a Mordred de que la mirada del monarca era gélida como las corrientes invernales.

Odin fue el primero en moverse. Sacó su hacha de guerra y dio un paso al frente. El resto de la guardia personal de Artor desenfundó ligeramente sus armas. Percival sacó su espada provocando un tenue y siniestro silbido.

—¡Pero tío, vaya bienvenida! —los ojos de Mordred brillaban inteligentes y divertidos—. Si tus guardias quieren que les entregue las armas, no tienen más que decirlo.

El joven, de edad similar a la de los gemelos y tan atractivo a su manera como Balyn y Balan, se quitó las armas que llevaba con mucho aspaviento, armas que recogieron prestos Gareth y Percival. Cuando este último le despojó de un cuchillo mortal que escondía en la bota, Mordred, el rey de los brigantes, se echó a reír sardónicamente.

—Ten mucho cuidado con mi juguetito, chaval. Me lo regaló mi madre.

Percival se ruborizó hasta las cejas, muerto de timidez, pero Artor estaba sumamente irritado por los insultos que el recién llegado lanzaba contra su escudero y contra su propio honor de rey. Frunció el ceño. El emblema de Morcadés que lucía la espada, con aquellas dos serpientes enlazadas, dejaba claro que Mordred solo juraba fidelidad a una persona: a sí mismo.

—Ten cuidado, Percival, amigo —dijo Artor sonriendo con la misma falta de sinceridad y la misma aparente caballerosidad con que Mordred desplegaba su arrogancia—. Mi hermana bien podría haber envenenado la espada —Artor mantuvo la mirada fija en el rostro de su sobrino, sin perder la gélida sonrisa—. Por muy descendiente real que seas, nieto o no nieto de Luka, dentro de palacio no puedes llevar armas. Ni tampoco tienes derecho a insultar a caballeros como Percival o Gareth, que en estas tierras mantienen un estatus mucho más elevado que el tuyo. Refrena esa lengua afilada que tienes y que te legó tu madre, no sea que alguno de los aquí presentes decida ponerte en tu sitio, al ver que no eres más que un inútil desgraciado que desconoce el sentido del honor.

Mordred permaneció de pie, sin abrir la boca, con la cara pálida bajo su melena de un negro azabache. Conteniéndose de manera impecable, el joven relajó los músculos y decidió hacer caso omiso a los insultos.

—Si he provocado alguna ofensa, mi señor, te pido perdón y me disculpo ante los nobles Percival y Gareth. No pretendía romper el orden de la casa. Al contrario, estaba deseando llegar ante Artor, amigo y defensor de mi abuelo, para presentarle mis respetos y prestarle juramento eterno. Creo que somos parientes lejanos.

Aquellas palabras, tan bellamente pronunciadas, provocaron en Artor una punzada de dolor, por el tono un tanto desdeñoso que conllevaban.

El rey Luka había sido un buen amigo del rey supremo. Por eso Artor había jurado venganza contra los cobardes que lo asesinaron, pensaba Percival muy alterado. Ahora el nieto de Luka solicita el favor real reclamando derechos de sangre y una antigua amistad. Pero por muy pariente que sea del rey, nadie tiene permiso para insultarlo.

—Acepto tus disculpas, Mordred. Mis cortesanos sabrán apreciar que eres nieto de mi antiguo amigo Luka, porque tu abuelo era un hombre admirable; fue mi mentor de pequeño; por eso le debo el más profundo de los respetos.

Mordred sonrió al ver que el rey se retractaba. Odin se revolvió en actitud amenazadora desde la posición que ocupaba, junto al monarca.

—Creo que la deuda quedó bien pagada cuando colocaste en el trono de los brigantes a mi primo, señor. Fue una decisión justa, rápida e inteligente —Mordred hizo una notoria reverencia en burlesca señal de respeto.

—Ya hablaremos, rey de los brigantes y nieto de mi amigo. De momento te digo que aprecio tu juramento de lealtad, tanto más después de lo mal que ha empezado nuestra relación —dijo Artor con una ligera sonrisa—. Pero no te vendría mal pensar en lo que habría hecho tu abuelo en mi lugar. Luka te habría rebanado los sesos. Pero mi amigo era un hombre apasionado y de acción rápida, y yo no —la mirada de Artor era fría como la de un escualo.

Mordred tuvo la prudencia de callarse y retirarse un poco, con la cabeza gacha, arropado el rostro por mechones de pelo negro, que lo realzaban en finura y belleza.

Al ver que se marchaba el rey de los brigantes, Odin hizo por lo bajo una señal contra los malos augurios, mientras Wenhaver se comía con la mirada el cuerpo del joven.

Artor siguió impartiendo justicia a quienes la demandaban de él, aunque mantenía el oído bien atento a las carcajadas y las palabras que inundaban la cabeza de Mordred como una bandada de cuervos.

A LOS POCOS DÍAS, mientras Artor estaba sentado a la mesa, Bedwyr y Lady Elayne solicitaron audiencia. Bedwyr quiso retirarse y esperar a que el rey terminara de comer, pero Artor no respetó protocolo alguno con su Cuchillo de Arden, el

hombre que en Caer Fyrddin le había abierto camino a los sajones.

Wenhaver hizo un mohín, porque Mordred le resultaba un comensal muy agradable y la entretenía mucho con sus malvados comentarios acerca del parecido que tenían con Artor los escuderos de su guardia personal.

—Los escuderos de la guardia personal de Artor son hijos bastardos suyos —dijo Wenhaver con una risita ahogada—. ¿No lo ves?

«¡Qué inteligente!, —pensó Mordred—. Los hijos no reconocidos, sobre todo si ocupan altos puestos dentro de la corte, tenían un enorme incentivo para mantenerse leales al monarca.» Y, como es lógico, el amor y el afecto hacia la figura paterna garantizan la seguridad frente a los asesinatos. Mordred reflexionaba todo esto en medio de una mezcla de admiración y de amarga envidia.

—Quiero decir, querido, míralos —susurró Wenhaver—. Son pálidos remedos de su padre y en todo el proceso, a mí me dejan con cara de idiota.

Increíble, pensó Mordred con incredulidad. Esta mujer no solo es estéril, sino que además es tonta. ¿Por qué se empeñará el rey en seguir con ella?

Cuando Lord Bedwyr y su esposa entraron en la sala pidiendo disculpas y acomodándose en los sitios que habían dispuesto para ellos, atrajeron las miradas de todos.

Bedwyr estaba entrado en canas, como los viejos mastines de hocicos grises. El Maestro de Arden llevaba con nobleza las heridas de guerra y las cicatrices de la esclavitud y aquellos ojillos marrones, tan similares a los tiernos árboles que crecían en su bosque, desplegaban una mirada llena de auténtico amor y respeto. Se arrodilló para rendir homenaje a su rey y, si el rey no se lo hubiera impedido, le habría besado los pies.

—Me han dicho que mi Cuchillo de Arden tiene intención de casarse —dijo Artor entre bromas—. Ya va siendo hora, amigo. Llevas muchos años de más disfrutando de los placeres de la juventud.

—Los años no pasan por ti, mi rey. Me parece que vas a resistir hasta el final de los tiempos, como el viejo Myrddion.

Como los ojos de Artor dejaron ver una tímida sombra de dolor ante el recuerdo del amigo, Bedwyr se reprochó haber provocado en el monarca esa triste evocación. En desagravio, empezó a hablar de unas cosas y de otras con el orgullo y la torpeza de la gente sencilla.

—Esta dama es mi esposa, Elayne de Arden. Es la más bella flor de los cornovios.

Wenhaver resopló mostrando su más absoluto desprecio. Artor le dio una patada por debajo de la mesa.

Elayne permanecía allí, con los ojos bajos y la capucha cubriéndole todavía el rostro. Llevaba unos pesados ropajes de color anaranjado, justo como el de las hojas otoñales, por debajo de los cuales Artor adivinaba un cuerpo atlético y grácil. Se retiró la capucha de la cara con manos morenas y miró al rey supremo por primera

vez.

Al contemplar a Elayne, la esposa de su honorable amigo, Artor sintió un especial latido dentro del pecho.

Elayne no era particularmente bella ni hermosa para los cánones de la Bretaña celta o romana. Wenhaver y la legendaria Niniana la superaban con mucho en elegancia y finura de rasgos, y la querida Gallia, muerta hacía ya tanto, era mucho más llamativa y más atractiva de cara. Elayne tenía la piel color ámbar, oscurecida por el sol, y los dedos llenos de llagas de tanto recoger bayas y manzanas. Su melena, de pelo grueso y liso como una tabla, era de color castaño claro y desprendía un brillo particularmente sano. A Artor casi le llegaba el olor a días radiantes que emanaba de sus trenzas recogidas en un sencillo rodete. Seguro que los zarcillos díscolos y chisporroteantes que crecían en medio de aquel aire espeso acariciarían su cara límpida y ardiente como una llama.

Elayne tenía la nariz estrecha, algo larga quizá y un poco respingona, capaz de captar el malestar moral que se respiraba en aquel festín. Sus cálidos ojos eran de color ámbar con pequeñas motas verdes que destacaban alrededor de unas negras y profundas pupilas. Eran ojos que no se estremecían por nada, ni siquiera cuando el rey los escudriñaba con su mirada fría y gris.

«¿A qué temer? —parecían decir aquellos ojos—. Pertenezco a Arden y los bosques nunca mueren.»

Elayne tenía las cejas móviles y sublimes, nada que ver con esas finas líneas que Wenhaver había puesto de moda en Cadbury. El perfecto complemento a una boca de labios gruesos y bien formados que cerraban una barbilla firme y decidida.

Y pese a la recia esbeltez de su figura, era menuda, como Gallia, y tan segura como ella en presencia de hombres y mujeres ilustres. Cuando hacía una reverencia, reproducía la misma gracia natural de su añorada Gallia. El corazón de Artor no podía más.

—No cabe duda de que Lady Elayne es la flor más bella de Arden —afirmó Artor en voz alta para que lo oyeran todos—. Te felicito por tu elección, Bedwyr, y os doy la bienvenida a Cadbury Tor. No olvido los muchos años de generosa renuncia que has entregado al servicio de occidente desde que dejaste tus adorados bosques de Arden. Por eso te estaré eternamente agradecido.

Bedwyr enrojeció complacido por el reconocimiento que le deparaba el rey supremo y condujo a su esposa hasta el asiento que Artor le indicaba con mano negligente. Wenhaver fue la única en notar un cierto temblor en la mano del monarca y se dio cuenta de que el rey rehuía la mirada de Elayne.

—¡Pero, bueno! ¿El indestructible Artor temeroso de una mujer? —exclamó en voz tan baja que ni siquiera su esposo la oyó—. ¡No puedo creerlo! —dijo sonriendo con dulzura a Mordred, para ver si también él había notado la incomodidad de Artor. Parece que el cabrón este está codiciando la esposa de otro, pensó con mordacidad. Y encima la esposa de un amigo. Puede que todavía corra algo de sangre por las venas

de Artor.

Mordred dio unos golpecitos con el dedo sobre la mano de Wenhaver, como para advertirle de que se le estaba notando demasiado lo que pensaba.

Wenhaver bajó los ojos para eliminar esa expresión complacida de su rostro.

Artor estuvo muy correcto en su papel de anfitrión tanto con Bedwyr como con Elayne, evitando todo gesto que delatara la más mínima preferencia por la esposa de su amigo. Balan, que estaba sentado junto a Elayne, entró enseguida en conversación con ella, de manera que Artor pudo observar cómo brillaba ella al describir las posesiones de su esposo, la feracidad de sus campos y lo que la querían ya los campesinos del lugar. El rey supremo imaginaba que aquel cuerpo olería a pan recién amasado, a heno fresco y a la exquisita dulzura de un cachorrito.

Notó el deseo en la entrepierna.

—La gente es amabilísima, pese a ser tan pobre —explicaba Elayne a Balan con natural sencillez—. Yo intento hacer todo lo que puedo por procurarles una vida más cómoda. Es mi obligación como dueña, y lo hago con gusto, dar lo que tengo a la gente de mi marido.

—Esa dedicación te honra, mi señora —contestó Balan de corazón—. Mi madre, Anna de los ordovicos, siempre dice que su jornada termina solo cuando el último de sus hijos ha comido —quedó absorbido por el calor que irradiaban los ojos de Elayne y, como el rey supremo, se esforzó por encontrar palabras que provocaran en ella cierta admiración por él.

«Maldito pimpollo», pensó Artor cada vez más irritado viendo cómo Elayne sonreía tímidamente al joven guerrero. Desplegaba inconscientemente tal encanto, que la florida belleza de Wenhaver quedaba reducida a la nada.

«Mi esposa se encuentra a gusto hablando con personas distinguidas, —pensaba Bedwyr con orgullo—. Con ella crecen mis méritos en la corte del monarca.»

«Qué criatura tan artera es esta Elayne, —pensaba Wenhaver furiosa—. Está tomando posiciones, ganándose la atención de todos estos imbéciles.»

Como conocía bien la estupidez masculina, supo leer en los ojos de Balan el punto de admiración que la recién llegada despertaba en él.

—Me acabo de fijar en las manos tan estropeadas que tienes, Lady Elayne —dijo la reina confidencialmente—. Te voy a mandar unos ungüentos especiales para que se te suavicen y se te aclaren. Creo que también ayuda ponerse guantes de lana para dormir. A las damas de la corte se las reconoce por la elegancia de sus dedos. Por eso tenemos que hacer lo posible por recuperar la belleza de tus manos.

—Huy, dios mío —dijo Elayne realmente preocupada—. Nunca pienso en mis manos cuando estoy trabajando. Eres muy amable por ofrecerme ayuda, majestad.

Artor apretó los dientes mientras Balan se quedó mirando a Wenhaver fijamente con abiertos ojos de reproche. Como galgo hambriento, Bedwyr se estremeció ante la condescendencia de la reina.

—Desde que mi Elayne era niña ha trabajado más que dos mujeres adultas juntas

y nuestra gente la llama Mamita, porque nunca pedirá a los criados cosas que pueda hacer por sí misma. Y no habrá enfermo, hombre, mujer o niño, que quede desatendido, por muy lejos que esté, incluso aunque para hacerlo tenga que levantarse de madrugada, coger el caballo y volver al anochecer.

Elayne lanzó una sonrisa a su marido un tanto ruborizada y agradecida por defender su dignidad. Ese amor que él manifestaba abiertamente por ella le llenaba el corazón.

—Por dios, Wenhaver, deja que la muchacha siga comiendo —interrumpió Artor —. Sus manos la ennoblecen y desde luego creo lo que dice Bedwyr de que su pueblo la venera. Me recuerda mucho a mi madrastra, Livinia la Mayor, que regentaba Villa Poppinidii con ternura y afecto. Ojalá todas las mujeres tuvieran esas mismas virtudes.

El comentario del monarca constituyó un duro revés para Wenhaver, porque le daba justo en su punto débil. Completamente desarmada, la reina quedó sumida en un silencio que echaba chispas. La reprimenda de Artor selló el destino de Elayne para la eternidad. Ahora se había convertido en enemiga de la reina.

UNA SEMANA ANTES de que comenzaran las fogatas de Samhein llegaron a Cadbury Galván y Galahad. Era una época en que se organizaba toda una enorme serie de banquetes, cacerías y festejos. Galván siempre había tenido especial afición por la diversión y con su característico entusiasmo infantil no notaba demasiado el aire denso y cerrado de Cadbury. El año viejo estaba a punto de concluir y los ciudadanos tenían la vista y las esperanzas puestas en el nuevo ciclo, para ver si en él conseguían remendar los pequeños jirones que empezaban a surgir en el tapiz del país.

Galván se lanzó entusiasmado al deporte de la caza. Como cualquier macho agresivo y sano, adoraba perseguir animales. Artor le prestaba sus mastines y grandes lebreles para que le ayudaran a abatir cervatillos, lobos y algún zorro despistado, empresa difícil, dado que había nevado mucho y las presas vestían sus capas de camuflaje invernal. El príncipe rara vez regresaba sin un par de conejos, algún manojo de pichones o hasta algún jabalí. En la corte, todos, Artor incluido, disfrutaban de los prolongados banquetes nocturnos.

La víspera de Samhein había caído una gran nevada, por lo que Galván, Balan, Balyn y Galahad tuvieron que regresar a casa antes de mediodía. En aquellos cielos grises de nube baja no asomaba el más mínimo rayo de sol y los árboles del bosque, de un negro antracita, destacaban más que nunca en medio de la blancura inmaculada de la nieve.

—El silencio del bosque era amenazador —comentó Balan a las damas mientras se calentaba las manos en el brasero—. Ya sé que esta época es la más silenciosa, pero es que ni los árboles se quejaban del peso de la nieve, como suelen hacerlo

normalmente.

—Sí —interrumpió Balyn—. Y la luz del bosque era tan tenue que nos parecía que íbamos a ver cosas imaginarias. Todavía me entran escalofríos de solo pensarlo.

—Pero ¿como qué cosas, so valiente? —dijo Mordred arrastrando las palabras mientras estiraba las piernas para acercarlas a la enorme chimenea central.

—Los chicos hablan de un enorme ciervo que divisamos en medio de la nieve —dijo Galván—. Un bicho realmente enorme, con unos cuernos… que apenas podía con ellos. Qué maravilla sería clavar una flecha en criatura tan majestuosa. Habría dado mi mano diestra por cazar aquel ciervo.

—Estás reventado, por eso no sabes bien lo que dices, padre, pero sí que es verdad que ese animal era inmensamente grande y esquivo —dijo Galahad—. Pero lo que más me llamó la atención fue la actitud de los perros. Estaban aterrorizados y no querían perseguirlo. Nos acercamos a caballo, lo perseguimos hasta los matorrales, pero nunca conseguimos tenerlo a tiro, era como si estuviera protegido por algún tipo de encantamiento.

—Los ciervos, por muy grandes que sean, ni siquiera los machos, rara vez producen miedo —comentó Artor sonriendo un poco. Estaba escuchando la conversación mientras afilaba su daga por un lado que tenía algo romo a consecuencia de la sesión de caza del día anterior.

—Puede que todo fuera un efecto óptico, como si un haz de luz o algo nos hubiera inducido a ver estas fantasías, bueno, tan… peculiares —prosiguió Galván—. Yo… hasta creo haber visto una corona en la cornamenta de aquel ciervo. Después el animal se hundió en medio de la nieve y creímos haberlo atrapado.

—Pero, no sé cómo, algo le ayudó a levantarse, salió de la nieve y ¡desapareció! —dijo Balyn para concluir la historia con una rúbrica dramática.

—¿Viste una corona? —preguntó Mordred con el rostro un tanto empalidecido.

—Y un halcón —añadió Galahad—. Justo después de que desapareciera el venado, vimos un enorme halcón peregrino. Era blanco como la nieve, con rayas doradas. El pájaro salió del mismo matorral en que estaba escondido el ciervo y después se lanzó en un vuelo en espiral, hasta que también desapareció entre las nubes.

—Para mí que vuestras visiones presagian algo malo —intervino Wenhaver muy excitada.

—¿Seré yo ese venado? —preguntó Artor, apartando ligeramente la vista de su piedra de afilar—. Y el halcón, ¿será algún heredero o pretendiente al trono? No creo. Y con el debido respeto, señores, lo más probable es que os vierais afectados por el resplandor de la nieve.

Sin detenerse de lo que estaba haciendo, Artor siguió frotando el borde de la daga con la piedra y una escofina, lo cual incrementaba el dramatismo de la atmósfera que reinaba en la caldeada sala.

—¡Es posible, señor! —respondió Galván pensativo, aunque con gesto de

extrañeza—. ¡Pero es que los que estábamos allí vimos realmente el venado y el halcón!

—Probablemente los visteis —respondió Artor, cortando de raíz todo comentario sobre visiones y presagios—. Pero no eran sobrenaturales.

—Por cierto, probablemente dentro de poco llegará una visita, mi rey —recordó Galahad—. Mientras subíamos la cuesta que nos traía a la torre, vimos un jinete a lo lejos que venía en esta dirección. Iba solo, seguido de un perro de caza, por una senda nevada.

—Será un mendigo, que llega a que lo refugiemos aquí por caridad durante el crudo invierno —incidió Wenhaver despectivamente.

—El frío es muy peligroso; resulta increíble que alguien pueda ir por ahí sin morir en el intento —murmuró Elayne, mostrando en la mirada su dulzura de corazón.

—Mis súbditos son siempre bienvenidos en Cadbury Tor o en los pueblos —afirmó Artor inequívoco—. No deberíamos rechazar a nadie que venga en noches como estas, gélidas como la tetilla de Morgana, sobre todo ahora que estamos cerca de Samhein. Y además, de todos los mendigos que he visto, Wenhaver, ninguno tenía ni caballo ni perro.

ESA TARDE LA oscuridad cayó enseguida, como si la nevada, más fuerte de lo normal para la época, hubiera cegado al sol y a la luna. El jinete solitario emprendió la subida en espiral hasta la torre, intentando evitar los trozos de hielo ennegrecido que reflejaban las antorchas dispuestas regularmente en las murallas. Aunque Artor había dado orden de que no detuvieran al viajero durante el camino, algunos guerreros de la guardia miraban de reojo al enorme perro que andaba tranquilamente junto a su amo.

—Seas bienvenido, amigo, porque Samhein se nos echa encima —dijo Percival a modo de saludo cuando el viajero llegó a la última puerta de la fortificación—. Ha nevado de manera endiablada y ha cuajado mucho. Me alegro de que hayas encontrado refugio en esta noche tan terrible.

—No te preocupes, buen señor —contestó el hombre con voz apagada bajo las capas de lana y pieles que engordaban su figura. A la espalda parecía acarrear un pesado fardo y colgado del hombro cargaba otro bulto de lana con algún utensilio. Hasta el perro llevaba un pequeño hatillo, pero como el animal era más grande que un chaval de siete años puesto en pie, apenas notaba el peso.

—Esta noche te procurarán refugio en los establos, por orden del rey supremo, pero debo recoger las armas que lleves.

Sin pronunciar palabra el viajero se quitó del cinturón un viejo y afilado cuchillo y se lo entregó por la empuñadura a Percival.

—¿No llevas más que esto con el invierno tan frío que estamos teniendo? —

Percival estaba desconcertado. No imaginaba cómo era posible sobrevivir así sin más, enfrentado a las inclemencias del tiempo.

—Para abatir piezas de venado tengo a mi Rhiannon, que es mejor que cualquier hierro, en caso de que algún ingenuo se atreva a atacarme. Cuando necesito algo más, me lo procuro como puedo.

Percival levantó una ceja en actitud interrogante.

—Soy de Caer Gai, en la lejana Powys, donde los inviernos son mucho más crudos que en estas tierras apacibles. Toco el arpa y vengo a cantar para ganarme una cena en la mesa del rey supremo.

—Entonces eres doblemente bienvenido, viajero, porque a mi señor le encanta la diversión. Descansa y lávate, si es tu costumbre. Te recogeré en una hora.

Los dos hombres fueron hasta los establos, donde había un confortable compartimento con heno recién venteado para acoger al exhausto viajero. Rápidamente buscaron también sitio para el perro y el caballo, y al punto llegó un muchacho dispuesto a cepillarles el lomo. Con cortesía natural el viajero hizo una reverencia a Percival y le prometió estar preparado para cuando el guerrero regresara.

En cuanto Percival cerró la puerta del establo, el viajero se quitó el pesado bulto de encima y lo tiró al suelo. El fardo más pequeño lo colgó cuidadosamente de un clavo que había en una pequeña cerca de madera y que separaba al hombre de un enorme caballo bayo. Los mozos de cuadra que andaban por allí engrasando las monturas, dejaron lo que estaban haciendo para contemplar sin rubor alguno cómo iba desnudándose el viajero, capa tras capa.

El hombre que salió de aquel denso capullo de tela y pieles era alto como el propio rey Artor. Cuando se quedó en cueros, los palafreneros tuvieron tiempo de sobra para ver que el juglar era ancho de hombros, estrecho de cadera y lampiño, salvo por la melena negra azabache que le caía por la espalda. Tenía manos y pies delgados y largos y había algo en él que hizo que uno de los jóvenes, sin que nadie se lo pidiera, fuera a buscar dos jarros, uno de agua caliente y otro de agua fría, para llevárselos. Cuando se los ofreció, el forastero sonrió con abierta sinceridad, algo que reconfortó enormemente al chico.

—Muchas gracias, caballerito. Ya sabes que tengo que lavarme antes de cantar para el rey.

—De nada, señor —contestó el muchacho, inclinándose con respeto—. Los caballos ya tienen y podemos calentar más para la cena.

—Entonces, voy a componer una canción para ti. ¿Cómo te llamas?

—Gaviota, señor. Mi madre en su día vivía junto al mar y decía que al nacer, yo graznaba como las gaviotas.

El viajero puso la mano izquierda sobre la frente del chico y al instante Gaviota notó que le invadía una especie de calor por todo el cuerpo.

—Igual que el pájaro del que tomas el nombre, Gaviota, llegarás muy lejos. Y cuando lo consigas, espero que te acuerdes de que ya te lo dijo Taliesin, porque sé

que lo que digo se va a cumplir.

Gaviota se echó para atrás, porque parecía que esta noche de Samhein iba a ser una noche de sorpresas y tenía un poco de miedo. Volvió con sus amigos que estaban tumbados sobre balas de heno y se puso la mano suavemente sobre la frente, justo en el punto en que habían descansado los dedos de Taliesin.

Taliesin sonrió un tanto arrepentido al ver la cara de miedo e incertidumbre que irradiaba el chico. Él no era uno de esos embaucadores que reparten profecías como calderilla barata. Los ojos de Gaviota, curiosos e inquisitivos, habían hablado a Taliesin mucho más claramente que cualquier profecía. El arpista sabía que el muchacho era un viajero nato, que se iría de Cadbury mucho antes de hacerse un hombre.

Cuando Percival regresó, el viajero estaba lavado, aseado y vestido con una larga túnica que asomaba por debajo de un manto negro con capucha.

—Estoy listo, señor. He dicho a Rhiannon que me espere. Así que cojo el arpa y vamos a presentarme ante mi nuevo amo.

Percival miró al forastero a la luz de la antorcha, aquella figura alta, envuelta en un velo de misterio, con el rostro perfectamente rasurado y boca sensual.

—Espero que tengas bien la voz, viajero. El rey ha tenido un día difícil y necesita que lo entretengan.

—Haré todo lo que pueda, porque estoy obligado por un juramento familiar a servir al rey supremo.

Mientras lo conducía hacia la sala de banquetes, Percival sentía con fuerza tras de sí la presencia del forastero.

Lo que nos faltaba es tener más motivos de discordia, pensó Percival para sus adentros. La corte de Artor parece ya un avispero a punto de estallar, así que confío en que este hombre consiga ahuyentar al menos parte de los males que fluyen por la casa.

De alma noble, Percival sabía que el destino rara vez se prometía bondadoso, ni siquiera para los buenos o los piadosos. Por eso rezó en silencio a su Cristo, pidiéndole que protegiera a Artor de todo mal que hubiera entrado en la distinguida Cadbury Tor. Pero en su fuero interno sabía que el tiempo corría imparable y acelerado hacia un destino desconocido y aciago.

CAPÍTULO V

EL BARDO Y SU CANTO

EN UNA SALA llena de guerreros, ciudadanos ilustres y nobles damas, Artor recorría con la mirada el bullicio que animaba las mesas, deseando que pasara pronto esta celebración de Samhein. El comedor quedaba iluminado con la luz de braseros y apliques de pared, que reflejaban pálidamente los destellos de oro, bronce, plata y piedras preciosas de los invitados. La gente hablaba, gesticulaba y conversaba en medio de la animación, evaluando con la mirada las respuestas de sus compañeros de mesa. Los guerreros rivalizaban unos con otros ensalzando el esplendor de sus arneses, lo exótico de sus pieles o la pulcritud de sus prendedores, sus brazaletes y sus ornamentos para el pelo. Las mujeres, con vestidos de lana de los más variados tonos, diseñados para mostrar y ocultar a la vez, presumían y sonreían agitando sus largas pestañas maquilladas como si fueran jóvenes doncellas. Sus pendientes resplandecían a la luz de las antorchas, sus cabellos, delicadamente ondulados o trenzados, brillaban con ungüentos perfumados y sus cuerpos se movían hacia delante y hacia atrás para hablar unas con otras, aventurando placeres prohibidos.

Artor, sentado en su silla cural, tendía a pensar cínicamente que ya no quedaba nada auténtico en Cadbury. No veía ninguna belleza en tanto brillo de miradas falsas, ni valor alguno en las exageradas fanfarronadas masculinas. Torció el gesto. ¿Quién era él para juzgar a guerreros y cortesanos que tenían a su rey por modelo? También él era un falso. Su matrimonio era una vergüenza, su hija había sido educada por otras personas, porque así lo había querido él, utilizando como excusa la seguridad de la niña, y había cometido faltas peores y más despiadadas de lo que cualquiera de estas frágiles e inocentes criaturas podría imaginar.

Mientras Artor reflexionaba sobre estas cuestiones con el ceño fruncido, Odin observaba con preocupación a su señor. Aunque no sabía exactamente qué es lo que le perturbaba tanto, podía imaginárselo. El rey había pasado una mala tarde.

Antes de la cena se había puesto a leer los rollos de César que en su día le dio Llanwith pen Bryn. Estaba sentado, con una pierna apoyada en el brazo de su silla de campaña, cuando de repente entró la reina hecha una furia en sus dependencias privadas, dejando tras de sí un denso halo a perfume y echando por tierra su apacible aislamiento.

—¿Qué tienes que decir? —dijo Wenhaver con tono irritado y agudo, con un gesto desagradable en los labios, muy tensos, que dejaban ver las arrugas de la edad. Azuzada por los insidiosos comentarios de Mordred, la reina estaba indignada, dispuesta a montar una escenita.

Artor suspiró profundamente, apartó el rollo que estaba leyendo y se frotó los ojos. Iba perdiendo vista, algo que no contribuía a su alegría, porque a nadie le gusta enfrentarse a la vejez o a la enfermedad.

—¿Qué es lo que he hecho ahora, que tanto te ofende? —se armó de valor para resistir la impaciente arremetida de su esposa. Por experiencia sabía que Wenhaver no dejaría de molestarlo hasta que calmara su irritación.

—Sabes muy bien por qué estoy molesta, hipócrita. Has mostrado abiertamente tus deseos por otra mujer estando yo delante, dejando mi reputación en boca de todos.

Recomponiéndose en el asiento, Arturo rió con amargura. Wenhaver lo fulminó con la mirada, con la cara adelantada y el cuello tenso, igual que un vociferante perrito faldero. Artor miraba lo exageradamente colorada que se había puesto su maliciosa esposa y la comparaba con Gallia, algo que le llevó a pensar de nuevo en la dulzura y el afecto que irradiaba Elayne.

Todas sus frustraciones acumuladas se le agolparon en el rostro, encendido como una tea. ¿Quién era esta mujer para censurarlo?

—¿Tu reputación? Ya eres de sobra conocida por todo el mundo como una vulgar putilla; a tu lado la mujer del emperador Claudio pasaría por virginal. Me has puesto los cuernos durante años; he tenido que taparme los oídos para no escuchar los comentarios de unos y otros, para no enterarme de lo que hasta el más torpe de los criados de Cadbury ya sabía. ¿Cómo voy a comprometer tu reputación, si tú la has quebrantado por completo con no sé cuántos hombres que han pasado por la corte?

Wenhaver se quedó de pie, erguida sin más, algo raro para lo que solían ser sus poses. Por la cabeza de Artor pasó un cierto destello de admiración. Wenhaver resultaba mucho más regia cuando defendía su papel que cuando generaba problemas o actuaba con esos gestos tan arrogantes y ostentosos.

—Insisto: no me restriegues por las narices lo que te atrae esa morenita indecente —dijo altiva—. No es ninguna criada con la que revolcarse para que engendre otro de esos bastardos que sirven en tu guardia personal.

Regia o no, Wenhaver se había pasado.

Artor le dio un manotazo con toda la palma, pero cuidándose de no provocarle ninguna marca. La reina, desprevenida, lanzó un gruñido como cuando alguien da una patada a un animal. Y, si Artor no la hubiera tirado sobre la cama y la tuviera amarrada por las muñecas, le habría devuelto el golpe.

—No me menciones a Elayne, Wenhaver, cuando no tienes derecho a pronunciar siquiera su nombre. Y te lo advierto, si yo no estuviera asfixiado por una vieja vaca estéril como tú y si Elayne no estuviera casada con mi amigo, claro que procuraría ganarme su corazón y su cama. Pero soy viejo y ella demasiado joven todavía… y ¡tú

sigues con una salud de hierro deprimente! —se detuvo, presionó con fuerza las muñecas de su esposa y siguió en tono amenazante—. Ten cuidado, no sea que corras la misma suerte que Keu, mi difunto hermanastro de infausta memoria. Me puso en tal situación que no pudo evitar sufrir un accidente no deseado.

Wenhaver se quedó con la boca abierta. Se desembarazó de su marido y cayó al suelo. El rey tenía la mirada gélida y severa que le provocó un escalofrío alarmante.

—Ya te dije en su día que me resultas completamente prescindible, pero apenas has atendido a mis advertencias. Hasta tu hermano Wynfael está avergonzado de tu comportamiento. Poco a poco vas perdiendo tu belleza y te ves obligada a maquillarte de manera grotesca, hasta convertirte en una parodia de mujer —Artor hizo un gesto de asco—. Tienes un punto de suerte a tu favor. Ni siquiera me plantearía irme con Elayne si tú no estuvieras, por mucho que me atraiga. Porque me vería obligado a matar a mi amigo, Bedwyr, y para mí Bedwyr significa mucho más que cualquier mujer, desde luego más que tú, mi vieja insulsa.

Sin pretenderlo, Wenhaver estaba temblando. La actitud del rey era tan fría que, olvidándose de todas sus pretensiones, la reina sintió un terror absoluto. Le parecía que en cualquier momento le iba a estallar la vejiga si Artor seguía dándole dentelladas con su mirada implacable.

—Así que, Wenhaver, de ahora en adelante vas a cumplir con tus deberes públicos de manera irreprochable. Vas a dejar de comprometer a Galván, y de seducir a su hijo, o a cualquier otro hombre que viva bajo mi techo. ¡Estoy harto de ti hasta la náusea, Wenhaver! No aguanto tus mohines, ni tus rabietas, ni tu infinita y estúpida vanidad. Te exijo silencio absoluto, si no quieres que te calle la boca para siempre. ¡Y esto no es una amenaza, es una promesa!

—No creo que te atrevas a matarme —dijo Wenhaver lloriqueando, aunque no sonaba muy convencida. Empezó a temblar de miedo, pensando en venenos, caídas imprevistas o navajas asesinas; todo se agolpaba en su mente, tan dada a las fantasías en ese momento.

—¿Ah no? —contestó Artor con suavidad—. No me procuras placer alguno, ni como esposa ni como mujer. En Cadbury la mayoría se alegraría de no volver a verte.

Wenhaver sintió náuseas y estuvo a punto de vomitar sobre la tarima de las dependencias de Artor. Llevaba demasiados años con sus antojos y sus caprichos. Demasiados años restregando ante el rey sus desenfrenos para provocar en él alguna reacción que le confirmara que seguía siendo alguien. Dentro de ella una parte de su ser, esa parte que aún ansiaba ser amada y gozar del calor familiar, empezó a llorar amargamente por tanta miseria, tan inútil. Era una niñita estúpida, inconsciente de sus actos, que se había labrado el rechazo de su esposo. Ahora, mientras se protegía de la ira de un hombre desesperado, recordaba los excesos y la crueldad que habían caracterizado al padre y las hermanas del monarca.

Wenhaver cayó en un silencio aterrorizado y se encogió para que se la viera lo menos posible.

Al ver la expresión tan atemorizada de Wenhaver, el rey sintió verdadera vergüenza. Sí, su esposa era una maldición. Sí, sus devaneos lascivos habían puesto en peligro su gobierno desde que era una chiquilla. Pero, ¿y si le hubiera dado una oportunidad? ¿Acaso la muerte de Gallia había sido tan devastadora como para dejarle sellado el corazón para siempre?

La respuesta a estas preguntas se agolpaban en su mente.

¡Sí! ¡Sí!

¿Sería que él no había hecho demasiado caso de los excesos de su esposa porque ella le importaba menos que el más inútil de sus lebreles? ¿Le había demostrado claramente a su esposa lo poco que le importaba?

¡Sí! ¡Sí!

Entonces Artor se dio cuenta de que no servía de nada amenazar a Wenhaver con quitarla de en medio; y que sus amenazas eran tan crueles como los engaños a que ella le había sometido. Su padre, Uter Pandragón, siempre había respondido con brutalidad al sentirse injuriado, amenazado o insultado. Y Artor llevaba toda la vida intentando no caer en esos errores de su progenitor.

Pero su dignidad personal se interponía en este balance. Artor miró a su aterrorizada esposa, que seguía medio encorvada en el suelo. Puede que fuera una corrupta y que se mereciera todos los ultrajes que él le había espetado, pero Wenhaver también habría podido convertirse fácilmente en una verdadera reina y en una complaciente esposa. Llevaba casada con él más años de los que pasó arropada en casa de su padre. Con paciencia él podría haber pulido esos pérfidos rasgos de su carácter, mimándola y animándola a que siguiera caminos más adecuados.

¡Podría haber sido así! ¡Qué excusa más patética para la autoindulgencia!

Artor no podía seguir con este juego, pero tampoco podía infligir más daño a su esposa. Ella no iba a cambiar, y no iba a cambiar por culpa suya. Le tocaba vivir con lo que él mismo había provocado.

Artor le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Por unos instantes pensó incluso en arreglarle el vestido, pero le resultaba demasiado fingido; sería como tratarla con cierta conmiseración.

Se refrenó de hacerlo y se odió a sí mismo, tanto como odiaba a Wenhaver.

La reina empezó a sollozar ahogando un llanto desesperado.

—¿Quién era Claudio? —preguntó a su esposo inopinadamente, con su mente asida, como siempre, a una sola idea, vana e irrelevante.

Artor se echó a reír, para embarazo de Wenhaver, que bajó los ojos entre ofendida y acusadora.

La alegría de Artor se desvaneció. Wenhaver no entendía porque no le habían proporcionado la educación que él daba por supuesta.

—Un emperador romano que tenía una mujer más lasciva que la más barata de las putas. Me equivoqué al compararte con ella, porque tu comportamiento nunca pudo afectar tanto a la sensibilidad de tus súbditos. Ni tampoco has puesto en peligro el

trono. No creo que usaras tus deseos sexuales con propósitos traicioneros, al menos no deliberadamente. Discúlpame por haber sacado esto a colación.

—Te odio, Artor —afirmó Wenhaver sin un ápice de emoción en sus palabras.

—Yo también me odio con frecuencia —contestó Artor esbozando una leve sonrisa.

Incluso ahora, pasados los años, no sabía calibrar el tipo de relación que mantenía con su esposa. Pero estaba harto de darle vueltas a los problemas y lo que más deseaba era coger el caballo y emprender la acción para volverle a dar sentido a su vida.

—En todo caso, querida, y aunque me arrepiento de haberte hablado con tanta crueldad, no olvides la profunda verdad que esconden mis amenazas. No tienes derecho a acusarme de infidelidad, porque nunca he traicionado mis promesas matrimoniales. Sí, me he servido de criadas complacientes, pero no las he amado, ni he hecho por sus hijos nada más que reconocer mínimamente de dónde venían. Reconocer estas cosas no dice mucho de mí, pero soy un hombre y no he hecho votos de castidad. Sin embargo, Wenhaver, tú me has traicionado con personas de mi mismo linaje, algo que me avergüenza profundamente. Y has sido lo suficientemente indiscreta como para humillarme en público, pese a que nadie haya hablado abiertamente del tema.

Le agarró por la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No voy a pagarte con la misma moneda, lo juro. No se me ocurriría comprometerme con ninguna mujer casada de noble cuna, ni pienso herir a mis amigos abusando de su confianza. Tú y yo estamos metidos en una batalla perpetua, que dura años. Lo único que estoy haciendo ahora es poner sobre la mesa mis condiciones y mis propuestas para contigo. A partir de ahora no quiero más actos indecorosos. Ni más escarceos con Galván. Lo tienes asustado y no sabe controlarse sexualmente cuando te ve. Aunque no puedo controlarte el pensamiento, ni evitar que me odies, lamento mucho la relación tan amarga que mantenemos. Pero no me mines más. Si me asesinan o si soy derrocado, tú correrás la misma suerte.

Ella salió de la sala, ondeando la falda y lanzándole una mirada casi tan impersonal y distante como la suya. Artor no recordaba que Wenhaver se hubiera ido nunca con tanta dignidad como aquel triste día.

Ahora, en la caldeada sala de banquetes, mientras observaba a la pléyade de nobles invitados que tenía a su mesa y veía a su esposa hablar tranquilamente con Balyn, Artor se hundió en la melancolía. Justo en ese momento entró Percival en la estancia seguido de una figura alta vestida con un largo manto negro. Menos mal, algo para entretenernos, pensó el rey agradecido. Bendito sea Percival.

—Permíteme verte la cara, forastero, y dime cómo te llamas.

Los jóvenes que allí estaban no sabían nada de Myrddion Merlín, salvo lo que contaban las innumerables leyendas de magia, transfiguraciones e inteligencia sobrehumana que se habían elaborado en torno a su persona. Por eso no entendieron

el grito ahogado de sorpresa que recorrió la sala cuando el joven se quitó la capucha.

Artor se quedó lívido.

—¿Qué broma es ésta? —el corazón le latía sobresaltado al ver el claro parecido que tenía este joven con Myrddion.

Taliesin se había puesto sus mejores ropajes, tejidos y bordados por su madre, con complejos diseños de pájaros por el cuello y los bordes. Sobre la lana negra destacaba imponente el hilo de plata, y como único aderezo el joven lucía en una oreja un sencillo abalorio de electrón, herencia de su padre. El pelo le caía por los hombros, con su inconfundible mechón blanco.

—Soy Taliesin ap Myrddion, hijo de Myrddion Merlín. Me envía mi madre, la Dama del Lago, para que cante y toque ante el rey, mi señor, en esta feliz velada.

La sala era un hervidero de susurros. Ésta sí que era una auténtica sorpresa de Samhein.

—¿Cómo está tu padre? —consiguió preguntar Artor, acariciando con la mano un guardapelo que tenía oculto bajo su manto.

Taliesin bajó la cabeza.

—Mi padre ha pasado al reino de las sombras, mi rey, pero te amó hasta el último de sus días. Mi madre, Niniana, ruega que recuerdes los profundos sentimientos que él siempre tuvo por ti.

—¿Sabes tocar, Taliesin, hijo de Myrddion? —preguntó Wenhaver cortésmente, un tanto ruborizada en contraste con la palidez que todavía afectaba a Artor.

—Es el único talento que tengo con que deleitar a mi rey y a su bella reina —respondió Taliesin con cierto orgullo. Entonces, haciendo una reverencia, sacó el arpa de la funda.

Mientras Taliesin recorría las cuerdas con sus dedos, el público extasiado observaba la singular belleza de aquel instrumento, cuya estructura reproducía una talla de mujer. Gracias a la delicadeza con que el joven tañía aquella arpa, el dulce sonido empezó a cobrar vida.

Situado frente a los invitados, empezó a recitar la historia de la coronación real. Sobrepasando las sombras del tiempo, el joven Artorex cobró vida en el canto y se enfrentó al cruel espectro de su padre. Las rimas evocaron al difunto Lucio en Glastonbury, y el momento en que el heredero cogió su espada y su corona para proclamarse rey supremo, tal y como reclamaba su destino. Taliesin entonó su salmodia, cantando gloriosas batallas, evocando a antiguos héroes y perdidos amores y cuando la historia alcanzó su clímax con la coronación de Artor, las cuerdas vibraron exultantes hasta que callaron.

La sala estalló en aplausos, los hombres aporreaban las mesas y lanzaban gritos de alabanza ante la fuerza que tenía la balada. Incluso Wenhaver se emocionó hasta las lágrimas, al recordar las esperanzas y promesas que albergaba en su juventud.

—¿De dónde sale este canto? —preguntó Artor, perturbado todavía por los recuerdos que en él había despertado el arpa de Taliesin, imágenes de la vida y la

muerte de antiguos amigos.

—Escribí la historia tal y como mi padre me la contó, señor —contestó Taliesin —. Si mi pequeño talento te complace, me doy por satisfecho.

—Eres consumado maestro de juglares, Taliesin ap Myrddion, pero es lo que cabría esperar del hijo de mi más viejo y sabio amigo. Continúa cantando, por favor.

Con dedos inspirados, Taliesin recitó cantos que describían a la sencilla gente de la montaña, creando vuelos de pájaros y batidas de águilas con sus palabras. Llenó la sala de alegría y bellas melodías.

Cuando estaba terminando el recital, Taliesin entonó el canto de la Dama del Lago y su anciano amante. Oír aquellas palabras que recordaban al Myrddion de su juventud hizo llorar a Artor abiertamente. El bardo recreó después a Niniana con versos tan inspirados que incluso quienes no habían visto nunca su enorme belleza, empezaron a quererla un poco. Instintivamente, los allí presentes se supieron desamparados por la ausencia de aquella mujer.

Taliesin cambió el tono hacia otro más cantarín y delicado para describir la llegada de Wenhaver a Cadbury. Los cabellos de oro, los ojos claros y la preciosa boca de la joven volvieron a nacer llenos de esperanza, pasión y orgullo.

Y ahora fue Wenhaver la que lloró amargamente. Volvió a sentir cada una de las palabras que Artor y ella se habían cruzado en la discusión de por la tarde y se sintió honda y profundamente arrepentida de los muchos errores cometidos de manera tan irreflexiva y negligente.

Taliesin se detuvo para beberse un jarro de vino especiado que le aclarara la garganta. En ese receso, los rápidos ojos de Artor se fijaron en que tenía las yemas de los dedos abiertas y que el índice de la mano derecha lo tenía sangrando.

—Te hemos hecho trabajar demasiado para ganarte la cena, joven. Ya es hora de que descanses.

Taliesin agradeció el comentario.

—Lord Artor, cuando me di cuenta por primera vez de que tenía este talento, mi padre me pidió que escribiera para ti unos versos como regalo y en memoria de vuestra amistad. Terminaré la velada con una última historia relativa al jardín de Gallia.

Profundas, lentas y dulces fueron las notas que salieron del arpa para recrear a Gallia con palabras. Taliesin recordaba cómo murieron ella y Frith a manos de los guerreros de Uter Pandragón, y cómo los demás velaron y honraron sus cenizas con flores frescas. El dulce reguero de agua volvió a surgir de la roca, aquel antiguo monolito del Viejo Bosque, hasta llegar a la ondulada cuba que alimentaba las rosas y el jardín de hierbas aromáticas. Targo volvió a vivir y a morir, para descansar al fin en el jardín donde dormía Gallia, amodorrado entre el zumbido de abejas y el seductor perfume de las flores. Y en medio de aquella escena de armonía y belleza natural se alzaba Antor, protector en la muerte, igual que lo había sido en vida.

Los invitados al espléndido banquete, muchos de los cuales no habían estado

nunca en aquel jardín, quedaron absolutamente transfigurados con el mensaje de paz y belleza que de manera tan sencilla transmitía Taliesin.

La espada, la rueca y el arado
Romos quedan tras los años.
Las hazañas se vuelven polvo
Porque el odio siempre provoca daños.
Han desaparecido las coronas. La mejor espada se oxidará
Y toda la fuerza humana por sus temores medida será.
Qué pronto se debilitan los nimios poderes reales
Qué rápido sus esperanzas fracasan y se desvanecen,
Y en la mujer la belleza envejece
Mientras asirse pretende a la frágil juventud,
que desaparece.
Las flores, no, echarán nuevos brotes,
A cualquier hora, cualquier día, siempre,
Mil años más su eterno aliento prende.
Y el jardín de Gallia la ley sagrada prueba
De que el amor, en sí, impide que cualquiera de nosotros muera.

Tras el acorde final se hizo un silencio absoluto.

—No podemos pretender que los sonidos describan bien el poder reparador del amor que se nos da como don divino, mi señor —dijo Taliesin en medio del silencio —. Mi padre solía decir que las raíces de este jardín están bien arraigadas en esta verdad tan simple y tan poderosa. ¿Cómo voy yo a crear palabras que generen la justicia del amor?

Artor se levantó y se inclinó ante Taliesin, como si hubieran intercambiado los papeles.

—Mi viejo amigo fue el único que siempre me recordaba cómo ser rey. Y el hijo de mi viejo amigo es el único capaz de recordarme cómo ser persona.

—Gracias, mi señor —contestó Taliesin, con cierta confusión reflejada en sus ojos claros.

Y entonces, riéndose como un niño, Artor levantó la copa para recordar a sus invitados que la noche estaba para algo.

—Vamos, amigos. Encendamos los fuegos y limpiemos nuestras almas para empezar bien el nuevo año, un año en que se nos perdonarán todas nuestras faltas.

—¡Brindemos! ¡Alegría! —gritaron todos los allí reunidos—. Un nuevo año ha llegado.

COMO LA PIRA de troncos estaba empapada de aceite y brea, la llama prendió de inmediato en cuanto el rey y la reina pusieron la tea. Las mujeres alimentaban el fuego con bayas y bellas guirnaldas de flores secas, y otros avivaban su energía con manzanas desecadas, paños bordados y jarros de vino dulce.

En Cadbury, hombres, mujeres y niños bailaban alrededor de las hogueras de Samhein, que convirtieron la oscuridad de la noche en un tapiz de tonos rojizos, dorados y granates, mientras que los rostros forjaban máscaras esbozadas por el fuego, en claroscuro, sobre el marco iluminado de la nieve. La gente cantaba y bailaba. Los amantes se besaban y las viejas hablaban de sus nietos, pidiendo fecundidad, buenas cosechas y lluvias de abril para criar la nueva camada de corderos y terneras.

Todos se alegraban de ver al rey y a la reina bailando juntos, porque eran los encargados de renovar la savia de todos los seres vivos.

—¡Qué farsa! —susurró Mordred maliciosamente a uno de sus compañeros—. Un viejo y una estéril bailando juntos para provocar el renacimiento del país. Pero, mira. ¡Apenas se tocan!

Las maliciosas palabras de Mordred llegaron a oídos de los gemelos, que al punto dejaron de aplaudir y de reírse. Balyn se adelantó hacia Mordred.

—Me ofende lo que dices, Mordred. Los comentarios que haces podrían ser motivo de traición. No puedes verter tal fatalismo sobre el rey y la reina.

—¡Y una mierda, muchacho! Wenhaver está como está y Artor apoya sus fantasías. Lo que digo es *vox populi*, dentro y fuera de la corte. Si no fueran tan ridículos, me preocuparían realmente.

Balyn no percibió la ambigüedad de la frase.

—Te recomiendo que seas un poco más prudente, brigante. Por lo que sé, los de tu linaje pertenecen a una cobarde y asesina bandada de insaciables gansos. Y desde ahora te digo que llegará el día en que Artor os rebane los sesos, como ya hizo con otros traidores de tu tribu.

Balan se mantuvo firme, sobre la tierra helada, dejando que su hermano expresara el asco que ambos sentían.

Galahad había sido testigo de la conversación y no dudó en sumarse a las advertencias.

—Mordred, ¿es verdad que tu madre era bruja? Debería ser quemada en la hoguera, como acostumbraban a hacer los paganos con sus enemigos antes de que Jesús salvara estas tierras para entregárselas a la Santa Iglesia.

—Primo, no eres más que un fervoroso mentecato —contestó Mordred—. Deberías saber distinguir a las brujas, pues en nuestra familia siempre se han practicado las artes oscuras.

—Silencio —susurró Odin—. No temo a los fuegos de Baltane, así que si seguís diciendo barbaridades contra mi dueño y señor, no vacilaré en rebanaros la garganta.

Mordred se echó para atrás. Aunque se sentía lógicamente incómodo ante el

enorme juto, no tenía ganas de ceder en el juego que estos estúpidos jóvenes estaban librando con él. Pero se le olvidaba que tampoco había entre ellos una clara diferencia de edad.

—¿No te gusta la discusión? Desde luego esta corte es un modelo de alegría y felicidad.

Mordred desapareció en la oscuridad, dejando, eso sí, un halo de pestilencia tras él.

Abriéndose paso por una lluvia de chispas y brasas, Artor se acercó a los jóvenes guerreros.

—¡Bailad, muchachos! Buscad jóvenes a las que besar y brazos amigos que os quieran, porque Samhein solo se celebra una vez al año.

Avergonzados e incómodos, los jóvenes se perdieron entre la gente que reía alegremente.

—El rey de los brigantes quiere tu cabeza, Artor —Odin hablaba sin rencor—. Se dedica incluso a incitarnos a unos contra otros. Déjame acabar con él y fin del problema.

—No puedo asesinar al heredero de Luka. ¡Y no lo voy a hacer! —dijo Artor con una sonrisa y el brillo del fuego iluminándole los ojos—. Al menos, no hasta que dé un paso más. En todo caso, ten el hacha preparada por si cambian las circunstancias.

La noche se llenó de risas, vino y figuras mitigadas por la luz. Ese día dentro de palacio no se hacía distinción entre nobles y criados y los pasillos reproducían el eco estridente del jolgorio.

Al final, Artor se retiró a la paz de sus dependencias, donde lo esperaba calmadamente Taliesin, ante la puerta recubierta de hierro, con el arpa envuelta en su funda de lana.

—Señor, traigo un mensaje privado para ti de mi madre. No sé lo que significa; e incluso me dijo que ella tampoco. Pero te envía una seria advertencia de peligro —el joven estaba avergonzado por la vaguedad de su mensaje—. Me pidió que te dijera que el cáliz maldito ha llegado.

—¿El cáliz maldito? —repitió Artor—. ¡Diantre, muchacho! En mi vida he oído ese término. ¿Por qué iba a temer yo a un cáliz, maldito o no?

Taliesin se encogió de hombros, de manera muy expresiva.

—Oye susurros traídos por el viento y por las noches tiene presagios de mal agüero. A veces pienso que quizá esté empezando a envejecer, pero creo que no se equivoca, porque yo también percibo olor a carroña.

—En palabras del viejo Targo, que fue buen amigo de tu padre, solo los imbéciles desaprovechan las ventajas que se les dan, por inútiles que parezcan.

Taliesin sonrió agradecido. Desde donde estaba, percibió cómo crecía la sombra del monarca, monstruosamente, como si de una bestia encorvada se tratara. Se estremeció.

—Puedes dormir aquí, en la antecámara de mis habitaciones, si quieres —añadió

Artor, pensando que el chico quizá estuviera acusando el frío nocturno—. Te lo agradezco mucho, Taliesin.

—Estoy bien en los establos, mi señor. Pronto pasará la escarcha y Rhiannon estará deseando salir. No te molesto más.

Por la ventana, Artor observaba impasible cómo las fogatas de Samhein iban hollando la prístina nieve, a medida que se apagaban.

CAPÍTULO VI

EL ENEMIGO EN CASA

LA PRIMAVERA LLEGÓ con antelación.

De no estar convertido en cenizas, Myrddion Merlín habría dicho a su rey que los reinos no suelen perderse en rápidas y sangrientas luchas por el poder. Empiezan a descomponerse por dentro, a partir de un veneno alimentado desde fuera. Los viejos robles se arrugan y se deforman afectados por la enfermedad hasta que un fuerte viento acaba por derribarlos. Y aunque el árbol esté hendido, sigue luchando por dar fruto en una última y ardiente lucha por la inmortalidad. Las mejores manzanas nacen en ramas heridas, pero son escasas y suelen verse atacadas por plagas de pequeños insectos que se ceban en el fruto nuevo y exultante. Entonces, cuando verdaderamente llega el final, se comprueba que la manzana madura es solo bella por fuera, sana piel que esconde una carne enferma, corrupta y devorada por los gusanos.

Y así empezó a arruinarse Cadbury.

Aunque temía por su seguridad, Wenhaver no podía refrenar su carácter, una manera de ser vanidosa y engreída, que se había agudizado y agravado durante décadas. Consciente de lo que había dicho Artor, intentaba evitar a Galván, pero seguía volviendo sus ojos ardientes sobre aquel joven cuya impetuosa naturaleza lo convertía en presa fácil.

Balyn. El gemelo que más se parecía a Artor de joven.

No cometió la imprudencia de rebajarse ante él por el camino de la seducción. La veneración que le profesaba Balyn resultaba totalmente anodina frente a la frialdad y el desdén que caracterizaban a Artor. El joven sentía en su pecho el honor de la sangre y la lealtad, mientras que en Artor las pasiones latían dormidas. Así que ella se vanagloriaba ante la cálida mirada de Balyn, creyéndose que todavía era joven.

—¿Estás embobado, hermano? —preguntó Balan a Balyn sin protocolo alguno, al ver que se había pasado horas intentando complacer los caprichos de Wenhaver—. Si es casi tan vieja como tu madre.

Balyn estaba horrorizado. Con su ropa de trabajo y el pelo enmarañado, Anna no podía ocultar su edad, entre otras cosas porque no se cuidaba tanto; solo necesitaba agua caliente y de vez en cuando algún aceite especial, los días de fiesta. Su melena de rizos rebeldes, ahora entreverados de canas, eran fiel testimonio de cinco hijos

nacidos y tres abortos y por más que las arrugas que le nacían alrededor de los ojos, en las mejillas y en el cuello delataran su edad, a Anna no le importaba.

En comparación, Wenhaver nunca sería vieja.

—La edad no tiene nada que ver con la elegancia y la juventud, cretino, y la reina Wenhaver es eternamente alegre y femenina. Me río mucho con ella y además no pertenece al clan de los austeros, como tú o madre.

Balan hacía ruidos con la garganta, desesperado, al ver que su hermano empezaba a fruncir el ceño, como si le fuera a dar una rabieta.

—No entiendes lo necesitada que está la reina de que la entretengan y la cuiden un poco. Es muchos años más joven que el rey y, como a él no le gusta bailar, ni charlar ni jugar, ¡se siente sola!

—Tienes un cerebro de chorlito, Balyn. ¿Nunca te has planteado por qué está el rey tan atareado y por qué no puede estar contemplando a la reina permanentemente? No es posible mantener la unidad de un reino durante años si uno se dedica a jugar a los dados o a parlotear por ahí. Y a la reina Wenhaver apenas le exige más que fidelidad, algo que, a decir de la mayoría, la reina no está dispuesta a concederle. No, no voy a hacer comentarios insidiosos sobre la reina, pero deberías tener más cuidado y escuchar bien, no sea que te estés dejando llevar simplemente por una carita guapa. Si nuestro rey resulta duro y adusto, quizá tenga sus razones.

Balyn enrojeció. Balan siempre había sido el más mesurado y serio de los gemelos, aunque a Balyn se le daban mejor las actividades físicas. A Balyn toda su vida le habían estado diciendo que «tenía que meditar un poco más las cosas, como su hermano». Por eso el rencor le subía ahora como la bilis.

—Solo tienes que mirar a la guardia personal del rey —reivindicó Balyn—. ¿No ves el parecido? Mordred dice que Artor se dedica a acostarse con mujeres humildes para engendrar bastardos que luego recluta para que lo protejan. Si eso es cierto, la reina queda en muy mal lugar.

Los hermanos estaban a las puertas de la ciudadela, frente a frente. Una fuerte brisa del este les revolvía los cabellos, anaranjados del uno, castaños del otro, y los serenos ojos grises de Balan chocaban con los ardientes ojos grises de Balyn.

Balan notó que empezaba a calentarse él también.

—Ya, hermano, pero la reina no tiene hijos. Y, si lo que dice Mordred es cierto, también debes preguntarte qué necesidad tiene nuestro rey de fijarse primero en las criadas. Luego, mírate en el espejo y obsérvate. Y después me dices qué has visto.

En ese momento Balan llegó a oír cómo chocaban los extremos del universo uno contra otro hasta formar un óvalo perfecto, mientras la tierra empezaba a temblar bajo sus pies, como si los cimientos de Cadbury estuvieran deshaciéndose. Sabía que había hecho una afirmación estúpida llevado por su irritación; por eso levantó una mano para aplacar a su hermano. Pero Balyn le cortó.

—Estás poniendo en entredicho el honor de nuestra madre con tus palabras. ¿Cómo te atreves, Balan? ¿Cómo te atreves a sugerir que somos la semilla de un

déspota? Pero ¿cómo es posible? Te estás acusando a ti mismo tanto como a mí.

Balan lanzó sus brazos alrededor del cuello de su hermano, hierático, para no ver la herida que reflejaba la mirada de su gemelo.

—¡No! —le susurró a su hermano al oído—. ¡No! ¡No es eso! ¡Seguro que Comac es nuestro padre! Pero he oído que madre podría ser hermana del rey supremo. A veces las cosas no son como parecen, y solo un imbécil se dejaría embaucar por rumores que puedan herirle. Tú no eres hijo de Artor, ni yo tampoco. Pero mírate en el espejo, hermano, y piensa antes de lanzarte a hablar. Si pertenecemos a la familia de Artor, tenemos vínculos más directos con el que Mordred. Por eso tenemos que entender que Mordred quiera enfrentamos con el rey. El rey de los brigantes no oculta nunca sus aspiraciones legítimas al trono. ¿A quién preferiría la gente como heredero de Artor? ¿A Mordred o a ti?

Conmocionado como estaba Balyn apenas había atendido a lo que decía su hermano. En su mente no hacía más que comparar sus rasgos con los del rey supremo. Se apartó violentamente de su hermano, liberándose de sus brazos.

—Ten cuidado, Balyn. A madre no le gustaría que al final termináramos matándonos —dijo Balan, intentando bromear un poco. Pero Balyn retiró la mirada llena de ira de la de su implorante hermano y corrió hacia los establos.

—Ojalá el Hades me calle la boca —se recomendó Balan para sus adentros—. Y que el Hades devore a Mordred, a Wenhaver y a todas esas ratas que se amontonan a los pies del rey supremo, si es que aún queda un mínimo rastro de justicia en este mundo.

A MUCHOS KILÓMETROS de Cadbury, una serie de hombres armados estaban a punto de romper la sagrada paz de Glastonbury. Desde hacía décadas, rateros y delincuentes habían abandonado la idea de hacerse fácilmente con algún botín asaltando la abadía o los edificios anejos; ni siquiera se atrevían a profanar el recinto con sus sucios pies.

Patéticamente pequeña y construida al parecer por Josephus, la iglesia tenía unos muros que, debido al desgaste de la madera, se alabeaban en distintas direcciones. La torre, de piedra vista, era algo más impresionante y recia, aunque desde luego Glastonbury nunca había puesto su potencial defensivo en sus murallas. Hasta ahora se había salvado de los ataques simplemente por su carácter sagrado.

Dentro de la iglesia la luz se filtraba por unas angostas oquedades. Las sencillas losetas, instaladas mucho después de que se construyera el edificio, lucían inmaculadas. El altar era muy sencillo, salvo por la cruz de oro que lo presidía. La reducida estancia estaba caldeada por tapices de lana que colgaban de las paredes, y ocultaban sus manchas oscuras. Los hermanos se sentaban en bancos rudimentarios y perfectamente alineados, que en caso necesario podían retirarse para dejar un espacio despejado en el centro.

Los sacerdotes y legos dormían en salas separadas con cocina semiadosada. En todo el enclave reinaba un orden apacible, por el escrupuloso cuidado con que los constructores originales habían diseñado en su día el asentamiento. Como es de suponer, con el paso de los siglos se habían ido añadiendo nuevas estructuras según las necesidades, que habían conferido mayor encanto al recinto de Glastonbury. Alrededor de la sencilla y cautivadora iglesia habían ido surgiendo enfermerías, boticas, establos, forjas, posadas para peregrinos e incluso letrinas.

Sin embargo, la muerte estaba a punto de llegar a este antiguo centro de poder y religiosa piedad.

En aquella tarde fría y despejada, el escándalo que produjeron los bandidos al atacar las dependencias del santuario rugió como el viento que anuncia las tormentas. Aunque los sacerdotes y hermanos que allí vivían solo pudieron huir, dado que su religión les impedía provocar sangre, algunos legos intentaron frenar el avance de seis enérgicos asaltantes. Con todo, dado que estos valientes campesinos no tenían por armas más que sus habituales azadones y sus rastrillos, pronto fueron disuadidos de su acción a golpe de hierro.

En uno de los graneros en que se almacenaba el heno y el grano para el invierno, el fuego estalló, como si de repente hubiera brotado un enorme racimo de flores escarlatas. Las campanas empezaron a doblar en señal de alarma por todo el enclave, mientras un reguero de figuras con humildes ropajes de lana corrían de acá para allá, como hormigas asustadas. Igual que estos insectos, un pequeño grupo de hermanos se afanaban por proteger su iglesia, todo lo que tenían en la vida.

Como cuando comenzó el asalto los religiosos acababan de terminar los rezos vespertinos, el obispo Aethelred pidió a los que estaban con él que defendieran los edificios externos.

—¡Pero, señor —protestó uno de los hermanos— no podemos dejarle solo! ¿Qué haríamos sin usted? ¡Usted es nuestro señor y el corazón de Glastonbury!

—Soy ya viejo, hermano Marco, y es Dios el corazón de Glastonbury. Mi vida no es nada, comparada con uno solo de los edificios de la ciudad de Dios. Dejadme aquí y salvad nuestro santuario. Dios protegerá la iglesia.

Pero los hermanos volvieron pronto a pedirle a Aethelred que se escondiera. Había edificios ya ardiendo y tras los hermanos venían los asaltantes buscando al obispo. El pestilente olor a humo invadía el aire.

Aethelred se levantó de orar, con el cuerpo tembloroso de la tensión. Era muy mayor y tenía una piel apergaminada, casi transparente, que dejaba al descubierto unas venas muy finas por las muñecas, las sienes y la garganta. Era más etéreo que un vilano, aunque cuando hablaba con ese tono firme, cálido y barítono, dejaba a su interlocutor con una impresión muy distinta, de hombre fuerte, sabio y decidido.

—Se os necesita en otro sitio, hijos. Os ruego que salvéis lo que podáis sin arriesgar la vida. Yo estaré a salvo en el altar de nuestro Señor.

Por mucho que insistieron, el obispo no dio su brazo a torcer, hasta que los

hermanos no vieron más salida que cumplir con lo que había mandado. Bajo esa apariencia dulce y venerable, casi caduca, el obispo Aethelred escondía un autoritarismo inflexible.

Los asaltantes se dispersaron para conseguir diversos objetivos. Cinco hombres armados con refulgentes espadas y hachas recorrieron los edificios del enclave como lobos hambrientos, tomando a los religiosos como rehenes que les servían de guía.

Pero un hombre vestido de cuero negro, terrible como el demonio que tanto odiaban los sacerdotes, se dirigió desafiante hacia la iglesia, armado con una pequeña espada de doble filo y un bastón largo y negro con curiosas incrustaciones de fresno y roble. El guerrero de negro marchaba tan decidido que apenas se fijó en los sacerdotes que se escabullían a su paso como gallinas aterrorizadas.

Los cinco guerreros vestidos de marrón salieron de la iglesia, hablaron entre sí apresuradamente, hicieron sus cálculos y empezaron a cavar con sus hachas junto a una tumba cerca del muro del santuario. Trabajaban con eficacia y precisión, como si su violenta incursión en Glastonbury tuviera por objeto desenterrar algo de allí.

Mientras tanto, el jefe perseguía otra meta mucho más terrible, para la que se había preparado con entusiasmo.

En el interior de la iglesia el intruso vio al obispo solo junto al altar. Aethelred, orando y de rodillas, quedaba a merced de aquel extraño implacable.

El obispo se levantó, hizo una genuflexión y se volvió para mirar los ojos impasibles del recién llegado. La maldad que vio en aquella mirada le confirmó lo cerca que estaba de encontrarse con Dios.

—Si tienes que matarme, hijo, hazlo pronto y rápido —dijo el anciano con valentía. En su día había sido campesino, aunque ingresó como sacerdote para comprender los secretos de la lengua latina y para aplacar cierta hambruna que sentía en el estómago. Pasados los años no había perdido la claridad y sencillez con que habla la gente del campo y a aquellas alturas apenas le importaba nada la muerte.

—Vas a morir poco a poco, padre —dijo el guerrero de negro en voz baja asestándole al obispo un golpetazo en la barbilla con el extremo del bastón que le rompió la mandíbula—. Pero vas a morir sin decir una palabra.

Mientras Aethelred intentaba rezar con los dientes destrozados, el guerrero lo siguió golpeando cada vez con más saña, hasta que en estado semiinconsciente el sacerdote cayó a los pies de su asaltante.

—Te… perdono… hijo —farfulló el obispo con la boca inundada de sangre.

—Pero yo a ti no —gruñó el guerrero izando el bastón y dejándolo caer con fuerza mientras trazaba un amplio semicírculo sobre la cabeza del anciano. La sangre brotó al instante y salpicó el paño blanco que cubría el altar. Entonces, con perversa intención, el guerrero se retiró los ropajes y orinó sobre la cruz y los valiosos textos que había en el altar que tenía delante.

Justo cuando el guerrero se disponía a aplastar la cabeza del anciano con el pie, se oyó un chillido penetrante, como de joven desesperada, que lo dejó petrificado. Se

giró de inmediato, escudriñando con mirada viva y maliciosa los tapices y rincones oscuros del templo.

Notó como si algo se escabullera por las losetas del recinto, como el sonido de una rata asustada y se alarmó. Pero allí no había nadie. No se movía nada. Se volvió hacia Aethelred.

Asestó un último golpe al obispo en la cabeza, un golpe sordo y seco. Pero al hacerlo el extremo del bastón chocó con el altar y al guerrero se le resbaló el arma, que desapareció entre las sombras.

Fuera se oían voces cada vez más fuertes, gritos, alaridos y el lejano sonido de los caballos.

El guerrero de negro se alejó del cadáver. Sin perder un momento ni detenerse a recoger el bastón, el asaltante desenvainó su pequeña espada y salió corriendo de la iglesia dirigiéndose hacia las tumbas que rodeaban las murallas.

Quedaba poco tiempo y solo había cumplido la mitad de su tarea.

Un joven sacerdote, oculto tras un enorme tapiz, se encorvó contra la pared y vomitó, sin importarle cómo se estaba poniendo los pies. Cuando salía de su escondite, brotó del cuerpo del obispo un hilillo de sangre en dirección a él, como si de un dedo acusador se tratara.

LA TARDE SE prolongaba y Balyn seguía reflexionando.

Pese a lo obsesivo, terco y apasionado de su carácter, no era tonto del todo. Durante toda su vida había hecho caso de lo que le decía Balan, porque valoraba lo capaz que era su hermano de llegar al fondo de los problemas. Y ahora, perturbado como estaba por lo que ocultaban las engañosas sonrisas de Cadbury, iba dando tumbos por los pasillos de palacio, como si fuera ciego.

El palacio de Artor no era inmenso, pero sí enrevesado, porque había crecido de manera desordenada para cubrir las necesidades que iban surgiendo a medida que la corte del rey se complicaba. Concebido en líneas generales como si fuera una villa con una amplia entrada, que había pasado a ser la Sala de Juicios del monarca, la estructura tenía un atrio que ahora quedaba dividido en habitaciones, a las que se llegaba por largos y angostos pasillos que llevaban a otros pasillos a los que se abrían habitaciones más pequeñas, muchas de ellas oscuras y de escasa ventilación. En la parte trasera, se levantaba una segunda planta a la que se accedía por una escalera de madera. Hasta cierto punto el palacio de Artor resultaba primitivo, carente de la opulencia típica de climas meridionales, aunque los suelos de madera del piso de arriba y las baldosas del de abajo estaban impecables, olían bien y en ellos no se veía ni una brizna de la paja que solían utilizar en tantos hogares celtas para ocultar la porquería y disimular el hedor, sobre todo durante los meses de invierno.

En aquel lugar solo se dominaban los pasillos a base de utilizarlos y explorarlos. Por eso Balyn se sentía completamente perdido. Y tampoco ayudaba su naturaleza,

porque Balyn perdía todo rasgo de racionalidad en cuanto no estaba de humor. Pretendía evadirse de lo que le preocupaba sin tener ni idea de adónde iba.

Por pura casualidad se topó con el rey supremo en uno de aquellos pasillos.

Artor se encontraba expansivo. Había estado viendo cómo se entrenaba con las armas su guardia personal y le había gustado ver la habilidad que demostraban dos de sus guerreros. Uno era un tipo muy alto de unos cuarenta años, llamado Gwydion, como uno de los dioses celtas. Artor se acordaba muy bien de la madre de Gwydion, Olwen, la risueña hija de un campesino. Gwydion tenía el pelo rubio como Olwen y los rizos indomables de Artor. El chico se había convertido en un hombre abierto y cordial, de buen carácter, como su madre. Se casó cuando era muy joven y había tenido un hijo que había entrado también en la guardia.

En el entrenamiento Gwydion tenía por compañero de armas a un chico bastardo mucho más joven que él, llamado Vran, de dieciocho años. El muchacho era moreno, esbelto y musculoso, más bajo que su progenitor, más bien pequeño y pulcro como su madre, Fearn, que al parecer y según los rumores descendía de un esclavo picto. A diferencia de otras mujeres de esta poderosa raza, Fearn era una muchacha elegante y vivaracha, enormemente inteligente, que había seguido teniendo relación de amistad con Artor. De vez en cuando el rey supremo la visitaba en su confortable hogar de Cadbury Town y ella lo recibía como siempre, con alegría, buena charla y afecto entrañable.

Artor sintió un enorme orgullo al ver a aquellos dos guerreros, tan distintos uno de otro, combatiendo hasta llegar a tablas. Aunque Gwydion tenía mayor alcance, no conseguía encontrar resquicio por donde atacar a Vran, que se movía con rapidez e inteligencia de acróbata.

Cuando terminó el asalto, Artor felicitó a los dos hombres, que, ruborizados y agradecidos, se inclinaron en señal de respeto. Artor dio una palmada en la espalda a Gwydion y pasó la mano por la cabeza a Vran, admirado de la devoción que tan sinceramente le mostraban uno y otro con la mirada.

Qué extraño, pensó. Nunca he reconocido abiertamente a mis hijos bastardos y sin embargo qué fieles son. Estoy seguro de que esta guardia daría la vida por defenderme.

—Muchas gracias, señor, por confiar tanto en nosotros —dijo Gwydion en voz baja, cerrando el puño de la mano derecha y manteniéndolo sobre el corazón, como hacían las legiones romanas.

—Habéis proporcionado enorme placer a este anciano, muchachos. Dad recuerdos a vuestras madres y hacedles llegar mi respeto y mi afecto.

Los dos parecían más altos, agradecidos como estaban por estas palabras de Artor. El rey los aceptaba como suyos, y también a sus madres, pese a que nunca llegarían a ser hijos legítimos y no tuvieran esperanza alguna de obtener formalmente grandes dádivas del rey supremo.

Así que cuando Artor se dio de bruces con un Balyn que corría atolondrado por

los pasillos, solo se irritó momentáneamente, porque estaba de demasiado buen humor como para estropearlo.

Retirándose del joven, Artor miró a un Balyn preocupado. El joven no conseguía nunca ocultar sus emociones, por mucho que sonriera. El verlo tan hondamente consternado no auguraba nada bueno para la tranquilidad de ánimo con que venía Artor. El rey más que oír, notó que la figura protectora de Odin el juto se desplazaba sigilosa hasta situarse detrás de él.

Balyn estaba tan embebido en sus pensamientos que habría seguido dando tumbos atolondradamente por el palacio, si Artor no lo hubiera detenido. Agarrándolo del brazo, le obligó a mirarle a la cara.

—No corras tanto, joven Balyn. ¿Dónde vas tan despavorido, como un caballo asustado? ¿A dónde te diriges con tantas prisas y a qué se debe ese ceño tan fruncido que llevas?

Balyn se detuvo y balbuceó algunas palabras para disculparse, rojo como un tomate.

—Estoy enfadado y confundido, señor. Ni te había visto. Ruego me perdones por ir con tanta prisa y de manera tan ineducada.

—Eso no basta, jovencito. Iba a ver a la reina, pero no pasa nada si me retraso un poco. ¿En qué puedo ayudarte?

El chico juntó los ojos, igual que Gallia cuando estaba preocupada por algún problema difícil. El rey sintió que se le contraía el pecho de dolor por esta broma que le gastaba la memoria. No sabía por qué recordaba tantos detalles insignificantes, tantos gestos de su amada, cuando se le escapaban otros muchos rasgos de su rostro. En honor a Gallia, decidió no hacer caso del fogonazo de contrariedad que cruzó por los ojos de su nieto que, enfurruñado, mantenía la mirada fija en el suelo.

—He discutido con mi hermano, señor —contestó Balyn—. No ha sido más que una pelea pasajera, nada que te obligue a renunciar a tus deberes con la reina —Balyn jugueteaba con los pies como los niños cuando se les coge en una mentira. Y se miraba las manos con ojos delatores.

—Vamos a ver, Balyn. Wenhaver puede esperar, pero me parece que tú no.

Con decisión y paciencia Artor consiguió que el chico lo siguiera a sus dependencias privadas, muy consciente de que Odin le lanzaba una mirada de reproche y desaprobación.

Aunque a regañadientes, Balyn dejó que Artor lo condujera a sus espartanas dependencias donde fue casi obligado a sentarse. Mientras el muchacho repasaba con la mirada este santuario, Odin le ofreció una copa de suave vino español. La bebida tenía el mismo tono dorado que las motas que salpicaban el gris de los ojos del invitado.

—Por viejo que sea, muchacho, he visto ya muchas cosas como para no distinguir una pelea entre hermanos de una discusión en toda regla. Dime de qué habéis discutido —Artor habló con el tono enérgico de quien impone autoridad. Pese a que

percibía la afabilidad del monarca, Balyn se puso colorado.

—Te vas a enfadar conmigo —empezó diciendo el joven, pero se calló de inmediato.

—Me enfado con mucha gente, pero cuéntamelo.

—Discutíamos de ti, señor… y de la reina.

Artor se pasó la mano por su melena enmarañada. Balyn tenía menos tacto que un chiquillo. Y al oír aquellas palabras atolondradas se olvidó de la poca prisa que ya tenía. Alzó con la mano la barbilla del chico y por un instante deseó que aquel apuesto joven tuviera la mitad del aplomo que habían demostrado Vran y Gwydion.

—Estás tan confundido y tan preocupado que puedes hacerme las preguntas que quieras. Las contestaré con toda sinceridad, siempre que no tenga que mancillar mi honor. No tengo nada que ocultarte, jovencito.

—Mordred dice que los miembros de tu guardia personal son todos bastardos que tú engendraste —dijo Balyn sin mayor miramiento—. A mí me daba pena la reina y Balan me dijo que me estaba precipitando.

Artor palideció mínimamente y sin darse cuenta dio un pequeño pisotón en el suelo con la bota.

—¿Y? —preguntó Artor arqueando una ceja—. Sé muy bien que ese cotilleo tan tonto no es lo que te ha hecho salir corriendo por los pasillos de palacio, como si fueras un becerro ciego.

Consternado Balyn intentó escabullirse de la incisiva mirada del monarca, pero como tantos otros hombres y mujeres antes que él, no lo consiguió. A Artor no se le escapaba nada.

—Balan me dijo que me mirara en un espejo —dijo calmadamente.

Sus ojos, de mirada igual de intensa que la de la difunta Gallia, no ocultaban su sufrimiento.

En lugar de reconfortarlo o de decirle la verdad, Artor se bebió de un trago la copa de vino.

Odin se la volvió a llenar inmediatamente.

—¿Realmente crees que tú eres hijo bastardo mío? ¿Y que tu madre es mi puta?

A Artor se le veía apesadumbrado, pero no enfadado, algo que tranquilizó a Balyn.

—No exactamente —balbució—. Balan me decía que estaba loco de pensar eso, que era un traidor. Pero ¿qué quieres que haga, si cada vez que me afeito te veo reflejado en el espejo? Todo el mundo sabe que los reyes hasta ahora han engendrado hijos de mujeres aristocráticas. Mordred me ha contado lo que pasaba en mi familia.

—Mordred tiene una lengua viperina, que se la van a cortar dentro de poco —murmuró Artor, levantándose de donde estaba sentado. Miró al apuesto mozalbete y comprobó que tenía los mismos rizos y el mismo tono dorado de piel que él de joven —. A pesar de todo, tienes derecho a saber la historia de tu madre. Y te la voy a contar yo, para que no tengas que hacer ya caso a rumores, ni escuchar más

indirectas. Entiendo tu confusión, Balyn, por eso no me enfado. Sí, mi guardia personal en parte está formada por hijos míos reconocidos, aunque ilegítimos, a los que he decidido no abandonar. La reina no me ha dado herederos y pese a que trabajamos juntos por el bien del reino, yo ya no tengo edad para enamoramientos. Nuestro matrimonio fue pactado, Balyn, y los dos hemos sufrido las consecuencias de estos asuntos de estado. No te voy a mentir. Ninguno hemos sido particularmente felices dentro de la pareja, pero cumplimos con nuestro deber lo mejor que podemos.

Algo aplacado, Balyn tomó un sorbo de vino. Como la explicación del monarca le merecía suficiente credibilidad, poco a poco se le iba pasando el enfado.

—¿Te molesta tanto que el rey se líe con una jovencita de servicio, si siempre cumple con sus deberes como progenitor con los niños nacidos de una noche de placer?

Balyn levantó la vista y negó con la cabeza.

—Y con respecto al parecido que tienes conmigo, no se qué decirte para aplacar tus temores y para que elimines las sospechas que ha sembrado Mordred en tu cabeza. Tu madre, Anna, y yo somos parientes. Parientes muy próximos. Bran, tu hermano mayor, es probablemente mi heredero directo, aunque nunca lo atribularé con esa pesada carga. Hace muchos años yo reconocí privadamente que tu madre era hermana mía, hija de Uter Pandragón, engendrada en su lecho de muerte. La gente en general no sabe que existe este vínculo de sangre, porque Anna se sentiría avergonzada ante cualquier insinuación de ser hija ilegítima.

Balyn estaba con la boca abierta. Se sentía completamente desarmado.

—Mis dos hermanas mayores niegan el parentesco entre Anna y yo por razones personales y por ambición. Tampoco he sido nunca del todo claro con Anna, y por eso ella no sabe con certeza quién fue su verdadero padre. Afortunadamente aceptó que Lord Antor fuera su padrastro y yo me quedé tranquilo, en parte por razones políticas, pero sobre todo porque así quedaba protegida frente a las mentiras que pudieran inventar sinvergüenzas como Mordred. Nunca he hablado de esto en público para no herirla y para preservarla de otros hombres que tenían mucho que ganar simplemente haciéndole un hijo. Como, por otra parte, tu padre, Comac, era hijo de uno de mis mejores amigos, yo sabía que con él Anna y su prole estarían a salvo —Artor sonrió ante un Balyn que lo miraba con ojos abiertos de par en par—. ¿Crees que me equivoqué al protegerla de las ambiciones y las difamaciones de tantos desprejuiciados?

Artor hablaba con claridad y aparentemente sin argucias. Bajo la atenta mirada del monarca, Balyn iba notando que las cosas se le aclaraban y sintió como si se le deshiciera un nudo por dentro. Si Artor hubiera sabido la sinceridad con que el muchacho aceptaba su explicación y la lealtad con la que lo reconocía como cabeza de familia, se habría sentido avergonzado de haberle dicho esas medias verdades con tanta habilidad.

—Siento haber albergado ideas tan aberrantes, mi rey. Me he dejado utilizar y me

he dejado arrastrar por los rumores, cuando habría sido más fácil preguntar sin más para conocer la verdad. He sido un estúpido.

—No, muchacho, lo que eres es joven y los juegos de poder, que es lo habitual en la corte, te pillan de nuevas. Pero ten cuidado con Mordred, porque le gusta hacer correr la idea de que es hijo de Morcadés, y de que ella traicionó a su marido con el hijo pequeño de Luka. A él le viene bien que lo tengan por pariente mío y que lo reconozcan como tal. Puede que por eso esté tardando tanto en regresar a sus territorios, aunque ya me ha llegado por varios conductos que sus súbditos lo echan de menos. Mordred juega a sus cosas. No sé si dice la verdad o no, pero se parece a mi hermana, Morgana, la Vidente. Mordred cree que tiene el mismo derecho al trono que Galván y sus hermanos. Por eso no hay que confiar en él.

—Balan intentó explicarme las razones que tiene Mordred para decir lo que dice, pero yo no lo escuchaba —el pesar asomaba al rostro de Balyn.

Cuando terminaron de beberse la copa que tenía cada uno en la mano, Balyn se levantó y se inclinó respetuosamente ante el rey.

—Apenas sé nada del mundo, pero prometo atender a quienes tienen la cabeza más fría que yo a partir de ahora. Mantendré la boca cerrada sobre esto que me has contado, señor, y juro que no te traicionaré jamás.

—No quiero que viertas tu sangre por mí, muchacho, porque tu madre no me perdonaría nunca. Pero lo que sí te pediría es que pienses antes de actuar. Cuando yo era joven tuve la suerte de tener siempre a Targo, que me enseñó a ejercitar la paciencia y a no tomar decisiones precipitadas de las que me pudiera arrepentir después. Para eso tú tienes a tu hermano gemelo.

Balyn se retiró con la enternecedora impericia de un cachorrillo, después de dar varias veces las gracias al monarca y sin ocultar en la mirada el brillo del héroe apasionado.

Artor siguió sentado en su silla favorita con una pierna en alto, habiendo por lo visto olvidado que tenía que ir a ver a la reina. Mostraba el ceño fruncido de irritación y se sentía un tanto asqueado por las mentiras y medias verdades que seguía manteniendo por obligación.

—Has sido demasiado sincero con ese joven, Artor —le espetó Odin—. El joven es en exceso apasionado y muy poco reflexivo. Vive al filo de una navaja y si se entera, nunca te perdonará que le hayas contado esa pequeña mentira.

Artor hizo caso omiso de las palabras de Odin. Balyn no era más que un ardiente joven apasionado. Sin especial cortesía le dijo a Odin que se callara. Odin obedeció, asiendo fuertemente una pequeña bolsa de cuero que le colgaba del cuello. Dentro de la bolsa Odin palpó las piedrecillas que tenía marcadas con runas. En el mundo había pocas cosas que le amedrentaran, pero la mirada de Balyn era demasiado expresiva y para Odin aquellos ojos eran una premonición. El chico iba de un extremo a otro, entre exultante y desesperado, y Artor no se daba cuenta de que por la fragilidad de Balyn, por sus errores, podría acabar en la ruina.

Durante un tiempo Artor permaneció sentado, mordisqueando una manzana de las que tenía en la alacena, mientras pensaba lo irritante que era su sobrino Mordred.

Como le correspondía en tanto que rey tribal, Artor había recibido a Mordred en audiencia privada en cuanto llegó a Cadbury. Pero ninguno sacó provecho de aquel momento.

Mordred iba exquisitamente ataviado de rojo y negro, una extravagancia que realzaba su porte. Nada más entrar a las dependencias privadas del monarca, pasó revista a la estancia con eficacia notable, registrando minuciosamente todo aquello que pudiera revelarle algo de la personalidad de Artor. Y, por su parte, a cada paso que daba Mordred, Artor no podía evitar compararlo con su peligrosa hermanastra, Morgana la Vidente.

—¿Por qué has venido, Mordred? Indudablemente, puedes quedarte lo que consideres conveniente, pero no acierto a ver los motivos que te han hecho venir desde tan lejos —Artor sonreía a su sobrino con la misma falsedad con que lo hacía el joven.

—Bueno, tío, dado que no nos conocíamos y como he sido coronado de manera tan imprevista al morir el rey, creía conveniente que habláramos. Luka, como sabes, era mi abuelo y a mí me educaron como un brigante —Mordred sonrió—. Realmente me coronaron a mí por la falta de herederos al trono.

»Mi primo murió de una enfermedad de pulmón y sin hijos. Yo tuve la suerte de estar por allí, un forastero, último heredero de Luka, huérfano de padre y madre. Como mi primo estuvo algún tiempo enfermo, el consejo de ancianos gobernaba en nombre del rey, como era costumbre. Y pese a que a ti te parezca que no me ocupo mucho del trono y de mi gente, te aseguro que esos gruñones no se ponen de acuerdo en nada que no sea la acción normal de gobierno. Los jóvenes guerreros me siguen, por eso no temo que me depongan. Pero tengo curiosidad por conocer más a mi abuelo y quiero saber la historia de la familia por parte de madre. Confío en que entiendas mi postura, dado que a ti te educaron de manera parecida.

Realmente habían tenido infancias muy distintas. La madre de Mordred había rechazado al chico por ser un error de cálculo y a su padre lo habían asesinado antes de que el niño tuviera uso de razón. El pequeño fue educado por soldados y tratado como un molesto bastardo, aunque nadie negaba que era de buena cuna. Para el resto de los chicos de su edad no era más que un huérfano desterrado al que hacer bromas.

Artor podía imaginarse la vida de Mordred, marcada por la desesperación, la soledad y las burlas de los demás muchachos, algo que lo había señalado durante años. A Mordred no lo habían querido, lo habían ignorado, rechazado; no había tenido una Frith o un Targo que lo hicieran más humano. Esos aspectos de su carácter que le habían ayudado a sobrevivir durante los estériles años de su juventud habían cimentado también su posición como rey de una tribu guerrera y apasionada, pero no eran unos valores muy deseables; Mordred era ambicioso y de una gélida eficacia. Por un instante Artor se dio cuenta de que el joven Mordred había heredado esta

naturaleza fría y racional de la misma fuente que él. Y en eso, Mordred era el noble que se parecía más al rey supremo.

Y aun así, a Artor no le gustaba y sabía que nunca podría confiar en él. El monarca nunca se había visto llevado por ese nervio de la ambición que conduce a algunos hombres a cometer terribles delitos para cumplir sus más íntimos anhelos. Y eso que había conocido a muchas personas que se veían aquejadas por un exceso de ambición. La ambición había sido el motor vital de Glamdring Ironfist y de Keu, pese a que uno y otro fueran tan distintos y persiguieran metas tan diversas. La ambición había alentado la revuelta de Simnel que provocó la muerte de Luka. Ironías del destino, esa ambición de Simnel es lo que desencadenó que Mordred fuera elevado a la posición de rey de los brigantes.

¿Qué más podía pedir Mordred? ¿Acaso tenía la mirada puesta en el trono de Artor?

Artor decidió no perder de vista a Mordred.

Ahora se puso de mejor humor al pensar en los gemelos. Quizá fueran una bendición. Si uno de ellos se convirtiera en su heredero, las esperanzas de Mordred quedarían abortadas. Balyn y Balan eran expertos guerreros, y lo más importante de todo, todavía eran jóvenes.

DOS DÍAS MÁS tarde, con el cielo cubierto de nubes negras amenazando lluvia, vieron llegar por el norte a unos jinetes. Cuando se aproximaron a los huertos que había un poco más allá de Cadbury Tor, la guardia dio la alarma.

Las campanas empezaron a repicar por toda la fortaleza.

Acompañado de su guardia, Artor salió a caballo hasta la primera muralla para recibir a los jinetes que subían ya rendidos por la colina. Los cinco hombres habían salido de Glastonbury a paso ligero y así habían cabalgado hasta Cadbury. El jinete más inexperto del grupo era un sacerdote tonsurado, que venía con el hábito manchado de sangre y apenas cubierto con un manto harapiento. El hombre llegaba agotado, semiinconsciente, tumbado sobre el cuello de un caballo tembloroso, que se tambaleó cuando pararon. La bestia tenía el pecho y la cruz cubiertos de sudor ensangrentado.

—¿Quién interrumpe la paz del rey supremo? —preguntó Percival, ya equipado con un traje de campaña que se había puesto a toda prisa.

Los cuatro hombres desmontaron de sus cabalgaduras para hacer una pronunciada reverencia ante el rey; el sacerdote no pudo moverse y siguió medio inconsciente sobre el cuello del caballo. Percival le ayudó a bajarse y a mantenerse en pie, porque le temblaban mucho las piernas.

El líder de los guerreros se dirigió a Artor.

—Me llamo Ked, señor. Soy vasallo de Glyndwr de Lloegyr y vengo a informaros de las actividades de jutos y sajones por el este. Hace dos noches vimos distintos

fuegos en lontananza. A la mañana siguiente fuimos a Glastonbury y comprobamos que el recinto había sido atacado y que habían prendido fuego a los edificios.

Artor cerró el puño. Glastonbury estaba bajo su protección personal. Si la asaltaban, estaban atacando directamente a la corona.

—¿Y qué más? —dijo mirando al exhausto sacerdote—. El tema me resulta grave y urgente. Este sacerdote ha cabalgado demasiado, sobre todo sin estar acostumbrado a manejar las riendas.

—El obispo de Glastonbury ha sido asesinado —respondió Ked con serenidad—. Lo mataron junto al altar.

Uno de los hombres de Ked mostró un bastón de mando, parecido a los que utilizaban los druidas. La talla que decoraba ambos extremos lucía restos secos de pelo, sangre y despojos humanos.

Artor lanzó una exclamación al ver aquello. Pero Gruffydd cogió el bastón de la mano de Ked y lo examinó minuciosamente.

—En el ataque murieron otros cinco sacerdotes, pero los mataron con dagas y espadas cuando intentaban apagar las llamas —siguió Ked—. El altar fue profanado con orina, lo mismo que los códices sagrados que se guardaban en el templo. Y lo que es peor, la tumba de Lucius, el obispo anterior, también fue profanada; incluso intentaron robar su calavera —Ked se estremeció asqueado al recordar la escena.

—¿Cuántos eran los que atacaron la sagrada Glastonbury, Ked? Imagino que sabrás interpretar las huellas, porque eres guerrero y hombre de campo.

—Sí, mi señor, pude seguirles el rastro con facilidad. El grupo que atacó el recinto sagrado eran seis, pero solo uno iba a caballo. Los demás iban a pie, aunque robaron dos caballos para escapar con más rapidez.

—O sea que viven cerca de la comunidad de sacerdotes. Los que iban a pie no creo que anduvieran mucho, sobre todo si querían asaltar el recinto a última hora.

Ked asintió con la cabeza.

—Por el rastro, estaba claro. Se dirigían al norte; por eso preferimos venir para dar cuenta del ataque, en vez de perseguirlos.

—Os doy las gracias. Vuestro señor contará siempre con nuestra ayuda, en caso de que se vea en peligro. Y ahora, descansad, porque mañana salimos para Glastonbury para averiguar lo que podamos sobre esta cobardía.

Mientras los hombres de Glyndwr eran conducidos a sus dependencias y los mozos buscaban establo para los caballos, Artor regresó a su ciudadela. El lucido ruano que montaba emprendió una cabalgada impaciente, pero fue obligado a detener su entusiasmo con un enérgico tirón de rienda. A Artor le dolía haber perdido a Coal y al hijo de éste, pero lamentablemente el tiempo pasaba para todos.

Cuando dejó el ruano en manos de los mozos de cuadra para dirigirse a sus dependencias, el monarca se sentía abrumado.

—Lord Artor, ¿concederás un minuto a un viejo sirviente? —preguntó Gruffydd, exhausto, intentando seguir de cerca las largas zancadas del rey.

—Por supuesto, Gruffydd. Y convoca también a Galván, Galahad, Bedwyr y los gemelos. Necesito debatir esto con mentes frescas más que acatar el consejo de los ancianos.

—¿De ancianos como yo, señor? —preguntó Gruffydd al instante, sin que su sonrisa lograra ocultar el punto vulnerable que escondía su mirada.

—Nunca te he considerado un viejo, Gruffydd —respondió Artor sonriendo a su jefe de espías—. Eres demasiado astuto. Esta cuestión pondrá a prueba a los jóvenes. Balyn y Balan son fuertes, lo sé, pero ¿serán ágiles y flexibles en sus argumentos? ¿Y Galahad? ¿Será ese dechado de virtudes que dicen que es o un hipócrita, como lo describen sus enemigos? Sea como sea, así conoceré mejor a mis jóvenes guerreros —Artor sonrió abiertamente—. Puedes invitar también al hijo de Niniana. Ya sé que no es un guerrero, pero quizá haya heredado de Myrddion algo más que la oratoria y la destreza instrumental.

—Vivo para servirte, señor —contestó Gruffydd con una sonrisa impertinente que iluminó por un instante su rostro curtido.

—¡Viejo pelota! —dijo Artor con tono cariñoso.

«Cómo vamos envejeciendo, —pensó Artor observando a Gruffydd, que se retiraba renqueando con esos pies tan hinchados—. ¿Y los que vienen detrás? ¿Dónde se posicionarán? ¿Por qué estarán dispuestos a morir?»

Al cabo de una hora Artor revisaba con la mirada su espartana habitación, la misma que en otro tiempo se llenaba con las carcajadas del alegre Llanwith, sentado allí, con las botas manchadas de barro sobre la mesa, inundando el espacio de alegría. Myrddion solía estar de pie en aquel rincón, pensativo, intentando buscar soluciones a los problemas que preocupaban al rey con la agilidad mental que lo caracterizaba. Y Luka, tan impulsivo, también él había estado allí y en momentos de frustración había golpeado la mesa con la empuñadura de su daga, dejando unas marcas sobre la madera que aún se podían ver. Y Targo, el honrado Targo, se sentaba a su derecha, recordándole que en los combates uno siempre tiene que procurarse cierta ventaja.

«Quizá fuera mejor, —pensaba Artor—, que yo también hubiera muerto, descansando junto a mis queridos fantasmas.»

En la mente de Artor flotaba el rostro sonriente de Llanwith. En su cabeza aún resonaba el eco de aquellas palabras que le repetía una y otra vez, hace tanto tiempo, cuando solo tenía doce años:

—¡A ver cómo eres de rápido, chico!

—¡Lo suficiente!

Artor reflexionaba esbozando una ligera sonrisa. ¿Cómo se atrevería a contestar a Llanwith con tal descaro?

Sí, con los años había demostrado ser suficientemente rápido y fuerte para superar casi cualquier obstáculo, salvo el de la soledad. Llanwith había muerto hacía veinte años de un derrame cerebral que le provocó una hemorragia incontenible; sangraba por las orejas, la nariz y los ojos. A Llanwith lo había sustituido primero un hijo, y

luego otro, pero ninguno de aquellos mocetones había heredado su enorme fortaleza. Solo Comac, el pequeño, había sobrevivido; se casó con Licia, tuvo hijos y consiguió mantener unida la tribu de los ordovicos. Pero también él había muerto de manera trágica antes de llegar a viejo.

Ahora ocupaba su lugar Bran, su primogénito, y todo indicaba que entre los ordovicos la línea sucesoria iba a continuar durante generaciones. Artor sonreía sumido en la nostalgia. ¿Qué habría dicho su viejo amigo al ver que el nieto de Artor iba a gobernar la tribu de los ordovicos?

—¡Se habría reído a carcajadas durante un buen rato! —dijo Artor en voz alta, solo como estaba en medio de aquella habitación, con la confianza de que su amigo estuviera viéndolo desde algún sitio.

Ajenos al pesimismo en que se sumía el monarca, los jóvenes guerreros entraron en la estancia, un tanto sobrecogidos por transgredir aquel lugar sagrado, y sorprendidos por la falta de lujo y ostentación que allí se respiraba.

—Soy de gustos sencillos, jovencitos —explicó Artor, mientras Odin rellenaba unos sencillos vasos de campaña con hidromiel, cerveza y vino—. No tengo paciencia para andar con fuentes de oro o telas delicadas, porque con eso lo único que conseguiría es aletargarme y distraerme de lo que realmente conviene a la causa. Al final, si queremos ganar las batallas que se nos avecinan, todos tenemos que estar dispuestos a ceder nuestras posesiones —se volvió a su jefe de espías—. Veo que has traído el bastón que utilizaron para atacar a Aethelred, y eres experto en druidas. ¿Qué puedes decirnos?

Gruffydd negó con la cabeza.

—Los druidas no intervinieron para nada; no fueron ellos los que hicieron este bastón, mi señor. He servido a los ancianos toda mi vida, por eso conozco y entiendo sus símbolos. Y por eso también no dudo en decir que este objeto es falso y no tiene nada que ver con sus rituales.

—¿Cómo es eso? —preguntó Balan prudentemente—. ¡Parece auténtico!

—Sólo para el ojo inexperto. La talla es muy burda y no revela ningún signo que lo haga relevante para la antigua religión. Por ejemplo, este rostro impúdico donde se apoya la mano es un sátiro, o sea, un símbolo romano. Y además, la talla la han hecho mucho después que el bastón, ¿no ves? La madera está más limpia y tiene distinta textura. Es más, es una madera distinta.

—Los druidas están en decadencia —interrumpió Galahad—. Desde que los romanos los exterminaron en la isla de Mona, apenas quedan druidas. ¿No será que este asalto está enmascarando una rebelión de druidas contra el cristianismo por los errores cometidos?

Los prejuicios de Galahad eran evidentes. Galván se revolvió en su asiento, pensando en cómo se sentirían con aquellas afirmaciones quienes aún eran fieles a los antiguos ritos.

—Los druidas eran maestros, legisladores, sanadores e intelectuales —intervino

Bedwyr aparentemente tranquilo, aunque a Artor no se le escapó el sentimiento de desaprobación que ocultaban sus palabras—. No van a haber caído tan bajo, ni a ser tan estúpidos como para asesinar al obispo de Glastonbury, un hombre que vive bajo la protección del rey supremo de los britones. Y todo el mundo sabe que nuestro rey tolera la existencia de múltiples religiones.

De joven Bedwyr seguía las normas del cristianismo, pero ahora era pagano. ¿Qué religión practicaba? Pocos se atrevían a preguntarle al Cuchillo de Arden por otras lealtades que no fueran la de su completa fidelidad al rey supremo.

—Mucha de mi gente aún se aferra a las antiguas costumbres, aunque el cristianismo se ha empezado a extender por Arden —añadió—. Pero como haría cualquier persona sensata, de boquilla respetan ambas religiones.

Galahad hizo una mueca de desprecio.

—¿Para qué puede querer alguien llevarse la calavera del obispo Lucius? —preguntó Balan, yendo al meollo del asunto—. No debía ser muy importante, porque yo nunca había oído hablar de él.

—La profanación va contra mí —afirmó Artor con autoridad—. Lucius asistió a mi coronación y me salvó la vida cuando era un niño, enviándome a Villa Poppinidii para que me criara Lord Antor. Lucius era un hombre de racionalidad romana y fe cristiana, una combinación extraña y sumamente valiosa. Puede que quisieran utilizar su calavera en algún tipo de ritual para conseguir que salga de Cadbury.

—¿Y por qué ibas a abandonar la seguridad de tu fortaleza? —preguntó Balyn.

—Porque tiene que hacerlo, mi señor —contestó Taliesin—. El asesino considera que Lucius es responsable de sus males, reales o imaginarios, males que piensa agravados bajo el reinado de Artor. Si Artor no atiende a esta provocación, estará demostrando a sus enemigos que pretende quedarse refugiado con sus guerreros sin salir de sus fronteras hasta que los sajones destruyan todos los reinos del oeste.

—Gracias, Taliesin —respondió Artor—. Hablas, como tu padre, con claridad y absoluta franqueza. Lo que más me conviene es quedarme aquí, tranquilamente, junto a la chimenea. Pero no es ese mi destino. La bruja de mi hermana, Morgana, ya me vaticinó hace años lo que iba a pasar —sonrió sardónicamente mirando a Galván y a Galahad—. Y os presento mis disculpas a los dos por hablar así de vuestra tía.

—No nos ofendes, Artor —contestó Galván—. Siempre ha sido una mujer venenosa.

—Sí —convino Galahad—. Es pagana y sus maleficios son obra del diablo.

—Entonces, ¿quiénes son nuestros enemigos? —preguntó Artor al grupo de los allí reunidos—. ¿Y dónde están?

—Puede que el sacerdote sepa algo —sugirió Balyn—. Tiene que haber tenido buenas razones para venir aquí con esa urgencia y en tan malas condiciones. ¿Se le ha preguntado algo ya?

Artor se echó a reír y poco a poco se le fue uniendo algún otro soldado.

Balyn se puso colorado como un tomate.

—Bien hecho, Balyn. No cabe duda de que la reina Anna ha criado dos hijos bien valiosos. Mientras los demás estábamos especulando sin más, tú has hecho la pregunta más certera.

Balyn enrojeció aun más.

Artor se volvió a su ayudante.

—Vete a buscar al sacerdote, Odin. Y procura no amedrentarlo del todo.

—Estás de broma, señor —dijo Odin con tono de reproche mientras salía.

—Pues, si hasta a mí, que lo conozco desde hace años, me deja completamente sin habla… —dijo Bedwyr con tono jocoso.

Como el sacerdote había tenido tiempo de lavarse la cara, de sacudirse el polvo del hábito y de tomar algo antes de presentarse, un tanto tambaleante, en las dependencias reales, había recobrado algo de color en el rostro y se sostenía un poco más derecho. Era un muchacho estilizado, de manos blancas y delgadas, sin callosidades y bien cuidadas, salvo por la hinchazón que le habían producido las riendas en ambas palmas. Viendo el daño que habían sufrido aquellas manos tan tiernas, Artor se dio cuenta de que el sacerdote nunca había realizado tareas con el arado ni había cavado las huertas de Glastonbury.

—¿Cómo te llamas, hermano? —preguntó Artor.

El joven que se alabeaba como un sauce, no paraba de mover los pies, ni podía evitar el tic que afectaba a su mandíbula.

—Me llamo Eldric, señor —respondió con un hilo de voz—. Pero en el convento me conocen como hermano Petrus.

—Ven, hermano Petrus. Y no temas, que aquí no hay espada ni garrote —le dijo Artor—. ¿Cuáles son tus tareas en Glastonbury?

—Soy escriba, mi señor. Me dedico a copiar y reparar antiguos manuscritos para gloria de la madre Iglesia. Glastonbury se ha convertido en un centro de erudición, además de ser lugar de devoción.

Artor se tocó la barbilla, advirtiendo lo descuidada que tenía la barba, y se prometió que en cuanto pudiera iba a darse un buen baño y a afeitarse con su mejor cuchilla. Este lampiño mozalbete le hacía sentirse caduco y abandonado.

—¿Estabas presente cuando mataron a tu obispo? Si así fuera, te ruego que me cuentes todo lo que viste y oíste. Habla sin miedo.

El hermano Petrus empezó a frotarse las manos nerviosamente, sin preocuparse aparentemente del dolor que le debían estar provocando las heridas y los moratones que tenía. El recuerdo del horror pareció desfigurarle el rostro. Se le veía realmente angustiado. Taliesin sabía que este muchacho, pálido y retraído, no quería contar lo que había vivido en la iglesia de Glastonbury, porque contarlo no le iba a dejar en buen lugar.

—Era cerca del anochecer, cuando llegaron al monasterio, y justo entonces acabábamos de terminar nuestros rezos vespertinos. Lo primero que notamos fue el olor a humo. Si no se hubieran detenido para prender fuego al granero de heno, nos

habrían cogido a todos dentro de la abadía como conejos.

—¿Y por qué fueron tan tontos los asaltantes? —preguntó Taliesin en voz baja sin dirigirse a nadie en particular—. Todos saben a que hora son los rezos vespertinos en las iglesias cristianas. Y, además, ¿qué pretendían los atacantes prendiendo fuego a edificios que no encierran especial valor?

El hermano Petrus no sabía si tenía que contestar a estas preguntas.

—El obispo ordenó a los hermanos que salieran rápido para apagar los fuegos —dijo—. Yo me quedé atrás, con Aethelred, que era viejo y frágil.

—¿Cuántos hermanos se quedaron con Aethelred? —preguntó Taliesin.

—Nadie se quedó con el obispo. ¿Por qué lo preguntas?

—Estoy simplemente intentando reproducir lo que ocurrió en el ataque —contestó Taliesin de manera inocente. Para Taliesin, Petrus o bien era un cobarde que no había querido ir a apagar los fuegos o, por el contrario, era un joven responsable que había querido quedarse para proteger al obispo.

—Hubo varios hermanos que regresaron para decirle al obispo que el enclave estaba siendo atacado. Y de nuevo le pidieron que saliera con ellos para refugiarse en algún lugar seguro, pero el obispo se negó. Aethelred ordenó a los hermanos que intentaran apagar los fuegos, siempre que no arriesgaran su vida, y les aseguró que Dios ya lo protegería —el joven sacerdote reprodujo estas palabras como escupiéndolas, haciendo un gesto desagradable con la boca. Al ver que los guerreros se sorprendían de cómo había hablado, el muchacho se puso todo colorado y retiró la mirada, muerto de vergüenza.

Irritado, Artor carraspeó y Petrus siguió con su relato.

—Como oía los violentos golpes que estaban dando fuera, intenté convencer al obispo para que abandonara el altar y buscara otro lugar más seguro. Por mucho que insistí, a él no le pareció bien y permaneció junto al sacramento. Cuando el guerrero de negro entró en la iglesia, intenté interponerme entre el obispo y aquel desalmado, pero iba armado y yo no podía defenderme. Aethelred siguió con sus oraciones, como si nada.

Artor no entendía por qué Petrus no había arrastrado al obispo a un lugar seguro, incluso contra su voluntad. Habría sido perfectamente capaz de hacerlo. Artor torció el gesto. Sospechaba que este joven sacerdote de rostro avinagrado había dejado morir a su frágil maestro.

—Parece que los asaltantes solo buscaban la muerte de Aethelred —afirmó Artor muy serio— porque tú no has sufrido grandes daños. ¿Qué pasó con los hermanos que se fueron de la iglesia?

—Se dispersaron para apagar los incendios o intentaron defender la iglesia de aquellos villanos —dijo nervioso y como entre susurros el hermano Petrus—. Creí que los iban a matar, pero, al ver los fuegos llegaron más hermanos que estaban en los campos. Los asaltantes al final tuvieron que salir de estampida.

—¿Y tú? ¿Abandonaste la iglesia? —preguntó Artor impaciente—. ¿Qué es lo

que viste realmente? ¡Y sé preciso! No me interesa saber qué es lo que hiciste, ni si te escondiste para salvar el pellejo. Hombres mucho más nobles que tú han visto conveniente huir cuando el enemigo los superaba en número. Así que, dime, sin florituras, qué es lo que viste exactamente.

El hermano Petrus fijó la mirada en Artor, con ojos suplicantes y le temblaba la mandíbula. Como tantos incompetentes, no quería enfrentarse a sus propios defectos. Pero el gesto adusto de Artor no le ayudó demasiado y bajó la vista.

—Vi morir a mi obispo vergonzosamente escondido detrás de las cortinas del altar.

—Descríbenos qué es lo que viste, Petrus —dijo Taliesin con tono educado—. Nadie te va a culpar de lo que hiciste, porque así tenemos un testigo directo del asesinato. Lo único que pedimos es que nos ayudes a identificar a la mala bestia que cometió tal atrocidad.

La amabilidad con que hablaba Taliesin tuvo sus frutos. El muchacho habló con mayor detalle.

—Había seis hombres. Cinco estaban al servicio del líder, que iba de negro. Los hombres llevaban jubones de piel con placas de hierro y unos cascos que no lucían emblema o símbolo alguno. Parecían más simples villanos que guerreros, aunque llevaban dagas y garrotes. El líder les ordenó que salieran del templo y oí que cavaban algo fuera. —Se detuvo un momento, como para recopilar más detalles.

—El que iba de negro era muy distinto. No era alto, pero tenía un cuerpo fornido y recio. Llevaba muchas armas. Lo vi perfectamente cuando pasó a mi lado. Iba vestido con una túnica negra, recogida en la cadera con un cinturón de plata del que colgaban pequeñas calaveras. Se protegía el pecho con una especie de casaca de cuero negro con incrustaciones de hierro, y llevaba un casco que terminaba en un penacho de crin de caballo. Como llevaba la capucha puesta, no le pude ver la cara.

—¿Y? —preguntó Galván impaciente.

Artor fulminó a su sobrino con la mirada, al ver que Petrus esquivaba al príncipe de los otadinos.

—Mató al obispo a palos, con el bastón, ese que está ahí —Petrus señaló al bastón que Gruffydd tenía en la mano—. El líder golpeó al obispo hasta que le rompió la cabeza, como si fuera un huevo. Pero como en un momento dado perdió el bastón, que se le había enganchado en el altar, hubo de huir sin él. Tuve que sujetarme la boca para no gritar de espanto.

—¿Viste algo más? —dijo Artor con voz ronca, asqueado por el relato.

—El hombre tenía las manos y el cuello tatuados; lo vi cuando se abrió la túnica. Y tenía más por los brazos, en el espacio que queda entre las mangas y los guantes. Cerca de las muñecas los tatuajes tenían forma de serpientes y monstruos extraños. El hombre era un pervertido y maldijo el altar en la antigua lengua, con palabras que no entendí. Pero sí reconocí la lengua. Y después orinó sobre el altar.

El joven sentía náuseas y habría vomitado allí mismo, pero Taliesin le obligó a

beber un buen trago de vino de la copa que apenas podía sostener entre las manos. Recobró un poco el color y continuó.

—Cuando el guerrero de negro salió del templo, intenté ver qué hacía por una de las ventanitas. Sus secuaces habían abierto la tumba del obispo Lucius y el hombre de negro estaba revolviendo los huesos para coger algo que no vi bien. Entonces llegaron nuestros hermanos y los atacantes huyeron. El líder se fue a lomos de un caballo negro.

El joven sacerdote se santiguó para ahuyentar al demonio. De manera palpable el calor de la sala pareció disiparse en medio de un halo de superstición. Petrus se echó a llorar, con el ceño fruncido, como un niño.

—¡No quiero volver a Glastonbury! ¡Por favor, os lo ruego, no me hagáis regresar a ese monasterio, señor, porque el demonio ha estado allí… y creo que no se ha ido! ¡No olvidaré mientras viva el sonido de ese bastón abriéndole la cabeza a mi obispo!

Artor observó la figura temblorosa del sacerdote, que se mordía el labio inferior, con gesto aterrorizado. Artor sintió una mezcla de pena y desprecio ante aquel joven afeminado.

—Puedes irte al sur, al monasterio de Venta Belgarum, si así lo deseas. Os corresponde a ti y a tu iglesia decidir qué quieres hacer con la vida que tu dios te ha obsequiado.

Con decisión, Artor se volvió hacia sus guerreros olvidándose de todo lo que concerniera a Petrus. Odin señaló la puerta con la cabeza y el joven sacerdote salió de la sala.

—No debemos mezclar la superstición con el análisis que hagamos de estas atrocidades —dijo Artor con autoridad—. Hay alguien que ha cometido estos hechos execrables. Un asesino terminó con la vida del obispo de Glastonbury y Gruffydd ya ha dicho que no parece que fuera un druida. El asesino no actúa como ningún druida que yo haya conocido a lo largo de los años, pero sea lo que sea, va a responder ante mí de sus atrocidades. Los días claros, se ve la torre de Glastonbury Tor desde nuestra fortaleza. Este guerrero de negro ha ido demasiado lejos, se ha acercado demasiado a mi territorio. Salgo para Glastonbury al amanecer.

—Me gustaría ir contigo, señor —dijeron uno a uno los cortesanos.

Y hasta Taliesin asintió con la cabeza.

Artor se sintió satisfecho al ver su arrojo. Había una nueva generación, dispuesta a probarse en un asunto que mezclaba venganza, crueldad y muerte. ¿Quién sabe qué se escondía detrás de esas caras ardientes que lo observaban con tanto entusiasmo?

Galván sintió un extraño estremecimiento por la espalda. ¿Tendría algo que ver ese guerrero vestido de negro con la aventura sexual que tuvo al venir a Cadbury? ¡No era posible! Pero se acordó de que Gronw, el criado de Miryll, tenía los brazos tatuados. Por más que Gronw era un ser empalagoso, servil, apenas capaz de cometer un asesinato tan fiero y brutal como el que les habían narrado. No, seguro que Gronw no era el asesino. Galván decidió olvidarse de una idea tan desagradable.

Por su parte, Galahad sentía que le inundaba un sentimiento de ira. Para él, su propósito en la vida era sojuzgar a los paganos que ponían sus sucias manos sobre la Iglesia. Y, a medida que este sentimiento de lo que era su deber crecía en su pecho, más se acordaba de los tatuajes que había visto en Salinae la Menor, en el cuerpo de Gronw. El joven intentaba captar la mirada de su padre, pero Galván lo evitaba pretendidamente, llegando incluso a darle la espalda.

Cada uno de los hombres que estaban reunidos con Artor intentaba examinar el viaje a Glastonbury a la luz de su propia naturaleza, de sus miedos y ambiciones, salvo uno.

Con la mirada fija en el suelo, Taliesin se mordía el labio inferior. Lo que se decía del cáliz maldito eran simples rumores, o mera pesadilla de su madre… pero entonces, ¿por qué temía que el asesinato de Glastonbury fuera la primera señal que anunciaba la maligna presencia de su poder?

Cuando al final se fue a dormir a los establos, una copa manchada de sangre inundó sus sueños con imágenes angustiosas.

CAPÍTULO VII

EL GUERRERO DE NEGRO

AUNQUE LA EXPEDICIÓN a Glastonbury fue breve, resultó agotadora, pese a que no tuvieron incidente alguno. Los guerreros salieron con las primeras luces, pero Artor marcó un paso endemoniado que terminó por agotar incluso a los gemelos. Todos se sentían doloridos cuando a media tarde divisaron las verdes praderas.

La travesía a caballo había sido más complicada, porque Artor quiso que todos llevaran el uniforme de batalla completo, lo cual implicaba que los jinetes fueran provistos de escudos, protección de hombros, manoplas y grebas para las piernas. Y como los que marchaban eran nobles, las protecciones estaban hechas de hierro repujado o de piel recubierta de placas de hierro. En todo caso, jinetes y caballos acarreaban un peso desacostumbrado.

Los animales de carga llevaban el equipamiento y las armas necesarias para mantener una campaña ecuestre. Cada guerrero necesitaba al menos una lanza, una espada y un hacha como panoplia básica. Aunque seguía haciendo fresco, los guerreros no podían evitar el sudor y la incomodidad que les provocaban los escudos. La comitiva de suministros, acostumbrada ya a estas rápidas incursiones a caballo que emprendía Artor siempre que los sajones se aventuraban a salir de sus fronteras, ocupó su lugar, a la cola de la fuerza de caballería, para vigilar la caravana.

Artor, Galván y Odin, consumados jinetes los tres, miraban con complacencia a los jóvenes que iban con ellos. Con la espalda dolorida, los brazos caídos y los músculos agarrotados, seguro que pasarían mala noche. Pese a lo entrenados y preparados que estaban, estos jóvenes no habían participado en ninguna de estas rápidas incursiones del monarca y no sabían cómo eran. Pero pronto iban a aprender.

De todos ellos, el único que iba sentado tranquilamente en su montura era Taliesin. Como no le interesaba entrar en combate, había preferido no enfundarse la armadura habitual, en favor de una chaqueta de piel de vaca y unos pantalones de cuero. Llevaba la cabeza protegida con el casco de su padre, una pieza de brillante hierro azulado, que supuestamente había caído del cielo. El metal era particularmente resistente, aunque pesaba mucho menos que los de hierro normal. Para protegerse las manos Taliesin llevaba guantes suaves y flexibles, como sus botas. Bajo el casco una melena de cabellos trenzados le servía de almohadillado. Ahora que el pelo no le caía

por la cara destacaban más sus impresionantes ojos, típicos de la gente del norte, y los rasgos faciales que lucía al descubierto recordaban intensamente a los de su padre, Myrddion Merlín.

—Este valle pertenece a Glastonbury —dijo Artor señalando con su arma los ricos territorios que se extendían ante los exhaustos ojos de sus guerreros. La tenue luz del atardecer se reflejaba en las acequias, los pequeños arroyuelos y los terrenos pantanosos que formaban grandes paños plateados. Pese a la violencia que se había vivido justo aquí hacía unos días, Glastonbury parecía dormitar, sumida en la belleza de una tarde de primavera, mecida por el dulce zumbido de las abejas, el aroma de la nueva vida y el intenso olor a tierra recién arada.

—Cadbury, desde luego, es bonito, pero Glastonbury es como un pequeño fragmento de paraíso —dijo Balan con pasión juvenil—. Aquí todas las plantas crecen muchísimo y hasta parece que el ganado es más prolífico que en los demás lugares que conozco de la región occidental.

—Profanar esta paz es asestar un golpe al corazón de la fe cristiana —bufaba Galahad. Sus almendrados ojos estaban embarrados de furia.

—¡Ay, Glastonbury! —expresó Galván recordando viejos tiempos—. ¡Qué tonterías hice yo aquí una vez!, ¿verdad, Artor? Ese día me salvó no ser tan alto. Debió parecer ridículo, yo saltando para intentar cogerle la espada a Uter, una espada a la que claramente no llegaba.

—Te equivocas, sobrino —respondió Artor de buen humor—. El destino quiso librarte del peso de la espada y la corona, así que debes estar agradecido por lo que te pasó.

—Créeme, Artor, lo estoy —dijo Galván con honestidad y buen tono—. No resulta demasiado halagüeño verse atrapado entre las ambiciones de mi madre, de mi padre y de mi tía, desde luego.

Mientras los guerreros iban de un lado para otro sobre sus monturas entre los pequeños brotes de las cosechas recién plantadas, que ya empezaban a despuntar, los hermanos que trabajaban los campos dejaban lo que estaban haciendo para saludarlos con la mano.

—No cabe duda de que en Glastonbury Dios está con los que trabajan la tierra —murmuró Galahad.

—Aquí, hijo, cada uno aporta lo que sabe —dijo Galván. Le atribulaba pensar que el caprichoso de su hijo abandonara las armas para hacerse con un azadón.

Enseguida divisaron algunos de los edificios que habían ardido. Los muros habían quedado arrasados, reducidos a los propios cimientos de piedra ennegrecida, profanados; parecían obscenas cicatrices abiertas en aquella tranquilidad.

Un grupo de sacerdotes y hermanos legos se acercaron a recibir al retén real. Pese a las caras frescas y saludables que tenían, ninguno sonreía y mantenían la mirada gacha. Solo algunos levantaron la vista para ver a sus visitantes, aunque en todos se percibía una cierta tensión al hacer la debida reverencia. Sorprendido de no recibir la

bienvenida que esperaba, Artor buscó la cara de alguien que le resultara conocido entre quienes estaban más próximos.

—Hermano Simón, o Simeón. ¿Sigues desafiando al tiempo?

Un anciano artrítico, con las articulaciones hinchadas, vestido con una sencilla túnica de lana, dio un paso al frente y se inclinó ante el rey. Y cuando levantó la vista para mirar torpemente al monarca, se le iluminaron los ojos.

El tiempo no había tratado bien al viejo judío. Ahora tenía la barba y el pelo —esos escasos mechones que le quedaban alrededor de la tonsura— completamente blancos. En su día fue de estatura mediana, delgado como un hilo, pero ahora estaba encorvado por la enfermedad y no era difícil adivinar que le dolían las caderas. Las manos, aquellas manos diestras y artísticas que habían forjado la belleza de Excalibur y la corona de dragón, las tenía ocultas, dentro de la túnica.

—¿Sigues usando la espada y la daga, señor? —preguntó el anciano con voz ronca.

—Sí, hermano Simón —contestó Artor devolviéndole una sonrisa—. Mis armas se conservan tan jóvenes como en su día fuimos tú y yo.

Los gemelos miraban el austero rostro del clérigo y las empuñaduras de las armas de Artor. ¿Acaso este judío esquelético era el herrero que había forjado Excalibur, la legendaria espada que el rey Artor blandía en las grandes batallas contra las hordas sajonas?

—Me halaga oírtelo, señor. Esas espadas fueron las últimas piezas realmente buenas que terminé. Ahora ya no hago nada —sacó entonces las manos de la túnica, artríticas, retorcidas, y Artor sintió un hondo dolor, al ver hasta qué punto había lacerado la fragilidad física aquel talento prodigioso.

—Pero no te aflijas porque haya perdido mis antiguas habilidades, señor, ya que tengo dos aprendices estupendos que se afanan por aprender el oficio. Cada uno debe servir lo mejor que pueda y como mejor pueda; y yo la mayoría de los días me encuentro satisfecho.

—¿Dónde está tu obispo? —preguntó Artor—. ¿Habéis nombrado a alguien para que ocupe el puesto de Aethelred? —Artor recorrió el grupo de clérigos con la mirada, todos vestidos igual y con las manos metidas en las amplias mangas de la túnica.

Un hombre recio, de pelo negro, dio un paso al frente. Artor vio que llevaba la tonsura aria, no la romana, y que demostraba la confianza de los guerreros celtas. Los rasgos de la cara, despierta e inteligente, no delataban su origen, pero por los brazos se podía saber que procedía del este.

—Yo haré las veces de obispo, hasta que se produzca un nuevo nombramiento en Venta Belgarum. Me llamo Mark.

—¿Habéis enterrado ya a vuestro obispo, Mark?

—Estábamos esperando que llegarais, mi señor. El hermano Simón estaba seguro de que vendrías a Glastonbury porque tenéis fuertes vínculos con este lugar. Hemos

dispuesto el cuerpo de nuestro obispo junto al altar donde murió, con sus vestimentas. Lo enterraremos al lado de Lucius, después de que veas el cadáver, cerca del muro de la iglesia que murió por defender.

Este sacerdote es un hombre riguroso y adusto, que no tiene ningún sentido del humor, ni tampoco encanto, pensó Artor mientras se apeaba del caballo y entregaba las riendas a uno del retén. Pero aun así, parece honesto y me mira sin miedo.

—Deseo presentar mis respetos a vuestro difunto obispo —solicitó Artor amablemente—. Quiero ver con mis propios ojos lo que me han contado.

Mark hizo una reverencia y condujo a los guerreros hasta la iglesia, a la que se entraba por una pequeña puerta de piedra. Los más jóvenes estaban deseando satisfacer su curiosidad y ver el emplazamiento en que se había producido aquel sacrílego asesinato. De los guerreros Gruffydd y Galván se quedaron atrás, con Odin y Gareth. Percival siguió a su señor; al entrar en el templo se arrodilló, y comenzó a mover los labios, como si rezara.

El cuerpo del obispo, lavado, embalsamado y vestido con sus ropajes ceremoniales, no ocultaba las horrendas heridas que le habían abierto en la cabeza. Y ni el nardo ni los preciados aceites conseguían disimular el dulce olor de un cadáver en descomposición. El obispo tenía el rostro cubierto por un fino velo blanco que dejó al descubierto más cicatrices cuando Artor lo retiró. La nariz mostraba la huella cruel de haber sido aplastada con una bota, una imagen espeluznante y nueva para Artor; no había visto nada parecido, ni después de la peor de las torturas.

Galahad se santiguó. Incluso Balyn, que no tenía especial miedo a la muerte, se echó para atrás al ver semejante profanación.

—¡Qué carnicería! ¡Se han ensañado con este hombre! —dijo Artor con tono aparentemente tranquilo, aunque a Percival no se le escapaba la marejada de ira que fluía bajo aquella voz controlada—. Se ve que se tapó la cara con las manos para protegerse de los garrotazos.

Era evidente que el obispo tenía las manos rotas por distintos sitios, pese a que los hermanos habían puesto todo su empeño en recomponerle los huesos rotos y colocarle las manos sobre el pecho, con los dedos cruzados, como si estuviera rezando.

Taliesin se adelantó y retiró con cuidado la túnica que tapaba el torso de Aethelred. En el cuello se veía claramente la huella de otro pisotón; el asesino le había aplastado con la bota la laringe y las vértebras de detrás. El cadáver mostraba una tira de tela que le pasaba por debajo de la barbilla y se ataba en la coronilla.

—Esa tira es lo único que le mantiene el cráneo unido, señor. Como se desprende de los moratones que tiene, no debió resistir mucho después de la paliza —Taliesin señaló los oscuros hinchazones que marcaban aquel rostro destrozado, y que destacaban llamativamente sobre la palidez del cadáver—. Si le hubieran dado un golpe certero, este hombre habría muerto a la primera, pero el asesino quiso ensañarse con él y provocarle el mayor daño posible. Estaba lleno de odio.

Conmovido y asqueado, Artor cubrió el rostro del obispo con el mismo velo.

—Descansa en paz —murmuró Artor—. ¡*Ave*, valiente!

Tras permanecer unos momentos en silencio, Artor se volvió hacia Mark.

—Llévame a la tumba de Lucius —ordenó.

—Pide a tu dios que este guerrero de negro no tenga que enfrentarse a la ira del rey —dijo Bedwyr a Balan en voz baja—. Porque Artor va a buscar venganza. El hombre de negro tendrá que sufrir antes de morir.

—¿Es tan duro el rey? —preguntó Balan.

—Cuando los malvados cometen tropelías, tienen que temer por sus vidas —dijo Bedwyr muy calmadamente—. El rey pone en práctica la justicia que aprendió de los romanos entre los que se educó. Para hombres como Artor el castigo debe ajustarse exactamente al delito cometido y debe imponerse con total imparcialidad. Este tipo de justicia puede ser dura, pero es eficaz contra acciones tan brutales como la que se ha cometido contra este buen hombre.

—Pero ¿tú crees que con esta justicia tan despiadada se puede crear una civilización pacífica? —preguntó Balan, escéptico.

—Pues no tienes más que mirar Cadbury y valorar la paz que hay allí. Hace una generación, esta paz no existía. Ahora en occidente reinan la armonía y la abundancia y se puede llegar al norte con total seguridad. Pues bien, esa seguridad existe únicamente porque Artor ha impuesto los consiguientes castigos a los ladrones, sin importarle mancharse las manos en el proceso.

—Pero ¿y su conciencia, qué? —murmuró Balan.

—No sé, pregúntale a él —contestó Bedwyr y sin mediar más palabra salió corriendo detrás de su rey.

Al abrigo de las paredes de la iglesia, había una tumba parcialmente excavada. A un lado estaba la mortaja, hecha jirones y sucia, de manera que la calavera y los huesos de los dedos del anterior obispo romano quedaban parcialmente expuestos, a la vista de todos. Por respeto a Lucius, los hermanos habían cubierto los restos con una tela bordada.

—Todos terminaremos siendo polvo, amigo Lucius —susurró Artor mientras se acariciaba el gastado anillo que llevaba en el pulgar desde el día de su coronación, regalo del difunto obispo.

Artor se arrodilló para retirar el paño bordado y examinar los huesos que quedaban al descubierto.

—¿La tumba está exactamente como la dejaron los asaltantes al huir?

—Sí, mi señor. Sabíamos que desearías ver con tus propios ojos la profanación, por eso solo cubrimos los huesos con unos tablones para evitar que les cayera agua o tierra.

—¿Para qué querrían estas bestias abrir una vieja sepultura, con el esfuerzo que cuesta y el riesgo a que se exponían? —preguntó Artor a Taliesin, que estaba igual de confuso—. El guerrero de negro contaba con pocos hombres y poco tiempo, sabiendo

además que en Glastonbury hay mucha gente que puede venir a defender el recinto. Los delincuentes no se han llevado nada. Parece que el asalto tenía por objeto exclusivamente matar a Aethelred y abrir la tumba de Lucius. Es muy raro, porque el hombre de negro tenía que saber que los religiosos pelearían por defender los restos de su difunto obispo. ¿Mera diversión, quizá?

—Parece que no han tocado la calavera, señor —contestó Taliesin muy tranquilo —. ¿Ves? Tiene todavía toda la tierra apelmazada. Puede que en la tumba hubiera algo que el hombre de negro estuviera buscando. Petrus estaba casi seguro de que se habían llevado algo.

Artor se volvió para interrogar al hermano Mark.

—¿Introdujeron algo de valor en la tumba del obispo Lucius cuando lo enterraron?

—No lo sé, mi señor. No estaba aquí cuando Lucius administraba Glastonbury. Aún no había recibido la llamada de Dios por aquella época.

Artor sonrió ligeramente al sacerdote.

—Vete a buscar al hermano Simón. Él llegó antes. Y llama a cualquier otro anciano que sirviera aquí cuando Lucius era obispo de Glastonbury.

La gente no titubeaba cuando Artor daba órdenes, sobre todo cuando el monarca estaba tan visiblemente preocupado. El hermano Simón no tardó en llegar, casi sin aliento. Apoyado en un grueso bastón, se encorvó para asomarse a la tumba. Se estremeció. Las cuencas de los ojos del esqueleto parecieron titilar con un halo de vida.

Otros cuatro ancianos se unieron al grupo que permanecía junto a la sepultura. Miraban la tumba de reojo, como si tampoco ellos pudieran evitar esa curiosidad innata que parecen tener los vivos por el mundo de los muertos. Algunos apretaban un crucifijo entre sus manos, ya moteadas por la edad; otros se hacían la señal de la cruz.

Artor se dirigió a los mayores.

—¿Sabéis si alguien puso algo en la tumba de Lucius cuando lo enterraron? ¿Falta algo? Es importante que nos lo digáis, si queréis que capturemos a los villanos que asesinaron a vuestro obispo. No es momento de guardar secretos. Tú mira bien, Simón, que eres muy perspicaz, y trata de recordar si hay algo que puedan haberse llevado de la tumba.

Los ancianos se acercaron a examinar la tumba. Sus miradas quedaron empañadas con una mezcla de pesar y de confusión.

Entonces uno de ellos inició un diálogo apresurado.

—Recuerdo que Lucius tenía algo en las manos cuando expusieron su cuerpo junto al altar.

—¿Qué era? —requirió Artor.

El anciano monje estaba aterrorizado y solo acertaba a pronunciar murmullos incoherentes.

—Era el cáliz que utilizaba, Lord Artor —dijo con franqueza otro de los sacerdotes—. Lucius fue enterrado con su viejo cáliz de campaña. Lo usaba todos los días, en la comida y en la cena.

—Yo sé cómo era, mi señor —dijo Simón, bajando la vista con un suspiro—. Recuerdo que el metal estaba ya muy arañado y dentado por los años. Antes de morir, me ofrecí incluso para hacerle otro cáliz, más adecuado a su posición, pero no quiso. Me dijo que esa copa había viajado con él por medio mundo y que en ocasiones estuvo salpicada de sangre. Nunca contó cómo llegó a sus manos, pero lo que sí dijo es que lo mejor era llenarla ahora de agua para calmar la sed de un humilde monje —Simón titubeó—. Me había olvidado por completo de esa vieja copa abollada.

—No eres el único, hermano Simón —contestó Artor distante, como si percibiera en Simón un cierto deseo de evadirse—. Yo también recuerdo haberle visto beber de ese mismo recipiente en aquellos años. Me acuerdo de que tenía la base redonda, y que tenía un sencillo reborde de metal que le servía de asa. ¿Es esa la copa a la que te refieres?

—Sí. La trataba como si no valiera nada, pero sé que era un recuerdo del pasado y que la utilizaba a diario.

—¿Pero por qué querrían estos malvados coger una simple copa? —susurró Taliesin al oído de Artor, mientras en su cabeza bullían las imágenes fantasmagóricas del cáliz maldito que había visto en sueños—. A no ser que el objeto sea una reliquia, con una historia especial, no la querría nadie; solo Lucius.

—Yo tampoco entiendo mucho, pero ese cáliz debía tener algún sentido para el hombre de negro —dijo Artor volviéndose de nuevo a Simón—. ¿Qué significaba esa copa para Lucius, amigo? —preguntó con tono amable—. Vamos, Simón, no me vas a herir por mucho que me cuentes historias de ese objeto.

Simón consideró las palabras del monarca, reflejando una limpia honradez en la mirada. Era evidente que estaba meditando cuidadosamente la respuesta. Taliesin y Percival fueron los únicos que vieron una rápida sombra cruzar por aquellos ojos, que al instante recobraron su profunda candidez.

«¿Qué ocultaba Simón?, —se preguntaba Percival—. Está siendo demasiado cauto, incluso para lo que suele ser un religioso.»

Percival se volvió hacia Taliesin, que levantó una ceja en señal de mutuo entendimiento.

«¿Será esa copa la que ocupa los sueños de Madre?, —se preguntaba Taliesin, mientras hacía con los dedos una señal para ahuyentar los males—. Este cáliz debe ser mucho más que una simple copa de campaña antigua.»

—Lucius me contó una vez que se la habían dado cuando era soldado —Simón tenía el ceño fruncido, como si hiciera grandes esfuerzos por recordar, u ocultar, las evocaciones que le pasaban por la cabeza—. Se avergonzaba de la violencia que había ejercido de joven; por eso apenas hablaba de aquellos años, pero recuerdo que una vez, musitando algo de su vida pasada, hizo una alusión que realmente no

entendí.

—También yo recuerdo haber hablado con Lucius del cáliz —añadió uno de los compañeros del anciano monje—. Yo también le pregunté por qué seguía conservándolo después de tanto tiempo. Y me dijo que le gustaba el diseño; yo interpreté que el cáliz lo habían hecho en su tierra, o sea, donde nació.

Otro de los ancianos se unió a la conversación.

—Yo recuerdo que una vez lo llené demasiado y se me derramó un poco de agua. Al disculparme, Lucius me dijo que no tenía importancia, porque las manchas de agua eran mucho mejores que las de las manos manchadas de sangre que lo habían tocado en el pasado. El obispo sonrió con aquella tristeza que lo embargaba siempre que hablaba de su juventud. Recuerdo que por entonces todos sentíamos mucha curiosidad, porque para nosotros, todos tan jóvenes, el obispo se nos figuraba como un hombre muy novelesco.

—Pero ¡está hecho de un metal muy vulgar! —intervino Balyn—. ¿A quién le interesa eso?

El monarca y sus hombres seguían mirando la tumba, sin que esta les devolviera respuesta alguna al enigma que los embargaba. Pasado un rato, Artor, girándose hacia Mark, rompió el silencio.

—¿Viste por dónde se fueron el guerrero de negro y sus hombres?

—Los que iban a pie se dirigieron hacia el río, por aquellos cerros —contestó Mark, agradeciendo que se cambiara de tema—. El que iba de negro se separó de ellos y marchó hacia el norte, a lomos de un caballo.

—Entonces empezaremos a buscar por la senda que conduce al río. Guarda bien Glastonbury durante mi ausencia, hermano Mark, y mantén una buena guardia de noche. No creo que ya venga nadie a perturbar vuestra tranquilidad, pero estaréis más seguros estando alertas. Podíais también tenernos presentes en vuestras oraciones y, si vuestro dios lo quiere, quizá encontremos a esos perros salvajes que asesinaron al obispo Aethelred.

Aunque Mark insistió para que se quedaran a dormir, Artor sabía que cualquier gota de agua que cayera podría borrar las huellas de los fugitivos y dejarlos sin rastro. Así que se prepararon para salir de inmediato y partieron a la pálida luz del anochecer.

Bedwyr guiaba, acompañado de Taliesin, que iba a pie. Rápido como todo hombre de campo, el hijo de Niniana sabía mucho de caza y no le costaba seguir el paso del caballo de Bedwyr, mientras uno y otro buscaban a su presa por los rastros delatores que había ido dejando: hojas hundidas, piedras movidas de sitio, cortezas desgajadas de los árboles.

Poco antes de abandonar ya los campos de Glastonbury, el grupo llegó a un río que fluía por un cauce de orillas levemente onduladas.

—Aquí hay signos de que han movido alguna barcaza —gritó Bedwyr volviéndose hacia Artor.

—Sí —confirmó Taliesin—. Se han borrado algunas huellas por la lluvia, pero todavía queda mucho rastro de que han estado aquí. Y en el barro también se ven las pisadas de dos caballos.

—Deben ser las de los caballos que robaron —murmuró Bedwyr.

Observaba minuciosamente el terreno, agachándose de vez en cuando para recoger una minúscula pluma que había caído al fango. Uno de los hombres llevaba plumas de cuervo en el casco. ¡Muy propio de carroñeros!

—Guárdalo bien —ordenó Artor sin más—. ¿Por dónde se fueron? ¿Huyeron corriente abajo? ¿O más bien subieron el río en dirección contraria?

—Si fueran a pie, lo lógico sería seguir hacia el este —sugirió Galván—. No tendría mucho sentido correr tanto para luego rehacer el mismo trecho remando.

—Estoy de acuerdo —dijo Artor con aspereza—. Iremos por el río corriente abajo.

Como apenas había luz, tuvieron que ralentizar el paso. Taliesin y los gemelos cruzaban a la otra orilla de cuando en cuando, por si encontraban algún indicio de que las canoas hubieran atracado allí, pero no vieron nada.

Cuando cayó la noche, viendo que los caballos podían tropezar en algún hoyo o zona insegura del terreno, Artor ordenó detenerse a sus soldados. Se sentaron bajo los sauces y sacaron algo ligero de comer. Desde la otra orilla Taliesin entonaba cantos sobre su tierra con voz casi mágica, que embelesaba a los gemelos. Poco a poco, escuchando el rumiar de los caballos, el grupo se dispuso a pasar la noche.

Al día siguiente, cuando hacia mediodía Galván atravesaba la isla de Salinae la Menor, sintió un súbito estremecimiento de culpa. Galahad frunció el ceño haciendo verlas sospechas que le suscitaban aquella isla y sus habitantes. Solo pensar en la mirada artera de Gronw le sacaba de sus casillas, pero esta vez el joven zelota se guardó sus impresiones para sí mismo y no dijo una palabra.

Ya por la tarde, los hombres de Artor llegaron al mar. Los soldados se desanimaron al ver la playa de piedras envuelta en el fúnebre chillido de las gaviotas. Por mucho que batieron las orillas del estuario, no encontraron ningún rastro de las embarcaciones.

Irritado y derrotado, Artor contemplaba aquel mar, de color plomizo y corrientes traicioneras.

—¡Ahí no hay barca que resista!

—Hombre, se puede acarrear una canoa a la espalda, pero hasta ahora no hemos encontrado nada que nos confirme que llegaran hasta aquí, Artor —dijo Bedwyr—. Lo más probable es que abandonaran el río en algún punto anterior, quizá por alguno de esos afluentes que hemos dejado atrás.

—Ni rastro —añadió Taliesin—, pero puede que hombres y caballos hayan vadeado por algún lado para quitarse de la vista.

—Pero no pueden haberse volatilizado —reconvino Artor.

—Conocen el terreno mejor que nosotros —intervino Taliesin con serenidad,

evitando sentirse ofendido—. Quizá debamos investigar esos pequeños afluentes. Aunque… —y mientras decía esto, se le fue apagando la voz.

—¿Qué? —dijo Artor nervioso.

—¡Mira! —Taliesin señalaba una bandada de gaviotas que emprendían el vuelo desde un pequeño arroyuelo semiescondido—. ¡Allí! Esos pájaros deben haber encontrado algo de comer.

El bardo no se habría fijado en aquellas aves, de no haber sido porque un halcón que andaba revoloteando por las alturas, justo encima de las gaviotas, había sembrado el pánico entre ellas y las había obligado a emprender el vuelo.

—¡Bedwyr, vete a ver! —ordenó Artor.

Bedwyr giró su caballo y Taliesin subió a otro de un salto. Fueron cabalgando por la playa hasta que llegaron a una desembocadura del río, de aguas mansas, por las que obligaron a meterse a los caballos. Después de cruzar una pequeña ensenada llena de agua, desaparecieron por la orilla más lejana, entre juncos y malvaviscos. A los pocos minutos, Taliesin reapareció sobre un montículo, haciendo señas con la mano al resto de los jinetes.

—He encontrado algo, Artor —dijo al reunirse de nuevo con el retén en un pequeño remanso de piedras por entre las que corría el agua—. Las gaviotas estaban comiéndose un cadáver.

Atrapado en una hendidura entre dos rocas había un cuerpo hinchado, todo empapado de agua. Las gaviotas, que volvían sobre su presa, empezaron a desgarrarla con sus picos de garfio.

—Nunca me gustaron demasiado esos pájaros —susurró Galván—. ¿Cómo se nos habrá escapado este cadáver?

—Íbamos mirando al suelo para encontrar rastro de personas o de animales; no estábamos pendientes del cielo —contestó Taliesin—. Nadie repara en los chillidos de las gaviotas, cuando se está cerca del mar.

Balan sacó el cadáver del agua y lo arrastró hasta tierra firme.

Artor reconoció el jubón de cuero raído con placas de hierro, que se ajustaba a la descripción que había dado el hermano Petrus. El rey resopló asqueado.

—¿Y dónde están los demás?

Como si hubiera escuchado las palabras de su señor, Bedwyr reapareció. Salió de un bosquecillo de árboles a medio crecer que quedaban parcialmente escondidos de la orilla por las ondulaciones del terreno. Bedwyr lanzó un penetrante silbido para atraer la atención de sus compañeros de ruta y volvió a desaparecer entre las sombras.

Los soldados montaron sobre sus cabalgaduras para reunirse cuanto antes con su guía.

Los árboles del bosquecillo estaban retorcidos, con las ramas combadas, por el embate de los vientos marinos que prevalecían en estas costas. El viento soplaba por los atolones que se elevaban sobre playas de pedrisco, para volver arremolinado sobre las marismas del río. Alrededor de los atormentados árboles que procuraban sombra y

cobijo crecían densos matorrales de hierba y allí, junto a un fuego de campamento ya extinguido, yacían cuatro cadáveres en posturas contorsionadas, como arqueadas. Habían muerto con violencia, retorcidos de dolor, pese a que ninguno de los cadáveres presentaba heridas apreciables.

—¡Ten cuidado, Taliesin! —dijo Artor en señal de advertencia desde lo alto de su montura, cuando el bardo ya estaba arrodillado junto al cuerpo más próximo, con la nariz poco menos que pegada a la amoratada boca del cadáver. Los demás miembros del grupo retiraron la mirada asqueados.

Taliesin se levantó, sacudiéndose el polvo de las rodillas.

—Los han envenenado, Artor —es evidente que el hombre de negro sabe que los muertos callan para siempre.

Taliesin recogió un casco de hierro del que todavía colgaban dos arruinadas plumas de cuervo. Y al poco de seguir buscando por los alrededores, descubrió una vasija de barro muy basta, sellada con un tapón de cuero.

Artor movió la cabeza. Ya veía a los criados bebiendo de la botella que se les ofrecía, hasta saciarse, y sintiendo después ardores especiales en la garganta.

—¡Mierda! —dijo Galván—. ¡Estos desgraciados confiaban en quienquiera que sea su asesino! —y retiró la mirada para evitar las náuseas—. ¡Los pájaros han estado hurgando en estos cadáveres!

—¡Todas las criaturas divinas han de alimentarse, padre! —contestó Galahad con voz piadosa, aunque a Galván no se le escapaba lo pálido que estaba el chico. Galahad bajó del caballo y se acercó a los cuerpos. Alguno había vomitado y yacía boca abajo con el rostro incrustado en un residuo amarillento y repugnante.

—¡Déjalo, Galahad! —ordenó Artor cortante—. ¡Que se pudran donde están! ¡Les concedo el mismo respeto que ellos tuvieron con el obispo Aethelred!

Los gemelos y Galahad se sintieron aturdidos ante la crueldad con que había hablado Artor, pero Taliesin asentía con la cabeza, como si lo entendiera.

—Vamos a seguir unos kilómetros más, a ver si encontramos algún rastro del hombre de negro —dijo Artor, hierático, controlando su ira—. Hasta ahora ha conseguido burlarnos, y se ha asegurado de que no haya testigos que lo traicionen, pero voy a intentar encontrarlo.

Por fin, el terreno ofrecía algunas huellas que podían resultar significativas. Taliesin y Bedwyr bajaron de sus monturas para examinar unas pisadas que habían quedado grabadas sobre la tierra húmeda. Parecía que dos caballos habían salido al galope en una dirección, de vuelta a Glastonbury, mientras que un tercer caballo había avanzado por un sendero que corría paralelo al río.

—Olvidaos de las huellas de los dos caballos —gruñó Bedwyr—. ¿No veis que son mucho más superficiales que las de este otro? Esos caballos no llevaban jinete; los han soltado para despistar a los rastreadores. Hay alguien que con mente despierta utiliza tácticas disuasorias, incluso sin tener certeza de que vamos tras él.

—Entonces, sigamos las huellas del caballo que va solo —concluyó Artor

taciturno.

El retén continuó la marcha en prudente silencio.

GALVAN SE MOSTRABA particularmente callado mientras el grupo regresaba por la orilla del río.

Al final, cuando volvían a estar próximos a Salinae la Menor, se acercó al rey para pedirle perdón. Entre muchos titubeos, con la mirada apartada de los ojos del monarca, le contó lo que había vivido en la extraña isla que había en medio del río.

Taliesin notó que Galván se cuidaba de no ponerse demasiado al alcance del rey, por si le llegaba con la espada.

Cuando Galván terminó de hablar, Artor tiró de las riendas de su caballo y se quedó mirándolo. Se acercó lo más posible a la bestia de Galván, hizo una mueca, y cruzó la cara de su sobrino de una bofetada. Sorprendido por la reacción, aunque apenas dolorido, Galván se tambaleó en su montura y cayó directamente sobre sus posaderas.

—¿Qué tienes en la cabeza, Galván? ¿Serrín? ¡No! ¡No te molestes en contestar! ¿Hemos perdido todo un día galopando por ahí para que el guerrero de negro tenga tiempo de esconderse en esta maldita isla tuya? ¡Mierda!

Galván se levantó como pudo, con su dignidad por los suelos. Con la pericia de los buenos jinetes se subió de un salto sobre la montura, cuidándose de no acercarse demasiado a Artor. El monarca le dio la espalda, dejándolo triste y afligido.

—Me engañaron, tío. Ya lo sabes, ¿cuándo he sido yo capaz de resistirme al encanto femenino?

—¡Tienes un hijo hecho y derecho, Galván! ¡Ya no eres ningún crío, ni puedes pretender que te perdonen el más execrable de los delitos con una simple sonrisita! Esta vez, por ejemplo, hemos pasado por delante de un sitio que podía esconder a un asesino y ¿qué has hecho? ¡Nada!

—Me sentía avergonzado…

—¿Pero es esa razón suficiente para que tu rey se embarque en una persecución inútil?

—No, pero encontramos a los cómplices del hombre de negro.

Contra lo que eran habitualmente sus maneras, Artor escupió al suelo, asqueado, y se quedó quieto, mirando fijamente las orillas del río.

—No me gusta este sitio —intervino Galahad de manera un tanto simplona—. Pero parece que a padre la compañía femenina no le resultó tan desagradable.

Aturdidos, asqueados y con gesto de reproche, Artor y Galván miraron al joven, que los espetaba con cara de complacencia.

—¡Galahad! —dijo Galván.

—Y no has contado que tenía un criado bajito y chaparrito, que llevaba todo el cuerpo tatuado —concluyó Galahad triunfante—. Nunca me han dado confianza esos

paganos.

Artor golpeó las costillas del animal con tal furia, que la bestia se echó hacia atrás con un agudo relincho. Galván se comía la crin de su montura, deseando que se lo tragara la tierra.

—Siempre piensas con ese rabo que te cuelga entre las piernas, sobrino —advirtió Artor al príncipe—. Da gracias de que no vuelva a darte en el culo.

Galahad echó una sonrisita al ver la turbación de su padre, pero no contaba con el sentido de la justicia que caracterizaba a Artor.

—Y por lo que a ti respecta, joven Galahad —empezó el monarca con gesto burlón—, los hijos que se atreven a ir contando historias de su padre con tanto regodeo, no merecen honor ni respeto. Puede que yo tenga la potestad de castigar a tu padre, porque soy su señor. Pero tú, ¿quién te crees que eres? Tú tampoco me contaste que estuviste en Salinae la Menor, así que lleva cuidado, no sea que te castigue por lo que me has hecho a mí y por lo que le has hecho a tu padre.

Galahad enrojeció, no sabemos si de vergüenza o de ira, pero para satisfacción de Galván el muchacho decidió no replicar.

El rey se obligó a mantener una actitud digna y firme, que no revelara el desprecio que sentía. Artor no tenía tiempo de tratar con hipocresías o mojigaterías, y menos con las de un tipo que no demostraba tener ningún respeto por sus mayores.

—El criado de la dama se llama Gronw —dijo Galván, tanto para romper el silencio, como para contribuir con más detalles—. Es un personaje muy desagradable, pero, si fuera el guerrero de negro, no creo que se arriesgara a volver a la isla. Si que es verdad que está tatuado… es pagano… y es bajito y bastante achaparrado.

Galván estaba horrorizado viendo la expresión tan cínica del monarca.

—Pues ahora toca ir a ver a esa dama, que cuando la desterraron se vino a vivir a los umbrales de mi casa —dijo Artor despectivamente—. También quiero ver a este Gronw —y, pensando en cosas más agradables, sonrió y dijo—: Además, si la villa la construyeron a la manera romana, puede que tenga baños. Me muero por quitarme toda esta mugre de encima.

Galahad resopló desdeñosamente. Como todos los hombres que vivían al otro lado del muro, no tenía muy claro que bañarse todos los días fuera ni muy sano ni muy masculino. Pero tampoco podía acusar al rey supremo de excesivo sibaritismo.

Artor sabía exactamente lo que en ese momento pasaba por la cabeza del joven y le hacía gracia. Puso el caballo al galope y al punto sus guerreros salieron tras él para no perder el paso.

«¡Ya la hemos fastidiado!, —se decía Galván para sus adentros—. Este Galahad va a ser mi ruina, sobre todo si Miryll emplea sus técnicas con Artor.»

ALERTADA A BASE de luces proyectadas con espejos, una pequeña flotilla de

canoas y esquifes salió de Salinae la Menor en dirección a las orillas del río en que aguardaban Artor y su grupo. Para tranquilidad de Galván, Gronw no apareció. Contra lo que era su carácter, el príncipe de los otadinos tenía cierto sentimiento de responsabilidad, una cosa para él muy desagradable y ajena, que había intentado evitar a lo largo de su vida.

En cuanto avistaron la villa y los jardines que la rodeaban, Artor se animó. Quitando la torre, Salinae la Menor podría parecer una versión reducida de Villa Poppinidii, donde se había criado hasta cumplir la mayoría de edad. El rey supremo se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos su hogar.

—Me estoy haciendo viejo, Odin —comentó calladamente a su escolta.

—Sí —respondió Odin sin más retórica, como siempre.

—¿Estoy acabado, Odin? —Artor puso un pie en la proa de la pequeña embarcación y se quedó mirando la bota. Cualquiera que lo viera así, en esa postura tan relajada, no pensaría nunca en la triste nostalgia que inundaba la cabeza del monarca.

—Aún no, Artor. Todavía nos quedan asuntos turbios que tratar y muchos días dorados como este para disfrutar.

Artor se rió sin alegría.

—Ahí está, tu extraño instinto de juto en acción, supongo —suspiró—. La muerte nunca ceja y la diosa de la guerra está simplemente tomándose un respiro. Imagino que moriré como César, asesinado por mis amigos, para bien del reino.

—Esta isla huele mal, señor —le advirtió Odin.

El rey supremo prestó atención, porque el instinto de Odin, juto o lo que fuera, no solía fallar.

Artor llevaba veinte años sin guerrear, salvo para intervenir en pequeñas escaramuzas que surgían por sus fronteras todos los años, en cuanto empezaba el calor, o sea, cuando regresaban los veranos «sajones». Algo inevitable cuando había dos civilizaciones en continua fricción, tan próximas una de otra. Y era normal que se formaran llagas en aquellos puntos donde las dos culturas más chocaban. Con todo, Artor reflexionaba sobre esta idea de Odin, de que habría nuevas batallas. La guerra total era algo terrible y destructivo, pero no lo eran menos esos engañosos y aduladores juegos verbales, esa permanente disputa en que consistía la política.

En el muellecito de madera estaba Lady Miryll con sus criados, esperándolos para ofrecerles vino y dulces. Uno de los criados se acercó al rey y a sus cortesanos.

—No está permitido portar armas en Salinae la Menor, mi señor —dijo el chico nervioso.

Artor vio que el hombre tenía estatus de esclavo por el collar de hierro que tenía en el cuello y no tuvo más remedio que ahogar una honda expresión de disgusto. Artor siempre había detestado la esclavitud, en parte por culpa de la difunta Frith, pero sobre todo porque destruía el alma tanto del dueño como del esclavo. Como si pudiera leer el pensamiento de su jefe, Odin apartó educadamente al muchacho.

—El rey supremo de los britones y su guardia siempre permanecen armados —respondió Gareth con gravedad—. Somos su cuerpo de guardia y no nos desarmamos ante nadie, amigo o enemigo.

—Y yo no dejo mi espada de rey supremo a nadie que no sea mi portador de espadas, Gruffydd, que viene conmigo —afirmó Artor alto y claro para que la anfitriona lo oyera—. Considero un insulto que se me haga esta solicitud y una afrenta a mi honor.

El sirviente se escabulló rápidamente para susurrar la respuesta de Artor al oído de su dueña.

Miryll permaneció impasible, tibia y sin expresión alguna. Al cabo, sonrió y por primera vez Artor se dio cuenta de su encanto. Mantuvo la mirada fría y cautelosa.

Respondió a la reverencia que le hacía Miryll con la debida educación y entre los dos intercambiaron palabras de bienvenida, hueras y refinadas.

La expresión de Odin, situado a la espalda del rey, era gélida.

Cuando Miryll los condujo a la villa y pasaron por los jardines cultivados en terraza, Artor observó complacido el orden romano que la dama había dado a la flora de Britania. Le atraía el suave balanceo de caderas que veía, pero ese sentido de la geometría, esa tranquilidad que encontraba en este típico jardín romano le daban mucha más satisfacción.

Elogió a Lady Miryll y ella le agradeció sus palabras con una reverencia.

En cuanto divisaron la villa los ojos expertos del monarca empezaron a percibir sutiles diferencias con respecto al estilo de Livinia la Mayor. Las esculturas, muy sofisticadas, representaban antiguos temas violentos, como el rapto de las sabinas o escenas de Júpiter y sus enamoradas. Era como un canto sutil a la violencia sexual, pero en general llamaba la atención lo ostentoso del lugar, demasiadas fuentes y demasiado colorido por todas partes, algo que no resultaba muy agradable a la vista.

Pero como Artor estaba decidido a ser generoso ese día, perdonó las irritantes imperfecciones de Salinae la Menor y se propuso disfrutar del lujo y la buena disposición que allí encontraba.

La sencilla elegancia del atrio le gustó mucho. El padre de la dama debió de ser muy rico, porque incluso la fuente de Villa Poppinidii, con todos los recursos de que disponía aquel lugar, estaba decorada con un simple pez de bronce. El padre de Miryll, sin embargo, había encargado una estatua enorme con una figura erótica, medio pez, medio mujer, con cola y aletas puntiagudas a lo largo de su espina dorsal. La talla estaba colocada en medio de abundantes conchas, muy extravagantes, que llenaban un enorme recipiente de mármol.

—¿Te gusta la fuente, gran señor? —preguntó Miryll—. Mi padre estaba muy orgulloso de sus antepasados romanos, por eso quizá la encuentres un poco extraña.

Miryll era una conquistadora consumada. Tenía la mirada fija en el rey supremo y sonreía con el mismo brillo que irradiaban sus enormes ojos color miel. Pero como Artor había sido perseguido ya por muchas de las más bellas damas del occidente

británon, conocía las artes de la seducción igual o mejor que ella. De hecho, esas miradas tímidas que le lanzaba y ese permanente mover las manos le resultaban rasgos un tanto demasiado femeninos y sin gracia. Artor, con todo, se contó los dedos de las manos y los pies, para confirmar que seguía entero.

—No, nada extraña, Lady Miryll. Me eduqué en una familia romana y siempre he agradecido lo mucho que gané con eso. Viví en una propiedad rural, que había a las afueras de Aquae Sulis. Es más, llevo tiempo deseando darme un baño romano; quizá tú tengas tu propio hipocausto.

Una sombra pasajera oscureció el rostro de Lady Miryll. No esperaba que Artor fuera más romano que ella.

Como Artor siempre había sido observador, notó que las pupilas se le agrandaban; no estaba cómoda.

—Por supuesto, majestad. Los baños están a tu disposición. Pero seguro que tu visita se debe a razones más perentorias; ¿no será simplemente que quieres disfrutar del lujo de la villa? —se puso colorada, los ojos abiertos de par en par, y se tapó la boca con una mano; se sentía avergonzada—. Lo siento, señor, ruego que me perdones. No está bien que una mujer sin más pregunte qué intenciones tiene el rey supremo. En tanto que soberano de occidente, tienes derecho a ir y venir por donde te plazca.

«Me parece que estás intentando hacerte la lista conmigo, Lady Miryll o quienquiera que seas, —pensó Artor, mientras de sus labios salían hermosas y vacías palabras que disiparon la falsa o casual descortesía de la dama—. No eres realmente romana, por mucho que lo declares. Te pongo nerviosa, porque crees que consigo traspasar esa amable fachada con la que te presentas a tus invitados.»

Los baños no eran muy grandes, pero tenían las paredes y el fondo recubiertos de mármol y estaban bien terminados. Artor disfrutó muchísimo con los aceites perfumados, el estrígilo, el calidarium, el frigidarium, el tepidarium y el experto rasurado que le hizo Odin. Artor no le permitía a nadie más que a él acercar una cuchilla desnuda a su garganta.

Vestido con una túnica limpia, sin mayor lujo ni ostentación, Artor no podía ocultar sus dotes de mando. Incluso con ese aspecto desenfadado, su figura imponía. Dejando a un lado a Odin y a Taliesin, el rey era más alto que cualquiera de los soldados de su retén y a su lado los criados de la casa parecían enanos. Su paso mesurado y la fuerza y la tranquilidad que rezumaban sus rasgos infundían respeto. Hasta el cabello ahora más apagado guardaba un punto de la rojiza belleza de entonces y seguía manteniendo los mismos rizos del joven que fue. Los gemelos y Galahad parecían chiquillos a su lado y Galván un libertino descarado de mediana edad.

Lady Miryll abrió un poco los ojos para mirarlo desde su puesto en la mesa. Artor conocía bien esa pretendida inocencia, esas insinuaciones sexuales, lo mismo que sabía qué implicaba todo ello, a qué lo estaban invitando veladamente. El rey se rió

para sus adentros. Galván debió de ser mera arcilla cálida y maleable en manos de Miryll.

A diferencia de sus compañeros, Artor se reclinó en el diván con naturalidad, como si lo hiciera todos los días del año. Percival se dispuso a actuar como degustador del vino y la comida. Si a Miryll le desagradó esta falta de confianza del monarca, lo disimuló a la perfección. El resto de los nobles consiguieron tenderse como pudieron en los asientos del triclinio.

Taliesin permaneció discretamente apoyado en una de las paredes, con su enorme arpa en los brazos.

Y empezó la comida, rica en exquisiteces. Balan y Galván comieron a placer, pero Balyn y Galahad miraban con horror aquellos pajarillos rellenos y no tocaron sus platos. Por razones diversas cada uno era un iconoclasta en esto del gusto. Galahad había decidido aferrarse a los platos sencillos, creyendo que así seguía los pasos de su maestro carpintero, Jesús.

Balyn, por su viveza de carácter, tenía una enorme imaginación y veía todo el proceso de matar el tordo, rellenarlo con setas, introducirlos después en pechuga de paloma con más asaduras picadas, hierbas y castañas, y después en un enorme pavo. Le espantaba solo pensarlo, aunque también le fascinaba.

Si Artor hubiera podido ver las imágenes que pasaban a toda velocidad por la mente de Balyn, se habría preocupado realmente. El joven se veía a menudo torturado por imágenes muy gráficas que le inducían a actuar precipitadamente. Era un simple, sencillamente porque la simplicidad le proporcionaba paz y tranquilidad.

Percival probó cada uno de los elaborados platos que les ofrecían y bebió el agua que Artor decidió beber, mientras Balan declaraba que el vino era particularmente bueno y preguntaba a la dama de dónde lo había sacado.

Miryll se reía con finura. Su bella voz melodiosa sonaba prometedora como una caricia, pero Artor observó con satisfacción que Balan no se inmutaba.

—Aunque nuestra isla sea tan pequeña y esté alejada de todo, Lord Balan, no somos bárbaros. Personalmente, nunca he sido aficionada a esos vinos tintos tan fuertes que a mi padre tanto le gustaban, por eso los criados me compran este blanco dulce de la Gallia meridional. Me alegro de que te agrade mi elección.

Artor comió hasta saciarse, ayudándose de un cuchillo estrecho. Apenas tocó la comida con los dedos; de hecho, Galahad se sorprendió de la facilidad con que el rey supremo era capaz de hacerse a las maneras romanas. Mientras luchaba por comerse un trozo de pato que Artor había ensartado con facilidad para dividirlo entre los dos, Galahad pensaba si no se habría equivocado al juzgar frívolamente a Artor como un simple remedo de su abuelo, el rey Lot.

Como suele ocurrirles a los jóvenes, para Galahad toda persona mayor de cuarenta era un viejo inútil. Su abuelo no era más que un hombre gordo y fondón, que vivía como la mayoría de los celtas, y que no era ni particularmente limpio ni particularmente instruido. Es más, a Galahad le costaba imaginar que el rey Lot y su

reina fueran en su momento gente importante. Eran sus abuelos, unos viejos.

Estos mismos prejuicios Galahad los aplicó a su tío abuelo. Claro que Artor debió de ser en su día un espléndido guerrero y un rey astuto, pero aquella época ya había pasado. Con la arrogancia de la juventud y el desprecio que los celtas sentían por otras razas, Galahad no había reparado en el hombre que escondía aquella melena canosa. Y como Artor permitía que los paganos practicaran su religión, para Galahad el rey era además un bárbaro, carente de verdadera moral.

Ahora tenía que reconocer que su rey era un hombre refinado y, no solo eso, sino que parecía inmune a los encantos de Lady Miryll. Por lo que entendía Galahad, Artor no era ni pagano ni cristiano, y se empeñaba en reconocer hondos valores morales en todas las religiones. Galahad se estremeció al ver sus propias inconsistencias. No sabía nada de otras religiones ni de otras civilizaciones, ni siquiera del pueblo de su señor, Jesús. Por eso, empezó a emular las elegantes y prácticas maneras de Artor.

—¿Quién es ese joven criado del rincón, mi señor? —preguntó Lady Miryll, señalando a Taliesin con una mano lánguida y apoyándose familiarmente con la otra sobre el brazo de Artor. Inclinada como estaba en aquella postura, Artor le pudo ver sus blancos y turgentes pechos.

—No es un criado, Lady Miryll —contestó Artor con mucha calma, mientras Taliesin salía de la oscuridad para que lo presentaran—. Este joven es el hijo de Myrddion Merlín, el adivino más sabio de toda Bretaña. Su madre es Niniana, la Dama del Lago, una mujer de extraordinaria belleza e inteligencia. Y como buen hijo de Myrddion, Taliesin va y viene por donde gusta.

—He oído hablar del gran Myrddion, sí —la dama sonrió a Taliesin—. ¿Es verdad, como dicen, que tu padre era capaz de cambiar de aspecto?

Taliesin frunció el ceño por un instante y levantó la cabeza. Tenía el pelo perfectamente peinado, casi tan largo como el de su anfitriona. Pero también más grueso y más oscuro que el suyo.

—Señora, mi padre no tenía necesidad alguna de desprenderse de su forma humana. Sabía prever lo que iba a ocurrir en el futuro. Leía en los rostros el alma de la gente, sanaba a los enfermos y contribuyó a transformar occidente. Con todo eso, ¿qué necesidad tenía de hacer vulgares truquitos de magia?

Aunque Taliesin mostraba una expresión educada y estaba dispuesto a quitarle hierro al asunto, sus palabras dejaron clara la falta de respeto que Miryll sentía por sus invitados. La dama se ruborizó mínimamente y bajó los ojos con un lento movimiento de pestañas. Como es de suponer, los hombres de la sala, salvo por tres notables excepciones, la perdonaron todo.

Taliesin se volvió hacia Artor, para romper el hechizo.

—¿Quieres que recite algo para complacer a la dama, Lord Artor?

Artor asintió con la cabeza. Taliesin sacó ceremoniosamente el arpa de la funda de lana, exagerando el ritual y con un simple tañer de cuerdas cautivó a los

comensales.

La primera canción hablaba del telar de Niniana y de las maravillas que hacía. Despojada de toda su sofisticación anterior, Miryll se metió por completo en la música. Galván recordaba lo que en su día le dijo sobre su «propia ventana al mundo».

Parecía que el arpa reproducía el ruido sordo de la lanzadera y el zumbido de la urdimbre y la trama; Taliesin acariciaba el instrumento para que mostrara la brillantez con que en el telar surgía la visión de su padre con toda brillantez. El arpa vibraba y repicaba en el rasgar de las cuerdas, una y otra vez, hasta que el público arrebatado por la música llegaba a imaginar el tapiz de Niniana, cuajado de símbolos e imágenes desconocidas.

Cuando terminó este poema, Taliesin hizo que el arpa llorara y se quejara de dolor, como la mujer que ha perdido para siempre la esperanza. Su canto describía los ojos ciegos de su padre en el ataúd, esa mirada blanca, dirigida al cielo, las tormentas que atronaron los montes el día que murió y el deambular enloquecido de Niniana. Había tanto amor en aquella salmodia que la dama no pudo evitar las lágrimas por mucho que quiso. Artor la miraba por el rabillo del ojo y empezó a quererla más por la empatía que demostraba.

Para terminar Taliesin evocó con su canto la llegada del monarca, en unos versos tan pintorescos que Galván no pudo menos que echarse a reír a carcajadas, al revivir la carrera a caballo que había echado con Artorex hasta Glastonbury. Allí se volvió a celebrar entre chanzas sus inútiles intentos por coger la espada que había escondida en la torre. El poema llegó a su fin con la correspondiente pompa y todos los allí presentes sintieron la añorada sombra de aquellos lejanos días.

Cuando se hizo el silencio, la sala seguía vibrando con imágenes del pasado.

—Tu madre debió de querer muchísimo a Myrddion Merlín —dijo Miryll con toda seriedad, todavía embargada por la emoción.

—Y aún lo quiere —respondía Taliesin—. Creo que el amor que se tenían va más allá de la muerte.

La dama se inclinó un poco, con un especial brillo en la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mi madre asegura que Myrddion viene a verla por las noches, y cuando ella lo llama, si se encuentra mal.

—¿Pero cómo puede ser eso? Nadie puede burlar a la muerte.

Taliesin sonrió con mirada perdida.

—Estoy hondamente seguro de que la pureza de corazón y el amor trasciende cualquier cosa para aquellos escogidos que están unidos para siempre. Para casarse, mis padres tuvieron que olvidarse de la edad, de los deseos mundanos y de la fuerza de los poderosos y así se juraron amor eterno. Para ellos la muerte no era más que otro obstáculo que debían superar con la fuerza de su amor.

—Nunca he conocido ese amor tan intenso —respondió la dama apesadumbrada

—. Y supongo que ya no lo conoceré.

Los comensales se miraban las manos, no sabiendo bien qué hacer ni qué decir. Ellos tampoco entendían del todo lo que Taliesin estaba contando.

—Yo sí, solo una vez, pero fue muy pasajero —recordó Artor pronunciando las palabras lentamente—. Cuando lo conoces, ese amor no lo olvidas nunca.

Miryll se volvió hacia el rey supremo con miles de preguntas en la mirada. Al verla tan sincera, Artor reconoció lo guapa que estaba cuando no fingía.

—Y Lady Wenhaver ¿ha sido siempre tu gran amor, mi señor?

Odin se revolvió nervioso desde donde estaba, detrás del rey. El monarca sintió que una robusta rodilla le presionaba la espalda.

—Ten cuidado —parecía estar diciéndole Odin con ese gesto.

Como siempre, Artor estuvo muy diplomático.

—No, señora. La reina Wenhaver nunca ha sido mi gran amor, porque los matrimonios pactados pocas veces provocan esa locura en la sangre que llamamos «pasión» —contestó suavemente, con cierto tono de tristeza—. Con todo, hace muchos años viví un romance de juventud; y aunque puede decirse que yo aún no había alcanzado la plena madurez, ese amor no fue ni más frágil ni menos auténtico. En general, los jóvenes suelen vivir un primer amor pasajero. En mi caso, lo que pasó es que aquella hermosa y adorada mujer regresó a la tierra de la que surgió siendo aún una chiquilla, pero nunca la he olvidado.

Suspiró.

—Su recuerdo todavía me asalta por las noches, aunque tengo que dar gracias por haber conocido esa pasión inicial, por breve que fuera.

—¿Te casaste con ella, señor? ¿Conociste con ella la satisfacción plena del deseo? —preguntó Miryll. Algunos de los hombres de Artor se miraban aturdidos ante las descaradas insinuaciones de la dama. Y para Galván era como si lo estuvieran insultando a él mismo, como hombre del rey.

Odin presionó más fuerte sobre la espalda de Artor con la rodilla.

—Yo no tenía tierras y en esa situación a los jóvenes no se les suele permitir que se casen con la mujer que aman —contestó Artor, sin que casi nadie notara la ambigüedad que encerraba la frase.

Odin se relajó un poco.

Miryll suspiró.

—¡Qué triste vivir un amor tan intenso y no conocer las dichas del matrimonio con esa persona!

Se quedó con mirada pensativa. El peligro había pasado. Para romper el tono melancólico que amenazaba con inundar el espíritu de la cena y para evitar también que alguien analizara más detenidamente sus palabras, Artor alzó su copa.

—Brindemos por el amor de todos nosotros, jóvenes o viejos. La Fortuna valorará lo que merecemos según lo que cada uno albergue en su corazón. ¡Que tengáis mucho amor!

Los hombres se pusieron en pie y, salvo el escolta y Taliesin, todos levantaron la copa y bebieron.

Miryll también elevó su copa de plata.

—¡Por el amor! —gritaron y al instante el ambiente se llenó de risas que disiparon toda la sensiblería anterior. El vino corría mientras el amor se convirtió en tema central de la conversación para los comensales. Miryll, con las mejillas sonrosadas y sus risitas inocentes no tardó mucho en embelesar a los caballeros allí reunidos.

Al poco rato se excusó con elegancia y dejó al grupo allí bebiendo.

Artor también se retiró pronto, porque tenía demasiadas sospechas en la cabeza y quería reflexionar. La señora de la isla no solo les había ofrecido comida y bebida; había mucho más sobre lo que pensar. Por otra parte sabía que sus escoltas necesitaban un poco de expansión para comer tranquilamente en la cocina y hacer turnos para cumplir con sus obligaciones.

Taliesin salió a pasear sosegadamente por los jardines huyendo del jolgorio. En medio de aquel silencio las voces y el bullicio del retén real ya no se oían. El joven bardo de Cymru se quedó mirando la torre y vio para su sorpresa que por una ventanita salían destellos de luz emitidos con una lámpara de aceite. A intervalos regulares la lámpara se apagaba en este intercambio de mensajes. Desde donde estaba, Taliesin no veía si desde tierra firme alguien respondía a esta luz recurrente.

¿Será que la dama pasa toda la noche de vigilancia?, se preguntaba Taliesin. ¿O será que está hablando con el enemigo, aprovechando la oscuridad?

A los pocos minutos cesaron las señales luminosas que comunicaban la villa con ese alguien desconocido. Taliesin se quedó esperando un poco, pero como la luna ya empezaba a ocultarse para dejar paso a la mañana, el joven decidió irse a dormir. Los pasillos de la villa eran enrevesados y tardó en orientarse, sobre todo por lo cansado que estaba y quizá por el propio embrujo de la luna.

De repente se oyó por las dependencias un grito agudo y débil, que se cortó de inmediato.

Taliesin empezó a maldecir en voz baja y apresuró sus pasos hacia las habitaciones del rey. Iba tan deprisa que se tropezó y cayó sobre las botas de Gareth que yacía, inconsciente, en la puerta.

—¡Ayúdame, madre! —susurró Taliesin mientras intentaba apartar un poco el cuerpo de Gareth, que no respondía a ningún estímulo. Le han drogado, pensó. ¿Y el rey?

Taliesin empujó con fuerza la puerta entreabierta, pensando que opondría cierta resistencia. Pero no fue así, con lo cual casi se cae todo lo largo que era. Por los rayos de luna que entraban por la ventana estaba claro que la cama del monarca estaba vacía.

A Taliesin se le puso un nudo en la garganta y empezó a respirar aceleradamente.

La noche estaba sumida en el más absoluto silencio. Excepto él, parecía que todos

los demás dormían.

Taliesin recorrió el patio interior, abriendo las puertas para mirar dentro de las habitaciones. En una de ellas, Odin, con ojos legañosos, intentaba levantarse; en otra, Galahad buscaba sus armas, maldiciendo entre dientes. Taliesin siguió con su búsqueda desesperada, sin apenas hacer ruido con las sandalias por aquel suelo de baldosas. Volvió sobre sus pasos.

Al final de un largo pasillo, se veía un pequeño rayo de luz por debajo de una puerta.

Taliesin a la carrera, golpeó la puerta para encontrarse inmerso al punto en una densa bruma.

Los baños. Estoy en los baños, pensó mientras se abría paso rozando la pared con la mano.

La puerta se cerró sola.

Durante un instante vio aparecer por entre la bruma un pequeño fragmento de piel que al momento desapareció con una carcajada. Taliesin percibía el peligro con boca pastosa. Se encontraba tan confundido que casi se cae sobre las fláccidas piernas de Artor que se interponían a su paso. Entre el vaho consiguió entrever una figura oscura sobre el cuerpo del rey supremo, que le mantenía la cabeza bajo el agua.

Taliesin no tuvo tiempo de pensar. Con dedos fuertes, acostumbrados a ensayar con el arpa horas y horas durante años, asestó un fuerte golpe al enemigo en la cabeza, que tenía cubierta con una capucha negra. La figura se resintió, viéndose obligado a rebajar la fuerza que ejercía sobre los hombros de Artor. Se echó para atrás con una mano fuertemente asida a la garganta.

Consciente de la urgencia, Taliesin dio la espalda a la tenebrosa figura. Su instinto le decía que tenía que sacar a Artor del agua. Con una fuerza que no sabía siquiera que tenía, Taliesin cogió a su rey por los talones, hasta que consiguió depositarlo en el suelo, inconsciente. El monarca yacía boca abajo, empapado, sobre las húmedas baldosas de los baños.

Mientras estaba agachándose para ver mejor a su rey, Taliesin sintió una punzada en el antebrazo y cayó para atrás, buscándose mecánicamente el punto del dolor con la otra mano.

La figura de negro se le acercó, pero Taliesin se quitó de en medio. Intentaba ponerse de pie mientras en su cabeza iba ya componiendo el poema de su propia muerte. Sabía que estaba desarmado y que era, por tanto, presa fácil. Entonces, como si se tratara de un sueño que poco a poco va haciéndose realidad con absoluta claridad, la puerta de los baños se abrió de par en par y en la sala entró un guerrero semidesnudo entonando el grito de los otadinos.

La tenebrosa figura pareció encorvarse un poco sobre sí misma, dio una patada al cuerpo inconsciente de Artor y desapareció entre la más espesa de las brumas. Se oían pasos alejándose sobre un suelo mojado.

Taliesin se echó sobre el cuerpo del monarca, que yacía boca abajo.

Le dio la vuelta. Artor tenía el rostro particularmente pálido y entumecido. En un lado de la frente tenía un enorme cardenal con una herida, de la que salía un fino reguero de sangre. Parecía que el rey no respiraba.

Taliesin empezó a golpear al monarca, hundiéndole las manos en el pecho con toda su fuerza. Si se hubiera tratado de un hombre más débil, probablemente se le habrían roto las costillas, pero al poco rato, fue como si los pulmones reaccionaran y empezaron a inspirar y expirar aire en una respiración entrecortada, que vino acompañada de un hilillo de agua.

El rey dejó de respirar.

—¡Haz algo! —gritó Galahad horrorizado, apuntando con la espada directamente hacia la garganta de Taliesin y sin reparar en que estaba medio desnudo.

—Mi padre solía hacer la respiración boca a boca a los recién nacidos que no podían hacerlo solos.

—¡En nombre de Dios, pues hazlo ahora tú también!

Disculpándose en silencio ante su rey, Taliesin cogió una honda bocanada de aire y uniendo sus labios a los del monarca, le introdujo el soplo en los pulmones.

Galahad soltó la espada y ayudó a que ese aire saliera del cuerpo de Artor, presionándole el pecho, igual que antes había hecho Taliesin.

Disculpándose de nuevo ante el rey, Taliesin le abofeteó en la mejilla con la palma abierta. Artor cogió aire involuntariamente y empezó a toser de manera incontrolada, como si se fuera a ahogar. Al punto empezó a salirle agua por la boca y por la nariz.

Pasados unos minutos Artor empezó a respirar solo, aunque con dificultad. Seguía medio inconsciente. Taliesin suspiró agradecido, pero pronto notó como si la habitación se balanceara violentamente.

—¡Estás sangrado como un cerdo! —señaló Galahad—. ¡Tienes que taparte esa herida! El suelo ya estaba bastante resbaladizo, como para que ahora tú lo empeores con tu sangre.

—¿Sangrando? —preguntó Taliesin aturdido. Galahad empezó a rasgar un trozo de tela de la túnica del bardo para hacer una venda.

—Necesito que alguien me ayude a llevar al rey a su cuarto —dijo Galahad, al ver que no podía levantar el cuerpo de Artor por muchos esfuerzos que hacía.

—¡Enseguida te ayudo, Galahad! —respondió Taliesin—. ¡Esta villa no es segura todavía! —notaba que las piernas se le doblaban, como si fueran de arcilla.

—¡Si sales, coge el cuchillo de Artor! Está allí, junto al brasero —los rápidos ojos de Galahad habían divisado el cuchillo del dragón en un rincón, como si en el forcejeo que debieron de mantener Artor y su atacante uno de los dos le hubiera dado una patada.

Respirando profundamente y algo recuperado de su mareo, Taliesin se aventuró a salir por entre la bruma o el humo que, según comprobaba ahora, salía de lo que se estuviera quemando en el brasero. Una vez que Galahad escapó haciendo eses, medio

arrastrando, medio acarreando el cuerpo del monarca, el silencio solo quedó interrumpido por un goteo de agua.

«Estoy dando palos de ciego», pensó Taliesin mientras, huyendo de la bruma, entraba en una habitación en que los baños estaban llenos de agua fría.

Allí quedaba el rastro de distintas pisadas bordeando la piscina, que después se perdían por una puerta que estaba más allá. De las huellas, unas eran de bota y las otras de unos pies descalzos.

Taliesin se dispuso a seguir las pisadas con cautela.

Cuando atravesó la siguiente puerta, se encontró en medio de un vestidor con montones de toallas mojadas, tiradas en el suelo o sobre los bancos de madera. Las huellas continuaban, aunque parecían cada vez más secas.

Después de esta habitación, se entraba por una puerta a un pequeño vestíbulo por el que se salía de la villa. Las huellas humanas continuaban hasta el exterior y se perdían en la hierba. Pero en el vestíbulo había además una escalera que conducía al piso superior. En el tercer escalón había un charquito, que brillaba mucho.

En el umbral de la puerta que daba al jardín había un guante negro abandonado, como si fuera la piel de un reptil enfermo.

Taliesin lo recogió con mucho cuidado, porque sabía que aún le sangraban los dedos de su mano izquierda. Y ahora ¿qué hacía? Subió por las escaleras hasta que llegó a una sala circular que ocupaba la parte superior de la torre.

Lady Miryll estaba allí, tumbada sobre una especie de camastro de piedra, cubierta con una colcha de piel. Al entrar Taliesin volvió la cabeza, buscando sus ojos directamente, con mirada impenetrable. Taliesin tenía un aspecto extraño, con todo el pelo revuelto, las ropas húmedas y manchadas de sangre, y una cara pálida como la luna menguante. A pesar de todo, la dama permaneció inmóvil, como si no le sorprendieran nada tales detalles.

Sin pronunciar palabra, levantó las ropas de la cama, como invitándolo a entrar. Visto así, desnudo, el cuerpo de la dama era de color alabastro y bellísimo, pero a Taliesin le repugnó lo mismo que si estuviera contemplando un cadáver de una matanza. Se frotó los ojos con las manos y cuando volvió a mirarla, Miryll se había tapado con la colcha hasta la barbilla.

—¿Has visto a alguien por aquí, señora? —preguntó Taliesin con voz ronca.

—No, no ha venido nadie —respondió insinuándosele con una sonrisa—. ¿Puedo ayudarte en algo? Pareces enfermo.

—¿Has estado hace poco en los baños? Me pareció verte salir.

Se llevó un mechón a la boca, como si quisiera comprobar si estaba húmedo.

—Estuve hace una hora. ¿Por qué lo preguntas?

—Perdóname, señora —dijo Taliesin mirándola con ojos suspicaces—, pero han atentado contra la vida del rey en esta villa.

Los ojos de Miryll echaban humo, pero Taliesin notó que la dama no se esperaba que hubiera hablado en los términos en que lo había hecho.

—¿Está vivo? —preguntó Miryll con voz suave, mientras alargaba la mano para llegar a una campanita de plata—. Desde luego aquí no hay nadie que quiera causar ningún mal al rey supremo de los britones.

—El rey está vivo —respondió Taliesin respetuoso.

—Que Fortuna nos salve. Tienes que perdonarme, mi señor, porque tengo que vestirme.

Miryll volvió a tocar la campana para llamar a sus camareras, algo que sorprendió a Taliesin, porque no había visto a nadie mientras subía por las escaleras.

El bardo salió de la habitación y llegó como pudo a la planta baja, apoyándose contra la pared. En el trayecto se cruzó con una criada, que se aterrorizó al verlo mientras subía a la torre. Rehízo el camino de ida, pasando por los baños y por los pasillos, que ahora estaban llenos de criados y de soldados armados, hasta que llegó a la puerta de la habitación de Artor.

—Por fin vuelves, Taliesin —Galahad empujó un poco a Gareth para que se quitara de en medio, y se dispuso a quitarle a Artor las ropas tan empapadas que llevaba—. Estaba a punto de mandar una cuadrilla a buscarte —pese al tono de voz tan seco con que pronunciaba sus frases, estaba claro que Galahad se sentía muy aliviado, viendo que Taliesin regresaba sin problema—. ¿Me ayudas con Artor? No es que sea un peso pluma, precisamente.

Taliesin se acercó para ayudar a Galahad justo en el momento en que entraba Odin, meneando su cabeza de oso, entre airado y confundido. El enorme juto llevaba el hacha desenfundada y tenía los ojos al rojo vivo, del intenso color de la locura.

—¡No toquéis al rey! —gruñó con fiereza.

Taliesin le puso una mano ensangrentada sobre el pecho.

—Baja el hacha, Odin. Artor vive en buena medida gracias a los esfuerzos de Galahad. Hay que desnudar a tu señor, darle calor y meterlo en la cama, para que yo pueda verle la herida que tiene en la cabeza.

—Y ¿quién va a ocuparse de ti, bardo? —dijo Odin, esta vez con su mirada de siempre, de un gris azulado.

—Sobreviviré. He conseguido detener la hemorragia —se volvió hacia Gareth, que seguía turbado, acurrucado en un banco en el rincón.

Parecía gravemente enfermo.

—Quizá debas salir y meterte los dedos en la garganta, a ver si devuelves, Gareth —le sugirió Taliesin—. Te vendrá bien, para eliminar el veneno que llevas en la sangre.

—He fallado a mi señor, Odin —musitó Gareth, frotándose la cara como si quisiera librarla de la droga que seguía induciéndolo a dormir—. Lo deje en una posición vulnerable al ataque.

—Sal, Gareth —repitió Taliesin—. No te vendrá mal devolver; es más, te sentirás mucho mejor.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó Odin en voz baja, con tanta emoción que

Taliesin sintió cierta pena por el desgraciado que, según Odin, hubiera causado algún daño a su señor.

—Uno de los culpables dejó caer este guante mientras huía —contestó Taliesin. Tiró el guante de cuero negro sobre una silla. Parecía una mano amputada—. Galahad tenía razón. Esta villa era la guarida del guerrero de negro.

Y entonces, por primera vez en su vida, Taliesin se desmayó.

CAPÍTULO VIII

VIEJOS PECADOS Y VIDAS INÚTILES

EL MAESTRO CANTOR no estuvo inconsciente por mucho tiempo. Alguien le había colocado bajo la cabeza un trozo de tela suave, doblada varias veces para que estuviera mullida, mientras otros le habían desnudado dejándole el pecho y los hombros al descubierto. Ahora le estaban haciendo daño, intentando limpiarle la herida por dentro.

—Me quiero incorporar —susurró Taliesin entre dientes—. Ya me coseré yo, gracias.

—Pareces tu padre, Taliesin —era la bronca voz de Artor—. Tienes que perdonar a Percival, porque he sido yo quien le ha ordenado que me deje ver las heridas que tienes. ¡Mierda, hijo! Si llegas a morir por mi culpa, no tendría manera de saber lo que pasó anoche. No recuerdo nada a partir del momento en que me metí en los baños.

Percival se puso colorado y le dio a Taliesin un paño húmedo que había estado usando para limpiarle una herida bastante profunda que Taliesin tenía en el antebrazo.

—¿Me puedes traer mi bolsita de la habitación, Percival? Y una túnica nueva. Parece que la herida está limpia, pero es profunda y hay que coser. El que me atacó se vengó con la daga, después del golpe que le asesté en la garganta.

—¿Quién era? —preguntó Artor con voz más fuerte que antes.

Taliesin se puso de pie como pudo, se quitó la harapienta túnica que llevaba y entrevió a Artor, sentado al lado de su camastro.

—No sé, pero vi la vaga sombra de una persona desnuda que salía corriendo por los baños.

Artor estaba totalmente desconcertado. Mantenía el ceño fruncido y hacía gestos de dolor, como si le dieran punzadas en la cabeza.

—Desde luego, hubo un ruido que me despertó, pero era como si estuvieran llamando a la puerta. Cogí el cuchillo y en el pasillo casi me caigo encima de Gareth. Como no se despertaba, imaginé que algo malo estaba pasando. Y como un bobo, me incorporé como un gato salvaje, en vez de llamar a la guardia. Recuerdo que oí también un grito raro, al otro lado del pasillo, y lo seguí. Creo que además vi una luz —Artor murmuraba, con los ojos perdidos en la distancia, intentando recordar lo que le había ocurrido aquella mañana.

—La luz estaba en los baños —le dijo Taliesin—. Por eso te encontré. Entonces, ¿recuerdas haber oído un grito?

—Recuerdo que había una niebla densa que despedía un olor fétido, como si hubieran echado algo al brasero. Dios, apenas me veía las manos. Pero oí algo, intenté golpearlo y a partir de ese momento es como si el tejado se me hubiera caído en la cabeza.

—Entonces debiste alcanzar al atacante —dijo Taliesin—. ¿Utilizaste el cuchillo o le diste con la mano?

—Le di un puñetazo.

Galahad interrumpió la conversación.

—Tú también oíste el grito, Taliesin. ¿Era de un hombre o de una mujer?

—Creo que era de mujer.

—Entonces, ¿dónde está Lady Miryll? —todos los prejuicios de Galahad asomaban en su mirada.

—Estaba vistiéndose cuando la dejé en la torre para regresar a tu habitación, señor —respondió Taliesin—. Ya tendría que estar aquí.

—¡Maldita sea! —exclamó Artor furioso—. Esta villa es suya. ¿Quién iba a saber mejor lo que pasa dentro de sus muros? Nos hemos entretenido demasiado. Si hubiéramos tenido una anfitriona inocente habría venido a mi habitación al oír el ataque —Artor parecía recuperado ahora que tenía un enemigo a la vista—. ¡Odin! ¡Galahad! ¡Buscad a esa mujer y traedla al atrium! ¡Id por todas partes y utilizad la fuerza que consideréis necesaria! Esta villa es un nido de víboras.

—Cuando la dejé en la torre, vi que tenía el cabello húmedo —añadió Taliesin pensativo y con cierto tono de arrepentimiento. Miryll era demasiado joven y demasiado bella como para morir acusada de traición.

—Creo que tenemos que admitir que ella está implicada en esto de algún modo; alguien ha intentado atentar contra mí —dijo Artor con voz implacable.

—Pero no fue la persona que te quería ahogar, señor, como tampoco creo que fuera ella la que te golpeara. Esas culpas habrá que cargarlas en la maleta del hombre de negro.

—Galahad me contó que me quedé inconsciente y que me salvaste, sacándome de la bañera. Insiste mucho en que, de no haber intervenido tú, estaría muerto. Te agradezco la valentía que has demostrado.

Percival regresó con el hatillo de Taliesin en la mano. Taliesin sacó una bolsita de cuero y cogió algunos utensilios médicos.

—Cada uno servimos como podemos, mi señor —respondió. En la bolsa encontró una aguja y una larga hebra de tripa. Haciendo caso omiso de las caras de asombro con que lo miraban Artor y Galván, que acababa de entrar, Taliesin empezó a coserse la herida que tenía en el brazo.

—¿Tienes que dedicarte a la costura justo ahora, Taliesin? —se quejó Galván—. Tengo el estómago y la cabeza ya bastante revueltos a estas horas de la mañana,

como para encima tener que ver eso. ¿Por qué estamos todos levantados, por cierto? ¿Y por qué está toda la guardia dentro? ¿Qué pasa?

—No comprendo cómo has logrado dormir con el ruido y el lío que ha habido, Galván —dijo Artor atribulado—. Han intentado asesinarme. Galahad tenía razón cuando decía que este lugar estaba envenenado.

—¡No seas ridículo! —exclamó Galván, todavía medio dormido—. ¿Cómo va a ser Lady Miryll el guerrero de negro?

Galahad llegó justo a tiempo de escuchar estas últimas palabras de su padre. Y se encogió de hombros de manera muy expresiva.

—¿Qué? —preguntó Galván—. ¿Qué pasa?

Gareth entró más pálido de lo que había salido, pero también más despierto.

—¡Pareces un pato mareado! ¿Qué te ocurre? —Galván lanzó toda su frustración contra Gareth, que lo único que hacía era estar allí, con un aspecto infame.

—A Gareth y Odin los drogaron, Galván, y alguien ha intentado ahogarme —explicó Artor—. Parece que Lady Miryll está implicada, pero también es posible que fuera simplemente el anzuelo de una trampa que nos tendieron los conspiradores.

Galván se quedó con la boca abierta.

Odin entró en la habitación sin hacer ruido.

—Odin, ¿qué habéis descubierto? —preguntó Artor.

—Encontramos a Lady Miryll justo en el momento en que iba a embarcar en un esquife para irse. Si nos descuidamos un poco se habrían escapado ella y su criada. Lo habrían tenido muy fácil, pero la dama se entretuvo en recoger las joyas y la ropa que tenía empacada de antes. Es curioso cómo la ambición y la vanidad han perturbado a más hombres y mujeres que el odio —sentenció Odin—. Y te interesará saber que la dama tiene un cardenal reciente en el esternón.

Artor se quedó inmóvil. Así que había golpeado a la dama en la sala de baños, mientras intentaba asesinarlo. Miryll no era simplemente un cebo; era una regicida.

—¿Dónde están?

—Como ordenaste, las tenemos bajo vigilancia en el atrium —respondió Odin con sonrisa de satisfacción. Bajo su barba pelirroja asomaban dos caninos retorcidos que hoy lucían más depredadores que nunca—. La señora de Salinae la Menor tiene una lengua muy larga, señor —añadió con tono desenfadado.

—No me sorprende lo que dices, Odin. La dama no es una dama —Artor dirigió la mirada de nuevo sobre Taliesin—. ¿Has terminado de coser, bardo? Si quiero tener la cabeza clara y conseguir alguna explicación de Lady Miryll, alguien tiene que examinarme la herida del cráneo y ordenarme bien los sesos.

Taliesin cortó el trozo de hilo con un cuchillo bien afilado y se puso en pie.

—Claro, señor. Ya he terminado con la herida.

Sacó una túnica de su hatillo y se la puso por la cabeza.

—Ahora, mi señor —dijo sonriendo—. ¿Cuántos dedos ves, si te pongo la mano delante?

ARTOR DEJÓ QUE Miryll y sus criados dieran mil vueltas en su imaginación a lo que iba a ocurrirles. Para Artor una o dos horas significaba una buena siesta y un tiempo de descanso. Para los rehenes era un tiempo de creciente tensión.

Por fin, el rey entró en el atrium, con una taza de agua caliente con miel en la mano, para entonarse. Pese al bálsamo que le habían untado en la frente, el rey parecía descansado y fuerte físicamente. Tras él venía su guardia y los nobles del retén, con un aspecto mucho más agotado que él.

Artor se sentó en un banco de mármol que estaba convenientemente situado, porque desde allí podía observar tanto la fuente como a Lady Miryll. Como la dama llevaba el cuello del vestido abierto, el monarca enseguida se fijó en que se le veían los bordes de un cardenal que estaba formándose. La dama tenía la mirada furtiva y asustada, aunque intentaba parecer tranquila y digna.

—Te deseo que tengas una feliz mañana, Lady Miryll —dijo Artor distendido—. ¿Cuántos años crees que tengo?

A la reina se le emborronaron los ojos de aversión y se apretaba las manos con tal fuerza que se le veían los nudillos blancos.

—Eres demasiado *viejo* —contestó con tono desagradable—. ¡Feo, asqueroso, arrogante y *viejo*!

Artor sonrió con una sinceridad tan convincente que a Taliesin se le ruborizaron las mejillas. Recordaba a su padre, Myrddion Merlín, hablando de los últimos y amargos días de Uter Pandragón; Artor no mostraba signos de ir convirtiéndose en el violento monstruo en que había degenerado aquel personaje, pero a lo mejor se convertía en algo peor.

—Te felicito por lo bien que sabes controlarte, señora —Artor endureció el tono —. Anoche parecías estar tan a gusto en mi presencia, luciendo tu cuerpo para deslumbrarme, y ahora veo que me odias y que odias todo lo que represento. ¿Tengo razón o no, Lady Miryll? Si es que te llamas así.

—Soy Ceridwen —susurró—. ¡Soy la doncella, la madre y la bruja! ¡Tú no eres nada y no tienes legitimidad alguna! ¡Tu reino es una farsa!

Todos los que allí estaban, formando un semicírculo, tomaron aliento, horrorizados. ¡No daban crédito! ¡Tanta arrogancia y tanta blasfemia!

Taliesin dio un paso al frente, casi sin pensar.

—¡Tú no eres mi bisabuela!

La tensión se disolvió con la enorme carcajada de Artor. Entonces explicó a los guerreros que en occidente todavía había una leyenda según la cual Myrddion Merlín era descendiente directo de la diosa, algo que, de ser verdad, convertiría a Taliesin en su bisnieto.

Artor miró a Miryll.

—Puede que te quieras hacer pasar por algo o alguien que te haga feliz. No me

importa nada, pero Taliesin sí puede ponerte objeciones, si lo reclamas como pariente.

Lady Miryll escupió a Artor despectivamente. Tenía el rostro retorcido de odio.

—Me has defraudado —dijo Artor, como para seguir la conversación—. Llevo tiempo intentando descubrir grandes intrigas y conspiraciones de mis enemigos y ¿con qué me encuentro? Con una estúpida que se cree diosa. Una mujer cretina e ignorante, utilizada como peón por una serie de despiadados que no tienen empacho en dejarla abandonada a mi justicia.

Lady Miryll volvió a escupirle, con los ojos desorbitados.

—Tienes una carita muy mona, señora, pero muy poca educación. ¿Eso es lo que te enseñó tu madre?

Miryll palideció al oír que se mencionaba a su difunta madre.

—Si lo que pretendías era asesinarme, no lo has conseguido; eso sí, gracias a que Taliesin, el hijo de Myrddion, de insigne memoria, reaccionó con rapidez y a que tus cómplices eran unos ineptos. Con todo, el fracaso es el mayor y más peligroso de los pecados, ¿no crees?

La dama contrajo un poco más el gesto, mostrando unas arrugas tan repugnantes, que Galván no entendía cómo pudo encontrarla bella en su día.

—Vamos, contesta, mujer; sigues viva porque me interesa oírte, nada más.

—¡Tú eres el fraude! —gritó Miryll por fin—. No hay sangre romana ninguna en tus venas; yo sí, desciendo de Augusto y a través de él estoy emparentada con el propio César.

—No, otra vez con esa vieja y manida cantinela —Artor movió la cabeza—. Me desilusionas realmente, Lady Miryll. ¿Eres otra de esas locas que reclaman el trono de occidente o lo que pretendes es restaurar el imperio romano? ¿A lo mejor es algo todavía más descabellado y te crees realmente una diosa?

—Mi padre, el Pandragón, era hijo de Constantino II y nieto del gran Máximo. ¿Eso no es tener sangre romana, Miryll? Pero me enorgullezco de tener sangre mezclada, porque por encima de todo soy bretón.

Artor miró con tristeza a los ojos de Miryll, como si tuviera delante a un niño al que un padre severo le ha pillado robando. El falso gesto de cariño con que la miraba era más duro que la peor de las bofetadas.

—Galván, mi sobrino, tiene un pasado mucho más noble que tú, Miryll. Y Galahad también tiene derechos legítimos. Y además es cristiano, lo cual le favorecería en cualquier disputa que se levantara en tierras meridionales por cuestiones sucesorias. Supongo que tu padre intentaría hacerte creer que procedes de algún hijo bastardo de Augusto. Pero, en todo caso, iba muy desencaminado o estaba chalado, porque en occidente a estas alturas reclamar ese linaje no vale nada, eso siempre que fuera cierto, claro. La Roma de los Césares ha muerto. En estas islas el trono pasa del rey actual al siguiente heredero directo. No imagino a los celtas reconociendo como líder ni al mismísimo Julio César, en caso de que este tipo

consiguiera librarse del Hades.

—El cáliz maldito te verá enterrado, Artor —dijo Miryll escupiendo cada palabra —. Y ese mismo cáliz servirá para bautizar a mi hijo y expulsará de estas tierras a todos tus fieles. Me rijo por las leyes antiguas y nuestra causa prevalecerá.

Estas palabras de Miryll hicieron desaparecer cualquier rastro de alegría que pudiera tener la mirada de Artor. Para los guerreros allí reunidos este cambio de actitud no resultaba demasiado propicio para la suerte de la dama.

—Bueno. Parece que ya tenemos tu versión de la realidad. ¿A qué viejas leyes te refieres, Lady Miryll? ¿Crees en Tuatha de Danaan? ¿Te sometes a las leyes de los druidas y a la justicia del hombre de paja? ¿Te has consagrado a los dioses romanos? ¿O se trata de algo aún más antiguo? —el rey supremo se detuvo con la mirada fija en la fuente de la sirena. Estuvo así un rato largo, como hipnotizado por el rítmico y recurrente fluir del agua. Después volvió a clavar sus gélidos ojos grises sobre Miryll. Taliesin sabía que en aquella mirada no había compasión alguna.

»¿O acaso estás siguiendo a ciegas las aspiraciones de otro? —preguntó Artor—. Debo admitir que me intriga saber qué tipo de hombre puede mover los hilos de una mujer tan bella como tú.

—No sabrás la verdad hasta que sea demasiado tarde —se envolvió en su capa con aire triunfante, dejando ver toda su voluptuosidad, de la cabeza a los pies.

—¿Dónde está Gronw, Miryll? ¿Dónde se ha metido tu curita?

La dama pareció desconcertada, pero se repuso de inmediato.

—No está aquí —respondió desafiante—. Ha vuelto con su gente.

—¿Con los pictos azules que viven al otro lado del muro? —interrumpió Galahad, con tono despectivo—. Creía que los celtas habían limpiado de alimañas estas tierras civilizadas, pero no me sorprende que Gronw sea un viscoso picto pagano. Seguro que los tatuajes que lleva y esa personalidad tan censurable de que hace gala son pictos. Esa gentuza no son más que escoria pagana que los otadinos tenemos que abatir, como se abate a los lobos salvajes.

Miryll volvió el rostro hacia Galahad rápida como una serpiente.

—Aunque los trates como animales aún no has logrado que se inclinen ante ti. Mi madre era la amante de Gronw, ¡y era una reina picta! Sus antepasados gobernaban estas islas antes de que llegaran los celtas y los romanos. Manejaba al inútil de mi padre como si fuera un corderito atado con una cuerda.

—Entonces te compadezco —contestó Galahad—. No cabe duda de que al final tu padre le machacó la cabeza.

Galván se sintió reconfortado por unos instantes con las crueles palabras que su hijo acababa de dirigirle a la dama.

—¡Ya basta! —rugió Artor—. ¡Galahad, en vez de verter tus prejuicios sobre Miryll, a la que parece que lo único que han hecho es liarla con historietas, encárgate de que salga un jinete a toda prisa para Aquae Sulis para que organice a nuestros guerreros! ¡Que hagan una batida por las rutas más recónditas que lleven al muro

hasta encontrar a Gronw! Ya sabes qué aspecto tiene, así que ocúpate de que la caza sea ágil, que tenga que correr como un conejo. O como una de esas ratas asquerosas a las que tanto se parece.

—Será un placer, señor —Galahad salió del atrio con dignidad, dándose aires de importancia.

El rey supremo se volvió hacia Miryll.

—Ahora que se ha marchado este joven cortesano impetuoso, quizá quieras contarme algo de tu hijo. Me gustaría saber algo más de ese niño que me sustituirá en el trono.

—Está en un lugar donde nadie puede hacerle daño, ni siquiera tú —susurró, llevándose las manos con gesto protector hacia el vientre—. Está aquí dentro.

—Desde luego —contestó Artor—. Supongo que el hijo es de Galván —y sin esperar una respuesta, continuó—. ¿Puso la semillita voluntariamente? No imaginaba que quisiera tener más hijos.

La dama apretó los labios.

—Lo intentó con todas sus fuerzas, aunque está ya viejo. Yo habría preferido que fuera Galahad quien engendrara a mi hijo, pero ese estúpido está absorbido por su dios. El padre era más fácil de manejar y se puso enseguida a la tarea. Estoy contenta porque mi hijo será el producto de distintos linajes reales.

—Artor, te juro que no pretendía… —intervino Galván con un hilo de voz, y con todo el estómago revuelto—. Sé que me drogaron, pero admito que tampoco me negué. Te pido que me perdones, señor —Galván se arrodilló ante el rey, con los ojos anegados en lágrimas.

—Si me enfadara cada vez que te acuestas con una fulana, Galván, ya tendría que haberte mandado a la hoguera hace años. Esta mujer no fue más que un bocado agradable que llevarte a la boca. No te culpo de nada, así que levántate y no vuelvas a mirarle a la cara. No es más que una mujerzuela, y nada inteligente, por cierto.

Artor lanzó esta pulla cruel con tal manejo del tiempo que toda la guardia estalló en una estruendosa carcajada. Todos los que estaban allí sabían que Galván iba detrás de cualquier cosa que oliera a femenino. Taliesin hizo una mueca de contrariedad al ver el desprecio por las mujeres que se veía en aquellas risas masculinas.

—Mi señor —dijo en voz alta—, ¿tú crees que Gronw es capaz de idear una trama tan compleja? Tenemos un obispo muerto, un cáliz de campaña robado de la tumba de otro religioso, un criado que se cree druida, la hija de un celta y una reina picta, educada en la idea de que es la reencarnación de Ceridwen, y todos esos hilos están tan enmarañados, Lord Artor, que para deshacer los nudos se necesita una mente muy lúcida. Por muy bella y muy inteligente que sea Lady Miryll, no tiene la experiencia suficiente para maquinar todo esto. Solo tienes que escucharla, señor. No hace más que repetir lo que le han enseñado, como un niño.

—¡Calla, Taliesin! —le ordenó Artor enfadado—. No necesito que me des lecciones.

Por la expresión del monarca, el debate estaba cerrado. Taliesin se retiró.

—Mis disculpas, señor.

A Miryll le habían salido unas motas rojas en las mejillas. Se puso de pie de un salto, momento en el cual Odin se sacó el hacha del cinturón.

—Es muy fácil ir acumulando porquería sobre una simple mujer, pretendiente —dijo irónica—. Tengo mucha más alcurnia que tú. Y mi venganza es saber que el cáliz terminará contigo, porque Gronw se encargará muy bien de contar lo que pasa aquí. Si me matas, todo el mundo pensará que eres un monstruo. Tu Lucius dejó un pequeño dardo envenenado para ti, y ese dardo te enterrará en tu propio estiércol. Y me divertiré viendo cómo te asfixias allí. Dirás que soy una estúpida, dilo, pero yo alcanzaré la gloria con tu castigo.

—Pero, señora, creía que sabías en qué posición te encuentras. Vas a morir. Todos esos pensamientos atroces, tu resentimiento y, lamentablemente, el hijo que quizá lleves en las entrañas, terminarán contigo en el reino de las sombras.

Miryll comprendió por fin que iba a morir cuando terminara el interrogatorio. Sus criados se movían de un lado a otro, observando la escena con ojos aterrorizados. Al ver que sobre ellos se cernía también la muerte, no hacían más que pensar en distintas maneras de salvarse. Miryll bajó la vista. Su hijo nunca daría el primer hálito de vida; quizá por primera vez empezó a pensar si aquellos desalmados, con tanto afán de gloria, no la habrían utilizado como carnaza para agrandar sus propias ambiciones.

La palidez de su rostro delataba lo que estaba pensando. Artor la observaba con una expresión algo más dulce.

—Si me asesinaran, Occidente nunca admitiría al hijo bastardo de Galván —le dijo—. Tengo tantos supuestos herederos que podría crear mi propio pueblo sólo con ellos. Y tengo sobrinos y sobrinos nietos por todo el norte. Tú y tu hijo no sois más que una vía falsa, que alguien ha diseñado para desviar la atención del auténtico punto de ataque. Lo que verdaderamente pretendía Gronw era conseguir su objetivo en Glastonbury. Puede que con el tiempo tu hijo me pudiera haber causado problemas, pero lo dudo mucho.

—Gronw no me utilizaría así —dijo Miryll rota por dentro—. Fue quien me educó y quien me custodió como parte de un plan noble y grandioso.

—Y te ha llenado la cabeza de mentiras. ¿Por qué, Miryll? El guerrero de negro ha conseguido sacarme de Cadbury, pero si no hubiera venido aquí, habrías llevado a término tu embarazo y te habrían matado, aprovechando la excusa del parto. No digas que no con la cabeza; no seas crédula, Miryll, porque ¿dónde está tu protector, ahora que tanto lo necesitas? Tarde o temprano estabas condenada a morir. Pero Gronw sí me conoce; sabía que no permitiría discordias dentro de mi reino. Te dejó atrás para hacerme perder tiempo y así poder escapar.

El rey sonrió a la dama, mostrando su pesar en la mirada, como si de un padre desilusionado se tratara.

—El reino se habría venido abajo, si Gronw hubiera conseguido su objetivo y si

yo hubiera muerto cuando intentaron asesinarme. En tal caso, Gronw habría tenido el terreno libre para construirse una base segura en Salinae la Menor, y desde allí recoger el fruto de los fragmentos rotos en que quedaría el país tras la consabida guerra civil. Siempre has sido moneda de cambio, querida, independientemente de la meta que él se trazara. Eres mujer. Si hubieras nacido hombre, Gronw habría tenido las cosas muy distintas.

Taliesin sí advirtió la falla en la argumentación que hacía Artor, pero los demás quedaron impactados y con la boca abierta, al ver cómo el rey dejaba la trama al descubierto. ¿Cuál era el papel del cáliz en todo este lío? Taliesin estaba seguro de que Gronw no podía ser el principal conspirador. No tenía suficiente conocimiento sobre la vida en la corte, ni sobre el propio Artor. Alguien más importante estaba moviendo a las personas como fichas de un tablero de juego.

—¡Estás mintiendo! —gritó Miryll, pero se veía que lo decía sin convicción alguna.

—¡Lo siento realmente, Miryll; me das pena! —contestó Artor con sinceridad—. Eres toda una mujer, una mujer muy bella, que naciste para casarte y para que te quisieran. Gronw se ha apoderado de tu futuro y lo ha envenenado, sin preocuparse lo más mínimo de lo que le pudiera pasar a la mujer que utilizaba para lograr sus propósitos.

Taliesin observaba hasta qué punto los ojos de la dama y su gesto de agonía reflejaban la verdad transmitida por las palabras de Artor. Se sentía triste al ver la juventud y la ingenuidad de aquella mujer y temía por su destino.

Artor dio un paso hacia ella, con la mano abierta.

—Te perdonaría la traición que has cometido si accedieras a contarme lo que sabes del cáliz maldito. A cambio de la información, os ofrecería gustoso mi perdón a ti y a tus criados. Y permitiría que tuvieras a tu hijo, porque no soy ningún monstruo al que le plazca subyugar a inocentes. Tengo particular curiosidad por conocer la historia de la reliquia, porque sé que el obispo Lucius antes de hacerse religioso fue soldado romano en muchos de los territorios del Imperio.

Quizá hubiera sido mejor que Artor se atuviera a su palabra y que hubiera retirado sus amenazas anteriores. Quizá habría podido perdonar a Miryll, aunque la mujer no le hubiera contado nada relevante. Después de todo, Gallia estaba embarazada cuando Uter ordenó que la asesinaran; Artor no deseaba seguir las huellas de su padre; solo pensarlo le atormentaba.

Pero todo ello queda para la conjetura, porque Miryll sí creía realmente que el rey iba a matarla. Retraída en un rincón, con el tapiz de su vida hecho jirones, decidió resolver el asunto a la romana. Si hubiera tenido una espada, se habría tirado sobre ella. Pero como no era así, se arrancó de la cabeza un largo broche dorado y se abalanzó sobre Artor para hincarle el gancho en el ojo.

—¡No! ¡Odin, no! —gritó Artor. Demasiado tarde.

Con más rapidez que el silbido de la lengua de una serpiente, Odin le segó la

cabeza con el hacha.

El cuerpo de la mujer se mantuvo tambaleante unos instantes, echando sangre por el cuello. Después, empezaron a temblarle las rodillas y se derrumbó, a cierta distancia de su cabeza, que con ojos abiertos de par en par había caído a pocos metros de allí.

Los criados se cubrieron la cara con la túnica, lanzando gemidos de angustia.

Artor suspiró, retirándose del charco de sangre que iba haciéndose cada vez más grande.

Taliesin era el único que lloraba por la dama. Durante toda su prodigiosa vida recordaría aquel gesto contorsionado, envejecido por la traición. Fue el único que vio cómo en el curso de un invierno, Lady Miryll había pasado de ser doncella, a mujer recién embarazada, para terminar muriendo con el rostro que más aterroriza a las mujeres, la máscara de una bruja.

Respetuosamente y con prudencia, Taliesin se acercó para cerrar los ojos de Miryll, y poner juntos cabeza y cuerpo. Al momento la mujer recobró sus rasgos jóvenes y delicados, un rostro pálido como la luna, callado como las sombras. La sangre le había oscurecido los cabellos; parecía una criatura de la luz y de la oscuridad, la efigie de una muchacha que nunca había existido del todo.

Aunque la sangre no llegó a salpicarle las sandalias, Artor se dio cuenta de que tenía las manos manchadas.

—¿Qué habría sido de ella si tú no hubieras aparecido por sus territorios, Galván? —musitó Artor—. ¿Y cómo le habría ido con otro padre y consejeros distintos? Todos esos tienen la culpa, como la tenemos tú y yo, porque a ninguno de mis criados se les puede acusar de haber intervenido en esta muerte.

Artor analizaba la carnicería que se había cometido en el atrio tras la máscara de sus responsabilidades reales. Pero lo que realmente se escondía tras esa máscara, a Taliesin se le escapaba.

—Que liberen a sus criados después de interrogarlos —ordenó Artor a Galván—. Podrán abandonar la villa, pero que no se lleven nada, porque esta casa ahora forma parte de las posesiones de Galahad. Todo lo que ella tenía debe ser legado a tu hijo, porque supo ver las intenciones de Lady Miryll nada más conocerla. Dejad que los que vivían con ella vayan por ahí hasta que alguna tribu los acoja, porque no quiero más sangre en este lugar.

—¿Y qué hacemos con ese? —preguntó Galván señalando con el dedo a uno de los criados que tenía el brazo roto—. No debíamos permitirle salir. ¿Cómo se rompió el brazo?

—Pregúntale, a ver —dijo Artor— pero no le hagas nada. No quiero más muertes cuando la verdadera presa se ha escapado y se encuentra a miles de kilómetros de aquí.

Galahad entró poco después de que el rey hubiera dado las órdenes y cuando los criados ya estaban reuniendo a los sirvientes para el interrogatorio. Se echó un poco

para atrás, al ver el cadáver de Miryll, pero Artor no pudo ver ni un ápice de compasión en aquel rostro tan violentamente bello.

—Excelente —dijo Galahad con toda dignidad—. La putilla ya está con su creador. No me da ninguna pena, porque era abominable.

Artor no podía creerlo; la brutalidad de Galahad no encajaba en absoluto con el código cristiano al que se acogía con tanto ardor. El joven se pavoneaba, tan pagado de sí mismo, que Galván no pudo evitar acercarse a él y darle una bofetada lo más fuerte que pudo.

—¿Y eso a qué viene? —Galahad no era consciente de lo despiadado que era.

—Lady Miryll era lo que de ella hicieron, hijo —explicó Galván—. Y para mi vergüenza, lo mismo pasa contigo. Ojalá pudieras albergar algún sentido de la compasión, como exige ese Jesús tuyo.

Por una vez, Galahad se dio cuenta de que no tenía a mano una respuesta fácil.

Galván se volvió hacia Artor y se inclinó ante su señor.

—Te ruego me permitas meterla en un esquife, mi señor. Si no hay nadie para lavar el pobre cuerpo de Miryll, lo haré yo. Permíteme entregársela al mar, para que redima su alma en el océano, y así mi hijo podrá dormir en el regazo de las olas.

—Como quieras, Galván —respondió Artor. Después se volvió hacia Galahad, pero sin suavizar un ápice su mirada—. Te concedo la posesión de esta isla desde este momento, Galahad. Tienes que mantenérmela protegida —y con esto, salió del atrio.

POCO A POCO se fue echando encima la tarde; las flores primaverales cerraban ya sus pétalos al aproximarse la oscuridad, mientras Galván, Odin, Percival y Galahad conducían el cuerpo de Lady Miryll al pequeño puertecillo que había al final de la isla. Soplaba un dulce aire crepuscular, casi una melodía que se dejaba oír por todo el jardín hasta perderse en la villa, o eso le parecía a Galván, que estaba agotado. Por la mañana ese aire habría penetrado en el estuco y la madera de las paredes, liberando la villa del hedor a Gronw. Puede que también disolviera la peste a sangre que quedaba en el atrio.

Al final Taliesin ayudó a Galván a lavar el cuerpo mutilado de la dama, una tarea que recaía normalmente en las mujeres. El bardo había visto a su madre efectuar el mismo ritual con los restos de su padre y entendía la dignidad que implicaban estos últimos protocolos.

Desnuda, lavada y perfumada, Miryll yacía sobre una sencilla estructura de madera, con el pelo retirado del rostro. Galván había volcado su joyero para coger un collar de oro que le cubriera el cuello, de modo que sirviera de unión entre cuello y cara; parecía dormida. Envolvieron el cuerpo en finas telas y le adornaron los brazos con pulseras.

Con estas atenciones Lady Miryll volvía a ser de nuevo la señora de Salinae la Menor.

Antes de que Odin y Percival levantaran el féretro para colocarlo en el esquife, Galván puso su mano izquierda sobre el vientre ligeramente hinchado de la dama. Y pensó por un momento cómo habría sido ese hijo de los dos…, pero se acordó de que ya tenía demasiados.

Galahad acompañó al féretro porque, examinando su corazón, lo había visto falto de caridad cristiana. Se dio cuenta de que había sentido celos de la dama, no de su cuerpo, sino de la facilidad con que consiguió ganarse a su padre, un hombre al que él nunca podría comprender ni querer.

Odin llevó el cuerpo, porque sabía que tenía una deuda con el espíritu de aquella mujer por haberle segado la vida. No se arrepentía, porque su deber era garantizar la seguridad del monarca, pero las culpas de sangre eran cargas muy pesadas para los guerreros que procedían de las frías tierras del norte. Con este último gesto de dignidad, Odin confiaba en que la sombra de Lady Miryll no estuviera esperándolo en Udgard, cuando la muerte se lo llevara por fin.

Percival asistió a la ceremonia por Artor. El rey no podía asistir, porque hacerlo implicaría admitir alguna culpa en sus actuaciones. Solo Percival sabía con qué fuerza había golpeado Artor las paredes de su habitáculo con los dos puños cerrados, después de salir del atrio. Solo Percival sabía que el rey supremo se había postrado para rezar al dios cristiano implorando perdón. Porque Artor no sabía si realmente habría querido ejecutar a Miryll en última instancia.

Ser rey implicaba librarse de las amenazas. Ser persona, proteger a los frágiles y los inocentes. Artor no podía ser leal a una de sus obligaciones sin desatender a la otra. Y ahora el rey supremo no sabía qué habría decidido. Por primera vez en toda su vida el recuerdo de su amada Gallia se interponía en su corazón como un lingote de plomo. Si él hubiera sido Uter Pandragón, habría asesinado a la mujer y al hijo que llevaba en su vientre sin ningún cargo de conciencia, pero, como era Artor, sufría.

Percival cogió las andas del féretro que le correspondían a Artor, recitando en silencio preces expiatorias.

Taliesin esperaba pacientemente en un extremo del puerto con el arpa fuera de la funda. El esquife seguía atado a tierra, pero con la vela hinchada; todo estaba preparado para aquella última travesía.

Una vez colocado el cuerpo, Galván soltó la cuerda del timón y el esquife se fue alejando por la corriente, en una imagen de arruinada belleza.

Taliesin entonó un canto fúnebre para la dama.

La cálida voz del bardo se perdió en la distancia, llevada por la brisa de la tarde; los pájaros, alborotados, salieron de los nidos que tenían entre los juncos y los cazadores empezaron a temblar con un miedo supersticioso, mientras se dirigían a sus trampas. Los escasos pescadores que oyeron la lejana melodía o vieron pasar el esquife flotando sobre las olas quedaron desconcertados y empezaron a llorar la pérdida de alguien a quien no sabían nombrar.

Porque era la belleza misma la que cabalgaba sobre aquellas olas y la que viajaba

en las notas de aquel canto, fantasmal y mágica.

Galván se quedó mirando el esquife y su pálida carga hasta que la marea lo devoró, disolviéndolo en la oscuridad. Contra su voluntad, lloró en silencio ahora que nadie podía ver el brillo que las lágrimas le dejaban en las mejillas. Protegido por el sudario de la noche, Galván no sabía si lloraba por Miryll o por él.

CAPÍTULO IX

OTRO VERANO SAJÓN

GRONW SE LAMENTABA sin consuelo.

—¡Está muerta, señora! ¡Está muerta! ¡Tu hija! ¡*Nuestra* niña! ¡Y el bastardo supremo está vivo, por mi culpa; no conseguí rematar lo que se me había encargado!

Gronw descendió aceleradamente por el cuello de su montura, intentando recordar el rostro de su amada difunta. Murió cuando Miryll era casi un bebé y Gronw tenía que hacer verdaderos esfuerzos por recuperar con detalle sus rasgos.

—¡Nuestra Miryll ha muerto! —dijo entre sollozos con sentimiento arrepentido —, a no ser que los dioses consigan que su sombra le persiga por el aire de la noche. ¡*Seguro* que ya está muerta!

A Gronw le importaba bastante poco lo que le hubiera ocurrido a Miryll, porque ya había cumplido su parte en el apresurado plan de asesinar a Artor. Había sido ella la que había echado droga en la comida que le sirvieron a la guardia. Había sido ella la que había llamado a la puerta de Artor y lo había persuadido engañosamente para que se diera un baño. Desnuda y riéndose, había entrado en el calidarium, en medio de un inmenso vapor, y había cumplido con lo que Gronw le había encomendado. Y hasta cuando Artor la golpeó con el puño en el pecho dejándola sin aliento, se había reído de manera infantil, mientras Gronw intentaba ahogar al monarca.

La heroica tarea que en su imaginación le proporcionaría tantos beneficios era mucho más importante para Gronw que la vida de una chiquilla. Eso se decía así mismo. La muchacha conocía las *implicaciones* de lo que estaban planeando.

El hombre sintió que un reguero de lágrimas imprevistas le resbalaba por la mejilla.

Cuando llegaron a Salinae la Menor, Miryll era una niña dulce, con la que Gronw había llegado a encariñarse al verla jugar en sus rincones favoritos. Pero cuando vio que los ojos de Miryll reflejaban la mirada de su difunta madre y que el pelo recién lavado le olía al mismo perfume, le empezó a invadir una fuerte sensación de pérdida, que lo devoró. A partir de entonces todo el cariño que pudo haber sentido por la chiquilla quedó disuelto en una marea de amargura y bilis.

Cuando se fue de Salinae la Menor, Gronw estuvo cabalgando durante días por caminos secundarios, sin detenerse más que para dejar descansar al caballo y robar

algo de comida. Desde su escondite, en alguna ocasión había visto pasar jinetes por la antigua calzada romana y por eso sabía que los guerreros de Artor lo estaban buscando.

Pero en estos momentos en que se veía abatido por el miedo, el cansancio, y el peso de sus culpas, intentaba reponerse acariciando el cáliz que llevaba guardado al calor de su jubón de cuero. Y lo conseguía. El roce con el metal le calmaba el remordimiento que permanentemente le laceraba la razón. Tenía el cáliz de Ceridwen, el cáliz de Lucius, y lo llenaría hasta arriba de sangre fresca, una y otra vez, para resucitar a su amada y a la hija de esta.

—Dormiré cuando llegue a Deva —susurró agotado a la sombra de la noche—. En cuanto llegue a Deva, estaré a salvo.

Entonó su mantra una Y otra vez, mientras el caballo seguía lentamente en dirección al norte.

EN CADBURY EL rey supremo recorría sus dependencias como una fiera enjaulada. No le apetecía conversar con nadie, ni salir a cazar, ni pasear por sus fértiles labrantíos. Se sentía ahogado, amortajado dentro de sus territorios, como si lo hubieran enterrado vivo.

Desde que regresó con sus tropas a Glastonbury, allí no había cambiado nada. Superficialmente Artor no apreciaba cambios en el rostro de sus cortesanos, ni en la seguridad de los tratados que mantenía con las tribus celtas ni en la falta de coordinación que caracterizaba a los sajones.

Pero lo que sí había cambiado desde que llegó de Salinae la Menor era su punto de mira y Artor lo sabía. La sombra de Miryll y de su hijo no le preocupaban mucho; eran unas voces más que se añadían a la gran marea de muertos que siempre esperaban a que se durmiera para perturbar sus sueños. Pero las implicaciones del ataque a Glastonbury no le permitían pegar ojo.

Indudablemente alguien había pretendido destronarlo, un conspirador inteligente Y bien organizado. Gronw se había evaporado, como si nunca hubiera existido. Pero esto habría sido imposible sin un eficaz grupo de simpatizantes; si no, los guerreros y agentes del monarca habrían encontrado al picto. Para formar una red de conspiradores como aquella se necesitaba mucha planificación, mucha paciencia y mucha decisión. Gronw, un picto desconocido procedente del norte, no había podido montar esa organización; no tenía ni poder ni alcance para encontrar, reclutar y organizar a los insatisfechos.

Gronw era un oportunista. Se había aprovechado de la visita de Galván y Galahad a Salinae la Menor con refinada desfachatez. Y lo mismo pasó cuando Artor llegó con sus soldados a la isla; Gronw diseñó inmediatamente un intento de asesinato para alcanzar sus objetivos por esa vía, fuera cual fuera su idea original. Artor se había salvado por casualidad, no porque Gronw hubiera cometido algún fallo al cambiar de

planes.

—Quienquiera que sea ahora mi enemigo, es mucho más peligroso que los sajones, porque me está atacando desde dentro y el atacante no se deja ver —susurró Artor para sus adentros—. No puedo defenderme contra un enemigo interno y tan bien atrincherado.

Contrariado como estaba, en su deambular había vuelto sin darse cuenta a sus dependencias. Se detuvo en la puerta unos segundos, intentando serenarse y recordó que con tanto pensar en la conspiración y cómo detenerla, se había olvidado de que lo estaban esperando para la habitual sesión de juicios. Dio un golpetazo innecesario a la puerta y se metió en la habitación.

—¿Señor? —Odin levantó la cabeza del camastro en el que descansaba.

—Soy un viejo zorro atrapado en una trampa por una pata. ¿Me atreveré a cortarme esa pata para liberarme?

Odin miró a su señor con cara de preocupación.

Artor estaba ataviado para la Sesión de Juicios y ahora tiraba al suelo su anillo de oro con toda la fuerza que tenía.

—¡Artor! —protestó Odin—. ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada, salvo que conozcas un mecanismo para que yo me evapore y desaparezca de aquí.

Artor frunció el ceño y por un instante Odin creyó que se iba a echar a llorar.

—Pero, en todo caso, ¿adónde iría, si decidiera largarme y olvidarme de todas mis obligaciones? ¡No puedo ir a ningún lado! ¡Sólo aquí!

Odin recogió el anillo del rey y le arregló un poco la túnica.

—Tengo miedo, Odin. ¡No veo cómo salir de este embrollo!

Al oír el tono con que el rey había gritado estas palabras, Percival entró de inmediato en la habitación.

—A ver, ¿alguien más que quiera ser testigo de mi vergüenza? —Artor se dejó caer en su silla, agarrándose la cabeza con las manos.

El monarca había estudiado a los filósofos y entendía bien que su reino estaba desmoronándose. Notaba el olor a decadencia que despedían sus territorios, un olor a podrido como el que despiden los pergaminos atacados por termitas. Veía la descomposición en las riñas que se levantaban entre sus soldados y en la depravación de hombres como Mordred. Y no se equivocaba.

Los nobles y los guerreros se habían olvidado de lo terrible que era la vida cuando vivían apresados entre dos males: el gobierno de un déspota y la implacable presión de los bárbaros. Como Artor había terminado con las guerras y había impuesto la paz y la autoridad de la ley, en Cadbury Tor quedaban ya muy pocos moradores que recordaran los lejanos años en que la fortaleza estaba en ruinas y las murallas abandonadas, totalmente cubiertas de brozas y vegetación. O se habían olvidado del régimen de Uter Pandragón o no habían nacido cuando aquel trastornado gobernaba el país con el puño de hierro de su terrible locura.

Las personas olvidamos con facilidad a qué sabe, a qué huele y cómo hiere el dolor. Tras varias décadas de estabilidad, parte de los aristócratas celtas habían olvidado lo excepcional que había sido Artor en su juventud, y con que habilidad incluso ahora, en los rescoldos de su vida, seguía manteniendo la seguridad de sus fronteras. Y había nobles arrogantes, ignorantes también de las lecciones que proporciona la historia, que se creían capaces de ocupar el puesto del rey supremo.

—Aunque mi reino estuviera sano y fuerte, yo no podría evitar los embates de mi propia debilidad, cada vez mayor —le dijo Artor a Odin, embargado por la emoción.

Si alguien se atreviera a decir la verdad con sinceridad, Artor percibía ese olor a decadencia en lo incontenible de su ira; todo y todos los que le rodeaban le irritaban.

Odin y Percival no encontraron manera de consolar a Artor. Mudos y derrumbados, lo único que podían hacer era mostrarle al monarca su amor y su fidelidad, dos cargas más que añadir al abatimiento real.

ESE DÍA, DESPUÉS de la Sesión de Juicios, Artor decidió contar sus recelos a la única persona que parecía escuchar con imparcialidad sus preocupaciones.

—Has cabalgado mucho estas últimas semanas —le dijo Lady Elayne, acariciándole la frente como si fuera un niño con fiebre—. Tienes que estar reventado.

Según todos los dictados humanos y religiosos, Artor no tenía que haber buscado la compañía de la mujer de Bedwyr. Si los descubrieran juntos, la corte enseguida empezaría a rumorear sobre faltas de fidelidad. Indudablemente a él también lo considerarían culpable, aunque nadie se atreviera a decirlo. A ojos de la opinión pública, si a Lady Elayne se la viera en compañía del rey, sería considerada una puta. Pero Artor necesitaba un confidente, alguien con una mente más fría, menos sesgada que sus colaboradores. Egoístamente siempre buscaba a Lady Elayne para hablar. Y si en algún momento le asaltaban los remordimientos con respecto a Bedwyr, se tranquilizaba pensando que ninguno de los dos, ni Lady Elayne ni él, hacían nada inadecuado.

Artor suspiró.

—A los sajones no les interesa saber si estoy cansado o no. Ni tampoco a todos esos personajes de entre los celtas que conspiran contra mí. Quieren darle la vuelta a la tortilla y regresar a los días aciagos, anteriores al momento en que Ambrosius sacó a las tribus de la barbarie. Sí, estoy cansado, pero ya tendré tiempo de dormir. Hoy, mañana y todos los días de ahora en adelante tengo que prepararme para cabalgar y cabalgar, hasta donde sea necesario.

Con todas sus fuerzas lo que Artor deseaba era abandonar su agotada cabeza en manos de Elayne y tomar aliento de sus palabras.

—Mi señora, soy viejo y el cuerpo me traiciona a cada paso que doy en la silla. Si volviera a ser joven, este verano sajón no me agotaría tanto. Pero, por desgracia,

occidente se ha relajado con tantos años de paz.

Ahora le tocaba suspirar a Elayne. Era muy difícil este nuevo rol que asumía como confidente del monarca y durante los últimos tres meses le había causado muchos problemas de conciencia, desde que Artor había regresado de Salinae la Menor.

Amaba profundamente a Bedwyr, como hombre y como marido, y no tenía intención alguna de traicionar sus votos matrimoniales con el rey Artor. Se sonrojaba de solo pensarlo, porque el rey nunca la había importunado sexualmente. Sin embargo, Elayne sabía que de la noche a la mañana la reina Wenhaver y los rumores que corrían por la corte podían convertir sus inocentes acciones en imperdonables pecados. Si admitía estar a solas con Artor, dejaba a Bedwyr en muy mal lugar. Pero había algo visceral que la unía al rey supremo y la inducía a actuar como confidente. Entendía la vulnerabilidad del monarca y lo necesitado que estaba, cada vez más, porque nadie que tenga sangre en las venas puede sobrevivir sin compartir sus más íntimos pensamientos. Y quien no reconoce esta necesidad de abrirse a alguien, termina en la locura.

Y además, como Elayne era una joven muy honesta, no podía dejar de reconocer que le halagaba verse tan requerida por el rey supremo de los britones. No podía negar el placer que da sentir que un hombre tan importante te necesita, y no por el físico, sino por la inteligencia. Quizá por primera vez en la vida, Elayne se sentía importante y a esa sensación era difícil renunciar.

—Pero ¿están los bárbaros realmente soliviantándose, señor? He oído hablar de su crueldad, pero nunca nos hemos sentido amenazados.

—Se están soliviantando, Lady Elayne. Y esta vez vienen a caballo. Como ya han aprendido, no me servirá simplemente con la fuerza de unos cabestros para mantenerlos fuera de nuestras fronteras. Han llegado mensajes de Ratae, Venonae, Lavatrae, incluso de Portus Adurni, pidiendo que les enviemos refuerzos para detener a los lobos que amenazan con tirarles la casa. Afortunadamente aún no han encontrado un líder capaz de unificar los enclaves sajones, y aún podemos reducirlos uno a uno; alabado sea Mitra y los demás dioses de la guerra y las artes militares.

—Pero ¿no es muy difícil para nuestras fuerzas tener que controlar unos enclaves tan dispersos? Supongo que tendrán que cabalgar kilómetros y kilómetros para llegar hasta el enemigo, por ejemplo en lugares como Ratae o Anderida.

Artor se inclinó ante ella y le besó la mano. Elayne se sonrojó y viendo que Artor había traspasado los límites de lo permitido en su relación, retiró la mano, escondiéndola en su regazo.

—Querida señora mía. He reforzado las fortalezas para repeler a los enemigos en semejante situación. Pelles, Galván y el valiente de tu marido llevan muchos años entrenándose con los soldados para combatir a distintas fuerzas sajonas. Los sajones solo nos causarán verdaderos problemas cuando se unan bajo un mismo líder.

—¿Y tú estás seguro de que puedes rechazar a las fuerzas que vengan, por

ejemplo, de Anderida?

—Sí. Anderida es responsabilidad únicamente mía desde que tengo veintidós años. Estoy deseando salir para combatir a los sajones y expulsarlos de semejante lugar pestilente.

Elayne miró a Artor con los ojos de par en par. En sus pupilas veía irritación y miedo, pero también emoción. Artor vivía para los retos y en su avanzada edad la amenaza sajona ya no representaba el foco de sus temores.

—¿Tienes refuerzos que mandar a las fortalezas, señor?

—Aún no, señora. Pero la tribu de los cornovios irá a fortificar Ratae y Venonae, donde Galván sigue gobernando con mano firme a los soldados. En esta etapa no tengo miedo de que los sajones penetren por los bosques.

—Pero sigues con el ceño fruncido —murmuró Elayne—. Si las tribus se mantienen fieles, los sajones tendrán que enfrentarse al poder de nuestras guarniciones fronterizas, como siempre.

—Y si no se mantienen fieles, ¿qué? Llevo tiempo pensando qué pretende la tribu de los brigantes, porque han tardado mucho en desplazar soldados a Lavatrae. Mordred habla mucho, pero sus tropas no salen de sus fronteras. Siguen estando aislados y para defender el norte me he visto obligado a confiar en el valor de los guerreros de Galahad, y en la fuerza que les confiere el odio que Morcadés siempre ha manifestado contra todo lo sajón. Por suerte, la tribu de los ordovicos seguirá moviéndose a las órdenes de Bran y de acuerdo con los deseos de su madre, Anna.

Mientras Artor le contaba con tanta naturalidad estos detalles familiares, Elayne contuvo el gesto de manera instintiva. Le complacía la confianza que el monarca depositaba en ella, pero se sentía conmocionada al ver la cantidad de odio, de argucias y de desconfianza que regía en la Unión de Reyes. Lo que contaba el rey supremo le abría a un mundo habitualmente cerrado alas mujeres, pero lo que veía le oprimía el corazón.

—¿No crees que estos muros pueden tener oídos, señor? Parece que la Unión de Reyes no fomenta relaciones demasiado cordiales o de confianza, así que a lo mejor estamos rodeados de espías. Supongo que tendrás espías en sus tierras.

—Desde luego. A Gruffydd se le da estupendamente eso de encontrar colaboradores con talento que le ayudan a tener buena información.

—¿Y no temes que haya alguien escuchando justo ahora lo que decimos?

Artor se encogió de hombros, inexpresivo.

Elayne se levantó, fue hasta el rincón más alejado de la habitación y miró por detrás de los enormes tapices bordados que hacían más acogedora la estancia. Satisfecha al comprobar que allí no había más oídos que los de la guardia de Artor, volvió junto al monarca.

—Lord Mordred presume mucho de ser pariente tuyo —dijo en voz baja, acercándose al rey más de lo que acostumbraba—. Dice que su madre es tu hermana mayor, aunque solo sabemos por él que la reina Morcadés sedujo a su padre. Mordred

va rumoreando por ahí que el auténtico heredero es él y que tú estás ya demasiado viejo para controlar el territorio. Está induciendo a la revolución, furtivamente, eso sí.

Artor dio un puñetazo sobre los brazos de su recargado sillón real. Entornó los ojos con aire de sospecha. Por unos minutos Elayne supo que dudaba de ella.

—¿Cómo es que Mordred te ha permitido saber todo eso? Es demasiado listo como para revelar abiertamente sus planes.

—Mordred nunca te critica directamente. Quienes lo escuchan sacan las oportunas conclusiones a partir de sus insinuaciones y mentiras y él les deja que vayan por ahí con sus difamaciones. Mordred siempre negará que haya incitado a la traición, pero al tiempo crea la atmósfera necesaria para que se produzca. Estate atento, mi señor. Cuando me siento en la cámara de la reina, los oigo hablar.

—Mordred no es mi heredero. No tiene cuna, arrastra toda la amargura de su madre sin tener razón alguna que lo justifique. Preferiría morir sin heredero, poniendo en peligro la seguridad de occidente, que dejar el reino a un falso pretendiente como Mordred. Ni tampoco me preocupa que cuando muera encuentre apoyos para su causa. Su falta de legitimidad siempre será un obstáculo para que lo acepten las tribus.

El rey supremo se calló, pero Lady Elayne no quería renunciar tan fácilmente a la conversación.

—La tribu de los brigantes controla un territorio inmenso —dijo en voz baja—. Tiene una población muy amplia, peligrosamente amplia. Tengo miedo de Mordred, mi rey. Hay algo en él que me repugna, aunque cuando quiere es muy agradable. Hay algo femenino en la manera en que se complace con el rumor más cruel —Elayne se ruborizó y Artor vio cómo se le cubrían de pecas las mejillas y la nariz. Era como si le avergonzara haber hecho este comentario, que parecía ir contra su propio sexo. Por eso intentó explicarse—. Si Mordred fuera un hombre al que le gustaran los hombres, bueno, eso no sería impedimento para que reinara. Muchos guerreros han rechazado a las mujeres para entregarse a otro hombre. En eso pocos celtas lo criticarían. Pero hay algo en la manera en que me mira que me hace sentirme sucia, envenenada, como si disfrutara con los comentarios que provocan daño. Si los criados son torpes, si cogen a algún bobalicón en algún delito… Mordred disfruta con sus miedos y los castigos que les infligen. Ese sadismo no es sano en nadie, y en un rey es terrorífico.

Ahora Lady Elayne se puso como un tomate, porque pensó que esa conversación con el rey no estaba siendo muy adecuada. Al ver lo apurada que estaba, Artor se echó a reír.

—Lo siento, señor —se disculpó—. Estaba hablando sin pensar. Perdóname; he sido demasiado franca.

—No importa, Lady Elayne. Estoy de acuerdo en todo lo que has dicho; pero esta conversación no resultaría muy apropiada para el parterre de la reina.

Ahora le tocó reírse a Elayne.

—Señor, si hablas en serio, es que no sabes muy bien de lo que hablan las

doncellas bien educadas.

—Bueno, nunca he considerado a Mordred un heredero viable; ¡nunca! Conozco demasiados detalles de ese joven engreído como para tolerar sus errores en el trono; ni siquiera como miembro de mi familia.

El rey se frotaba sus enormes manos de un modo extraño que, para Lady Elayne, podían ser signo de timidez o de vergüenza. Artor parecía estar buscando fuerzas para compartir con ella un secreto que le resultaba particularmente desagradable.

—¡Mordred no es ni siquiera un hombre como tal!

Viendo la cara de desconcierto que ponía Elayne, Artor se preguntaba por qué habría dicho nada. Hay secretos que es mejor guardar y costumbres que mejor se dejan de lado a la luz del día.

—No te entiendo, señor —el afable rostro de Elayne brillaba de interés y curiosidad en la semioscuridad de la sala.

—Olvida todo lo que he dicho de él, Lady Elayne ——murmuró Artor—. Estaba desvariando como las abuelas y debería haber aprendido ya a no dar opiniones sobre mis familiares.

Artor se había educado en un mundo romano; por eso había interiorizado la tolerancia sexual que le caracterizaba desde que era un recién nacido. Dónde se procuraba uno el placer sexual era cuestión de su conciencia y su religión; desde luego al rey supremo no le debía interesar lo más mínimo. Pero Mordred había ido más allá de lo que Artor podía tolerar y había resucitado un espectro que atormentaba el espíritu ya suficientemente angustiado del monarca.

El rey supremo había descubierto la vida secreta de Mordred por pura casualidad, porque el brigante conocía Cadbury demasiado bien como para perseguir a sus presas dentro del recinto. Había sido un campesino que, un día que el rey iba por el campo con su guardia, se le había acercado y le había contado lo incontable a su dueño y señor.

El lugareño se había interpuesto en medio del camino, casi bajo las patas del caballo de Artor.

—¡Por todos los dioses! —gritó el monarca, tirando de las riendas con tal fuerza que el caballo casi cae sobre sus ancas.

Odin sacó el hacha y durante unos instantes la carretera se convirtió en un conglomerado de caballos relinchando, armas desenfundadas y hombres airados.

—¡Mi señor! ¡Sálvame! ¡Salva a mi hijo! —gritaba el campesino, con la cara surcada de polvo y lágrimas. Cuando el hombre se acercó para tocarle la pierna, Artor percibió un hedor a mugre y a miedo.

—¡Déjalo en paz, Odin! —ordenó el rey—. Está desarmado; no puede hacerme nada.

Artor bajó de su montura y ayudó al hombre a levantarse del suelo, donde estaba arrodillado, en mitad del polvo.

—¿Por qué me has obligado a parar poniendo en riesgo tu vida? Mi escolta podría

haberte matado por la tontería que has hecho. ¡Vamos, hombre! ¡Habla si quieres algo de mí, no soy adivino!

—No puedo hablar delante de ellos —susurró el campesino, señalando a la guardia—. ¡Por favor, señor; tengo miedo y me da mucha vergüenza!

El hombre no tendría más de treinta años, pero andaba encorvado como si tuviera más del doble. Rezumaba pobreza todo él, con el pelo enmarañado y la ropa remendada.

Compadeciéndose de él, el rey supremo lo llevó a un recodo del camino, algo alejado de la guardia, para que no les oyeran. Odin manifestó su desaprobación con un gesto muy claro.

—Somos una familia pobre, mi señor, porque la tierra no es rica y yo debo parte de la cosecha a mi terrateniente. Si no, nunca habría enviado a mi Finnbar con el joven dueño.

Artor asintió, expresándole confianza.

—Finnbar es mi primogénito, pero es pequeño y no sirve de mucho en la granja. El joven señor pasó un día por nuestra casa y al ver a mi hijo me ofreció tomarlo a su servicio. Yo no vi nada malo en ello. Lo juro, mi señor. No habría aceptado una sola moneda si hubiera sabido que le iban a hacer algún daño.

Artor dio una palmada en el hombro de aquel pobre hortelano en un gesto de compasión nada frecuente en él, aunque no sabía si con tantas excusas estaba ocultando alguna culpa.

—Finnbar marchó a Cadbury y durante semanas no supimos nada del chico, hasta que hace tres días llegó a casa. Estaba sangrando y me dijo que lo habían violado y apaleado. Está destrozado; sentado junto a la chimenea, sin probar bocado. ¿Qué hago, señor? Ya me he gastado la moneda que el joven dueño me entregó.

Ni siquiera entonces Artor sintió especial interés. El hombre había vendido a su hijo mayor y ahora, encima quería que se le hiciera justicia al muchacho. El rey supremo frunció el ceno con cara de desprecio.

—¿Qué años tiene Finnbar? —preguntó.

—Ocho, mi señor, pero es menudo para su edad.

—¡Puaj! —asqueado, Artor soltó un sonido involuntario. La edad del chico agravaba el delito del padre, porque ¿qué iba a buscar un noble en un chiquillo? En su fuero interno el campesino tendría que haber sospechado que el niño corría peligro.

El abuso infantil mancillaba la sociedad, aunque nadie hablaba de ello. Artor recordó una gruta infernal a la que entró de joven, un lugar al que llevaban a los niños algunos pervertidos, ya muertos por suerte, que satisfacían sus enfermizas fantasías con los cuerpos tiernos de los muchachos. Y con el recuerdo de aquello le sobrevino también el olor a carne descompuesta y el lamento de mujeres afligidas. Unas imágenes que aún lo perseguían.

—¿Quién era ese joven príncipe que compró al niño? —preguntó Artor con voz dura y fría, que atentaba contra la sensibilidad de aquel hombre, servilmente

entregado a él.

—No me dijo su nombre, señor, pero Finnbar lo llamaba Lord Mordred.

Horrorizado, Artor se dio la vuelta. Dijo a Odin que diera al campesino una moneda de oro para atender a su hijo y después envió a un sanador de confianza a su casa.

Artor intentó aliviar su conciencia como pudo, pero decidió no sacar el tema con Mordred. ¿Qué podía decirse ante aquello? La alianza con los brigantes era mucho más importante que un niñito, pero el monarca acarreaba la culpa de no haber hecho nada.

Como explicó a Taliesin aquel día, la Unión de Reyes le había salido muy cara, porque se había visto obligado a tolerar cosas que le resultaban repugnantes. Cuando Lady Elayne no estaba a mano, Taliesin era el perfecto interlocutor, porque a diferencia de con la dama, Artor podía contarle al joven bardo lo que quisiera.

—Pues no tuviste en cuenta a las tribus cuando castigaste a los asesinos de Luka —murmuró Gareth, mientras ofrecía a su señor una botella de agua fresca y una fuente de manzanas—. Te llevaste a todos por delante, sin tener en cuenta ley alguna.

—¡Eso fue distinto! —soltó Artor desabrido.

Odin levantó una ceja y Artor tuvo el detalle de ruborizarse.

—¡Vale, bien! Es verdad que perdí los estribos cuando mataron a Luka y que no esperé a que los reyes tribales juzgaran a los asesinos.

Odin pasó un cuchillito al monarca para que cortara la fruta.

—Que yo tenga mal humor no cambia nada. La tribu de los brigantes es importante para la causa, porque, al controlar la parte central de occidente, resultan esenciales en las campañas contra los bárbaros. ¿Os imagináis lo que ocurriría si los sajones emprendieran un ataque sobre las tierras de los brigantes y los abatieran? Tendrían vía libre para cruzar los territorios de Mordred y llegar hasta el océano Hibérnico[4]. Todo el norte quedaría desgajado y desprotegido. Entonces ¿cómo íbamos a contener a nuestros enemigos? ¡No podríamos! Al final perderíamos occidente entero.

O eso es lo que pensaba Artor. Pero cuando observaba a Mordred, sentado allí entre las damas, con el ceño fruncido y expresión sardónica, echando inmundas estupideces por la boca, el rey supremo se sentía profundamente asqueado.

Tras la escrupulosa investigación de Gruffydd pronto supieron hasta dónde llegaban los excesos de Mordred. Niñas, esclavos, chicos y mujeres vulnerables servían de manjares en la mesa del brigante; cualquiera podía caer víctima de sus redes, si tenía la mala suerte de estar bajo su dominio. Mordred no le hacía ascos a nada, porque lo que le gustaba era provocar daño y humillación, no satisfacer sus necesidades sexuales. El sexo de la víctima no parecía importarle. Artor entonces vio claro que todos los trofeos de Mordred eran vicarios de la única persona que lo había rechazado antes de que tuviera siquiera conciencia de lo que significaba la palabra humillación, su madre, la reina Morcadés.

Artor estaba seguro de que, por refinado y controlado que pareciera, Mordred buscaba vengarse de los brigantes, sobre todo de aquellos hombres, mujeres y niños que le habían ridiculizado de pequeño, amargándole los solitarios años de su niñez. Bajo el apacible rostro de Mordred, seguro que había un volcán escupiendo ira. Con cierto remordimiento, Artor se sintió próximo a Mordred en sus motivaciones, porque a él le podría haber pasado algo parecido; si los tres viajeros no hubieran llegado a Villa Poppinidii hace cuarenta y ocho años y si Frith no le hubiera dado su amor incondicional, habría tenido que recorrer ese mismo paisaje sombrío.

—¡Mordred nunca será íntegro, nunca! —se decía Artor para sus adentros—. A Keu le pasaba lo mismo. Demostró que la gente no puede huir del daño, los traumas y las heridas sufridas durante la juventud. Lo más que pueden es esconder su auténtico yo durante un tiempo, pero el veneno no ceja hasta que, antes o después, encuentra una vía de escape.

Y así dejó que Mordred siguiera, sabiendo muy bien que con eso lo único que conseguía era retrasar lo inevitable. Con todo, se dedicó a observar al brigante muy de cerca, porque sabía que el círculo de su vida empezaba a cerrarse.

ESA MISMA SEMANA Elayne y Artor se encontraban de nuevo en las dependencias reales, hablando en privado. Artor le estaba contando que le había llegado una petición de ayuda de Portus Adurni y que estaba preocupado por Anderida, la inexpugnable fortaleza sajona de la costa meridional, cuando oyó un débil sonido al otro lado de la puerta. Sin cortar la conversación, se dirigió tranquilamente a la puerta sin hacer ruido y la abrió de golpe.

Y allí estaba Mordred, ligeramente encorvado, como si estuviera intentando levantarse. El rey de los brigantes no pareció apurarse al verse descubierto y se incorporó tranquilamente, haciendo una irónica reverencia.

—¿Ya has escuchado lo que querías, Mordred? —preguntó Artor con tono amable. Elayne veía que el rey siempre se controlaba delante de Mordred.

—La población de Portus Adurni siempre se aprovecha de las sombras —dijo Mordred arrastrando las sílabas—. Evidentemente, puedes repetir la historia y recuperar de nuevo la fortaleza de Anderida, pero a mí en tu lugar no me agradaría arrastrarme por el fango, sobre todo a tu edad, mi señor.

—Nunca pretendería pedirte que lo hicieras, Mordred. Por lo que parece, el fango que a ti te gusta es un fango moral, que se me escapa —revestido de falsa bonhomía, Artor dio una palmadita en la espalda de aquel miserable, quizá demasiado entusiasta —. Además, todos los héroes de Anderida, excepto Odin y yo, están muertos. Puede que tú tampoco duraras demasiado, privado de tus pequeños… placeres.

Mordred frunció el ceño, sin ocultar su turbación. Como el brigante rara vez mostraba sus sentimientos, Artor disfrutó de su pequeña victoria.

—No sé a qué te refieres, señor.

—¡Sí lo sabes! —dijo Artor con una sonrisa—. Supongo que nunca imaginarías que iba a descubrir tu secreto. Últimamente me he dedicado a recorrer mi territorio para ver cómo viven mis vasallos más menesterosos y ¡es increíble a lo que llegan por unas cuantas monedas!

Mordred se quedó blanco.

—Y por lo que se refiere a los sajones de Anderida, eso es cosa de valientes —siguió Artor con tono educado—, y veo que tú prefieres la compañía de mujeres y niños.

—Ese defecto parece que es de familia, señor —Mordred sonrió a Lady Elayne desde la puerta—. Te deseo muy buenos días, señora. ¿Está a gusto Bedwyr en Ratae, tan lejos de tus brazos? Seguro que echa de menos la felicidad que le proporcionas —Mordred miraba fijamente a la zona poco iluminada en que estaba Lady Elayne.

—Sí, Lord Mordred —contestó con voz amable—. A menudo me escribe diciéndomelo —miró a Mordred con ojos fríos, llenos de palpable desprecio. Saliendo de la oscuridad, avanzó un poco hacia la puerta. Detrás aparecieron Odin y su camarera—. Siempre me pide que cuide del rey, como debe hacer cualquiera que le haya jurado fidelidad. Veo que escuchas atentamente por detrás de las puertas, señor. ¿Será para saber si el rey te necesita?

—Desde luego —respondió Mordred, bajando la cabeza sardónicamente. Le encantaban estos juegos del ratón y el gato, sobre todo cuando se sentía en terreno seguro. Era una pena que Artor hubiera descubierto su secreto, porque era un arma que podría usar contra él, pero en toda situación desagradable siempre hay algo que la salve. Artor no había dicho nada abiertamente. Y no lo iba a hacer ahora, pensaba Mordred con aire petulante, que necesita mis guerreros más que nunca, ahora que se nos viene encima otro verano sajón.

CUANDO ARTOR SALIÓ a lomos de su caballo para dirigir la campaña contra los sajones, lo hizo con una sensación de alivio, por haber puesto a Mordred sobre aviso y por librarse por fin del hedor de la corte. Era una pena que ese rey de los brigantes lo hubiera visto con Lady Elayne, pero la dama había demostrado tener recursos para toda ocasión. Artor sonreía al acordarse de lo que Elayne había contestado ante las taimadas intimidaciones de Mordred.

Después de meses de incertidumbre, de tantas conspiraciones y contra-conspiraciones, de cálices malditos y rebeliones infames, dedicarse a matar justificadamente, aunque respetando ciertos límites, venía muy bien. En la guerra cada uno tiene su papel y los campos están bien definidos. Evidentemente siempre cabía la posibilidad de que un aliado se cambiara de bando, pero, comparado con las vueltas que da la política, aquí estaba claro quién era amigo o enemigo.

El gobernador de Portus Adurni había enviado un correo a Cadbury con un mensaje urgente para el rey supremo. En el extremo de Magnis Portus, a unos ciento

cincuenta kilómetros de Cadbury, la gente de esta ciudad portuaria respondía con agilidad a las incursiones que habitualmente hacían los sajones. Clausentum y Portus Adurni defendían las carreteras que iban a Venta Belgarum y hacia la costa; por eso cuando los espías les decían que los sajones habían salido de la ciudadela por mar y tierra, pedían auxilio.

La batalla de Anderida se libró cuando Artor era muy joven e inexperto; y en aquel momento no pudo ver lo difícil que resulta vencer en esta fortaleza tan bien defendida. El rey regresaba a los comienzos, salvo por el hecho de que ahora eran los sajones de Anderida los que venían contra él. El mundo estaba al revés: a los sajones ya no les satisfacía simplemente defender su fortaleza o desafiar a los soldados de Artor para que los expulsaran. Ahora veían que la rueda de Fortuna había cambiado y que pronto sería su momento.

Puede que este verano sajón fuera el último. Artor lo sabía, pero le provocaba la misma emoción de siempre, pese a que le dolían todos los huesos. Mientras viviera, ni Anderida ni el resto de los bastiones de sus enemigos orientales atacarían sus fronteras con impunidad.

Los sajones iban saliendo en tropel de Anderida, de Durobrivae y de Lindum. Para contrarrestarlos, Artor trasladó sus tropas de Cadbury a Venta Belgarum. Las fuerzas de Ratae, Lavatrae, Venonae y Verterae también fueron movilizadas y estaban en alerta máxima. Artor iba solo con caballería y arqueros porque los sajones de Anderida nunca había sido expertos jinetes.

Mientras Artor veía cómo levantaban su tienda en el vivac, Wenhaver disfrutaba de los meses de verano, descansando en su cámara, bordando y chismorreando. Las damas estaban obligadas a acompañarla, como tantos principitos que habían quedado en la ciudadela, prendados de ella. Mordred era uno de sus favoritos, por las pesadas bromas que le gustaba hacer sobre el monarca, para disgusto de los gemelos, de Elayne y de los criados que, sin decir una palabra, les servían vino y pasteles bañados en miel.

Afortunadamente para Mordred, Artor decidió que los gemelos debían incorporarse a la guerra y envió orden de convocarlos. A las tropas les vendría bien su energía y ellos tendrían oportunidad de probar su valentía y sus habilidades estratégicas. Como los sajones habían llegado esta vez hasta las tierras bajas y los bosques de Silva Anderida, no iba a ser fácil desalojarlos sin graves pérdidas humanas. Por eso necesitaban mentes frías y valientes, como las de los hijos de Anna.

Mordred sabía con seguridad que a Wenhaver le importaba muy poco si su marido salía vivo de esta providencial campaña. Pero en eso infravaloraba a Wenhaver.

El espejo de la reina no mentía y Wenhaver se vio obligada a escucharlo. Se daba cuenta de que había caído en la madurez de manera irrevocable, de que era estéril y de que su único gran logro en la vida había sido convertirse en reina máxima de occidente. Si Artor moría, no tendría más mentores que la reclamaran como trofeo de

guerra y se vería obligada a irse reduciendo hasta acabar en la nada, una belleza legendaria caída en la más terrible de las decadencias. En caso de que se produjera tamaño desastre, Wenhaver caería en el olvido, sumida en la pobreza que espera a las viejas estériles e innecesarias.

No, Artor tenía que sobrevivir; que los dioses se apiadasen de esos nobles celtas que pretendían interponerse entre ella y el trono del rey supremo. Wenhaver consiguió concitar toda su influencia como reina para apoyar a Artor como justo y legítimo gobernador de occidente. Y cuando se iba a la cama, sola, hacía votos en silencio para poder soportar su celibato, si eso servía para que su marido siguiera en el trono en momentos tan difíciles. Se dedicó a recorrer Cadbury a caballo para reconfortar a las esposas de los guerreros de Artor y habría ido más allá si los territorios fueran más seguros. Y también enviaba mensajes a la Unión de Reyes, recordándoles antiguas deudas y asegurándose de que los reyezuelos aportaran su parte en la leva de hombres y dineros para sufragar la campaña de Artor. Para su sorpresa, hizo capitular hasta al mismo Mordred.

Lánguida y ociosa, la mayoría de los cortesanos consideraban a Wenhaver un ser tan inútil como un perrillo faldero. Llevaba la melena rizada y perfumada, las manos espléndidas, de palmas sonrosadas, y los pies frágiles como los de un bebé. Pero se equivocaba quien la considerara desdeñable. Como reina de occidente, cumplía su papel.

Artor había enviado a Balan a custodiar las tierras bajas de Silva Anderida y los bosques que quedaban al norte de Noviomagus y Anderida, donde el monarca había iniciado una estrategia contra los sajones, que consistía en cavar zanjas a lo largo de una franja de montañas bajas, mientras la caballería se ocultaba en la retaguardia. Con renovado entusiasmo, Artor situó a sus arqueros detrás de las líneas defensivas, armados con sus peligrosas lanzas de madera, perfectas para empalar caballos según vinieran a la carga monte arriba. Aunque los sajones habían empezado a utilizar fuerzas de caballería, todavía les resultaba un concepto ajeno; Artor confiaba en que los bárbaros no se dieran cuenta de las dificultades que les había preparado en el campo de batalla.

En su tienda, Artor explicó su plan de ataque a los capitanes. En dos palabras, pretendía organizar una treta para tentar a los sajones y hacerlos caer en una trampa que acabara con ellos.

Al ver la jugada que pretendía llevar a cabo el rey supremo con tanta naturalidad, Balan se quedó absorto mirando a Artor con admiración.

—Los sajones no conocen qué tipo de disciplina se necesita para llevar a cabo cargas de caballería —explicaba a Balan—. Por desgracia para ellos, el triunfo no se consigue solo con valentía. Como los guerreros de Anderida nunca han utilizado los caballos como principal estrategia ofensiva, estarán en desventaja. Estoy seguro de que cargarán directamente contra nuestras fuerzas, confiando en arrasarnos, igual que nos pasó a nosotros con ellos en el pasado.

—Pero ¿y si no cargan contra nosotros? —preguntó Balan—. Si tuviéramos que mantener un pulso largo con ellos sería un desastre.

—En ese caso los arqueros diezmarán sus tropas. Y si deciden volver al ataque, los arqueros se retirarán, se reagruparán y dejarán que los caballos barran a los sajones que hayan conseguido alcanzar la cima de la montaña.

Por la mañana las tropas de Balan salieron para localizar el grueso de las fuerzas sajonas y regresaron a galope tendido a las posiciones celtas, como si estuvieran en alerta máxima. Artor pensaba que los sajones perseguirían a los jinetes de Balan y caerían en la trampa. Pero, para asegurarse de que realmente atacaran sus posiciones, Artor iba a salir al campo de batalla, ataviado con uniforme de combate completo, con escudo y casco. Este despliegue confirmaría a los sajones que el rey supremo había llegado a Anderida para dar a sus enemigos una lección en persona. Artor confiaba en que los sajones mordieran el anzuelo.

En Cadbury la corte sabía que el monarca estaba metido en una faena arriesgada. Wenhaver se sorprendió al ver que tenía los nervios a flor de piel. Cuando sus cortesanas le dijeron que Balan regresaba a Cadbury a toda prisa, se puso lívida, pese al maquillaje, porque eso indicaba que la batalla de Anderida Silva debía de haber terminado. Tras verter unas lagrimitas, Wenhaver convocó a sus damas para que la ayudaran.

Balan, o Silencio, como le llamaban los amigotes de Wenhaver, llegó de inmediato a la rosaleda de la reina, atendiendo a su solicitud. Su rostro lozano brillaba de emoción y pese a la herida que lucía en un muslo, se le veía exultante.

—Por lo que veo, traes buenas noticias, Lord Balan —sonrió al joven—. Dinos qué pasa por el frente. Cuéntanos todo y no te preocupes de herir nuestra sensibilidad femenina —Wehnaver se frotaba la nariz con un capullo de rosa para evitar el fuerte olor a sudor masculino.

—Perdóname por venir de inmediato, sin haberme puesto algo más presentable, mi señora. Cúmpleme asegurarme de que seas la primera en saber que el rey supremo ha abatido a los sajones en los bosques y los ha hecho retroceder hasta Anderida. Ni te imaginas con qué brillantez llevó a cabo su estrategia para procurarse la victoria. Tuvo el valor de conducir a los sajones él mismo y a pie, hasta que cayeron en la trampa. Sí, a pie, con un escudo en el que se veía bien claro el símbolo del dragón.

Y ante un público mudo y aterrorizado, Balan comenzó su relato de cómo se había producido la aplastante victoria contra los sajones en Anderida Silva.

El joven había conducido a sus soldados hasta el silente corazón del bosque de robles, avellanos, alisos y abedules. Por asombroso que parezca, no se oía una rama ni el silbido de un pájaro entre las azuladas sombras del follaje. En los claros, el sol estival lanzaba sus rayos sobre los jinetes, broncíneos y dorados, mientras la maleza amortiguaba el paso de la tropa.

Balan tuvo que esforzarse por mantener la serenidad, pues cada vez iba notándose más entusiasmado y nervioso. Sin venir al caso pensó en cómo le iría a su hermano,

encargado de inspeccionar las montañas de los alrededores de Ratae con Pelles el Menor, Bedwyr y las tropas. Balan sintió un punto de envidia por las experiencias que debía de estar viviendo su hermano junto a dos de los más grandes líderes de occidente. Era tan modesto que no reparaba en la importancia de lo que el rey supremo le había encomendado; había actuado como señuelo para que los sajones cayeran en el buche de Artor.

Un experto jinete que venía cabalgando hacia ellos levantó la mano para captar la atención de Balan. Éste detuvo las tropas con un silbido. Algo se movía a pocos metros por entre los árboles. Balan oyó ruido, chapas de metal chocando entre sí, redobles de fustas y cascabeleo de correajes.

Claramente se acercaban los jinetes a rienda suelta.

Las tropas de Balan aguardaron escondidos entre los matorrales, callados como centauros, con todos los sentidos atentos a la llegada de los jinetes. Entonces, en medio de muchas palabrotas y destruyendo toda la maleza, apareció un grupo de sajones que detuvo sus caballos en un pequeño claro a pocos metros de allí.

—¿Preparados? —susurró Balan a sus hombres—. ¡Adelante!

Los celtas salieron al galope en un abrir y cerrar de ojos. Afortunadamente llevaban monturas muy experimentadas en este tipo de terreno brutal, con madrigueras, troncos caídos y ramas tronchadas. Durante un momento los sajones se arremolinaron aturdidos, pero al poco salieron tras ellos algunos de sus guerreros gritando de excitación hasta que recibieron orden de callarse. Con extrema destreza los celtas hicieron caso omiso del entusiasmo tan primario de las tropas sajonas, ligeramente superiores en número, y condujeron a sus perseguidores hacia un claro muy abierto.

Allí, entre los árboles, aguardaba en emboscada un destacamento de arqueros. En cuanto aparecieron los jinetes enemigos, empezaron a llover las flechas. Los hombres de Balan retiraban a los heridos, arrastrándolos hasta una hondonada que había junto al arroyuelo, mientras que los arqueros recogían sus flechas y capturaban los caballos. A la semana el montón de cadáveres había crecido enormemente; en sucesivas partidas al juego del ratón y el gato, lideradas por Balan, los ratones morían implacablemente, una vez tras otra.

Justo cuando Balan empezaba a pensar que su reducida tropa de soldados iba a acabar con todo el ejército sajón, contingente a contingente, los celtas se dirigieron a una zona más clara del bosque, donde descubrieron al grueso de los invasores sajones en vivac.

La fuerza sajona estaba compuesta por doscientos jinetes, soldados de infantería y tropas de apoyo. La caballería estaba bien provista de animales, al menos dos por jinete, y Balan quedó impresionado por la organización que veía y la meticulosa planificación que demostraba haber podido comprar tantos caballos sin que los espías celtas se percataran. Por fin, parecía que los sajones habían aprendido a combatir a los celtas.

Balan se detuvo para tomar aliento, dejando a quienes lo escuchaban con los ojos abiertos, impertérritos. Wenhaver aplaudía de emoción y le pasó la rosa en señal de homenaje.

—Es increíble la suerte que tiene Artor en sus campañas —murmuró Mordred—. O sea, que disteis con la caballería sajona por casualidad, ¿no?

Balan se quedó callado, intentando ver a dónde quería llegar Mordred con sus ironías. Después miró al joven con tal desprecio que este bajó la vista. Por un momento, el parecido de este hombre con Artor, su pariente, quedó inscrito en las facciones de su rostro. Hasta Wenhaver se estremeció.

—Estás aquí muy seguro, señor, no por suerte, sino por la destreza militar del rey supremo. No deberías hablar con tanta sorna de una campaña que ha durado una semana, en la que además no has participado.

—No pretendía ofender, noble Balan —se disculpó Mordred con ligereza.

Balan dejó pasar la leve irritación que le provocaban aquellas palabras.

—Cuenta que pasó después, Balan —dijo Wenhaver ansiosa—. Me muero de curiosidad por saber qué hicisteis cuando divisasteis a los sajones.

—Bien, mi señora —respondió Balan—, como haría cualquier celta con dos dedos de frente, al ver que eran al menos veinte contra uno, ¡huimos!

Los sajones vieron a los soldados de Balan casi de inmediato, por eso la carrera fue veloz. Balan ordenó a uno de sus guerreros que saliera a galope tendido hacia la trampa que había preparado Artor para advertir al rey de que llegaban. Mientras tanto, el resto de los soldados intentarían retrasar el ataque de los sajones hasta que los soldados del monarca estuvieran listos.

—Distraeremos a los sajones para que no te sigan, Euen, pero ¡vuela! —ordenó Balan.

Durante una hora los celtas obligaron al primer destacamento de sajones a perseguirlos por densos robledales, sin preocuparse de las ramas que les rasgaban las chaquetas y les golpeaban los rostros. Después, cuando quedaron casi atrapados en un círculo sajón, Balan lanzó a sus hombres a través de un pequeño hueco de la línea de frente, en medio de fuertes gritos y bramidos tribales, para volver a salir hacia una colina boscosa. Cuando los jinetes de Balan empezaron a subir, los caballos estaban casi exhaustos. En la distancia, el grueso del cuerpo enemigo cruzaba entre los árboles a paso más lento. Balan confiaba en que persiguieran a su avanzadilla hasta el área de ataque, pero si se retraían, estaba seguro de que Artor ya habría previsto una solución. Con fe ciega en su rey, el joven galopó a ritmo vertiginoso, lanzando penetrantes desafíos al enemigo, mientras la tropa intentaba mantenerse delante de sus perseguidores.

Como los sajones creían que aquello les daba cierta ventaja, lanzaron sus caballos, igual de cansados, tras los celtas. Uno de los guerreros cargó contra la montura de Balan y, casi perdiendo el equilibrio, golpeó con fuerza a Balan por detrás. Con el caballo descontrolado, Balan se echó contra el cuello del animal

evitando aquel golpe de espada mortal, mientras desenfundaba su hierro. Después, con una valentía propia del mismísimo Artor, detuvo un poco al caballo para que el guerrero sajón lo adelantara. Con precisión certera, Balan hincó su espada con fuerza en la espalda del enemigo.

Galopaban a tal velocidad que Balan perdió el arma. El sajón pasó volando a su lado a lomos de un caballo desbocado, absolutamente rígido, atravesado por la espada. Entre gritos de triunfo, Balan se dirigió sin perder el ritmo hacia lo alto de la colina.

De repente Balan se dio cuenta de que en un hoyo se escondía una de las trampas de Artor, justo a los pies de su caballo. Afortunadamente tuvo tiempo de dar un giro a su montura. El resto de los soldados seguían colina arriba sin contratiempos. Tras ellos la caballería sajona empezó a desaparecer, tragada por cortinones de árboles, hojas y hierba seca que se venían abajo; y empezaron los alaridos. A Balan le habría gustado tener los oídos bloqueados, para no oír aquellos lamentos de caballos empalados y hombres moribundos. Luego apareció Artor, a pie, con toda la armadura llamativamente teñida de un rojo sangre. Con él venía un grupo de guerreros y de arqueros, con ojos inexpresivos y aspecto abatido.

—No me había dado apenas tiempo de desmontar para pedir una espada a uno de los arqueros, y los sajones ya estaban allí —dijo Balan con toda naturalidad— eso sí con nuestras flechas acribillando a los jinetes que venían en la delantera.

—¡Qué suerte! —dijo Mordred sin especial emoción, con una sonrisa demasiado amplia.

—¡Tanta burla no dice nada bueno de ti! —soltó Balan.

—Es verdad, Mordred —le reprochó Wenhaver— deberías mostrar algún respeto por nuestros guerreros. Balan tiene razón al decir que, si estamos aquí confortablemente sentados en Cadbury, es por las batallas que libra mi marido —lucía una sonrisa cálida y más hermosa que nunca, mientras le daba pequeños golpecitos en el hombro con su abanico de plata, pero el desdén que recubría sus palabras cogió a Mordred por sorpresa.

—Continúa, Balan, por favor —ordenó Wenhaver girándose pretendidamente para darle la espalda a Mordred—. No quiero ni pensar en qué puede haberle ocurrido a mi marido.

Ahora eran los dos hombres los que se miraban sorprendidos. Ninguno de ellos estaba acostumbrado a escuchar de boca de la reina palabras que indicaran alguna preocupación por el monarca. Por un instante ambos se preguntaban a qué nuevo juego estaría jugando la reina.

—El rey Artor aniquiló a la principal fuerza sajona en cuanto consiguió engatusarlos para que realizaran un ataque frontal. Como mantuvimos la caballería escondida, creían que éramos vulnerables. Supongo que pensaban que estábamos a su merced, al estar usando nuestras mismas tácticas. Pero las trampas y los socavones que había diseñado Artor sorprendieron a la primera oleada de atacantes, mientras

que nuestra infantería no se movió de sus posiciones un solo ápice. En cuanto los sajones se vieron obligados a atacar, salió al galope de su escondite la caballería, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron reducidos a despojos ensangrentados.

Los cortesanos de Wenhaver aplaudían emocionados, mientras a Balan le servían una copa de vino.

—Brindemos por Artor. Que siga reinando por mucho tiempo como rey de los britones —gritó Balan. Levantó su copa de vino y los demás se unieron al brindis. Hasta Mordred dio muestras de celo patriótico.

—¿Qué pérdidas sufrimos, Balan? —preguntó Lady Elayne en voz baja. Las mujeres que estaban con Wenhaver bajaron los ojos. Todas entendían que también las victorias se pagan caras.

—Todos los sajones murieron, Lady Elayne. En Anderida habrá mucho llanto estos días. Quemamos los cadáveres para que las viudas pudieran ver la columna de humo por el bosque y se hicieran cargo del resultado del ataque que habían llevado a cabo contra los celtas. Los pocos sajones que lograron huir fueron capturados.

Balan se enderezó un poco rompiendo el silencio que había surgido en torno a sus palabras.

—Y por lo que se refiere a nuestras pérdidas, Artor venció, pero también es verdad que por ello hubo muchos hombres nobles que partieron hacia el país de las sombras prematuramente. Ulf de Caerleon, que sobrevivió en Mori Saxonicus, pereció con unos treinta arqueros, y aproximadamente veinte jinetes volverán a reunirse con los suyos en una urna funeraria. Pero sé que nuestros muertos pensarían que una victoria tan rotunda bien vale su sacrificio. El rey Artor habló con los supervivientes y con los heridos, alabando a los caídos, y les dijo que todo sacrificio contribuye a nuestra seguridad. Como siempre, se enviará dinero a las familias de los que fueron abatidos o heridos en la batalla, porque el rey nunca deja a las viudas y a los hijos abandonados a su suerte. Ni tampoco permitirá nunca que haya madres ancianas vagando de acá para allá, hambrientas y sin hogar donde refugiarse. Ésta es la sabiduría y el amor que nuestro rey nos infunde.

—La pérdida de gente tan joven es muy dura —murmuró Wenhaver—. ¿Pero por qué se atreverían a salir de Anderida estos sajones después de tantos años? Tendrían que haber previsto cuál iba a ser el resultado. ¿Es que les sobran hombres?

—No lo sabemos, señora. Según unos cuantos esclavos liberados, los sajones estaban convencidos de que su caballería ejercería una fuerte presión sobre nuestras fronteras. Creían que nuestros guerreros tendrían que retirarse a la fuerza, permitiéndoles controlar una parte más amplia del territorio. Por lo que se ve, necesitan más tierra de cultivo en sus asentamientos, porque no tienen bastante a la hora de alimentar a la población. No quiero angustiar a las damas, pero los sajones volverán, porque no les queda otra.

Hasta Mordred parecía apagado y todo el buen humor que reinaba en los aposentos de Wenhaver se disolvió.

UNA TRAS OTRA se fueron ganando las batallas de Ratae, donde Balan dio muestras de extraordinario valor, mientras las fuerzas de Artor siguieron con escaramuzas contra los sajones durante todo aquel verano de temperaturas extrañamente suaves. El rey no había perdido su varita mágica. En los combates en que sacaba Excalibur, la espada de la gloria, y en aquellos en que el estandarte del Dragón rojo ondeaba mecido por las brisas estivales, los sajones perecían y los celtas ganaban terreno.

De Ratae a Anderida, los cuervos y otras rapaces asistían a un suculento festín. Como siempre, por donde Artor cabalgaba, la muerte estaba asegurada, porque el rey seguía todo un arsenal de estrategias para derrotar a los sajones. En una de las batallas, la caballería y los arqueros, como un enjambre de abejas, hostigaron a los sajones, hasta que estos tuvieron que replegarse hacia un río, donde les esperaba la infantería sin dejarles resquicio alguno para huir.

Más tarde, en una destruida fortaleza romana cerca de Ratae, Artor hizo salir a los sajones de una posición inexpugnable envenenándoles los pozos con cadáveres en descomposición. Aunque Balin y Balan no estaban de acuerdo con tales métodos, quedaba claro que resultaba más fácil vencer sajones envenenados, manteniendo un número mínimo de bajas entre los celtas.

A medida que Artor fue incrementando la presión sobre los invasores sajones, estos se vieron obligados a forzar una estratégica retirada hacia sus lugares de origen, al este y al sur, y a sus respectivos santuarios. Los que ocupaban Jutlandia, sin embargo, iban mordisqueando poco a poco, sin apenas ruido, las tierras bajas próximas al muro y hundiendo allí raíces que durarían miles de años.

Artor convocó a sus capitanes en la fortaleza de Venonae para diseñar una estrategia. El heterogéneo grupo de hombres allí reunidos discutían con desgana, tirados sobre los catres de sus dependencias.

—Los sajones son como hormigas —dijo Bedwyr, poniendo las botas de campaña sobre una desvencijada mesa que tenía Artor en su despacho de Venonae—. Construyen un nido y siguen cavando y cavando hasta hacerlo más seguro. Entonces, cuando están listos, se dispersan y expanden su red cada vez más amplia por territorio celta.

—En cierto sentido, es todavía peor —dijo Gruffydd— porque los sajones están empezando a aplicar estrategia militar; ya no confían en la fuerza bruta. ¡No te jode! ¡Si los cabrones esos empiezan incluso a parecerse a nosotros, salvo porque son enormes!

Artor asintió con la cabeza.

—Sabéis que lo que estamos haciendo es retrasar lo inevitable. No vamos a conseguir expulsarlos nunca de esta isla, ahora que ya han conseguido hacerse hueco.

Galahad parecía asqueado, como si tuviera ganas de vomitar. Galván dormitaba

sobre un rígido taburete, cansado como estaba después del largo camino a Venonae, y Taliesin se observaba las manos en un rincón.

—Los guerreros con auténtico corazón celta sí pueden hacer retroceder a los invasores hasta que se vuelvan por mar, mi rey —intervino Balyn con ingenuidad—. Todo lo que necesitamos es tener más soldados y confiar todos en el justo valor de nuestra causa.

Artor suspiró irritado.

—No tienes razón, Balyn. Los sajones, anglos y jutos han venido para quedarse, así que seamos realistas. Llevan unos cien años viviendo en Britania, o más, así que son britones, no invasores. Si se unieran todos, nos aniquilarían. Y una vez que asesinaran a todos nuestros jóvenes guerreros, terminarían con nuestro pueblo. Nuestros enemigos no paran de recibir ayuda de sus aliados que viven al otro lado del mar, mientras que nosotros tenemos que criar a nuestros propios soldados. Y un niño tarda mucho en hacerse hombre.

—Pero los bárbaros pretenden desbancar a nuestros dioses, destruir nuestras ciudades… toda nuestra forma de vida —susurró Balan dejando entrever cierto miedo en la mirada—. Si luchamos es porque queremos sobrevivir.

—Exacto, Balan —dijo Artor—. Y probablemente triunfen al final. Llevamos toda la vida, que yo recuerde, protegiendo nuestras costumbres celtas. Y lo que más deseo, igual que Myrddion, Luka y Llanwith pen Bryn es que nuestros enemigos se civilicen un poco antes de que llegue la última fase. Quizá deberíamos entablar mayor relación con los pictos. Si nos uniéramos, seríamos más fuertes ellos y nosotros, pero los pictos nunca nos perdonarán que les robáramos las tierras en época remota. Quizá nos veamos obligados a refugiarnos, como ellos, en lugares agrestes, en los que hayamos de catar el amargo pan de la pobreza y tragar las amargas aguas de la derrota. Pero incluso entonces, los celtas no tienen por qué marchitarse o desaparecer. En días como estos, en que me duele el hombro por la herida que me hicieron en Mori Saxonicus, no consigo imaginar mejor futuro para mi pueblo. Pero mañana, cuando no me duela, levantaré el ánimo y recordaré que tanto sacrificio no ha podido ser en vano. Los corazones celtas sobrevivirán. La cuestión es ¿dónde?

—¿Cómo puedes seguir combatiendo contra los sajones si dudas de que seamos capaces de vencerlos? —preguntó Balyn, con el rostro ensombrecido por la tristeza. Se sentía totalmente conmocionado al ver la brutalidad con que Artor había descrito su futuro. Siempre había creído que el pueblo de su padre era invencible, y para él las incursiones contra los sajones no suponían más que una espléndida oportunidad para iniciarse en la batalla. Nunca, ni siquiera cuando se encontraba más bajo de ánimo, había pensado Balyn que lo único que se alzaba entre el pueblo celta y la esclavitud era la fuerza y la inteligencia de un viejo líder, apoyado por leales soldados dispuestos a morir.

—¿Qué alternativa hay? —preguntó Artor con sonrisa cansada—. Yo, por mi parte, haría lo imposible por poner fin a la amenaza sajona, de una vez por todas, pero

no creo que sea posible. ¿Dónde irían los sajones si los expulsáramos de la isla?

Balan parecía confundido, aunque no dijo nada, pero Balyn aventuró una respuesta.

—¿No podrían regresar a sus territorios? Los sajones vendrán de algún sitio.

—Sí, venían. Pero si estuvieras al otro lado del mar te darías cuenta de que hay más tribus del norte y del oeste que vienen avanzando inexorablemente hacia el sur. Los territorios sajones han sido ocupados por otro pueblo que no permite regresar a los habitantes originales, exactamente como les ocurrió a los pictos, que en su día estaban aquí y fueron desplazados por invasiones celtas. Les obligamos a salir de sus tierras y refugiarse en las frías extensiones baldías que hay al otro lado del muro.

Balan asintió con la cabeza, haciendo ver que comprendía el argumento de Artor, pero Balyn frunció el ceño. No lo aceptaba y no lo aceptaban sus ojos, airados, heridos.

—Balyn, no puedes cerrarte a la verdad. Ésta es ahora la tierra de los sajones y, o la compartimos con ellos, o uno de los dos tiene que salir.

—¡Desde luego, nosotros no! —juró Balyn—. ¡Los celtas, nunca!

—¡Ojalá tengas razón, Balyn!

Llegados a este punto, Galván se levantó. Cualquier otro vasallo estaría avergonzado de haberse dormido en presencia del rey, pero a Galván simplemente le hacía gracia. Después de semanas de lucha y vigilia, Artor nunca le reprochaba sus siestas y Galván siempre había sido capaz de dejar a un lado sus preocupaciones, como si se mudara de piel.

Al frente de los soldados de su padre, el príncipe de los otadinos había dado una buena lección a los jutos en Eburacum, donde durante los últimos cincuenta años habían corrido ríos de sangre por ambos bandos. Cuando se abrieron los frentes, el agua de las ciénagas era roja, en vez de verde; y donde en su momento crecían los juncos, ahora yacían los cuerpos de los caídos. Los bardos de los otadinos ya estaban componiendo poemas sobre esta crudelísima batalla, en la que ninguno de los bandos estuvo dispuesto a ceder la victoria.

Según el informe de Galván, celtas y jutos habían luchado hasta un punto muerto, porque los ejércitos parecían muy equilibrados. Unos y otros estaban desesperados y todos luchaban por la supervivencia; por eso el conflicto había sido tan espinoso y tan amargo.

—Al final, los jutos se retiraron y nos cedieron el terreno —explicó Galván a su rey, sin ocultar su alegría—. Se han replegado a sus fronteras y no se moverán de allí en años. Han perdido muchas vidas, porque, como sabes, estos gigantones peludos odian rendirse.

—Yo me cuidaría mucho de hablar así de los jutos, estando Odin delante —le advirtió Artor sonriente. A comienzos de la campaña había tenido los ánimos muy exaltados, pero ahora pese a que seguía manteniendo una mirada hueca, sonrió abiertamente y se sentía más optimista, por mucho que hubiera estado machacando a

los gemelos con la idea de la derrota.

Puede que simplemente le guste estar fuera de la corte, pensó Galván, y ¿quién le puede reprochar eso?

—Los jutos me trajeron lingotes de oro rojo en carretas guiadas por bueyes blancos para comprar los cadáveres de sus hombres. Como habían sido unos adversarios bien nobles, acepté el pago, igual que hemos hecho otras veces. He recorrido muchas leguas para dar el oro a tu encargado y me he quedado una décima parte para los parientes de nuestros muertos, cantidad que he enviado a mi padre y a la tribu de los otadinos. Confío en que este arreglo sea de tu agrado.

—Sí, Galván. En asuntos militares actúas con un sentido común y una agilidad muy loable.

Galván sonrió y aceptó la cerveza que le pasaba Odin.

Artor ya no veía mucho a Galván, porque su sobrino, muy a su pesar, llevaba años sin ir a Cadbury; se había dado cuenta de que la reina era una cazadora despiadada y él una presa fácil. Nunca consiguió resistirse a sus encantos, ni siquiera cuando la soberana fue haciéndose mayor y la única manera que tuvo de ahogar esta debilidad suya fue esconderse de los seductores cantos de sirena de su enamorada.

—Dejaremos que los sajones se replieguen en orden y sin espolearlos demasiado —ordenó Artor—. Mientras tanto, todas las tribus tienen que contribuir a sufragar la reparación de nuestras posiciones defensivas, salvo los otadinos, porque Galván ya ha traído el tributo que le pagaron por los jutos. Esta orden es tajante sobre todo para la tribu de los brigantes. Si no quieren cumplir, corren el riesgo de que se les expulse de la Unión de Reyes.

Artor fue mirando uno por uno a sus líderes, hasta que recibía su conformidad.

—Los guerreros de Mordred se responsabilizarán de las defensas de Verterae y Lavatrae. Ya le explicaré a él lo que tiene que hacer de una manera tan sencilla que hasta él lo va a entender. Con todo, como no confío demasiado en este pariente mío, que sus soldados se fusionen con guerreros de tu tribu, Galván. Tú estás al mando general de la zona norte, así que consigue que esos cabrones sirvan al rey. Puedes utilizar todo el encanto que se te atribuye.

—Mi encanto solo ha funcionado con mujeres, Artor, pero cumplir esta tarea me va a dar mucha satisfacción. ¡Joder, lo que voy a disfrutar buscando la colaboración de esos cabrones de los brigantes!

—Tienes que nombrar a un segundo de a bordo cojonudo, que te ayude a cumplir todas las demás responsabilidades que tienes. Tendremos que realizar muchas visitas sin avisar y necesitaremos inspeccionar tus tropas para asegurarnos de que todo va bien en la zona.

—Pondré a mi hermano, Geraint, de segundo. Es competente y le va llegando el momento de la promoción. Puedo confiar en él para que lleve a cabo tus órdenes.

—No me acuerdo de tu hermano, aunque el nombre me suena. ¿Lo conozco?

—Sí, mi señor. Pero era un mozalbete lleno de granos cuando lo viste. Ahora

tiene treinta y nueve años; nació un año antes que Gaheris. Es muy callado, pero actúa muy bien como líder, si se me permite decirlo. Como ya tiene los hijos casi crecidos, puede dedicarle mucho tiempo a tus intereses.

El recuerdo de Gaheris, hermano menor de Galván, fue muy duro. Artor siempre se había sentido responsable de la muerte de su sobrino, asesinado por Glamdring Ironfist hacía veinte años. Gaheris había ido en representación de Artor a una reunión con el líder de los sajones para pactar una tregua. En aquella cita los sajones asesinaron a los emisarios de Artor y a su guardia personal, lo cual terminó en una señalada confrontación, la última de las más importantes que libró Artor con sus enemigos, con las batallas de Mori Saxonicus y Caer Fyrddin.

—Si vale solo la mitad de lo que valía Gaheris, Geraint será muy bien recibido entre mis capitanes —dijo Artor.

—Claro, señor. Es un buen guerrero y sus hombres lo adoran. De plena confianza; apostaría la vida por él.

—En cuanto a Ratae y Venonae —Aitor se volvió hacia Bedwyr— los ordovicos y los cornovios ya se han comprometido a defender sus territorios. Tú, Bedwyr, asumirás el mando de esta fuerza conjunta.

—¿Yo? —gritó Bedwyr—. No soy ningún rey para asumir el mando de un ejército. Si acepto ese ascenso, ofenderé a mis convecinos y a mi propio señor.

La sorpresa que mostraba Bedwyr decía mucho de lo modesto que era este guerrero cornovio. Entrado ya en la mediana edad, estaba algo menos pelirrojo y rubicundo, pero seguía notándosele la marca del collar de esclavo que en su día llevó en el cuello. Se veía claramente que había tenido una vida llena de dolores y peligros, solo con observar las cicatrices que lucía en el rostro y el hueso roto de la nariz.

—He hablado con los reyes de los cornovios y los silures y he escrito a mi pariente, el rey Bran de los ordovicos —dijo Artor—. Todos están de acuerdo en aceptar mi decisión. ¿Quién conoce mejor que tú las montañas y los bosques? Y, lo que es más, tengo plena confianza en tu criterio.

Bedwyr agachó la cabeza.

—Voy a concederte el título de rey de Arden. No tienes tribu, salvo los hombres que quieran unirse a ti voluntariamente. No puedo arriesgar la alianza dándote más hombres de los que ya tienes.

—Te obedeceré hasta la muerte, mi señor. El título a mí no me dice nada, pero mi familia estará orgullosísima; por eso te lo agradezco. Lo único que te pido es que permitas que mi esposa se quede en Cadbury bajo tu protección. La quiero mucho.

—Puedes estar seguro de que a Lady Elayne nunca le pasará nada en Cadbury —Artor se volvió hacia Balyn y Balan—. En cuanto al mando de la zona meridional, la dividiré entre vosotros dos. Os encargaréis de la defensa de Venta Belgarum y los puertos. Tendréis que impedir que Anderida expanda más su venenosa influencia. Aunque estaréis lejos de casa y no os guste demasiado el sur, os ruego a los dos que actuéis como yo lo haría. Balyn, como tú tienes autoridad natural y suficientes

habilidades militares, asumirás el mando táctico. Y tú, Balan, eres un estratega nato y mantienes siempre la mente fría; así que asumirás el mando estratégico.

Balan se arrodilló y se inclinó tanto que Artor se ruborizó. Balyn tardó algo más en responder, porque no podía dejar de pensar en los cumplidos que le habían hecho a su hermano. Sintió un punto de envidia que le corroía algo por dentro.

—¿Y cuáles son mis obligaciones, señor? —preguntó Galahad. Se había desenvuelto bien en el campo de batalla y se preguntaba por qué tenía que esperar tanto para que Artor le diera una tarea que se adecuara a sus capacidades y a sus orígenes.

Galván hizo un gesto de contrariedad al ver que Artor levantaba una ceja. A este paso, la falta de educación de su hijo terminaría expulsándole de la corte.

—Sentarás tus bases en Salinae la Menor para controlar los territorios que circundan la isla. Gronw no ha terminado todavía su tarea; sigue queriendo destruirme. Así que eres el encargado de encontrar el cáliz. Gruffydd me ha dicho que el guerrero de negro tiene aún mucha influencia por la zona y que va a empezar a haber problemas en las aldeas que rodean Salinae la Menor. Aunque solo sean patrañas, los aldeanos creen que Gronw está al cuidado de una reliquia sagrada que traerá la salvación a occidente. Lamentablemente, entre las patrañas también se incluye la idea de que yo no soy digno de sostener el cáliz de Lucius.

—¿Por qué me has elegido para esa tarea, mi señor? —preguntó Galahad, demostrando de nuevo a su padre que en su cabeza no cabía otra imagen del mundo que no fuera la suya, ególatra y egoísta.

—Tienes cierta habilidad para oler la maldad, Galahad, y posees un sentido cristiano de la rectitud que se combina con una notable testarudez. Sé que no vas a cejar hasta que no cumplas con el cometido que te encargo.

Galahad seguía mostrándose ofendido, pero antes de que se atreviera a emitir ninguna queja, Galván le dio un codazo.

Artor empezó a deambular por la habitación, intentando conciliar acciones con órdenes. Sobre aquellos hombres, cada uno con sus defectos, recaía demasiada responsabilidad. Al poco, sin embargo, el rey supremo se encogió de hombros, porque, como tantas veces dijo Targo, tenía que sacar el máximo provecho de lo que tenía.

—Yo me dirigiré a los principales asentamientos de occidente para trasladar a sus gentes un mensaje de esperanza y reconciliación. Este verano sajón no nos ha resultado costoso, pero si queremos triunfar, tenemos que estar alerta.

—Entiendo, mi rey —contestó Galahad—. Temes los golpes que puedan venir de dentro de nuestras fronteras. Por mi parte, cumpliré mis obligaciones con diligencia.

Artor volvió a dirigirse al grupo entero de nuevo.

—Podéis retiraros, amigos; ya hemos planificado el trabajo que tenemos para el otoño y el invierno. Id y que el favor de los dioses os acompañe.

Cuando se fueron sus capitanes, Artor se relajó un poco y se hundió

cómodamente en su sillón, como le correspondía a un viejo como él.

Taliesin salió de su rincón.

—Estás cansado, señor.

Artor suspiró.

—No sé desde cuándo tengo este poder de manipulación; desde cuándo puedo jugar con la esperanza de la gente con la misma habilidad con la que tú tocas el arpa, Taliesin. Parece que la necesidad convierte en monstruos a las personas.

—Comprendo hasta qué punto te pesa el amor que te tienen tus súbditos, porque temes tener que traicionarlos en aras del reino. Pero si preguntaras a cualquiera que viva en Venonae qué pensaría si tuviera que morir por la causa, te respondería que así es la voluntad de los dioses, y no te atribuirían la culpa de su muerte.

—Me alegra que tu madre te enviara. Y agradezco que hayas querido venir conmigo por todo el país, porque así tengo a alguien con quien desahogarme cuando no me gusta lo que hago, que es demasiado a menudo. Cuando uno está cansado, comete errores.

—No tienes que fingir conmigo, ni disculparte de nada, mi rey. No soy más que Taliesin, tu bardo, y como nadie me considera importante, nadie pretende comprar mi lealtad.

—¡Peor para ellos!

Taliesin notaba la fortaleza de carácter que desplegaba Artor. Su espíritu seguía encendido, como el de una vela ardiente. Puede que sus ojos grises estuvieran ahora enfundados en las arrugas de la vejez, pero la inteligencia y el discernimiento que habían gobernado la existencia del rey seguían brillando con absoluta pureza. Taliesin había visto esos mismos ojos emitir una mirada fría, perfectamente calculada, sí, pero también había sido testigo de la profunda compasión contenida que se escondía en aquella profunda frialdad y que revitalizaba el rostro de Artor con un candor especial.

Artor había ahogado gran parte de su persona para salvar a occidente de los invasores. La familia, el amor, la fidelidad, la delicadeza, la consideración y la humildad, todo lo había enterrado sin piedad alguna porque, dadas las circunstancias, estas virtudes se convertían en debilidades. Taliesin sabía que Artor seguía teniendo esos rasgos muy marcados; por eso le apenaba ver cuánto le costaba mantener vivo su lado más dulce.

—Estoy muy orgulloso de ir contigo, señor, y muy agradecido de ocupar el puesto de mi padre. Y también es para mí un privilegio ser testigo de tus últimas fuerzas y, si los dioses lo permiten, registrar para el futuro la muerte del rey y del reino antes de que llegue mi hora.

—¿Te importaría tocar para mí? Alguna canción popular, algo que me haga pensar en nuestro pueblo y en lo que esperan de mí.

—Ahora mismo, señor. Voy a recitar una historia que los aldeanos cantan en las montañas, cuando llega la época de la trilla.

Arrullado por la voz del bardo, Artor se quedó dormido un rato y cuando despertó

siguieron hablando los dos como buenos amigos hasta bien entrada la noche. Para Artor era como si Myrddion y Targo estuvieran vivos, hablando por boca del joven arpista.

Los mayores buscan refugiarse lo más posible en los recuerdos de un pasado feliz.

En cuanto los primeros vientos de otoño empezaron a silbar por las murallas de la fortaleza, Artor notó que su muerte se le acercaba inexorable. De repente, una ráfaga de aire bamboleó las contraventanas y al monarca se le pasó por la mente la idea de que el reino estaba en peligro. Su enemigo era invisible, igual que el viento que ahora sacudía sus murallas, pero si extendía la mano, podía notarlo.

Estremecido, reconoció que nada ni nadie podía detener al viento.

CAPÍTULO X

UNA RED DE ENGAÑOS

SENTADO EN UN miserable chamizo fabricado con zarzos, juncos y barro, Gronw se miraba los tatuajes de las manos con gesto huraño. Cuando llovía, el agua calaba en la cabaña y el viento entraba y salía a voluntad por sus miles de rendijas y agujeros. Pasar allí las húmedas noches de invierno resultaba realmente una tortura.

El refugio del guerrero de negro se encontraba entre dos colinas batidas por el viento, al oeste de Deva, una ciudad provinciana de tamaño considerable, que se alzaba donde terminaba Seteia Aest. Deva estaba ubicada en la principal calzada romana que iba desde Venta Silurum al norte; por eso todo intrépido viajero sabía que Deva era la puerta de entrada al territorio de los brigantes. De acuerdo con las instrucciones que le habían dado a toda prisa en una posada de la ciudad, Gronw había tomado una carreterita abandonada que iba a Mamucium y desde allí había seguido un camino recóndito que salía hacia las montañas. Como casi nadie se aventuraba a transitar por estas yermas colinas y menos con un tiempo tan desapacible, este peligroso sacerdote confiaba en que no lo descubrieran.

Sólo los más duros o los más desesperados se atrevían a seguir aquella senda desoladora que servía de vía pecuaria a pastores y agricultores de las tierras bajas. Aunque vivía en un sitio indecente e incómodo, Gronw se sentía seguro, porque se lo habían procurado unas familias de creyentes, que seguían desde hacía mucho los antiguos ritos. Los lugareños permitían que Gronw ocupara esa cabaña de pastores a cambio de trabajo.

Durante este tiempo habían llegado a la cabaña algunos individuos insatisfechos, curiosos y algún que otro miembro de los menesterosos pueblos de las colinas a escuchar las peroratas del guerrero de negro, que para muchos era un druida ilustre. Curiosamente, Gronw no se parecía en nada a los maestros de tiempos pretéritos ni poseía el estatus del que se jactaba con tanta palabrería. Más bien se ceñía a la magia que ejercían las mujeres entre los antiguos *prydyn*, sin entrar para nada en divagaciones druídicas sobre el muérdago o el roble.

Los *prydyn*, una antigua denominación de los pictos, reconocían a los Tuatha de Danaan, pese a que los celtas nunca consiguieron pronunciar bien los nombres pictos. Gronw sonreía de manera nada atractiva. Ceridwen era fundamental en su religión,

porque las reinas prydyn solían decidir quién iba a gobernar en nombre de la diosa. Muchos reyes llegaban a serlo simplemente porque sus madres eran las que mantenían las riendas del poder en nombre de Ceridwen.

—Estos cerdos de los celtas prefieren a su propia Ceridwen. Es demasiado sagrada para ellos. No saben ni pronunciar su nombre.

La cavidad de aquel chamizo destartalado repetía sus palabras en un eco extraño; era como si una segunda voz estuviera hablando en voz alta con él. Gronw estaba tiritando, incluso envuelto en todas aquellas pieles y harapos. La diosa no solía venir, pero cuando tenía a bien considerar los asuntos de los hombres, frágiles y debilitados, todos los mensajes rebosaban significado. Los celtas habían matado a Gernyr, la amada de Gronw, sacerdotisa de Ceridwen y habían asesinado a Miryll, la hija de Gernyr. De ahí que Ella, su diosa, deseara ardientemente calmarse la sed con sangre celta y saciarse de su carne, cruda y temblorosa. Muchos años antes, las legiones romanas habían castrado a los druidas celtas en la isla de Mona, por eso hoy solo quedaban retazos de aquel culto y apenas unos cuantos sacerdotes que seguían realizando sus rituales en los bosques de robles sagrados. Pero su diosa permanecía, bajo distintos nombres y con distintos rostros. La diosa era eterna y bailaría sobre las tumbas de los celtas.

—La gente es idiota, si utiliza la religión para justificar sus fracasos —se decía Gronw para sus adentros, mientras se despojaba de un harapiento traje ceremonial y se ocupaba de calentar un pobre guiso de conejo que le había mandado un miembro de su grey—. Es fácil convencer a los celtas de que sus dioses los han abandonado (como si a los dioses les importara que cualquier jefecillo pierda uno o dos hijos en la batalla o que la enfermedad acabe con sus vacas). En vez de admitir que quizá sean ellos los incompetentes, estos celtas prefieren culpar a Artor de sus males. Él es quien ha irritado a los dioses; ¡por eso sufren! —Gronw hablaba en voz alta para saborear el placer de lo que decía.

—Puedo utilizar fácilmente esa estupidez tan egoísta que los caracteriza, Señora Gernyr —susurró—. Sí. Vamos a usar esta arma contra ellos, ¿a que sí? Pero ¡si estos cerdos de los celtas disfrutan cuando les digo que Artor es el responsable de su pobreza, de los ataques de los sajones y hasta del tiempo! Se les hace la boca agua de pensar que pueden cargar sus faltas sobre el rey supremo. Miryll ha sido muy útil, aunque en realidad no pretendía valerme de ella exactamente para eso.

Cuando Gronw se vio obligado a huir de la base de operaciones que tenía en el sur, la dama de Salinae la Menor pasó a ser una mártir mítica. Una mujer embarazada y desvalida se convertía en el símbolo ideal para ilustrar la idea de que el rey supremo era un bárbaro depravado y peligroso. Nadie que representara una amenaza al trono de Artor tenía derecho a la vida, ni siquiera los niños no nacidos. Y muchos de los que habían tenido antiguas discrepancias con los romanos o que poseían algún antepasado sajón de la época de Vortigern, se acogían a cualquier mito que alimentara sus resentimientos.

Gronw volvió a reírse tontamente, esta vez más fuerte, con una risa trastornada, que rozaba la histeria, lanzada en medio de aquella habitación desnuda.

—Vortigern cayó preso de Ceridwen. Su esposa, Rowena, era seguidora de la diosa, por muy sajona que fuera. Hay bárbaros que aceptan Su influjo, aunque prefieran a sus dioses del trueno y la discordia. ¡Pobre desgraciado! Vortigern era anciano y tenía miedo de sus hijos, por eso invitó a venir a las tribus de su esposa.

Gronw resopló con amargura.

—Imagínate, señora, una vieja rata gris, temerosa de los elegantes hijos que ha engendrado. Convocó a los gatos para defenderse, y desde entonces la tribu de Vortigern, rey supremo de nada, lleva toda la vida tratando de quitárselo de encima. Vortigern era un celta estúpido, por eso Uter y su hijo se han dedicado a despilfarrar las vidas de los suyos para desarraigar a los sajones que el viejo invitó a venir. ¡Bravo! ¡Así tengo menos que asesinar! Pero Vortigern dejó un legado de odio que nos viene muy bien, señora, igual que a Ceridwen le vino muy bien Miryll. La muerte de Miryll ha servido a un gran propósito, a nuestra sagrada causa. La gente, ya sea noble o humilde, escuchará la historia de su muerte y llorará por el amor imposible entre ella y Galván. Da lo mismo que no hubiera amor en ninguno de los dos. Es una historia bonita y la gente llorará al imaginar la inocencia y el candor de la muchacha.

Gronw tenía razón. Las leyendas cobran vida propia. La torre de Miryll, lo que tejía, la relación que tuvo con Galván adquirieron nueva forma, revestida de ese característico tono sentimental. Incluso la historia final, con Miryll entregada a los mares, fue adaptada, y ahora era la dama quien entonaba su propio réquiem.

—La gente es así de idiota, señora. Te haría gracia ver qué fácil resulta manipular a los celtas.

Gronw nunca hablaba al fantasma de Miryll. El espíritu de la chica no quería visitarlo, pese a que la había visto nacer y había sido su padrastro durante años. Gronw seguía reverenciando a Gernyr, la madre de Miryll, que había sido su amante antes de que el marido de ella, Rufus Miletus, ejerciera sus derechos como *pater familias*. Y pese a que habían pasado diecinueve años, ese tiempo no había bastado para que Gronw atenuara el odio profundo que sentía contra todo lo romano-celta o contra aquellos que contribuían a que semejante reino siguiera existiendo.

Gernyr y su criado, Gronw, fueron el botín de una contienda que se había producido al otro lado del muro, cuando la mujer era poco más que una cría. En un camino de cabras que recorría los suaves paisajes que dominaban Ituna Aest, fueron capturados por Rufus Miletus, un hombre ilustre que había ido a visitar al rey Lot con su padre, Miletus Magnus. En aquella época era normal entre los celtas capturar bárbaros, casi un deporte nacional. Gernyr, de diez años, habría sido una valiosa presa, si sus captores se hubieran percatado de que su padre era un rey de los prydyn. Pero como no sabía nada de sus orígenes, Miletus Magnus había convertido a la niña en esclava.

Gernyr se pasó la juventud llena de odio y encerrada en sí misma. Y sus

sentimientos secretos ni siquiera se suavizaron cuando Rufus Miletus, tan cautivado por su belleza y su manera de ser, se casó con ella. La muchacha utilizó todas sus artes femeninas, eso sí, con ayuda de Gronw, para no quedarse embarazada del hombre al que odiaba. Miletus no era cruel y había tenido que soportar duras críticas de su anciano padre cuando se comprometió con una liberta; de ahí que la frialdad, la promiscuidad y la palpable aversión que mostraba Gernyr resultaran insultantes.

Con el tiempo, la muchacha fue admitiendo en su lecho a Gronw y demás hombres influyentes para vengarse de su marido, que le había privado de su patria. Cuando nació su hija, Miryll, fue un verdadero milagro, porque Gernyr intentó abortar sin siquiera saber quién era el padre de la criatura. Al final la niña se convirtió en una nueva arma para la venganza, que Gernyr utilizó contra el desventurado de Miletus, si bien es verdad que este nunca estuvo seguro de querer adoptar a la hija de otro. Para su vergüenza, los celtas de Salinae no paraban de hacer comentarios sobre su esposa, hasta que no tuvo más remedio que actuar contra ella.

Gronw recordaba la última y tremenda discusión, que terminó en agresión, cuando Rufus Miletus golpeó a Gernyr en la cabeza. Desde aquel momento terrible y sangriento, la vida de Gronw dejó de tener sentido, y solo vivía para vengarse. Rufus Miletus fue desterrado a Salinae la Menor donde murió en paz. ¿A quién odiar ahora, si no era a los celtas y en particular al rey supremo, cuyas leyes perpetuaban la esclavitud de los pictos, esos orgullosos *prydyn*?

Aunque no había conseguido perpetrar el asesinato de Salinae la Menor, Gronw se dio cuenta de que Artor era vulnerable. Los fidelísimos seguidores del rey supremo iban haciéndose mayores, mientras que los nobles más jóvenes no parecían preocuparse mucho por la seguridad del monarca. Como la capacidad militar de Artor y su aura de invencibilidad se habían hecho legendarias, los servidores del rey supremo no podían imaginar siquiera que la edad podía acabar con sus facultades. La corte de Artor estaba ciega, sumida en la complacencia; el propio monarca se había despreocupado de su seguridad personal después de tantos años de paz y prosperidad. La reputación de Artor era tal que en pocos meses volvería a descuidar las tácticas de vigilancia que observaba después del atentado para convertirse de nuevo en una presa fácil.

Al rey no le importaba mucho su propia vida, si bien no haría nada por acortarla. Gronw no entendía por qué el rey supremo abría las puertas a la muerte, aunque tenía que reconocer que estaría encantado de servirle si encontraba la manera.

De momento, tenía el cáliz.

Aunque Gronw era un conspirador nato, carecía de dotes de mando. Cuando murió Gernyr, se quedó solo, con la responsabilidad de educar a Miryll, tarea que cumplió entre mentiras y amarguras, hasta que su nuevo jefe lo descubrió en su estéril aislamiento de Salinae la Menor; a partir de entonces su vida cobró un nuevo sentido. Lo que tenía que hacer era expandir la sedición y la desconfianza hacia Artor, y si la religión podía servir a este propósito, se utilizaría.

Gronw sacó el cáliz de donde estaba escondido, bajo una losa del suelo de la cabaña. Era un objeto sencillo, muy modesto, sobre todo para el poder de persuasión que encerraba.

Cuando Miryll lo vio por primera vez, justo cuando lo sacaron de la tumba de Glastonbury, se quedó mirándolo con absoluto estupor.

—¿Qué tiene esto de valioso, Padre Gronw? ¡Si no es más que un recipiente de metal!

—Lo que es no explica su valor, Miryll, sino su dueño. Esta copa abollada la llevaba en su día madre Ceridwen colgada del cinturón. La usaba para repartir pequeñas raciones del Caldero del Conocimiento. Si bebes de la copa que te ofrece Caridwen y con los labios rozas el borde de la misma, tu corazón embeberá todo el conocimiento de la sacerdotisa.

La pobrecilla, ingenua, se creía todas las promesas que le hacía Gronw y todas las mentiras que le contaba en relación al parentesco que la unía a Ceridwen. A él se le hacía un nudo en la garganta, porque apreciaba lo que la muchacha le quería, pero acostumbrado a obedecer, había pocas cosas que lo disuadieran de sus tareas, ni siquiera el amor. Su nuevo dueño le había ordenado matar al obispo cuando fuera a robar el cáliz y realmente había disfrutado asesinando a aquel prelado cristiano junto a su altar, aunque no terminara de entender para que había que matarlo. Aethelred era demasiado humilde para tener poder y con matarlo no se conseguía demasiado para la causa.

Gronw realizaba lo que deseaba su dueño, pero dueño y criado tenían sus propios objetivos, distintos uno de otro. Gronw buscaba acabar con todos los cristianos celtas que hubiera en el territorio, y no pararía hasta que por allí corrieran ríos de sangre impía. Que su dueño soñara con el poder, vale, pero Gronw estaba en guerra contra todo lo celta, incluido su señor.

Gronw frunció los labios de placer. En el fondo, sabía que era un peón y en momentos como en el que se encontraba, muerto de hambre y de frío, abominaba de su destino. Pero en una semana saldría de esta inhóspita cabaña para buscar un nuevo refugio desde el que extender su veneno a más gente. No iba a conciliar el sueño hasta que todos los celtas de occidente fueran abatidos y el fantasma de su amada descansara por fin en paz. Y entonces, quizá, Gronw dejaría de soñar.

GALAHAD CRUZÓ A grandes zancadas los jardines de Salinae la Menor, esta vez solo, porque su padre había acudido a cumplir sus obligaciones en el norte. En la villa, Percival dormía tranquilamente.

Antes de salir de Venonae, Galahad pidió audiencia privada a su rey.

—Perdona mi impertinencia, señor, pero necesito tu ayuda. Me resulta imprescindible contar con alguien de confianza que venga conmigo y cumpla funciones vicarias en Salinae la Menor, mientras busco a Gronw. Si, como me dijiste,

tenemos que encontrar el cáliz, necesitaré a alguien con quien hablar y a quien confiar mis ideas. Y además, como no podemos perder el apoyo de los sacerdotes de Glastonbury, necesito que sea un guerrero cristiano.

El rey supremo prefirió pensar que el tono tan brusco que utilizaba Galahad formaba parte de su personalidad, rígida y machacona, y que no se trataba, pues, de una pretendida descortesía. Lo que pedía Galahad sonaba muy sensato, aunque Artor desconfiaba de los propósitos que realmente movían al joven. Si tuviera que elegir entre su dios y la causa celta, Galahad titubearía.

Gruffydd había informado al monarca de que por el norte corrían muchos rumores sobre el cáliz de Ceridwen. Sus espías no sabían de momento mucho más, pero era urgente averiguar de dónde salía el cáliz y dónde estaba.

—¿Te valdría mi escolta Percival? —preguntó Artor—. Me da pena prescindir de él, siquiera por un breve periodo de tiempo. Percival es más amigo que criado y a Targo le prometí en su lecho de muerte que Percival siempre estaría a mi lado. Con todo, es más importante resolver este lío del cáliz, así que te lo cedo.

Impresionado por la celeridad con que el rey tomaba sus decisiones, Galahad asintió con la cabeza y llamaron a Percival para que se presentara ante el rey y hablar con él a solas.

Percival tenía ahora cuarenta y cinco años y era un guerrero experimentado, musculoso y ágil, aunque todavía de rasgos infantiles.

—Tengo que pedirte que abandones la corte para cumplir una misión de enorme importancia para occidente —dijo Artor a su ayudante—. Si tuviera más opciones, no te lo pediría, pero Galahad te necesita para localizar el cáliz maldito, una reliquia sagrada que están utilizando para congregar disidentes contra mí. Hay que encontrar ese cáliz y Glastonbury es la clave para saber de dónde viene. Allí tiene que haber alguien que sepa de dónde lo sacó Lucius. Después de todo, el cáliz ha estado en Glastonbury los últimos setenta años. Tu dios vive allí, entre los sacerdotes, por eso es mejor que vayas tú y no yo; te aceptarán mejor que a Galahad, que procede de las tierras paganas del norte. Los sacerdotes se sentirán más cómodos hablando contigo que con cualquiera de nosotros.

Percival suspiró hondo, exhalando todo un mundo de tristeza con aquel gesto.

—Vivo para servirte, mi señor —respondió—. Si así es la mejor manera de hacerlo, estoy dispuesto a irme para realizar mi cometido.

Artor le dio una palmada en la espalda.

—Bien dicho. Es una pena, pero no me fío del criterio de Galahad. Está desquiciado con su dios, y los intereses de la cristiandad no siempre son los que convienen al rey. Sin embargo, sé que tú siempre has sido leal y coherente con tus principios —Artor sonrió—. Tienes otra tarea. Además de encontrar el cáliz de Lucius, quiero que descubras quién desea utilizarlo, como creo, para conspirar contra mí. Supongo que Salinae la Menor sigue encubriendo secretos que me pueden resultar útiles. Y mientras estés en la zona, visita Glastonbury y preséntate al nuevo

obispo.

Percival asintió con la cabeza. Se acordó de la reticencia con que el hermano Simón había contestado cuando el rey le preguntó por el cáliz de Lucius; si se presentaba ante el nuevo obispo para hacerle una visita de cortesía, lo más probable es que encontrara el momento para charlar con el viejo judío y sonsacarle algo más.

Percival salió para Salinae la Menor en compañía de Galahad, pero no sin que Odin le hiciera llegar sus temores a voz en grito.

—El trío está roto, Perce. ¿Cómo van a servir al rey Odin y Gareth sin ti? El dos es un número de mala suerte y muy peligroso.

A Odin se le veía tan desconsolado que por poco hace cambiar a Percival de idea. Pero Taliesin dio un paso al frente, ofreciéndose voluntario para servir al rey como tercer escolta.

—Sé que soy un mal sustituto de Percival, Odin, pero me he enfrentado a lobos y una vez hasta atravesé un oso con una lanza. No soy ningún pusilánime, si no mi madre no me habría enviado aquí a servir al rey. Estate seguro de que sabré proteger las espaldas de Artor mientras Percival esté fuera.

Odin revisó sus temores y vio que estaban resueltos.

—El hijo de Myrddion se rebaja a trabajar de criado —dijo Percival sosegadamente.

—Pero el hijo de Niniana nunca se fijaría en lo que implica evitar que el rey corra riesgos —respondió Taliesin con toda sinceridad—. Si surgiera la ocasión, lo salvaría. Entonces ¿qué más dan las libreas? Las etiquetas de criado no afectan en nada a mi condición, sobre todo si lucirlas me ennoblecen.

Odin abrazó a Taliesin y Percival se maravilló del valor del juto, porque Percival muy en el fondo de su alma, en parte atávica y supersticiosa, aún temía la intensidad que destilaba la mirada del bardo.

Dio un apretón de manos a Taliesin y notó que sus dudas quedaban reemplazadas por un sentimiento de amor y amistad.

—Cuidaos durante mi ausencia, amigos, porque noto que el mundo está cambiando. Veo miradas raras y oigo rumores por los rincones. El peligro acecha al rey supremo; así que, si queréis proteger al monarca, dormid con un ojo abierto y no bebáis más que agua.

Los dos hombretones rieron abiertamente y abrazaron a Percival, que ya solo tuvo tiempo de recoger las pocas posesiones que tenía y apresurarse a los establos. Como era de esperar, ahora que tenía un objetivo, Galahad estaba deseando librarse cuanto antes del polvo de Venonae.

CUANDO PERCIVAL INICIÓ su andadura a Glastonbury, los días iban acortándose y los grises cielos de invierno amenazaban con aguanieve. Había visitado muchas veces aquel lugar sagrado, pero esta vez tuvo ocasión de comprobar que incluso a

comienzos del invierno las aguas de Glastonbury manaban limpiamente de la tierra helada y quejumbrosa y que sus amplias colinas, de un verde tenue, estaban aún cubiertas con las últimas hojas cárdenas del otoño. Las esponjosas nieblas blanquecinas difuminaban los esqueletos de los árboles en paisajes engalanados y Percival sintió que Glastonbury desplegaba un atractivo renovado. Se quedó boquiabierto al ver la belleza de la tierra santificada por Dios.

Después de un breve trayecto, llegó al antiguo enclave. Pronto se dio cuenta de que los sacerdotes no tenían especial afecto al nuevo obispo. Otha pen Gawr, al que llamaban Rufus por la larga barba pelirroja que le caía por el pecho como un plumaje ardiente, era uno de los clérigos más jóvenes de Glastonbury. Percival se dio cuenta nada más llegar que el hombre tenía cierta apariencia sajona y una mirada ambiciosa y arrogante.

Cuando se presentó ante el obispo, Percival vio que Otha era un hombre rollizo, ataviado con ricas vestimentas que sus predecesores nunca habrían aceptado. De labios gruesos y muy colorados, desplegaba una mirada de un azul inocente bajo tonsura celta, aunque se esforzó por mantener los ojos solo ligeramente entreabiertos, mientras Percival se arrodillaba para besarle el anillo. Por sentido común se veía que el obispo Otha era de esos tipos que valoran en gran medida las cosas superficiales como la ostentación y el lujo. Percival se preguntaba quién le habría ayudado en una carrera tan meteórica como la suya y por qué le habría tocado a semejante sibarita gozar de los fértiles campos de Glastonbury.

Por su parte, Otha se sentía a disgusto con la presencia de Percival y su séquito. Le resultaban molestos, algo que el obispo no ocultaba en lo más mínimo.

—Glastonbury es sede de una orden religiosa y, como tal, no debe lealtad al rey supremo —afirmó Otha sin rodeo alguno, haciendo un gesto de asco con la boca—. Con todo, nos sentimos agradecidos de que el rey supremo nos devolviera el bastón con el que asesinaron al santo Aethelred. Ahora rezamos ante esta reliquia para limpiarla de la sangre que derramó de manera tan inclemente.

—Debes estar agradecido, sí. Si esta orden prospera, es gracias al rey supremo —dijo Percival contundente, pero educado—. ¿Desearías acaso que Lord Artor os retirara la protección? Te aseguro que si les interesa el botín, hay miles de bandoleros y de sajones dispuestos a cortar el cuello a religiosos como vosotros sin mayor miramiento —Percival no dejaba de mirar a los anillos de oro que adornaban las regordetas manos del obispo.

—¡Uf! —Otha resopló, como un cerdo, lleno de desdén y Percival tuvo que contenerse para no darle un manotazo en su rechoncho y peludo costillar.

El obispo no había ofrecido asiento a su invitado, ni un vaso de agua. Percival comparó a esta criatura con Lucius y con Aethelred, su sucesor, hombres dedicados ante todo a una vida de pobreza, pero de una cortesía máxima para con sus invitados.

—Lo único que necesito es hablar con los miembros más ancianos de tu comunidad para cumplir lo que me ha encomendado el rey Artor. El rey supremo me

ha dado orden de que investigue los orígenes de una copa que utilizaba uno de tus predecesores, el obispo Lucius. El rey Artor siente curiosidad por averiguar por qué robaron un objeto tan vulgar quienes atacaron el templo.

—He oído hablar de ese recipiente pagano. Tuvimos la suerte de que lo robaran; así no empaña este recinto de paz.

—Me parece inconveniente que alguien considere ruin o pagano algo que perteneciera al santo Lucius, obispo Otha, porque Lucius fue fiel seguidor de Jesucristo.

—¡Uf!

Percival se preguntaba si Otha también gruñiría como un cerdo cuando se encontrara mal. Pero, como le interesaba conseguir lo que iba buscando, mantuvo en todo momento un gesto dócil y amable, sabiendo que así, aunque pareciera tonto, no despertaría especial interés en el hipócrita pretencioso de Otha.

—¿Eres cristiano, muchacho? —preguntó Otha.

Percival consiguió aniñar el gesto, porque ya era un hombre maduro, era guerrero y probablemente mayor que el propio obispo.

—Sí, mi señor. He seguido la doctrina cristiana toda mi vida adulta.

—Supongo que podría haber sido peor, entonces —bufó el obispo con tono insultante.

—He estado en Glastonbury varias veces, normalmente cuando viene el rey supremo en peregrinación. Una de las tareas que me encomendaron fue cortar un ramito de espino blanco de Wearyall Hill, para que Artor lo luzca en el sombrero en las fiestas de invierno. Confío en el Señor Jesús y creo que estuvo aquí, en el santo Glastonbury, como dicen las antiguas leyendas. También creo que José de Arimatea construyó el templo y sembró la semilla de la fe cristiana en estos pagos.

—Muy bien —farfulló Otha, que no pudo encontrar fallo alguno en los credenciales religiosos de Percival—. Pero no distraigas a los hermanos de sus obligaciones ni de sus rezos.

Percival se inclinó ante el obispo y se fue de la sala aliviado.

Uno de los sacerdotes lo acompañó sin pronunciar palabra a un largo dormitorio, con estancias libres para penitentes y viajeros que llegaran de visita al monasterio. La celda poseía el típico recipiente diminuto para los santos óleos, un crucifijo y un pequeño camastro. No tenía ventana y resultaba minúscula y claustrofóbica. Pero, pese a lo espartano del recinto, Percival se encontró cómodo nada más llegar, porque como le habían educado en las cocinas de Venonae, apreciaba mucho lo que era una habitación caliente y cerrada en invierno.

En cuanto ordenó su bolsa de viaje, salió a buscar al judío, Simón, que estaba de encargado en un pequeño taller de forja en los edificios que rodeaban al enclave de Glastonbury.

El taller del hermano Simón tenía una puerta frontal para que la forja se enfriara con el aire. Una rústica pared separaba el taller de los fuegos que utilizaba el herrero,

pero las dos estancias se comunicaban por un vano. Uno de los muros estaba repleto de estantes y como banco de trabajo utilizaban una mesa recia construida con gruesos tablones de madera, como de un palmo. El caldeado recinto, que carecía de ventanas, bullía de actividad, porque muchos de los hermanos aprovechaban para protegerse del frío, poniendo como excusa que necesitaban afilar hoces, palas, azadones o rejas de arado.

Sentado en el banco de trabajo, el hermano Simón parecía cabizbajo, como si estuviera con pocas ganas de contestar muchas preguntas, un tanto suspicaz.

—El rey Artor te envía sus mejores deseos —comenzó diciendo Percival, mientras Simón supervisaba cómo se fundían unos anillos de oro en una estructura con forma de cruz que su aprendiz había colocado en los fuegos de la forja.

—Disfruta viendo esta estupidez, ¡una patena de oro! —farfulló Simón—. El obispo Otha me ha ordenado fundir todos los tesoros de Glastonbury para contribuir a sus vanas ansias de riqueza.

Percival se estremeció al oír las frases tan poco sensatas que decía Simón despotricando; el joven aprendiz también lanzó una pequeña exclamación de sorpresa que apenas se ovó en medio del fragor del fuego y las piedras de afilar. Los legos seguían trabajando con diligencia, inmunes ya al imprevisible malhumor de Simón.

—No escuches y mantén los ojos bien abiertos, chaval —dijo Simón dirigiéndose al desazonado joven tonsurado que se esforzaba por mantener con unas largas tenazas una estructura de hierro candente.

—Entonces, ¿no te gusta el nuevo obispo?

—A su modo está bien, supongo, pero no es el obispo adecuado para gobernar la orden de Glastonbury. Es un tipo demasiado mundano y ambicioso.

—Lo juzgas con mucha crudeza, hermano Simón —dijo Percival con una sonrisa que mostraba a las claras sus simpatías por el sacerdote—. ¿De dónde se cree que viene tu obispo?

—No te puedo decir, ni me interesa nada averiguarlo.

El tono tan desabrido de la respuesta puso a Percival aún más en guardia.

—Te ruego entiendas mi interés, Simón —comenzó diciendo Percival—. Me envía el rey Artor para que averigüe el paradero de una copa que utilizaba el santo Lucius, una reliquia que parece demasiado corriente como para estar levantando todo este escándalo.

De repente Simón dejó caer un pequeño molde de arcilla que estaba engrasando y que se rompió en varios pedazos al chocar con el suelo. Sorprendido y alarmado por lo que ocurría, al joven aprendiz casi se le cae la estructura de hierro que tenía en las manos.

—¡Santo Dios de Abraham! —gritó Simón exasperado—. ¡Mira lo que me ha pasado por tu culpa! —se volvió con mirada fulminante hacia el aprendiz que no sabía dónde meterse—. ¡Que no se te caiga eso, Ethelbert, o te despellejo vivo! Pon esa estructura en el fuego otra vez para que se vuelva a calentar. ¡Y luego tráeme otro

plato del estante! —a Simón se le habían hinchado las venas del cuello, intentando no explotar.

Percival esperó con paciencia a que trajeran otro molde y lo dejaran cuidadosamente sobre el banco de roble. Poco a poco Simón fue recuperando la respiración normal, se calmó un poco y se arrodilló con dificultad sobre el suelo desnudo. Empezó a orar en tono monótono y susurrante, mientras guerrero y aprendiz se miraban uno a otro sin decir nada.

Y siguieron esperando.

Al final, cuando Simón consiguió dominar sus emociones lo suficiente, se puso de pie, sacudiéndose el polvo de las rodillas y se sentó en un taburete junto al banco de trabajo. Se quedó cabizbajo, con la barbilla apoyada en una mano.

—¿Te importa retirarte, Ethelbert? A lo mejor puedes comer hoy más temprano, o darte un paseo. Necesito aclararme las ideas y estoy cansado.

—Claro, maestro. Siento haberte ofendido.

—No me has ofendido, chico. Y, por favor, dile a los hermanos que nos dejen un rato a solas. Y que me disculpen por perturbar su trabajo.

Los hermanos salieron apresurados del taller. Fuera lucía un débil sol invernal.

—¡Pero Otha sí que me ofende! ¡Que dios lo maldiga! Los chavales más jóvenes estarán revolucionados, pensando que al judío le ha dado una rabieta, y Otha se enterará y se pondrá como un basilisco conmigo. Al menos Lucius entendía que las personas, cuando se enfadan, pueden decir de todo. ¡Qué más da! A lo mejor los muchachos mantienen el pico cerrado, porque nuestro obispo no es del agrado de todos —Simón miró a Percival medio sonriendo—. Te ruego me perdones, joven; vienes lleno de gentilezas para conmigo y te recibo con groserías y enfados.

—No tengo nada que perdonar, hermano Simón. Solo dime abiertamente lo que sepas de esa maravillosa copa.

Simón evitaba la mirada de Percival.

—No sé tanto. Lucius nunca hablaba de su pasado con nadie.

Impaciente y preocupado, Percival no sabía cómo sacarle la verdad a este viejo obstinado que se resistía a hablar del tema. ¿Por qué un sacerdote tan entregado como este habría de inquietarse cuando alguien nombraba una simple copa?

—Si realmente no sabes nada del cáliz, ¿por qué cada vez que se menciona su nombre te comportas como una muchacha avergonzada, a la que han sorprendido con su amante? Cualquier otro se encogería de hombros sin más, diciendo que no tiene idea de lo que le preguntan.

—A Otha le encantaría expulsarme de Glastonbury, sin consideración alguna por mi tonsura ni por la edad que tengo. Y lo va a conseguir, porque tiene mucha paciencia. Odia a toda mi raza, porque cree que asesinamos a Jesús, como supongo que hicimos.

Percival refunfuñó de manera ostensible. Simón estaba intentando cambiar otra vez de tema.

—¡Pero Jesús era judío!

—¡Otha no sabe esa verdad tan incómoda!

—Y ¿qué tiene que ver la raza judía con el cáliz? No entiendo por qué temes o por qué no quieres hablar abiertamente conmigo.

Simón contestó.

—Estuviste delante cuando Artor les preguntó a los hermanos más ancianos. Lo que ninguno sabía es que el cáliz es judío. No es celta, ni picto, ni sajón. Es judío. Entre nosotros, todos lo sabemos.

Percival se quedó blanco.

—Sigo sin entender.

—Admito que no quise contarle toda la verdad al rey Artor cuando me preguntó. En su día yo sí le pregunté a mi obispo de dónde había sacado aquella simple copa judía. Lucius me sonrío, haciéndose el dormido, como solía hacer cuando no quería hablar de algún tema. Yo sabía que había sido decurión del ejército romano de la Gallia, porque nadie puede ocultar completamente su pasado. Y también sabía que el anillo que Lucius le regaló al rey Artor, en su momento estuvo recubierto de sangre, sangre que solo limpiaron las lágrimas de remordimiento que derramó el obispo durante años. Por lo que se desprendía de las palabras de Lucius, supe que mi obispo había matado a muchos soldados en crueles batallas que había librado por todo el mundo romano. Como yo también había esgrimido una espada en su día, me daba cuenta de que Lucius llevaba su historia en la mirada, en su manera de ver la vida y en la forma en que movía las manos.

Percival asintió. Se abstuvo de preguntar a Simón por qué se había metido a sacerdote, porque sabía que al judío le habría gustado la digresión.

—Sigue.

—En dos palabras, Lucius me dijo que había recibido la copa de un guerrero, que la había cogido de otro, a quien se la había dado un tercero. Me dijo que el Cáliz había recorrido muchas leguas, como si estos ojos cansados no supieran ver las cosas sin necesidad de mayor explicación.

—Pero quedan más cosas por saber —insistió Percival—. Sé que hay más.

El silencio de los dos se extendió durante un buen rato, dolorosamente, hasta que por fin Simón se decidió a hablar.

—Pregunté al obispo muchas veces acerca del cáliz —admitió irascible—. Le acosaba con mis preguntas y hasta llegué a enfadarlo por insistir tanto —Simón se encorvó un poco, como si se avergonzara al recordarlo—. En mi orgullosa obstinación, buscaba algo tangible que me ligara al santo Lucius. Maldita sea, creo que toda mi vida he sido vano y entrometido. Al final me respondió con una evasiva, como para que me callara, pero nunca conseguí resolver el enigma.

—¿El enigma?

—Lucius era un hombre que disfrutaba inventando complejas adivinanzas, como la que resolvió el rey Artor cuando llegó al trono de los britones.

—Sí. Esa historia la conoce todo el mundo dentro del reino.

—Lucius dijo que entendería todo, si conseguía resolver el enigma. Le he dado mil vueltas a lo largo de los años, pero nunca conseguí resolver aquel juego de palabras. A lo mejor tú tienes más suerte. Para un religioso como yo, mi maestro podría resultar insoportablemente obtuso, aunque muchas veces he pensado que a lo mejor lo que pretendía era defenderme de las consecuencias de mi vanidad —Simón sonrió—. Lucius consiguió callarme la boca y acallar mis preguntas. Así que supongo que logró lo que quería. Nunca más le volví a preguntar por el cáliz.

—Repíteme el juego de palabras, Simón. Ya no tenemos a Myrddion Merlín para que nos de la respuesta correcta, una pena, pero intentaré por todos los medios descubrir lo que quiere decir preguntando a las mentes más despiertas del reino.

—Te lo voy a repetir, porque ¡nunca pude olvidarme de esta maldita adivinanza! —Simón suspiró, como quitándose un enorme peso de su alma—. Que otros carguen con la responsabilidad de haberla descifrado. A cambio, te pido que no me culpes de nada, independientemente de los derroteros por los que te lleve esta coplilla. Estoy demasiado cerca de la gran mano de Dios, como para tener que cargar con más pecados, sobre todo, si son errores que han cometido otros.

Percival asintió, aguardando sin prisa a que Simón siguiera hablando.

El judío jugueteaba con los trozos rotos del molde de arcilla, se humedeció los labios, borró una aparente imperfección del suelo con la sandalia y se lanzó a recitar:

He recorrido muchas leguas en manos ensangrentadas
Por campamentos armados, desde tierras desertizadas.
Mi valor no son piedras ni oro.
No hay sangre ni sacrificio sonoro
Que al centro de mi dolor llegue.
Distinta boca de mí de nuevo bebe.
Salvo que alguien codicie este brillo anodino
Ahora encierro agua, no vino.

—Esta coplilla puede significar cualquier cosa —dijo Simón—. Aunque estoy seguro de algo. El cáliz nunca perteneció a la Bruja Azul, Ceridwen. El guerrero de negro es un embustero, además de un blasfemo y un asesino.

Como Percival no sabía escribir, tuvo que aprenderse la adivinanza de memoria.

—Y juro por la esperanza que tengo en la redención eterna que ya no sé nada más —le dijo Simón.

Percival agachó la cabeza en señal de respeto y agradecimiento.

—Ya no te molesto más, hermano Simón. Me has ayudado todo lo que estaba en tu mano. Solo te rogaría que no hables de esta coplilla con Otha, ni con nadie.

Simón se rió entre dientes, haciendo un ruido que recordaba al roce de armaduras oxidadas.

—Eso sí puedo prometértelo. El cáliz de Lucius tenía que haber permanecido en esa tumba hasta el Día del juicio. Ya ha provocado asesinatos, desconfianzas y crueldad. Creo que solo las manos de un santo son lo suficientemente sagradas para sostener un objeto tan simbólico.

Percival se levantó para irse.

—Una cosa más, antes de que te vayas, joven —dijo Simón—. Lucius me pidió encarecidamente que a su muerte el cáliz fuera depositado en su tumba. Me juró que era peligroso y me rogó que hiciera todo lo necesario, so pena de condenar mi alma mortal, para asegurarme de que el recipiente era enterrado con él. Cumplí sus deseos al pie de la letra, pero a los pocos días empecé a notar que se me iban deformando las manos progresivamente, hasta que se me quedaron así de agarrotadas, como ahora las ves. He buscado en las palabras de Jesús alguna pista sobre recipientes como el cáliz, pero nunca ha atendido mis súplicas. En nombre de Dios, Percival, te ruego que tengas cuidado, porque estoy seguro de que ese Cáliz es peligroso —se detuvo para dar más peso a sus advertencias—. Por seguir las enseñanzas de Jesús he traicionado mi raza y la fe de mis mayores. Ningún hijo me cerrará los ojos cuando muera y no tendré parientes judíos que entonen un último canto por mi alma. Por eso, entiéndeme cuando te pido que olvides el cáliz y lo dejes estar; no tengo más razones que las que te he dicho. No querría volver a ver en la vida la maldición de Lucius. Sé que la copa acabará con todo asesino que la tenga entre sus manos y que enloquecerá a los más sensatos, si ambicionan aprovecharse de sus supuestas promesas. Si hay alguna debilidad en tu corazón, el cáliz lo descubrirá, igual que encontró la sangre que yo aún llevaba en las manos y las arruinó para siempre.

Sonrió con nostalgia a Percival.

—Te hablo con tanta crudeza porque eres un muchacho limpio y bueno, Percival, y no querría tener responsabilidad alguna, si te ocurriera algo malo. Mírate bien el fondo del corazón antes de coger esa copa y llevártela al pecho. Y reza para que semejante objeto nunca llegue a la corte del rey Artor. Destruiría al rey con mayor facilidad que cualquier espada. Y tu Artor es bueno, porque lo conozco desde mucho antes de que tú nacieras. Pero los reyes tienen que hacer concesiones, si quieren reinar durante tanto tiempo y el cáliz terminará encontrando sus debilidades. Y por lo que respecta a sus cortesanos, como nunca he ido a Cadbury, no sé qué tipo de gente lo rodea, pero el cáliz descubrirá cualquier vileza y cualquier ambición que esas personas alberguen en sus corazones —el hermano Simón se miró las manos inútiles que tenía—. Me arrepentiría de haberte ayudado si por ello le ocurriera algo malo al rey supremo o a alguno de sus leales súbditos. Preferiría morir antes que traicionar al hombre que se esfuerza por defender la iglesia de Dios.

Percival no podía confortarle apenas nada. Se limitó a inclinarse ante él como muestra de respeto y salió, dejando al anciano con sus aflicciones.

Cuando Percival se marchó, el hermano Simón volvió sobre el nuevo molde que le habían dado y comenzó a engrasarlo con manos temblorosas, más parecidas a dos

muñones. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, no solo de pena, sino también de alegría. Glastonbury sería su último hogar; aunque el cáliz se hubiera apoderado de sus manos, Dios le había otorgado la gracia de Glastonbury. Simón tenía una fe de hierro, tan fuerte como los metales que en su día maleaba. Para bien o para mal, el cáliz andaba perdido, pero Simón confiaba en que Dios prevalecería.

Esa noche Percival dictó un mensaje a uno de los escribas, dirigido al obispo Otha. Después, antes de que despuntara la luz y sin que nadie lo viera, abandonó el enclave religioso. Como Otha no era de fiar, Percival había interrogado por precaución a todos los demás sacerdotes ancianos para no cargar demasiado las sospechas sobre el hermano Simón.

En la carta que entregaron personalmente a Otha, Percival se daba por vencido, al no haber encontrado pistas que le ayudaran a saber de los orígenes del cáliz.

Y así, como el humo de los fogones que en su día atendía, Percival desapareció en la bendita oscuridad.

A CUATRO DÍAS de vuelo de cuervo, Gronw se agitaba entre sueños en una cabaña de piedra que había construida en territorio de los ordovicos. Tendido sobre un camastro de paja mugrienta, soñaba con las múltiples caras de Gernyr Pelo de Azabache. La mujer se mordía el labio inferior con dientes impolutos, meditando sobre brujería. Los ojos le brillaban mientras le frotaba a él los muslos, las ingles y los párpados, cegados de lujuria. El guerrero de negro gemía al recordar la textura de su cuello y cómo le palpitaba excitado cuando él la besaba. Y entonces vio el terrorífico rostro de su amada, echando sangre por unas arterias seccionadas, que ya no alimentaban el latido de su corazón.

Los brillantes ojos de la mujer aún lo poseían, en cuerpo y alma.

Se revolvió en el sueño, deseando volver a contemplar un minuto más su belleza. Pero no le tranquilizaba nada, ni siquiera el fluir inconsciente del orgasmo, porque los ojos de ella lo abrasaban, penetrando hasta el fondo de su mente, igual que lo habían hecho una y mil noches hasta entonces.

Al final, agotado y entumecido, Gronw siguió durmiendo en su cabaña maloliente, libre ya de sueños perturbadores.

NINIANA SE DESPERTÓ de un sueño con sangre y asesinatos y sintió que la sombra de Myrddion se extendía a su lado, para confortarla.

—Taliesin lo está haciendo bien —le dijo a su amado—. Mi corazón me dice que está aliviando el dolor del monarca.

En la imaginación de Niniana, Myrddion le contestaba con voz suave mientras le acariciaba el pelo.

—Pero tendrá que ser fuerte, aún más. Como tú, querida mía. Ahora los intempestivos vientos del sur soplan con aire frío, cuando tenían que ser cálidos. Se avecinan terribles acontecimientos y tienes que estar preparada para actuar. Cada vez son más fuertes los que viven en mancha, disfrutando con la sangre derramada. Tú eres de las pocas elegidas que puede hacer lo que hay que hacer.

—Pero ¿tendré la fuerza necesaria para cumplir con mi obligación, sea cual sea? —preguntó Niniana, con ojos inmensos, como dos lagos de aguas azules, abiertos en la vacía oscuridad de la noche.

—Tú siempre tienes fuerzas para hacer lo que hay que hacer, mi señora.

La dama abrazó el vacío que yacía junto a ella y soñó con las caricias de Myrddion, sin preocuparse de los vientos meridionales ni de los funestos acontecimientos que ululaban en la noche.

CAPÍTULO XI

RIPIOS Y MONOTONÍA

SALINAE LA MENOR soñaba, entregada a los vientos nocturnos, con el pecho presionado por las oscuras y frías aguas del río y los árboles y tejados cubiertos por un fino manto de nieve. En el paisaje de árboles carbonizados y jardines de un brillo diamantino destacaban las estatuas como tenues sombras borrosas; toda la villa parecía sostenerse inmóvil sobre láminas de plata flotante.

Dentro, el hipocausto calentaba los suelos; las ventanas y puertas estaban todas bien cerradas. Apenas habían cambiado los muebles, ni los criados, aunque al llegar, la guardia personal de Galahad se había instalado entre estruendosas chanzas y sudores juveniles. La nieve caía suavemente sobre el atrium, pero ni aun así se notaba el frío, gracias a los braseros y el calor de las maderas, que combatían las temperaturas más extremas. Unos enormes postigos separaban el atrium del resto de la casa, confiriendo al recinto una sensación de confort y seguridad en medio de una luz tenue.

Galahad había organizado eficazmente la villa, pero pese a todos sus movimientos no podía negarse que el alma de Salinae la Menor había desaparecido sin que por el momento nadie la hubiera sustituido. Se percibía claramente la ausencia de mujeres por las telarañas que se iban formando en los rincones y por la fina capa de polvo que empezaba a posarse en las superficies de madera; sin necesidad de decir nada, todo hablaba del destino que había sufrido Miryll.

En el scriptorium, Galahad y Percival estudiaban sin demasiado éxito las enigmáticas palabras que el primero había escrito sobre la mesa con un carboncillo.

—¡No tengo ni idea de lo que quiere decir esta maldita adivinanza! —profería Galahad irritado en voz baja—. Artor me despellejará vivo si no desciframos el acertijo de Lucius; ¡estoy condenado a servir de zapatillas para el monarca!

Percival iba a sonreír ante la bromita de Galahad, pero se dio cuenta de que el muchacho iba en serio. El joven tenía todo el pelo revuelto; parecía que incluso sus cejas, normalmente serenas, se habían enredado y bajo los párpados cansados asomaban unos ojos enrojecidos por falta de sueño.

—¿Y si interpretáramos estos versos de alguna otra manera? —sugirió Percival tentativamente—. Podríamos precisar qué es lo que sabemos y seguir a partir de ahí.

—Sabemos que Lucius llevó el cáliz a Glastonbury —afirmó Galahad—. Se lo

contó a todo el que quiso preguntar.

—Si es así, la historia del cáliz no es de aquí —contestó Percival—. Así que no puede tratarse de la reliquia celta que creías que estaba escondida en Salinae la Menor.

Galahad se quedó pensativo.

—Supongo que no —dijo—. Pero, entonces, ¿qué es lo que había oculto en la torre? Debe de ser algo importante para que el padre de Miryll lo registrara por escrito, o sea, que ahora tenemos dos misterios por resolver. Mierda, cómo me gustaría que nos hubieran encargado algo en vez de estar aquí como dos memos intentando descifrar acertijos y misterios estúpidos.

Todo lo que Percival tenía de modesto, lo tenía Galahad de altanero, pero Percival no veía por qué tenía que restregar sus creencias ante sus amigos, ni obligarlos a comulgar con ellas, mientras que Galahad consideraba que su obligación era convertir a la gente para que se integrara en la Iglesia de Roma. Pese a todo, la fe que compartían empezaba a revelarse como algo valioso, que reforzaba la incipiente amistad entre ellos. Y eso que Percival no se pasaba horas de rodillas, cosa que Galahad consideraba esencial para mantener la salud espiritual. Arrogante y de carácter difícil, envarado como una espada y de una franqueza despiadada, Galahad era el estereotipo de lo que representaba el guerrero cristiano para todos los que entraban en contacto con él. Solo en la intimidad se empezaba a atisbar el alma insegura y atribulada de un hombre que se esforzaba por romper con una familia exótica e incompatible con él. Percival entendía que Galahad soñara con la gloria eterna para borrar los recuerdos de su famoso y libertino progenitor, del avaricioso de su abuelo, de la bruja de su tía abuela y de una madre arrebatada por el odio.

—¿Te ha hablado alguien de la reliquia de Salinae la Menor, aparte de lo que descubriste en los pergaminos? —preguntó Percival.

—Cuando vine con mi padre, Gronw y Lady Miryll me evitaban, como si estuviera apestado —respondió Galahad, jugueteando con una pluma de junco. La cogía por el bisel, astillándola y rasgándole la punta, hasta que la dejó inservible.

—¿Crees que Lady Miryll pudo revelarle algo a tu padre, que pudo incluso pasarle inadvertido? Parece que tanto Miryll como Gronw trataron a Lord Galván como si fuera su amuleto favorito y la dama se pasó todo el día con él. Tuvieron que hablar de algo.

—Cuando nos fuimos de aquí, mi padre no hizo más que quejarse todo el camino de vuelta. Hablaba sobre todo de Salinae la Menor y de su pasado. Me reprochaba una y otra vez que no me gustara el sitio y, aunque no recuerdo bien qué decía, porque no le prestaba demasiada atención, sí mencionó que la madre de Miryll había sido asesinada por su esposo. Padre estaba convencidísimo de que Salinae la Menor era un lugar venerable y me tildaba constantemente de irracional por repudiar a toda aquella cuadrilla.

—¿Tu padre te dio las razones por las que pensaba así? Supongo que discutiríais

sobre el tema.

Galahad se rió sin demasiadas ganas.

—No atiende a nada de lo que digo. ¡Es Galván, uno de los inmortales de Artor!

Percival aguardó, de la misma manera que había hecho con el hermano Simón en Glastonbury. Entendía que hasta el más inteligente de los manipuladores odia el silencio; por eso suelen precipitarse a llenar el vacío.

—¿Has oído hablar de esa leyenda que cuenta la historia de un forastero, que se supone construyó en su día el primer templo de Glastonbury? —preguntó Galahad.

—Vagamente; no recuerdo mucho —dijo Percival encogiéndose de hombros y tratando de no demostrar lo que sabía de Josephus hasta no ver por dónde discurría la mente de Galahad.

—Padre me dijo que el que hizo la iglesia era el mismo que construyó la torre de esta isla en la que estamos ahora. Por lo visto ya había leído los pergaminos con las notas de Rufus, pero a padre no le interesaban esas referencias que hacía a un anciano.

—Puede que la leyenda del anciano sea el vínculo que estemos buscando —dijo Percival con ciertas reservas. Se resistía a pensar que hubiera un vínculo entre la torre de Salinae la Menor y la iglesia de Glastonbury. Para él Salinae la Menor siempre sería pagana y estaría anegada en sangre.

—¡Maldición! No recuerdo sobre qué divagaba mi padre. Pero si me dejas un momento, puede que me acuerde —mientras Galahad recorría la habitación arriba y abajo, Percival reflexionaba sobre lo difícil que debía de ser tener un padre como Galván, que ya era una leyenda viva.

Estaba claro que Galahad estaba estrujándose los sesos.

—Padre se encogió de hombros, sí y convino en que no sabía nada del que trajo los pergaminos… un nombre raro de esos.

Percival se quedó mirando fijamente a Galahad, sin llegar a creerlo. Un joven tan comprometido, tan celosamente cristiano, el príncipe de los otadinos, a veces resultaba completamente obtuso.

—Ese nombre que mencionó, ¿no sería Arimatea?

—Posiblemente. No me acuerdo.

—¿Y te acuerdas de la historia sagrada?

Galahad palideció, pero al caer en la cuenta fue animándose poco a poco.

—¿Será posible? ¿Será José de Arimatea el que trajo el pergamino? ¿El mismo José que nos trajo a Jesús? ¿El que enterró al Cordero de Dios en su tumba?

Los dos guerreros volvieron sus ojos sobre las palabras que estaban escritas en la mesa, con ojos ardientes de emoción.

—Hay muchas leyendas que dicen que José llegó a Britania, pero para mí eso siempre ha sido un cuento —dijo Galahad, con rostro expresivo.

—Puede que la leyenda parta de algo que ocurrió hace muchísimo tiempo y que haya cambiado con los años. ¿Has visto en algún otro sitio algo parecido al espino de

Glastonbury? Myrddion Merlín creía que el árbol del espino venía de un ramito de la corona de Cristo. Pero ¿cómo vamos a saberlo, si han pasado tantos años?

Galahad negó con la cabeza. No hacía más que leer y releer las palabras que estaban escritas a carboncillo sobre la mesa.

—Vamos a empezar por el principio —insistió Percival, al ver la preocupación que embargaba a su señor—. ¿Qué era la reliquia que había aquí? ¿Dónde está? Escúchame, Galahad, y deja de sacar conclusiones por tu cuenta en relación con los orígenes del cáliz.

—Tiene que estar en la torre. ¿Dónde podría estar si no?

Percival se levantó con decisión.

—Entonces vamos a buscar en la torre.

—Sí —dijo Galahad, sonriéndole a su amigo—. Buscar es mucho mejor que quedamos aquí dándole vueltas a este maldito acertijo.

Pasaron varias horas inútilmente.

En la torre no había ya ni rastro de la existencia de Miryll; allí solo quedaba el recinto de piedra desnuda con sus múltiples ventanucos. Por los rincones se apilaban algunas hojas que habían arrastrado los últimos vientos del otoño, porque los criados no querían entrar en este espacio fantasmagórico, en el que reinaba un frío invernal. Los dos guerreros estuvieron dando golpecitos a las piedras con las empuñaduras de sus cuchillos, revisaron las escaleras y se tumbaron en el suelo para remover un poco los firmes.

Pero no encontraron nada.

—Me pregunto qué contendría esta habitación antes de que Miryll la ocupara —comentó Percival mirando a su alrededor.

Galahad se encogió de hombros. Estaba sentado con las piernas cruzadas en la piedra central, a metro y medio del suelo.

—Si vivieras aquí, ¿dormirías sobre un lecho de piedra pura y dura? —le preguntó Percival.

—No me gusta siquiera sentarme aquí, así que mira. Esto no fue pensado como cama, está claro. Si es un altar, no pinta nada en la habitación del torreón. ¿Quién iba a poner aquí un altar? Imagínate el esfuerzo y el ingenio que hay que tener para instalar la piedra en su sitio.

Percival dio una patadita suave a la losa de piedra.

—¿Por qué estará aquí?

Galahad acarició las rugosidades de la parte superior con las manos. No veía nada inscrito, ningún símbolo pagano. En realidad no era más que una piedra rectangular, poco pulida, en medio de una torre que estaba en mitad de una isla.

Los dos hombres se arrodillaron para examinarla más a fondo.

Percival era un tipo muy práctico, como cualquiera que haya tenido que cortar leña y lavar cacharros para ganarse la vida.

—El suelo no debería aguantar el peso de esta piedra —se dijo en voz baja. Se

alejó un poco hasta la ventana más próxima. Al asomarse, estirando un poco el cuello, vio enormes tablas de roble que sobresalían como medio metro por encima de las murallas. Estaban separadas una de otra por unos diez centímetros, en dos filas que recorrían todo el perímetro de la torre, como si la remataran con una corona de espinas.

Galahad observaba a Percival, que iba y venía por la habitación, se arrastraba por el suelo con la nariz casi pegada a la tarima, para examinarlo con detenimiento.

—Hay unas pesadas vigas, después tablones más finos dispuestos en forma de cruz. Y aquí hay una hendidura en el revestimiento.

—¿Estás seguro? —como siempre, Galahad hablaba primero y después pensaba.

Percival estaba sucio, cansado y exasperado.

—Pues míralo tú —contestó irritado—. Cualquier artesano competente se habría percatado de la fisura antes. Por desgracia no soy carpintero, y el trabajo de la piedra me resulta completamente ajeno —Percival estaba hablando consigo mismo; miles de ideas se le precipitaban a la boca—. Estoy seguro de que este suelo lo hicieron por algo.

Miró a Galahad, que parecía desconcertado.

—¡Piensa, Galahad! ¿Qué necesidad tuvo nadie de hacer esto?… ¿Años de trabajos forzados para todo un equipo de obreros especializados? Sé que el roble es difícil de moldear en cualquier época, incluso con utensilios de hierro. Han sacrificado todo un bosquecillo de árboles antiquísimos… ¿para qué?

Percival siguió con su aluvión de ideas, sin tener en cuenta la cara de pasmado que tenía Galahad.

—Entonces ¿intentamos mover la piedra? Hay una fisura ahí, pero ennegrecida, del tiempo que ha pasado ya. No. No vamos a poder moverla, ni locos, aunque contáramos con los guerreros más fuertes de Britania. Tiene que haber otra forma.

Percival observó atentamente el exterior de la habitación y las escaleras.

—¡Ya! —gritó excitado—. Ahí está, en el centro de la rueda.

Galahad asomó la cabeza mirando para arriba desde los doce escalones que llevaban a la cámara.

—¿Qué tengo que ver, Percival? Voy a terminar sacudiéndote, como sigas murmurando cosas incomprensibles, te lo juro.

Percival señaló hacia arriba.

Se veían perfectamente los enormes radios de una rueda, hechos de roble. La madera estaba seca, endurecida con el paso de los años, y tenía la rigidez y el color del hierro viejo.

—Mira en el centro de la estructura. Tiene como dos metros de diámetro e incrustaciones de madera decorada.

—¿Y qué? —dijo Galahad cortante. Mantenía la misma expresión de aturdimiento, algo que recordó a Percival que el clan de Morcadés no destacaba particularmente por su inteligencia.

—Si quisieras ocultar algo, ¿dónde mejor que bajo una losa de piedra a la que solo se accede levantando un tablón de madera que está bajo el suelo de la habitación de arriba? ¿Hay alguien que en un lugar como este se dedique a mirar al techo?

En la dura mollera de Galahad empezaba a abrirse algún claro. Si lo que calculaba Percival era verdad, bajo el suelo que aguantaba la piedra tenía que haber una cavidad circular.

—Necesitaremos cuerdas para examinar la cavidad —dijo Galahad muy animado —. Tienes que encontrar una polea y cinceles bien afilados.

Percival se rió al ver al joven tan entusiasmado, aunque le gustó menos eso de que le dieran órdenes como si fuera un esclavo.

—Preferiría montar todo este lío a la luz del día, para ver por dónde andamos. Si quieres, intenta encontrar la manera de entrar ahora, pero yo pretendo cenar y luego dormir profundamente hasta que amanezca. Ese escondite lleva aquí cientos de años, así que podrá esperar a mañana.

Mostrando cierta reticencia, Galahad accedió, pero ninguno de los dos durmió realmente bien aquella noche, larga y fría, aunque por muy distintas razones. Galahad perseguía ardientemente encontrar una reliquia cristiana, deleitándose en la reputación que conseguiría al dar con ella. Percival intentaba descubrir cuál era el propósito divino, porque estaba seguro de que José de Arimatea nunca se molestaría en esconder una reliquia, si no fuera importante para los fieles cristianos.

Por eso los descubrimientos que hicieron al día siguiente resultaron una decepción. Percival se deslizó con una cuerda hasta la posición correcta bajo el suelo, arriesgando al máximo al descolgarse por el pozo central de la torre. Al fondo, le esperaba un amenazador suelo de piedra, en el que, en caso de caída, moriría del impacto.

Mientras buscaba alguna pisada por las piedras que formaban la muralla, Percival se dio cuenta de que hacía relativamente poco alguien había colocado unos ganchos de hierro, pintados de negro para que no se vieran, salvo que te fijaras mucho. Gracias a aquellos engranajes llegó al centro de la rueda en pocos minutos.

—Aquí ha habido alguien antes que nosotros, Galahad —gritó.

Tras observar detenidamente la sólida rueda de madera, tiró de uno de los tablones de roble que formaba parte de la estructura y la plancha se movió ligeramente, dejando a la vista una estrecha abertura. Percival tiró con más fuerza hasta que el tablero se corrió un poco más y cayó al fondo.

Del agujero salió una larga tela de lana, que se desplegó al caer.

Percival tocó con la mano en diagonal el espacio que quedaba, pero si en algún momento hubo ahí una reliquia, desde luego ahora no estaba.

—¡Maldita sea, mierda, diantre! —gritó Galahad desde abajo—. ¡Tanto esfuerzo para nada!

Con la respiración entrecortada, Percival se alzó de nuevo hasta llegar a las escaleras de la torre.

—No ha sido en vano, Galahad. Ahora sabemos con seguridad que hay una reliquia y que en su día estuvo escondida en esta torre.

—Pero ya sabíamos que existía antes de mirar.

Percival negó con la cabeza.

—*Creíamos* que existía, nada más. Ahora lo sabemos.

Sentados en el scriptorium con su jarra de cerveza al lado, los hombres examinaron el paño de tela que había salido de la rueda.

La lana era muy antigua, no estaba blanqueada y había cogido un tono oscuro de miel tostada. Los pliegues habían quedado marcados en la tela y por eso supieron que el objeto que en su día envolvía era delgado y largo, como de algo menos de dos metros.

—Puede que la reliquia sea un bastón —intentó deducir Percival.

—Pero entonces ¿cómo se explica este agujero de la tela? —reconvino Galahad, sacando un dedo por un pequeño desgarrón provocado por alguna fricción en uno de los extremos.

—A lo mejor tenía una punta más afilada… o algo.

—Puede —dijo Galahad con desgana—. Pero no lo sabemos.

Percival se acordó de la longitud que tenía aquel garrote de madera oscura con el que habían asesinado al obispo de Glastonbury. Tenía un sátiro en uno de los extremos, que quedó totalmente manchado de sangre.

—Será Gronw el que tiene la reliquia —murmuró Percival—. Puede que piense que se trata del bastón de un druida, o un objeto de magia. O también puede ser que Gronw no sepa lo que es. Preguntas. Preguntas y más preguntas.

Los dos hombres doblaron la tela de lana y se quedaron mirándose fijamente a los ojos. Seguían dándole vueltas a las palabras del acertijo y a la leyenda de José.

—Tenemos un bastón, un cáliz, un árbol de espino y la referencia al comerciante de Arimatea —dijo Percival entre dientes—. Pero la torre escondía un bastón, cuando debería de ser una lanza… ¡la lanza!

El silencio se prolongó durante un rato, lo que Galahad tardó en reflexionar sobre la lanza romana con la que al parecer habían atravesado el costado de Jesús crucificado. Le ardía la cabeza.

De repente, Percival se puso en pie.

—Puede que tengamos algunas claves para resolver el acertijo, pero también podríamos equivocarnos.

Galahad señaló las palabras que estaban escritas sobre la mesa.

—La referencia a las tierras desertizadas encaja con la descripción del paisaje de Israel, y fue un soldado romano el que atravesó el costado de Jesús con una lanza, mientras estaba en la cruz. Se dice que los soldados estaban rifándose sus posesiones, entre las que bien podría haber una copa —miró a Percival que estaba sentado al otro lado de la mesa y le sonrió—. Lucius dijo que en su momento ese cáliz contuvo vino.

—No vayas tan deprisa, Galahad. Sabemos que hay un bastón con el que

asesinaron al obispo, pero no tenemos certeza ninguna de que haya una lanza. Que la tela de lana tuviera un agujero no prueba nada. Y pensar que el cáliz de la Última Cena haya llegado a Glastonbury… es difícil, muy difícil de creer.

Las palabras de cautela que pronunció Percival no sirvieron de mucho. Para Galahad eran como ruido de fondo, porque se le había disparado ya el cerebro.

—Todo encaja —insistía—. Y los versos tienen sentido, si el cáliz de Lucius fuera el de Jesús.

—Pero ¿cómo iba a utilizar el obispo Lucius ese cáliz de la Última Cena para comer y cenar a diario? —advirtió Percival—. ¿Por qué no envió un objeto tan sagrado a la Madre Iglesia para que lo conservara debidamente? Lo que estamos haciendo es buscar una solución al acertijo que encaje con lo que buscamos, en lugar de aplicar la lógica —cerró los ojos para concentrarse más—. Lucius sabía que el cáliz era peligroso. Había sido oficial romano, había visto los peores excesos de la guerra. Si sospechara de dónde venía, tendría que saber que un objeto así podía convertirse en un instrumento muy útil para cualquier reyezuelo sin escrúpulos que deseara ampliar su poder y su influencia mundana. Lucius debió sorprenderse de las coincidencias, al oír la leyenda que ligaba a José con Glastonbury y ver que había un espino blanco en tierra extraña.

—Pero entonces, ¿por qué lo guardó? —preguntó Galahad—. Al menos debía haberlo escondido, aunque sus sospechas fueran infundadas.

Percival sonrió. Sabía por Gruffydd que Lucius había guiado a Artor a la hora de encontrar la espada y la corona de Uter Pandragón.

—Lucius era un hombre muy sutil, por eso probablemente quería esconder el cáliz, dejándolo a la vista de todos, igual que hizo con la corona y la espada de Uter. ¿Quién iba a sospechar que una copa vieja y abollada tenía semejante historia? Además, puede que Lucius dudara de que el cáliz realmente viniera de donde venía. Eso es lo único que encaja con lo que sabemos.

—Vale. Lucius tendría sus dudas —la mente de Galahad se sentía estimulada y ahora trabajaba a mayor velocidad—. Y con lo cauteloso que era, quiso que al morir lo enterraran y depositaran el cáliz en su propia sepultura.

Aunque Percival era muy sensato y nunca quería adelantar conclusiones, era cristiano y deseaba ardientemente confirmar su fe. De repente, se le agolparon miles de pensamientos que tejían en su cerebro promesas de amor divino hechas realidad a través del cáliz de Lucius.

—No hay más respuestas que encajen —dijo lentamente con los ojos brillantes—. Puede que la lanza que atravesó el costado de Jesús, el cáliz, y el fragmento de la corona de espinas llegaran a Bretaña y se quedaran aquí. El espino crece a su aire en Glastonbury, pero las otras dos cosas no sabemos quién las tiene.

Percival deseaba con toda su alma que las reliquias fueran cristianas para validar los pasos que había dado en la vida, pero poco a poco, se le fue calmando la mirada y volvió a tener el mismo aspecto moderado de siempre.

—Puede que estas reliquias sean realmente lo que queremos que sean… o puede que no —dijo—. En todo caso, podrían ser manipuladas por cualquier avaro ambicioso que haya tenido la suerte de dar con ellas. Una persona tan religiosa como Lucius nunca habría utilizado personalmente el cáliz de la Última Cena, si realmente creyera que era lo que era. Pero sabía lo peligroso que podría ser ese cáliz si cayera en manos equivocadas. Lucius se cuidó muy mucho de que la gente no especulara con el cáliz, por la simple razón de que él no creía que tuviera poderes religiosos.

—Puede que estuviera equivocado —afirmó Galahad sin más.

—Sí, pero puede también que estemos deseando conseguir una prueba de que nuestra fe es de primordial importancia. Quizá estemos concediendo demasiado significado a la función del cáliz. Sea cual sea la verdad, nunca la sabremos con certeza, nunca. El cáliz es peligroso porque pueden hacerlo pasar por la copa de Ceridwen, por el cáliz de la Última Cena, o por cualquier otra cosa que queramos imaginar.

—O sea, que Gronw está en posesión ahora de la reliquia más valiosa de la cristiandad, en manos profanas —murmuró Galahad—. Debemos contarle a Artor el peligro que esto encierra.

Percival asintió con la cabeza.

—La búsqueda de la corona y la espada de Bretaña no fue nada, comparado con esto. Puede que ahora no haya tronos en juego, pero nuestra aventura nos lleva a las mismas raíces de la cristiandad. Hay que encontrar el cáliz.

—No podemos perder un minuto, ¿verdad, Percival? —dijo Galahad impetuosamente, sin haber interiorizado prácticamente nada de lo que había dicho Percival—. Dios ha querido que vengas a Salinae la Menor conmigo para depositar el cáliz en mis manos.

Percival observó que la mirada de Galahad se henchía de una locura enfervorizada. En sus ojos uno podía ver reflejados todos los temores que tenía Lucius sobre el poder del símbolo. Percival por fin vio claro el camino que debía seguir. Teniendo en cuenta su frialdad, la ambivalencia de sus sentimientos y su naturaleza esencialmente impía, Artor tendría la suficiente fuerza de carácter para ver el cáliz como lo que realmente era. Y además el rey supremo tenía que asegurarse de que el bastón que utilizaron para asesinar al obispo Aethelred nunca cayera en manos de los mismos desvergonzados que ahora tenían el cáliz. Percival se acordó de que cuando estaba en la última puerta de la fortaleza y se enteró de que habían matado a Aethelred, le habían dado el bastón a Gruffydd. Había que advertir a Artor de su peligroso potencial.

—Tenemos que ir a Cadbury —suscribió. Y con eso Galahad no tuvo que oír nada más.

Percival estaba seguro de que si los dioses romanos pudieran verlos, estarían riéndose de la fragilidad humana.

GALAHAD NO DIO respiro a los caballos de vuelta a Cadbury. Los animales estaban casi exhaustos cuando los guerreros llegaron a la carretera que conducía a la fortaleza por el camino del sur. Galahad pidió caballos más descansados a unos peregrinos que iban a Glastonbury. Y estos, al ver la calentura que incendiaba los ojos de Galahad, le entregaron dos de sus caballos sin dudar un instante. En cuanto Galahad espoleó a su nueva montura para ponerla al galope, los peregrinos se santiguaron.

Percival sentía por todos sus poros la necesidad de extremar sus cautelas, pero el fervor de Galahad no admitía argumento alguno. En vano, Percival comentó que Artor probablemente se encontrara fuera, en Venta Belgarum, esperando que mejorara el tiempo, por si las fuerzas de Anderida iniciaban otro ataque frustrado sobre las guarniciones celtas del sur.

—Pues por eso, todavía tenemos que darnos más prisa, por si Artor aún no ha salido hacia el sur —insistió Galahad.

—Pero si ya se ha ido, ¡tendremos que ir detrás de él! —gritó Percival desde atrás —. Si mantenemos este ritmo vamos a matar a los caballos.

Al final, medio aturdido por el cansancio, Percival divisó Cadbury Tor, alzándose hacia el cielo, como si fuera el dedo índice de un gigante dormido, y dio gracias a Dios por su misericordia. En la muralla que rodeaba la fortaleza los centinelas les dieron noticias preocupantes. El rey no estaba. Galahad ordenó al ayudante del rey que mandara un correo a Artor con un mensaje muy simple.

—Lo que buscabas, lo hemos encontrado. Regresa a Cadbury.

Percival se mostraba furioso para sus adentros. Con tantos afanes, Galahad estaba contando al occidente entero y a sus muchos enemigos que habían encontrado una información importantísima.

La corte bullía de curiosidad, al ver que regresaban Percival y Galahad. Y como a las pocas horas Balyn y Balan también llegaron para informar al rey en cuestiones de seguridad, el alboroto fue creciente, como los rumores, sin que hubiera pasado todavía ni una sola noche. Percival dio gracias a Dios de que hubieran vuelto los gemelos, porque consiguieron distraer la atención y la gente se fijó menos en la intensa locura de Galahad.

A Mordred parecía no interesarle la actividad frenética que se vivía en Cadbury, pero escuchaba por los rincones más de lo normal. Wenhaver se sentía llena de resentimiento; cuando llamó a Galahad para que fuera a su parterre, el joven se negó en rotundo y no quiso contarle por qué habían regresado a la corte tan aceleradamente.

—Pero soy tu reina —exigió, levantando la barbilla de manera arrogante—. Insisto en que me expliques por qué habéis vuelto a Cadbury. ¡Hablo en nombre del rey!

—No, su Majestad. He jurado al monarca, porque así me lo ha exigido, que no hablaría de la misión que tengo con nadie más que con mi señor, el propio rey supremo —respondió Galahad con voz serena, sin que le afectaran en lo más mínimo las amenazas y los berrinches de Wenhaver.

Cuando la reina recordó que Percival también había vuelto a la corte, exigió que se presentara ante ella. El guerrero de Artor se angustió ante el llamamiento.

¿Qué iba a decir?

Puede que Artor le apreciara como amigo y como lacayo, pero Wenhaver no tenía razón alguna para considerarlo en lo más mínimo. De hecho, a Wenhaver le molestaban los amigos de Artor y tendía a pensar que, en connivencia con su marido, conspiraban contra ella. Si se negaba a sus exigencias, podía condenarlo a muerte antes de que Artor volviera. Como criado del monarca, Percival no tenía derechos en ausencia de su señor y, como era de familia campesina, ningún aristócrata lo defendería.

Percival se vistió con elegancia para visitar a la reina, aunque el mensajero se enfadó por que tardara tanto. En cuanto entró en la perfumada estancia, sintió que miles de ojos hostiles clavaban en él su mirada.

—Escolta, quiero que me digas toda la verdad, como se la dirías a tu dios —dijo Wenhaver antes incluso de que Percival tuviera tiempo de inclinarse ante ella—. ¿Para qué quiere Galahad ver al rey?

Percival consiguió dar la impresión de que seguía siendo el inocente pinche de cocina que fue en su día, envuelto en galas ajenas.

—No lo sé, mi reina —respondió con toda la calma de que fue capaz—. No me han dado indicaciones de lo que pretende Galahad. Juro por la sangre de Cristo que nunca he conseguido descifrar lo que sospecha la mente de Galahad. Casi nos matamos por la prisa que tenía en llegar a Cadbury y me dio miedo de que, al tomar los caballos de unos peregrinos sin explicación ni pago alguno, estuviéramos perturbando al rey supremo. Está loco, mi reina. No quisiera volver a cabalgar con él.

Percival conocía de sobra las estrategias de Artor y por eso sabía que se puede decir la verdad y mentir a la vez. No sin antes entonar una plegaria de perdón, consiguió burlar las insistentes preguntas de Wenhaver, moviendo mucho las manos, haciendo gestos con la mirada, y pronunciando las erres como los campesinos.

El jardín de la reina era un cálido refugio de dulces aromas que se hallaba adosado a la planta baja del palacio real. Protegido por sólidos paneles de madera, el jardín se escabullía de los vientos invernales y de miradas impertinentes, mientras que aquellos cacharros repletos de pétalos, capullos de flores y hierbas secas perpetuaban en el visitante el abrigo de los plácidos días estivales. El empedrado del suelo quedaba suavizado con alfombras de lana de tonos brillantes y las paredes se guarnecían también con tapices de un colorido muy vistoso, que a Percival le recordaban a las rosas.

La reina iba vestida en tonos cálidos, con un traje rosa fucsia, cubierto en su

mayor parte por un grueso chal de piel, de colores tenues, con pespuntes de lana también rosa. A su alrededor, las criadas iban uniformadas en tonos florales, como el amarillo pálido, el verde agua, el marfil o incluso el azul pastel. También había unos cuantos hombres, que añadían cierta elegancia masculina a la escena, salvo por Mordred, que lucía su habitual atuendo de color negro, aliviado con un manto de pespuntes amarillo mostaza. Si Wenhaver hubiera querido crear un jardín de flores humanas, habría triunfado, pero los cortesanos de la reina se parecían más a una colmena de implacables chismosos y Percival tenía que hacer verdaderos esfuerzos por mantener su ecuanimidad entre tanto insecto resplandeciente.

A través de unos penetrantes ojos oscuros que amenazaban con lanzar incómodas preguntas y vanas acusaciones, Mordred observaba a Percival. A Mordred rara vez lo engañaban, por eso Percival empezó a sudar de verdad. Se está dando cuenta de que estoy jugando con las palabras, pensaba para sí.

Pero como todos los criados, Percival había aprendido a fingir desde niño y esta vez logró mantener un rostro franco y confundido, de mirada inocente.

Wenhaver terminó por aceptar las explicaciones que le dio Percival con tremenda petulancia y amenazó con despellejarle vivo, si se enteraba de que le había mentido. Para ella, cualquiera que hubiera pasado su niñez en las cocinas de Venonae estaba claro que era un idiota, un corrupto y que carecía de toda sutileza. Nunca había reparado en Percival, porque consideraba que, al estar tan por debajo de su clase, no era digno de atención.

Pero Mordred no se dejaba cegar tan fácilmente por los prejuicios.

—Pues no entiendo qué necesidad había de correr tanto —comentó fingiendo confusión—. Gente como Galahad, príncipe y buen soldado, se cuida mucho de arriesgar hombres o caballos por cuestiones triviales —alzó sus ojos claros para atravesar a Percival con la mirada. El escolta sintió que por la espalda le resbalaba un sudor frío.

¡Por todos los diablos! Intentaba con todas sus fuerzas mantener la mente fría, mientras recorría con mirada aterrorizada rostro tras rostro. El miedo que aparentaba tener era sólo mitad fingido, porque los ojos de Mordred le turbaban.

—No sé, mi señor, ¡esa es la verdad! Lord Galahad me ordenó que cabalgara y cabalgué. Lord Galahad seguía órdenes del rey Artor y no me dijo más. La verdad es que yo no entiendo nada, su señoría.

A medida que le hacían más preguntas, Percival iba empeorando su lenguaje y su acento.

—Muy bien —dijo Mordred con los labios enfurruñados—. Retírate.

Percival salió de la rosaleda a toda prisa, como si huyera de los demonios del abismo, deseando librarse de las miradas curiosas y acusadoras de la reina y sus amigos. Y así es como los buenos hombres aprenden a contar mentiras, pensaba mientras se apresuraba a resguardarse en las dependencias de los criados. «Puede que el cáliz haya empezado a emponzoñarme el cerebro, dotándome de una moral más

laxa, y que yo no me haya dado ni cuenta.»

Percival empezaba a entender que cuando las personas honradas comienzan a tratar con sinvergüenzas, por muy justa que sea su causa, se meten en una espiral de mentiras y artimañas que las hace más débiles. Percival se santiguó pidiéndole a su Dios que le diera fuerzas.

CAPÍTULO XII

AQUEL A QUIEN LOS DIOSES QUIEREN ANIQUILAR, PRIMERO LO ENLOQUECEN

CON UN GRUÑIDO el rey supremo dijo:

—¡Estás de broma! —en su lógica no entendía esa maraña de fábula y leyenda que Galahad estaba contándole con tamaño entusiasmo.

Era tarde, hacía mucho frío, típico de finales de invierno, y el rey Artor estaba de pésimo humor. Había regresado a Cadbury una semana después de que lo convocara Galahad, al frente de una pequeña tropa de soldados agotados. Cuando cruzó las puertas de la ciudadela, espoleando a su caballo, estaba de un humor de perros. Solo Odin se atrevió a decirle a su señor que se sentara a comer un poco, una vez que estuvieron los dos solos en las dependencias de Artor, y ahora venía Galahad con sus locos devaneos, que resultaban un insulto a su inteligencia.

Para volver a Cadbury las tropas del rey tuvieron que soportar fuertes nevadas, porque el tiempo había empeorado, como si los dioses pretendieran que el rey, sudoroso y maledicente, no llegara nunca a la fortaleza. Por eso estaba Artor tan cansado, tan fastidiado, al comprobar su fragilidad física, y tan irracionalmente enfadado con Galahad, que era el que le había obligado a dejar atrás las comodidades de Venta Belgarum para entregarse a las inclemencias del tiempo.

Tampoco el rey tenía la satisfacción de haber vencido siquiera en una pequeña batalla con la que animarse un poco. Los sajones, con su tozudez habitual y enojados por las pérdidas que habían sufrido el verano anterior, se habían apalancado en Anderida y aprovechado el invierno para reconstruir sus fortalezas. Un mes en Venta Belgarum, la ciudad que siempre enervaba a Artor por los recuerdos que albergaba de Uter Pandragón, era motivo más que suficiente para que el rey supremo se amargara pensando en el futuro, que para él se cernía inevitable y sombrío.

Ahora Artor escuchaba el deshilvanado informe de Galahad junto con un reducidísimo círculo de personas, Taliesin y Percival. El rey no había permitido la entrada a nadie más.

Cuando Artor manifestó sus dudas, Galahad echó para atrás la cabeza con un movimiento muy brusco, como el que hacen las serpientes si las perturban. Odin se llevó la mano a la empuñadura de su espada, en señal de advertencia. Poco a poco el

príncipe de los otadinos fue tranquilizándose.

—Eso que dices, muchacho, no tiene mucho sentido, a mi modo de ver —dijo Artor en tono más conciliador—. ¿Un bastón, que en realidad es una lanza, que desapareció de Israel como por arte de magia y que después fue robada en Salinae la Menor? Por favor, Galahad, esa leyenda tuya va demasiado lejos. Percival, explícamelo tú —solicitó el monarca, al ver que Galahad estaba a punto de salir de allí dando un portazo.

Percival tardó una tediosa hora en explicar lo que habían descubierto en Salinae la Menor y en Glastonbury y las conclusiones a las que les habían llevado sus razonamientos en relación con la lanza. Cuando Percival terminó de contestar preguntas, todos los que estaban en la sala se sentían al borde de la exasperación.

Desde el rincón donde estaba, Taliesin se estremeció.

—Aquí somos todos amigos —comentó con suavidad—, y a pesar de eso el cáliz maldito ya está fragmentándonos y debilitando la unión que reinaba entre nosotros. Da igual que el cáliz sea la reliquia cristiana de la que habla Galahad o el símbolo druídico de Gronw. La fe es un arma muy eficaz, sobre todo cuando la manipulan mentes perversas o cae en poder de cualquier desalmado.

Percival asintió con la cabeza. Esto reflejaba casi exactamente lo que él pensaba, cosa que reiteró la buena imagen que tenía del bardo.

—No deberíais confiar demasiado en lo que piense un fervoroso seguidor de la cristiandad, señor, porque seguro que está sesgado —intervino Gareth—. El cáliz y la lanza podrían ser cualquier cosa. Siempre he creído que si algo se parece a un perro y ladra como un perro, normalmente será un perro. En este caso, probablemente esos dos objetos formen parte de una compleja patraña en la que intervienen una copa oxidada y un bastón.

Galahad se puso en pie de un salto, para responder a semejante ofensa a su religión y su integridad. Apretaba los puños con fuerza, la ira le nublaba la mirada y temblaba de irritación.

—¡No ultrajes mis leyes, Galahad! —rugió Artor—. No me importa ni quién seas ni lo ilustre que sea tu linaje. Aquí nadie levanta la mano ni la espada contra alguno de los presentes.

Sin especial delicadeza, Galahad volvió a su asiento.

Percival se encontraba trastornado, como con fiebre. Los ojos del rey pasaban rápidamente de uno a otro de los allí reunidos, sin mover la cabeza. Alterado como estaba, Percival llegó a jugar con la posibilidad de que los ojos fueran los únicos órganos vivos que quedaban en el hierático cuerpo del monarca. Se estremeció al pensarlo.

El rey rompió el hechizo del momento y se dirigió a Gareth.

—Busca a mi sobrino Galván, y dile que venga —dijo al fornido guerrero—. Debe de estar aquí en Cadbury, por algún lado, porque se dirigía desde el norte a un consejo de guerra que convoque en Venta Belgarum. No tengo ni idea de por qué

quiso parar en Cadbury, pero así será más fácil de localizar. Que no se ande con rodeos, que no se vista ni nada, a menos que esté totalmente desnudo. Sácalo de la cama de quien sea y tráelo, ya.

Taliesin observó la tensión que reflejaba Artor en los labios, vueltos para abajo. Tiene miedo de que Galván se haya acostado con Wenhaver, pensó con cierta angustia. Nunca se fiará ni de su sobrino ni de su esposa, por muchos años que pasen sin que ocurra nada entre ellos.

—¿Has preguntado a tu padre, Galahad? ¿Has descubierto todo lo que pueda saber? ¿O sigues manteniendo aquella enemistad tan estúpida con tu progenitor?

Galahad torció el gesto, pero Percival le dio un pisotón en la bota y el príncipe de los otadinos empezó a hablar.

—Hemos intercambiado las cortesías de rigor, mi rey, nada más. Me sorprendió verlo aquí al llegar.

Percival carraspeó oportunamente.

—Lord Galván me dijo que necesitaba descansar un día para acometer mejor la última y difícil fase del viaje a tu capital veraniega, señor. Cuando supo que venías, decidió esperarte en la ciudadela.

Poco convencido, el rey supremo refunfuñó algo irritado. ¡Las excusas que se buscaba Galván eran demasiado estúpidas y… creíbles! ¿Por qué habría decidido el cabeza de chorlito de su sobrino desviarse de su ruta y venir a Cadbury? Pensándolo bien, ¿por qué hacía Galván las cosas? Por arrebatos, claro.

—Bueno, Percival. ¿Es verdad que has ido a ver a mi querida esposa?

Este súbito cambio de tema dejó a Percival completamente descolocado.

—Emm… sí, señor —tartamudeó—. Me exigió que le explicara por qué habíamos venido a Cadbury con tantas prisas, y qué resultaba tan urgente como para que Lord Galahad te enviara un correo, señor.

Artor hizo una mueca al recordar el perentorio mensaje que le había enviado Galahad. Percival se imaginó que el príncipe pronto se arrepentiría de no haber medido sus palabras.

—Supongo que te amenazó. Y, sin embargo, veo que has sobrevivido sin un rasguño. ¿Cómo te las arreglaste para soportar el interrogatorio que te haría mi esposa?

—Hice creer a la reina y a sus amigos que Lord Galahad actuó impulsivamente y que no me contó las razones que tenía para obrar así. La reina terminó por aceptar mi explicación, pero Lord Mordred parecía sospechar algo más y siguió interrogándome. Como me atuve en todo momento a lo que ya había dicho, al final se cansó de preguntar a un criado tan tonto.

Artor asintió mostrando su aprobación. Le sorprendía que Percival hubiera conseguido mentir tan bien; su leal servidor siempre había sido muy sincero y cuando intentaba mentir se ponía colorado enseguida.

—Ya me ocuparé de Mordred por cometer la imprudencia de entrometerse

abiertamente en mis asuntos.

—Mientras esperamos a que llegue Lord Galván —empezó Taliesin un tanto indeciso—, quizá podríamos considerar que le vamos a decir a tu noble sobrino. Lord Galván no siempre es muy discreto, sobre todo en presencia de bellas damas.

—Es verdad, pero tengo que confiar en los nobles que me son más cercanos desde el punto de vista familiar. ¿En quién me voy a apoyar, si no?

Galahad tuvo la elegancia de mostrarse abochornado.

Galván entró en la sala a los pocos minutos, con aire ofendido.

—¿Cómo voy a servirte, Artor? Después de Salinae la Menor, me ordenaste que fuera al norte y fui al norte. Luego me dices que vaya a Venta Belgarum sin darme razón alguna. ¿Es que estáis todos conspirando para que no pueda dormir en paz? O ¿es que estás enfadado porque haya decidido hacer un alto en el camino para disfrutar unos días de una cama blanda? En cuanto vi que salías para el sur, recogí mis cosas para irme, pero en ese momento apareció *él* —Galván señalaba enfurecido a su hijo —. Como supuse que volverías como el rayo al ver el mensaje de Galahad, decidí quedarme en mi camita esperándote.

—¿Quieres decir que estabas durmiendo, sobrino? —dijo Artor con voz sedosa.

—Bueno, pretendía dormir… en algún momento —respondió Galván con una sonrisita.

—Bien, intentaré no dejarte mucho tiempo fuera de cama, ni sin la persona con la que la compartas ahora. Luego, en cuanto tengamos una breve reunión que te evitará ir a Venta Belgarum, puedes volver a tus fortalezas del norte. Vamos a ver, ¿qué sabes de Arimatea?

Galván se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

—No eres ningún pez que tenga que ir con la boca abierta a ver si pescas algo, Galván, así que cierra la boca y ponte a pensar. ¿Qué sabes de Arimatea?

Totalmente confundido por el tema, Galván empezó a farfullar una respuesta con embrolladas referencias a comerciantes, torres antiguas y leyendas.

—Si esta cuestión tiene algo que ver con Miryll, era una mentirosa y una ilusa —dijo para terminar con mirada triunfante—. No se puede uno fiar de nada de lo que me contó.

—Tengo algunas cuestiones en la cabeza que resultan algo complicadas. No creo que me puedas dar las respuestas que busco, así que puedes volver a la cama.

Galván se puso de pie. Se sentía aturdido, pero no era la primera vez.

—Una cosa más, Galván —añadió Artor—. Te prohíbo que hables de esto con nadie, y menos con la reina o con Mordred.

—Ni aunque quisiera podría reproducir esta conversación, Artor, porque no he entendido una sola palabra. No tengo ni idea de qué tiene que ver un judío que lleva muerto al menos quinientos años con esta corte. En cuanto a Wenhaver o Mordred, procuro no hablar con ninguno, si puedo. Dime cuándo quieres que salga —y con

eso, Galván se fue de la sala.

Artor juntó los dedos mientras pensaba.

—Como dijo Taliesin, las percepciones, sobre todo del pueblo, son lo más importante. De ahí que, tanto si el cáliz y la lanza son auténticos como si no lo son, tengo que conseguir esos objetos o anularlos completamente.

—¿Vas a destruir las reliquias? —preguntó Galahad con ojos asombrados e incrédulos.

—Sí. Las destruiré si me veo obligado a hacerlo, pero solo como último recurso.

—Pero el cáliz y la lanza pertenecen a la Madre Iglesia —el rostro de Galahad mostraba su irritación. Asqueado por lo claro que lo veía, Percival se dio cuenta de que Galahad sería capaz de matar a Artor para impedir que destruyeran algún objeto de veneración para los cristianos.

—En estas tierras, la Iglesia no posee nada si yo no lo permito —afirmó Artor con brutalidad.

—La lanza ya la tenemos —gimoteó Galahad—. Lo único que nos queda es encontrar el cáliz.

—Estás asumiendo que el bastón de Gronw es esa supuesta lanza, pero no tengo ninguna prueba de que tus deducciones sean correctas.

Galahad recorrió la habitación con la mirada, buscando aliados. Por fin, detuvo sus ojos suplicantes en Percival.

Percival seguía callado.

—Sólo la Iglesia de Roma tiene capacidad para conservar esas reliquias —dijo Galahad desesperado—. El querido Lucius bebía agua en sus comidas de la misma copa que Cristo utilizó en la Última Cena. Algo que constituye ya de por sí una blasfemia.

—¿Por qué? —preguntó Artor—. Incluso aunque el cáliz sea lo que tú dices, Lucius era obispo y romano. El cáliz estaba perfectamente guardado, ¿no? Y tú quieres que lo mandemos a miles de kilómetros de aquí para entregárselo a los romanos, precisamente a los romanos, los mismos que ahora tiemblan en Constantinopla.

Galahad debía haberse callado simplemente con oír el tono que había usado Artor, pero el joven era un fanático.

—El cáliz atraerá a miles, a millones, de almas a Cristo. ¿Qué importamos nosotros, pobres mortales, en los planes de Dios?

—Me gustaría que a tu dios también le gustaran los celtas. También necesitan salvarse, Galahad, salvarse de enemigos que presionan con mucho más ahínco que ese demonio tuyo. Ya te he encargado que busques a Gronw y el cáliz. Cuando lo encuentres, me lo traes.

Galahad se inclinó.

—No te fallaré, mi rey.

—Percival irá contigo y tendréis la misma categoría en el mando para realizar la

tarea. Percival tiene una mente muy ágil y el sentido común del hombre de la calle.

Galahad lanzó una sonrisa a Percival.

—Sabia decisión, mi rey, porque fue Percival quien descifró el acertijo del cáliz.

«Ahora viene lo complicado, —pensó Taliesin para sus adentros—. Artor tiene una sorpresa reservada para Galahad, que no le va a gustar en absoluto.»

—Y Bedwyr, que no es ni pagano ni cristiano, también irá con vosotros. Voy a mandar a alguien para que le avisen. Ratae sobrevivirá bien sin él, de momento. Irá en los mismos términos que vosotros dos. Os vendrá bien una dosis de escepticismo, sus conocimientos de carpintería y su dominio de lenguas. Vosotros no vais a estar seguros entre todos esos fieles que siguen los antiguos ritos. No sabéis disimular.

—¡No! —exclamó Galahad—. ¡Bedwyr no es la persona adecuada para este tipo de empresas!

—¿Que no es adecuada? —preguntó Artor muy tranquilo, mostrando un indescifrable brillo en sus ojos—. ¡Soy tu rey, Galahad! Si digo que Bedwyr va a formar parte de esta operación, Bedwyr va. O aceptas estos términos o enviaré a tu padre en tu lugar para buscar el cáliz. Galván obedecerá mis órdenes al pie de la letra y sin preguntas. Envía un mensajero a Bedwyr inmediatamente, diciéndole que requiero su presencia en Cadbury. Ratae puede sobrevivir sin él de momento.

—¡La lanza! —interrumpió Galahad fuera de sí—. ¡La lanza sigue en Glastonbury!

—Ya sabemos que el *bastón* de Gronw está en Glastonbury, pero no voy a dejarlo allí mucho más. Balyn necesita mostrar lo que vale, así que lo enviaré al monasterio para que se traiga la lanza engatusando al obispo Otha. Me preocupa que alguien del que desconfían tanto Percival como el judío Simón tenga potestad sobre un objeto tan peligroso. Cuando tenga el bastón en mi poder, ya veremos si se trata de una lanza, como crees. Mientras tanto, Gruffydd utilizará sus artes para descubrir quién influyó decisivamente para nombrar a Otha obispo de Glastonbury. Ahora retiraos, porque Percival y tú tenéis mucho que hacer antes de comenzar vuestra aventura. Gruffydd nos dará las últimas noticias que haya sobre los sitios por los que se ha movido Gronw. Organizad bien las provisiones que vayáis a necesitar mientras estéis en territorio peligroso. Y a ti se te ve de lejos, joven, así que Percival y Bedwyr tendrán que servirte de pantalla.

Cuando iban a salir de las dependencias reales, Artor les ordenó otro mandato.

—Saldréis lo más pronto posible, en cuanto Bedwyr llegue a Cadbury. Y no hablaréis de esta empresa dentro de los confines de la ciudadela, so pena de ser castigados. Aquí hasta los muros oyen, y entre la gente hay enemigos que están deseando encontrar la oportunidad de acosamos. Si realmente valoráis el cáliz y queréis proteger su seguridad, manteneos callados.

CUANDO LOS DOS guerreros salieron de la cámara, a Artor le abandonaron las

fuerzas, notó que se deshacía por dentro, como si fuera hielo derretido por el fuego. Se reclinó sobre sus brazos, con la cabeza apoyada en las manos.

En su fuero interno agradecía a los dioses, cristianos o no, haber tenido que regresar a Cadbury antes de que las nevadas fueran demasiado copiosas y cerraran los caminos. Galahad era más peligroso para el reinado de Artor que el cáliz y la lanza juntos. Éstos eran objetos estáticos e inmutables, mientras que Galahad era una explosiva mezcla de fanatismo imprevisible, violencia e intolerancia. No había gobernante que pudiera fiarse de semejante joven, porque se movía sin brújula, salvo la que le proporcionaba la interpretación que él hacía de los designios de su Dios.

—Que los dioses me libren de los furores de cualquier piadoso —murmuró Artor con voz temblorosa, que traslucía claramente sus dudas y sus imprecisas preocupaciones. Odin levantó la vista de la bandeja que traía con un poco de pan con queso y vino tinto—. Destruirán todo y a todos en nombre de su fe, incluso los miembros de la Iglesia Cristiana, en la que su Jesús habla de paz y de misericordia. Los dioses nos vuelven locos; el viejo Targo tenía razón cuando desconfiaba de ellos. Pero cuando llegó el momento en que mi amigo tuvo que cruzar al reino de las sombras, Targo sabía que yo pagaría su tributo al barquero. Los humanos somos criaturas muy raras, inconsistentes.

De repente una corriente de aire agitó las contraventanas y las luces de las lámparas de aceite empezaron a temblar debilitándose.

—¿Y si mis enviados no encuentran el cáliz? ¡Que dios socorra a occidente! Cualquier rebelión, por pequeña que sea, me distrae de los sajones. Ya he decidido que Venta Belgarum se arregle sin mí, en caso de que tenga que salir a galope tendido para el norte. Gronw, o quienquiera que lo manipule, puede encender focos de resistencia que serán difíciles de acallar. Y lo que es peor, si castigo de manera ejemplar a cualquier crédulo incauto que levante la mano contra mí, ¡lo convierto en mártir y entonces seré yo el que esté alimentando la rebelión!

—¡A Galahad le ha vuelto loco ese dios suyo! —intervino Odin—. Lo más seguro es que encuentre el cáliz, porque acabará con todo lo que se interponga entre su deseo y él.

—Su obsesión —le corrigió Taliesin.

—Sí, supongo que tienes razón —convino Artor—. Espero que Percival y Bedwyr le atemperen un poco sus excesos, porque las obsesiones han sido siempre una maldición en la familia y son difíciles de dominar. Mi hermana Morgana refleja a la perfección la particular locura de Galahad, aunque el muchacho me cortaría la cabeza, si se entera de que lo estoy comparando con ella. La diferencia es que Morgana está obsesionada con vengarse; sus dioses, si es que tiene alguno, son criaturas oscuras y vengativas que se regocijan con la sangre y el dolor. Y en el mientras tanto me veo obligado a utilizar los servicios de dos nobles guerreros para asegurarme de que Galahad obedece mis disposiciones. No tengo tantos hombres como Percival y Bedwyr, y no puedo permitirme el lujo de perderlos con estas

tonterías tan gratuitas.

—No hay por qué pensar que no van a sobrevivir a la búsqueda del cáliz —comentó Taliesin, acercándose a servir una copa de vino al rey supremo—. Pero este Gronw parece un adversario astuto y malvado. Galahad lo infravalora porque cree que todos los paganos son unos estúpidos.

—Es verdad que el fanatismo le ciega, pero al tiempo lo estimula. Y ahí es donde está nuestra esperanza. El cáliz debe ser retirado de la circulación. Si no, estamos todos perdidos.

WENHAVER ESTABA SOLA, tumbada en su habitación, excesivamente caldeada, y se complacía imaginándose los castigos que podría infligir sobre diversas personas vulnerables. De los primeros de la lista estaba Galván, que apenas la había mirado en los últimos años. Le rehuía la mirada y en cuanto la veía se escabullía por cualquier sitio.

—A él realmente no lo necesito, pero tendría que desearme —le dijo a su almohada. La desilusión le llenó los ojos de egoístas lágrimas autocompasivas.

Mordred tampoco le gustaba. Ese mismo día, justo después de que Artor llegara del norte a toda prisa, Mordred le había contestado de mala manera a una pregunta boba que le había hecho. ¿Quién se creía que era este reyezuelo? Un vulgar brigante bastardo, engendrado por una reina de los otadinos, abandonada y despechada, no tenía derecho alguno a censurarla a *ella*. Aunque en la corte le deparaban el respeto que exigía su rango, Wenhaver sabía que el brigante no caía bien y que nunca lo aceptarían en la Unión de Reyes.

A la reina le molestaba su altanero atrevimiento, porque Mordred dictaba órdenes delante de ella. De solo pensarlo, se le inundaba la mirada de enojo, un enojo de ojos claros. Como Mordred no refrenara la lengua tan larga que tenía, tendría que decirle a la guardia que le cortaran un trozo.

—Y lo harán —se decía complacida—. Todos esos bastardos hijos de Artor odian a Mordred más que al veneno, por lo que le han oído decir de ellos y de sus madres.

Wenhaver se regodeaba al recordar uno de los últimos insultos que había proferido contra Mordred uno de los miembros más jóvenes de la guardia de Artor.

Mordred se había dedicado a criticar lo viejo que estaba Artor y el miedo que tenía a los sajones, diciendo que hasta había ido a Venta Belgarum en pleno invierno, cuando todos sabían por experiencia que los sajones nunca atacaban cuando hacía tanto frío.

—Nuestro rey supremo se está haciendo demasiado suspicaz con la vejez, aunque supongo que nunca estamos del todo seguros. Artor hace bien en temer que se le debiliten sus fuerzas a medida que pasa el tiempo. Es una pena que los reyes no puedan retirarse honorablemente, porque está claro que nuestro Artor está deseando descansar tranquilo.

—¿Eso piensas, Mordred? —le susurró Wenhaver con un gesto difícil de interpretar—. Justo este verano mi marido ha ganado batallas importantísimas.

—Sí, te digo las cosas tal como las pienso, estimada señora. Considera por un momento cómo le ha cambiado el carácter últimamente, y cómo desconfía de todos los que le rodean, hasta de los más íntimos. A lo mejor es que mi tío está perdiendo un poco la cabeza.

Wenhaver sonrió a las palabras del brigante, pero el joven que les servía vino se ofendió y se tomó el asunto como algo personal. Sin pensarlo dos veces, derramó todo el jarro sobre el pecho de Mordred.

Mordred contuvo su ira con frialdad. Habría ordenado que azotaran al joven, pero se dio cuenta de que para Artor las afrentas contra uno de los suyos eran sencillamente afrentas contra él.

Mientras Wenhaver se iba sumiendo en los placeres del sueño, satisfecha de la humillación sufrida por Mordred, éste no hacía más que dar vueltas en la cama de su suntuosa habitación, profundamente frustrado y planeando la venganza. Si prescindimos de Mordred, la mayor parte de los que vivían en el palacio del rey supremo durmieron bien aquella noche, salvo Galahad que no pegó ojo. Rezaba para que las horas pasaran rápidamente; no veía el momento de empezar lo que en su fuero interno veía como su gran logro vital. El cáliz había reorientado su vida, consiguiendo que se olvidara de todos esos parientes tan cargantes que tenía. «Ni el blasfemo de Bedwyr tiene demasiada trascendencia, pese a que su participación en la empresa represente un insulto al Cáliz. Lo que importa es el Cáliz. Lo encontraré, lo cogeré, aunque el Hades se interponga en mi camino.»

La ilusión puede ser una agradable manera de engañarse a uno mismo, independientemente de quién la ponga en práctica.

BEDWYR LLEGÓ A Cadbury Tor una semana más tarde.

—¿Qué es lo que está royéndole las entrañas a Galahad, su Majestad? —preguntó en cuanto se vio con el monarca—. Se le ve taciturno, rozando la grosería. Y me ha mirado de una forma que podría agriar la leche.

Al darse cuenta de que no había respetado las cortesías de rigor, se puso colorado bajo su bronceada tez.

—Espero que estés bien, mi señor —añadió más amable—. ¿En qué puedo servir al rey?

—Las delicadezas palaciegas no parecen ser lo tuyo, Bedwyr —respondió Artor con una sonrisa.

Bedwyr le devolvió el gesto.

—He venido a instancias de Galahad, señor. Sin dejarme siquiera desmontar del caballo, insistía en que tenía que verte para que me dieras órdenes. Desde luego, estaba claro que tenía que darme prisa.

—Mi familia nunca ha tenido mucho tacto —replicó Artor.

—No esperes que te desmienta. Cuando dispuse las cosas para venir a Cadbury, el territorio estaba sumido en una actividad boyante, pero no te preocupes, he dejado a los soldados en buenas manos. Pelles el Menor estará al mando en mi ausencia, y es casi tan inteligente como su padre —sonrió satisfecho ante Artor—. Pero tengo ganas de saber por qué he tenido que venir con tanta urgencia. Y por qué está Galahad tan ansioso de verme. Hasta ahora jamás me ha tenido la más mínima consideración, me miraba como mero objeto curioso, por ser pagano.

—Lamentablemente, me veo obligado a pedirte que asumas una tarea que puede acabar contigo, Bedwyr. Quiero que lleves a cabo una misión con Percival y Galahad. El asunto reviste enorme importancia para el bienestar del reino.

—Si no te importa, Artor, y si me perdonas el atrevimiento, antes de que me des más detalles, te rogaría me permitieras ir a las cocinas a por un poco de vino y algo de queso con pan. He venido a galope tendido, sin parar, y estoy reventado, por no hablar del hambre que tengo, señor.

—¿Cómo no?, amigo —Artor suspiró—. ¡Qué falta de delicadeza! Siéntate aquí; vamos a hablar un rato, mientras Odin encuentra algo para que mi Cuchillo de Arden llene un poco el estómago. Te voy a contar una fábula alucinante.

Después de haber pasado años como prisionero de los sajones, atendiendo a los caprichos de amos despiadados, Bedwyr sabía escuchar. Sentado donde estaba, no abrió la boca, mientras el rey le contaba los detalles de lo que le había relatado Galahad. Mientras tanto, Odin trajo un tentempié con esmerada elegancia, cosa que Bedwyr le agradeció con su habitual sonrisa.

—Esa historia supera todos los rumores que corren por ahí, mi señor. Hay quien dice que la bruja, Ceridwen, está en el extranjero. Si la gente conociera el origen de esos artefactos y creyeran lo que se les dice, occidente estallaría en pedazos.

—No creo ni por asomo que esa copa sea el cáliz de Cristo, ni el maldito caldero de Ceridwen —dijo Artor tajante.

—Ya, pero ¿te vas a arriesgar? No puedes, ¿no?

Era como si Bedwyr siempre llegara al meollo del asunto. Artor se había rodeado permanentemente de hombres así de sinceros, que preferían la verdad desnuda a las lisonjas aduladoras. Pero ahora, en la paz de sus dependencias, este Artor más anciano casi deseaba que le contaran cualquier mentira piadosa.

—Galahad es un joven enfervorizado con la religión. Y es ambicioso. Si la empresa es factible, encontrará a Gronw y el cáliz por puro empecinamiento y a mí me librará de un gran peligro. La única reserva que tengo es que quizá se empeñe en guardarse el cáliz para entregárselo a la Madre Iglesia. Los prelados son casi tan ambiciosos como los principitos y los reyezuelos que hay apiñados por las cortes de occidente. La Iglesia pone monarcas, como hizo Lucius conmigo, y los quita, en cuanto dejan de servir a los intereses de Roma.

—Puede que Galahad muera en el empeño.

Artor estalló en una sonora carcajada.

—¡Puede!

Bedwyr dejó la mordacidad y se recompuso. No era momento de más bromas.

—Percival es una sabia elección —dijo—. Supongo que la fe que tiene lo espolea tanto como a Percival, pero Percival no se deja engañar con estupideces. Nunca creerá nada que no esté basado en la evidencia y está acostumbrado a obedecerte. Y, sin embargo, a Galahad siempre le han permitido todos los caprichos.

—Sí. Percival tiene sus dudas con respecto al carácter sagrado de ese cáliz y reconoce que un objeto así puede resultar peligroso para el reino, en caso de que cayera en manos equivocadas —Artor sonreía con desgana ante su interlocutor—. Al menos, podemos estar seguros de que Percival es celta antes que cristiano.

Bedwyr asintió con la cabeza.

—Pasó demasiados años con Targo como para dejarse engatusar. No va a cometer ninguna imprudencia.

—He decidido que los tres miembros del grupo seáis iguales. Tú tienes como tarea asegurarte de que Galahad no se salga de madre porque si no será la hecatombe. Personalmente te ordeno que mates a Gronw, recojas el cáliz y lo traigas. Y si eso resulta imposible, ¡destruyes ese maldito objeto! —Artor rara vez recurría a la irreverencia; por eso las palabras ahora delataron hasta qué punto el tema le preocupaba.

—A lo mejor tengo que matar a Galahad para obedecer esas órdenes —dijo Bedwyr con ponderación—. ¿Lo has pensado? ¿Me exonerarías de culpa si esto llegara a ser necesario?

Artor asintió.

—No me gustaría estar en tu lugar, si tuvieras que enfrentarte a él, Bedwyr. Es más hábil que yo con las armas, más de lo que yo era en su momento, sin este brazo debilitado y con la velocidad que en su día tuve. Sabes casi mejor que nadie que si sigo ganando batallas es porque pienso antes de actuar. Galahad no razona, es todo instinto y pasión. Él tiene como desventaja el furor y el fanatismo religioso, puntos que debes utilizar a tu favor, antes de que se entablen las disputas.

—Te obedeceré hasta la muerte, Artor.

Sin pensarlo, Artor abrazó al joven.

—Has demostrado tu fidelidad durante muchos años, y para mí es un honor la confianza que me ofreces, mi Cuchillo de Arden. Sé lo que te estoy exigiendo, y deploro las circunstancias que me llevan a hacerlo. Pero no me queda alternativa, si Galahad decide poner a su Iglesia por encima de su rey.

Bedwyr se arrodilló y colocó el pie de Artor sobre su cuello, como tenían que hacer los esclavos en las mansiones sajonas.

Artor quedó conmovido, sin palabras, por lo simbólico del momento.

—Cuida de Elayne durante mi ausencia, Artor. Es la última oportunidad que tiene para ser feliz. Ella es el futuro, mi futuro, y para poner en riesgo mi vida, primero

tengo que tener la seguridad de que a ella no le pasará nada.

Artor enrojeció con cierto sentimiento de culpa. ¿Eran tan inadecuadas sus conversaciones con Elayne? ¿Tenía que romper la amistad que le unía a ella?

—La cuidaré como lo que más quiero —prometió Artor.

—Gracias, Artor —contestó Bedwyr, mostrando su gratitud abiertamente en su rostro jovial—. La misión comenzará dentro de dos días, mi señor. La gente hablará menos si salimos en distintas direcciones y nos encontramos en Sorviodunum. Galahad podría salir hoy. Percival mañana, y yo dentro de dos días. Puede que sea egoísmo, pero estoy deseando estar un rato con mi esposa antes de marchar.

Artor asintió con la cabeza y se despidieron, confortados los dos por la confianza mutua que se tenían.

Más tarde, situándose donde los espías de Mordred pudieran oírlo, Artor ordenó públicamente a Galahad que volviera a Salinae la Menor para continuar con sus obligaciones.

Galahad salió esa misma noche haciendo grandes aspavientos y a la tarde siguiente partió Percival.

Bedwyr pasó dos noches con su esposa y después abandonó las dependencias de la corte con la misma discreción con la que había llegado.

Mordred era el único que parecía interesarse ligeramente por los distintos destinos a los que se dirigían los tres guerreros. El rey de los brigantes hacía preguntas aparentemente triviales y si no se fiaba de lo que le respondían, tampoco mostraba lo que pensaba.

EL INVIERNO DIO paso a una primavera húmeda y fría. Elayne se pasaba los días aburrida en los aposentos de la reina y se ocupaba también de un pequeño terreno que Artor había cedido para cubrir las necesidades de viudas y huérfanos. Allí en el campo, con otras mujeres, Elayne araba la tierra, plantaba semillas, regaba y retiraba las malas hierbas, intentando quitarse de la cabeza sus miedos por lo que pudiera ocurrirle a Bedwyr.

—¿Por qué pasas tanto tiempo al sol, como una esclava? —preguntó Wenhaver a Elayne varias semanas después de que Bedwyr se fuera—. Tienes la piel muy morena donde te ha dado el sol.

—Trabajando se me pasa el tiempo más rápido, señora; siempre me ha gustado estar ocupada. Y como no se me da bien la costura ni tejer, intento hacer algo para lo que sí me siento capacitada.

—Me resulta muy raro que una mujer noble trabaje los campos, querida —dijo Wenhaver con sonrisa felina—. Pero ¿cómo voy a oponerme, si parece que te gusta realizar estas tareas?

Las viudas que trabajaban la tierra también veían raro lo que Elayne hacía. Al principio estaban un tanto recelosas, porque las damas no actuaban como esa mujer

pelirroja y morena. Pero como era tan amable, pronto las cautivó, como les cautivaron los regalos que traía para sus hijos en una bolsa de lana. Poco a poco aquellas humildes mujeres fueron recibiendo hierbas y remedios para la fiebre, las heridas o las quemaduras y de cuando en cuando cazos o pucheros muy usados que ya no querían en las cocinas de la corte.

—Es una mujer muy especial —convino la anciana Eda muy locuaz—. No te hace sentir mal, porque no tiene nada. Y trabaja tanto como yo, sobre todo si se trata de quitar hierbajos o de regar.

—¡Como si tú supieras mucho, Eda! —murmuró Hazel, la viuda—. ¡No andas poco ligera para descansar cuando aprieta el sol! Pero sí, creo que has acertado al juzgar a Lady Elayne. Es como la Virgen, si me perdonas el atrevimiento.

—No te preocupes, Hazel —respondió Eda—. ¡Ojalá todas las damas fueran como ella, pero supongo que bastante tenemos ya con que esté aquí! Es una criatura encantadora.

Y así fue creciendo la fama de Elayne entre los habitantes de Cadbury. Aunque viniera de aquellos huraños bosques paganos del norte, todos le reconocían sus valores y a su paso se rendían gentes de toda condición. Las más viejas del lugar se acordaban de la joven Niniana y hablaban de ella con cariño.

—La Doncella del Viento y de las Aguas se parecía mucho a Lady Elayne. Siempre estaba pendiente con Lord Myrddion de los pobres, con sus curas y sus cosas. Me acuerdo de verla recogiendo todo tipo de raíces y hojas, antes de que amaneciera incluso. Lady Niniana era muy singular, exactamente igual que nuestra Lady Elayne. Pero la Doncella del Viento y de las Aguas hace ya mucho que desapareció de aquí.

La abuela que había dicho todo esto estaba vendiendo patatas de siembra en un tenderete a las puertas de la ciudadela. Un corpulento tabernero no tardó en darle la razón.

—Una cocinera de ahí arriba me dijo, en privado, que el bardo es hijo de Lady Niniana y Lord Myrddion. Me dijo que tiene los mismos poderes que su padre, porque toca el arpa de maravilla, como si las cuerdas tuvieran vida. El arpa tiene forma de mujer y cuando Lord Taliesin toca es como si a la mujer de madera se le abrieran los ojos y cantara.

—Por fin ha vuelto la magia a Cadbury —dijo contenta la vendedora de patatas —. Han vuelto los días de antaño.

—No lo creas, abuela. El rey Artor se va haciendo viejo y dicen que los druidas han salido otra vez por el norte. Nuestro señor no tiene heredero, o sea que el reino está en una posición de debilidad y es posible que se desmorone —el que hablaba era un guerrero bajito y moreno, de cara franca, que no cuadraba nada con la mordacidad de sus palabras—. ¿Quién va a gobernar a los britones cuando muera el monarca?

A través de Gruffydd, Artor sabía que a la gente le preocupaba que no tuviera heredero. Llevaba años oyendo este lamento, pero nunca había deseado tanto la

continuidad dinástica como ahora, hasta el punto de que estaba planteándose elevar a uno de sus hijos bastardos a la posición de heredero. Ni siquiera Artor, con la fortaleza de carácter que lo definía podía obligar a que en la alianza celta aceptaran como líder a un dirigente anónimo, porque los reyes tribales nunca aceptarían a un bastardo.

La mitad de los que servían en la guardia personal de Artor tenían las cualidades y la potencia para ejercer eficazmente como rey, pero sería muy cruel hacerles albergar esperanzas que no iba a satisfacer nunca. Esta cuestión era algo que le preocupaba permanentemente al rey supremo y se pasaba el día buscando entre sus descendientes a alguno que pudiera mantener la unidad de occidente, una vez que él hubiera emprendido el camino hacia las sombras.

Los gemelos eran los únicos que le ofrecían una solución muy simple. Durante todo el verano Artor los había puesto a prueba en la batalla, para ver cuál de los dos tenía más capacidad para gobernar en su lugar. Cuando comenzó la búsqueda del cáliz, Artor todavía vacilaba, sabiendo que su decisión iba a cambiar la vida de aquellos muchachos y la de su madre, la de su hermano mayor, Bran y la de la tribu de los ordovicos.

Tampoco le iban a faltar problemas si decidía nombrar heredero a uno de los gemelos. ¿Aceptaría Bran servir a las órdenes de un hermano más joven? ¿Abandonaría un hermano al otro, sin entrar en cuestiones de gobierno? Y Anna ¿le perdonaría no haber tenido nunca padre, en caso de que él reconociera ahora públicamente que era su hija? En ese caso, cualquiera de los chicos podría ser candidato al trono.

Lamentablemente las mujeres no podían reinar a menos que fueran, como Boedicca, reinas guerreras.

Así que los gemelos seguían siendo un asidero al que se aferraba Artor para el futuro. Con ellos solucionaría el problema del heredero, pero si tuviera que elegir entre uno y otro, ¿por cuál se decidiría?

Artor tenía cierta predilección por Balan, porque el chico era el que más se parecía a él por temperamento. Pero Balan era amable por naturaleza y, llegado el momento, Artor no querría someter a ese nieto al infierno que él había tenido que soportar. ¿Podría Balan sobrellevar esa pérdida de sí mismo que exigía el trono, abandonar su dulzura, su amabilidad, su carácter considerado y su gallardía?

El bello Balyn representaba un enigma para el monarca, que en verdad no podía calibrar. Sus dotes guerreras lo hacían invencible ante los enemigos, pero Balan era más inteligente. ¿Tenía Balyn la prudencia y la cautela necesarias para gobernar? Le podía el orgullo, lo cual era una maldición, y se dejaba guiar por sus impulsos; tan pronto se entusiasmaba con algo apasionadamente, como lo dejaba de lado. Y además a Odin no le gustaba el muchacho y Artor siempre respetaba las intuiciones de Odin. Había llegado el momento de poner a Balyn a prueba, de ver si era capaz de enfrentarse a un problema real y quizá de nombrar heredero.

—Puedo esperar un poco antes de decidirme —murmuraba Artor frente a las paredes de su habitación—. Si me precipito, ¡me arriesgo a que mi pueblo tenga que aguantar a un segundo Uter!

Dejando de lado el problema, Artor se quitó la túnica y se enfundó en su cálida camisola de dormir. El calor le alivió el dolor que suelen sentir los mayores en músculos y huesos, cuando la muerte empieza a rondarles, recordándoles que se les está acabando el tiempo.

A GRUFFYDD LE habían encargado que investigara a Otha pen Gawr, el nuevo obispo de Glastonbury. Lo que descubrió no fue del agrado ni del rey ni del jefe de espías, pero tampoco obtuvo respuestas muy concretas.

El jefe de espías regresó cuando la primavera luchaba por abrirse camino en las fértiles y húmedas tierras de Cadbury. Solo ha estado fuera tres semanas, pensó Artor, maravillado al comprobar la habilidad que tenía el artrítico anciano para sentarse en un rincón de cualquier taberna y, preguntando bobadas, extraer toda la información que pudieran proporcionarle los chismosos del lugar, todo ello sin moverse.

—Si nos fiamos de los hermanos que viven con él en Venta Belgarum, el obispo es un payaso fanfarrón, de pocas luces y menos devoción —informó Gruffydd después de haber hecho sus averiguaciones—. Desgraciadamente el tipo tiene muchos seguidores, porque es descendiente de un clan muy rico de Bremetennacum, íntimamente ligado a la clase dirigente de los brigantes. Suele buscar descaradamente la aprobación de personas influyentes dentro de las distintas cortes y así obtuvo muchos votos de religiosos, que apoyaron su ascenso al puesto de obispo de la Iglesia. Sin embargo, uno de mis agentes supo por fuentes fidedignas que los antecesores del padre del obispo venían de los coritanos y cuando los sajones expulsaron a los últimos celtas se mudaron de Lindum a Bremetennacum. Por estos datos no vamos a decir que los juramentos que ha hecho con respecto a tu reino sean falsos, pero lo que nos han contado sobre su pasado no me gusta demasiado.

Artor parecía desesperado.

—¿Me equivoco si digo que el nombramiento me huele a Mordred? O, peor todavía, ¿a la aristocracia de los brigantes, que está resentida porque les exijo que paguen sus tributos? ¿O a los sajones de Lindum? ¿O a todos en general? Mordred tiene esa conexión con los brigantes, pero los brigantes ya estaban irritados antes de que Mordred subiera al trono y seguirán alterados hasta que termine yo con ese nido de víboras que forman sus aristócratas. Me cuesta creer que Mordred intente utilizar a un hombre tan avalado para fastidiar a mis aliados. Tengo que descubrir el vínculo inmediatamente. Puede que esté sobrevalorando a mi sobrino, pero esperaría algo más sutil de él.

—No deberíamos descartar la conexión sajona, mi señor. Pero sean cuales sean las razones y las alianzas que mueven a Otha, te aseguro que se metió a sacerdote

solo por el prestigio que conlleva, por el poder y por la oportunidad que el puesto le da para dominar a su grey. Glastonbury le proporciona años de saqueo justificado, y yo no me fiaría de él; mejor echarlo, si se puede.

—Según todos los informes, Otha es un saco de manteca y no hay quien lo eche —respondió Artor—. Enviaré a Balyn en peregrinación a Glastonbury y de paso descubriremos si con el pico de oro que tiene, el muchacho consigue persuadir a Otha de que se atenga a sus compromisos.

Gruffydd se echó para atrás los descuidados mechones de su cabello, que nunca pudo dominar demasiado, ni siquiera de joven. Tenía el rostro marchito, lleno de arrugas, y el gesto lúgubre y cansado de los nobles perros de caza. Solo mantenía joven la mirada, unos ojos vivos envueltos en profundas bolsas. Aunque tenía una horda de nietos y bisnietos, sus días se le iban desdibujando progresivamente, a medida que su vida se precipitaba hacia la decadencia de la vejez.

—Va siendo hora de que me jubile, señor. He vivido más de veinte años por encima de lo que me corresponde y no tengo mucho más que ofrecerte. Mi nieto Tristán ha creado su propia red de espías en Kernyu, al nordeste de Cymru. Quiero que salga de Cymru, porque el loco de él está enamorado de una mujer casada, y esa relación podría catapultarlo a una muerte prematura. La mujer es la reina Isolda, que está casada con Mark, el rey local. Como el rey no es de los tuyos, mi relación familiar con Tristán lo único que hace es empeorar las cosas.

Artor refunfuñó.

—Kernyu es un reino muy pequeño, señor. Lo forman esencialmente asentamientos de *deceangli*, aunque en tiempos de Vortigern se instalaron allí algunos *demetae*, que iban hacia el norte, y ya sabes el carácter que tienen —Gruffydd se detuvo—. Lo que te estoy pidiendo, Artor, es que Tristán ocupe mi puesto como jefe de espías. Yo seguiré como consejero en estas cuestiones hasta que el chico esté totalmente asentado, pero, como no quiero morir trabajando, digamos, me gustaría dejar el puesto más pronto que tarde. Creo que como controla la red de espías, el rey Mark no se vengará de él, y al tiempo tú consigues un sustituto de confianza y capaz.

—Mark es un perro insidioso y servil —farfulló Artor—. No puedo fiarme de él.

—Pues no lo hagas. Es otro rey tribal que se pasa la vida quejándose de los tributos y de lo que cuesta mantener un ejército. Puede que mi nieto esté un tanto ofuscado con él, pero lleva años advirtiéndome que tenga cuidado.

—Supongo que Tristán estará ya de camino a Cadbury. Así que pronto tendré el gusto de hablar con ese joven que tanto admiras. No te sonrojes, Gruffydd. Te conozco desde hace más de cuarenta años y siempre recordaré la primera vez que viniste con Niniana a la corte y me pediste que hiciera justicia con el asesino de su madre.

Gruffydd sonrió.

—Sí, suponía que aceptarías mi decisión y el chico efectivamente está viniendo. Le dije que si va a asumir esta obligación para contigo, tendría que utilizar Caserleon

como centro de operaciones. Le encanta el norte y desde allí será muy eficaz.

Artor accedió gustoso a la solicitud de Gruffydd; era lo menos que podía hacer por un amigo que había ocupado el sitio de Myrddion tan admirablemente, sin pedir nunca favor ni recompensa.

El rey sonrió a su viejo amigo, con gesto pensativo e incondicional, mientras los dos se calentaban los pies al rescoldo de la chimenea.

—Es hijo de Ellyn, hija de mi primogénito —Gruffydd esbozó una sonrisa por debajo de su canosa barba—. Y es espectacularmente guapo, teniendo en cuenta quién es su padre.

—No entregué yo a Ellyn a un jefe de los *deceangli* de…

—Castellum Guinion —recordó Gruffydd.

—Sí, exactamente, ése era el nombre —dijo Artor—. Me falla la memoria, como a los viejos, Gruffydd. Estoy decayendo por momentos.

—Eres veinte años más joven que yo, caballero. Piensa en todo lo bueno que se puede conseguir en los años que te quedan.

—No sé si voy a tener oportunidad, Gruffydd. Los lobos andan agrupándose para abatirme, porque soy un ciervo con unos cuernos tan pesados, que apenas puedo levantar la cabeza para huir. Sea como sea, tienes mi permiso para volver a Venta Silurum. Ahora mismo, si así lo deseas. Te mereces una vida tranquila y uno de nosotros tiene que sobrevivir estos años tan malos que nos esperan.

—He decidido volver a Coed Celyddon. Estoy deseando ver otra vez esos frondosos bosques antes de morir. Así que aprovecharé para ir a las montañas que hay en los alrededores y visitar a Niniana. Quise a esa muchacha más que a mis propios hijos, Artor. Se agarró con sus deditos a mi corazón desde que nació. Y puede que antes de morir vaya también a la tumba donde descansa Myrddion. El bardo me ha dicho por dónde llegar.

Se hizo el silencio y en medio de la paz y el calor que imperaba en aquella estancia Gruffydd cayó dormido y empezó a roncar débilmente; su rey estuvo cuidándolo toda la noche.

CAPÍTULO XIII

LA PESADILLA DE BALYN

BALYN SE SENTÍA confundido. La reina se comportaba con él más amablemente que nunca, hasta el punto de que lo tenía esclavizado. De vez en cuando le hacía pequeños obsequios en prueba de la consideración que le profesaba, alguna rosa, un pañuelito de lana perfumado que llevaba en la manga, y al joven esas cosas le inundaban el corazón de dolorosa alegría.

En su corta vida, nunca había conocido una mujer tan absolutamente femenina. Su cabeza le decía que la reina era una mimada y una indolente, comparada con su infatigable madre. Pero, en su ingenuidad, Balyn pensaba que una piel como la de la reina no podía exponerse a los rayos del sol, porque estaba convencido de que aquella tez de Wenhaver estaba realmente elaborada con pétalos y perfumes, igual que sus cabellos, que eran de oro. Mientras que el resto de las mujeres envejecía, Wenhaver se mantenía eternamente joven. Su hermano Balan se desesperaba al ver qué poco sabía su gemelo de las artes femeninas.

Balyn no era estúpido. Era sencillamente un joven apasionado por los amores románticos. A diferencia de su hermano Balan, de un pragmatismo casi prosaico, Balyn disfrutaba de cierta imaginación poética, por lo que la corte de Artor le parecía un sueño, el sueño más bello y elegante que jamás había tenido. Cuando despertaba de sus ensoñaciones, veía a la reina moviéndose con donaire, susurrando elegantes cortesías e ingeniosas frases con dulces labios sonrientes. Por eso cuando Balyn descubría la deliberada crueldad que escondían las edulcoradas palabras de Wenhaver, no dudaba en perdonarla, porque para él se trataba simplemente de un pequeño desliz inconsciente.

Balyn se había enterado por las malas lenguas de que la reina estaba enamorada de Galván, y que había comprometido su honor al traicionar al rey. Pero Balyn se negaba a aceptar semejantes infamias, y prefería dejarse guiar por lo que percibían sus sentidos. Durante el tiempo que él había pasado en la corte, no había visto nada que indicara que la reina estaba rompiendo sus votos matrimoniales.

Para un joven así, la desilusión suele crear unos abismos peligrosos que pueden traerle la ruina. Carente de moderación como era, las personas que le gustaban tenían que ser perfectas, o si no es que eran un desastre. Mientras que Balan esperaba que hubiera hombres y mujeres normales, seres humanos con sus defectos, que siempre se

intentan ocultar, Balyn se negaba a admitir que su reina perfecta, en esta corte perfecta, no fuera como él la concebía.

Un día por la mañana temprano Balyn se levantó antes del amanecer y salió al jardín a coger un ramillete de flores silvestres para su reina. Puede que estos capullos salpicados de rocío fueran un poco toscos, pero quería regalárselos a la reina para bañarse en el calor de su mirada. Cuando regresaba de sus rastreos, los criados ya estaban cumpliendo sus obligaciones, pero de los nobles había pocos que hubieran decidido levantarse.

No estaba preparado en absoluto para escuchar lo que tuvo que escuchar al doblar una esquina del pasillo.

—Galván, mi amor, ¿es que te doy miedo? —susurraba la voz de Wenhaver. La reina había pillado al príncipe cuando salía de su habitación para ir al baño común—. Creía que éramos buenos amigos para siempre.

Galván no se había acostado con Wenhaver desde hacía más de año y medio; había conseguido evitar sus tentáculos yéndose regularmente a Veterae y Segenudum, y Wenhaver tampoco había olvidado que Artor la amenazó con ejecutarla si no cambiaba las costumbres tan disipadas que tenía. Entre las ausencias de Galván y el comedimiento de Wenhaver la relación se había ido enfriando, pero periódicamente, sigilosa como un gato, Wenhaver procuraba alentar los escasos rescoldos que quedaban de aquel amor ilícito para hacerlo brillar un poco más.

Muerta de aburrimiento, la reina intentaba levantarse temprano solo por abordar al que en su momento fuera su amante. Como lo que la reina buscaba es que él se arrepintiera de haber roto su relación, sabiendo lo impresionable que era Galván a la carne madura y desnuda, se había puesto un vestido suelto que dejaba entrever las formas de su cuerpo.

—¡Éstas no son horas de hablar, Wenhaver! Si los criados te vieran con ese… con esa cosa encima, iba a haber rumores por toda la ciudadela. A Artor le desagradaría encontrarnos aquí a los dos y, bueno… se lo prometí.

Galván estaba deseando vaciar la vejiga. Además la luz de la mañana iluminaba la red de arrugas que Wenhaver tenía alrededor de los ojos y de la boca, que incluso ahora resultaban muy poco atractivas.

—De mí has visto mucho más que lo que se transparenta, Galván. Y muchas veces.

—Prefiero olvidarlo, mi reina —respondió Galván con toda la seriedad que pudo —. Deberíamos dejar para el recuerdo las indiscreciones que cometimos en nuestra juventud. Por favor, Wenhaver, déjame pasar.

Al verse involuntariamente sorprendido por la conversación, Balyn se quedó petrificado. Se le cayeron las flores de la mano, un tanto mustias ya, y se sintió mareado, con el estómago revuelto.

—Soy la reina, Galván, y te ordeno que me expliques por qué huyes de mí —la voz de Wenhaver ya no era esa voz suave y melodiosa que Balyn conocía. Tenía un

tono malicioso.

—Artor es nuestro señor, mi reina —Galván aclaró someramente—. Me ha tratado con honor y respeto, sin tener en cuenta los excesos que cometió mi pavorosa familia. Es mi tío y sé que no valgo ni la mitad que él. Por fin he abierto los ojos y nunca volveré a ser tu amante. Nunca me has querido y estoy harto de que me utilices a tu conveniencia para herir al rey.

Balyn oyó cómo la reina, enfurecida, daba una patada en el suelo y después soltaba una bofetada a Galván.

—¡Mira que eres bruto! Claro que no fuiste más que un instrumento para deshonrar al bastardo de mi marido. Me mataría, lo sabes, si lograra llevarlo a cabo sin especiales consecuencias.

Balyn tuvo ganas de vomitar al reconocer la perversidad que espesaba el claro aire de la mañana.

—Tu esposo pudo haberte matado hace años y a nadie le habría importado. En realidad, la mayor parte de los nobles se habrían alegrado de perderte de vista.

Balyn oyó lo que parecía una pequeña refriega y un callado grito de dolor que dio la reina, cuando Galván consiguió abrirse paso.

—Te odio —susurró—. ¿Cómo te atreves a tocar siquiera a la reina?

Las flores de Balyn quedaron olvidadas en el suelo. Antes de que la reina lo viera, se dio media vuelta y regresó a la habitación que compartía con su hermano, que estaba arrebujado debajo de una jarapa de lana.

—Ya vuelves —murmuró Balan intentando taparse la cabeza.

Balyn no le hizo caso y se echó sobre el camastro que compartían. Quería sollozar, gritar o matar a alguien. Como se le escapó un ligero gemido, Balan se levantó, abrió los ojos de par en par y miró preocupado a su hermano que seguía acurrucado como un niño.

Balyn suspiró entrecortadamente.

—¿Qué ha pasado, hermano? —preguntó Balan—. ¡Y ni se te ocurra engañarme!

—¡Nada! —la colcha de lana ahogó la vehemencia con que contestó Balyn.

—¡Memo! —dijo Balan con cariño—. No me importa lo que hayas hecho. Tú truenas y yo callo. Tú eres corazón y yo mente. Los dos somos uno. Nuestra madre nos lo explicó en su día.

—¡Tú no lo entiendes! —Balyn reprimió un sollozo.

—Vamos a ver. No voy a reírme de ti, ni a criticarte.

Balyn se incorporó en el camastro y a Balan le dio la vuelta el cuerpo al ver lo pálido que estaba Balyn y la mirada de loco que tenía.

—La reina es una mentirosa —dijo Balyn entre sollozos—. Tenías razón en todo lo que decías. La oí seducir a Galván, y ¡todo para rechazarlo! ¡Han sido amantes mucho tiempo!

Balyn volvió la cara contra la pared.

—Pero no traicionó a Lord Artor, ¿no?

—¡Claro que sí! Y lo contaba sin vergüenza alguna y entonces Lord Galván le dijo que su relación había terminado.

Balyn empezaba a gritar más, a medida que se iba descontrolando. Balan le tapó la boca con la mano.

Y Balyn se la quitó.

—¡Estaba medio desnuda! No dejaba de adular al Príncipe del Norte hasta que él consiguió huir. ¡No sabes qué insinuaciones! ¡Me daba un asco! ¿Es que aquí son todos unos mentirosos descarados?

Balan intentaba por todos los medios aguantarse los nervios.

—La mayoría miente por pereza o por miedo a las consecuencias, o para evitar que los rechacen. Lamentablemente tú no has aprendido a fingir. En cualquier sitio que no sea Cadbury, eso de ser incapaz de fingir es una virtud muy loable. Pero aquí parece indicio de estupidez, aunque no sea este tu caso.

—Sí que soy un estúpido. Le he estado bailando el agua a una meretriz. ¿Cómo voy a poder mirarle ahora a la cara, hermano? ¿Cómo voy a ocultar que lo oí todo?

—No tienes por qué mentirle, Balyn. Guarda distancias, sin más, y no tendrás que fingir.

A Balyn se le iluminó la cara.

—Sí, aquí el perjudicado es el rey Artor; yo no he hecho nada de lo que deba arrepentirme.

Balan suspiró. Siempre sometido a los caprichos de sus emociones, Balyn tenía que aferrarse a un extremo o a otro, cuando, si tuviera la cabeza más fría, podría sopesar sus lealtades con mayor objetividad. Como había comprobado de una manera tan brusca que Wenhaver tenía los pies de barro, Balyn ahora entregaba su ardiente y anárquico corazón al enemigo de la reina, poniendo toda su fe y toda su devoción al servicio del monarca.

—Tienes que entender que nuestro rey también tiene defectos, aunque sea el hombre más importante del mundo —dijo Balan en voz baja—. No puede lucir ese traje tan perfecto que quieres que luzca. ¿Cuándo vas a aprender?

Pero Balyn no quería atender.

Más tarde, ese mismo día Wenhaver decidió convocar a los gemelos para que fueran a su alcoba. Éstos no recibieron con gusto la invitación. Los jóvenes habían planeado irse de caza para que cicatrizara un poco la herida abierta en el orgulloso corazón de Balyn. Pero Wenhaver insistía. Como habían lacerado su autoestima, necesitaba que Balyn le brindara esa admiración incondicional suya que tanto bien hacía a su vanidad.

—¿Por qué estás tan callado, Lord Balyn? —preguntó Mordred al joven—. Es como si te hubieras cambiado por tu hermano. Balan está muy locuaz hoy y tú pareces incómodo —los astutos ojos de Mordred no se perdían detalle.

—Llevo todo el día con dolor de cabeza, rey Mordred, y no tengo ganas de hablar con nadie —Balyn miraba al frente con expresión perdida, sin ocultar lo que le

repugnaba el rey de los brigantes.

—A mí no me importa, muchacho, pero la reina parece completamente fuera de juego. Sabes que le encantan esos halagos que sueles hacerle y que te salen con tanta gracia.

—¡Pues ya no los va a recibir más! —contestó Balyn con escaso acierto, mientras se alejaba para hablar con Lady Elayne.

Wenhaver siguió al joven con la mirada, entre desconcertada y resentida.

Mordred se rió para sus adentros sin mostrar la satisfacción que sentía. «¡Oh, Wenhaver, vieja vaca loca! ¡Si todavía me vas a entregar tú el trono!»

Pero al recordar la conversación tan humillante que había tenido con su pariente más poderoso esa misma mañana, se le borró la ilusión de la mirada.

El rey supremo había estado dando vueltas por el patio cuando vio a Mordred sentado al sol de la mañana, mirando al norte y a la lejana torre de Glastonbury Tor.

—¿Qué hay, Mordred? —gritó Artor, dejando a un lado su paseo—. Quería hablar contigo luego, así que me ahorro el esfuerzo.

Mordred contempló la imponente figura del rey, en claroscuro y sintió una envidia visceral. Artor seguía teniendo una pátina de lozanía, pese a no ser ya ningún jovencito. El sol teñía sus canosos cabellos de un ligero tono rojizo y las sombras ocultaban las arrugas que le fruncían la frente y el cuello. A Mordred le invadió una sensación de desánimo al verlo.

—¿En qué puedo ayudarte, señor? Soy todo oídos para lo que desees mandar.

Artor fue directo al grano.

—¿Piensas volver a tu país en algún momento del futuro próximo, sobrino? Aquí eres siempre bienvenido, claro está, pero ¿no te preocupa que, con tanto tiempo fuera, se debilite tu autoridad en el trono? Imagino que sí.

—No, en absoluto, Artor. Como bien sabes los brigantes ya no tienen posibles reyes y los aristócratas que intentan tomar lo que no es suyo se dedican a conspirar entre sí, más que contra mí.

Artor se echó a reír, pero no era humor lo que expresaban sus carcajadas.

—Y supongo que tú y tus partidarios controláis al ejército.

—Por supuesto, tío. He descubierto que siempre resulta bien mirar hacia delante y comprobar que los soldados están detrás.

—¡Qué gran verdad es esa, Mordred! Con todo, yo echo de menos cierta intimidad, imagino que como tú.

El rey supremo se dio media vuelta y siguió caminando por el patio, dejando a su sobrino sin saber si lo había echado de la corte.

A Balyn le dolía muchísimo la cabeza del esfuerzo que hacía por observar con ojos críticos a la mujer que hasta ahora había sido su ideal. Ansiaba marcharse de la alcoba aquella y salir a galope por el campo para librarse de los mohosos y cargantes lujos de Cadbury.

Elayne se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando el joven y le cogió del

brazo.

—Perdóname, Lord Balyn, pero creo que estás empezando a tener un terrible dolor de cabeza, que no es precisamente por el tiempo —empezó diciéndole—. ¿Quieres que te de un consejo una mujer que por años podría ser tu hermana mayor?

Balyn bajó la cabeza, cauteloso, pero Elayne le tomó por la barbilla hasta que sus miradas se encontraron.

—La reina es una mujer vana, boba e irrelevante, mi señor. No tiene fuerza para herir al reino, ni para herirte a ti, salvo que se lo permitas. En cierto modo, ha conseguido sacarte de tus casillas y eso te ha dolido profundamente. Pero como actúa sin pensar, no pretende realmente lastimarte ni causarte dolor. Lo que tienes que hacer es imitar al rey Artor y tratarla con cortesía, pero sin hacerle mucho caso. Me temo que tienes la sensibilidad a flor de piel y en la corte hay muchos que van a ir a por ti, si interpretan que te interesas por ella.

Balyn frunció el ceño en parte molesto por la claridad con que había hablado Elayne, pero en parte también reconociendo la pulcritud con que había descrito sus sentimientos.

—Te agradezco que quieras evitarme el dolor, Lady Elayne. Pero me temo que tus advertencias llegan demasiado tarde y podría malinterpretarse si hubiera por ahí alguien escuchando nuestra conversación sobre el carácter de la reina. Quizá lo mejor sea que no hablemos del tema.

Con una reverencia de despedida, Balyn se excusó, dejando a Elayne ruborizada y con el corazón encogido.

Ese joven no distingue entre amigos y enemigos, pensó con tristeza, mientras veía cómo se alejaba aquella figura enorme entre los cortesanos. Que los dioses lo protejan.

En medio de una aglomeración de más de veinte personas reunidas en la alcoba, los criados, vestidos de oscuro, pasaban fuentes de dulces y pasteles, bien regados de almíbar. La reina estaba sentada en el centro de aquella multitud de gente que charlaba animadamente, tomándose un zumo de frutas con hidromiel. Tenía el gesto helado y la tez pálida.

Poco después, avisaron a Balyn de que el rey lo llamaba a sus habitaciones privadas.

Balan vio que su hermano se levantaba con evidente aprensión. Se temía que en el estado de ánimo en que se encontraba, Balyn pudiera perder el apoyo del monarca.

Por experiencia, se avecinaba una tormenta inminente.

Las rosas desprendían un aroma tan intenso que hasta podía sentirse en el aire su pegajoso perfume. Balan comprobó que un halo de corrupción se cernía sobre aquel olor maduro y dulzón.

Wenhaver sonrió al ver a Balan y el joven sintió que le habían clavado un cuchillo en el pecho.

«La reina es tonta y estúpida… y además peligrosa, —convino Balan—. ¿Cómo

es posible que el rey se aliara con una mujer tan difícil?»

Mientras observaba las rosas henchidas, la cristalería de importación y las finas telas que lucían las señoras, Balan pensaba, con buen criterio, que en este palacio y por todo el reino no quedaba sino el elegante remedo de antiguas civilizaciones.

—Roma ha muerto, igual que está empezando a morir el reino de Artor —murmuró Balan, sin dirigirse a nadie en particular, mientras se pasaba la mano insistentemente por el pecho.

—¡AQUÍ ESTÁS! —DIJO Artor a modo de saludo, cuando Balyn cruzó la puerta—. Tienes la cara muy pálida, chico —el rey sonrió a los anodinos ojos de Balyn—. Tómate un vaso de vino, si quieres, o agua, si lo prefieres. Ponte cómodo, porque tengo una misión complicada que quiero comentar contigo.

A Balyn se le encendieron las mejillas de alegría y la mirada se le animó un poco.

Artor vio ante sí a un muchacho tan parecido físicamente a él cuando era joven, que resultaba increíble. Se fijó en la túnica de lana que llevaba, en los pantalones de cuero y en la simple cadena de oro que le colgaba del cuello con el emblema de su padre. El chico tenía un aspecto muy agradable.

—Realizaré a la perfección cualquier tarea que me mandes, mi rey.

Artor se echó a reír y movió la cabeza.

—Nunca aceptes un reto hasta que conozcas los detalles, chaval. Puede que lo que vaya a ordenarte no sea de tu agrado.

Balyn parecía sorprendido.

—¿Cómo voy a negarme, mi señor? Los celtas nos honramos de servir al rey.

—Tu discurso es admirable, Balyn, pero escucha lo que te voy a decir, antes de decirme que sí —afirmó Artor—. Quiero que vayas a Glastonbury y saludes al obispo Otha de mi parte. Pídele el bastón que utilizaron para asesinar al obispo Aethelred, vuelve a Cadbury y me lo entregas.

Balyn asintió con la cabeza y habría marchado para obedecer las órdenes de inmediato, si no fuera porque Artor le indicó que se quedara sentado.

—La tarea no es tan simple como parece, Balyn —continuó el monarca—. No está claro que Otha quiera mantener su lealtad para con nosotros, y como soy yo quien da las órdenes, puede que se niegue a entregarnos el bastón. Lo que tienes que hacer es convencerlo para que acceda a mi solicitud.

—¿Utilizando cualquier método, señor?

—Lo que sea necesario, Balyn, pero intenta primero la diplomacia. Valoro mucho las oraciones que se rezan en Glastonbury y no querría ofender a los religiosos que viven allí.

—Entonces, me retiro, señor, para ocuparme de tus asuntos.

—Ten cuidado, Balyn. Eres pariente directo mío, lo cual quiere decir que te tengo en gran estima. Estoy deseando quitarle ese bastón de las manos a Otha. No me fío de

él y esta puede ser una misión peligrosa, por sencilla que parezca.

Artor se quitó el anillo que llevaba en el pulgar, con una perla.

—Llévate este adorno como prueba del estatus que tienes como emisario. Lúcelo con orgullo, porque todo el mundo sabe que el anillo pertenece a Artor, rey supremo de los britones.

Balyn notó que se le arremolinaban las lágrimas en los ojos. Tenía los sentimientos tan a flor de piel, que casi deja caer la cabeza sobre el hombro del rey supremo para echarse a llorar de agradecimiento.

—Estoy al servicio de Occidente, señor. Suficiente razón para obedecer tus órdenes y salir para Glastonbury. Gracias por la confianza que has depositado en mí.

—No me des las gracias. A veces cuando doy órdenes, hay personas que mueren, buena gente que se entrega a mí y da todo lo que tienen.

—Pero, señor, nada de lo que pides…

—Por favor, muchacho, no me interrumpas cuando estoy hablando. Sé que ser rey implica que tengo que prescindir del amor y las obligaciones familiares en beneficio de las necesidades del país, que son más importantes. ¿Entiendes, Balyn?

Balyn miraba a Artor con ojos asombrados, abiertos de par en par.

—Sí entiendo, pero…

—Te envío a Glastonbury para una misión delicada, Balyn. Si fallamos, las consecuencias serán incómodas, por eso tienes que mantener la cabeza serena y andar con mucho ojo —Artor palmeó a Balyn en el hombro, cariñosamente.

—No haré nada de lo que el reino tenga que avergonzarse, ni tú tampoco —juró Balyn con solemnidad—. Regresaré con el bastón en cuanto pueda.

Cuando Balyn se retiró con una reverencia, Artor sintió una punzada de ansiedad. Casi cualquiera de los hombres de su retén podría haber llevado su solicitud al obispo, pero tenía que encontrar heredero y Balyn tenía que demostrar su valía. El rey no se había enterado de que Balyn había bajado a Wenhaver de su pedestal, ni de que por eso el muchacho era un volcán de emociones, pero había algo en los ojos del chico que llegó a preocuparle; vio a su nieto un tanto desequilibrado.

Balyn se dirigió por el complejo colmenar de la ciudadela a la diminuta celda que compartía con su hermano. Cuando Balan llegó al poco rato, se encontró a Balyn metiendo a toda prisa túnicas limpias en su bolsa de viaje, con los ojos rojos de excitación.

—¿Dónde vas, hermano? ¿Por qué tantas prisas? Creía que nos íbamos de caza en cuanto nos libráramos de la reina.

Balyn siguió embutiendo cosas en las bolsas de cuero. Pero se detuvo para mostrarle a su gemelo, con gesto de triunfo, la mano en la que lucía el anillo que le había dado el monarca.

—El rey me envía a Glastonbury para cumplir una misión. ¡A mí! Y me ha dado el anillo que lleva en el pulgar como prueba de mi legitimidad. Bendito sea el rey Artor. Ya no tengo que soportar más los antojos de Wenhaver ni de Mordred.

Balan miró la seriedad que reflejaba el rostro de su hermano y la excitación que inundaba su mirada. Una sensación de espanto le royó las entrañas.

—¿Por qué tanta prisa, Balyn? Vamos a hablar para ver cual es la mejor manera de que lleves a cabo la misión.

—No tengo necesidad alguna de hablar contigo ni de escuchar tus consejos —dijo Balyn muy altanero—. Puedo llevar a cabo esta misión yo solo. Gracias.

—Pero hasta ahora siempre hemos intentado resolver las cosas juntos.

—Pero ahora ya no. Artor ha depositado su confianza en mí. En mí, no en ti.

Por unos angustiosos instantes el rostro de Balyn se tornó salvaje; Balan se echó para atrás al ver la mirada dañina que asomaba de repente en los ojos de su gemelo.

—¿Qué te ha molestado de lo que he dicho, Balyn, para que estés tan enfadado conmigo?

Si Balyn se hubiera detenido a reflexionar, si no le hubiera dolido descubrir cómo era realmente Wenhaver, si no se dejara llevar por sus intensos arrebatos de idolatría, se habría contenido. Pero Balyn se acordaba de las innumerables ocasiones en que Balan le había ofrecido sabios consejos, que al final resultaron útiles, y sintió unos celos tan ardientes que casi se ahoga al hablar.

Sin pensárselo dos veces, estalló en un discurso vehemente.

—Todos saben que Balan es el más listo de los dos. Todos saben que Balan cuida a su hermano mayor. Vale, ¡ya no aguanto más! Soy mayorcito y el rey supremo me ha encomendado una misión. ¡No a ti! Así que por ahora te puedes guardar los comentarios.

Balan levantó los brazos dejando ver que se rendía.

—Como quieras, hermano. Ve con Dios y marcha con mis bendiciones. Aquí estaré cuando vuelvas.

Sin suavizar el gesto de enfado ante su hermano, por mucho que le costara, Balyn cerró las bolsas y salió dando zancadas de la habitación. Manteniendo la espalda bien erguida, contuvo las ganas de mirar atrás.

Desde uno de los miradores de la fortaleza, Balan observó cómo su hermano se subía a la montura y siguió mirándolo mientras descendía por las espirales de la cuesta amurallada, hasta que se perdió en la carretera de Glastonbury. Y Balan se quedó un buen rato oteando el noroeste con ojos llenos de preocupación.

DESDE QUE SE había comprometido a servir al rey, Balyn había viajado mucho. Había estado en la Danza de los Gigantes y había visto reír a las piedras con lascivia, lanzando sus risotadas sobre las verdes praderas en señal de amenaza. Se había subido sobre la Piedra Talón, intentando averiguar qué arcano propósito tuvo en su día. Había contemplado las maravillas de Venta Belgarum, incluida la plaza que había delante del palacio del rey, donde Artor se había enfrentado a vida o muerte con el paladín de Uter Pandragón, cuando Myrddion organizó un plan para que Pandragón

nombrara heredero a su hijo ilegitimo. Pero lo que verdaderamente le atrapó el corazón fue Glastonbury, con sus campos, sus enormes extensiones de agua y aquellos agricultores tan afanosos y eficaces, donde todo parecía prometer una paz eterna. Para él volver al enclave religioso fue realmente una bendición, teniendo en cuenta lo cargada que traía el alma de desilusiones.

Balyn se alegró de respirar esa sensación de misticismo que rezumaba Glastonbury. Era como si hubiera algo anterior a los dioses cristianos arraigado en aquellos apacibles labrantíos. Glastonbury florecía porque era el corazón de Bretaña. De haber por allí algún erudito, le habría contado a Balyn que durante siglos habían llegado a las islas muchas razas en busca de metales, de cobre y de otros recursos, y que todas ellas habían ido dejando tras de sí estratos culturales que sirvieron de cimientos a celtas y sajones.

A Balyn no le importaba nada. Tenía el corazón contento, en los frutales trinaban los pájaros escondidos entre las ramas y el sol le acariciaba la piel con suave intensidad. Iba a ocuparse de un asunto real: ¿que más podía pedir un celta leal?

La sencillez de los dormitorios que había en Glastonbury, los talleres y hasta la iglesita de madera le traían recuerdos de su hogar. Los campos, primorosamente cuidados, le recordaban al amor por la tierra que su madre les había inspirado. Glastonbury alivió el alma poética y torturada de Balyn. Un joven le acompañó a una austera habitación que había encima de los establos. Entró, se lavó entero para quitarse el polvo del camino y se vistió con la elegancia que correspondía a un príncipe de los ordovicos. Hecho esto, salió para presentarse al señor del recinto.

En medio de la paz y la armonía que allí reinaba, el obispo Otha destacaba por lo contrario. Ataviado con lujosos ropajes y con los dedos cuajados de anillos de oro, Otha estaba repantigado en un recargado sillón de madera labrada. Cuando entró el joven visitante, refunfuñó algo y, sin levantar la mirada del plato, alzó una mano para que Balyn le besara el anillo. Como Balyn tenía que arrodillarse por obligación en señal de respeto, pudo observar a las claras la grasienta cara de Otha.

—¿Vino, señor Balyn? —le ofreció Otha sin interés alguno mientras se servía él una copa.

—El agua bastará para calmarme la sed, excelencia —contestó tranquilamente Balyn—. Me han dicho que de los manantiales de Glastonbury sale un agua buenísima.

—Ponte cómodo.

Otha se acercó la copa a los labios, bebió con delicadeza y solo entonces indicó con la mano que Balyn podía sentarse a la mesa, en un banco frente al suyo.

Balyn se sentó donde le decían.

El obispo comía en una mesa que bien podría servir a media docena de sacerdotes, pero estaba solo, aislado de las demás mesas en la que se agolpaban los legos y otras gentes de Dios. Sobre rudos tablones de madera se desplegaban jarros muy vulgares y tazones de barro brillante con agua. En las fuentes se servían barras

de pan de centeno, mantequilla fresca, rodajas de queso curado y fruta de la huerta. En el centro de cada mesa había un enorme caldero de hierro con potaje de verduras, acompañado de un cucharón de madera para servir.

La mesa del obispo no podía ser más distinta. Allí se desplegaban fuentes de oro, una suntuosa jarra de metal noble y una cuchara de plata auténtica. La comida era también mucho más elaborada. En el potaje del obispo había trozos de carne con grasientas lonchas de panceta, que el obispo rebañaba con un pan tan tierno, que se veía claramente amasado con la mejor harina. Tenía además un cuchillo ostentoso y rimbombante; no se veían por ningún sitio los votos de pobreza y humildad que hacen los religiosos.

Pero el obispo no era exactamente un sibarita sin más; su inteligencia iba más allá de su oronda barriga y sus pretensiones de lujo. Miró detenidamente el rostro del joven visitante.

—Bueno, ¿qué quieres de mí, señor Balyn?

Balyn se tomó tiempo para beberse el agua fresca que le había traído un prudente novicio. Al joven le pareció que el obispo era demasiado desagradable y poco condescendiente con alguien que era príncipe de los ordovicos y enviado del rey supremo de los britones.

—El rey supremo te envía sus saludos y agradecimiento por el trato recibido cuando vino por última vez al santuario —dijo Balyn con el tono más medido y natural que pudo—. Quiere asegurarse de que por aquí las cosas van bien y pregunta si el monasterio tiene alguna necesidad que él pueda ayudar a satisfacer —Balyn respondió con agilidad lo mejor que sabía.

Otha frunció unos labios gruesos y húmedos. Balyn notó que el obispo no se había creído ni una sola de las palabras de su saludo.

—Agradezco mucho al rey su preocupación, pero no veo por qué ha llegado a pensar que en Glastonbury las cosas pudieran ir de otra manera que no sea bien. El cuidado de Glastonbury le corresponde a la Santa Madre Iglesia y no afecta al rey Artor.

—¡Qué buena noticia, mi señor! —respondió Balyn, esforzándose por no perder la compostura—. Daré cumplido informe de la felicidad que mis propios ojos han contemplado.

—¿Algo más, joven? —preguntó Otha en actitud negligente, mientras se servía otro plato de potaje.

—Hay otro pequeño detalle, señor obispo. Al rey Artor le han llegado noticias sobre la identidad del asesino de Aethelred, quien al parecer es también responsable de otros muchos delitos contra la Iglesia. Artor cree que el delincuente es un granuja llamado Gronw, que se hace pasar por druida. El rey supremo solicita que el arma con la que actuó el asesino, el bastón, sea entregado en préstamo a la corte como prueba de las actividades delictivas de este sujeto.

Los ojos de Otha se pusieron alerta de repente.

—¿El bastón? ¿Que Artor pide el bastón?

—Exacto, mi señor. Seguro que no tienes inconveniente en contribuir a que se lleve ante la justicia al asesino de tu predecesor en el puesto. Es pagano y enemigo acérrimo de la Madre Iglesia.

—No. No, en absoluto. Pero debo señalar que el bastón se ha convertido en una especie de reliquia sagrada para la comunidad y tienes que entender que me resista a perderlo.

—Pero ¿cómo se va a perder el bastón si estará al cuidado del rey supremo de los britones? —contrarrestó Balyn suavemente—. Quizá pudiera ir a Cadbury algún hermano de confianza con el bastón, para comprobar que el objeto se trata con la reverencia que merece.

Otha siempre resultaba irritante, pero cuando intentaba sacar ventaja de la argumentación, llegaba a unos niveles inimaginables.

Miró con gesto de duda y el ceño fruncido a su joven emisario, mostrando qué poca credibilidad daba a las afirmaciones de Balyn.

—Es verdad. Bien… A ver cómo lo arreglamos —Otha estaba en guardia y su mente no paraba de dar vueltas para averiguar lo que buscaba Artor—. Cena conmigo esta noche, y seguimos hablando de esta cuestión. Mientras tanto, disfruta de la dicha que se vive en Glastonbury.

Cuando sospechaba que lo querían manipular, Otha utilizaba la táctica de retrasar la actuación. Balyn se dio cuenta de que estaba atrapado en Glastonbury, a merced del hastío de Otha. Le habría gustado agarrar al religioso por los hombros y agitarlo vigorosamente. Pero Otha estaba decidido a hacer esperar al enviado de Artor, más que nada por darse importancia. Durante unos días Balyn no supo a qué atenerse. Intentaba por todos los medios encontrar esa calma que Balan solía recomendarle; cuánto se arrepentía de haber despreciado a su hermano tan desconsideradamente. La despreocupación con que Otha atendía a sus obligaciones era insufrible. Balyn no podía más; tenía el cerebro como una olla en ebullición a la que se le fuera a salir la tapadera, primero poco a poco, luego más, acabando por estallar.

Noche tras noche el joven cenaba con el obispo, quien consideraba que por su importancia tenía que cenar apartado de los demás penitentes que vivían en Glastonbury. Mientras que durante generaciones los obispos habían comido frugalmente en la misma mesa que sus compañeros, Otha prefería hacerlo solo y que le sirviera un joven novicio.

Desde el primer momento, Balyn se sintió ofendido con las pretensiones de Otha y además le fastidiaba verse forzado a tanta inactividad.

Oculto en su densa capa de empalagosa preocupación, Otha estaba comportándose de manera insultante.

—Seguro que añoras las amplias salas de Cadbury comparadas con esta sencillez, Balyn, aunque me han dicho que el rey es un anfitrión difícil, algo brusco.

Los demás sacerdotes comían a toda prisa, como si no se encontraran cómodos en

presencia del obispo. Desde un oscuro rincón que escapaba a la mirada del obispo, el hermano Simón sonreía, deseando que llegara el momento de marcharse, alegando que estaba enfermo.

Balyn observaba asqueado la ostentosa vajilla del obispo; y además por muy recargada que fuera la decoración, no cambiaba las costumbres del cura a la mesa. Otha llevaba todo el hábito manchado de grasa y otros restos de comida.

—Quienes amamos a occidente y apreciamos al rey supremo estamos muy a gusto en su presencia —contestó Balyn tranquilamente.

Las mejillas de Otha se tintaron de rojo. Frunció los labios.

—Me conmueve tu lealtad, joven señor. A mí Artor me parece un hombre adusto, sin gracia, mal conversador… Es claro que hablo desde fuera y como no conozco la vida cortesana, tengo que admitir que se verá asediado por las pesadas obligaciones que le depara un pequeño reino como el suyo. Entiendo también que es viejo y que empieza a chochear.

Balyn sintió como si lo espolearan. La palidez que le inundó el rostro daba buena muestra de sus emociones, pero se esforzó por mantener la calma y no torcer el gesto.

—Puede que el rey Artor sea viejo en años, mi señor, pero mantiene la misma fuerza y el mismo vigor de siempre y controla perfectamente el reino. No es adusto, simplemente está centrado en las obligaciones que tiene para con su gente. Las responsabilidades apenas le dejan tiempo para fiestas o frivolidades.

Haciendo caso omiso de la pulla, Otha se encogió de hombros con total indiferencia y cambió de conversación.

—También he oído que el rey Artor sigue la senda de su cruel progenitor, y que protege el trono celosamente, sin dejar que ningún pretendiente debilite su poder. No quiero ser irrespetuoso; me limito a repetir rumores que me han llegado. Si está tan dedicado a sus obligaciones, ¿no crees que debería nombrar heredero? —Otha sonrió abiertamente, al ver el enojo que asomaba al rostro de Balyn—. No pretendo hacerte ningún desaire, jovencito, pero el rey Artor acarrea desde el principio fama de violento.

—El rey Artor gobierna un territorio muy vasto y a veces los reyes se ven obligados a deshacerse de los que se comportan como enemigos —Balyn esbozó una ligera sonrisa—. Tus palabras resultan torpes e insultantes —Balyn lanzaba una mirada categórica, pero Otha hizo caso omiso; mostraba la misma satisfacción que los cerdos bien alimentados cuando se revuelven en su propio cieno.

—En el reino, todo el mundo sabe que el rey ejecutó a una mujer embarazada hace poco más de seis meses y creo que acciones así resultan muy ilustrativas de la violencia que hierve en el corazón de Artor.

Balyn apretó los dientes y dejó salir sus palabras.

—Cuidado, abate, porque estás admitiendo mentiras. Yo estaba presente cuando murió la Dama de Salinae la Menor y vi cómo se lanzaba sobre el rey con un arma, igual que lo vieron los demás soldados que estaban allí. El rey supremo no ordenó

que la mataran. Fue su escolta el que le cortó la cabeza cuando ella intentó asesinar a Artor. Antes ya lo había intentado otra vez, por la mañana temprano, y su criado fue directamente responsable de la muerte de tu predecesor —se detuvo para que sus palabras calaran bien—. El obispo Aethelred fue asesinado vilmente junto al altar por un hombre al que parece que tú no quieres ver ante los tribunales. El pagano que cometió el crimen era el conspirador y el criado de Lady Miryll —Balyn jugaba con el cuchillo que tenía en las manos. Contra su voluntad, Otha no podía apartar los ojos de los brillos hipnóticos que irradiaba la navaja.

—Entonces, convenimos en que estamos en desacuerdo, Balyn.

—No convenimos nada, obispo, porque mientes. Me has tenido aquí retenido, mientras decides con toda calma si vas a obedecer a una legítima solicitud que hace el rey supremo. Te ordeno que me entregues el bastón y me dejes ir antes de que digas algo que pueda ofender al rey cuando se lo repita al llegar a Cadbury.

Otha estaba furioso, pero intentó contenerse y no decir nada.

—No quiero volver a repetir mi petición —advirtió Balyn.

—No estás pidiendo nada —dijo Otha—. Estás exigiendo.

Los demás religiosos que estaban en la sala, sentados en largos bancos, se sorprendieron al ver cómo subía el tono de voz en la mesa del obispo. El novicio que atendía la mesa de Otha palideció visiblemente y retrocedió unos pasos.

—¡Exijo en nombre del rey supremo de los britones! Niégate a cumplir lo que pido, si quieres, eso sí, sabiendo que te juegas la vida.

De nuevo Otha se abstuvo de contestar de inmediato.

Balyn se levantó y se volvió hacia el novicio que estaba detrás de su silla.

—Tú —Balyn señaló al muchacho con el dedo—, ¿dónde está el bastón?

—No lo sé, señor —tartamudeó.

—Hermano Mark, ¿dónde está el bastón?

El hermano Mark se puso de pie tambaleándose.

—¡No contestes, si aprecias en algo tu alma mortal! —gritó enfurecido Otha, con la cara color berenjena de indignación.

El hermano Mark abrió y cerró la boca varias veces, consternado ante semejante careo.

Balyn levantó el puño cerrado. Todos los que comían en las mesas de abajo pudieron ver el inconfundible anillo que llevaba en el pulgar.

—¡Hablo en nombre del mismo rey supremo! ¡Traedme el bastón!

El hermano Mark salió como una flecha hacia la iglesia sin hacer caso a las amenazas que seguía profiriendo Otha.

Como en Glastonbury ir armado se consideraba blasfemo desde hacía años, Balyn había dejado sus defensas en el establo, con su caballo. Pero se había quedado la afilada daga con la que comía en Cadbury, de acuerdo con las costumbres de la corte. Ahora Balyn blandía esta pequeña navaja en la mano izquierda y hasta Otha se dio cuenta de que estaba dispuesto a utilizarla, si se viera obligado a ello. El obispo se

sumió en un silencio que no presagiaba nada bueno.

Se oyeron los pasos de Mark que volvía corriendo al refectorio.

—Señor —dijo con voz entrecortada acercándose a Balyn—. Aquí está el bastón.

Balyn tomó la suave vara de madera que tenía aquel terrible sátiro grabado en un extremo. Se fijó en una desagradable raja que se veía en la talla, probablemente a consecuencia de los terribles golpes que llovieron sobre la inocente cabeza de Aethelred.

—¡Te arrepentirás de esta ofensa, tú, pagano advenedizo! —dijo Otha escupiendo las palabras, fuera de sí—. ¡Eres el emisario de un déspota asesino y cruel y de la puta de su esposa! Artor es un cornudo que paga su resentimiento con todo el que se atreve a contradecir sus deseos. Solo los cobardes matan mujeres inocentes, como Lady Miryll. Y no aplica la misma venganza a quienes se acuestan con la zorra de su mujer.

Balyn se volvió contra al obispo.

—¡Traidor! ¡Perro! Artor es el mejor hombre de Bretaña, y la iglesia de Glastonbury existe sólo gracias al liderazgo y la valentía que el rey ha demostrado frente a nuestros enemigos.

Otha se levantó de un salto dirigiéndose hacia Balyn y se aferró al mango del bastón, como si fuera a arrebatarle la reliquia de las manos.

—¡No tienes derecho a llevarte lo que pertenece a Glastonbury! —gritó—. ¡Estás robando a la Madre Iglesia algo que es suyo de pleno derecho!

—Esta maldita arma asesinó a tu obispo —gritó Balyn a modo de respuesta—. No te pertenece; es de un asesino que está decidido a destruir tu Iglesia —tiró del bastón con todas sus fuerzas.

Los que allí aguardaban, mudos y aturdidos, oyeron el ronco crujido de la madera. La cabeza del bastón se rompió, dejando a la vista un trozo de hierro en forma de hoja. Los sacerdotes se quedaron con la boca abierta, aterrorizados al ver que el terrible bastón se convertía en una daga con punta de lanza romana.

Al notar que se estaba cortando con la antiquísima hoja, Otha dio un grito y Balyn al bajar los ojos para ver la malintencionada punta manchada de sangre, aflojó un poco sin querer la fuerza con que agarraba el bastón. Dada la corpulencia de Otha, la daga se soltó de las manos del joven y con un pequeño siseo la cuchilla fue a parar a la oronda panza de Otha Barbarroja.

Balyn dejó caer los brazos, aterrorizado ante lo que había ocurrido. El obispo fue para atrás dando tumbos hasta que se golpeó con el muro donde quedó tendido, sosteniendo todavía, con las manos ensangrentadas, la punta del hierro que le había rasgado el estómago superficialmente.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Otha con cara de no entender nada, mirándose fijamente la herida que se había provocado en la tripa. Evidentemente, la herida de Otha no era grave, porque la punta de la flecha solo había atravesado unas primeras capas de grasa—. ¡Estoy sangrando! —chilló, como quien está sumido en el mayor

de los estupores.

Y se desmayó.

Su cuerpo se venció para delante y el asta de la daga patinó por el suelo hasta que quedó calzada en la base de una mesa. Por su propio peso Otha se ensartó el acero en el estómago y quedó obscenamente tendido sobre la fuente y el jarro dorados que había sobre la mesa, con los grasientos restos de la comida. Al obispo se le abrió la boca y regurgitó sangre y vómito por la garganta y la nariz.

El venablo se dobló bajo el peso del jerarca, que cayó violentamente hacia un lado con la daga clavada. Otha, ahora sí, herido de muerte, maullaba sobrecogido.

Como los de una criatura transfigurada, los ojos de Balyn miraban paralizados el hierro que sobresalía del cuerpo del obispo. El charco de sangre que tenía a sus pies iba extendiéndose cada vez más. Mark dio un paso al frente, farfullando una maldición poco adecuada para un religioso, y lo mismo hicieron otros dos hermanos que se habían mantenido serenos. Con cuidado, tendieron al obispo boca arriba en el suelo.

—Dios santo —musitó Mark—. ¡El obispo se está muriendo!

Balyn, algo recuperado del shock, se adelantó para sacarle la daga, pero el hermano Mark le cogió del brazo derecho.

—¡No, mi señor! Si le quitas la espada el obispo se desangrará en cuestión de minutos. Antes tiene que recibir la penitencia.

—Tiene una hemorragia interna —susurró otro de los hermanos—. ¿Ves? Le sale sangre por la boca. Otha no sobrevivirá a esto.

Unos cuantos religiosos se apresuraron a traer unos trapos limpios, una almohada para apoyar la cabeza del obispo y una cruz de oro para que el prelado la tuviera entre las manos mientras recibía la extremaunción.

Balyn se arrodilló al lado de los religiosos, con la mirada perdida y la mente confusa.

En un momento dado Otha abrió mínimamente los ojos, temblorosos, y vio la cara de Balyn agachado sobre él. Se convulsionaba y lanzaba bramidos, sosteniendo aún entre las manos ensangrentadas el asta de la daga.

—Quitádmelo de ahí —balbució, con una voz teñida de odio—. Es un asesino, un criminal que Artor envió para hacerme salir de Glastonbury.

Otha no pudo seguir hablando, ahogado por una tos sanguinolenta.

—Mi obispo, confiese sus pecados y asegúrese de purificar su alma ante los ojos de Dios —le susurró el hermano Mark al oído.

Otha abrió los ojos de par en par, aterrorizado.

—¡No *puedo* morir! Soy el obispo, nombrado por el arzobispo de Venta Belgarum. Nadie puede asesinar a un hombre de Dios con un arma tan prosaica como ésta.

Para Balyn el drama empezaba a convertirse en una farsa.

—Jesús murió con un arma parecida, que le atravesó el costado —dijo

subrepticiamente—. ¿Por qué ibas a salir mejor parado que tu dios?

El hermano Mark se levantó y le dio una bofetada a Balyn, cruzándole la cara. El joven se calló del susto.

—Ruego me disculpes, Lord Balyn, pero esas palabras no son dignas de ti. Estás mejor callado.

Mark volvió su atención al novicio, que lloraba histérico.

—Trae agua, chico, y date prisa porque no hay tiempo que perder.

El novicio salió corriendo y regresó con una jofaina de agua.

Mark se enjuagó las manos en el agua para limpiarse la sangre, mientras otro de los que estaba allí le acercaba una sobrepelliz de lana blanca. Mark se la puso directamente sobre la túnica y tomó el crucifijo de oro del vientre de Otha.

Balyn seguía arrodillado junto al hombre al que había herido involuntariamente; Mark se arrodilló junto a él y empezó a recitar oraciones en latín muy rápidamente. Por un momento Balyn se sintió aliviado por el canto de esas antiguas letanías, pero al ver que el obispo Otha abría de nuevo los ojos, se echó para atrás, intentado escapar del rencor y el pánico que destilaba el último hilo de vida del prelado.

—Quiero confesarme —dijo Otha, que apenas podía hablar por los borbotones de sangre que le salían por la boca hasta casi ahogarlo.

Dos de los hermanos le ayudaron a incorporarse para facilitarle la respiración, mientras que un tercero le limpiaba la boca, contorsionada y teñida de sangre, con un paño.

—Afirmo que Dios el Señor es mi dueño celestial, que el obispo de Venta Belgarum es mi guía espiritual y que el rey Mordred de los brigantes es mi señor temporal. He procurado liberar a occidente de la pestilente presencia de Artor y de la zorra de su esposa, para que un auténtico heredero, descendiente de Ygerne de distinguida memoria, asuma el trono del dragón y nos libere a todos.

El hermano Mark se estremeció y parecía que iba a desinflarse bajo la túnica, pero siguió recitando primitivas palabras de perdón.

—¿Te arrepientes de haber puesto el poder terrenal por encima del poder de Dios? —preguntó Mark en el latín de la Iglesia.

—Sí, si tengo que morir sin ver a mi rey en el trono.

Mark hizo la señal de la cruz sobre el fláccido cuerpo del obispo.

—Confieso que sabía que el asesinato del obispo Aethelred formaba parte de una conspiración contra Artor. Juro que ni yo ni mi señor intervinimos en el plan. Pero a mí me pareció bien… —un brote de tos ahogó las palabras de traición.

Mark siguió entonando oraciones y contraseñas de perdón.

—También confieso que he conspirado contra el rey supremo, intentando encontrar alguna debilidad en su blindaje.

De nuevo sus palabras quedaron ahogadas por un esputo de sangre medio coagulada y el esfuerzo por seguir hablando le provocó una aguda fatiga. La oscura mirada de Otha destilaba perversidad y mala intención.

—Descubrí que había una anciana que había trabajado en Villa Poppinidii. Sé que Artor tiene una hija y tres nietos, familiares que, en su villanía, el monarca no reconoce. La anciana creía que su confesión quedaba bien guardada por el secreto de la extremaunción, pero Dios exige que gobierne un cristiano y no un demonio desalmado que venera a los dioses romanos. Hice lo que me correspondía en nombre de la Madre Iglesia.

—¿Quiénes son los nietos? —preguntó Balyn entre susurros. Su mirada volvía a animarse.

Otha sonrió, casi con dulzura, entrecerrando los ojos.

—Tú y Balan, tu gemelo. ¿No lo sabías? Bran, el rey de los ordovicos, es también nieto suyo. Los tres sois fruto de un árbol envenenado. ¡Eres heredero de un reino del demonio!

Balyn retrocedió por miedo a la ponzoña del obispo. Las palabras de Otha le abrasaban el cerebro.

—¿Confiesas todos los pecados, grandes y pequeños, que empañan tu alma, obispo Otha? —preguntó Mark solemnemente.

Los ojos del obispo destacaban oscuros en medio de un rostro cerúleo, como si el fuego que de ellos salía amenazara con abrasarle la piel hasta convertirla en cenizas. Intentó tomar aire con inmenso esfuerzo, hasta que perdió la mirada; los ojos se le hundieron hacia el interior del cráneo. Un último suspiro le hinchó el descomunal estómago… flaqueó unos instantes… y al punto todo signo de vida desapareció.

Los sacerdotes y novicios se postraron y toda la sala se llenó de repente del denso rumor de sus oraciones. Balyn buscaba con la mirada un interlocutor, recorría una a una las cabezas gachas de los que estaban allí, pero nadie le respondía. ¿Y si con aquella postura de espaldas arqueadas y hombros encorvados, estaban reprochándole lo que había hecho? Le estallaba la cabeza, se torturaba al sentirse culpable de lo que había ocurrido en el lugar más sagrado de todos los lugares sagrados.

Se le escapó un débil gemido.

Mark se volvió hacia él y vio el brillo de histeria que salía de sus ojos grises, inexpresivos.

—Vamos, muchacho, voy a traerte un vaso de licor de melocotón. Estás temblando y muy pálido.

—El bastón. Mi señor me ordenó que le llevara la daga a Cadbury —balbuceó Balyn, como intentando recuperar algún fragmento coherente de su descalabrada existencia—. Artor exige que vuelva a Cadbury con eso.

—Ven conmigo, señor, a ver si puedo recomponerte los nervios y consigo que duermas un poco —murmuró el religioso con suavidad—. El rey supremo no querría que te pusieras en camino tal y como estás, sucio y cansado.

Los ojos de Balyn iban del rostro preocupado de Mark al cadáver de Otha.

—¡No pretendía matarlo, lo juro, no lo pretendía! —decía Balyn entre hipos, con signos de histeria incipiente—. Me quitó el bastón de las manos. Tenía que haber

obedecido a Artor y haberme entregado el bastón voluntariamente. ¡Yo no sabía que era una daga! ¿Cómo iba a saberlo? Claro que Otha era un traidor, pero yo ahora tengo las manos manchadas de sangre —Balyn mostró las palmas abiertas, con restos de sangre seca—. ¿Por qué nadie me lo dijo? Artor debía de saberlo. ¿Por qué no me lo explicó? Otha estaba desarmado y yo he perdido el honor para siempre.

—No, muchacho, no —intervino Mark con contundencia—. Todos daremos fe de que no actuaste con malicia alguna. Ninguno de nosotros sospechábamos que el bastón fuera una daga, ni el propio Otha tampoco. Ven conmigo, tienes que descansar.

—¿Muchacho? ¡No soy ningún niño! No sé lo que soy. ¿Es que Artor me ha mentido? ¿Y también me ha mentido mi madre? Parece que todos me conocen, menos yo. ¡Te estás riendo de mí!

—No. Cálmate, Balyn. El obispo se provocó él solo la muerte, al caer sobre la daga. Puede que te haya atormentado con cosas que no son verdad.

El hermano Mark se echó para atrás justo en el momento en que Balyn avanzaba un poco hacia delante, de un modo muy extraño. Plantó un pie sobre el estómago de Otha y liberó la daga de su vaina. La herida hizo un horrendo ruido de succión, como si aquella carne no quisiera soltar el artefacto que esgrimía; Balyn sintió que el arma se le retorcía entre las manos como si estuviera viva.

—Tengo que irme —repetía sin dirigirse a nadie en particular. Salió corriendo del refectorio con gesto aturdido y miembros exangües. Los religiosos se retiraron del paso como hojas secas movidas por el viento.

Balyn se dirigió a los establos, perdido entre ideas fragmentadas; cogió su caballo y salió a la oscuridad de la noche. En lo alto las estrellas lucían en espiral como diamantes iluminados que coincidían con los estallidos que fulguraban en su cerebro. Balyn se sacudió la mano ensangrentada y, blandiendo la daga hacia aquel firmamento impasible, lanzó contra los dioses una maldición impenetrable.

Y maldijo a su abuelo.

CAPÍTULO XIV

UNA MARAÑA DE SANGRE

BALAN DESPERTÓ DE su pesadilla como los peces que suben a la superficie para ver la luz. Mientras iba recuperando la conciencia se veía perseguido por imágenes dislocadas y en la boca sentía un amargo regusto metálico, a sangre.

—¡Dios bendito! —pensó Balan, mitad exclamación, mitad plegaria. Aunque el cuerpo seguía agitado por la tensión, fue recuperando poco a poco la respiración normal.

—¿Qué peligros están asediando a mi hermano? —se preguntó en voz alta. Con los años se había acostumbrado a tener pesadillas, dolores fantasmales y perturbaciones emocionales cuando a su gemelo le dolía algo o cuando estaba pasando por un mal momento. Balan había llegado a pensar que esta extraña relación tan simbiótica era lo que le movía a ser tan prudente.

Balyn es temerario por los dos, pensó Balan sin poner demasiado orden en sus ideas. ¿Por qué será que yo siempre sufro sus dolores, y él nunca se altera cuando soy yo el aquejado?

Pero a Balan no le molestaba que su hermano se hubiera librado de esa herencia tan particular.

Aquel monótono y angustioso día se le fue haciendo cada vez más difícil. La comida no le sabía a nada, le dolía la cabeza y tenía los nervios a flor de piel. Buscó alivio en el campo, pero no había brisa que pudiera tranquilizarle el pensamiento. No se encontraba bien, pero tampoco sabía de dónde le venía el desasosiego.

La noche siguiente soñó todo el tiempo con sangre y muerte, y en su mente aparecían formas fragmentadas de hombres y mujeres moribundos envueltos en una bruma roja. La mañana amaneció limpia, pero a juzgar por lo irritados que tenía los ojos y por lo que le temblaban las manos, su asistente creyó que el señor estaba gravemente enfermo.

Inevitablemente, a los siete días Artor fue informado del padecimiento de Balan y el joven fue convocado a las habitaciones privadas del monarca.

—Estás enfermo, Balan —comenzó a decir Artor sin ceremonia alguna cuando vio el tono cenizo que exhibía el muchacho y lo hundidos que tenía los ojos—. ¿Qué te pasa?

—No lo sé, mi señor —contestó el joven soldado—. Pero echo de menos a mi hermano… y temo que no se encuentre bien.

Artor sirvió a Balan él mismo una copa de vino.

—Bebe, hijo, porque si no veo que te me caes aquí. Si te pones malo, tu madre me perseguiría hasta los infiernos.

Balan se tomó el vino que le ofrecía el rey y al poco recobró el color de las mejillas. Pero seguía manteniendo los ojos bajos para explicar la relación que lo unía a su hermano.

—Estoy seguro de que Balyn está en peligro —admitió—. Nunca lo he echado tanto de menos, ni he sentido con tanta intensidad el abismo que nos separa.

Artor miraba a Balan con ojos calculadores.

—Posees un don extraño, pero eso no es malo, porque con él consigues unirte absolutamente a otra persona. Pocos tendrán la suerte de poder meterse tanto en un alma ajena.

Balan movió la cabeza compungido y se terminó el vino que le quedaba en la copa.

—¿Otra? —preguntó Artor.

—No, mi señor. ¿Dónde está Balyn? ¿Dónde está mi hermano? Solo me dijo que lo enviabas a Glastonbury, nada más. Nos despedimos de mala manera.

—Está con el obispo Otha en Glastonbury por instrucción mía. Le pedí que recuperara el bastón que utilizaron para matar al obispo Aethelred.

—¡Ah! —Balan no supo qué otra cosa decir.

—La tarea no es peligrosa, ni ardua. Con todo, si es cierto lo que dicen sobre la hospitalidad de Otha, tu hermano corre el riesgo de morirse de aburrimiento —Artor miraba a Balan a ver cómo reaccionaba—. ¿Realmente te preocupa que Balyn haya sufrido algún daño? Si quieres, puedo enviar ahora mismo un mensajero a Glastonbury.

El monarca tenía el ceño fruncido por la preocupación y Balan se sintió azorado.

—No —decidió Balan—. A mi hermano no le gustaría que me comportara como una solterona histérica. Seguro que se enfurruñaría y estaría días enfadado conmigo, si se entera de que me he metido en la tarea que le has encomendado. Pero…

—Pero no puedes evitar esa preocupación.

—Sí. Balyn se mueve con el corazón, si entiendes lo que quiero decir con esto, mi señor. Aunque se comporta de manera apasionada, cuando debería mantener la cabeza fría, el amor que despliega es auténtico y sincero. Hasta cierto punto es todavía un crío.

Artor sonrió, entendiendo lo que su nieto le quería transmitir.

—Mientras que tú eres justo lo contrario. Tú y tu hermano sois dos mitades independientes que formáis un todo perfecto. Sí, sois muy afortunados.

En ese momento llamaron a la puerta. Un paje abrió una rendija para avisar a su señor de que se acercaba un correo al galope.

Artor examinó a su nieto y vio el escalofrío que le recorría el cuerpo, como presagiando que algo malo ocurría. El rey había visto esa misma expresión muchas veces, cuando él se miraba al espejo.

—Balan, ven conmigo; vamos a las puertas de la ciudadela, a ver que noticias traen.

BALYN SE ENTREGÓ a la laberíntica oscuridad sin preocuparse en absoluto por su vida ni por lo que pudiera ocurrirle. Sollozante, asqueado de impotencia, anduvo toda la noche, obligando al caballo a seguir, a avanzar, pasando por ramas y espinos, y solo cuando la bestia empezaba a dar traspiés, tiró de las riendas y permitió que el caballo, aterrorizado y exhausto, descansara.

Le hervía la cabeza, martilleada con una sola idea.

Su abuelo era Artor, el rey supremo de los britones. ¿Lo sabía su madre? ¿Era tonta? ¿Estaba mintiendo? Y el rey, con su silencio había deshonrado a toda la tribu de Balyn; al rechazar a sus nietos había construido el reino sobre una mentira. A su manera, siempre retorcida, Otha tenía razón al considerar que el monarca era un falso, lo cual implicaba que el reino también estaba tocado.

A Balyn le parecía que llevaba una banda de hierro abrasador por la frente. No veía más que traición por todos lados, falsedad, fingimiento. La decadencia de occidente había contaminado al mismísimo Glastonbury, porque el obispo Otha había traicionado sus juramentos poniéndose al servicio de un señor corrupto.

Balyn ardía en su propia pira. Y a medida que iban cayendo sus ídolos, igual se desmoronaba su fe. En el espeso revoltijo de emociones que le acuciaban, nunca tuvo en cuenta las circunstancias que pudieron marcar el pasado. Si no existía el imperio de la ley, ¿para qué obedecer palabras vanas?

Necesitaba descansar, dormir y encontrar un sitio donde refugiarse él y su agotado animal. Si no hubiera vivido esta noche de espanto, habría pedido educadamente cobijo en la primera venta que encontrara a su paso. Y le habrían recibido con generosa hospitalidad. Pero ahora había decidido ser como los demás. Hacer lo que le apeteciera. Estaba cansado. Que cada uno se ocupara de sus necesidades sin mayor parloteo.

Llevó a su sudoroso caballo hasta una cabaña cubierta que había en medio de unos huertos de verduras y frutales en los márgenes del bosque. La noche iba concluyendo y en pocas horas volvería a salir el sol anunciando un nuevo día. De todas formas, por ahora todavía acechaban bajo los árboles las azuladas sombras, y la cabaña se sumía en el más profundo de los silencios.

Con la empuñadura de la espada, Balyn aporreó la endeble plancha de la puerta. Por un instante le invadió la desagradable sensación de que quizá estuviera atemorizando a los campesinos que vivían allí.

Se acercó para ver si había alguien. Oyó un débil susurro y el murmullo de unas

voces. Alguien con el rostro tenuemente iluminado por los rescoldos de una hoguera se asomó por la rendija de la puerta.

—Necesito comida, agua y cuidados para mi caballo. ¡Hazte a un lado!

El campesino sólo alcanzaba a ver una sombra oscura, parcialmente iluminada por la luna y unos ojos que brillaban de manera inquietante en medio de la noche. El hombre intentó cerrar la puerta con todas sus fuerzas, pero Balyn ya había interpuesto un pie en el umbral.

La figura se eclipsó para coger un objeto alargado de un rincón. A Balyn le vinieron a la cabeza imágenes de una daga introduciéndosele por el vientre, como a Otha… desenvainó la espada como un rayo y sin mirar siquiera la lanzó en la semioscuridad contra aquella sombra.

Mientras el hierro atravesaba el cuerpo del inocente, Balyn escuchó su prolongado grito, hasta que murió.

Otra forma se le abalanzó por la espalda y otra más le mordía la mano derecha. Como si estuviera representando la parodia de una danza ritual, el príncipe se tambaleaba en la oscuridad repartiendo cuchilladas, puñetazos y estocadas frente a aquellas sombras que lo acechaban como en una pesadilla, mientras el olfato se le iba llenando de un hedor denso y tórrido a sangre y a humores descontrolados.

Y de repente se quedó solo, en medio de las sombras, temblando de miedo y agotamiento.

Pasando por encima de unos cuerpos blandos que vacían en el suelo, encontró unos troncos tanteando y echó un leño a la chimenea. En cuanto la madera comenzó a arder, se iluminó un poco aquella modesta estructura hecha de ramajes y barro.

Y Balyn vio lo que había hecho.

El hombre de la puerta había recibido un golpe que le atravesaba la garganta y lo había prácticamente descabezado. El cuerpo, casi desangrado, vacía en el suelo, acurrucado en un rincón. Llevaba en las manos un bastón de madera.

Una mujer que lo había asaltado por la espalda se había llevado un golpe en el pecho. Se cubría la enorme herida con los dos brazos, pero los ojos ya se le habían hundido en el interior del cráneo. Sus enormes senos, medio expuestos, ofrecían un aspecto de lamentable vulnerabilidad.

Lo peor eran los cadáveres de los niños. Uno de los críos parecía no tener marcas, salvo por una extraña torcedura de cuello. Balyn lo había agarrado por ahí para lanzarlo a través de la habitación. El chico miraba sin pupilas, con los ojos bien abiertos, al vasto espacio de lo desconocido. No tendría más de diez años.

La niña seguía todavía vivía, pero con una respiración cada vez más lenta. Los cuerpos de doce años no suelen resistir los golpes de espada. Y tenía el brazo prácticamente separado del hombro.

—Lo siento —dijo Balyn gimiendo, mientras la niña intentaba coger la mano de su madre con sus deditos—. Lo siento, no sabía…

La niña tomó aliento una vez más, profundamente, y la cabaña se quedó en

silencio absoluto, salvo por un pequeño llanto que se oía al fondo.

Asqueado y lleno de culpa, Balyn vio una cunita de juncos trenzados que colgaba de una viga del techo. Entre la paja, cubierto con un pañito de ganchillo, lloraba una criatura.

Como si se tratara de un sueño, Balyn enfundó su espada y levantó la mano para acariciar la suave y sonrojada tez del bebé. El anillo de Artor relumbraba en sus dedos cubiertos por una maraña de hilillos de sangre fresca. Balyn no pudo evitar las arcadas.

La culpa se le amontonaba en la espesura de sus pensamientos y le sobrevenían oleadas de vómito y bilis, hasta que se hirió la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Por algún instinto de supervivencia se puso a buscar por la cabaña hasta que encontró un almacenillo de pan y manzanas secas, que se echó a la túnica. También dio con un jarro de agua fresca, que utilizó para llenar su botella hasta el borde, y el resto se la dio al caballo. En un apartado vio un pequeño arsenal de cereales con los que dar de comer al animal.

El caballo se apartaba nervioso de sus manos ensangrentadas.

Balyn se dispuso a entrar de nuevo en la cabaña. Si dejaba allí a la criatura, expuesta a las inclemencias de aquel páramo, moriría a las pocas horas. Su decencia le obligaba a buscarle protección.

—¿Cómo voy a poder ver lo que he hecho? —gritó Balyn a la luz del amanecer.

Las estrellas se habían ido y el cielo empezaba a iluminarse con los primeros albores del día.

Pasó por encima de la sangre que había en la cabaña maloliente y sacó al niño de la cuna con la mano izquierda. Era como si cuatro pares de ojos le reprocharan lo que había hecho desde un estremecedor círculo de muerte, mientras unas manos inocentes se burlaban de su hombría y de su honor.

Sin preocuparse de las lágrimas que empezaban a brotarle, Balyn sacó un leño del fuego y lo echó al camastro de paja, hasta que se incendió.

La piel del desgraciado campesino empezó a tostarse y el pelo se le prendió al instante, haciendo saltar una llama amarilla. Balyn ya no contemplaría más la prueba física de su pecado; salió de la cabaña y se dirigió hacia el bosque, siempre hacia el este.

ARTOR Y BALAN se quedaron esperando en la última puerta que daba entrada a la ciudadela, mirando al jinete que atravesaba los diques defensivos de Cadbury. Avanzaba a paso lento, pero Aitor pronto se dio cuenta de que no podía ir más rápido por las condiciones en que venía su animal, un enorme caballo gris con melenas en las pezuñas. Por un momento Artor recordó un imponente caballo que tuvo, muy bien encarado; se llamaba Recio y su retoño, Afrodita, y con ellos había aprendido a montar, hacía tantos años, cuando su mundo era aún muy joven. No, este caballo era

ya viejo, eso era evidente por cómo tenía la espalda y el vientre, tan descolgado; además se le veían las cicatrices que le habían dejado en el greñudo pelaje las labores que probablemente habría desempeñado como caballo de tiro.

El jinete venía igual de desaliñado. Se protegía de las inclemencias del tiempo con un manto de piel de oveja. Las humildes ropas que traía y su rudimentaria lanza, con punta de madera endurecida al fuego, indicaban de manera concluyente que se trataba de alguien que llevaba una vida sencilla y campesina.

—¿Para qué querrá este joven campesino ver al rey supremo? —preguntó Artor en voz alta, al ver que el pesado animal ya iba llegando a la última puerta.

—¿No quieres recibirlo, señor? —preguntó Balan.

—Claro que quiero. Tengo que atender a los problemas que tienen mis súbditos —contestó Artor con aspereza. Una vaga sensación de incomodidad hizo que su tono resultara brusco y agrio.

—Por lo menos la gente del pueblo sabe que los vas a escuchar, cuando tienen necesidad de hablar contigo.

Artor suspiró. Muy a su pesar sabía por experiencia que cuando llegaba alguien sin avisar a la ciudadela, fuera noble o campesino, es que algo pasaba.

El percherón sobre el que cabalgaba el visitante tenía tal envergadura que superaba con mucho a Odin. El juto cogió las riendas del caballo para que se bajara el joven pastorcillo. El chico se sacudió con fuerza, se desentumeció los pies dando fuertes pisotones en el suelo e intentó domeñar sus cabellos. Solo entonces se dio cuenta de que se le acercaba un hombre muy alto.

—Lord Artor —gritó con voz entrecortada, porque el visitante era un muchacho al que le estaba cambiando la voz. Se echó sobre el terreno mojado en señal de respeto.

—Ponte de pie, jovencito —indicó Artor en el tono más natural que pudo—. Seguro que vienes a Cadbury por algo, así que dile a tu rey todo lo que tengas que decirle.

—Señor… señor… Soy Grawryd de Slowwater, a medio día a caballo en dirección al norte.

El rey asintió con la cabeza, animándolo a seguir. El chico estaba tan nervioso que Artor tenía miedo de que se desmayara allí mismo.

—Necesitamos… necesitamos… ayuda, señor, porque nos ha asaltado un salvaje, que está matando a todos los que se cruzan en su camino.

—¿Un salvaje? —repitió Artor, levantando una ceja, muy sorprendido—. ¿Qué es lo que hace este hombre?

—Mata… a la gente, señor. Asesinó de manera sanguinaria a Hod Carrottop y a su familia en su cabaña, cerca de Slowwater. Mató incluso a los niños. Y dejó al bebé que tenían en una granja a pocas millas del bosque.

—Matar niños es desde luego propio de salvajes —respondió Artor con voz serena.

El pastor enrojeció hasta las orejas.

—La criatura murió, señor. El salvaje no pudo darle de comer y el granjero de Longfield era viudo y la vaca que tenía había muerto en invierno y… —el muchacho fue perdiendo voz poco a poco.

—Y tú, joven Grwyrd de Slowwater, ¿has visto al salvaje?

El muchacho asintió, mientras tragaba saliva con fuerza y la nuez se le movía de manera ostensible.

—Pues descríbemelo, joven Grawryd.

El chico miró al cielo como para recordar aquel horror lo más claramente posible.

—Estaba llevando el rebaño a unos pastos frescos, cuando vi a un jinete que se acercaba a casa de mi tío, señor. No me habría fijado en él, si no hubiera oído un grito. Fui corriendo para ver qué pasaba, porque llevaba mi daga, ¿sabéis?

Artor asintió. Balan se maravilló al ver la paciencia que tenía el monarca.

—Cuando llegué había matado a mi tío con una espada enorme, justo al lado del establo, y se disponía a coger el caballo de tiro de mi tío, ese viejo Fenn. Yo apenas me tenía en pie de miedo, pero me arrastré como pude hasta que estuve cerca, junto al estante de paja —el chico se había quedado sin aliento, al revivir aquella terrible escena.

Artor aguardó hasta que el pastorcillo logró seguir hablando.

—Iba harapiento. Y parecía que había venido atravesando espinos y ramas secas porque tenía toda la cara y las manos arañadas. En el pelo se le habían enredado pequeñas cortezas y brozas y tenía una mirada extraña, de loco. Apenas me atreví a mirarlo.

El muchacho se buscó un amuleto que llevaba colgado al cuello de una cuerdecita. Besó el objeto supersticiosamente y Artor se acordó del amuleto que había regalado a su primera esposa y que después había llevado él mismo siempre hasta que se lo dio a su hija, un objeto cálido y reconfortante.

—Iba todo él cubierto de sangre, hasta el pelo. Y olía muy mal porque se le había secado. No podía ni moverme, señor. ¡Y él allí, cubierto también con la sangre de mi tío!

—Pero has venido en este viejo Fenn —dijo Artor con suavidad—. ¿Por qué no se llevó el caballo?

—Mi tía salió corriendo, dando alaridos y gritos. El salvaje sacó su espada y estoy seguro de que la habría matado a ella también. Pero hizo una especie de movimiento, como si se estremeciera, y aulló como una bestia. A los pocos minutos enfundó la espada y desapareció en el bosque.

—¿Y por qué has venido hasta aquí, si podrían haberlo atrapado los demás campesinos, teniendo en cuenta que iba a pie?

Grawryd tragó saliva y sollozó. No podía dejar de temblar.

—Cogí a Fenn y cabalgué lo más deprisa que pude en dirección al pueblo de Slowwater. Enseguida los hombres cogieron antorchas y las armas que tenían y

salieron a buscar al salvaje, aunque iban solo con hoces y rastrillos. Intenté advertirles de que no era un simple ladrón ni un chalado, pero como nunca habían visto al salvaje, creyeron que entre cinco grandullones conseguirían cogerlo o matarlo.

Las lágrimas le empezaron a resbalar por las mejillas, pintándole pequeños surcos en la mugre que traía por el viaje.

—No me escuchaban porque no sabían quién era. Yo tenía miedo de ir con ellos, así que el jefe del grupo me dijo que me quedara al cuidado de las mujeres y los niños. Hice lo que pude, señor, de verdad.

—Te creo, Grawryd de Slowwater, así que sigue hablando sin miedo —respondió Artor. El pastorcillo levantó los ojos para mirar al rey, con una mezcla de amor y respeto.

—Dije a algunas mujeres que cogieran a sus niños y se los llevaran al bosque que hay al final de Longfield, pero la esposa del herrero y sus ancianos padres se negaron a moverse. Yo me escondí junto al río para protegerlos, una vez que los demás estuvieron a salvo. Lo único que sabía es que el salvaje vendría para coger un caballo y que cinco campesinos no podrían contener la fuerza de su espada. A la media hora, escuché gritos y aullidos y después todo se quedó callado. Sabía que se estaba acercando. El viejo Fenn estaba con las mujeres en el bosque, por si venía el salvaje. Me escondí en un árbol, cerca de la casa del jefe del grupo y esperé.

El muchacho se detuvo para asegurarse de la gravedad que tenía lo que estaba narrando.

—¡Y vino, señor! ¡Vino! —Grawryd estaba a punto de llorar—. Los había matado a todos. Fui después a reconocer los cuerpos y los había hecho pedazos. Los había dejado allí mismo, todos los trozos ensangrentados, y había vuelto a Slowwater para coger comida y el caballo que necesitaba. Mató a Etta y a los niños… y a los ancianos… y se comió lo que había, con aquellas manos llenas de sangre, mientras salía de la casa del herrero. Iba como husmeando, como si notara que lo estaba vigilando. Apenas me atrevía a respirar, señor, por miedo a chillar. Me quedé escondido entre las ramas y me salvé. Al marcharse cogió el pony del herrero.

Grawryd empezó a llorar abiertamente. Artor le cogió por el hombro para consolarlo hasta que el muchacho consiguió volver a hablar.

—Después fui a donde estaban las mujeres y el viejo Fenn. Cuando salí para acá estaban preparando a sus hombres para los funerales, y yo me vine. El salvaje matará una y otra vez, seguirá matando hasta que alguien lo detenga. Tenía los ojos rojos, señor, como regados de sangre. Y la cara cubierta de barro seco, de sangre y de cosas que ni quiero saber. Fuera quien fuera en su día, se ha convertido en un demonio, señor, con el rostro desfigurado y odioso. Tenía hasta los mechones engomados de sangre. Reconocería su olor a distancia. Señor, te lo ruego, tienes que hacer algo, porque si no cualquiera que se cruce en su camino morirá.

Como el muchacho estaba a punto de desmayarse del esfuerzo que había hecho y

del horror que había revivido al narrar su experiencia, Artor le pidió a Odin que se lo llevara y le diera algo de comer y un lugar donde dormir.

—La historia es monstruosa —exclamó Balan, asqueado por lo que había oído—, hay que atrapar a esa criatura y matarla.

—Estoy de acuerdo. Pero los campesinos no llevan espadas, así que el salvaje tiene que ser un bandolero o un sajón huido que intenta llegar al este. Sea quien sea, hay que capturarlo. Si los sajones están fuera, tengo que saberlo.

—Te ruego que me permitas ir a buscarlo, mi rey. Estoy seguro de que lograré detenerlo y traerlo para que responda ante la justicia de sus crímenes. Desde que mi hermano se fue a Glastonbury estoy aquí medio aburrido.

—Muy bien, pero llévate a Gruffydd contigo. Es mayor y ya no sirve para el combate, pero habla sajón y conoce las colinas y los bosques mejor que nadie. Aunque tenemos que consultarle, ojo, porque le prometí que podía retirarse honorablemente de la corte. Si crees que puedes encontrar a esa bestia, desde luego Gruffydd es quien más puede ayudarte.

—¿Me llevo a Grawryd?

—Sí. Él conoce el terreno y a los campesinos. Confiarán en él, si vais por sitios donde no se fíen mucho de los forasteros, sobre todo de los que van con espadas.

Artor en su fuero interno sabía que este salvaje era un bandolero militar, tan habituado a la sangre y a la muerte, que no le importaba matar a unos cuantos campesinos más. Matar es una costumbre peligrosa, una costumbre que debilita los límites que separan el bien del mal. Artor aún podía oír la voz de Targo, desde el otro lado de las sombras, cuando de joven le recordaba que la guerra tiene sus particulares peligros.

—Matar nos debilita —decía Targo, con gesto sombrío—. Los buenos soldados matan a demanda, sin pensarlo dos veces y sin remordimiento. Actúan de acuerdo con las órdenes que reciben, como animales adiestrados y las muertes no les turban el ánimo.

Artor recordaba la sombra de aquel aliso, que marcaba con rayas la cara de su tutor y le ocultaba el gesto.

—Pero parece que llega un momento en que privar a alguien de la vida resulta tan normal que se utiliza para resolver cualquier problema. Necesito un caballo. Ése tiene uno. ¡Pues lo mato para cogerle el animal! ¿Ves, muchacho? A veces, usamos mal nuestra moral, que se hace cada vez más laxa y terminamos por convertirnos nosotros mismos en animales.

—A mí no me va a pasar eso, ¿verdad? —preguntó el joven Artorex nervioso.

—Como no eres soldado, no se cómo te va a pasar —le había contestado Targo.

Pero Artor, rey y guerrero, había sentido el riesgo de convertirse en lo que había descrito Targo.

Artor y Balan caminaban uno junto al otro por la colina rocosa en forma de muela sobre la que se erigía Cadbury, uno anciano, el otro joven, los dos tan parecidos en

tantas cosas. Las sombras se alargaban a su paso.

—Debes salir por la mañana, Balan, aunque preferiría que no fueras tú. Estoy ya demasiado viejo y demasiado cansado para ver los riesgos que corre uno de mis familiares en una misión que me preocupa. Es una triste verdad que hombres como Mordred siempre están confortablemente sentados al calor de la lumbre, gozando del calor y la seguridad que le proporcionan los mejores guerreros. Vete con Dios, hijo mío.

—Gracias, majestad —respondió Balan con la mejor de sus sonrisas—. Estaré encantado de hacer algo útil mientras llegan noticias de mi hermano. La preocupación que tengo por lo que pueda haberle sucedido no deja de corroerme por dentro y como eso no lo puedo solucionar, será mejor que sirva de algo en el pueblo de Slowwater.

El rey supremo y su nieto se quedaron de pie un buen rato, callados, contemplando el horizonte, viendo cómo las tierras a lo lejos iban cubriéndose de tonos rojos y morados, a la puesta de sol.

CAPÍTULO XV

EL COMIENZO DEL FIN

CON LA LLEGADA del nuevo otoño, a medida que los días iban acortándose, Artor prefería permanecer dentro de casa, rumiando en soledad asuntos de estado y especulando sobre las razones que justificaran el silencio de los soldados que tenía destacados al norte del reino. Para empeorar las cosas, la intransigencia del obispo Otha de Glastonbury le estaba costando muchas noches de insomnio, porque tampoco sabía nada de Balyn desde que se fue. Y junto a estas preocupaciones, Gronw operaba como una herida abierta en la zona septentrional, donde su repugnante influencia empezaba a expandir peligrosos rumores y ya se hablaba de insurrección.

Por encima de amenazas y dificultades personales, los sajones siempre estaban merodeando por sus fronteras, para ver si conseguían algún otro punto de apoyo en occidente. No atacaban, pero como los cuervos y otras aves de presa que viven en lo más oscuro del bosque, anhelaban carroña.

Artor se refugiaba en sí mismo, intentando mantener una presencia firme y serena. No había sitio seguro, ni cosa cierta. Incluso dentro de Cadbury, su propia ciudadela y bastión personal, los enemigos aguardaban con paciencia a ver si descubrían algún signo de debilidad en el envejecido monarca.

Artor sabía que pasaba demasiado tiempo solo, pero los dos hombres que le podían hacer compañía habían marchado con Balan para acabar con un monstruo. Gruffydd se había unido a la expedición, de acuerdo con lo que instruyó el monarca, pero Taliesin se había ofrecido voluntario. El bardo iba en parte movido por la curiosidad y en parte por el espanto abrumador que le causó lo que había relatado Grawryd.

En cuanto a Elayne, Artor apenas podía soportar el dolor físico y moral que su presencia le provocaba, porque con ella se veía obligado a reconocer una y otra vez el fracaso de su existencia, carente de amor, y a afrontar el nauseabundo sentido de autocompasión que dicha realidad le sugería. Y además Bedwyr se merecía su lealtad. Por su parte, los gestos huraños de Wenhaver le atraían poco y presagiaban rabietas que no deseaba vivir. Y cuanto más tiempo estuviera con ella, más ocasión daba a Mordred para que lo criticara y más cerca tendría a la dulce y tentadora Elayne. Artor deseaba desterrar a Mordred, o cortarle el cuello, pero ninguna de esas dos medidas

era muy aconsejable desde el punto de vista político en tiempos tan agitados.

Ya habían pasado dos semanas desde que Balan salió de Cadbury con Gruffydd, Taliesin y el pastorcillo. Y en ese tiempo no le había llegado noticia alguna, sólo el silencio y una espantosa sensación de desesperanza. ¿Quién podría decirle cuándo volvería a ver a sus dos nietos? Cuando estaba tranquilo, Artor reflexionaba sobre si el bastón y la lanza podían ser una y la misma cosa y dudaba si no debía haber advertido a Balyn de lo que significaba aquel objeto. Hombre prevenido vale por dos; su duplicidad agobiaba al monarca.

Artor se encontraba realmente hundido en la nostalgia cuando, desde las puertas de Cadbury, vio llegar lento y confundido a un grupo que se encaminaba hacia la fortaleza. Gruffydd y Taliesin iban uno al lado del otro, seguidos de dos caballos que arrastraban unos bultos de forma humana, cubiertos con mantas.

A Artor se le saltaron las lágrimas. Aquellas siluetas eran inconfundibles.

—Sólo quiero saber cómo murieron —musitó entre sollozos, antes de recomponerse un poco para salir al paso de los que llegaban.

Gruffydd y Taliesin se inclinaron ante el monarca una vez que pasaron la última puerta de entrada a la ciudadela. Cuando Taliesin levantó la cabeza, tenía una mirada tan llena de amargura y dolor, que Artor hubiera preferido huir y refugiarse en sus habitaciones para eludir la inevitable noticia. Pero el coraje que aún mantenía le obligó a mostrarse firme, hasta cuando sus compañeros colocaron en el suelo del patio, a sus pies, los bultos que traían envueltos en paños.

—Se me cae el alma a los pies, señor —empezó a decir Taliesin.

—Intuyo lo que me vais a decir —balbuceó Artor, con la cabeza gacha—. Esos bultos son los restos mortales de mis nietos, Balyn y Balan.

—Sí, Artor —respondió Gruffydd, con mirada franca y sombría.

—Dejadme verlos —ordenó el rey, recomponiendo su figura—. Fui yo el que los envió a la muerte, así que quiero ver con mis propios ojos lo que hice.

Dos de los guardias cortaron las correas de cuero que sujetaban los improvisados sudarios de cobijas y pieles y descubrieron después los cuerpos.

Balan parecía dormido, pese a la extrema palidez que mostraba su rostro. Sonreía a través de aquellos labios tan bellos, y la ropa no se veía deteriorada. Aparentemente la herida del pecho era apenas un rasguño en la coraza de cuero. Llevaba el arma sobre el pecho, limpia, firmemente agarrada entre sus manos, todavía hieráticas, aunque el agarrotamiento que sobreviene a la muerte había desaparecido hacía tiempo.

—Balan, hijo mío, ¿qué infortunio ha terminado contigo? —Artor se ahogaba en su dolor, con los ojos húmedos de lágrimas contenidas. Se volvió a sus servidores—. Llevadlo a la capilla, lavad el cadáver y que empiecen las plegarias por su alma.

Mientras los hombres de la guardia retiraban el cuerpo de uno de los gemelos, Balyn quedaba expuesto a la violenta luz de la mañana, con su gesto huraño.

La belleza del joven se había desvanecido bajo un velo de barro endurecido y

costras resecas. El tono dorado de su piel ya no existía, diluido ahora en una gama de grises etéreos. Igual que su hermano, Balyn también empuñaba su espada, pero en sus dedos se apreciaban cortes, cicatrices y restos de sangre.

El anillo de Artor lanzaba burlones destellos a su observador desde el pulgar del joven.

—Balyn, nieto de mi alma, ¿qué te llevó a este trance? —balbuceó Artor—. ¿Por qué maldición te volviste loco?

Las ropas del muchacho habían quedado reducidas a harapos ensangrentados, por los que asomaría su nívea y delicada piel, de no estar tan magullada e impregnada de sangre. Tenía el cuerpo lleno de cortes, heridas y cuchilladas que casi parecían provocadas por un ataque de locura, pero había muerto de dos puñaladas, una en el estómago y otra en la garganta. Y se había desangrado. Aquel apuesto joven que un día llegó a Cadbury a lomos de su caballo, tan parecido a Artor cuando era joven, no era más que una imagen bañada en sangre o el grotesco sacrificio que a veces exigen los dioses más crueles.

—Proceded con Lord Balyn igual que con su hermano. Tenía especial afecto a estos guerreros, así que preparad la pira con el mayor esmero.

Alguien le agarró del brazo por detrás.

—Yo me ocuparé de ellos personalmente, mi rey —murmuró Lady Elayne. Artor notó que las lágrimas le brotaban de los ojos hasta que no pudo evitar el llanto. Ni pudo tampoco volver la cara para mirarla, porque no habría soportado contemplar aquel rostro sereno e inteligente cubierto por el dolor que se adivinaba en sus palabras.

Artor se alejó, intentando recomponerse y recobrar el gesto y la compostura, pero Gruffydd y Taliesin notaron en él esa rigidez muscular y el paso envarado de quien ha llegado al límite. Se apresuraron a seguir al abatido monarca.

Tras ellos, Elayne miraba los restos mortales de Balyn. Se había vestido apresuradamente para salir y aún llevaba las trenzas desarregladas, sueltas por debajo de la cintura, la cara sin aderezo y la túnica mal prendida. Con una mano se recogía los pliegues y con la otra el faldón. Al ver lo que quedaba de la marchita belleza de Balyn, sintió una conmoción tan fuerte que se echó a llorar abiertamente.

Al morir, el rostro de Balyn había envejecido y recordaba al de Artor: Elayne se imaginaba que era Artor el que estaba allí, recién abatido en una brutal batalla y muerto a consecuencia de las múltiples heridas recibidas. Y pensando esto, notaba que le faltaba el aire y comprendió que en su dolor había algo más que pura lealtad; el rey le había robado parte del corazón.

Este cariño no puede ser, y no va a ser, pensó con fuerza mientras se alejaba, escoltando el cadáver de Balyn hasta la iglesita que había en la cima de Cadbury Tor.

ARTOR QUERÍA ÚNICAMENTE refugiarse en sus habitaciones, pero Odin se

interpuso en el umbral y dejó la puerta abierta para que entraran Gruffydd y Taliesin.

—Déjame solo —dijo Artor con tono huraño, intentando apartar el brazo de Odin.

Taliesin apenas pudo reconocer a su rey, con aquel gesto. Solo Odin había visto alguna vez la cara de dolor y rabia que ahora ahogaba al monarca.

—¡No quiero que me cuenten cómo terminaron así! ¡Ten un poco de compasión y no me tortures más! Fui yo el que les envió a la muerte y no quiero saber los detalles, no lo soportaría. ¡No puedo! ¡No puedo!

Taliesin le empezó a servir una copa de vino tinto, mientras Odin le obligaba a sentarse en su silla curul. Entre los dos le hicieron beber, hasta que poco a poco fue recuperando algo de color en las mejillas.

Gruffydd se sentó en un taburete para no apoyarse en su pierna mala, pensando cuánto mejor estaría en su casa, sin tener que pasar por este último trago en Cadbury. Viniera lo que viniera a partir de ahora, ya nunca podría pensar en Artor sin ver la imagen del hombre abatido y desesperado que tenía delante.

—Por favor, no te tortures, señor. Solicitaste un servicio a los gemelos; tareas sencillas que no implicaban excesivo riesgo. Hay que decirlo todo, Artor, sin querer se mataron uno a otro —Gruffydd hablaba con tal convicción y tal sinceridad que Artor no tuvo más remedio que escuchar y levantó la cabeza.

—No digas tonterías, Gruffydd. Los hermanos se pasaron la vida juntos, desde que estaban en el vientre de su madre. Se conocían a fondo, más que si hubieran sido marido y mujer, más que madre e hijo. ¿Cómo se iban a matar entre sí?

Taliesin se arrodilló a los pies de su rey. Ni Artor tuvo fuerzas para decirle que se levantara, ni el bardo le habría hecho caso. Siguió arrodillado.

—Señor, sabías que entre ellos había un vínculo muy fuerte. El nudo que los unía desde la cuna era más fuerte que el acero, más vigoroso que la propia vida, y ninguno de los hermanos habría soportado que por alguna razón ese nudo se disolviera. Pero la fuerza que los unía era su debilidad, porque ninguno de los dos se imaginó nunca la posibilidad de no reconocer a su gemelo. Y, por eso, trágicamente, se mataron uno a otro.

—Haz lo que quieras, entonces —dijo Artor agachando la cabeza con un hastío insoportable—. Cuéntamelo todo. Sabes que al final os lo iba a preguntar, Taliesin, así que quizá lo mejor sea que me entere de la historia ahora que la herida está fresca.

—Pediría a Gruffydd que sea él quien te narre lo que vivimos, señor —dijo Taliesin—. Demostró ser mucho más sabio que yo, porque fue él quien intentó salvar a Balan de su propia ingenuidad. Balan murió sin creer que su hermano era la bestia de Slowwater. Gruffydd fue el único que adivinó la verdad.

—¿Lo sabías, viejo amigo? ¿Cómo pudiste prever su destino?

Gruffydd se acomodó un poco sobre sus doloridas caderas y empezó la dolorosísima historia.

—CUANDO LLEGAMOS A Slowwater a media tarde, nos encontramos un pueblo aterrorizado. Slowwater no es más que una pequeña aldea, señor. De las veinte almas que vivían allí, sobrevivían menos de diez, tan atemorizados que no se atrevían ni a sacar agua del pozo. Cuando llegamos, las mujeres estaban asegurando sus cabañas para la noche, como si tuvieran que protegerse de una manada de lobos hambrientos.

»El jefe estaba muerto, pero su esposa y su hijo, apenas un niño, nos metieron rápidamente en su cabaña antes de que se pusiera el sol. Ni la madre ni el hijo nos querían bajo su techo, pero si nos dejaban fuera se arriesgaban a vivir una nueva carnicería en el pueblo y ya estaban bastante horrorizados. Tú sabes de lo que estoy hablando, Artor. Has visto ese terror. Habían perdido casi la razón, con tanta locura. Y a lo mejor pensaron que podríamos defenderlos.

»La gente nos dijo que el salvaje regresaba todas las noches a por comida y que recorría el pueblo de cabaña en cabaña husmeando, a ver si encontraba a alguien. Nos contaron que todavía tenían más miedo al oírle aullar, porque no pensaban que hubiera hijo nacido de mujer que pudiera emitir tales sonidos y seguir siendo humano. Al principio nos pareció que se trataba de meras supersticiones, así que nos reímos de ellos, como si fueran niños. Pero nos equivocábamos.

»Como la mujer del jefe temía que el olor a carne fresca pudiera atraer al salvaje, cenamos gachas frías. Al poco oímos un sonido extraño, como de alguien o algo que arrastrara los pies. Balan pegó el oído a la puerta y yo también. A mí me pareció escuchar una respiración entrecortada, junto con ciertos soplos. Los ruidos se mezclaban con un sonido nasal, una especie de bufido sordo, idéntico realmente al de los jabalíes buscando presa.

»Oí los gruñidos y los resoplidos que hacía la bestia al lanzarse sobre la comida que los habitantes del pueblo habían dejado en medio del camino para tranquilizar al animal. Aquello no era un hombre comiendo, desde luego, porque ni el más burdo de los sajones despedaza una carne medio podrida como lo hacía ese bicho. Por primera vez pensé que Grawryd no nos había mentido. Slowwater estaba realmente acosado por un salvaje.

»Al cabo de una hora o así, creí que había pasado lo peor, pero no: durante aquella interminable noche la bestia estuvo yendo de puerta en puerta, llamando con la mano, arañando la madera… y aullando con una mezcla de dolor y rabia. El sonido de aquel llanto es lo más horrible que he escuchado en mi vida, Artor. Y si aquel sonido fantasmal era la voz del príncipe Balyn, es que ya se había desprendido de su naturaleza humana semanas antes de llegar a Slowwater. Balan no reconoció la voz de su hermano en aquellos terribles ecos. Ninguno la reconocimos. Ni lo vimos, porque el hijo del jefe había clavado troncos, herramientas viejas y trozos de metal en todos los vanos de la cabaña, incluso en el agujero que tienen en el techo para que se vaya el humo. En completa oscuridad, nos quedamos agachados, sin poder dormir del miedo.

»Pero sí pude oler al enemigo, como Taliesin, que aprendió de su madre y de la

gente de las montañas las leyes que rigen el bosque. Aquella criatura apestaba a sangre seca, a vómito y a mierda, un hedor que me provocó náuseas, porque ningún animal resiste sin lavarse hasta ese punto. Olía a podrido, y eso me horrorizó aún más.

»Al alba la criatura se fue sin preocuparse de ocultar su rastro. Vimos claramente las pisadas que había dejado en el barro, enjaretando unas cabañas con otras, como si hubiera recorrido la aldea varias veces para matar a alguien.

»Al final encontró una presa. El salvaje pilló un perro callejero y consiguió que sacara un conejo de la maleza que había junto a la huerta. Nos dejó sus restos a la puerta de la cabaña y descubrimos que había rajado vivos a los pobres bichos.

»Estuvimos días enteros buscándolo, pero como toda bestia salvaje, era muy astuto. Por la noche nos quedábamos a dormir en los árboles, para que no nos sorprendiera. Nos hizo dar muchas vueltas, por un territorio bastante amplio, pero al final las huellas volvían al principio, a los bosques que rodean Slowwater, donde estaba su guarida. Era como si la bestia hubiera querido llevarnos deliberadamente hasta allí, para que lo liberáramos de su locura. Dormía en un nido de ramas y hierba seca, a unos metros de los pútridos restos de su caballo. Lo más horrible de todo es que había ido rebanando trozos de aquel cadáver. Casi vomito de sólo pensar que había comido aquello.

»El caballo estaba bellamente engualdrapado, con una lanza entre las riendas. Por eso comprendí enseguida que no se trataba de ningún bandolero trastornado, ni de ningún desertor que hubiera enloquecido después de ver demasiado sufrimiento. Intenté persuadir a Balan, que tendría que haber reconocido las posesiones de su hermano. Solo Dios sabe por qué no las reconoció, pero el muchacho no atendía a nada. Puede que pensara que a su gemelo le habían robado el caballo. O quizá temía que Balyn fuera la primera víctima del salvaje, porque se le veía realmente enfurecido y deseoso de enfrentarse con aquella bestia cara a cara. Pero jamás imaginó que Balyn pudiera haber perdido la razón hasta ese punto, que hubiera descendido a ese infierno, ávido de sangre.

—Yo también empecé a pensar por qué llevaría Balyn tanto tiempo sin regresar a la corte y cuando comentaba mis reflexiones en voz alta, Balan eludía lo que decía. No hacía más que repetirme que si su hermano se hubiera vuelto loco, él lo sabría. Que le ofendían mis comentarios y me prohibió volver a sacar el tema.

»Balan sufrió muchísimo, señor. Intentaba comer, pero devolvía y no podía tragar más que pequeños mendrugos de pan rancio. El olor a carne le asqueaba y estaba obsesionado diciendo que en algún sitio estaba su hermano con dolor de estómago. Aunque le quitaba importancia a sus dolencias, puedo decir que su nieto estuvo muy preocupado durante todos esos días.

—Una vez que encontramos la guarida decidimos esperar a que saliera el salvaje. Balan nos pidió que nos escondiéramos por los alrededores y que él se quedaría cerca de aquel cubil.

Gruffydd miró detenidamente los afligidos ojos del monarca.

—Tendríamos que habernos quedado con su nieto, mi señor, pero insistió en que le obedeciéramos. Balan quería estar solo.

»La noche se llenó de pequeños ruidos intimidatorios y de sombras acechantes, hasta el punto de que a mí me parecía ver un monstruo detrás de cada arbusto. Cuando oí gritar a Balan y los alaridos de rabia que daba su presa, me quedé petrificado, porque sabía que era demasiado viejo para ayudar a mis compañeros. Con todo, Taliesin y yo regresamos hasta donde estaba el cadáver del caballo. Oíamos el fragor de dos espadas en plena acción. Oí que Balan gritaba el nombre de su hermano, solo una vez, y después un silencio sobrecogedor cubrió el bosque, como un sudario pesado y oscuro. Lamenté por todos los dioses tener esta pierna mala, porque no podía andar bien, tenía que ir muy despacio, y Taliesin no se atrevía a dejarme atrás, por si el salvaje me sorprendía allí solo y desvalido.

»Balan había acorralado a su hermano contra un saliente de piedra y Balyn sangraba copiosamente por la herida que tenía en el estómago. Lo más seguro es que Balyn estuviera ya agonizando, pero sacó fuerzas de su dolor y siguió luchando. En determinado momento, Balan debió de reconocer a su hermano, bien fuera por el aspecto, bien porque sentía el mismo dolor que él en el estómago, pero lo cierto es que bajó la espada. Y entonces fue Balyn el que atravesó con su hierro el pecho de su hermano.

»Balyn seguía vivo cuando los encontramos. Había recogido a su hermano entre sus brazos y lo mecía, como si con las caricias pudiera recomponer su corazón destrozado. Me miró con ojos cuerdos, pero no veía nada, estaba ciego por su dolor. Taliesin intentó detenerle la hemorragia, pero todo su esfuerzo, créeme, fue inútil y Taliesin está seguro de que incluso si hubiera sobrevivido esa noche, tu nieto se habría descompuesto por dentro. Balyn me dijo que había matado a su hermano y yo no pude más que asentir, como un imbécil. ¿Qué palabras iba a encontrar yo para consolarlo? Entonces me dijo que no quería vivir más, porque había hecho cosas que avergonzarían a su madre y a su padre para siempre. Y otra vez, me encontré sin saber qué decirle, señor. No acerté a darle consuelo alguno.

»Tendría que haber imaginado lo que iba a hacer, mi rey, al ver que en su mirada reflejaba ahora vergüenza; ya no quedaba rastro de culpa ni de locura. Balyn conocía la relación que te unía a él. Y me pidió que te dijera a ti, su abuelo, que al final moría como un hombre. Y sin dudarlo un instante se cortó el cuello.

LA INCINERACIÓN DE los gemelos se llevó a cabo con mucho duelo y mucha parafernalia. Hasta Wenhaver lloró de veras, pensando que aquella pira se llevaba para siempre tanta juventud y tanta belleza. Vestida de negro, con ropas teñidas a toda prisa, al ver que Artor entregaba el cuerpo de aquellos dos gloriosos jóvenes a las llamas, puede que sintiera por primera vez la angustia de saberse mortal.

Artor se ocultaba tras una fría máscara de inevitabilidad. Si sufría, sólo los más íntimos lo sabían. Las metálicas puertas del deber se cerraron en torno al rey supremo y nadie pudo traspasar los muros de su imagen pública. Ni siquiera Mordred se atrevió a sembrar discordia ese día.

Como Anna estaba demasiado lejos de Cadbury para venir al funeral de sus hijos, le enviaron sus cenizas en una espléndida urna de oro, la mejor que Artor pudo encargar. Y envió a Taliesin con las cenizas y las espadas de los muchachos, para que se las entregara a su desconsolada madre. En un mensaje lleno de humildad, Artor se ofrecía para ayudar a su hija ilegítima en todo lo que pudiera y expresaba su ferviente deseo de que los restos fueran enterrados en el Jardín de Gallia.

Taliesin interpretó un canto que había compuesto para la madre, tan bello y trágico, que muchos guerreros de la tribu de los ordovicos lloraron al escuchar la historia de los desventurados gemelos. Anna no soltó una lágrima, porque la habían educado en un entorno romano y no quería deshonrar la memoria de sus hijos con debilidades femeninas. Tras días de celebraciones funerarias, llevó las cenizas de los muchachos al Jardín de Gallia, donde había pasado todos los años de su niñez y primera juventud y regresó a su reino, con la tarea de reconstruir su vida.

Cuando volvió, el rey Bran se dirigió hacia el sur para enterarse en persona de por qué habían muerto sus hermanos. Hizo el largo viaje sin parar y galopando, sin reparar en su cansancio ni en el de los caballos, hasta que llegó a Cadbury a la cabeza de su guardia.

Ni siquiera entonces, teniendo ante él al único nieto que le quedaba, podía Artor revelar toda la verdad, por mucho que deseara compartir el dolor con aquel hombre alto y fuerte, que se parecía tantísimo a su madre. Artor no consideró adecuado decirle a este rey tan capaz y tan reciente que ahora era el heredero al trono del dragón.

—Se mataron uno a otro por accidente, Bran, y ninguno podría vivir sabiendo lo que habían hecho. Han muerto sólo por una casualidad muy cruel, pero estate seguro de que me enteraré por qué llegó Balyn a Slowwater en condiciones tan lamentables.

—Sí, mi señor. Confío en que desenmascares todo este enigma tan trágico. Sé que ante mi madre tenías que edulcorar y suavizar las circunstancias que llevaron a Balyn a cometer aquellos crímenes, pero yo quiero la verdad sin tapujos. Te pido que me respetes y me mantengas informado de lo que descubras.

Artor tragó saliva y juró a Bran que lo haría. Aunque, desde luego, el rey supremo no tenía intención de estropear el recuerdo de Balyn que tenía su nieto con toda la verdad.

Artor se quedó maravillado al ver la estatura de Bran, el pelo tan brillante que tenía, perfectamente arreglado en trenzas guerreras, y aquel rostro tan bonito, tan masculino y sensible. Las inquietudes que le había provocado el convertirse en rey de los ordovicos antes de cumplir los veinte años quedaban grabadas en pequeñas arrugas incipientes que le asomaban por la frente y en el aire de gravedad y

compromiso que infundía al mirar y al hablar.

Artor se sintió muy orgulloso viendo a su nieto en lo alto de su montura, cuando salía de Cadbury. Bran no ocultaba la pesadumbre que le embargaba, lo reflejaban sus ojos y el rictus de sus labios, y la preocupación le envolvía en un manto de dolor tácito. Como sus obligaciones lo reclamaban, tuvo que dejar a un lado su propio pesar para servir a su gente. Porque así era la costumbre romana. Anna, Artor y el nieto que ella le había dado no conocían otra manera de sobrevivir al dolor.

CON EL TIEMPO, cuando todo en Glastonbury había vuelto a la normalidad, el hermano Mark se dirigió a Cadbury Tor por las espirales colinas que la rodeaban para contar al monarca en persona la historia de Balyn y Otha. Artor le escuchó con atención y sin articular palabra maldijo el secretismo con que había llevado las cosas y que había hecho perder la fe a su nieto. Mark reprodujo detalle a detalle cómo sucedió la muerte de Otha, sin obviar que había confesado al sacerdote su lealtad para con Mordred. Artor se irritó profundamente al conocer que Otha había atacado a su nieto hablándole de los vínculos que le unían al rey supremo.

Por primera vez en su vida, Artor se arrodilló ante un hombre de Dios.

—Te pido que me escuches, hermano Mark, porque nunca he confesado mis pecados. No sé si tu dios existe o no, pero algo tiene que haber que guíe a las estrellas en su danza celestial. Soy viejo y pronto conoceré los secretos de la muerte.

El hermano Mark se ruborizó un poco y esbozó una ligera sonrisa.

—Te acercas a Dios por miedo a la condenación, rey Artor.

—Puede, no sé. Creo que alguna parte del alma continúa viviendo, cosas buenas y malas. También creo que se nos juzgará en esta vida y en la siguiente. Como he vivido tanto, puede que haya aprendido que aquello por lo que nos afanamos en este mundo mortal no es nada, comparado con la eternidad, y a mí me gusta llamar a eso Dios. Pero si no quieres confesarme, no pasa nada. No te castigaré por ello.

—No, señor. ¿Cómo te lo voy a negar?

Artor vació toda su vida ante este humilde religioso. No sabemos lo que Mark pensaría de todo lo que Artor le reveló, porque nunca traicionó a su rey ante nadie.

—Tengo que pedirte otra cosa, Mark de Glastonbury —Artor señaló con el dedo al objeto que había provocado tanto sufrimiento y tanta carnicería, y que estaba en un rincón de sus habitaciones. Habían sacado la daga romana del bastón que la escondió durante siglos. Era un instrumento simple, de uso común, ni bello ni elegante. Mark se estremeció al pensar en la sangre que había derramado.

—Muchos de los nuestros han llegado a creer que esa es el arma que atravesó el costado de Cristo en el Gólgota —dijo—. Se cree que José de Arimatea la trajo a Glastonbury, pero que como tuvo miedo de lo que representaba, la escondió en una antigua torre de una isla, para que estuviera a salvo de los mortales.

—Sí. Conozco esa creencia cristiana de que fue un romano el que utilizó el arma

para herir a vuestro Cristo. Bien, este celta de educación romana no va a tocar esa reliquia. La daga esta teñida con sangre de mi familia y para mí está maldita para siempre. Te ruego que la cojas y que hagas con ella lo que quieras, porque pertenece a la Madre Iglesia y así ya no hará más daño.

—Pero, ¿no insististe en que te devolvieran la reliquia de Otha? —preguntó Mark.

—Sí. Y las muertes que siguieron las provocó un deseo egoísta mío, al querer asegurarme el reino. Ahora me he dado cuenta de que la daga debe quedar protegida. Si esta reliquia cae en manos de mis enemigos, se acabó. No arriesgaré más vidas de inocentes por un simple símbolo.

—Puede que yo no sea capaz de mantenerla al margen de los impíos —dijo Mark —. Puede que envíen a otro Otha a Glastonbury.

—Puede. Pero ésa es mi decisión. No me fiaría de que la tuviera Galahad, así que es mejor que quede entre los tesoros de la Madre Iglesia. A mí ya no me importa nada.

En ese momento, Artor quería decir exactamente lo que dijo. Los gemelos estaban muertos, Otha había perecido y a Mordred lo habían descubierto: estaba claro que había usado su influencia para poner a este hombre al frente de Glastonbury. Aunque Otha había absuelto a Mordred de toda participación en la muerte del obispo Aethelred o en el robo del cáliz, Artor estaba seguro de que Mordred buscaba la manera de hacerse con el trono furtivamente. Si Otha hubiera seguido siendo el obispo de Glastonbury, habría utilizado su influencia para que gobernara el rey de los brigantes, en el momento en que Artor muriera.

«Hay que vigilar a Mordred», pensó Artor despiadadamente.

El hermano Mark vio el tono amenazante que cubría de repente la clara mirada del rey. No me fío de ti, pensó. Si estuviera en juego la seguridad del reino, utilizarías la daga con la misma firmeza que tus enemigos, sin preocuparte del coste que ello implicara en vidas humanas. Ahora, como te sientes culpable de la muerte de tus nietos, quieres evitar la tentación. Pero pronto te cambiarán los humores y volverás a pedir que te traigan la daga. Y como Otha, me veré obligado a negarme, por motivos, eso sí, que nada tienen que ver con los locos sueños de poder de Barbarroja.

Llegó a una decisión. La daga no podía estar ya más al alcance del monarca. Tenía que desaparecer, para que nadie se viera tentado a jugar con falsas promesas. No vuelvas a pedírmela, señor Artor, Dragón de los celtas, porque no te la voy a devolver nunca más, se juró Mark.

No dijo nada de lo que pensaba. Sencillamente asintió con la cabeza e hizo una reverencia de respeto ante el rey.

Cuando salió de la estancia rezaba, pidiendo que le libraran por todos los medios de volver a ver al rey supremo.

Mark escondió la daga en un lugar donde no la encontraría ya nadie; tampoco se lo dijo a nadie, ni siquiera a su obispo, porque todos tenemos un precio y hasta los

hombres que viven entregados a Dios pueden caer, incluso sin mala intención.

Y así fue cómo occidente se libró de un peligro incomprensible. Los gemelos se convirtieron en leyenda antes de que las cenizas de la pira funeraria se enfriaran y el canto que había compuesto Taliesin les acompañó en el camino hacia la paz, con una plegaria y una advertencia. En sus momentos de mayor angustia, Artor pensó en tirarse desde la cima de Cadbury, lo que fuera, con tal de aliviar el golpe mortal que había sufrido. Pero en aquellos instantes le increpaban sus fantasmas del pasado, y Artor comprendió que suicidarse delante de sus enemigos era un consuelo y una cobardía que nunca podría permitirse. Nada heriría más a occidente, no había traición mayor, que su huida hacia la muerte.

Los cuervos regresaron a Cadbury en otoño. Sus ojos, de un brillo malévolo, vigilaban atentos desde los frutales para ver cómo afrontaba Artor la oscuridad que le caía encima.

CAPÍTULO XVI

LA BÚSQUEDA

BEDWYR ESTABA IRRITADO y, en tanto que hombre apasionado que se había visto obligado a controlar sus frustraciones durante meses, estaba a punto de estallar.

—¡Mierda, mierda y mierda!

—¿Qué es ese estorbo que tienes en los pantalones? —dijo Galahad, sacudiéndose el pelo como un perro inquieto. El príncipe no se daba cuenta de que estaba salpicando a Bedwyr y extinguiendo la pequeña fogata que con tanto afán había logrado encender.

—Tú sí que eres mi estorbo, Galahad. Por todos los dioses, deja de mear sobre el fuego. A este paso, nos vamos a helar antes de que prendan bien los troncos. Y en esta cabaña que no deja de gotear.

Con gesto de contrariedad, Galahad se separó un poco.

—¿No sabes hablar sin blasfemar? Todos estamos mojados y cansados, pero a Percival ni se le oye.

Bedwyr gruñó como un sabueso.

—¡Será porque no te meas encima de él! Y si quiero blasfemar, blasfemo, qué carajo. Agotarías la paciencia hasta del propio Jesús, ese tuyo.

Galahad farfulló algo y se volvió para no ver a Bedwyr, cosa que sin ninguna duda irritaría aún más a su compañero.

—No haces más que llevarnos de un lado a otro, sin atender a lo que nos indican los espías de Artor. Hemos cabalgado durante, horas y horas hasta rompernos el culo, rastreando rumores absurdos sin maldita razón alguna. Y no escuchas. De hecho, no entiendes la lengua. Mis informantes nos dicen dónde parece que se encuentra Gronw y dónde se le ha visto últimamente y tú ¿haces algún caso? ¡No! ¡Estás demasiado ocupado con tus plegarias!

Galahad se volvió contra Bedwyr, y dijo despectivamente, con los labios fruncidos:

—No acierto a imaginar por qué me envió mi tío abuelo a esta misión con un pagano inadaptado, y además tan pagado de sí mismo.

Bedwyr amagó con levantarse y por la manera en que miraba a Galahad, Percival comprendió que estaba a punto de perder los nervios. Sin pensarlo un instante, se

interpuso entre los dos hombres.

—¡Bedwyr! ¡Galahad! ¿Cómo vamos a conseguir vencer a Gronw y a sus seguidores, si ni siquiera sabemos trabajar juntos? Como no resolváis vuestras diferencias y os tranquilicéis, fracasamos seguro.

—Gracias, Percival. Hasta tú te estás dando cuenta de lo ignorante que es este pagano.

Percival enrojeció al recibir semejante insulto.

—No estoy tomando partido, Galahad, pero si tuviera que hacerlo, diría que Bedwyr tiene razón. ¡Te has comportado con demasiada prepotencia y de un modo muy poco cristiano!

—¿Cuándo he sido yo poco cristiano? —preguntó Galahad, adelantando la barbilla con gesto muy agresivo.

—¡Ahora mismo! Bedwyr tiene razón. Lleva una hora intentando hacer una fogata y tú te dedicas alegremente a sabotear sus esfuerzos. Artor ordenó que Bedwyr viniera con nosotros por alguna razón y como tenga que regresar a Cadbury para contarle al rey por que hemos fracasado en la misión, no le va a hacer ninguna gracia.

Refunfuñando, Galahad se retiró a un mohoso camastro de paja que había en un rincón y que probablemente habría servido de nido a los ratones, a juzgar por el olor.

—Dado que soy el responsable de que nuestra campaña haya empezado con mal pie, ¿cómo propones tú que lo solucionemos, Bedwyr? —preguntó con ganas de bronca.

—¿Vas a escuchar? —reclamó Bedwyr.

—Sí —dijo Galahad entre susurros.

—¿A escuchar de verdad?, porque si no, me ahorro el esfuerzo.

—Ya te lo he dicho, ¿no?

—¡Bedwyr! —advirtió Percival.

—Bueno, muy bien —dijo Bedwyr más tranquilo—. ¿Os suena un asentamiento que se llama Bremetennacum?

—Sí —Galahad asintió con la cabeza—. Es un refugio de mala muerte, dejado de la mano de Dios, que hay en la frontera del territorio de los brigantes.

—Tenemos que desviarnos a ese refugio de mala muerte y pasarnos por las tabernas durante unos días. Mamucium es otro de los sitios donde puede que averigüemos algo de Gronw.

Galahad movió la cabeza.

—Estamos más o menos al este de Deva, ¿no?

Bedwyr lo confirmó.

—Y no hemos sabido nada de Gronw desde que estuvimos en Magnis, y ¿propones que sigamos hacia el norte? No me convence nada.

Bedwyr se aguantó las irresistibles ganas que tenía de agarrar a Galahad por el cuello, que además lo tenía muy a mano. Percival suspiró profundamente.

—Todo lo que nos cuentan de Gronw nos lleva en esa dirección —afirmó Bedwyr

—. ¿Es eso cierto o no? Sí, es cierto. Y sabemos que los brigantes de Mordred no son muy partidarios de Artor ni de su reino.

Galahad asintió con la cabeza, aunque sin demasiado entusiasmo.

—Si yo fuera Gronw, me iría a un lugar donde encontrar almas caritativas dispuestas a ofrecerme refugio; eso por no mencionar a los idiotas que, pensando que soy un druida, me aceptarían por las profecías que vaticino sobre la caída del rey supremo. Por eso elegiría un sitio de mala muerte como Bremetennacum o una aldeúcha cualquiera como Mamucium, que está en la calzada romana que va al norte.

Galahad intentaba digerir el argumento de Bedwyr lo mejor posible, aunque con mucha calma.

—Muy bien. Entonces, si admitimos tus razonamientos, ¿qué hacemos?

—A un druida que hable de traición lo tiene que conocer más de uno; alguien habrá oído hablar de Gronw. Yo me puedo mezclar con cualquier tipo de gente, así que seguro que en las tabernas averiguo algo.

Galahad decidió no hacer caso de lo que decía Bedwyr sobre mezclarse bien con la gente.

—Soy un tipo razonable, Bedwyr. Así que si te apetece cotillear por las tabernas a ver qué oyes, lo mejor sería que salieras para Mamucium a primera hora. Nosotros esperaremos aquí.

—¡Vaya, estupendo! —rezongó Bedwyr.

Galahad se tumbó sobre el camastro, se echó el manto por las piernas y se quedó dormido al momento. Percival rara vez se había sentido tan irritado por la prepotencia del príncipe.

Bedwyr puso un pequeño caldero de agua sobre el fuego.

—Yo no salgo sin llenarme el estómago de algo, por magnánimo que sea Lord Plegarias.

—No te metas más con él, Bedwyr —le rogó Percival—. Ha cedido mucho en su orgullo al aceptar tus argumentos, así que confórmate con que las cosas salgan bien.

Bedwyr se concentraba en darle vueltas a los trozos de liebre que tenía en el caldero, con verdura y ortigas tiernas que había cogido el día anterior. El aroma a carne estofada iba poco a poco encubriendo el pegajoso olor a lana mojada, a sudor y a grasa para espadas que invadía la estancia.

Bedwyr miraba hacia el exterior a través de la portezuela de la cabaña, donde la tarde se había ensombrecido por el chaparrón. Los relinchos de los caballos, que estaban amarrados en un cobertizo junto a la cabaña, le resultaban agradables, un sonido familiar.

—Supongo que no se puede culpar a Galahad por su fervor. Toda su familia está loca, excepto Artor, aunque incluso el rey tiene un temperamento muy frágil. Pero la convicción con que habla Galahad del glorioso destino a que ha sido llamado, me irrita hasta límites insospechados.

—Es irritante, pero en el fondo es un buenazo —dijo Percival poniéndose junto a

Bedwyr en el umbral.

—Intenta que no salga hasta que yo vuelva, Percival. Si no, no voy a poder encontraros.

—Haré lo que pueda —prometió Percival.

El potaje de liebre, incluso sin sal, cumplió su función de comida caliente y hasta Galahad parecía más contento después de llenar el estómago. Más tarde, aprovechando que los demás dormían, Bedwyr estuvo repasando los movimientos que habían hecho en los últimos meses, con el perro acurrucado a sus pies.

Habían cabalgado muchos kilómetros, en todo tipo de climas y sin comodidad ninguna. Galahad era muy estricto y el cáliz le atraía cada vez más, hasta el punto que soñaba con él en cuanto cerraba los ojos. Esa fervorosa obsesión lo convertía en un difícil compañero de viaje.

Habían perdido a Gronw en Parden y después habían recorrido durante días las colinas de alrededor, para nada. Al final habían seguido la calzada romana que llevaba a Deva, con la idea de que esta ciudad, al estar en un cruce de caminos, arrojaría mejores resultados. Pero tampoco allí tuvieron suerte, y ahora se encontraban en un refugio de pastores escondido en medio de una colina inhóspita, en algún punto entre Aquae y Deva.

Ojalá estuviera aquí Elayne, pensó Bedwyr, y se consolaba imaginándola allí con él, su cuerpo moreno y cálido junto al suyo.

Antes de salir para esta misión de locos, habían pasado dos días abrazados el uno al otro. Y Bedwyr se había dado cuenta de que las mujeres son más fuertes que los hombres e infinitamente más pacientes. Elayne enseguida aceptó que Bedwyr no pudiera decirle dónde iba ni por qué tenía que salir hacia el norte; era un secreto. Pero había llorado mucho cuando se enteró de que su amado tenía que irse de inmediato. Y aunque sabía que se iba a sentir muy sola, no pronunció ni una palabra de protesta. Únicamente le preocupaba que a él le pasara algo, pero Bedwyr sabía que ella vivía en un sitio mucho más peligroso… en la corte, rodeada de enemigos, como Wenhaver o Mordred.

—Cuídate, pequeña —le dijo en voz baja, cuando ella alargó las manos para entregarle el cinturón de la espada antes de partir.

—No temas por mí, amor —contestó, con los ojos ligeramente iluminados por la temprana luz del día—. Lo único que me aflige es el vacío que voy a sentir si te pasa algo. La vida no tendría sentido sin ti. No querría que perdieras el honor por mí, pero, por favor, no busques el riesgo innecesariamente.

Bedwyr se agachó para cogerla por la cintura con un solo brazo.

La besó, escondió el rostro entre sus cabellos y absorbió el aroma a hierba fresca y a flores que despedían aquellos mechones. Le resultaba tan difícil separarse de ella, que espoleó a su caballo para que se pusiera a un trote largo y no ver las lágrimas que inundaban los ojos de su amada.

Y ahora, recordando el perfume de los cabellos de Elayne, Bedwyr sonreía, medio

dormido en un montón de paja.

Como se había pasado la juventud siendo esclavo de los sajones y había tenido que obedecer órdenes de mucho despiadado, inexorablemente manejado por voluntades ajenas, Bedwyr era esencialmente un hombre de acción. Y como tal, antes de que amaneciera, ya tenía recalentados los restos de potaje y recogidos sus bártulos.

—Regresaré en dos semanas, si los dioses lo quieren —le dijo a sus compañeros —. Sugiero que os quedéis aquí, buscando comida para aprovisionar el almacén de grano, pero si decidís aventuraros por ahí fuera y llegar algo más lejos, lo adecuado sería que os pusierais ropa discreta.

—Lo entendemos, Bedwyr —dijo Percival, mirando fijamente a Galahad, que se estaba llenando un cuenco con los restos del potaje.

—Y no llevéis espada. Os delataríais como soldados y eso os impediría llegar a fuentes de información que pueden resultar útiles. Probablemente sea mucho mejor que llevéis cuchillo, como la gente común.

—Sí, son recomendaciones sensatas —contestó Galahad, sin levantar la vista del plato—. Pero ¿y si no vuelves?

—Podéis seguir mis pasos, si no vuelvo en dos semanas, aunque lo más probable es que, cuando lleguéis, ya esté muerto —Bedwyr sonrió y llamó a su perro. Tenía muchas ganas de irse, así que se subió a la silla del caballo como un chiquillo.

Con un saludo de despedida, Bedwyr se fue, con el perro corriendo delante tan contento como su dueño. La cabaña parecía más pequeña y más desaliñada en su ausencia.

—Estoy encantado de que se vaya el chucho de Bedwyr —refunfuñó Galahad—. ¡Ese bicho come más que un adulto!

—Me encantan esos perros de presa —contestó Percival—. Además esa perra caza más de lo que come. Fue la que nos trajo la liebre para el guiso.

—Pues entonces tendré que aprender a cazar conejos —dijo Galahad—. Como mi padre descuidó bastante ese aspecto de mi educación, necesito que me des buenos consejos.

Percival se echó a reír, hurgando en sus recuerdos de niño irresponsable, y empezó a enseñar a Galahad las técnicas del bosque.

SE ACERCABA UN nuevo invierno y hasta en los climas más agradables y suaves de Cadbury, el cielo se iba tiñendo de gris, falto de vida.

Dentro del palacio real el invierno ya había llegado, se hacía pronto la noche y el pesimismo invadía el ánimo de todas aquellas almas que vivían intramuros. Artor rara vez salía, salvo para entrenarse en artes marciales con los miembros más jóvenes de su guardia. El jardín de Wenhaver estaba desierto. Los aires más frescos mantenían a las damas encerradas en las cálidas habitaciones de la residencia.

Cuando Tristán, el jefe de espías de Kernyu, llegó para sustituir a Gruffydd,

supuso una cierta distracción para los guerreros de Artor, que les levantó un poco el ánimo. El nieto de Gruffydd tenía el pelo negro, era esbelto, casi tan guapo como Galahad y ni sus aires de femineidad evitaban que las damas de Wenhaver se sonrojaran al verlo. Tenía la tez de un bronceado suave como la miel, sobre el que destacaba el azul llamativamente claro de su mirada. Seguro que tenía antecedentes bárbaros que contribuyeran a dar a sus ojos ese tono zafiro, que volvía locas a todas las mujeres.

Como Taliesin, Tristán era un bardo con dedos tan largos y afilados que parecían incapaces de sostener un arma. Con todo, en una de las prácticas militares, Gareth y algún otro de los mejores espadachines de la guardia de Artor comprobaron que tras la delgadez de Tristán y bajo aquella piel blanca y suave se escondían una rapidez meteórica y unos músculos de acero. El recién llegado no era demasiado alto, pero tenía unos reflejos tan ágiles que compensaban con mucho el alcance de hombres más altos.

—Mis manos ya no serán nunca lo que eran —se quejó Tristán después de un largo día de caza. Sus compañeros no le hicieron caso, mientras se quitaba los mitones para mirarse sus uñas impecables. Había cogido un jabalí, a pie y sin más armas que una jabalina, por eso el resto de los cazadores miraban a Tristán divertidos con sus ñoñerías.

Como era de esperar, Wenhaver encontró en Tristán una compañía muy agradable. No veía nada afeminado en su manía obsesiva por arreglarse el cabello o su pasión por las ropas refinadas y de alegres colores. Mientras la mayoría de los guerreros deseaban darle una patada en el trasero, cuando se quejaba de sabañones imaginarios, Wenhaver se tomaba en serio todas las dolencias de Tristán y mandaba a sus criadas rápidamente a por ladrillos calientes que le templaran los pies y bálsamo para las manos.

Tristán era un joven amigable, con gracia para las evasivas, de quien Artor inexplicablemente no se fiaba, por mucho que lo intentara. Puede que el rey no se fiara de nadie que resultara tan atractivo para las mujeres y que pudiera siempre elegir con quién se acostaba cada noche. La femineidad de Tristán pronto se convirtió en otra de las afectaciones del joven, que atraía a las mujeres. Seducía sin esfuerzo y desenfadadamente.

—¡Ah! Wenhaver, reina entre las reinas, somos tan parecidos —murmuraba Tristán al oído de la soberana una tarde, mientras no dejaba de servirle vino—. Vemos el mundo desde el mismo prisma.

—¿Qué prisma, Tristán? —preguntó Wenhaver arrebolada.

—¿Cómo? ¡El nuestro, bella dama! ¿El de quién si no?

La sonrisa de Wenhaver se torció un instante, intentando descifrar lo que había querido decir el joven. Tristán tomó su mano derecha y se la acercó a los labios, le besó los nudillos, sin dejar de mirarla. La reina se ruborizó, en un tono rosa fucsia.

Elayne observaba esta escena privada y apretó los labios con gesto de

desaprobación. La reina parece carecer de todo decoro, cuando algún bello mancebo la rocía de admiración, pensaba mientras forzaba el semblante para mostrarse lo más inexpresiva posible.

—En materia amorosa tiendo a ser imprudente, dejándome llevar por el corazón, cuando debería tener más cuidado —le confesó Tristán a Wenhaver, que estaba encantada de oírlo.

Ella le dio unas palmaditas suaves con el huso, sin pretender demostrar lo fascinada que estaba, pero la traicionaron sus risitas.

—Eres un bribón, señor Tristán. Has vuelto locas a mis damas y sigues jurando que estás apasionadamente enamorado de otra mujer, que se encuentra muy lejos de aquí. ¿Qué pensaría ella si te viera?

—Ay, majestad, mi dama se echaría a llorar, al ver lo pérfido que soy —Tristán sonrió con todo su encanto—. Pero no puedo refrenarme, cuando el mundo está tan lleno de maravillosas flores entre las que escoger.

Wenhaver hizo un mohín.

—¿Somos las mujeres tan insignificantes, Tristán, como para que nos disfrutes y luego nos abandones sin más?

—Las bellas damas son simples pasatiempos, mi señora, como bien comprenderás. En el juego amoroso, hay que disfrutar todo lo que se pueda.

—No quiero escuchar más, niño malo —dijo Wenhaver en un arrullo—. Compadezco a la mujer que te entregue el corazón, porque se lo vas a romper antes de que pase una noche.

—Eso de romper corazones no es prerrogativa única de los hombres, mi reinita —replicó Tristán indignado, besando los dedos de su dama como solían hacer los amantes corteses—. Estoy seguro de que con el encanto y la belleza que prodigas, no te sería difícil romperme el corazón.

Algunas de las damas allí reunidas se estremecieron al oír aquello, pero la mayoría de las que componían el séquito de la reina temblaron de emoción y celos, solo de pensar en el romance del que iban a ser testigos.

Artor estaba deseando quitarse del medio a Tristán por muchas razones, así que convocó al joven lo más rápidamente que pudo. Afortunadamente Tristán tenía un talento natural para la confidencia y se integró fácilmente en la red de amigos, informantes y patriotas que había formado Gruffydd.

—¿Qué cambios piensas introducir en la red de Gruffydd, joven? —preguntó Artor sin especial amabilidad. El amaneramiento de Tristán le daba mucho reparo.

—La amenaza más importante que tenemos dentro de nuestras fronteras son los nobles de los brigantes, majestad. Por eso ya he empezado a introducir espías en los palacios de los aristócratas más reivindicativos.

Artor manifestó su acuerdo, asintiendo con la cabeza.

—¿Algo más?

—Los pictos de Raeburnfoot, un lugar metido en las montañas que hay al

noroeste del muro, están rebelándose. Si se atreven a ocupar las tierras bajas de Ituna Aest, quizá tengamos que enviar a un destacamento de otadinos para hacerlos retroceder y que vuelvan a su escondite.

Artor empezó a alarmarse, porque parecía que le salían enemigos por todas las rendijas del reino.

—Y, desde luego, el rey Mark no es muy amigo de occidente.

—He oído que la tribu de los deceangli está muy arrogante, creyendo falsamente que los sajones nunca van a rebasar la frontera montañosa que hay al oeste de Deva —respondió Artor—. Si eso es lo que cree Mark, es que no entiende a los sajones. Y además parece tonto. No se da cuenta de que pueden llegar por mar, si fracasa la Unión de Reyes Tribales.

Tristán resopló.

—No creo que Mark se preocupe de mucho más que de su propia pompa. Ese hombre es un bravucón de la peor calaña. Solo declara la guerra a mujeres, niños y demás personas, siempre más débiles que él.

Pese a sus prejuicios, Artor quedó impresionado de lo bien que conocía Tristán las intrigas políticas. Tenía delante a un joven inteligente, hábil, que podía resultar importante para el reino. El rey supremo le adelantó la mano derecha en gesto de saludo cordial.

—Gracias, Tristán —sonrió—. Me resulta muy valioso todo lo que sabes sobre mis enemigos y espero que en estas próximas semanas expandas nuestra red de espionaje para combatir las amenazas internas de las que hablas.

—Muchas gracias, mi señor; vivo para servir al reino.

—¿Y para amar, Tristán? —respondió Artor con una sonrisa burlona—. A lo mejor me han informado mal.

Dos semanas después de que llegara Tristán, Artor terminó de dar instrucciones al nuevo jefe de espías y el joven salió para el norte, silbando melodiosamente mientras cabalgaba. Wenhaver lloró amargamente de egoísmo, porque perdía a su nuevo amigo.

—Parece que siempre me toca estar sola —se quejó a Artor. El rey se abstuvo de recordarle que tenía a Mordred y a un par de damas distinguidas en edad casadera que habían entrado al servicio de la reina, por indicación de sus padres, a ver si de paso cazaban marido. Estaba rodeada de gente con la que podría hablar y entretenerse, pero como era tan caprichosa, echaba de menos la presencia de jovencitos que la embelesaran. Y además, Wenhaver había descubierto que ya no le gustaba Mordred.

Mordred había perdido el favor de la reina durante el verano, por lo despectivo que se había mostrado con Artor. Como todos los déspotas domésticos, Wenhaver se reservaba el privilegio de insultar a su esposo. Pero pobre del que pretendiera hacer lo mismo. Wenhaver además, pensando en su futuro, había aceptado que, si quería seguir gozando de las comodidades y la felicidad que tenía, para ella lo mejor era seguir unida a su esposo. Como al ridiculizar a Artor, Mordred amenazaba con

romper el precario equilibrio en que se sostenía esa felicidad, había que enseñarle a respetar los deseos de sus superiores.

—Después de todo, es un bastardo, y su madre esa mujer tan peculiar, Morcadés, la hermanastra de mi marido —confesó Wenhaver a sus compañeras—. Solo la he visto una vez, el día que me casé, pero puedo aseguraros que es una mujer muy orgullosa y muy desagradable. Y en cuanto a Morgana, su hermana, tiene los dientes bien afilados. Y ¡qué decir de sus tatuajes! ¡Uf!

Las damas que estaban con ella en la alcoba se reían disimuladamente con estas confidencias y Wenhaver sonreía con delicada malicia.

En esta etapa de su vida Artor y Wenhaver eran casi amigos, siempre que no pasaran demasiado tiempo juntos. De vez en cuando el rey incluso se acostaba con la reina y ella no podía quejarse de cómo se comportaba su anciano marido en estas liberaciones físicas, porque así es como consideraba Artor los raros encuentros sexuales que tenían. Wenhaver, por orgullo, no decía nada a su marido de la preferencia que parecía sentir por Elayne. Ni hablaba de sus verdaderos sentimientos con las personas que tenía más próximas. La única vez que Mordred intentó sonsacarle sobre estas cuestiones, Wenhaver lo fulminó con sus enormes ojos azules.

—Eres muy agradable, Mordred, pero no te metas en temas privados de tus superiores. Si no tengo queja del comportamiento del rey supremo, ¿qué tiene que ver eso contigo? Lady Elayne es la esposa de un noble vasallo, no su manceba, así que ten mucho cuidado con lo que dices.

—Confío en no haberte ofendido —murmuró Mordred con la cabeza baja y los ojos cargados de veneno. ¡Pronto!, pensó con toda crueldad, si Artor muere, me encargaré de que te corten el cuello o de que te encierren en un convento donde no puedas causar más daño.

Durante aquel invierno particularmente frío, no variaron las antiguas costumbres de quienes vivían en Cadbury. Año tras año se hacía lo mismo, como era de prever. Y puede que las cosas hubieran seguido así, en ese frágil equilibrio, si el estancamiento de la corte no se hubiera visto perturbado por una sesión de caza.

Noviembre moría; las heladas mantenían la tierra firmemente asida entre sus garras y los días, cada vez más cortos, pesaban como una losa sobre los habitantes de la ciudadela. El cielo amenazaba nieve. Por eso cuando, después de oscuras semanas de inactividad y aburrimiento, Mordred propuso salir de caza, los jóvenes que vivían en Cadbury no dudaron en aceptar, animados con el plan.

Artor no estuvo demasiado de acuerdo con la propuesta, sobre todo porque Wenhaver sugirió que las damas acompañaran a los guerreros para que admiraran su pericia. Una expedición así requería la misma organización que una pequeña campaña militar, porque Wenhaver pretendía contemplar el espectáculo a suficiente distancia, desde un pabellón confortable y acogedor. Artor podía haber dicho que sus guerreros tenían mejores cosas en que ocuparse, en vez de construir una pequeña cabaña de troncos sobre un pequeño pedestal en el bosque, pero Wenhaver estaba

decidida y Artor no tuvo fuerza para oponerse a sus caprichos.

La jornada de caza amaneció fría, clara y limpia. Después de muchos preparativos, salió de Cadbury una pequeña cabalgata, con batidores para ojear ciervos y situarlos a tiro de arquero, mientras las cortesanas entretenían a la reina.

—Qué bonito es todo esto —exclamó Wenhaver cuando contempló la cabañita que habían construido con troncos, pieles y ramas de sauce, para mirar justo por encima de las copas de los árboles—. Con una buena fogata estaremos calentitas mientras los hombres van cazando por ahí, mostrándonos todas las hazañas que saben para impresionarnos. Nosotras lo único que tenemos que hacer es admirarlos y ensalzar sus destrezas.

Wenhaver, un poco sonrojada por el frío, parecía aún más infantil, así montada sobre una elegante yegua, con la falda decorosamente plisada y el manto de piel cerrado hasta el cuello.

Artor farfulló algo entre dientes, apenas comprensible, pero pese a lo poco que le había gustado la idea en un principio, ahora empezaba a sentir por adelantado cierto punto de excitación. Los colores pardos de la mayoría de los abrigos se confundían con la corteza de los árboles desnudos, cubiertos por una ligera capa de nieve, y la risa de las damas creaba un ambiente festivo.

Después de permanecer una hora en la cabaña, sin embargo, las cortesanas empezaban a sentir frío y a quejarse. La fogata que habían encendido ardía con fuerza, pero el agujero que habían practicado en la endeble techumbre del cobertizo no solo contribuía a que se fuera el humo, sino que también dejaba entrar aire frío, un aire que se metía por entre las faldas femeninas y entumecía hasta los pies mejor calzados.

Malhumorada, Wenhaver empezaba a descubrir que la caza era una actividad muy cansada y aburrida para los espectadores. Las pieles que colgaban de las paredes de la cabaña eran insuficientes para aplacar las brisas gélidas del invierno, y las del suelo, simplemente se empapaban con la humedad del terreno.

—¿Cómo podrá gustarle a los hombres matar animales con este tiempo? —dijo Wenhaver quejándose—. Tengo los pies helados y seguro que la nariz se me está poniendo colorada.

—Desde aquí no se ve nada —argumentó una doncella.

—¿Cuándo vuelven los hombres? —preguntó Wenhaver sin dirigirse a nadie en particular.

—Deben de estar empezando —explicó Elayne educadamente—. Sabréis cuándo hayan olido los perros algún rastro, porque empiezan a aullar. Y entonces conducirán hacia aquí a los animales.

Wenhaver torció el gesto.

—Supongo que en Arden habrás ido de caza y que por eso sabes todo lo que hay que saber de estas artes masculinas.

—Yo, no —respondió Elayne—. Pero mis hermanos tenían que cazar lo que

pudieran durante el invierno, cuando no había cosecha.

Wenhaver no la estaba escuchando.

—Me vuelvo a la ciudadela —anunció. Bajo aquella montaña de pieles parecía un ratón regordete y malhumorado—. Dejaremos que los hombres se diviertan con sus animales, pero yo no pienso morirme de frío, esperando a que regresen.

Su guardia personal la ayudó a atravesar el terreno helado que había hasta llegar a su caballo.

Mientras Elayne arreglaba el manto de Wenhaver por la cruz del caballo, la reina miró a la joven con una sonrisa maliciosamente dulce.

—Alguien tiene que quedarse a informar al rey de que nos hemos vuelto a un lugar más confortable. Mandaría a mi guardia personal, pero ¿quién sabe qué terribles peligros vamos a encontrarnos por el camino?

Elayne suspiró para sus adentros.

—Tú estás acostumbrada a estas condiciones tan duras y la caza te resulta familiar. Así que te dejo aquí para que digas a Artor que nos hemos vuelto a Cadbury. Puedes usar alguna de las mantitas que queden aquí cuando nos vayamos.

Aunque a Elayne le molestara mucho que la dejaran abandonada en aquella colina desnuda, tan alejada de las fronteras de Cadbury, sabía que era mejor callarse y no perder el tiempo en recriminaciones inútiles. Le preocupaban más los nubarrones que se cernían sobre ella, y amenazaban con empañar el azul del cielo con una de las primeras nevadas del invierno.

Las horas fueron pasando tediosamente. Elayne salía de vez en cuando para calentarse los pies, que tenía ya congelados. Como Wenhaver no había previsto nada para proteger a los caballos de los elementos, Elayne había metido a su montura en la cabaña, porque le daba pena. Y así, cuando la yegua ruana defecó sobre las pieles de Wenhaver, la cortesana experimentó una divertida sensación de recreo.

—Ojalá tuviera que limpiar Wenhaver esa porquería, pero seguro que manda a alguna de sus criadas a que arregle el desaguisado.

Para su sorpresa, Elayne se quedó dormida junto al fuego. Al despertar, notó que se había quedado helada y tenía las manos amoratadas de frío. El fuego empezaba a languidecer. Salió a la puerta dando pisotones, intentando recuperar la sensibilidad en los pies. No tenía ni idea del tiempo que había estado dormida.

De un cielo negro como el carbón caían con intensidad los copos de nieve y hacía un frío espantoso. En poco rato a Elayne empezaron a dolerle mucho los ojos, del frío y del resplandor que transmitía el manto de nieve que se había formado a su alrededor. Sabía que tenía que encontrar inmediatamente el camino de vuelta a Cadbury, porque la cabaña era un refugio muy endeble y el fuego estaba ya casi apagado.

En cuanto se montó en su caballo con la espalda al viento, se sintió más segura. Pero después de diez minutos cabalgando, empezaron a bajar los nubarrones, el entorno se sumió en una oscuridad aún más densa y Elayne se encontró perdida, sin

idea de dónde estaba.

El frío se le colaba por el manto y le quemaba la piel. Estaba totalmente desorientada. Seguía cerca de la cabaña, pero sabía que en tales condiciones no iba a encontrarla, por mucho que se empeñara. Lo único que podía hacer era mantener erguida la cabeza del caballo, con la esperanza de que el animal supiera encontrar el camino de vuelta a casa.

ARTOR Y LOS demás cazadores llegaron a Cadbury cuando la nevada arreciaba con más fuerza. Como el rey supremo se imaginó acertadamente que Wenhaver habría abandonado el pabellón en cuanto empezara a hacer malo, había regresado directamente a la ciudadela, donde estuvieron pronto a salvo de la tempestad.

Después de bañarse, Artor se unió a su mujer para tomar algo de cena. Estaba hambriento, pero en cuanto se sentó se dio cuenta de que en la mesa había una silla vacía.

—¿Dónde está Lady Elayne? Supongo que estará cansada después del frío que hemos pasado en la excursión.

—¿No estaba en la cabaña? —preguntó Wenhaver de manera despreocupada—. Quiso esperarte para que no te alarmaras al no vemos allí.

Artor miró a su esposa sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Me estás diciendo que la dejaste en aquella birria de cabaña? ¿Cómo has podido ser tan irresponsable y tan descuidada como para abandonar a nadie en un sitio así? Sabías que volveríamos derechos a la ciudadela si el tiempo empeoraba, porque en eso es en lo que quedé con los miembros de tu séquito.

—¡No me hables así! ¡No tengo la culpa! ¡No tenía por qué quedarse allí!

Soltando todos los tacos que sabía, Artor se levantó y ordenó a Odin y a Gareth que fueran con él.

—¿A dónde vas? —dijo Wenhaver entre sollozos—. ¡Te vas a perder y te encontrarán muerto! Y entonces ¿qué será de mí?

—Siempre estarás a buen recaudo, esposa, que es lo que mejor sabes hacer —le contestó despectivo.

Artor organizó una expedición rápida a la cabaña. Como allí no había señales de vida, el grupo empezó a rastrear por los alrededores, pero la nieve había cubierto todo rastro de caballos.

—No resistirá mucho con este tiempo, por mucho que conozca el bosque —gritó Artor en medio del vendaval. Dividió a sus hombres en pequeños grupos para intensificar la búsqueda—. Si la encontráis, volved de inmediato a la fortaleza y enviad un mensajero con la noticia. Si no hay rastro, nos encontraremos en la cabaña dentro de una hora.

Los guardias del rey levantaron la mano aceptando la orden y salieron al galope en medio de la nevada.

El tiempo pasaba y Elayne seguía perdida. Artor temía que la encontraran sin vida. El remordimiento y el amor que sentía le espoleaban y le urgían a buscar con más ahínco, pero los caballos empezaban a cansarse, por lo que, muy a su pesar, Artor tuvo que ordenar a sus hombres que regresaran a la ciudadela.

—Voy a mirar en la cabaña por última vez; me uniré a vosotros en cuanto pueda —les gritó.

Cuando Artor encontró la cabaña, fue más por casualidad que por voluntad. El aleteo del cuero que actuaba de puerta le llevó a un espacio barrido por la nieve, que apenas se parecía a la cabañita que habían construido por la mañana.

La nieve había entrado en la estancia y se había acumulado junto a las paredes. El chamizo parecía igual de abandonado que las demás veces que lo habían registrado.

—¡No está! ¡Dios mío!

De repente, oyó un pequeño gemido. El sonido se repitió, apenas un hálito de vida, pero evidentemente humana, y salía de allá adentro.

Artor descubrió a Elayne en el rincón más alejado de la puerta. Era un montón de nieve con forma humana, porque después de encontrar el camino de vuelta, se había enroscado instintivamente en las pieles que habían dejado atrás las cortesanas de Wenhaver. Ahora estaba justo a punto de entrar en ese dulce sueño final, que antecede a la muerte por congelación.

Artor sabía exactamente lo que había que hacer. Dejó a Elayne y salió a por su caballo. Apenas se veía nada, más que copos de nieve, pero pronto descubrió unas débiles huellas de caballo que se adentraban en el bosque. No había mejor prueba de que ésta era una ventisca asesina, porque el caballo se había vuelto a la ciudadela, buscando el refugio de los establos, tal y como le indicaban los instintos de su raza.

Artor regresó a la cabaña y utilizó la espada y el cuchillo para recomponer la puerta hecha con pieles.

Entonces agitó violentamente a Elayne. La dama abrió mínimamente los párpados y Artor vio pequeñas esquirlas del verde de sus ojos. La abofeteó con fuerza hasta que los abrió un poco más.

—¡No puedes dormirte! ¡Morirás! ¿Me oyes? ¡Morirás! ¡No te duermas!

—¡Frío! —susurró—. ¡Tengo mucho frío!

Artor arrancó las pieles que adornaban las paredes para hacer con ellas un nido, lo más próximo al fuego posible. Cogió a Elayne y la acurrucó lo mejor que pudo dentro de las pieles.

El rey sabía que ese fuego era lo único que se interponía entre ellos y la muerte. Las banquetas y el resto de los muebles se astillaron con facilidad, luego vació en el suelo el contenido de una cesta que había allí con reservas de comida fría para los cazadores, y preparó las mimbres para encender el fuego.

Más difícil resultó encender la fogata con una lasca.

Tenía los dedos muy torpes, por el frío, y hacía años que no encendía así una hoguera. Ya empezaba a desesperarse, cuando por fin surgió la primera llamita.

Protegió con la mano aquella luz parpadeante, hasta que se propagó por los trozos de madera y saltó prendida en lenguas naranjas y amarillas.

Echó una mirada rápida por la cabaña, ahora iluminada, y descubrió una pila de troncos en un rincón, eso sí, cubiertos de nieve. Puso un par de ellos en el centro de la lumbre, que consumía a marchas forzadas las tablas de madera blanda y los mimbres de la cesta. A medida que la llama iba creciendo, empezó a notarse algo de calor en la estancia. Lo que Artor tenía que hacer ahora era acumular la nieve de manera compacta por las rendijas de la estructura, para impedir que entraran corrientes, y apuntalar las paredes con las piedras que encontrara.

Una vez sellada la cabaña de la mejor manera, Artor volvió su atención hacia el cuerpo medio congelado que se acurrucaba bajo las pieles.

Elayne tenía las manos heladas, incluso dentro de los mitones húmedos. Artor se las metió en su pecho y se acomodó en aquel cobijo de pieles, enroscándose junto al pequeño cuerpo, que vacía allí, sin vida apenas. Suavemente, tiró de las mantas para que les cubrieran la cabeza, de manera que quedaron encerrados en una fina crisálida oscura de cálido aliento y carne acogedora.

Artor se adormiló a medida que fue entrando en calor. Con Elayne entre sus brazos, le sobrevino una sensación de paz, que vencía su agotamiento. Apretó el rostro de la mujer contra su pecho y empezó a acariciarle las manos heladas.

Se durmió.

Durante la noche, Artor se despertó varias veces para echar más leña al fuego. Y en cada ocasión, al ver que Elayne dormía profundamente, comprobaba su respiración, temiendo que se hubiera ido. El cansancio la había sumido en la salvífica oscuridad del sueño y el rey se sumergió complacido tras ella en ese cálido olvido.

Cuando al final despertó, en medio de un silencio que anunciaba el final de la tormenta, el fuego había quedado convertido en un montón de tizones candentes que rescoldaban sobre el hogar de la chimenea. Solo quedaba un tronco y lo echó a las brasas.

Dentro de las pieles, Elayne se acurrucó en los brazos de Artor y enroscó las piernas entre las suyas. Tenía los ojos cerrados y en los párpados se le notaba el latir de pequeñas venillas. Sin reparar en las consecuencias, Artor la besó en aquellos ojos y no pudo evitar los comienzos de una erección. Con gran fuerza de voluntad, la acunó junto a él, intentando no pensar en el suave fuego que desprendía aquel cuerpo, ni en las manos que le abrazaban bajo la camisa. Ella, aún dormida, se apretó un poco más a él, hasta que terminaron anudados, pecho con pecho y muslo con muslo. El rey procuraba refrenar sus impulsos pensando en Bedwyr, pero Elayne le acariciaba con sus cálidas manos por la espalda y los hombros, hasta hacerle gemir de placer.

Elayne abrió los ojos.

—Mi señor —dijo sencillamente. Y dejó de acariciarle.

—Perdona mi familiaridad, señora, pero casi mueres congelada. No pretendo en absoluto ponerte en un compromiso.

Elayne tenía ojos adormilados y enigmáticos, con ese halo de misterio que siempre oculta el corazón de las mujeres. Acalló su risa suave en el brazo de Artor, mientras con la mano que tenía libre fue repasando suavemente los músculos del monarca en la oscuridad de las pieles.

—No me importa lo que pase esta noche, mi señor, porque he estado a punto de morir y me encuentro en la gloria —susurró, exhalando un cálido aliento sobre la piel del rey—. No soy una dama, Artor, soy simplemente Elayne, hasta el momento en que mañana por la mañana vuelva a la vida.

Liberó una de sus manos y le acarició lentamente las arrugas que tenía en la frente. Luego bajó la cabeza hasta que tuvo la boca sobre la suya y Artor quedó abandonado a la prolongada dulzura del beso.

—No, mi señora. ¡No! Bedwyr es amigo mío… —dijo con un hilo de voz cada vez más débil, a medida que ella le cerraba los labios con más insistencia.

Elayne se desnudó y acomodó su cuerpo al de Artor. El rey se sintió enterrado en aquella talla, como si su sexo tuviera vida propia y no entendiera de amistades, lealtades ni honores. Aunque la razón le gritaba que no la penetrara, Artor se perdió en el calor de los muslos y en la lisura de aquel cuerpo, que le traía un placentero recuerdo de juventud.

Elayne se mostraba tan licenciosa y necesitada como una doncella y Artor disipó todos sus pensamientos salvo el de ofrecerle placer. Recorrió el desconocido paisaje de su cuerpo con boca ardiente y se deleitó en roces y caricias, hasta que los dos quedaron satisfechos.

Y se volvieron a dormir.

Cuando Elayne se despertó, le parecía haber vivido un sueño iniciático y extraño, lleno de pasión. Artor había salido, se había vestido a la tenue luz de la mañana y estaba de pie junto a la puerta entreabierta, contemplando el amanecer.

Elayne le sonrió satisfecha y el día de repente se volvió más luminoso. Artor frunció el ceño de tal manera, que apenas se le veían los ojos.

—No te preocupes, mi rey. Los pecados nocturnos no son tuyos, sino míos, cometidos voluntariamente y con mucho placer. Y tampoco voy a arrepentirme de haber estado entre tus brazos, porque mi querido Bedwyr nunca me reprocharía los consuelos que pudiera dar a mi rey. Me salvaste la vida.

Artor volvió junto a ella y se arrodilló para besarle la mano, ya caliente y sonrosada.

—Por la noche, bajo el calor de las pieles, yo no era el rey supremo. No era más que un hombre solitario y amedrentado que buscaba consuelo. Me aproveché de ti y de tu gratitud, por mucho que intentes disimular mis actos en ropajes más amables.

—Y yo no era Elayne. Decidí acostarme contigo y dejé voluntariamente a un lado mis votos matrimoniales —bajó la cara—. Pero anoche fue todo lo que tuvimos, porque ya es de día y pronto llegarán a rescatarnos. A partir de ahora tengo que volver a ser la acompañante de la reina, hasta el momento en que mi adorado Bedwyr

me reclame. Y tú tendrás que asumir el manto de rey, sin ocuparte de mí. Somos amigos, no amantes, porque las circunstancias nos imponen distintas obligaciones.

Él la levantó y la acunó entre los brazos.

—Ojalá tuviéramos una vida diferente —susurró Artor, con el rostro escondido entre su melena.

—Sí, me encantaría. Pero tú eres el rey supremo y yo la dama de Arden. Nuestros caminos nacieron ya predeterminados. Pero si alguna vez necesitas compañía, señor, tuya soy hasta el día que me muera. No estarás solo, porque Elayne siempre estará contigo, para lo que quieras… menos esto.

Artor la miró con ternura y la besó profundamente, como el mejor de los amantes, aunque esta fuera su última vez. Y cuando se separaron, se presionó los labios con los dedos como si quisiera retener para siempre el sabor de aquella boca.

Se levantó y se inclinó ante ella. En ese momento único quedaron comprimidos mil murmullos cariñosos. Perdida en los grises ojos de su señor, Elayne absorbió una vida entera de complicidad, y se negó a llorar por lo que nunca podría ser.

—Ahora levántate, mi señor. Oigo ruido de caballos. Ha llegado el momento de que volvamos cada uno a nuestras vidas.

Cuando un destacamento de la guardia personal de Artor los devolvió a Cadbury Tor, toda la ciudad se regocijó, al ver que el rey no había muerto. Elayne quedó a un lado de pie, junto a esa multitud que no dejaba de vitorear; y sonreía con cierta tristeza, al ver la enorme figura del monarca, devorada en medio del enorme círculo de guerreros, nobles y ciudadanos.

Cuando volvieron a la vida normal, con sus banalidades diarias, y los hielos del invierno empezaban a deshacerse, Artor mandó que desmantelaran la cabañita y la quemaran. Hay recuerdos que es mejor conservar en el corazón, fuera del mundo, donde la tentación siempre impone aristas muy afiladas sobre el deseo.

La jornada de caza quedó como un recuerdo que Elayne llevó siempre bien guardado en el pecho, aunque sus ojos ya nunca volvieran a contemplar los entresijos del monarca.

CAPÍTULO XVII

EL INDICIO

BEDWYR ESTABA APOLTRONADO en un rústico banco de una tabernucha de Mamucium. El tufo a vino picado, vómito y orina permeaba toda la estancia, mientras que la paja asquerosa que cubría el terral parecía viva, de los bichos que albergaba.

Como el frío se le metía hasta los huesos, se abrochó todo lo que pudo la pelliza de cordero que llevaba. La piel estaba sin teñir y olía horriblemente mal. En todo caso, nadie lo miraba.

Mientras sostenía un vaso de vulgar sidra en la mano, Bedwyr observaba a sus compañeros de barra con la cabeza baja.

El Verraco Azul tenía una clientela variada. Por allí había pastores, haraganes, un carpintero huraño y al menos un soldado lleno de cicatrices, apostados en la barra o buscando a empellones una mesa, en medio de aquella atmósfera viciada con olor a sudor, ropas apestosas y comida rancia. El suelo de la pequeña fonda estaba más caliente de lo normal, lo que según Bedwyr tenía que deberse a que los antiguos baños romanos —hoy en desuso y llenos de cieno— conservaban un hipocausto que alguien habría alimentado con madera para calentar la estancia. Bedwyr cerró los ojos, con una mano en el vaso y la otra bien agarrada a su zurrón.

En el bullicio, alguien casi se le cae encima. Bedwyr abrió un ojo y empezó a blasfemar.

Mientras se corría para dejar sitio, farfullando algo como si estuviera medio borracho, el campesino tuerto que lo había importunado no dejaba de mirarlo con cierto recelo. Cuando aquellas pesadas ancas se acomodaron al otro lado del banco, Bedwyr volvió a cerrar los ojos. Por el otro lado estaba flanqueado por una figura que permanecía de pie, inclinada sobre su vaso. En vista de que se encontraba atrapado, Bedwyr lanzó un estertor absolutamente ordinario.

Los tipos que tenía alrededor hablaban quejándose de la vida que llevaban. El invierno estaba siendo más duro de lo normal, sus dueños se comportaban de manera irracional y uno tenía un hermano al que la guardia local había detenido por violación. Tenían todo tipo de quejas y la mayoría iban dirigidas contra el cabildo y el rey local. Pero parte de su malestar también tenía que ver con el rey Artor, porque permitía que la cristiandad se fuera extendiendo por aquellos pagos.

Uno de los tertulianos escupió al suelo, justo al lado de la bota de Bedwyr, que apenas tuvo tiempo de retirarse para que no le salpicara.

—Esos curas son una cruz para cualquier mortal —se quejaba el tipo en cuestión.

—No hacen más que engatusar a todo el que pillan —confirmó otro—. ¿A quién le importa el cielo, si tenemos el presente tan jodido?

—Me uno y brindo por lo que decís —dijo otro con voz más educada—. Cuanto antes vuelvan los druidas, mejor. Era más justo antes, cuando los druidas hacían las leyes, porque dejaban a la gente tranquila, salvo que mataran o robaran.

Uno del corrillo no estaba de acuerdo y señaló que la ley de los druidas se parecía mucho al dogma cristiano, pero los demás le abuchearon. Era como si tuvieran idealizada la justicia que impartían los druidas. Bedwyr se paró un momento a pensar cómo iban a prosperar aquellos tres idiotas si volvieran los días de antaño.

Lo más seguro es que terminaran en la pira dentro del Hombre de Mimbre[5], pensó.

—Por todos lados se ve que en occidente se está instaurando un nuevo orden —dijo el hombre que estaba al lado de Bedwyr—. Por lo visto hay un nuevo movimiento en ciernes, que se llama el cáliz de Ceridwen.

—Vaya nombre más jodidamente estúpido —objetó lacónico el que estaba de pie —. Y deberías tener más cuidado con lo que dices en un lugar así.

El tipo dio una patada sin querer a Bedwyr, en el tobillo. Bedwyr protestó, blasfemó y se arrellanó un poco más contra la pared.

—Está borracho —dijo despectivamente el gordo que estaba sentado al lado.

—Se supone que el cáliz de Ceridwen iba a traer sabiduría y mil cosas buenas para el pueblo —dijo el hombre de voz más cálida—. Como el Cuerno de la Abundancia, que nunca se acaba.

Bedwyr lanzó un ronquido que hizo callar momentáneamente a los otros tres.

—Pero sigue siendo un nombre jodidamente estúpido —intervino el que estaba de pie—. En todo caso, a mí me gustaría saber de qué va. La vida con ese cáliz no puede ser peor que la que tenemos, así que ¿sabéis dónde me puedo enterar de más cosas?

El gordo resopló con un silbidito agudo, reacomodando sus enormes nalgas sobre el asiento con tal fuerza, que Bedwyr notó que crujían todas las maderas del banco.

—Si quieres encontrar gente que piense lo mismo, lo único que tienes que hacer es mencionar el cáliz cuando te cruces con alguien. Y ya todo el mundo sabe que buscas —murmuró el primero.

—Pero ¿qué representa el cáliz? Solo he oído rumores velados —preguntó el que estaba de pie, con un tono muy escéptico.

—Nosotros tenemos la mentalidad de que es la gente la que tiene que decidir qué leyes quiere. El rey Artor vive demasiado lejos para saber lo que pasa aquí, si es que le preocupa en absoluto. Si te pasas la vida comiendo en una bandeja de plata, poco te vas a enterar de cómo viven los labradores.

—A veces pareces un niño hablando, Alwyn. Matar sajones no es lo que yo

definiría precisamente como una vida fácil.

—¡Que no me llames por el nombre, cabrón! Y además, los sajones no siguen los hábitos cristianos y se mantienen fieles a sus viejas tradiciones, que son mucho más parecidas a las que teníamos. ¿Por qué tenemos que considerarlos enemigos? Los putos romanos nos embridaron con el dios judío, pero ¿qué ha traído nunca de bueno esa maldita raza?

El que tenía al lado volvió a arrellanar su inmensa grupa y escupió al suelo.

—No sé —musitó el que estaba de pie—. Me parece que los romanos no quemaban viva a la gente, como hacen los sajones. Y no hay nada malo en este suelo calentito que tenemos debajo, ni en las calzadas romanas, que son tan prácticas para llevar las ovejas al mercado. Y además, los romanos se fueron, pero no tenemos indicio alguno de que los sajones vayan a marcharse alguna vez.

El de la voz más suave interrumpió el recitado que estaba haciendo el que se hallaba de pie sobre las ventajas de los romanos.

—Yo que tú me andaría con ojo, no sea que te tenga que juzgar el druida cuando llegue el día en que el cáliz de Ceridwen se instale en estas tierras. No tiene paciencia ninguna con los celtas que no saben dónde está su verdadero destino.

—¿Me estás amenazando? —inquirió el que estaba de pie en ademán belicoso, mientras sacaba un cuchillo de su funda, a juzgar por lo que oía Bedwyr.

—¿Por qué no escuchas antes de decidir? —dijo en tono conciliador el que estaba sentado—. Hay una reunión dentro de poco para personas sensatas.

—¿Dónde? —preguntó lacónico el que estaba de pie.

—No seas imbécil. Aquí no te lo voy a decir. En este antro hasta las paredes oyen.

El que estaba sentado dio un codazo a Bedwyr, que refunfuñó y soltó un taco haciéndose el borracho.

—Pregunta por el cáliz en la Dama —susurró el hombre de la voz agradable—. Pero te diré que si no vemos que estás con nosotros, ¡es que estás contra nosotros!

El banco crujió cuando el gordo se alejó un poco. Bedwyr observaba con un ojo entreabierto con disimulo.

Vio que se marchaban dos.

Y ¿dónde está el tercero?, pensó.

Pero enseguida comprobó que el flaco que estaba de pie se separaba de la pared.

—¿Has oído, Lord Bedwyr? —dijo alguien que hablaba sajón en voz baja. El que estaba de pie parecía estar hablando al aire.

Bedwyr abrió los dos ojos, pero siguió callado.

El que tenía a la derecha era un tipo enjuto, moreno y de piel bronceada. Tenía una mirada inteligente y alerta.

—¿Eres de Tristán? —preguntó Bedwyr sin levantar la voz. Y notó que le asían fuerte por la muñeca.

Bedwyr asintió, indicando que había entendido. No conocía al pariente de Gruffydd, pero sabía que Tristán era el segundo de a bordo en la red de espías de

Artor.

—¡Siéntate! Me está dando tortícolis de mirar para arriba.

El asiento se movió un poco cuando el espía se arrellanó junto a Bedwyr. Apoyó la espalda contra la pared como haría toda persona sensata en un antro de perversión como aquel.

Bedwyr hizo como si se despertara poco a poco.

Se estiró, bostezó y como sin querer dio un golpe en la mejilla al compañero que tenía al lado.

Se disculpó con zafiedad y se levantó dando tumbos para invitar a su colega a un vaso de sidra infame en compensación.

Cuando volvió Bedwyr se apoyó contra la pared, fingiendo beber con ansia, aunque el colega pudo ver que el nivel de sidra no bajaba ni un milímetro.

—¿Quiénes son estos histéricos? —preguntó Bedwyr entre susurros, pese al ruido ensordecedor que allí había.

El espía se encogió de hombros.

—La mayoría de los que buscan el cáliz parecen ser insatisfechos. Por lo que sé, el druida incita a la revolución y pretende convencer a sus seguidores que hasta los sajones resultarían mejor alternativa que tener un rey del sur al que no le importa nada el norte. Hay más fuerzas en juego, pero de momento, no acierto a saber cuáles son.

—¡Uf! —Bedwyr hizo como si se hundiera en la melancolía y siguió bebiendo.

—Varios de nuestros espías han desaparecido, por eso me han dicho a mí que venga de Deva. Estamos en un juego muy peligroso, Bedwyr, con personas invisibles que se cuidan muy mucho de no exponer más que a los peones estúpidos.

—¿Quién es esa Dama de la que hablaban? —preguntó Bedwyr, siempre en voz baja.

—Es una posada llamada la Dama Azul —contestó el otro—. Está cerca del antiguo foro. Y a todas luces es un nido de ladrones, delincuentes y forajidos, así que no me extraña que la Hermandad del Cáliz utilice ese sitio como punto de encuentro.

—Entonces me parece que voy a tomarme algo en la Dama. El azul siempre me ha dado suerte.

El hombre le agarró con fuerza por el antebrazo.

—No seas tan memo como esa tropa. Ya te han visto, te han fichado y no te han invitado a la reunión. Como a los de aquí no les llama la atención mi presencia, iré yo. Espérame en las antiguas escaleras que hay en el cruce, dentro de dos noches. Estaré allí al anochecer y te contaré todo lo que haya averiguado. Pero por todos los dioses, no me pongas en peligro metiéndote en sitios raros, porque se te ve venir de lejos.

Dicho esto, escurridizo como una anguila, el espía se levantó y desapareció por entre la masa de hombres malolientes.

BEDWYR PASÓ DOS días horribles, rascándose picaduras de chinches y maldiciendo la suciedad que había en esta ciudad del norte. Las heladas hacían peligroso andar por el empedrado y los días eran tan oscuros y tan tristes que Bedwyr lo único que pudo hacer es arrebujarse en sus pieles, resoplando como un viejo.

Tenía la cabeza embotada, pero se consolaba por no haber cogido algo peor; era un simple catarro. Pese a que seguía siendo una ciudad comercial, Mamucium había decaído mucho desde que se fueron los romanos. Ya durante la época en que Luka gobernaba como rey tribal, con su benevolente despotismo, la ciudad empezó a sumirse en la degeneración material, ya fuera por inercia, ya por falta de autoridad, pero ahora estaba literalmente desmoronándose, a juzgar por la podredumbre que afectaba a la madera de los edificios. Aún quedaba cierto rastro de la gloria pasada en el foro de piedra, hoy absolutamente abandonado y sucio, y en los mosaicos desconchados y enlodados de los baños. Mamucium, que tantos ejércitos había visto pasar por sus calzadas, ahora se descomponía por dentro.

Cuando un hombre de acción se ve obligado a no hacer nada, dos días son mucho tiempo. Como Bedwyr frecuentaba las tabernas más infames, empezó a dolerle el estómago de tanto vino malo y tanta cerveza peor. Por la tarde del segundo día se dirigió a un monolito que había en las afueras de Mamucium, erigido en medio de un cruce de caminos, como si conmemorara algún antiguo agravio. Bedwyr se había llevado el caballo, el perro y todos sus enseres, confiado en que emprendería el regreso en cuanto terminara de tratar sus asuntos con el espía esbelto.

Como esperar le resultaba aburrido, se sentó al abrigo de un viejo roble que le protegía del viento, para contemplar la piedra con calma.

Poco a poco fue oscureciendo y Bedwyr empezó a preocuparse. El espía sin nombre parecía inteligente, pero pisaba terreno peligroso y, de creerse uno lo que le dijo, ya habían muerto varios al mostrar demasiado interés por el cáliz de Ceridwen.

Aunque vio que alguien se acercaba corriendo, Bedwyr no salió de las sombras que le procuraba el árbol. El tipo podía ser cualquiera, sobre todo a juzgar por lo enfundado que iba en un manto negro.

Poco a poco, Bedwyr se fijó en una llama que perseguía a la figura del que escapaba. Al momento, surgieron de la oscuridad dos formas, silueteadas por la luz que proyectaba la antorcha que una de ellas llevaba en la mano izquierda. Los tipos iban con la cabeza tapada y llevaban los cuchillos desenfundados, como se podía percibir fácilmente por los destellos que las hojas lanzaban bajo la candela.

El perseguido dio un grito, pero consiguió recuperar fuerzas para llegar al antiguo monolito, en el que se apoyó para enfrentarse a sus enemigos. Bedwyr empezaba a tomar posiciones para seguir a los asaltantes, cuando de repente las dos figuras atacaron al fugitivo en un combate silencioso y mortal.

Para cuando Bedwyr y su perra se unieron a la refriega por detrás de los

atacantes, su presa había caído ya arrodillado. Bedwyr salvó rápidamente la distancia que los separaba y cayó en el ángulo de visión del que blandía un cuchillo, pero la daga de Arden también estaba hambrienta de sangre. La perra se lanzó al cuello de uno de los desconocidos, hincándole los dientes con fuerza en el brazo. El hombre dio un grito e intentó liberarse de aquella bestia, pero el animal tenía los colmillos bien hundidos en la carne y la mandíbula sellada. Le asestó una cuchillada, luego otra; la perra lloraba como un niño.

Bedwyr se dio cuenta de que su compañera de fatigas había muerto.

Los dos asesinos luchaban como animales salvajes, lanzando patadas y escupitajos para ganar ventaja, mientras Bedwyr daba gracias al cielo por la experiencia que le habían proporcionado sus años de guerrero. Rodaba por el suelo, esquivaba golpes, daba porrazos y atacaba por detrás, como ellos, pero como era más experto, sus artes prevalecieron en el resultado final.

El hombre de la mano herida murió pronto. Bedwyr sintió un escalofrío de venganza cuando le cortó el cuello con tanta facilidad, por la falta de pericia de aquel idiota. La perra había sido desagraviada y ahora ya correría libre al otro mundo.

El segundo de los hombres murió de manera ignominiosa, mientras intentaba escabullirse de Bedwyr implorando clemencia. Bedwyr, sin preocuparse de la cuchillada que le había arañado el pecho, avanzó hacia el hombre que retrocedía en retirada y le hundió el cuchillo de Arden por la garganta, desgarrándole la boca y los sesos.

La noche estaba silenciosa, salvo por los últimos estertores que daban dos pares de pulmones a través de bocas entreabiertas. Bedwyr se guardó el cuchillo y levantó la capucha que cubría el rostro de los asesinos para ver quiénes eran. No reconoció a ninguno.

La perra de Bedwyr estaba muerta, con las fauces ensangrentadas y el hocico todavía vuelto contra los enemigos. Sobrecogido por una mezcla de tristeza y orgullo, Bedwyr deseaba para sí morir en su momento con la misma elegancia y valentía que había demostrado su compañera.

El espía de Tristán se había desmoronado y estaba tendido sobre el suelo helado con la espalda apoyada en la piedra. Cuando Bedwyr se agachó para ver cómo estaba, vio que el hombre sangraba profusamente de una cuchillada que le habían asestado justo debajo del corazón.

De la boca le salían espumarajos sanguinolentos y tenía los ojos entreabiertos, como los de los chavales cuando están agotados.

—Bedwyr —dijo el espía entre suspiros—. Gracias por la ayuda, amigo, pero has llegado tarde.

—¿Que has averiguado?

—¿Es que nunca descansas, Bedwyr? —dijo el hombre respirando con dificultad —. Soy Glynn ap Rathwyn. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro, Glynn —contestó Bedwyr sonriendo con pesar al moribundo—. Te

queda poco tiempo y necesito que me des la información. ¿Qué puedes decirme?

—Dicen que Gronw, el druida, se ha trasladado a un pueblo abandonado y destruido, al norte de Bremetennacum, en la calzada que va hacia Olicana. Tienes que andar con mucho cuidado, porque estarás en pleno corazón de los brigantes y su rey no es precisamente amigo de Artor.

Bedwyr miró a un lado y al otro del cruce, pero la noche seguía muda y desierta.

—Lo siento, Glynn ap Rathwyn, pero tengo que dejarte aquí, y quitar a esta carroña del medio, para que no los encuentren. Debo procurarme una oportunidad para escapar, antes de que Gronw se entere de lo que pretendemos. Me quedaré hasta que vea que ya no te sirvo de ayuda.

Glynn miró a Bedwyr con los ojos llenos de dolor.

—Por mí no te preocupes, Bedwyr. Moriré enseguida. Déjame aquí y si los partidarios de Gronw me encuentran, creerán que me han eliminado. Ten cuidado, Bedwyr y véngate de Gronw en mi nombre.

Glynn estaba forzándose mucho para hablar. Bedwyr sabía que al joven le habían atravesado algún órgano vital. La sangre que se le acumulaba en la boca estaba llena de aire procedente, sin duda, de unos pulmones encharcados y destrozados, y el tono amoratado de los labios indicaba que el espía se estaba ahogando en su propia sangre. Bedwyr no conocía remedio que pudiera salvar al moribundo.

—Vete, Bedwyr. Tienes mucho que hacer y los amigos de estos perros deben de tener muchas ganas de saber qué ha sido de mí.

Como Bedwyr no se levantaba, Glynn empezó a hablar con voz más fuerte y áspera.

—¡Muévete, joder! Me voy a morir igual, así que no tires todo por tierra.

El esfuerzo lo agotó; la cabeza le cayó hacia abajo.

Bedwyr echó a andar con dificultad, con uno de los muertos a la espalda, como un fardo. Sabía que iba dejando hondas huellas en la nieve, pero confiaba en que los nuevos copos ocultaran sus pasos. Echó el cadáver sobre su caballo, que relinchó.

El segundo de los cuerpos pesaba menos y pronto lo tuvo junto al primero. Regresó para recoger el cadáver de la perra y dejarla junto a las criaturas que la mataron.

Y volvió otra vez, corriendo, para comprobar cómo estaba Glynn.

La figura del espía ya estaba envuelta en un fino manto de nieve. Bedwyr le pasó la mano por el hombro y el espía abrió los ojos con dificultad.

—¿Quieres que le diga algo a tu familia? —preguntó Bedwyr muy tranquilo, porque se había enfrentado tantas veces a la muerte que ya no le daba miedo.

—No tengo familia. Pero te ruego que me despidas de Tristán. Dile que… no hay mujer que merezca su corazón.

Bedwyr no tenía idea de lo que quería decirle Glynn ap Rathwyn, pero asintió y le apretó la mano.

—Me siento un cobarde, dejándote aquí. La norma de Artor siempre ha sido no

dejar que los amigos mueran solos en manos enemigas.

—Dame tú el golpe de gracia, Bedwyr. Lo consideraré una gentileza de guerrero a guerrero. Sabes lo que harán con mi cuerpo si me encuentran vivo, por eso te pido que lo hagas fuerte y con ganas. Te aseguro que mi sombra no te perseguirá.

Bedwyr sacó su cuchillo, que estaba aún manchado de sangre seca de los asesinos. Tenía una talla muy elaborada en la empuñadura y eso lo convertía en un arma muy especial. Al verlo, Glynn abrió un poco más los ojos.

—Así que éste es el famoso cuchillo de Arden. Es un honor verlo.

Bedwyr limpió la hoja con un puñado de nieve, para que no contaminara con sangre impura el metal ni el cuerpo del hombre que iba a morir. Los ojos de Glynn observaban con atención, y pese al honor que iba a recibir de Bedwyr, hizo un gesto de aprensión. Luego cerró los ojos, para no ver la cuchillada que terminaría con su vida.

Mientras sacaba a su caballo de aquel cruce de caminos, Bedwyr suspiró pensando en la ruina que Gronw había traído a occidente; tendrían que morir muchos más hombres buenos para vencer al druida y la causa que defendía.

Bedwyr tiró los dos cadáveres en un río de aguas mansas, bien a las afueras de Mamucium, con la confianza de que no serían descubiertos hasta la primavera como poco. Enterró a la perra en la nieve, junto a las raíces de un roble, para que se descompusiera allí y sirviera de alimento al terreno que rodeaba al inmenso árbol. Por último limpió los flancos y la grupa del caballo con nieve fresca para borrar toda mancha de sangre que le quedara en la piel.

Otra vez con la idea de no perder un minuto, Bedwyr salió al galope hacia el sur.

EN CADBURY LOS días seguían muy sombríos. Habían pasado ya las celebraciones de Samhein, que, al no estar los gemelos, dejaron a Artor sumido en la melancolía. Se sentía como un rey de paja, que sostenía una corona de latón con dedos mortecinos. Y la idea de que la guerra civil arrasaría con todo lo que él había construido con tanto esfuerzo empezaba a convertirlo en un gobernante desnortado.

Ni siquiera el mensajero que anunciaba la llegada de un visitante real consiguió sacar a Artor de su estupor. El rey Mark de occidente llegaba desde Segontium y Cadbury no cabía en sí de excitación al recibir la noticia.

Wenhaver estaba nerviosísima, como una cría.

—Ya sé que este rey no es nada del otro mundo —le dijo a Mordred, que seguía en Cadbury—. Pero será muy emocionante tener caras nuevas en la ciudadela.

—Mark no es un hombre demasiado simpático —contestó Mordred lacónico—. Ni viaja por gusto; me pregunto qué es lo que querrá.

Wenhaver besó medio en broma el hombro de Mordred.

—Puede que también sea un aburrido y quiera buscar placer por el mundo. Siempre te fijas en lo malo de la gente, Mordred.

—Y suelo tener razón —murmuró Mordred.

El rey Mark nunca fingió que aceptaba a Artor como rey supremo de los britones y hacía años que había manifestado sus objeciones públicamente con ocasión de la coronación del monarca. Los deceangli eran menudos, adustos y buenos conversadores y habían absorbido a los jefes insatisfechos de la tribu de los démetas, que no aceptaron la división de territorios tribales que Artor había establecido tras la batalla de Mori Saxonicus. Ni el rey Mark ni sus vasallos iban a apaciguarse por mucho llamamiento patriótico que les llegara a través de emisarios de Artor, porque tenían por vecinos a los ordovicos, guerreros que gozaban del favor de Artor y que ahora se habían convertido en sus enemigos naturales.

Por fin, Mark hizo su entrada triunfal en la ciudad de Cadbury como si fuera un conquistador, con un séquito de sesenta guerreros a caballo, armados hasta los dientes. Los miembros de la guardia eran bajitos y muy morenos y sus ojos oscuros reflejaban el brillo de quien aborrece Cadbury.

Artor recibió al rey Mark en la falda de la ciudadela, con su propio retén de soldados perfectamente armados, y elegidos de entre sus mejores escoltas. Llevaban collares ceremoniales de oro y las empuñadoras de las armas adornadas con capuchones de piedras preciosas.

Artor, por el contrario, iba vestido de un gris invernal. Los ojos, el pelo y la elegante túnica resultaban sombríos, pero el oro que lucía en los dedos, la empuñadura de la espada y la daga aplacaba cualquier tinte de ascetismo. Como penitencia, Artor llevaba en el pulgar el anillo de Uter, que resignadamente tuvo que aceptar de manos de Elayne, cuando lo retiró del cadáver de Balyn.

—Bienvenido a Cadbury, rey Mark. Me siento muy honrado de volver a verte y siento mucho los rigores que habrás tenido que soportar en el viaje. Hemos ordenado lo necesario para que tú y cuatro de tus criados personales os alojéis en la parte noble, dentro de la propia ciudadela. He dado instrucciones para que los demás miembros de la guardia se acuartelen en la guarnición inferior.

Ningún rey, por insensato que fuera, acogería a sesenta hombres armados en su fortaleza.

—Quedo agradecido, señor —respondió Mark—. He cabalgado muchas horas para venir a verte, porque necesito tratar algunos asuntos contigo, que espero no resulten inoportunos. Pero prefiero hablar de mi solicitud más tarde, cuando esté más descansado.

Artor frunció el gesto mínimamente ante el atrevimiento de Mark.

—Tienes toda mi atención, Mark —respondió el rey supremo—. Estoy deseando hablar contigo. Como siempre, estoy a disposición de cualquiera que quiera verme —continuó Artor con toda cortesía—. Pero ahora permíteme que te acompañe a la ciudadela y a tus dependencias.

El rey Mark era un hombre anguloso y mayor, con el pelo negro, salvo por las sienes, no tenía prácticamente canas. Lo llevaba cortado recto, por los hombros, y

como su melena contrastaba mucho con sus pálidos rasgos, tenía un cierto aspecto de urraca. La nariz, aguileña y de puente estrecho, contribuía aún más a este semblante aviar. Los labios eran finos y lechosos, mientras que los pequeños ojos eran negros, y muy perspicaces.

Una vez que Mark quedó instalado en las mejores habitaciones de la ciudadela, Artor pidió a Odin y a Gareth que fueran a su cámara privada.

Artor les indicó que se sentaran en unas banquetas y les sirvió un poco de vino.

Miró a Odin.

—¿Qué te parece el rey Mark, viejo amigo?

—Tiene la mirada apasionada y alerta, Artor.

—¿Qué debo saber de él?

Odin puso su enorme sandalia sobre la mesa de Artor y se bebió el vino de un trago largo.

—Mark no perdió detalle fijándose en nuestras defensas, mientras subíamos a la ciudadela. No es nada raro, porque todos los que vienen a Cadbury por primera vez se quedan pasmados al ver las fortificaciones que tenemos. Pero me he dado cuenta de que ha cometido un error. No quiso mirar a los ojos a Mordred, cuando entró en palacio y Mordred evitó la mirada de Mark. Como habría dicho Targo, me huelo que tenemos una enorme rata en el granero. El armiño de los brigantes es vecino del rey Mark, así que deben conocerse.

—Mark nunca ha mostrado interés por venir a vernos. ¿Por qué ahora? ¿Por qué habría de venir en invierno, si parece que le gustan los sitios confortables?

Los tres se sumieron en un silencio amigable.

—Ojalá estuviera aquí Balan —dijo Artor en voz baja y abatida—. Sabría ver algo más. Era un hombre que escuchaba mucho; solía estar muy callado.

—Pero vive Bran… y es un buen heredero, Artor —le recordó Gareth al rey—. Es fuerte, está en plena madurez y tiene un hijo que puede sucederle.

—No, no voy a quitar a Anna el hijo que le queda. Es esencial que Anna y Bran estén seguros después de que yo muera. Mientras viva, les acechan los peligros de quienes quieren arrebatarme el trono, pero esto no sería nada comparado con los que tendrán que pasar cuando esos tipos se enteren de que me he sumido en las sombras.

Artor volvió a su silencio, abriendo y cerrando el puño de la mano derecha, que le dolía bastante.

Odin miró a su rey, con la cabeza ladeada. A medida que iba envejeciendo, más se parecía a un oso de mal aspecto.

—¡Los vientos me dicen que vas a tener pronto otro hijo, Lord Artor! —dijo de pronto el juto. Tenía los ojos entreabiertos y parecía que le costaba romper la brecha que se abre entre el silencio y la charla.

—He tenido muchos hijos, pero todos han nacido de mujeres que nunca aceptarían los reyes tribales. Son buenos chicos, pero ninguno tiene las cualidades que se necesitan para gobernar a nuestro pueblo.

—Lady Elayne va a tener un hijo seguro —afirmó Odin—. Su camarera me ha dicho que devuelve todas las mañanas y que le preocupa lo caprichosa que se ha vuelto con la comida.

Se hizo un silencio absoluto.

—La servidora también me ha informado, insistiéndole yo un poco, eso sí, de que Lady Elayne lleva cuatro meses sin su hemorragia lunar. La dama va a tener un niño, seguro.

Artor miró al enorme juto con miedo creciente.

—Todo el mundo sabrá que ha sido una esposa infiel —dijo Gareth apesadumbrado—. Las criadas ya cotillean con sus sospechas y sería idiota creer que la gente no vaya a enterarse de que el niño lo engendró el rey. Bedwyr lleva seis meses fuera de la corte y quién si no el rey se iba a atrever a tocar a Lady Elayne, sobre todo teniendo en cuenta que los dos estuvieron juntos durante una tormenta justo cuando el niño fue concebido. Los cortesanos de Cadbury saben contar.

—Que los dioses nos asistan —gimió Artor—. Bedwyr exigirá un castigo de sangre por haber perdido el honor. ¿Y yo? Tengo que pagarlo. Pero Lady Elayne no tiene por qué verse en estos apuros y no voy a consentir que se convierta en la comidilla de todos los rumores.

Odin se aclaró la garganta.

—Digo que no tiene culpa —repitió Artor, enojado—. ¡Soy el rey supremo y mi palabra es la ley!

—Como Wenhaver oiga algún rumor sobre Lady Elayne, la dama está acabada. Por mucho que te enfades, no vas a cambiar su suerte —la sinceridad de Gareth cortó la ira de Artor de un plumazo. El rey estaba visiblemente abatido.

—Tienes razón, Gareth —dijo Artor—. Como siempre, dices la cruda verdad, mientras que a mí solo se me ocurren bravuconadas.

El rey se calló, pensando que podía hacer. Al final se volvió hacia Odin.

—Vete a buscar a Taliesin. Pero, calladito, ¿eh?

—¿Ahora, Artor?

El rey supremo asintió distraído.

Odin encontró rápidamente a Taliesin, y el bardo llegó enseguida con el juto a la espartana habitación del monarca. Artor dio al joven una explicación muy breve.

—En cuanto el rey Mark se haya ido de Cadbury, acompañarás a Lady Elayne a su casa de Arden. Aquí corre peligro y tengo que protegerla lo mejor que pueda.

Taliesin bajó la cabeza. Como hombre dedicado a la medicina, ya se había percatado de lo sonrojadas que Lady Elayne tenía las mejillas y de que no tenía apetito. Esta orden únicamente venía a confirmarle sus sospechas y su preocupación.

AL DÍA SIGUIENTE por la tarde Artor y Wenhaver presidieron un espléndido banquete para celebrar la visita del rey Mark. La reina había vuelto medio locas a las

criadas, empeñada en impresionar a Mark con la magnificencia de Cadbury Tor.

En los salones habían dispuesto pequeños candiles con aceites aromáticos para perfumar el aire y sobre las mesas esperaban a los invitados las mejores fuentes de oro. Los vasos eran de cristal, traídos del otro extremo del gran mar interior, y junto a ellos ánforas y jarras con vino de la mejor calidad aguardaban a los paladares más exquisitos.

Wenhaver estaba magnífica, vestida en oro y pieles. Con el secreto que solo conocen las mujeres, lucía un cabello lleno de vida y una figura espléndida, que en absoluto revelaba las probables imperfecciones de la edad. Dio la bienvenida a su invitado con elegancia y lo presentó a la corte con natural donaire. En tales situaciones Wenhaver deslumbraba y su actuación provocó en Artor un pálpito de sincero orgullo, por breve que fuera.

El rey llegó tarde a su propio banquete, algo que obligó a los invitados a pasar el rato charlando y tomando vino frío de la Gallia. A Artor le dolía muchísimo la pierna derecha por una herida que recibió en otro tiempo, y además estaba incómodo, vestido con aquellas galas. Habría preferido quedarse leyendo o medio adormilado junto a la chimenea. Con todo, se vistió con esmero y entró a la sala, flanqueado por Odin y Gareth. Con enorme esfuerzo, intentó no tambalearse ni cojear mientras recorría el trayecto hasta su mesa por un suelo irregular.

Todo político o rey que se precie debe demostrar interés por quien tiene delante y ser capaz de expresar aprecio en las miradas de bienvenida. Artor utilizó todos los trucos diplomáticos que había aprendido después de tantos años para ocultar lo poco que le gustaba el rey Mark, que estaba espléndido, ataviado con ropajes de tintes refinadísimos, una cadena de oro, un enorme broche y una corona majestuosa. Artor estaba preocupado por los apuros en que se iba a ver envuelta Lady Elayne. Mientras sonreía amigablemente a Mark, su pensamiento no se apartaba de la dama, que estaba sentada discretamente en el extremo de la mesa, más allá de la sal, con los invitados menos nobles. Lleno de remordimiento, se dio cuenta de que por sus venas ya maduras empezaba a surgir una esperanza deshonrosa. Puede que todavía pudiera legar el trono a un hijo suyo.

Comenzó el banquete.

—Las defensas que tienes son impresionantes, Lord Artor. Me habían hablado de ellas, pero ahora compruebo con mis propios ojos que sería imposible asediar esta fortaleza. Te felicito por el diseño y la construcción.

La voz del rey Mark se abrió paso con dificultad entre los ambivalentes pensamientos de Artor. El rey puso todos sus esfuerzos en volver a la tarea que en ese momento lo reclamaba.

—No son sólo obra mía, Mark. Antes de los romanos, Cadbury ya era una fortaleza inexpugnable. Myrddion Merlín planeó hace muchos, muchísimos años, la construcción de las nuevas defensas y yo simplemente ejecuté los trabajos. Debo añadir que su hijo, Taliesin, es un arpista magnífico, que más tarde nos deleitará con

sus cantos —Artor se detuvo para atraer la mirada de Mark—. Muchos de nuestros ciudadanos creen que Cadbury no caerá nunca, porque durante siglos ha sido consagrada con carne joven.

Mark hizo con disimulo el signo que aleja al diablo.

Artor observaba lo estrecho de miras que era Mark, en todos los sentidos. Esa urraca vanidosa, que anhelaba sacar partido de cualquier viejo hueso que se cruzara en su camino, seguía teniendo miedo de que el cadáver del que se alimentaba pudiera herirlo. Y era supersticioso, lo cual no era poca ventaja para los demás.

El rey Mark se recreaba partiendo el trozo de pollo que tenía en el plato, con un cuchillito repujado de piedras preciosas. Pinchaba la carne, la partía en tiras finas, que luego pinchaba en la hoja para dejarlas caer con elegancia en la boca.

Artor empezaba a marearse.

—Me han dicho que Myrddion Merlín está encerrado en un tronco hueco con Niniana, la hechicera. Parece que está utilizando las mismas artes de magia que aprendió de él para lanzar encantamientos demoníacos sobre los desventurados que entren en contacto con ella —el rey Mark cogió el caparazón que le quedaba en el plato y empezó a chuparlo, hasta que no dejó ni un trocito de aquella suculenta carne. Y luego tiró las sobras al suelo, como era costumbre entre los bárbaros del norte.

Artor se estremeció al ver las maneras del rey, mientras uno de los criados recogía silenciosamente el desaguisado y se lo llevaba a las cocinas.

—Harías bien en no hablar tan despectivamente de Lady Niniana delante de su hijo. Canta y toca como los ángeles, pero tiene el brazo rápido y un carácter sereno, pero no menos fiero. Y en Cadbury hay mucha gente que tiene buenas razones para acordarse de Lady Niniana con gratitud. Mi sobrino, este que está aquí, el príncipe Galván, debe la vida de su esposa y de su primogénito a la pericia de la Dama del Viento y del Agua.

—Tomo nota de la amonestación, Artor —respondió Mark con suavidad—. Las épocas apacibles alimentan bellas historias y los portentos de Cadbury se cuentan entre las más maravillosas de las leyendas.

—Cree poco de lo que oigas, Mark. Los rumores supersticiosos suelen ser útiles para manipular almas impresionables.

Mark se estremeció y palideció visiblemente, aunque Artor no sabía qué había dicho exactamente para incomodar al rey. Artor decidió arrimar el ascua a su sardina y lanzó a Mark una sonrisa de complicidad, como si entre ambos guardaran algún secreto.

«Que haga lo que quiera con esto», pensó Artor.

Mark empezó a juguetear con su cuchillito, hasta que se le cayó.

Taliesin recitó su última composición, que relataba la muerte de Balyn y Balan. Cuando calló el último acorde, la corte estalló en ovaciones y las copiosas lágrimas de la reina Wenhaver inundaron la sala.

Mientras Taliesin actuaba, el rey Mark siguió comiendo ansiosamente,

fingiéndose aburrido.

—Esos pobres muchachos tan queridos —sollozaba Wenhaver—. Balyn estaba medio enamorado de mí, cariñín, antes de volverse loco. Ha sido una historia tan trágica. ¡Cómo debe estar su madre!

—Tiene otro hijo —respondió Mark escueto—. Lo conozco. Es un jefe militar enorme, de pelo rizado y ojos grises y que no tiene respeto alguno por sus superiores.

Artor notó que se le espesaba la sangre del corazón. Y en su garganta quedó atrapada cualquier palabra que quisiera decir. Contrariamente a su costumbre, escupió.

Wenhaver parecía aturdida y enseguida se puso a hablar otra vez, para cubrir el desliz que había tenido su marido.

—Los hombres realmente no entienden lo que es la pérdida de un hijo —dijo con suavidad—. Por eso perdonaré lo poco que sabes del tema.

—Bran es un vasallo mío muy leal, Mark —intervino Artor, lanzando una clara indirecta.

—Desde luego. Es muy capaz, pero rara vez se mezcla con sus iguales y nunca quiere mostrar la deferencia que debe a sus mayores. De todas formas, tiene un aspecto refinado… muy parecido al tuyo, Artor.

—Sólo lo he visto una vez, así que si tú lo dices te creeré. Aunque, claro, su madre, Anna, es pariente lejana mía, pero hace muchos años que no la veo.

Wenhaver parloteaba de frivolidades, mientras su esposo intentaba atravesar un peligroso puente discursivo; por dentro estaba furioso ante la falta de respeto y de educación que mostraba su invitado.

Disgustado y sin que le importara que se lo notaran, el rey supremo terminó de comer en silencio. Veía al rey Mark y a la reina Wenhaver charlando animadamente sobre fruslerías, desde las inclemencias del tiempo hasta el número de bandoleros que había por los caminos. Cuando los criados sirvieron más vino y colocaron sobre la mesa unas enormes fuentes de fruta, nueces y miel, Artor tomó la iniciativa.

—Dudo que hayas venido a Cadbury, rey Mark, sólo para cotillear o para degustar delicias culinarias. Ya nos hemos entretenido bastante con conversaciones educadas, así que creo que ha llegado la hora de que me reveles por qué has decidido visitar la fortaleza, en medio de estos rigores invernales.

Con estudiada parsimonia, Mark seleccionó una nuez, la partió con los dedos y tiró la cáscara al suelo. Si pretendía impresionar a Artor con su demostración de fuerza, se equivocó.

—Vengo para hablarte de tu perro, Tristán —dijo Mark sin inmutarse—. Lo quiero amordazado y te exijo que lo mantengas alejado de mi esposa. Confío en que me ayudes en este asunto, rey Artor, y he venido para garantizarme que vas a actuar en consecuencia —íntimamente Mark temía que su reina se fugara con el jefe de espías de Artor. Y no se atrevía ni a pensar en la humillación pública que sufriría, caso de que aquello se produjera.

—¿Mi perro? —preguntó Artor muy tranquilo—. No sabía que Tristán estuviera a mis órdenes. Ese joven testarudo hace lo que quiere, sin contar conmigo. Aparte de desempeñar ciertas tareas básicas para el trono de vez en cuando, es dueño de sus acciones. Solo he visto a Tristán en una ocasión y, además, no tengo especial predilección por él.

Mark se mordía el bigote, ocultando casi por completo el labio inferior.

—Pero a favor de Tristán, debo decir, que su lealtad a la causa celta resulta irreprochable.

—Entonces ¿te niegas a alejar de mi reina a ese joven seductor?

—No me malinterpretes, Mark. Enviaré a un correo personal inmediatamente ordenando a Tristán que evite verse con tu esposa, pero no puedo garantizarte que me haga el más mínimo caso. Como no soy familiar suyo, lo más probable es que me diga que me meta en mis asuntos. También creo que deberías ocuparte de la reina Isolda para evitar tentaciones. Dicen que es joven y muy impresionable, además de guapa.

—Antes de darme consejos matrimoniales, Artor —dijo Mark burlonamente—, quizá debieras…

—Ten mucho cuidado con lo que dices aquí en público —interrumpió Artor con voz gélida—. Meter la pata hablando puede ser peligroso.

Mark se levantó de manera abrupta para irse, y retiró la silla con tanta fuerza, que dio en la pared de atrás. Los invitados allí reunidos callaron al oír el golpe, porque apenas recordaban que nadie hubiera actuado con tan poca prudencia en presencia del rey supremo.

—Entonces, te deseo que duermas bien, rey Artor. Espero que en los meses venideros disfrutes de bienestar y seguridad.

Wenhaver se quedó pasmada al oír la amenaza que ocultaban aquellas palabras, pero Artor ni se inmutó.

—Naturalmente, te deseo lo mismo para el futuro, Mark. Mañana nos vamos de caza. Si te gusta ese deporte, únete al grupo.

Mark hizo una ligera inclinación de cabeza y salió de la sala a grandes zancadas.

Odin se agachó para susurrar algo al oído de su señor.

—No es que le hayas dado muchas razones para que te venere, Artor. No sería muy juicioso salir de caza con él.

El rey supremo le dio una palmadita de afecto en el hombro.

—Tú cuidarás de los dos, eres mi brazo fuerte.

Mordred había contemplado la conversación que habían intercambiado los dos reyes con vivo interés. En su fuero interno, estaba indignado por la ineptitud de Mark. El rey de los deceangli era idiota al mostrar su animadversión tan a las claras, porque Artor ahora estaba en guardia.

Fuera el viento amainaba y una suave y pálida capa de niebla se acomodaba sobre las defensas de Cadbury.

CAPÍTULO XVIII

LA MALDICIÓN DESBOCADA

LA MAÑANA NACÍA cubierta de escarcha y la ciudadela se sumía en tonalidades monocromas del negro al blanco más níveo, pasando por el gris. Pero el palacio de Artor se cernía sobre Elayne, como una amenazadora criatura de madera salida de la leyenda. Su mente tan pronto generaba una cabeza de caballo que emergía por entre las brumas o, segundos más tarde, un hombre de mimbre, de mirada lasciva, que se retorcía por entre las nubes bajas y la espesa niebla.

Tiritaba bajo las pesadas pieles que la cubrían.

Un palafrenero le ayudó a subir a la montura, pero el caballo resbaló en las piedras, cubiertas de hielo. Pensó que se caía, porque el cielo le daba vueltas, pero alguien con brazo fuerte la sostuvo por los hombros, hasta que se acomodó en la silla.

—¡Mi señor! —exclamó sorprendido el palafrenero, mientras agachaba la cabeza en señal de respeto.

—¡Su majestad! —el corazón de Elayne dio un vuelco al verlo—. No hace falta que vengas a despedirme. Partimos pronto y me entristecería pensar que has cogido frío por mí.

—No te preocupes por mi salud, mi señora, porque no merezco ni un minuto de tus pensamientos. ¡Taliesin! ¡Te necesito!

El bardo apareció inmediatamente por entre las brumas, con el pelo brillante por la humedad y la yegua obediente a las suaves indicaciones de su jinete.

—Lord Artor, vivo para servirte.

—Te tomo la palabra, Taliesin. Esta dama es muy querida para Lord Bedwyr… y para mí. Estate siempre a su lado hasta que sus bosques la protejan y quede a salvo, ya que yo no puedo hacerlo.

Taliesin bajó la cabeza.

—Así lo juro, mi señor.

Elayne sintió un nudo en la garganta, que le angustiaba más que la leve hinchazón de su vientre y que el miedo que albergaba en lo más profundo de su alma.

—¿Algún mensaje para Arden, Lord Artor? —preguntó, aunque sabía que era una pregunta boba. A su alrededor había veinte guerreros, que iban a escoltarla. Si quería que Artor le dijera algo, el monarca no se iba a arriesgar a que los oyeran.

Artor tragó saliva, se puso todavía más derecho, pero siguió callado. Tomó la mano de Elayne entre las suyas, retiró el guante de cuero que protegía las delicadas venas de su muñeca y la besó lentamente. Los dedos de la dama temblaron de emoción.

—Adiós, mi dama. No hay nada más que decir.

El caballo de Elayne se colocó entre los escoltas y tuvo que soltar la mano de la del monarca.

—¡Hasta luego, señor!

—¡Hasta luego! —contestó él, volviéndose para que nadie reparara en su tristeza.

Elayne pronto dejó de ver la enorme figura del monarca, envuelta en la niebla. Con el rostro virado hacia la ciudadela, la dama llegó a las puertas de la fortaleza y desapareció de las habladurías de occidente.

BEDWYR CABALGABA HACIA el sur por carreteras heladas con un terrible viento de cara que le hacía el trayecto aún más difícil de lo normal. Sin apenas detenerse para que descansara el caballo, mantuvo un buen ritmo, teniendo en cuenta el tiempo que hacía, porque la urgencia le impelía a seguir.

Gronw por fin daba la cara.

La relación entre Percival y Gareth no había progresado mucho en ausencia de Bedwyr. Los años que pasó en las cocinas, y el largo tiempo de entrenamiento que empeñó después para mostrar su valía ante Artor, habían inmunizado a Percival contra toda manifestación de petulancia o de impaciencia, sobre todo si venía de cortesanos como Galahad, pero este joven le estaba sacando de quicio.

El problema de Galahad, según llegó a ver Percival, era que el joven era incapaz de entender las necesidades y los sentimientos de los demás. Todas sus virtudes, su belleza, su capacidad y su buena cuna, habían terminado por desarrollar en él una personalidad que le incapacitaba para reconocer los sentimientos naturales de la gente corriente, un poco como las bestias. En realidad, los animales eran más sensibles que el príncipe de los otadinos, porque tenían empatía, no como Galahad. El príncipe nunca había movido un dedo para prepararse la comida, ni para limpiar sus desordenadas dependencias; de ahí que hasta la más imperturbable y mejor encarada de las criaturas, como era Percival, se cansara de ser el criado personal y el chivo expiatorio de Galahad.

—Odio el invierno. No consigo entrar nunca en calor y hay poco que hacer —se quejaba Galahad el último día de su inactividad forzosa.

—Entonces quizá pudieras darle unas vueltas a la paja. Huele que apesta —por el tono lleno de acritud que utilizó Percival cualquiera habría entendido que aquellas palabras implicaban cierta insatisfacción.

—Yo no limpio. Sólo hago lo que me divierte.

—Entonces, quizá puedas cazar algún animal indefenso para la cena.

Galahad por fin se dio cuenta de que Percival estaba negro.

—No sé por qué estás tan irritable, Percival. Esta misión es para ti como unas vacaciones, porque en Cadbury estás siempre pendiente de lo que mande el rey, y yo no te exijo casi nada.

Aunque era raro en él, Percival se encaró con el príncipe de los otadinos.

—¡Ya vale de tanta mierda, Galahad! Te has zafado de todas las tareas domésticas desde que nos subimos al caballo juntos. Ya no soy pinche de nadie. Soy un guerrero al servicio del rey Artor. Me he ganado esta categoría. Y eso sin tener riquezas ni poder alguno de nacimiento. No como tú.

Galahad cerró la boca dando un chasquido y montó un numerito haciendo que aireaba la paja, un esfuerzo que para lo único que sirvió fue para llenar la estancia de polvo.

—¡Para, Galahad! Hasta esta bobada te resulta complicada, así que sal, por favor, y caza algo.

Por eso, cuando llegó Bedwyr, encontró solo a Percival. El guerrero había encendido una nueva fogata y estaba preparando una cacerola para guisar el manjar que Galahad atrapara.

—¡Ah! ¡Eres tú! —murmuró Percival sin mucho ánimo.

—Yo también te quiero, amigo. ¿Qué te pasa?

Percival sonrió disculpándose ante su amigo.

—No me hagas caso, Bedwyr. Estoy aburrido y tengo ganas de volver a casa. Esta cabaña es un antro maloliente y sombrío y me encantaría estar de camino a algún sitio, adonde fuera, para no tener que quedarme en este agujero asqueroso un solo día más.

Bedwyr miró a Percival, que estaba echando unos rabanitos y zanahorias al guiso.

—Imagino que Galahad ha estado tan agradable como siempre.

—No sigas por ahí —advirtió Percival mientras cortaba unas verduras en tiras—. No habla nunca; ¡predica! Sé que no es muy caritativo quejarse de un compañero, pero me ha agotado en las semanas que llevamos acampados aquí. Espero que hayas encontrado el cáliz, Bedwyr, y que podamos salir de este lugar pestilente.

—He descubierto dónde se esconde Gronw, pero tendremos que cabalgar durante días a gran velocidad para atraparlo antes de que se traslade a una nueva guarida.

En ese preciso momento empujó la puerta Galahad, sin preocuparse del aire tan helador que entraba, mientras se sacudía la nieve en el umbral. Traía dos conejos, ya despellejados, y parecía muy contento.

—¡Estás de vuelta! ¿Dónde está Gronw?

—Nadie me pregunta qué tal estoy —dijo Bedwyr medio en broma, pero Galahad lo tomó literalmente y empezó a mirarlo de arriba abajo—. Pareces en forma y tienes buen aspecto, para mí, solo un poco sucio del viaje —estimó—. Y ahora, ¿dónde está Gronw?

—He descubierto que hay un grupo de individuos particularmente horribles,

llamado la Hermandad del Cáliz. Han asesinado al menos a tres de los servidores de Artor que lograron conocer parte de sus estupideces. Estamos hablando de revolución aquí, señores, una evidentemente financiada por alguien que tiene mucho dinero. Gronw, para contestar a tu pregunta, está ahora en un pueblo desierto al sur de Bremetennacum.

Galahad soltó los conejos sobre la paja y empezó a recoger su equipo y sus posesiones.

—Salimos de inmediato —ordenó muy circunspecto.

Percival y Bedwyr se miraron.

—Vamos —instó Galahad—. Puede que Gronw huya justo mientras estamos aquí apalancados, zampándonos los conejos.

Percival se levantó para coger los conejos.

—Yo llevo dos días cabalgando, Galahad —explicó Bedwyr con paciencia—. Mi caballo va a morir desfallecido si no le doy de comer, si no le pongo agua y si no lo dejo descansar. Yo no estoy tan despierto y la idea de un guiso de conejo me resulta muy tentadora. Además está anocheciendo y empieza a nevar.

Los dos compañeros observaban cómo se debatía Galahad entre la impaciencia y la sensatez. Afortunadamente esta vez ganó la segunda.

—Vosotros ganáis —concedió. Y mirando hacia los pies de Bedwyr preguntó—: ¿Dónde está la perra?

—Muerta —respondió Bedwyr cortante. Echaba de menos al animal, la había criado con sus propias manos desde que se destetó y se sentía vacío sin ella.

—Lo siento —dijo Galahad—. ¿Salimos a primera hora?

—Bien —dijo Bedwyr sin más—. Y propongo que evitemos las calzadas.

El guiso estaba razonable y los tres hombres devoraron con avidez hasta el último trozo, utilizando las manos para comer, que luego se lavaron en la nieve. Como Galahad y Bedwyr se quedaron dormidos sobre la paja, Percival tuvo que frotar el puchero con más nieve, mientras se preguntaba por qué le habría mandado Artor a un viaje tan desagradable.

Se sentía infravalorado y resentido, y así empezó sus plegarias nocturnas. Pese a todo el ruido que hacía con sus misticismos, Galahad se olvidaba de comunicarse con Dios regularmente, sobre todo cuando estaba cansado y, sin miramiento alguno, Percival permitía que su cúmulo de insatisfacciones se interpusiera entre él y sus propias oraciones.

Cuando se acurrucó en la paja con olor a moho y cerró los ojos, empezó otra vez a pensar en el cáliz. Había resuelto que no le importaba si era el cáliz de la Última Cena o un mero utensilio que los guerreros romanos se habían ido pasando de mano en mano. Fue un objeto sagrado durante los años en que lo utilizó Lucius de Glastonbury; por eso era una blasfemia que la reliquia estuviera en manos de un criminal. Y que alguien utilizara el cáliz contra los intereses del rey supremo era doblemente impensable.

«Artor es más que un rey, —pensó Percival vehementemente—. Es una idea, un hombre que ve más allá de la mera nobleza de cuna y del estatus, que sabe mirar en los corazones.»

Entonces Percival pensó en la situación en que vivía la gente corriente, tan alejada de la corte. Los gobernantes se parecían mucho unos a otros. Artor o un rey sajón, ¿qué más daba? ¿No eran los reyes simples gotas en el inmenso río de la historia?

Concluyó que a los agricultores les pesaría la muerte de Artor cuando al final el tiempo se lo llevara. La bondad, el honor, el deber y la valentía son virtudes que duran mucho más en la mente del común de los mortales que en el corazón de los reyes. Percival pensaba que si tenía que morir, lo haría por Artor y no por el cáliz, por mucho que éste le sedujera.

EN CADBURY EL tiempo era mucho más suave que en el norte, así que el día en que salían de caza ya había comenzado el deshielo primaveral y el terreno se había ablandado, aunque también por eso resultaba traicionero. Bajo el parco y pálido brillo de un sol enfermizo, los cazadores parecían sombras negras dibujadas sobre nieve huidiza. Artor habría preferido aliviar su dolor de huesos junto a la chimenea, pero la hospitalidad le exigía ir de caza para divertir al rey Mark.

La tarde trajo escasas emociones. Un gamo de manto blanco, aturdido por los ojeadores que iban subiendo, se cruzó por equivocación en su camino.

Por cortesía, Artor permitió que Mark cobrara la pieza y el norteño forzó una sonrisa de satisfacción al ver cómo sus hombres preparaban el animal donde había caído para después colocar el esqueleto sobre un caballo de tiro. Artor observaba las entrañas todavía calientes del gamo, allí sobre la nieve ensangrentada, y pensaba en la belleza que se había despilfarrado por algo tan absurdo como el divertimento personal.

Cuando los cazadores volvían hacia Cadbury para calentarse junto a las hogueras, una bandada de enormes pájaros salió volando de un denso macizo de tojos y árboles. El rey Mark tensó el arco y empezó a disparar, seguido inmediatamente por otros miembros del grupo. Pronto el aire se llenó de flechas que perseguían con su característico silbido el anillo de aves. Los pájaros caían como pedruscos.

Artor ni se molestó en mirar.

De repente, algo se le clavó en el manto y sintió un doloroso calambrazo en el costado. Sorprendido, tiró bruscamente de las riendas de su montura y el caballo retrocedió atemorizado. Esta vez Artor vio pasar una sola flecha que fue a caer en un montón de nieve justo a unos cuatro metros de donde estaba, intentando controlar al caballo.

—¡A mí! ¡A mí! —gritó, tirándose al suelo para utilizar al caballo como escudo.

En segundos los guardaespaldas estaban rodeando a su rey.

Odin revisó el cuerpo del monarca de la cabeza a los pies, hasta que encontró el desgarrón que tenía en el manto rojo. Al retirar la tela del costado de Artor, lanzó una mirada de pánico.

—¡Busca esas flechas! —ordenó a Gareth, con una voz desprovista de repente de su habitual acento—. ¡Y mira de dónde vienen!

—No es más que un arañazo, Odin.

Sin atender a las continuas declaraciones de Artor, diciendo que no le habían herido, su escolta lo sacó de allí ante la mirada de asombro de sus invitados y lo acompañó a la ciudadela.

—Te dispararon no una vez, sino dos, mi señor. La mayoría de los guerreros y los nobles de la corte, incluidos los criados del rey Mark, estaban detrás, siguiendo a los cazadores. Debió de ser muy fácil esconderse tras un árbol o un montón de nieve a esperar la oportunidad de disparar. Nadie habría notado una breve ausencia del asesino.

Gareth se unió a ellos, forzando al caballo para que subiera rápido la última cuesta. Llevaba dos flechas en la mano izquierda.

—Aquí no —susurró Artor.

Llevó a sus dos escoltas al salón y de allí pasaron a sus habitaciones.

Antes de que el rey pudiera abrir la boca, Odin cogió un cacharro con agua limpia y obligó a su señor a desnudarse para que viera el estrecho boquete que tenía en el costado.

—Has tenido suerte —refunfuñó Odin, mientras extendía una de esas pomadas malolientes sobre la herida, y la vendaba después con una tira de tela.

—¿Para qué iba a arriesgarse el rey Mark justo después de haber discutido abiertamente conmigo? Si planeaban matarme, supongo que el asesino tendría que haber sido abiertamente amable. No creo que Mark esté implicado en la trama —se volvió hacia Gareth—. ¿Dónde están las flechas, Gareth?

Rápidamente el chico sacó las dos flechas y se las entregó al monarca, que enseguida empezó a revisarlas.

—Saetas absolutamente normales y sin marca, que no delatan a su dueño. No nos dicen nada, así que no podemos hacer acusaciones contra nuestros invitados. Trataremos el ataque como un acto oportunista, de algún malévolo que no podía aguantarse las ganas de probar suerte.

—Señor, detrás de este intento de regicidio hay más de lo que imaginamos —dijo Gareth—. Comprobé el vuelo de las flechas por el lugar en que cayeron. El asesino no estaba detrás de ti. Estaba escondido en un bosquecillo que había delante de nosotros. Podría ser uno de los ojeadores, un campesino o incluso un guerrero que se separara del resto del grupo.

—No te fíes de nadie —dijo Odin apesadumbrado—. Si no tienes cuidado, Artor, te pueden matar con tanta facilidad…

—No pretendo vivir amedrentado, arrellanado en una banqueta al lado de la

chimenea. Moriré como he vivido y no me quejaré —Artor sonrió despreocupado.

Se vistió deprisa y salió de la habitación para saludar a los nobles que regresaban sin saber por qué se había ausentado el monarca con tantas prisas de la cacería.

—Perdonadme, honorables invitados, porque de repente me desmayé y asuste a mi guardia —explicó Artor. Sonrió a los allí reunidos—. La edad nos pilla a todos al final.

La mayoría de los nobles y los criados parecía aceptar la explicación, pero Mordred y el rey Mark intercambiaron miradas que expresaban duda y desconcierto.

Artor avanzó entre los nobles, alabando su pericia en la caza y admirando los pájaros, los zorros y desde luego, el gamo, que habían abatido. «Los cuchillos empiezan a afilarse, —pensó Artor, mientras daba palmaditas en la espalda y contaba chascarrillos a huéspedes que podían ser los asesinos—. Alguien se está cansando de esperar y desea acelerar mi viaje al Hades. Pero ahora estoy sobre aviso y la sombra de mi poder es alargada.»

LOS TRES RASTREADORES avanzaban con dificultad por bosques cubiertos de nieve, descansando de vez en cuando para no agotar a los caballos. Se vieron obligados a dormir en un cobertizo hecho de ramas, en el que limpiaron el suelo de nieve para encender una fogata. La verdad es que Bedwyr había elegido una ruta horrible para el viaje.

—¿Dónde estamos? —dijo Galahad jadeando mientras tiraba del caballo para sacarlo de un montón de nieve acumulada durante la ventisca.

—Justo un poco al suroeste de Bremetennnacum —contestó Bedwyr ayudando a Galahad a empujar al animal por detrás.

Al final el caballo salió de la nieve gracias a la potencia de sus propios músculos. Galahad y Bedwyr quedaron tendidos en la nieve, todo lo largos que eran.

Galahad se levantó riéndose y Bedwyr casi le perdonó el egoísmo obsesivo, que siempre guiaba al príncipe.

—Entonces ¿dónde está ese pueblo que dices? —preguntó Galahad, comprobando detenidamente las patas del animal.

—Por lo que me dijeron, está situado en la calzada romana que conduce al oeste. El camino lleva hasta el mar y de allí tuerce hacia el norte, a Bravoniacum, cerca del muro.

—O sea, que nos damos de bruces con el pueblo, ¿no? Y de Gronw, ¿qué?

—No es muy probable que nos demos de bruces con el sitio —contestó Bedwyr lacónicamente, quitándose la nieve de los pantalones de cuero—. Pero no creo que nos lo pasemos. Los seguidores de Gronw dejarán rastro en la nieve. Ya va teniendo un buen grupo, así que le resultará cada vez más difícil esconderse.

—A partir de ahora tenemos que practicar la prudencia —advirtió Percival.

—Sí —confirmó Bedwyr—. Tenemos que ser extremadamente cautelosos para

ver dónde y cuándo salimos. La calzada romana está justo detrás de la línea de árboles, así que tenemos que elegir una ruta por la que podamos ir en paralelo. Y ya no podemos encender más hogueras. O sea, que se acabó la comida caliente. No vamos a darle a Gronw ningún aviso previo. Creo que ya vamos a encontrar suficientes obstáculos.

Esa noche los tres hombres se arrebujaron juntos al resguardo de un roble. Los caballos los dejaron amarrados en lugares en que pudieran encontrar algo de hierba seca o corteza blanda que añadir al grano que les daban. Los guerreros estaban incómodos y durmieron poco, aunque realmente necesitaban descansar. El cáliz ardía en la cabeza de cada uno de ellos como una maldición, pese a que cada uno ansiaba encontrarlo por distintas razones.

ENLOQUECIDO CON SUS sueños de gloria, Gronw tutelaba a un grupo de seguidores cada vez mayor. En tres ocasiones había juzgado a espías que terminaron ejecutados y sus decisiones generaban espectáculos que atraían a la causa a más fieles. El picto tatuado se refocilaba con la muerte de sus enemigos, mientras, envuelto en pieles asquerosas, aguardaba sentado en el único edificio seguro que quedaba entre un grupo de cuatro cabañas desvencijadas.

Los traidores habían muerto en la hoguera por sus pecados y sus cadáveres calcinados habían sido abandonados allí mismo, como escarmiento para quienes todavía seguían las nuevas costumbres y las nuevas religiones.

Pebr, el flemático guerrero tuerto, se había convertido en guía y pagador de Gronw, y el vínculo que le unía a su benefactor. Pebr era monosilábico y cortante y Gronw dudaba que este hombre tan taciturno se creyera una sola palabra de lo que él ordenaba a la gente. No es que Gronw lo culpara por albergar tales dudas; él tampoco se creía sus soflamas. Pero cualquier mentira que dañara a los romanos o a los celtas valía. La venganza tenía un gusto agradable, como el de la sangre seca mezclada con lágrimas saladas, y Gronw se alimentaba de eso, de manera adictiva.

Volvió los ojos a la viga del rincón en que había escondido el cáliz. Sentía su poder, lo guiaba, incluso ahora que no alcanzaba a verlo. Con su habitual sospecha se había tomado enormes esfuerzos para ocultar el cáliz de Pebr, porque Gronw no se fiaba de nadie.

Hoy iba a hablar de rebelión. Advertiría a los curiosos y fieles adeptos que se acercaba una guerra, en la que la cristiandad sería expulsada del país y el territorio quedaría limpio de Artor y los de su clase. Y mañana se desplazaría más hacia el norte, a un nuevo emplazamiento que Pebr había preparado.

Habían dado noticia de su llegada y el mensaje iba pasando de boca en boca.

Fuera, en el bosque que iba invadiendo el abandonado pueblecito, los tres rastreadores encontraron la guarida de Gronw. Estaba bien señalizada, gracias a una voluta de humo que salía del tejado cónico de la cabaña. También les llegó el olor de

los cadáveres de los espías recién ejecutados. Bedwyr había sido el primero en reconocer este olor a muerte, ese aroma dulce que nunca puede olvidar quien lo haya sentido. Tuvo ganas de devolver.

—Desmontad —susurró—. Atad los caballos para que no se asusten con el hedor de los cadáveres. Tened cuidado de dónde pisáis y dónde dejáis las huellas, porque aquí estamos en peligro.

Por una vez, Galahad no replicó.

Siempre cauteloso, Bedwyr les hizo arrastrarse por la nieve. Cuando de repente llegaron a los cadáveres, lo primero que vieron fueron los restos de pies calcinados.

Habían atado a los ejecutados, probablemente espías de Tristán, a unos robles jóvenes, pero lo suficientemente fuertes como para resistir las desesperadas arremetidas de las víctimas. Alrededor de los pies habían apilado troncos rociados de aceite que después prendieron, de manera que de las piernas solo quedaban huesos calcinados, al menos en aquellos sitios en que los animales no los habían tocado.

Tenían el vientre abierto, lo cual revelaba el festín que se habían dado pájaros, zorros y otros rapaces con aquella carne asada. Hasta Bedwyr, que había visto las crueldades que hacían los sajones y había asistido a los estragos de la batalla, tuvo que apartarse para no contemplar aquello. Ahora los cuerpos se habían congelado, los carroñeros no venían más y solo quedaban sus restos colgados.

—Aquí ha habido muchos pies aplastando la nieve, porque está muy dura y no solo cuando ajusticiaron a estos pobres diablos. ¿Lo veis? Han venido muchos papamoscas, una y otra vez, a ver estos restos —Bedwyr escupió sobre la nieve.

—Eso resulta más odioso que la ejecución en sí —murmuró Percival. Tenía el rostro como la nieve, salvo por las pecas infantiles que resaltaban en su palidez.

—Gronw está cerca y voy a disfrutar matándolo —dijo Galahad—. Estos hombres sufrieron mucho al morir —su rostro no expresaba revulsión, pero la ira le mantenía tensa la mandíbula.

—¿Los enterramos? —preguntó Percival en voz baja.

Bedwyr vio que Percival hacía la señal de la cruz.

—No. Odio dejar así los restos de la buena gente, pero no deberíamos hacer nada que advirtiera de nuestra presencia. Tenemos que ser invisibles hasta que terminemos la tarea. Después pensaremos qué hacer con estos restos.

Por un camino tortuoso los tres rastreadores consiguieron llegar arrastrándose a la cima de un pequeño altozano desde el que divisaban el edificio arruinado del que todavía salía humo. Cavaron en la nieve para aguardar hasta que anocheciera.

Con la oscuridad empezaron a congregarse los insatisfechos. Al principio venían de dos en dos, con sucios harapos, manos vendadas y pies que los delataban como campesinos o vagabundos. A medida que fue haciéndose más de noche empezaron a llegar hombres a caballo, con armaduras que sonaban en medio del silencio. Y llegaron más, hombres y mujeres, enfundados en mantos de piel que cubrían túnicas refinadas y que los identificaban como ricos hacendados. Por lo menos había allí

congregados cien ciudadanos, cuando un guerrero alto y tuerto salió de la cabaña y encendió una enorme fogata. Las llamas prendieron con fuerza y en su danza teñían el rostro de los asistentes de color rojo sangre.

Se hizo el silencio entre los rebeldes.

En este foso de silencio sepulcral, se oía el recitado de una voz invisible por encima de los murmullos de la muchedumbre. Torpemente, salió de la cabaña una figura vestida de negro que se puso frente a aquella enajenada multitud.

Para los cánones de Galahad, Bedwyr era pagano, aunque en los últimos años se había mantenido fiel a la antigua religión, obteniendo cierto consuelo en ello. Con todo, si de la reunión esperaba sacar exhortaciones conocidas y asistir a la tranquila retórica de los druidas, quedó desilusionado. Gronw vomitaba una diatriba de odio contra todo lo romano. Y en el proceso, maldecía de los celtas que toleraban el cristianismo, criticando la larga paz de Artor como cobarde concesión a la Iglesia de Roma. La multitud devoró su discurso.

—¡El cáliz! —gritó uno desde las masas.

—¡El cáliz!, ¡el cáliz!, ¡el cáliz!

Eran cien gargantas gritando lo mismo, como si aquel simple utensilio, tan celosamente guardado por Lucius, estuviera dotado de los poderes necesarios para aplastar toda civilización en occidente.

Como buen charlatán, Gronw se sacó el cáliz de la manga y lo elevó para que todos lo vieran.

—¡Contemplad el cáliz de Ceridwen, el que trae todas las bendiciones! De aquí saldrá nuestra victoria, porque la diosa acabará con los dioses cristianos. Destruirá todas las obras de Jesús y abatirá el reinado del asesino, Artor. ¡Muera Artor, usurpador y bastardo!

—¡Muera! —rugía la multitud, olvidándose de lo estúpido que resultaba venerar una copa de latón abollada.

La ceremonia continuó.

Con bruscos modales, Pebr sacó a rastras de uno de los edificios semiderruidos a un incauto. El prisionero llevaba las manos atadas a la espalda y tenía una mirada de pavor.

—Ceridwen os ama a todos —gritaba Gronw—. Pero a este perro lo han cogido maldiciéndola, clamando por que vuelvan los romanos a traer la abundancia a occidente. ¡Es un espía! ¡Es un traidor! ¡Es cristiano!

—No, no soy cristiano —la voz desesperada del hombre se alzó en el frío de la noche—. ¡Estaba borracho!

Gronw miró a la multitud allí congregada.

—¿Qué castigo merece este traidor? ¿Qué exige madre Ceridwen de sus hijos más leales?

—¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte! —gritaban los que allí se apiñaban.

En todo caso, al desafortunado labrador, porque eso es lo que era, a decir por

cómo iba vestido, no lo quemaron vivo. Azuzados hasta el enloquecimiento, la multitud arrancó a la víctima de los brazos de Pebr y empezaron a aporrearlo y a darle puñetazos. El cuerpo quedó pronto atrapado en la masa y desapareció de la vista. Reapareció, mientras lo lanzaban de grupo en grupo y lo agredían con uñas, dientes y navajas. La piltrafa ensangrentada que quedó cuando la multitud se cansó de semejante actividad apenas podría reconocerse como ser humano.

Bedwyr se estremeció al ver a una mujer con elegante pañuelo gris lamerse la sangre que tenía en los dedos, impertérrita. Muchos hombres bailaban y daban vueltas, otros rezaban y algunos, como Pebr, permanecían de pie impasibles, observando cómo hervía la exaltación de la sangre entre la multitud. Algunos de los más encandilados estuvieron a punto de enzarzarse entre sí, hasta ese punto llegaba el furor, pero Gronw levantó las manos y reclamó que se calmaran.

Al final le obedecieron, pero solo por la fuerza y la autoridad que imponía la espada de Pebr.

—Ceridwen ya ha celebrado y bebido bastante —gritó Gronw exultante—. Os bendecirá en los días venideros. Pero estad atentos para levantaros cuando oigáis la llamada de que el cáliz ha vuelto.

La gente vitoreó sus palabras y todos dieron fuertes pisotones para compartir su furor.

—Cuando esta multitud se haya ido —juró Galahad desde donde estaban—, Gronw y quienquiera que sea el que está con él tienen que morir.

—Sí —susurró Bedwyr—. Puede que nuestra primera misión sea encontrar el cáliz de Lucius, pero asesinar y fomentar la revolución son palabras mayores.

—¿Has visto alguna vez hombres o mujeres que hayan cometido actos tan viles como los que acabamos de presenciar? —preguntó Percival a Bedwyr.

—Sí. Cuando la gente carece de una mente fuerte que les guíe, se vuelven bestias con facilidad. Pero estos animales no son los fieles de antaño. Utilizan la religión para justificar el tremendo odio que sienten por la causa de Artor y de occidente.

—Puede que nosotros mismos fuéramos como bestias, si no estuviéramos regidos por leves civilizadas.

—Dios no debiera perdonar la vida a los que participan en actos tan degenerados como los que hemos visto esta noche —susurró Percival. Tenía el rostro perturbado del horror.

Los tres observadores esperaron horas, pues los miembros más respetables del rebaño de Gronw se fueron sigilosamente, pero el ansia de los hombres y mujeres que quedaron se transformaron en ansias de sexo y vino. Más tarde cuando ya empezó a nevar y la hoguera se fue apagando, la noche se tiñó de una aparente calma y los guerreros comprobaron sus armas.

Al amanecer, necesitarían sus espadas.

CAPÍTULO XIX

LA BRUJA AZUL

EL FRÁGIL EQUILIBRIO de occidente empezó a tambalearse un mes después de que el rey Mark se hubiera marchado de Cadbury. Un maravilloso día de primavera, en que el azul del cielo había conseguido vencer definitivamente los tormentosos nubarrones del invierno, llegó a la ciudadela una de las más viejas enemigas de Artor.

Por el camino arribaba un retén de guerreros todos vestidos de negro. Al ver a la mujer que traían con mucho fasto en una parihuela también negra, como la noche, los ciudadanos se apartaban, cubriéndose el rostro.

Llegaba Morgana a Cadbury Tor.

Enseguida se expandió la noticia entre los habitantes; todos hablaban de ella por los diques, por las fortificaciones que subían en espiral hasta la ciudadela, hasta que el rumor llegó al palacio del rey.

«Ha llegado la bruja», decían todas las lenguas, mientras los ancianos que recordaban cómo se llamaba y las cosas que había hecho rogaban a todos los dioses que se la llevara antes de que les arruinara la vida con su mirada maléfica.

Artor no salió de palacio para recibir a Morgana. Esperó a que ella llegara. El rey aguardaba sentado en el trono, acompañado de su mujer, que se mostraba nerviosa y malhumorada. Se encontraba solo, sin aquella cara amigable de Elayne, sin la tranquilizadora presencia de Percival.

Morgana entró en el palacio real en el palanquín que portaban cuatro miembros de su guardia. Artor notó que su figura había encogido, la veía diminuta, así vestida toda de negro luto.

Artor se levantó, sin dejar que se le notara el más mínimo rastro de debilidad en su cuerpo cansado. Con el vigor que aparentaba así erguido, con las piernas algo separadas y los hombros rectos, debió impactar profundamente a su hermana.

Los guardias ayudaron a Morgana a bajarse de las andas. Con paso de anciana se acercó al trono. Un Artor de ojos cansados observaba aquellos andares renqueantes y la mano surcada por las venas que se aferraba insegura a un bastón con forma de serpiente. Pese a la enemistad que les había separado durante años y años, Artor sintió una punzada de dolor al ver cómo se había disipado su belleza.

Con la mano que tenía libre Morgana se retiró la capucha.

La anciana tenía toda una línea tatuada, que le nacía en el pelo y le llegaba hasta el cuello de su ropaje. Serpientes, demonios, arañas y otras terribles criaturas emergían de su piel marchita en un azul añil, como si sus facciones estuvieran perennemente entreveradas con habitantes de un universo infame. Empezaban a amarillearle las canas, cada vez más débiles, y apenas se le veían los labios, tan finos, que ocultaban lo que quedaba de aquellos afilados dientes.

—Mis respetos, hermano —dijo con aspereza, con una voz que había perdido ya toda su seductora musicalidad—. Parece que el tiempo no pasa por ti, según veo.

Morgana seguía teniendo una mirada viva, joven, con destellos maliciosos. Artor sintió una punzada aún más aguda de dolor. Su hermana se parecía cada vez más al hombre que ella tanto había detestado, Uter Pandragón.

—Toma asiento, hermana, y pide lo que quieras —contestó Artor con suavidad—. Has hecho un largo viaje y creo que no te encuentras muy bien.

Morgana le miró sorprendida ante su interés.

—No te apiades tanto de mí, rey de los britones, porque pronto te veré en el ataúd. Pero sí, como estoy cansada, que me sirvan una copa de vino. Tú nunca recurrirías al veneno, a diferencia de otros.

Un criado le acercó lo que pedía. Morgana al coger la copa acarició la mano del muchacho con el dedo índice. El criado dio un respingo y Morgana se echó a reír satisfecha, viendo lo asustado que estaba.

—Veo que sigues infundiendo terror a los simples mortales, hermana —dijo Artor con frialdad—. Creía que a estas alturas ya te habrías cansado de gastar bromas tan desagradables.

Morgana miró fijamente a su hermano.

—No soy un segundo Uter, ni necesito de tus brujerías para mantener el reino bajo control —añadió—. Ni para mantener recuerdos de juventud.

—Claro. ¿Estás seguro? —contestó Morgana volviendo sus ojos torvos hacia Wenhaver, que se encogió ante aquella mirada fría como la obsidiana—. Así que esta vaina marchita y desvaída es todo lo que queda de la famosa Wenhaver, mujer bellísima, noble y puta donde las hubiera. Desde la boda no te he vuelto a ver. ¡Vaya lío montaste! Supongo que no habrás sido buena pareja de baile para mi hermano.

Wenhaver abrió la boca para responder a las invectivas de Morgana sobre su carácter y su aspecto físico, entrecerrando los ojos con gesto vengativo.

—Al menos no soy tan abiertamente horrorosa como tú, Morgana —contestó delante de los nobles, que se miraban boquiabiertos por el valor con que se enfrentaba a la famosa bruja.

—No intervengas, Wenhaver —le ordenó Artor.

—Obedece a tu señor, Wenhaver —intervino Morgana con voz cascada—. Ya le has traicionado bastante con todo tipo de hombres, o sea que al menos concédele tu silencio —y levantó uno de sus dedos retorcidos ante Wenhaver, que se tapó la cara con las manos, horrorizada.

Artor se echó a reír.

—Olvida tus tretas conmigo, hermana. No pretendas convertirnos en ranas, ni herimos con encantamientos; eso solo tendría sentido si decidiéramos creer que eres capaz de lo que dices. Pero rechazo tus poderes, del primero al último.

Ahora le tocaba reírse a Morgana y lo hizo con una carcajada que provocó el miedo en la sala, porque era casi infantil.

De repente a la anciana se le borró la sonrisa.

—Bueno, ya está bien de tanta bromita, hermano —dijo—. Tengo noticias muy urgentes que darte. Que para eso me he embarcado en este viaje agotador.

—Ya imagino que no venías por el amor fraterno que nos une, Morgana, aunque una de las cosas que más siento es que desde siempre haya habido una brecha entre nosotros, provocada por el hecho de que yo naciera de quien naciera. Siempre he admirado en ti tu valentía y tu desfachatez. Y ahora, cuéntame esas noticias.

Con una sonrisa Morgana miró a Artor sin su habitual desdén.

—Si te soy sincera, hermano, yo también te habría querido, si no hubieras sido hijo de Uter del Dragón. Pero en ese caso, tampoco serías ahora Artor, El Guerrero de Occidente, supongo. El destino escribe siempre en renglones torcidos y exigentes.

Artor empezaba a sentir una acalorada indignación, al ver que seguían jugando al viejo e inútil juego de siempre.

—¡Basta de discusiones, Morgana! Ya sabemos todos que no nos gustamos.

—He venido para decirte, hermano, que el rey Lot y la reina Morcadés han muerto.

Artor sintió que le flaqueaban las piernas. Se arrellanó en el trono para que los nobles no notaran su debilidad.

—¿Cuándo ha pasado? ¿Cómo?

—Lot siempre fue un hombretón, pero últimamente apenas tenía fuerzas para levantarse del trono. Hace tres semanas lo encontraron muerto junto a su butaca. Se debió de caer mientras dormía. Cuando encontraron el cuerpo, tenía la cara amoratada; parece que, al no poder enderezarse, se ahogó por su propio peso.

Morgana no mostraba signo alguno de compasión, pero Artor sintió un escalofrío al enterarse de la manera tan terrible en que había muerto su cuñado. El rey supremo no podía dejar de imaginar la angustia que habría pasado Lot, con aquella presión sobre el pecho, sin poder respirar, hasta que ya no pudo más.

—Lot y yo no éramos tan amigos; realmente veíamos casi todo de manera distinta, pero no por ello dejo de reconocer que era un rey capaz y valiente. Lo echarán de menos.

Morgan esbozó una ligera sonrisa.

—Supongo que alguien lo echará de menos, sí.

—¿Y Morcadés? No creo que muriera de pena. ¿Cómo murió?

—Justo cuando murió Lot, a la semana, cuando ni siquiera habían salido los jinetes para informar al príncipe Galván de que se había convertido en rey de los

otadinos, la reina apareció envenenada por una criada. Y te digo una cosa, la asesina me dijo todo lo que sabía antes de morir.

Artor sintió que su mundo dejaba de girar.

—Explícate, Morgana. Si mi hermana fue asesinada en un complot, tengo que conocer los detalles. Porque si no vengamos su muerte, corremos todos el riesgo de morir en similares circunstancias.

—Me conmueve lo que dices, querido hermano. Pero llegas tarde. La criada era una chica picta, tomada como esclava desde niña, en la que mi hermana confiaba incondicionalmente. A Morcadés nunca se le pasó por la cabeza desconfiar de ella, porque la mujer empleaba todo lo que sabía sobre cremas y ungüentos para conseguir que mi hermana se mantuviera bella. A Morcadés la mató su vanidad, desde luego, eso está tan claro como que le pusieron veneno en el aderezo facial. Creo que la criada utilizó plomo, algo que provocó a Morcadés una muerte agónica. Esos venenos tardan su tiempo en hacer efecto, por lo menos meses. Si hubiera estado en la corte, habría notado que mi hermana estaba cada vez más débil, que apenas tenía apetito o que le dolía algo. Pero no estaba.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Artor, dando vueltas a las posibles respuestas—. ¿Qué se ganaba matando a la anciana reina?

—Supongo que esto llevaba años planeándose. Y hasta cierto punto imagino por qué. Como Galván se ha pasado más de la mitad de la vida a tu servicio, su pueblo apenas lo conoce. Y si no vuelve a toda prisa, no podrá reclamar su derecho al trono.

Artor se volvió hacia Odin.

—Que venga Galván.

—La criada aguantó la tortura mucho tiempo. Alimentado durante años, el odio es un arma potentísima y un buen escudo frente al sufrimiento. Pero poco a poco ni siquiera esa obsesiva animadversión suya le sirvió para aguantar el dolor. Al final imploraba que le dejaran contar todo lo que sabía —Morgana se detuvo para recobrar el aliento—. La mujer se había visto influenciada por un amante que ella tenía por picto, pero en el norte no hay nadie que sepa nada de él. Lo que sé es que tiene un solo ojo y que lo llaman Pydyth. No he podido dar con él, pero creo que la traicionó y que está detrás de la muerte de Morcadés.

—Pero sigo sin entender el porqué —murmuró Artor—. La muerte de Morcadés no sirve de nada, en lo que yo veo.

—No seas ingenuo, Artor. Los otadinos están rebelados y no te van a servir de nada si se levantan contra la corona. A Morcadés la respetaban y la querían. Ella habría apaciguado a la gente y habría hecho valer el nombre de su hijo. Su muerte es una gran pérdida para ti y para Galván, pero lo peor es que los otadinos la hayan perdido, cuando creían que era eternamente joven. Yo puede que amedrente a esa tribu, pero ella los sobrecogía —Morgana sonrió al ver la preocupación que dibujada el rostro de Artor—. Te aconsejo que andes con cuidado, hermano.

Llegados a este punto, Galván entró en la sala a grandes zancadas. Al ver a su tía

sentada junto al rey, se habría dado la vuelta, si no fuera porque Artor se adelantó y le expuso brevemente lo que pasaba.

Galván agitó la cabeza, como para demostrar que su pérdida era irreparable.

—Tengo que volver a mi pueblo, señor, lo antes posible —dijo impulsivamente —. Tengo que ver dónde han enterrado a mis padres.

—Sí, has de salir de inmediato —convino Artor—. Enid y tus hijos lo estarán pasando mal, teniendo que hacer frente a la muerte de los dos soberanos —frunció el ceño—. Ten mucho cuidado por el camino, porque empiezo a sospechar que hay alguien empeñado en que nadie de mi estirpe ocupe ningún trono. Ten claro que no sería raro que te hicieran una emboscada durante el trayecto.

—Llévate mi guardia contigo, si quieres —dijo Morgana—. Son fieles a los descendientes de Lot.

Galván se lo agradeció y se dispuso a marchar.

—Búscate un buen caballo, Galván —añadió Morgana en tono amigable—. Estás engordando; recuerda que eres hijo de tu padre.

—Zorra —murmuró Galván—. A ver si pasas algún rato con Galahad cuando vuelva. Os entenderíais a la perfección.

Morgana sonrió.

—No necesito a semejante mojigato, que anda por ahí a tu servicio —contestó—. Puede que Galván no sea muy listo, pero al menos tiene buenas aptitudes para cosas cruentas. Galahad, sin embargo…, ese no vale para nada. Seguro que Enid engañó a su esposo cuando dio a luz a semejante criatura.

Afortunadamente Galván no oyó lo que pensaba Morgana sobre su hijo.

Y, con la prudencia que le caracterizaba, Artor tampoco añadió más comentarios sobre el joven.

—¿A que no me engaño si digo que me vas a buscar una buena cama, hermano? Estoy agotada y hasta una vieja bruja como yo tiene derecho a tomarse un descanso de vez en cuando.

—Antes de que te retires a tu bien merecido descanso, Morgana, tengo una última pregunta que hacerte. ¿Estás segura de que Lot murió accidentalmente? Me cuesta creer en las coincidencias, y esto de que los dos soberanos murieran casi a la vez, con tan poco tiempo de diferencia uno de otro, me resulta demasiado increíble. Y por otra parte, si hay que concederle algún tanto a la casualidad, tampoco ayuda que existan esos indicios revolucionarios precisamente en el norte.

Morgana esbozó una leve sonrisa. Una imagen grotesca.

—Sí, el charlatán te está causando problemas, ¿verdad? Pero pronto pagará por sus blasfemias —entornó los ojos cansados—. A Lot podrían haberlo matado fácilmente, sí, desde luego, no era difícil, pero en la intimidad Lot solo se rodearía de gente de total confianza. Lot era gordo, pero no imbécil, hermano. Aunque, si lo hicieran por sorpresa, puede que alguien lo asesinara, sí.

—Supongo que no importa tanto —murmuró Artor.

—¡Claro que importa, Artor! —bufó Morgana—. Si fue Fydyth el que mató a Morcadés y a Lot, lo hizo como parte de una trama más compleja. No pienso perdonar ese asesinato, ni las razones que lo respalden. Fydyth, o como se llame, se va a acordar, antes de que termine con él.

—Sólo si lo encuentras antes que yo —dijo Artor—. Gracias por venir en persona a contarme todo esto. Teniendo en cuenta tu historia y tu pasado, aún no entiendo cómo valoro tanto tus opiniones.

Morgana se levantó y se inclinó ante el rey. Por mucho que intentara recordar algo similar, Artor juraría que era la primera vez que lo hacía.

—Que duermas bien, hermano. Los huesos me dicen que también tú necesitas descansar —y sonriendo, se volvió hacia la reina—. A lo mejor, cuando descanse, te leo el futuro, Wenhaver.

La reina apenas pudo ocultar la repulsión que le provocaba la bruja.

La presencia de Morgana, incluso cuando se encontraba aislada en sus aposentos, teñía el ánimo de todas las criaturas que vivían en la fortaleza.

Galván salió de madrugada. Y por la mañana llegó la noticia de una nueva deserción. Mordred había partido a altas horas de la noche, dejando a un criado encargado de informar al rey de que estaba de luto por su madre y que regresaba al norte para ofrecerle sus servicios a Galván.

Morgana se sonrió al oír la noticia.

—Si pensaba que no me iba a enterar, se equivocó. Era el sibarita ese de negro, ¿no? Morcadés hizo muy bien en quitarse a esa criatura del medio. Leí los huesos cuando nació y más te vale tener cuidado con ese joven, Artor.

—¿Crees que me va a matar?

—Nadie puede matarte del todo, Artor. Pero ya te ha herido. Quiere el trono y derrumbará lo que encuentre a su paso para lograr sus ambiciones. Te odia con toda su alma y pretende poner fin a tu reinado por todos los medios. Quizá por eso yo debería mirarlo con buenos ojos, lo mismo que a sus planes y estratagemas. Pero ¿cómo me voy a unir yo a un monstruo de su calaña? Ese tipo no merece ni que lo tenga en cuenta.

—Me halaga tu franqueza, hermana. Pero no te has equivocado al juzgar a Mordred. Incluso se dedica a violar niños por placer. Es un verdadero monstruo, mientras que tú simplemente das miedo.

Morgana golpeó suavemente el rostro de Artor con una mano totalmente retorcida. Por la suavidad con que lo hizo resultó casi una caricia.

—Nunca te he despreciado, Artor. Si tu padre no hubiera matado al mío… bueno, para qué volver sobre lo que pudo haber sido… Pero siempre hemos sido francos en reconocer nuestra enemistad y los dos menospreciamos las tramas y las maquinaciones que urden los seres inferiores. A Mordred no se le puede permitir reinar porque es un cobarde y, si le dejan, se convertirá en un déspota.

—Sí, Mordred es más capaz de matar a Galván por la espalda que de prestar

ayuda material a los otadinos —convino Artor—. Confío en que Galván sea sensato, porque Mordred puede reclamar también ese trono.

—Tú eres el que tiene que tener mucho cuidado, Artor —le advirtió Odin, que no consideró siquiera la presencia de Morgana, por miedo a lo que pudiera ocurrirle a su señor—. Mordred ha decidido hacer un esfuerzo. Así que debe estar tramando algo. Es como si la pérdida del rey Lot y la reina Morcadés le hubiera otorgado algo parecido a la ventaja de la que hablaba Targo.

—Pues claro que está tramando algo, juto zopenco —dijo Morgana de malas maneras—. Ése no hace nada que no vaya en su propio beneficio.

—Pero yo no puedo entretenerme ahora con posibles amenazas —contestó Artor —. En el norte se nos acumulan miles de amenazas reales. Tengo que avisar a las fortalezas. Lo que nos faltaba es tener otro de esos veranos sajones con nuestros mejores aliados en plena revuelta. Los ordovicos están demasiado al alcance de Mordred y como son los segundos mejores aliados que tenemos, si caen nos veremos en un compromiso bien serio. Quiero creer que siguen fieles a nuestro pacto, pero los gemelos cayeron precisamente por llevar a cabo mi encomienda. Bran puede estar resentido por la muerte de sus hermanos. Y ¿el rey Mark? Más confiaría en la fidelidad de una serpiente que en la palabra de ese tipo.

Odin se pronunció en la misma línea.

—Targo siempre decía…

—… Unidos venceremos, pero divididos somos todos una puta mierda —dijo Artor, terminando la frase por él.

Los tacos sonaban raros en boca del monarca. Sólo Morgana se rió de la broma.

LOS TRES GUERREROS planearon atacar a Gronw justo antes de amanecer, pensando que a esa hora al druida solo le quedarían unos cuantos fieles haciendo guardia. El sol saldría a sus espaldas, siempre que de una noche tan lúgubre pudiera nacer un mínimo rayo. Si lo hacían bien, contarían con la ventaja de sorprender a su enemigo.

Los tres hombres avanzaban hacia las ruinas arrastrándose por el suelo, y aprovechando cualquier hondonada del terreno para esconderse. En un momento dado, Bedwyr tuvo que dejarse caer en un charco de sangre helada, donde había muerto el jornalero a manos de la muchedumbre. Siguió adelante, ayudándose con los codos para avanzar entre la nieve apelmazada.

Llegaron a la cabaña y, agazapados bajo la nieve apilada junto a las paredes de madera, esperaron a que saliera la presa.

Galahad había sugerido realizar un ataque rápido en plena noche, pero Bedwyr lo desanimó. Tenían que ser cautos. No sabían si Gronw estaba solo, con el tuerto, o si tenía algún cuerpo de guardia. Percival recordó a Galahad que la otra noche, en medio de aquella brutalidad, había buen número de guerreros.

—Y si morimos todos, Galahad, el cáliz seguiría en manos de Gronw —explicó Percival—. Y eso sería una verdadera torpeza por nuestra parte. No podemos atacar sin más, antes de conseguir más información.

Galahad al final aceptó las razones de Percival, pero incluso ahora que estaban allí escondidos junto a la puerta de la cabaña, Bedwyr miraba a Galahad sin demasiada confianza.

De repente, la puerta de la cabaña se abrió de un portazo y salió el tuerto dando grandes zancadas y poniéndose unos guantes de piel.

Cuando pasó junto a él, Bedwyr contuvo el aliento. Y entonces, en una explosión de nieve y energía, se levantó y le asestó por detrás un golpe en la cabeza con la empuñadura del cuchillo de Arden.

El tuerto había notado que algo se movía tras él y llegó a gritar un poco para avisar a los demás, pero la fuerza de Bedwyr blandiendo el arma lo silenció.

A partir de ese momento todo el Hades cayó sobre los tres guerreros.

Cosas del destino, Pebr era un hombre precavido. Y al salir había despertado a Gronw y a los cuatro guerreros que les asistían en el viaje que iban a emprender. Los soldados se levantaron a regañadientes. Y ahora, advertidos por el grito de aquel canalla, los cuatro salieron como fieras con las espadas en alto.

—Mierda —dijo Bedwyr, dándose la vuelta.

En ese momento un golpe de espada que pretendía rebanarle el brazo por el hombro le pasó rozando. Pero cuando empezaron a patearle en el costado, notó que le estaban partiendo las costillas. El ruido era inconfundible.

Galahad se encaraba a los guerreros, blandiendo su espada al aire en arcos cada vez mayores para obligarlos a separarse. Tras un certero golpe en los genitales, uno de los hombres cayó abatido, en medio de un charco de sangre.

Sin detenerse a mirar al tipo que se retorcía en medio de la nieve teñida de rojo, Galahad fue a por los otros.

Percival entró en la cabaña como una exhalación, al tiempo que Bedwyr intentaba incorporarse y empuñar su arma.

Mientras Galahad se batía con dos inmensos y velludos guerreros, Bedwyr se ocupaba de un tercero, utilizando las tretas más sucias que había aprendido en las tabernas y los antros del norte. Librándose de un golpe mortal, Bedwyr cortó los ligamentos de la pierna de su adversario. Las extremidades cayeron, momento en que Bedwyr aprovechó para asestarle una puñalada de muerte en el esternón.

El espadachín, moribundo, resopló sorprendido y cayó ante Bedwyr en medio de un chaparrón de sangre y nieve. Mientras tanto, Galahad intentaba deshacerse del último guerrero.

Al levantar la vista, con los ojos casi cegados por la nieve, Bedwyr divisó una figurilla que se abría camino a duras penas hacia unas ruinas de enfrente. Con los pies se deshizo del cadáver que lo tenía medio apresado.

—¡Gronw! —gruñó. Con gran esfuerzo, todo dolorido, empezó a perseguir al

picto que pretendía escapar. Pero cuando apenas pudo llegar al enorme agujero que se abría en las paredes de las ruinas, vio que de la oscuridad salía un caballo a toda velocidad, guiado por su jinete.

Gronw se escapaba.

—¡Galahad! —gritó Bedwyr con todas sus fuerzas—. ¡Galahad! ¡Gronw se va con el cáliz!

Galahad dejó de juguetear con su oponente. Lo rajó prácticamente en dos por el estómago y se fue.

—¡Tu caballo! —seguía diciendo Bedwyr a gritos, señalando con el dedo el bosquecillo donde habían dejado los animales—. ¡Ve tras él, Galahad! ¡Yo te sigo en cuanto encuentre a Percival!

Galahad no necesitaba que le dijeran más. Avanzó dejando grandes surcos en la nieve y se perdió tras la línea de árboles.

Con una mano en las costillas para aguantar el dolor, Bedwyr intentaba recobrar el aliento, después del esfuerzo. Al ver que el tuerto empezaba a moverse un poco, se quitó los gruesos cordones que usaba como cinturón y le ató las manos a la espalda lo más fuerte que pudo. Cuando lo registró para ver si llevaba armas, comprobó que entre los ropajes escondía buen número de cuchillos afiladísimos.

—No es un vulgar mercenario —comentó Bedwyr, elevando el tono como si estuviera dirigiéndose a los cadáveres que yacían a su alrededor, esparcidos por el suelo, viscoso y ensangrentado. La espada que utilizaba el tuerto tenía la empuñadura decorada con un capuchón de zafiro y el hombre llevaba un sello en el dedo pulgar.

El silencio resultaba incómodo.

—¿Percival? —Bedwyr empezaba a horrorizarse—. ¿Dónde estás? Molesto y blasfemando por el dolor que tenía en el pecho, entró como pudo en la cabaña, que le recibió en la más plena oscuridad. Estaba seguro de que Percival había caído, porque si no, si hubiera tenido fuerzas para blandir su espada, jamás habría permitido que Gronw se marchara con el cáliz.

Del fondo de la estancia Bedwyr oyó que salía un ligero sonido, mitad quejido, mitad aviso. Su compañero estaba allí, echado sobre un barullo de pieles, todo acurrucado, en posición fetal.

—Percival, amigo —dijo Bedwyr con voz cálida y suave—. ¿Qué te han hecho?

Percival al desplomarse había perdido el casco, pero apenas se veía sangre en las pieles que tenía debajo. En aquella semioscuridad el noble guerrero parecía un chiquillo agotado, con todo el pelo revuelto por la frente.

Bedwyr intentó incorporar el cuerpo de su amigo, pero Percival lanzó tal aullido de dolor que Bedwyr decidió simplemente recostarle la cabeza sobre una improvisada almohada, aprovechando unas pieles que había por allí. Cogió la mano de su compañero hasta que el joven malherido abrió los ojos.

—Bedwyr —dijo apenas sin aliento—, se me escapó Gronw.

—No te preocupes. Galahad ha tomado el testigo y galopa tras él. Aunque tarde

años, aunque le cueste la vida, Galahad encontrará el maldito cáliz y a Gronw, dalo por hecho.

—Corre tras Galahad, Bedwyr, tienes que disuadirlo. Gronw lo matará.

—Cálmate, Percival. Ya nos reuniremos con el cabezota de nuestro compañero cuando te encuentres mejor.

Percival suspiró.

—Soy un guerrero, Bedwyr. No me hacen falta palabras dulces. Sé que me estoy muriendo. Te ruego que salves a Galahad, porque ese cáliz lo va a matar, como me ha matado a mí.

Percival cerró los ojos y parecía dormir.

Bedwyr se retiró un poco para coger un jarro que había visto en una bolsa abandonada a toda prisa junto al umbral. Estaba asqueroso, lleno de grasa. Salió para lavarlo en la nieve lo mejor que pudo. Luego recogió algo más de nieve limpia y volvió a entrar en la cabaña.

Aunque apenas quedaban ya unos rescoldos en el hogar, Bedwyr logró reanimar alguna llama para derretir la nieve y calentarla un poco. Cuando el agua empezaba a templarse, Bedwyr vio que Percival se movía ligeramente y le ayudó a dar unos pequeños sorbos.

—¿Todavía estás aquí? —Bedwyr tenía que esforzarse mucho para oír el hilo de voz que salía de la boca de Percival—. Bueno, Dios dirá.

—¿Cómo consiguió darte Gronw?

—Tuve yo la culpa —susurró Percival—. Lo había acorralado sobre estas pieles. Estaba desesperado y me dijo que el cáliz estaba en las vigas del rincón.

Bedwyr entendió al instante.

—Y no pudiste evitar la tentación de coger el cáliz, ¿no? Tenías que tocarlo con tus propias manos, siquiera una vez.

—Justo… y lo cogí, sólo un momento —el guerrero que había en Percival se sonreía al recordar lo estúpido que había sido, pero el sacerdote que también tenía en su interior estaba deseando entonar himnos de alegría—. Es un objeto muy sencillo. Tan corriente, tan simple, mucho más simple de los que venden en cualquier mercado. Pero al cogerlo entre las manos, sentí una paz inmensa, como si nunca fuera a estar más feliz. Estaba como encantado. Y entonces Gronw me apuñaló por la espalda. No siento nada en la parte inferior del cuerpo y tengo frío… ¡Un frío horrible!

Bedwyr se sentía consternado. El guerrero más noble, el más ilustre de los hombres de Artor estaba apagándose delante de él y no podía hacer nada para impedirlo.

—Pero tú no eres presa fácil, Percival —le dijo Bedwyr con voz suave—. Ni siquiera cuando estás distraído.

—Al caer, Gronw me arrebató el cáliz de las manos, pero eso ya no importa. Aún siento su poder sobre mí.

—Me alegro, Percival. Pero deberías descansar y dormir un poco.

—Pronto me sumiré en el más profundo de los sueños, en un sueño que me confortará hasta el día del Juicio Final —dijo Percival con una sonrisa—. Déjame que siga hablando, mientras pueda, porque estoy muy lúcido. Lo único que no siento es el cuerpo, me pesan los miembros y veo que no responden a mis estímulos.

Bedwyr arropó la cabeza de Percival en su regazo y siguieron hablando a ratos, en los momentos en que el guerrero se despertaba de sus letargos.

—Si puedes, intenta que Artor no tenga que sufrir los peores estragos que le depara el destino, porque es mi señor amado y torturado —dijo Percival en un momento dado—. Y te pido también que abandones mi cuerpo a las fieras —añadió poco después.

Bedwyr únicamente pudo asentir con la cabeza, sumido en un profundo pesar.

—Galahad te va a necesitar ya. Cree que la fe le protegerá frente al poder de la brutalidad pagana. Pero es muy joven. Yo tendría que haber esperado y compartir contigo y con Galahad el cáliz y lo bueno que hubiera en él. Pero me sentí cautivado, y ese egoísmo me ha llevado a este final tan innoble.

—No digas eso, Percival —argumentó Bedwyr—. Eres el mejor guerrero y el más noble de los que he conocido. Estás entre los excelsos.

Percival agarró la mano de Bedwyr, sin apenas fuerzas.

—Estaba en falta, Bedwyr —dijo con un suspiro—. La maldición del cáliz saca nuestros más íntimos deseos y nuestras más enormes torpezas. Y Artor no debe cogerlo. Ni nadie, a menos que tenga el alma limpia y pura como la tenía Lucius de Glastonbury.

El tiempo pasaba y Bedwyr escuchaba el crepitar de las llamas. Percival estaba callado, pero respiraba. De repente dio un grito muy agudo.

—¡Sálvala! ¡Sálvala! ¡Salva a la niña!

Bedwyr pensó que Percival ya no estaba allí, había partido y se encontraba en otro tiempo y en otro lugar, pero en ese momento el moribundo abrió los ojos de par en par, unos ojos que destellaban un brillo casi sobrenatural.

—Dile a Niniana que la amo profundamente, casi tanto como amo a mi Dios. Díselo.

—Se lo diré, Percival. Se lo diré. Lo juro.

Entonces Percival sonrió con inmensa dulzura y murió.

Bedwyr no tuvo tiempo de llorar o de compadecer la muerte de un amigo que caía en acto de servicio. Percival había sido el mejor guerrero de todos ellos y Bedwyr no podía quedarse con él velándolo, como habría deseado su rey. Pero los perros del Hades venían siguiéndole los talones.

Sintió que lo embargaba una ira fría y despiadada. A grandes zancadas, salió de la cabaña al campo de muerte que se abría ante él. Necesitaba dar salida a aquella cólera.

Y allí, como si su cruel plegaria fuera atendida, yacía el cuerpo de Pebr, boca

abajo, consciente y furioso con sus ataduras. El tuerto lo miraba con ojos abotargados y los labios muy apretados, como retando a Bedwyr, indicándole que no pensaba hablar.

—No pretendo perder el tiempo con gentuza como tú, que no sois más que carroña. Dime ahora mismo dónde está tu dueño. ¿A dónde se dirige Gronw?

El tuerto le escupió a la cara.

El cornovio se limpió la baba pensativamente.

—El noble Percival te habría perdonado este agravio concreto. Pero mi ley es la del diente por diente. Mi amigo está ahí muerto a manos de Gronw y yo pienso vengarme contigo por todo lo que ha sufrido.

—¡Haz lo que quieras, cerdo!

Bedwyr empezó a sacar leña de la cabaña.

—Debes tener frío, señor. Si tuviera tiempo encendería una hoguera perfecta y buscaría un buen espetón para ir cociéndote lentamente, como en su día me enseñaron los sajones. Pero me temo que llevo prisa.

El tuerto lo miraba con desdén.

Bedwyr reunió un buen montón de leña a los pies de su prisionero, después de atarle las piernas juntas, para que no se moviera tanto. Por muchas coces que diera, Pebr no conseguiría desmoronar el montón de leños.

Bedwyr prendió el fuego.

Como el tuerto yacía boca abajo, no podía respirar el humo, algo que le habría aliviado la agonía dejándolo primero inconsciente. Sentado en el umbral de la cabaña, limpiándose las uñas, como si no pasara nada, Bedwyr luchaba por mantenerse inconmovible ante los gritos de aquel hombre.

El tuerto era un tipo duro, pero nadie puede soportar el sufrimiento de morir abrasado. Cuando Pebr ya no sentía los pies, Bedwyr avivó el fuego para que le subiera por las piernas. Y no se avergonzaba de estar aplicando semejante tortura.

Al final, enloquecido por el dolor, el tuerto admitió que se llamaba Pebr, aunque había utilizado muchos otros nombres mientras estuvo al servicio de su señor, incluido el extranjero Fydyth.

—Bien, Pebr, te doy mi palabra de que si hablas, apagaré la fogata. No tienes más que decirlo.

Entre gritos y lamentos, Pebr rogó que le dejara hablar.

Bedwyr apagó el fuego con la nieve. Pebr sollozaba mientras se miraba los pies y las piernas carbonizadas. Estaba a punto de desmayarse, pero Bedwyr le dio una bofetada para que recobrara la conciencia.

—Te lo voy a preguntar con suavidad. Sólo una vez. ¿A dónde se dirige Gronw?

—Seguirá el curso del río, hasta el mar y allí cogerá la calzada romana que se dirige al norte, hacia Bravoniacum. Y luego se encontrará con amigos que lo guiarán el resto del camino.

—Buen chico, Pebr. Y una cosa más. ¿Quién es tu señor? ¿Quién os da el oro?

A Pebr se le incendió la mirada del único ojo que tenía.

—¡Yo no sirvo a ningún amo! ¡Tengo mis propios medios!

—Vaya. Con lo bien que nos estábamos entendiendo. Tendré que buscar más leña.

—¡No! —gritó Pebr pero Bedwyr ya estaba dirigiéndose a la cabaña—. ¡El rey de los brigantes es el que me paga! Pertenezco a esa tribu y Mordred es mi señor. Estoy a su servicio.

Bedwyr se volvió, mostrando un enorme desprecio en el gesto.

—Así que eres mercenario además de traidor. Ya lo suponía. Sólo alguien capaz de que lo sobornen y lo paguen soportaría tener un amo como Mordred.

—¡No! Soy un patriota. Artor asesinó a mi señor, Lord Simnel y dejó que los cuervos devoraran su cadáver. Simnel era el auténtico rey de los brigantes y desde aquello juré su venganza.

Bedwyr escupió al suelo, justo al lado de la torturada cara de Pebr.

—Tu señor robó el trono al rey Luka. ¿Qué esperabas que hiciera Artor?

—Yo cumplía mi juramento, como tú. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

La declaración terminó en un aullido, porque Bedwyr acababa de disponer un tronco sobre los genitales de Pebr.

—¿Y qué más barbaridades te ha ordenado realizar tu señor?

Pebr contestó de un tirón, sin apenas detenerse para respirar.

—Ya está todo listo y el camino para llegar al trono de occidente casi despejado. Esa mala pécora de Morcadés ha muerto. Engatusé a una de las criadas para que añadiera veneno a los afeites que la señora utilizaba a diario. Tardó meses en morir. Y también hice caer del trono al rey Lot, aprovechando que estaba solo. Y como no se podía levantar, dejé que muriera allí, como un cerdo, lo que era.

A Bedwyr se le empezaba a revolver el estómago al ver hasta qué punto Pebr planeaba las cosas.

—¿Y para qué tanto asesinato?

—Mi señor quería asegurarse de que los otadinos no fueran en auxilio de Artor cuando Mordred por fin comience la revuelta que quiere lanzar contra el rey supremo. Así los pretendientes al trono de los otadinos tendrán que pelear unos con otros para decidir la sucesión. Se destruirán en justo castigo a lo que hicieron, porque no movieron un dedo para ayudar a mi amo, que era su aliado, cuando necesitó que le apoyaran.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Bedwyr—. Crees que has hecho un gran servicio a tu señor, pero lo único que has conseguido es levantar hordas contra él. Mordred morirá por traidor. ¿Cómo puede ser tan depravado como para matar a su propia madre?

—Pero Artor y sus descendientes también morirán —añadió Pebr entre lamentos. Empezaba a sentir espasmos en los músculos y se echó a llorar del dolor con voz quebrada—. Sé lo que he hecho. He inmolado mi honor por respetar el juramento que contraje con Mordred. He asesinado por detrás, como cualquier felón. Pero los dioses

entenderán que no he sido más que un mero instrumento, y que me vi obligado a rebajarme hasta los mismos niveles a que se habían rebajado mis señores.

Pese a lo indignado y afectado que estaba por la muerte de Percival, Bedwyr sintió un leve rayo de compasión por el guerrero de los brigantes.

—Siempre habrías podido elegir —afirmó Bedwyr con frialdad—. Por riguroso que sea el juramento, siempre estará por debajo de las leyes divinas y terrenales, pero te dejaste llevar por la vanidad y así es como has llegado a este trance.

Bedwyr dejó a Pebr para regresar junto al cadáver de Percival. Pese a que la razón le aconsejaba partir lo antes posible y salir al encuentro de Galahad, no podía. No podía abandonar allí los restos mortales de Percival; no, sus huesos no servirían de carroña. Por eso pasó toda una hora embalsamando el cuerpo en un sudario de piel y gastó la energía que le quedaba en hacerse con dos caballos que había atados en el bosquecillo.

Derrochó más fuerzas y un tiempo precioso en colocar sobre la grupa de uno de los caballos el bulto de su querido compañero. Y entonces, sintiendo los gritos de protesta que le lanzaban sus costillas a cada movimiento que hacía, Bedwyr se alzó sobre su montura para seguir las huellas que había dejado Galahad sobre la nieve.

Cuando los caballos pasaron junto a él, Pebr se dirigió a Bedwyr gritando, en medio de su tortura.

—¡No me dejes así! ¡Me devorarán vivo! Artor siempre dijo que hasta el peor de los monstruos merece una muerte limpia —Pebr hablaba con voz quebrada por el terror.

Bedwyr se sacó del cinturón el cuchillo de Pebr y se lo tiró, justo para que pudiera cogerlo, aun amarrado como estaba.

—Tienes razón. Artor te habría concedido una muerte rápida, de un espadazo.

A Pebr le rechinaban los dientes.

—Pero yo no soy Artor y me rijo por las leyes que me han enseñado. Como eres celta, te concederé una última oportunidad de que te salves, porque morir devorado por los lobos no es muerte digna de ningún guerrero. Tienes el cuchillo a tu alcance, si te empeñas en conseguirlo. Te servirá para soltarte las amarras, para defenderte de los lobos o para cortarte el cuello. Tú sabrás, Pebr. Si prefieres, llama a Mordred, pero dudo que te haga caso. Pero desaparece, eso sí, Pebr, porque occidente no soportará que pises ya nunca más sus tierras, si es que en algún momento vuelves a poder pisar.

Bedwyr espoleó su caballo y salió al galope por entre la bruma, seguido dócilmente por el segundo caballo, que acarreaba en la grupa tan triste carga.

Tiempo después de haber perdido de vista las ruinas del pueblo, Bedwyr seguía oyendo gritar a Pebr, pero atribuyó aquellos lamentos a los céfiros y a la crueldad de los tiempos.

CAPÍTULO XX

EL HACEDOR DE VIUDAS

GRONW NO ERA hombre de bosque, pero Galahad tampoco lo era más, pese a cabalgar durante días sin cansarse. Uno y otro llevaban a Bedwyr una ventaja de horas y el cornovio sabía que no tenía oportunidad alguna de alcanzarlos.

Pero como Bedwyr si conocía bien el terreno, sabía que Bremetennacum estaba situada a las orillas de un rápido. Así que en vez de seguir las huellas que Galahad y Gronw dejaban por la maleza, se dirigió hacia el sur, para alcanzar el río.

La suerte le favorecía o quizá fuera que aún contaba con la bendición de los dioses.

Lo más rápido que pudo llegó a la orilla del río y, por casualidad, se topó con una pequeña aldea situada en los márgenes, a las afueras de la ciudad. Allí vivían tres hermanos con sus familias, en un grupo de cabañitas cónicas, justo en un lugar en que el río corría con más suavidad gracias a un amplio meandro. Uno de los hombres trabajaba las tierras, otro era herrero y el tercer hermano pescaba con red y salaba el pescado para venderlo en Bremetennacum.

—Este río que tenéis lleva mucha fuerza —observó Bedwyr dirigiéndose al pescador que estaba desventrando la pesca del día anterior antes de ensartar los peces en espetones de madera para ahumarlos.

—Sí —respondió el pescador cauteloso, sin quitar ojo de la armadura de Bedwyr, el cadáver envuelto en pieles y los dos enormes caballos.

—Fluye más rápido que un caballo al galope.

—Sí, señor —murmuró el pescador—. El caballo necesita descansar, pero el río no duerme, está siempre activo, ya toque flujo o reflujo.

—Entonces quizá esa barca ¿podría llevarme río abajo hasta la desembocadura en poco tiempo?

—Sí, siempre que yo fuera tan idiota de dejártela.

Bedwyr se quitó el anillo de oro que llevaba puesto.

El pescador abrió los ojos de par en par.

—No como oro. Necesito la barca para pescar.

Frustrado, Bedwyr rebuscando en la bolsa de Percival encontró una moneda de oro, dos de plata y un puñado de monedas de metal de poco valor.

—No tardaré en devolverte la barca. Eso si llegamos a un acuerdo con el que estés conforme. Te dejaré mis caballos hasta que regrese. Puedo pagarte por usar la embarcación —dijo metiendo las monedas de Percival en la mano del pescador.

El pescador sonrió dejando a la vista dos renegridos colmillos y un enorme hueco en el que en su día debió de haber dientes. En un día se haría una barca nueva, como todo pescador sabía. Estos grandullones eran muy extraños, pero si le doraban la píldora y le daban oro por tan poco, que estuvieran todo lo locos que les diera la gana.

—¿Sabes llevar una barca de éstas? —preguntó el pescador. Sacó las redes de la embarcación circular y la llevó al río boca abajo, apoyada en la cabeza.

—Aprenderé rápido.

Para ser sinceros, Bedwyr detestaba el agua y solo pensar en perder el control de aquella minúscula embarcación, cubierta de pieles y hecha con ramas cimbradas, le ponía enfermo.

El pescador le dio una breve explicación de cómo controlar la barquita y le mostró cómo utilizar una pala de timón improvisado.

Echando todo tipo de maldiciones para acallar su terror, Bedwyr se subió al bote, y nada más hacerlo, la nave, como si tuviera vida propia, dio un giro muy brusco. Con la pala cogida con ambas manos, intentó dominar el movimiento de sus tripas.

—¿Y si no vuelves? —le gritaba el pescador mientras Bedwyr iba alejándose de la orilla.

—Quédate los caballos y envía el cuerpo de mi amigo a su gente —contestó Bedwyr entre jadeos, atento a la corriente.

El agua pronto se hizo con la embarcación y la arrastró río abajo. Bedwyr, esforzándose por mantener el equilibrio y aullando de dolor por la presión que ello suponía para sus costillas, consiguió mantener la barca en la parte central del río. A los lados veía pasar a gran velocidad pequeñas aldeas y cabañas aisladas. Parecía que iba a marearse, pero fijando la vista en el horizonte y manteniendo lo que podría llamarse un cierto control sobre el barco, logró vencer la angustia.

A una velocidad de vértigo la chalupa giraba y daba vueltas en el agua, zigzagueando de orilla a orilla del río, en un deambular borracho. Y por fin Bedwyr llegó a la desembocadura, donde las amplias y mansas aguas se vertían en el gris del océano. Empapado, helado de frío y agotado, terminó su navegación encallado en un banco de arena, desde donde consiguió llegar a tierra firme arrastrando la barca con el agua por la rodilla.

Bedwyr había perdido la noción del tiempo después de esta alocada travesía río abajo. Habrían pasado entre dos y cinco horas. Las estrellas se desplazaban por el cielo y las blancas aguas del torrente fulguraban con un brillo fantasmal ante sus cansados ojos. Cuando encontró un pequeño refugio entre diminutos arbustos, se abrigó bien con la raída capa que llevaba y se durmió sobre la arena desnuda.

La mañana sobrevino dejando entrever un tímido sol invernal. Se oía el enojado chillar de las gaviotas que revoloteaban y batallaban por robar conchas de la

pedregosa playa, dejándolas después caer, una y otra vez, hasta que conseguían que se despegara la carne de los moluscos.

Incluso los pájaros matan, pensaba Bedwyr. Hasta entonces nunca había torturado a nadie y ese sonido de las gaviotas chillando al viento le recordaba los alaridos de Pebr, a quien había dejado allí, sentenciado a muerte.

La playa estaba vacía, sin huella alguna de que por allí hubieran pasado personas ni animales. La vieja calzada romana cruzaba el río por una parte angosta, en la que los bancos de arena creaban unos bajíos que solo dejaban correr unos estrechos canales de aguas más profundas que seguían por el oeste hasta el mar. En su día allí hubo un puente para cruzar los canales, del que quedaban las ruinas, pero podía incluso cruzarse a caballo, sobre todo en el reflujo de las aguas. A partir de ahí, la calzada discurría hacia el norte, bordeando colinas y bosquecillos antes de llegar a Bravoniacum.

Recogió la balsa de la orilla y la arrastró hasta una elevación que había junto al abandonado puente romano. Después se sentó a descansar, encantado al ver que había conseguido alcanzar a dos hombres que cabalgaban en poderosos caballos y que habían salido casi un día antes.

En realidad Gronw había llegado durante la noche. El druida encontró el lugar donde le habían prometido los guías que estarían y había encendido una fogata totalmente reveladora. Desde donde estaba, Bedwyr veía la débil columna de humo que se alzaba contra el gris del cielo.

Puede que Gronw haya causado muchos problemas a Artor, pero este tipo es completamente imbécil, pensó Bedwyr sin dar crédito a lo que veía. A nadie se le ocurriría encender fuego si lo están persiguiendo.

Con el silencio que caracteriza a los buenos depredadores, Bedwyr avanzó un poco más corriente arriba y observó el campamento de Gronw para ver si veía a Galahad. Si querían capturar a Gronw y recuperar el cáliz, había que coger al picto antes de que llegaran los guías para protegerlo.

Justo delante de él oyó que se rompía una ramita. Bedwyr se echó al suelo en posición defensiva.

—¡Santo Dios!, ¿dónde se ha metido? —dijo una voz bronca. Y al oírlo, Bedwyr se dio cuenta de inmediato de que Galahad había conseguido seguir a Gronw por entre la maleza sin mayor problema, una prueba más de que Gronw no se movía con especial sagacidad dentro del bosque.

Bedwyr se acercó a Galahad sin que el príncipe se diera cuenta. Solo percibió el peligro cuando vio que cierta sombra cobraba forma humana, pero para entonces ya se sentía amordazado por unos dedos invisibles.

—Soy yo, Galahad —le susurró Bedwyr al oído—. Desde luego, no podías hacer más ruido. Gronw está acampado a unos cien metros de aquí y si haces tanto ruido nos va a oír.

—Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Y Percival? —preguntó Galahad en voz baja.

—Ha muerto. Lo mató Gronw, de una puñalada en la espalda cuando cogía el cáliz. También han muerto tus abuelos. Los asesinaron por orden de Mordred. Ya sabemos con certeza que es él quien está detrás de todo.

Los ojos de Galahad se humedecieron por la emoción.

—No hagas ruido, por favor —le dijo Bedwyr al príncipe antes de que abriera la boca—. Voy a dar la vuelta por detrás de la hoguera y así lo acorralamos por los dos lados. En cuanto me vea, tú entras al campamento.

Sin esperar a que Galahad diera su consentimiento, y aprovechando el estupor en que había caído el príncipe al enterarse tan bruscamente de tan trágicas noticias, Bedwyr se escabulló entre los claros.

Sin dejar de maldecir para sus adentros, Galahad fue abriéndose camino silenciosamente hacia el lugar desde donde salía el humo. Arrinconó todo lo que se le venía a la cabeza en relación al asesinato de sus abuelos y a la triste muerte de Percival; solo pensaba en el cáliz. Dentro de nada pasaría a la historia. Notó que tenía los pies congelados dentro de aquellas botas húmedas, pero esas molestias no le importaban nada. Si era por ahí por donde se llegaba a donde le dictaba el corazón, iría incluso aunque tuviera que andar descalzo sobre hielo durante horas, y bien gustoso.

Al poco llegó a un claro. Contraído como un fardo, vio a Gronw, justo delante del fuego. El caballo estaba atado a un lado. Al parecer, por los bisbiseos que se oían, el fugitivo estaba hablando solo, frotándose las manos tatuadas, para entrar en calor.

De repente Gronw se echó mano al manto y sacó algo que destelló a la pálida luz de la mañana.

—¡El cáliz! —dijo Galahad boquiabierto, conteniendo la voz.

Cegado por el reflejo y sin hacer caso de lo que le había ordenado Bedwyr, Galahad sacó su espada y se lanzó sin más hacia el claro. Gronw, con los ojos abiertos de par en par, buscaba una manera de escapar.

Justo entonces Bedwyr entró también en el claro, para cortarle la retirada por detrás. El picto se dio la vuelta, asustado, y puso una cara de furia y odio tan brutal que casi amedrenta al propio Bedwyr. De aquel monstruoso bulto salió todo un río de rencor infame.

—¡Vosotros dos! ¡Estáis muertos… y pronto os seguirá vuestro señor!

Gronw se movía de un lado a otro, para no perder de vista a sus enemigos.

—Lo mismo que ese otro ladrón que intentó robarme el cáliz de Ceridwen. No tenéis nada que hacer ni que decir. Nada os salvará del destino que os espera, ya no tendréis oportunidad de oler el aroma a sangre inocente en vuestras manos. Ceridwen se vengará y os devorará el alma.

—¡Retírate, Galahad! —le advirtió Bedwyr—. Este farsante tiene por lo menos un cuchillo, un cuchillo manchado todavía con la sangre de Percival.

—¡Queréis robar el cáliz de Ceridwen! —susurró Gronw—. ¡Nunca! Ceridwen os matará, igual que acabó con vuestro camarada.

Lanzando pestes, Galahad levantó la espada, pero Bedwyr le instó a que se detuviera.

—¡Te está picando, Galahad! Está intentando atraerte para que te acerques. Semejante perro servil jamás se enfrentará a nadie cara a cara, salvo que su oponente sea viejo o esté desarmado.

Bedwyr se acercó, en posición de ataque, con la espada preparada y el cuchillo de Arden en la mano izquierda, muy pegado al cuerpo.

Pese a verse acorralado y en inferioridad numérica, Gronw atacó como una serpiente, nada de extrañar. Sin pensárselo dos veces, cogió el caldero de agua hirviendo que había en el fuego con una mano y la arrojó sobre Galahad, mientras con la otra lanzaba un tronco ardiendo contra Bedwyr.

Al sentir el agua hirviendo sobre la mano izquierda, Galahad empezó a lanzar juramentos a voz en cuello. Bedwyr tuvo más suerte y consiguió apartar el tronco con el antebrazo.

Gronw vio una oportunidad de huir y salió corriendo desesperado, buscando la libertad, pero Bedwyr había previsto sus movimientos y avanzó con rapidez para cortarle el paso a su presa, golpeándolo en las rodillas. Gronw aulló, intentando esquivarlo, mientras con el bastón alcanzaba a Bedwyr en las costillas. Como las tenía aún doloridas, el celta perdió momentáneamente el control.

Galahad, sin hacer caso al dolor que le producían las quemaduras, se movió más rápido de lo que nunca habría hecho Galván, ni en sus mejores épocas. En un momento dado Gronw había echado a correr. Y al instante se había quedado sin cabeza. El cuerpo avanzó unos pasos torpemente y cayó al suelo, salpicando todo de sangre, hasta las piernas de Bedwyr.

—¡Mierda! —dijo Bedwyr.

Galahad se agachó sobre el cadáver descabezado y sacó el cáliz de entre las ropas de Gronw, con el rostro transformado por una dicha pasajera.

—Así que esto es lo que ha dado tantos problemas —dijo Bedwyr sorprendido—. Vaya cosa, ¿no?

Galahad seguía acunando el cáliz, estupefacto.

—¿Me dejas cogerlo, Galahad? —solicitó Bedwyr—. Me gustaría saber que tiene eso de especial para que Percival estuviera decidido a dar la vida por recuperarlo.

—¡No! ¡Quita de ahí! —contestó Galahad con un gruñido y mostrando un gesto de auténtico enfado—. Eres pagano, no tienes derecho a tocar el cáliz. ¡Quita! —y sin importarle lo inflamada que tenía la mano izquierda, agarró el cáliz con fuerza, apretándolo contra el pecho, mientras miraba a su compañero con ojos de loco. Sacó la espada lentamente y amenazó con ella a Bedwyr.

—Soy Bedwyr, Galahad. No tu enemigo. Quédate con tu jodido cáliz.

—Si valoras en algo tu vida, pagano, retrocede. Yo, Galahad, soy el que ha recuperado el cáliz. He conseguido el trofeo de Artor. Solo mía es la gloria. Vuelve a tus bosques y a tus druidas paganos.

Bedwyr retrocedió unos pasos, con las manos separadas del cuerpo.

—Lo que quieras, Galahad. Pero ¿ahora qué hacemos?

Galahad tenía una expresión transfigurada; estaba en éxtasis religioso. Bedwyr había oído algo sobre eso, pero nunca creyó que las personas pudieran perder la razón ante una experiencia religiosa. Pero si no, ¿cómo explicarse la manera en que se estaba comportando Galahad?

Galahad empezó a caminar hacia el mar.

—Me vuelvo a Cadbury. Tú vete donde te dé la gana, hasta que llegues a tu Satán particular.

Bedwyr miró a su compañero, desconcertado, y retrocedió un poco más.

—Prefiero quedarme contigo, amigo. Necesito que me protejas —Bedwyr pasó junto al príncipe sin hacer apenas ruido, para verle la cara—. ¿Cómo volvemos a Cadbury? Está lejos, semanas a caballo.

Bedwyr se dio cuenta de que se estaba dirigiendo al príncipe como si fuera un chiquillo.

Galahad seguía andando con el cáliz apretado contra el pecho, con lo que Bedwyr tuvo que correr un poco para alcanzarlo.

—Como mi caballo ha muerto, tendré que ir a pie —contestó el príncipe sin inmutarse.

—Por ahí no es, Galahad. Yo te puedo decir por dónde se llega antes a Cadbury. Si cogemos el caballo de Gronw… está ahí atrás, en el claro.

Galahad no le hizo ni caso. Como si no le hablaran.

—¡Deja ya de hacer el bobo! —le gritó Bedwyr, interponiéndose en el camino de Galahad.

Con la mirada perdida, Galahad le cruzó la cara de una bofetada, pese a lo resentida que tenía la mano izquierda. Del golpe se le abrieron todas las ampollas, pero el príncipe no hizo gesto alguno de dolor.

Bedwyr cayó al suelo y rodó para apartarse y evitar las peligrosas patadas de Galahad. Movió la cabeza para despejarse un poco y se lanzó a las rodillas de su compañero. Galahad cayó de bruces, todo lo largo que era. El cáliz se le escapó de las manos y fue rodando hasta un matorral.

—O sea ¿que lo que quieres es robarme el cáliz? —dijo Galahad enfurecido, mientras se lanzaba sobre Bedwyr con auténtica saña asesina.

Le clavó los dedos en los ojos y con los pulgares, fuertes como garfios, intentaba encontrarle la garganta.

Bedwyr se revolvió y dándose la vuelta agarró a Galahad por los genitales, mientras le tiraba de los cabellos con todas sus fuerzas; lo que fuera con tal de evitar que aquellos dedos de hierro le llegaran al cuello.

Al tiempo intentaba sacar como fuera el cuchillo de Arden de la vaina que llevaba a la cintura; al rozar la empuñadura, nadie sabe cómo, consiguió desenfundar el arma y le clavó la hoja a Galahad en el costado, por entre los pasadores del peto. Pero al

ver que Galahad no lo soltaba, que lo seguía teniendo cogido por el cuello, Bedwyr tuvo que doblar la hoja.

Galahad se desmoronó y cayó rodando con la misma fuerza con la que había comenzado el combate.

«¿Qué he hecho?», pensó Bedwyr intentando coger aire, pese a lo que le dolía el pecho.

«¿Qué he hecho?», pensó Galahad, mientras le sobrevenía una especie de sereno agotamiento.

—¡Dios del cielo! —exclamó Bedwyr en cuanto recuperó el aliento. Le dolían las costillas y notaba cómo le latía el cuello con punzadas sordas.

Fue arrastrándose con los codos hasta llegar junto al cuerpo de Galahad, con el cuchillo de Arden en la mano, por precaución.

—¡Galahad! —dijo quejumbroso—. ¿Por qué me obligaste a que te hiciera esto?

—Creo que me volví loco, Bedwyr —contestó Galahad entre susurros, sumido en el dolor—. Estaba obsesionado con el cáliz; no recuerdo una sola noche en que no soñara con él. Creí que querías arrebatárselo a la Madre Iglesia.

—Siento tantísimo haberte herido, señor —dijo Bedwyr con voz queda—. Tenemos que buscar a un sanador que te cure la herida.

—Ayúdame a levantarme, Bedwyr —ordenó Galahad——. Tenemos que llevar el cáliz a lugar seguro, porque solo deben tocarlo manos santas.

Con sumo cuidado, Bedwyr agarró el cáliz con un jirón de tela que arrancó de su túnica. Era de un metal corriente y estaba muy baqueteado. Para Bedwyr, no valía nada, pero por su culpa había muerto tanta buena gente… Arropó la copa entre los pliegues de su camisa. Hundido como estaba desgarró otro trozo de tela de la túnica y lo utilizó para limpiarle la herida a Galahad. Después lo ayudó a ponerse en pie.

—La herida no tiene por qué ser mortal, Galahad. Si la limpiamos, te la vendan, descansas y te cuidas, seguro que te pones bien.

—Si es voluntad de Dios que muera en esta lid, que así sea —contestó Galahad en tono monocorde—. Pero antes quiero limpiar mis pecados en el mar.

—Estamos perdiendo el tiempo, amigo. No tienes por qué morir. Por el amor de tu Dios, ¡recupera el sentido común!

—¡No seas estúpido, Bedwyr! —contestó Galahad con el tono de superioridad que lo caracterizaba. Curiosamente, al oír ese tono despectivo, Bedwyr se sintió mejor.

Apoyado en el hombro de Bedwyr, Galahad echó a andar con pasos cada vez más seguros a medida que recuperaba el equilibrio. Juntos deshicieron el camino andado con anterioridad, pasaron por el cadáver de Gronw y se dirigieron a coger las alforjas que estaban junto a los rescoldos.

—¿Cómo conseguiste llegar tan deprisa a donde estaba Gronw? —preguntó Galahad, sumido en el dolor, mientras se dirigían como podían a la ribera del río.

—Con una balsa. Nunca había usado uno de esos chismes infernales. ¡Menos mal

que tuve suerte y puedo contarlo, porque no sé nadar!

Galahad hizo amago de reírse, pero le salió una tos sanguinolenta. Bedwyr apartó la vista avergonzado.

—Pues tu balsa me va a venir de maravilla.

Al final, Galahad se recostó sobre una piedra enorme que se había derribado del puente romano.

—Los romanos eran buenos arquitectos —dijo Galahad en voz baja, contemplando admirado lo bien hecha que estaba la estructura de piedra que tenía sobre él—. Por eso ha triunfado Artor, en parte; porque siempre ha procurado conservar lo mejor de todo lo que nos dejaron.

Bedwyr se sorprendió de la sensibilidad que mostraban las palabras de Galahad, porque el príncipe de los otadinos no era precisamente muy reflexivo.

—Empiezo a pensar que podría arreglárselas sin la perniciosa influencia del cáliz de Lucius —siguió diciendo Galahad—. Como gané el cáliz en noble combate, supongo que soy yo quien ha de decidir lo que se hace con él —miró a Bedwyr con una sonrisa y una sombra de orgullo—. Ya me lo puedes devolver.

—Pero no querrás volver a matarme, ¿no? —preguntó Bedwyr, mientras se sacaba la reliquia de la túnica para dársela al príncipe.

—Creo que no tengo fuerzas ni para intentarlo —contestó Galahad un tanto mohíno—. Irá conmigo todo el camino, para que el Mal no tenga tentaciones de usarlo.

Bedwyr se quedó mirando el rostro adusto y bellísimo de Galahad.

—¿Dónde vas?

—Pretendo ir en tu balsa a la Isla de Mona. Si sobrevivo, los religiosos que viven allí me curarán. Y si consigo hacerles llegar a estos monjes el cáliz de Jesús, ellos lo cuidarán para siempre. Si no, el mar se encargará de él y lo preservará de las impías manos de los mortales hasta el día del Juicio Final.

—No puedes llegar a Mona en balsa —afirmó Bedwyr, sin dar crédito a lo que oía, pensando en las jornadas tan duras que exigía la travesía.

—Con la gracia de Dios, alcanzaré mi destino. Pero no me busques en cortes principescas, porque he perdido el derecho a estar con mis compañeros de armas.

Bedwyr estaba desconcertado.

—Pero si sólo yo sé lo que te ha pasado y no se lo voy a decir a nadie, porque además soy yo el que te ha herido.

—Si quieres respetar mi decisión, Bedwyr, te ruego que guardes silencio. Ayúdame a subir a la barca y me voy. Si no me ayudas, la sacaré yo solo.

Bedwyr se dio cuenta de que Galahad hablaba totalmente en serio.

—No voy a detenerte, pero tienes que llevar agua fresca si quieres sobrevivir. ¿No es pecado mortal suicidarse según tu fe?

Bedwyr volvió corriendo al campamento de Gronw para coger una bota de cuero y llenarla de agua y volvió con la misma celeridad a donde estaba Galahad. Lleno de

tristeza, acompañó a su compañero a la orilla y acercó la balsa con la mano que tenía libre.

Se metió en el agua hasta la rodilla; cargó la bota y lo que les quedaba de sus provisiones, mientras Galahad seguía la operación, sentado y sin inmutarse, sosteniendo el cáliz con ambas manos.

—¿Por qué no te traicionó a ti el cáliz, Bedwyr? ¿Cómo es que pudiste sostenerlo sin que su poder te afectara en nada?

Bedwyr se detuvo un momento, pensativo, sujetando con las manos aquella frágil barcaza.

—Porque miré el cáliz con unos ojos que sólo vieron en él lo que era: un fragmento de metal roñoso; nada más. Lucius de Glastonbury lo usaba para tener agua limpia, que es para lo que se hizo en su momento. Puede que después alguien lo usara para recoger sangre, que sirviera de inspiración poética o que en él se depositaran las esperanzas humanas. Pero la función de este cáliz siempre estuvo en manos de quienes lo poseyeron. Yo no quiero venerar un objeto, ni matar, ni morir por algo así. Por Lucius o por Percival sí moriría. Incluso daría mi vida por ti, Galahad. Sí, estoy dispuesto a morir, si con ello salvo corazones humanos, manos humanas, pero no por eso. Ya he visto demasiada muerte, yo mismo ya he mandado a demasiados hombres al reino de las sombras, como para que me importe algo así, valga lo que valga y tenga el poder que tenga.

Galahad se mantuvo callado, como sumido profundamente en sus pensamientos, hasta que haciendo un gesto de dolor, se puso de pie.

—Adiós, amigo —le dijo, mientras se montaba como podía en la barquilla que Bedwyr le sostenía para que no se moviera—. Espero que nos veamos en mi cielo algún día, aunque sigas siendo un pagano. Me has demostrado ser mucho más sensato de lo que yo nunca llegaré a ser.

Y diciendo esto, cogió a Bedwyr por las muñecas, en gesto inveterado de amistad.

—Cuando hables con Artor, no le cuentes todo lo que ha pasado con el cáliz. A veces es mejor embellecer las historias, cuando la verdad resulta demasiado dura. Lo único que te pido es que le digas a mi padre que conseguí realizar lo que me había jurado.

—¿Algo más que quieres que le diga? —Galahad no había mencionado en ningún momento que quisiera enviar su amor o hacer llegar su arrepentimiento, ni siquiera a su madre.

—Nada más —contestó Galahad.

A Bedwyr no se le olvidaría en años aquella serenidad ultramundana y aquel brillo sobrenatural que vio en el rostro del príncipe, pero siempre se preguntaba si mereció la pena sacrificar aquella vida tan extraordinaria para expiar un fugaz arranque de honor.

Las rápidas aguas de la corriente se hicieron pronto con la barca y el pasajero. Bedwyr se echó a llorar por el compañero perdido.

CUANDO LLEGÓ A la aldea donde había dejado los caballos y el cadáver de Percival, el pescador se extrañó al ver lo desaliñado que venía y el dolor y la tristeza que emanaban de su rostro.

Bedwyr bajó del caballo, disculpándose por haber perdido la barca, pero el pescador no se inmutó. Hizo un gesto con la cabeza y le mostró una nueva barca, colocada boca abajo a la orilla del río. Bedwyr sonrió como divertido, cosa que terminó por convencer al pescador de que su espantapájaros era bobo del todo.

—Quédate con el caballo en compensación por la barca, amigo. Ya no me vale para nada y espero que tengas más suerte con él que su anterior dueño. Cojo mis cosas y te dejo en paz.

—Pusimos el cadáver fuera, para que se conservara mejor con la nieve. Espero que haya valido de algo.

—Estoy seguro de que hicisteis todo lo posible. Y una cosa más. ¿Podría abusar de tu generosidad? ¿Tienes algo de comer, para mí y para los caballos?

—Claro. Yo no timo a nadie. Por ese animal, coge el grano y el pescado que quieras. Con el caballo me será más fácil arar la tierra —el pescador se asomó por debajo de las patas del animal y sonrió encantado—. Y además es un semental. Joder, bien se merece un jarro de sidra, si a su ilustrísima no le molesta beber lo que beben los pobres. Vaya que sí… Este buen jaco va a cumplir encantado con las yeguas del lugar. Menuda suerte tuve el día que me compró la vieja barca, señor.

Cuando Bedwyr iba a marcharse ya de Bremetennacum, le dieron un enorme saco de cereal y gran cantidad de carne y pescado ahumado, para todo el viaje. Le habían caído bien estos campesinos tan lacónicos y admiraba la manera tan desenfadada con que afrontaban las tragedias de la vida y las fortunas inesperadas. Les deseó todo lo mejor.

En Deva, Bedwyr decidió no coger la ruta principal que iba hacia el sur y desviarse para visitar a Lady Niniana, que vivía en Caer Gai. Realmente era un tanto insensato llevar el cadáver de su amigo hasta Cadbury; por eso Bedwyr había decidido preguntarle a Niniana si los restos de Percival podían reposar para siempre cerca de su casa.

A la aguilera de Caer Gai se llegaba por un angostísimo camino de cabras, que ascendía a través de enormes montañas azuladas. Era una ruta cruel, por la que Bedwyr tuvo que llevar a los caballos andando, para evitar que se les resintieran las pezuñas en aquel terreno tan pedregoso y traicionero. A él también le dolían los pies, porque tenía las botas completamente raídas del uso y la humedad.

—¿A quién se le ocurriría vivir en un sitio tan inhóspito? —le preguntó al viento para romper aquel gélido silencio inexorable, al ver que no había ningún ser vivo alrededor. Sobre él se inclinaban inquisitoriales las montañas, observando el sendero desnudo y solo de cuando en cuando aparecía en lo alto algún halcón volando en

círculo. Para salir de su soledad Bedwyr llegó a hablar con Percival, que ya tendría que estar mas que enterrado.

Por fin llegó a un remoto pueblecito replegado sobre unas colinas y enseguida reconoció en él la sombra de Myrddion Merlín. Los lugareños eran pequeños y recios, como esos árboles que hunden sus raíces en tierra adusta, pero se les veía limpios y bien alimentados. Seguramente llevaban infinitas generaciones viviendo en aquel lugar desierto y despiadado. Bedwyr se fijó en la habilidad con que regaban las cosechas, algo que explicaba la prosperidad del pueblo. Habían aprovechado cualquier resquicio de tierra de labranza para plantar su siembra y guardaban las cabras y las ovejas en rediles para protegerlas de los rigores del clima.

Bedwyr preguntó a todos los que se encontró por dónde se iba a casa de Lady Niniana, pero para su sorpresa todos le remitían con cierta brusquedad al jefe del lugar. Los agricultores le miraban con ojos sospechosos y cara de pocos amigos, mientras que los niños, todos de enormes ojos, se agarraban a la falda de su madre, mientras se chupaban el dedo. Al ser tan evidente que el forastero llevaba un cadáver, la gente sencilla de aquel lugar se sentía atemorizada. Bedwyr llegó a ver que algunas mujeres se quitaban del paso y arropaban a sus hijos para protegerlos de hechicerías malignas.

—No quiero hacerle ningún daño a Lady Niniana —le dijo al jefe del lugar—. Conozco bien a su hijo, Taliesin. Traigo noticias… y el cadáver de un amigo.

El cabecilla seguía negando con la cabeza, como si temiera que Bedwyr fuera a hacer desaparecer misteriosamente a la Dama del Lago en cuanto se diera la vuelta.

—Se lo ruego, señor. He recorrido muchas leguas a pie para entregarle a la Dama del Lago un mensaje de alguien que ha muerto. ¿Se atrevería a contrariar a una sombra, interponiéndose entre sus deseos y la dama a quien amaba? Sé que la dama va a alegrarse de verme.

Y así, entre zalamerías y amenazas, Bedwyr consiguió que la regordeta esposa de aquel caudillo rogara a su marido que lo dejara ir a ver a la señora; porque ella se daría cuenta de inmediato si el visitante traía malas intenciones.

Pese a que le dieron unas instrucciones un tanto vagas, Bedwyr consiguió encontrar el lago, que aun sin deshelar despedía unos destellos color gris perla, alentadas sus aguas por el calor del cielo. Desde allí, se dirigió a una extraña villa construida en la cima de una colina y que se desparramaba en tomo al tronco y las raíces de un roble hendido.

—Parece que la leyenda sigue viva —le dijo Bedwyr entre dientes al cadáver de Percival, mientras con pies ensangrentados tropezaba con una puerta de metal que daba entrada a la casa del viejo roble. Llegaba con aspecto de mendigo y desde luego necesitaba calentarse, algo de pan recién hecho y sobre todo dormir, como cualquier mendigo.

Golpeó la pesada puerta con la empuñadura del cuchillo de Arden. Cuando abrieron, Bedwyr vio que lo recibía un joven sonriente y resuelto, que se quedó con

los ojos de par en par al percatarse del cadáver.

—Relájate, amigo. Sé ve que vienes tan exhausto como esa mortaja que cubre el cuerpo de tu amigo. Déjame el caballo y el otro también, que apenas puede arrastrar ya más la carga que lleva. Les daré de comer y de beber, y los cepillaré para aliviarlos un poco. Mi madre te espera en el salón.

El joven se echó a un lado para que Bedwyr entrara por un pasillito con losetas en el suelo que daba paso a una habitación muy alegre, con extraños tapices en las paredes, que olía a madera fresca y a flores secas. En el centro había una chimenea de piedra encendida y justo delante de ella había unos enormes mastines lanudos, tumbados al calor del hogar. Al entrar Bedwyr, los perros levantaron la cabeza y movieron el hocico, como reconociendo el olor a muerto que traía. A juzgar por lo erizado que se les había puesto el lomo, estaban a punto de gruñir, pero se contuvieron al oír la voz de su dueña y volvieron a recostarse perezosamente al calor de la lumbre.

—Pase, amigo —le dijo una voz femenina que salía del fondo de la habitación, donde había un telar, invitándolo a entrar—. No recuerdo cómo se llama, pero su cara me resulta conocida. Usted es uno de los hombres que lucharon con Artor y Myrddion en Mori Saxonicum, ¿no?

Pese a que los techos eran altos y que había unos alerones de piel sumamente ingeniosos para disipar el humo, en la habitación se respiraba un aire tan denso y cargado de partículas que Bedwyr apenas veía nada. Pero en cuanto la dama se le acercó, el guerrero reconoció de inmediato a la Niniana que vio a lo lejos en su día, tantos años atrás, porque ¿qué hombre iba a olvidar aquel brillo plateado de sus cabellos y aquella piel blanca y suave como una perla? A la luz de las llamas, la belleza de Niniana resultaba de una textura incandescente. El vestido de lana que llevaba, sencillo y de color natural, evocaba los recuerdos del pasado. Y a medida que iba acercándose a la luz fue mostrando aquel inconfundible cabello largo y plateado, que le caía por los hombros.

Bedwyr se arrodilló, agotado como estaba y un tanto atemorizado por la superstición. Bajó la cabeza en actitud de súplica.

—Señora. Le traigo un mensaje de los muertos y le ruego me perdone por el dolor que pueda causarle. Le ruego bendiga a mi amigo y le conceda la paz que puede conferirle descansar para siempre en esta tierra vuestra.

A la mujer se le hizo un nudo en la garganta y con voz trémula dijo:

—¡Taliesin! Mi hijo, Taliesin… no será él el compañero que has perdido, ¿verdad? No tengas miedo de decirme la verdad; no deseo nada malo a quien trae malas noticias. Pero habla, por favor, que apenas si puedo pensar del miedo que me invade.

—No, señora. Nunca le traería a su hijo sin anunciarlo. Le juro que Taliesin estaba sano y feliz cuando salí de Cadbury.

En el rostro de la dama se dibujó un claro gesto de alivio.

—Levántese, señor. No soy yo mujer de alto rango, ni poderosa. A mis hijos les haría mucha gracia ver que alguien se postra ante mí.

Desde la puerta una criada llamaba la atención de la dama discretamente y Niniana le indicó que les sirviera vino y algo de comer. Dicho esto, invitó a Bedwyr a sentarse en un banco y fue entonces cuando se dio cuenta de que traía los pies destrozados y cubiertos de sangre.

—Pero ¡qué pies trae! —exclamó—. Hay que curarlos cuanto antes.

Se arrodilló y retirándole las toscas vendas que los cubrían, empezó a examinarlos cuidadosamente, dedo por dedo. Y aunque Bedwyr intervino para sugerir que fuera uno de los criados quien le curara aquellos cortes y aquellas ampollas, Niniana siguió a lo suyo. Le levantaba las costras que cubrían unas llagas bien profundas y medio cicatrizadas y le olía las heridas para ver si estaban infectadas. Al poco se retiró para coger instrumental.

El calor de la chimenea le fue acariciando lentamente por dentro, hasta los huesos. Bedwyr se reclinó contra la pared y se le cerraron los ojos. En medio de aquel cansancio, sabía que aún le quedaba tarea por delante, pero de momento se sentía confortado y mecido como un niño. Dejó caer la cabeza hacia delante y se durmió.

Se despertó cuando volvió Niniana con unos baldes de agua caliente para que se lavara los pies. Al ver el color que en un instante había cobrado el agua, Bedwyr se avergonzó e intentó retirarse para que la dama no siguiera atendiéndolo. Pero viendo la mirada que salía de aquellos ojos tan claros, se tranquilizó.

Niniana cogió un ungüento que tenía en uno de los estantes y que olía a grasa de carnero y se lo extendió sobre las heridas. Enseguida fue calmándosele el dolor. Hecho esto, la dama le vendó los pies de nuevo con gasas limpias.

—Estos pobres pies, agotados, le han traído por largos caminos hasta la puerta de mi casa. Dígame cómo se llama, señor, porque veo que no lo recuerdo.

—Soy Bedwyr, al que Artor llamaba Cuchillo de Arden —contestó hablando muy lentamente—. Vengo de Deva y antes de Bremetennacum, a ratos andando y a ratos a caballo.

—De bien lejos, veo —contestó Niniana. Y aguardó sin decir más a que siguiera.

—Perdóneme que…

—Me ha dicho mi hijo que uno de sus caballos carga un cadáver —le interrumpió la dama con el ceño fruncido.

Bedwyr suspiró.

—Ese cuerpo es todo lo que queda de mi amigo, Percival, guerrero y favorito del rey supremo y de todos los que lo conocieron.

—¿Percival? ¿Muerto, mi joven Percival?

—Sí, señora. Cayó a mi lado en Bremetennacum, al servicio del rey.

Niniana se echó a llorar. Muda de la emoción, cruzó los brazos y dejó que le saliera toda la pena que la invadía, sin importarle que la vieran y sin avergonzarse de nada.

Reinaba un profundísimo silencio en la sala, que hasta permitía oír el ruido del viento exterior.

Al rato, Niniana empezó a hablar.

—Hace mucho tiempo, cuando yo era apenas una niña que corría por las cocinas de Venonae, era como un verdadero hermano, salvo que no teníamos la misma sangre —explicó—. Más de una vez evitó que me quemara con el agua hirviendo o con el fuego. Si lloraba, me secaba las lágrimas y me contaba historias fabulosas de cerditos y ovejas que había por el prado. Y en Cadbury Tor atendió al anciano Targo con ese amor candoroso que tenía, sin preocuparse de si arriesgaba su vida o no, cuando se extendió la peste por la ciudadela. Allí estuvimos los dos. ¿Para qué querría Fortuna la vida del dulce Percival?

Bedwyr no tenía argumento sensato alguno que aportar.

—Percival me encargó que le dijera que siempre la amó. Puede que esta declaración de amor resulte demasiado simple, pero Percival era un verdadero guerrero, con un corazón inocente y puro.

—Sí, siempre fue así. ¿Pero es que no tiene esposa o hijos que lo añoren? ¿Por qué lo ha traído aquí?

Bedwyr empezó a juguetear con el borde de la túnica. Lady Niniana no sabía que había sido el único amor de Percival. ¿Para qué agobiarla más con verdades que pudieran herir?

—Dígamelo, Bedwyr —le rogó, como si estuviera leyéndole el pensamiento. Bedwyr se sintió incapaz de mentirle.

—Percival no se casó nunca, porque desde el primer momento estuvo perdidamente enamorado de usted, señora. Pero no se agobie, ni sufra por ello, porque mi amigo también sabía que Lord Myrddion era el único hombre al que usted quiso. Cada corazón siente lo que quiere, por mucho o poco que a nosotros nos guste.

La dama volvió a llorar en voz baja. Entró su hijo y se acercó enseguida a confortarla entre sus brazos, con todo su amor, mientras Bedwyr se mantenía quieto, allí sentado, envuelto en su propia tristeza.

De repente, como al parecer ocurría siempre en este lugar mágico y en esta familia que curiosamente no necesitaba palabras para comunicarse, se encontró frente a una mesita en la que le habían servido un plato de sopa y un jarro de vino. La criada le invitó a comer y así lo hizo, mientras Lady Niniana le observaba desde su asiento, sin decir nada.

—Mi hijo, Glynn, te acompañará para que duermas un rato en un confortable camastro —le dijo con más confianza. Y Bedwyr observó que en los extraordinarios ojos de la dama apenas quedaban sombras de la pena que la atormentaba—. Has sobrellevado tus preocupaciones como un auténtico guerrero y veo que aún te quedan penas que aguantar, antes de que te sumas en la oscuridad final. Cuando descanses, me gustaría que me contaras más cosas de Percival y de cómo murió. Y después entregaremos el cuerpo de Percival al fuego.

EL SOL DEJABA entrever las motas de polvo que bailaban entre los haces de luz que se filtraban por las contraventanas. Bedwyr observaba la luz con los ojos aún adormecidos.

Al instante, apareció Glynn junto a la cama.

Toda esta familia parece capaz de materializarse a voluntad, pensó Bedwyr medio atontado, notando que aún le faltaba celeridad y claridad de ideas. Debió de echarme algo en el vino, supongo, porque he dormido demasiado.

Vio que tenía los pies sumamente hinchados y que apenas podía ponerse en pie, pero como junto al camastro tenía un pequeño bastón, se levantó con ayuda del hijo de Niniana, que no le dejó solo hasta que se le pasó un poco el dolor que le producía andar.

—Madre ha puesto el cadáver de Percival en el sequero. Lo ha lavado y lo ha vestido con paños finos. ¿Quieres verlo por última vez, antes de la incineración?

Bedwyr subió los ojos para mirar al joven.

—Sí, claro que quiero volver a verlo. Tu madre debe de ser una mujer muy fuerte, porque cuando llegué Percival llevaba ya al menos dos semanas muerto. He perdido la noción del tiempo, pero seguro que tiene la cara y el cuerpo descompuestos, pese a venir medio congelado.

El chico sonrió.

—Irás comprobando que madre es una mujer excepcional. La gente de la colina va a asistir al entierro de Percival, de lo que la quieren. Aquí, en la montaña, a los afortunados que gozan del amor de la Dama del Lago los consideran casi sagrados.

Mientras hablaban, Bedwyr se dio cuenta de que se iban alejando del extraño edificio en que estaban y dirigiéndose a un pequeño cobertizo de piedra en el que había manojos de hierbas aromáticas, carne ahumada y pescado desecado colgado del techo, todo primorosamente organizado.

En el centro del recinto habían colocado unas improvisadas andas de madera. Y sobre ellas, a Percival, como la auténtica efigie marmórea de un guerrero.

Cuando Bedwyr entró en la estancia, Niniana se levantó de donde estaba, velando a Percival.

Percival estaba intensamente pálido. Tenía los labios lívidos, algo separados, como si quisiera decir algo, los ojos cerrados, hundidos y amoratados, pero con las mismas enormes pestañas de siempre. Los cabellos, recién lavados, le caían sueltos por los hombros. Llevaba una túnica blanca de lana, algo larga para él. Bedwyr comprendió que desde donde estuviera, Myrddion Merlín había querido otorgar este último presente a su valeroso y viejo amigo.

Bedwyr se acercó cojeando como pudo a donde vacía su amigo y le acarició los sedosos y almizclados cabellos.

—Es como si estuviera vivo —dijo con voz casi imperceptible, conteniéndose las

lágrimas.

Niniana tocó suavemente la mano de Bedwyr.

—Prefiero creer que quien en su día vivió nunca muere del todo. Sino que cambiamos, como decía Myrddion. Nuestros cuerpos se convierten en ceniza o en polvo para ayudar a que otros seres sigan viviendo. Quién sabe si las propias flores no son realmente los rostros de quienes murieron hace tiempo, o si esos largos tallos de hierba no son sus cabellos.

Bedwyr tragó saliva.

—Una idea muy bella, mi señora, que nos consuela a quienes quedamos atrás. Pero esta carcasa no es Percival, no lo es para mí, al menos. Su verdadera esencia emprendió un largo viaje para asentarse en algún lugar que escapa a nuestro entendimiento. Espero que haya encontrado su cielo.

Niniana sonrió y al hacerlo fue como si con la sonrisa se templara un poco la pequeña estancia.

—Si hay alguien a quien se le pudiera asegurar la inmortalidad, es a Percival —y mirando con profundo amor el cuerpo del hombre que los había abandonado, añadió —: Mi querido Perce, fuiste para mí un verdadero hermano.

Y entonces hizo algo que Bedwyr nunca habría podido hacer. Besó prolongadamente la boca entreabierta del cadáver con enorme dulzura. Acarició la mano de Percival por última vez, y salió de allí con Bedwyr, a que les diera la luz de la mañana.

—Mis hijos están recolectando leña para la pira de Percival y al anochecer haremos brillar los montes con luz esplendorosa, mientras su alma viaja vertiginosamente hacia su cielo. Pero mientras tanto cuéntame cómo murió.

Bedwyr le contó la historia del cáliz, lo poco que se sabía de cómo había llegado a Bretaña y las sangrientas matanzas que se produjeron cuando lo robaron de la tumba del obispo Lucius. Le describió cómo había muerto Percival y el papel que tuvo aquel cáliz en aquella muerte tan inútil. Cuando acabó, Niniana se quedó mirándolo, con la cabeza ladeada como un ave toda gris, reflexionando sobre lo que le habían contado.

—Cuando los símbolos pasan a ser más importantes que la realidad se vuelven peligrosos. A Percival lo mató esa obsesión inicial, y eso fue también lo que hirió mortalmente a Galahad. Si ha muerto durante su travesía, recemos para que ese cáliz haya quedado para siempre en lo más profundo de los mares, de donde nadie lo pueda volver a sacar.

—Para mí, las veces que tuve ocasión de coger la reliquia, aquello no era más que una copa vieja y baqueteada. Nada más —dijo Bedwyr reflexionando en voz alta—. No me decía nada.

—Tienes suerte de no desear lo que el cáliz prometía para otros. Eres un hombre sencillo, Bedwyr. En el fondo no crees más que en tus bosques y en la gente que quieres.

—Qué infiel debo ser, dicho así —contestó Bedwyr atribulado.

—Infiel no, Bedwyr. Tú basas tus creencias y tus lealtades en el natural discurrir de las estaciones, en la belleza de los bosques, en lo maravilloso de las estrellas y en la fidelidad que le tienes a Artor, ¿no?

—Sí, claro. Los bosques y las estrellas no suelen traicionarnos y si existe algún dios, los que sean, que residan en los espíritus de la naturaleza, entonces estoy dispuesto a creer en ellos. Desde Caer Fyrddin, ya no soy cristiano. He dejado hasta de ser pagano, así que no debo ser nada.

Niniana le apretó la mano y se le quedó mirando fijamente durante largo rato. Bedwyr notó que quería decirle algo.

—Pero ¿cómo vas a ser nada, Bedwyr? A ti siempre te recordarán por la veracidad y la sinceridad que siempre has demostrado. De ahora en adelante, si te preocupan tus creencias, piensa en las obsesiones que marcaron la vida de Galahad y Percival y en el honor que buscaban. Y recordarás lo frágiles que somos… pero tienes que ser tolerante.

Bedwyr no sabía qué quería decir la dama con tales palabras ni acertaba a ver por qué las decía.

—Nos hemos reencontrado gracias a mi querido Percival —siguió diciendo Niniana, en un tono más suave—. Y por eso me alegro; una pequeña alegría en un día tan triste.

Bedwyr asintió con la cabeza, manifestando su más sincero acuerdo con lo que oía.

Y así pasaron largo rato, el guerrero y la viuda, charlando amistosamente al sol, tomando algo cuando les apetecía, bebiendo juntos, mientras los hijos de Niniana levantaban la pira de Percival con otros lugareños en la cima más alta desde la que se divisaba todo el valle.

Al anochecer, Niniana se excusó y salió. Volvió vestida de un verde grisáceo, y adornada con el collar de ámbar que le había regalado Myrddion, para honrar a Percival con todas sus galas. Habían dispuesto el cadáver sobre la pira y poco a poco iban llegando los habitantes del lugar, buscando el mejor sitio desde el que asistir al ritual de incineración. Se sentían emocionados por tener ocasión de vivir algo especial, que los sacara del tedio diario, y las mujeres traían todas ramos de flores y capullos tiernos, por pequeños que fueran, debido a la austeridad del terreno.

El hijo de Niniana roció de aceite las capas más bajas de la pira y en ese momento Niniana empezó a salmodiar un canto extraño y misterioso, que ensalzaba la vida y muerte de un valeroso guerrero. Aunque tenía un tono de voz agudo y no particularmente potente, su recital se alzó por toda la colina, arropado por el silencio en que se congregaba el reducido séquito.

El canto hacía alusión a la villa en que nació Percival, a cómo trabajaba en las cocinas, a lo que había arriesgado al decidir presentarse en la corte, a la sencillez con que se comportó siempre en su trabajo y a lo que se sacrificó por sus amigos. Cuando

Niniana dejó de cantar, hubo muchos lugareños que siguieron llorando abiertamente.

También lloró Bedwyr al mostrar la espada de Percival a los allí reunidos, un arma sencilla, pero hermosa, realizada artesanalmente por un maestro herrero. Tras este gesto, el segundo hijo de Niniana subió a lo alto de la pira y colocó la espada entre las manos de Percival.

Bedwyr prendió el fuego.

Alentadas por el aceite, las llamas ascendieron con rapidez y el humo se fundió con el gris del atardecer. Las mujeres sollozaban como auténticas plañideras, pero Bedwyr sabía que con sus llantos no hacían sino honrar a una figura que no era tanto un hombre, sino una efigie al valor, llegada hasta ellos de un mundo ajeno.

Bueno, así es como surgen dioses y héroes, pensó Bedwyr.

Las cenizas de Percival mezcladas con los restos de la pira quedaron allí hasta que se dispersaron cuando comenzaron las tempranas lluvias de primavera. Solo recuperaron la espada, con la empuñadura muy estropeada, eso sí, por efecto de las llamas. Niniana se la quiso dar a Bedwyr, pero este no se atrevió ni a tocarla.

—Sólo las manos de Percival merecen ocuparse de esta espada. Dile a tu hijo Rhys que la convierta en reja de arado, como habría querido Percival. O que la vuelva a forjar como espada, para que la use algún buen hombre que la necesite.

Niniana sonrió, sin ocultar su tristeza.

—No todo el mundo tiene un alma tan pura como Percival, ni los reyes pueden permitirse seguir siempre unos caminos tan rectos como los que a él lo guiaron.

—¿Señora? —Bedwyr seguía pensando en la espada de Percival.

—Mañana y en el tiempo que tenga que venir, las cenizas de Percival empezarán a dar sus frutos en esta tierra. Él ya no estará y solo será recordado por quienes lo conocieron. No todos podrán gozar de un destino tan dulce. Cuando estés entre tus bosques, no olvides que todos somos criaturas imperfectas, criaturas que se equivocan y que anhelan la comprensión de los demás.

—No lo olvidaré, aunque me cuesta entenderlo —prometió Bedwyr.

—Ya lo entenderás —le dijo Niniana con una mirada dura, como piedra rocosa.

Una vez recuperado, Bedwyr marchó de Caer Gai sin llevarse más que las necesarias provisiones, una carta para Taliesin y una dulce sensación de tranquilidad. Durante la guerra que iba a desencadenarse, cuando todo lo que le rodeaba se vio sumido en la brutalidad, la traición y el dolor, Bedwyr recordó con mucha frecuencia aquella casa del roble.

CAPÍTULO XXI

CAMARADAS DE SANGRE

MADRE:

Te escribo apurado, desde el sur de Deva y de camino al norte, donde vamos a enfrentarnos con los brigantes y sus aliados en el campo de batalla. Un anciano del lugar me ha prometido entregarte el mensaje a cambio de asilo, pero no se si llegarás a leer estas líneas antes de que entremos en combate.

Artor está abatido y supongo que es porque piensa que ha llegado su hora. No quiere hablar de sus temores y ha decidido él mismo el terreno de la batalla, como si creyera que la suerte no le ha cambiado. No me canso de decirle —cuando se presta a escucharme— que la suerte no va a estar de su lado esta vez para concederle la victoria. Necesita que sus comandantes desarrollen mejores planes estratégicos y mejoren su capacidad táctica. Y lo que es peor, necesita tener fe en sí mismo, cosa que él sabe muy bien. Pero está agotado y apesadumbrado por el sentimiento de culpa y la congoja que le causa pensar en los hombres que van a caer.

Yo lucharé como un valiente; me veo obligado a ello, aunque preferiría usar mis facultades para auxiliar a los heridos. Ojalá hubiera prestado más atención cuando padre intentaba enseñarme sus secretos, pero por entonces tenía la cabeza llena de música.

De todas formas y por si quiere el destino que muera, debo contar un secreto a alguien que no me traicione divulgándolo por ahí. Y esa persona eres tú, madre.

Lady Elayne, la mujer de Bedwyr de Arden ha dado a luz al hijo de Artor. Lord Bedwyr lo sabe, porque Artor es hombre honrado, nada amigo de falsedades e incapaz de dejar que la dama cargue sola con su culpa; pero Bedwyr está muy resentido y evita al rey. Si Artor y Bedwyr caen en la batalla, te ruego que no pierdas de vista al niño. Elayne dio a luz en Arden y el chiquillo puede convertirse en poderoso trofeo para esos reyezuelos que codician lo que Artor ha conseguido, y con lo enojado que está Bedwyr, no sería raro que le sonsacaran la verdad.

Sé que el mensajero no se enterará del secreto que te trasmito. Ahí está,

rascándose la cabeza para descifrar mi latín y las letras que, según él, parecen pisadas de gallina. Lo elegí porque no sabe leer y porque como ha contraído la peste blanca ya no sirve como arquero. Todo este tiempo le he estado tratando su enfermedad; por eso me tiene tanto afecto y total lealtad. Cuida de él, madre, y dale trabajo.

Te quiero y dile a mis hermanos que también los quiero.

Si regreso, voy a dedicarme a cantos y a crear belleza. Si muero, te pido que no llores mi muerte mucho tiempo, que sigas tu vida, como si fuera a volver a casa en primavera.

Taliesin

TALIESIN SUSPIRÓ AL ver que su mensajero se perdía en la bruma de la noche con aquella carta tan valiosa en la mano. El hijo de Myrddion dormía en una pequeña tienda de cuero con otros hombres que pronto estarían encargados de atender a los heridos y a los moribundos. Apenas cabían todos en la tienda y por poco que se moviera uno, ya perturbaba el sueño de los compañeros. Taliesin vio que en aquella tienda, en la que apenas se podía respirar, no iba a descansar nada, ni siquiera después de haber cumplido sus obligaciones como hijo.

Los últimos seis meses habían sido terribles en la corte del rey Artor, llenos de tragedias y desastres. Hasta el más optimista de sus guerreros sentía el peso de las sospechas y de las viejas rencillas que latían bajo la fina capa de las gentilezas palaciegas. Los cambios, que al final dieron al traste con el estancamiento en que vivía Cadbury, fueron muy bienvenidos, tras meses de angustiosa espera.

Bedwyr había regresado a Cadbury Tor para dar cuenta de la muerte de sus compañeros y para revelar el alcance que tenían las traidoras ambiciones de Mordred. Artor insistió en que toda la corte, hasta los criados, asistieran al doloroso relato de Bedwyr, para que supieran en qué había consistido la búsqueda del cáliz maldito. Con voz tranquila y controlada, Bedwyr narró la corrosiva influencia de aquella reliquia, que algunos guerreros cristianos empezaban a llamar el Santo Grial.

La muerte de los dos héroes pronto prendió en la imaginación de los presentes y provocó que todos sus odios se proyectaran sobre la cabeza del culpable, el rey de los brigantes. Los ánimos se iban crispando poco a poco, pero en un momento en que la paz no era sino una frágil membrana que cubría las turbias ambiciones de los traidores, la rabia de aquellas gentes se convirtió en una ira honda e inexorable.

Para Artor, personalmente, saber que su amigo Percival había muerto fue un golpe demoledor, entre otras cosas porque él mismo le había insistido en que se embarcara en la empresa que le costó la vida. Para mitigar la pérdida de confianza que la muerte de Galahad podía inspirar en sus guerreros, Artor le encargó a Taliesin que entonara algún canto heroico y conmovedor, que recogiera el momento en que el hijo de Galván recuperaba el cáliz. A decir verdad, Taliesin apenas tuvo que cambiar

la épica de la situación, porque sabía que los hechos se convierten en mito con solo añadir leves florituras.

Pese a lo afectado que estaba por la muerte de un íntimo amigo y del príncipe de los otadinos, Artor tenía problemas más acuciantes que atender. Como sabía que en cuanto Bedwyr se reuniera con su mujer en Arden iba a descubrir su perfidia, Artor prefirió hablar con él en sus dependencias privadas y confesarle la verdad. Lívido y ciego de ira, el Cuchillo de Arden salió de Cadbury a galope tendido, sin dar explicaciones a nadie, enloquecido. Artor permaneció en sus habitaciones, y no dejó de beber hasta que se sumió en un pesado letargo, fuera del alcance de miradas comprometidas e inquisidoras.

Cuando el monarca apenas se había recuperado de la muerte de Percival y de la huida de Bedwyr, llegó un mensajero del rey Mark para entregarle la cabeza de Tristán. El soldado, un joven moreno, entró en el Salón de justicia y soltó la bolsa empapada de sangre y maloliente a los pies de Artor sin miramiento alguno. Tanto, que Odin habría matado allí mismo al arrogante mensajero, si Artor no lo hubiera detenido.

El enviado de Mark informó al rey supremo de que la reina Isolda había abandonado el lecho conyugal para cohabitar con el jefe de espías de Artor y que al infravalorar las consecuencias que tiene traicionar a un rey, el amante lo había pagado muy caro, con la pena máxima. Cuando el emisario, sin perder nunca su sonrisita, concluyó el provocador mensaje que enviaba Mark, Artor se le quedó mirando fijamente y lanzó sobre el joven toda la dureza de sus ojos grises, hasta que el noble de los deceanglos se vio obligado a bajar la vista avergonzado.

—Dile a tu rey que nos volveremos a encontrar, esta vez en un lugar que yo elija. Puede darse por satisfecho de que mi amigo Gruffydd esté ya viejo para cobrarse con sangre su venganza… aunque puede que sus descendientes no piensen lo mismo.

Y diciendo esto, despidió sin más al correo.

Artor no se sentía culpable de la ejecución de Tristán, porque ya le habían avisado de las repercusiones que podía tener su relación ilícita. Pero el asunto había puesto a la red de espías de Artor en un serio compromiso. E incluso cuando, a instancias de su señor, Gruffydd aceptó volver a coger las riendas y ponerse al frente del grupo, los hombres de Artor se vieron afectados por la falta de visión de su antiguo líder.

Cadbury recuperó cierta estabilidad impaciente ante las noticias que pudieran llegar del norte. Pero no hubo que esperar mucho. Antes de que se levantaran los primeros vientos estivales, Mordred y su horda de brigantes salieron de su territorio y se lanzaron sin tregua sobre las tierras de los cornovios y los ordovicos, pisoteando así todos los antiguos tratados. El ataque se produjo con una rapidez y una ferocidad inusitadas.

El rey Bran se puso al frente de su ejército de ordovicos para impedir que Mordred consiguiera abrirse paso por las fértiles tierras meridionales. Sabía que su enemigo le superaba en número, porque los brigantes llevaban una década sin atender

las levas que requería Artor para defender las fronteras. Y sabía también que se enfrentaba a guerreros expertos y motivados, que acudían al combate llevados por antiguos resentimientos. Los nobles de Mordred no habían olvidado que Artor se vengó de la muerte del rey Luka, ni se lo perdonarían nunca. Como habría hecho su abuelo, una vez analizada la situación con frialdad y sabiendo que iba a necesitar mucha suerte y una buena estrategia inicial, condujo a sus guerreros hacia el norte.

Artor se enteró de la gravedad de los hechos porque a los cuatro días del ataque llegó un correo de los ordovicos a Cadbury Tor. El joven venía con una herida en la pantorrilla, que se había vendado a toda prisa con un trapo sucio. Por el broche que llevaba en la túnica se sabía claramente que era guerrero de los ordovicos de Viroconium.

Tras la reverencia de cortesía, el joven presentó formalmente el mensaje de Bran. Como se había aprendido el texto de memoria, Artor se sintió profundamente emocionado; al oírlo era como si estuviera escuchando las palabras por boca de Bran. Su nieto seguía vivo.

Saludos de Bran, rey de los ordovicos y de Anna, matriarca de la tribu.

El pueblo necesita la ayuda y el brazo fuerte de su rey supremo, porque de entre las tinieblas ha surgido la traición, como vulgar bandido o perro vagabundo, encarnada en Mordred, rey de los brigantes y sus jefes militares. Han cometido abyectos delitos contra la población de Deva y por eso hay que convocarlos, para que den cuenta de sus atrocidades.

—Habla, amigo. Y sé bienvenido. Veo que traes noticias muy graves —comenzó Artor con ceremoniosa dignidad, como si en su fuero interno se alegrara de que por fin terminara aquella espera atroz.

—Señor, mi rey recibió aviso de que el puerto de Deva había sido ocupado por la fuerza, a altas horas de la noche. Fueron brigantes disfrazados, que llevaban varios días infiltrados en el distrito. Capturaron al magistrado local y tomaron a su familia como rehenes; luego abrieron las puertas para que las fuerzas enemigas entraran a la ciudad. Como el magistrado se negó a entregarles el cofre del oro, lo mataron a él y a su familia. Y luego colgaron sus cadáveres en las puertas de la ciudad, para que los habitantes vieran que no sirve de nada negarse a las órdenes de Mordred. Señor, cogieron a dos niñas pequeñas y las colgaron vivas hasta que los cuervos les arrancaron los ojos. Creo que mientras viva no podré quitarme de la cabeza esa imagen del cuerpo maltratado de las dos pequeñas —al mensajero se le quebró la voz; uno de los criados le ofreció al instante una copa de vino, que aceptó agradecido —. Bran reunió a la guardia en Viroconium y solicitó que le enviaran soldados de las fortificaciones fronterizas, pero para cuando llegó a Deva, la ciudad ya había sido saqueada. Nos desmoronamos al ver semejante carnicería, señor. Habían robado todo lo que había de valor en esa ciudad, siempre abierta al comercio pacífico con

cualquiera. Dejaron al ejército de los brigantes a sus anchas entre la población, campando por sus respetos, y cometiendo todo tipo de delitos, violaciones, saqueos. Pasaron a cuchillo a ancianos, mujeres, incluso niños, solo por quebrarnos el ánimo. El rey Bran se quedó mudo al ver tantos cadáveres amontonados y todas las iglesias incendiadas, y al cabo salió tras la huella de muerte y desolación que dejaban los brigantes. Lo único que supimos por uno de los que capturamos es que «El cáliz ha llegado».

Artor se revolvió asqueado.

—¡El rey de los brigantes miente, porque el cáliz no ha podido llegar! El santo Percival y el venerable Galahad murieron por dar con él y Galahad ha ascendido a sus cristianos cielos con la reliquia. Si alguien duda de mis palabras, que vaya a ver el cuerpo descabezado del druida picto donde todavía está, justo en la desembocadura del río Bremetennacum.

El mensajero miró a Artor con supersticioso recelo. Con tono vacilante prosiguió su informe.

—En las colinas que hay al sur de Aquae estaba Mordred esperándonos. Como Bran se dio cuenta de que los brigantes se habían escondido como conejos, mandó a sus escoltas por las estribaciones en busca de cualquier signo enemigo. Pero la patrulla de reconocimiento tardaba en volver, y por eso mi señor comprendió que las fuerzas de Mordred estaban a un paso.

»Esos perros nos atacaron por la noche, abriéndose paso por el bosque a base de fuego. Como las llamas devoraban rápidamente los crecidos pastos de invierno, pronto nos vimos envueltos en humo y los más descuidados murieron abrasados con la armadura puesta. Mordred lanzó después la caballería por la retaguardia y también de frente, porque el rey Mark decidió romper el pacto que había hecho contigo y unirse a Mordred con un pequeño contingente de hombres. Como estábamos en inferioridad numérica y el rey sabía que no podíamos vencer, salimos como pudimos de las líneas de los brigantes y los deceanglos, luchando con todas nuestras fuerzas hasta que llegamos a campo abierto y desde allí emprendimos la retirada a toda prisa. Mi rey resultó gravemente tocado en esta operación, ya que para proteger a nuestros heridos intentó entretener a la caballería de los brigantes. Está en Vernemetum, atendido por la reina Anna y sus médicos personales. Todos esperamos que se recupere pronto de sus heridas.

»Pese al estado en que se encuentra, el rey Bran ha fortificado Vernemetum. Desde el lecho ha enviado mensajeros para que recluten por su territorio a todos los que tengan edad de combatir. Cuando vengas, te seguiremos hasta la muerte o hasta que nos arrasen, porque nuestra sangre ha sido derramada en estas tierras occidentales y tenemos que vengar la traición de Mordred.

Artor meditó lo que le decían. Si eran lo suficientemente listos y valientes como para aprovechar su ventaja, las fuerzas de Mordred tenían expedito el camino a Cadbury.

—Pase lo que pase, los ordovicos se han comportado como leales guerreros. No sería ninguna deshonra que un ejército más potente venciera a tus hombres. Descansa, come y bebe algo y cuando regreses expresa mi agradecimiento a tu señor, y llévale la promesa de que saldré en vuestra ayuda.

Pero el correo no había terminado.

—Los enemigos se hicieron pasar por pictos, mi señor, aunque puede que hubiera algún picto entre sus filas, y fingieron maneras bárbaras, presentándose al combate con la cara pintada de azul. A nosotros la pintura no nos amedrentó; nos abatieron el fuego y las máquinas de asedio. Lanzaban contra nuestros soldados las cabezas de los habitantes de Deva, para descorazonarnos. Que los celtas luchen así contra los propios celtas es abominable, por eso a partir de ahora solo pienso en castigar a los brigantes, por las agresiones que han infligido sobre los de su raza. No entiendo…

El mensajero se tambaleó al doblársele la pierna que tenía herida, fruto también del cansancio extremo. Gareth dio un paso al frente para que no se cayera.

—Mírale la herida, Gareth, porque ha recorrido un largo camino para traemos esta información.

—La avaricia es arma poderosa, joven, y muchas veces se usa para extraviar a los humildes. Recuerdo que las tribus nunca dudaron en seguir a mi padre, Uter Pandragón, hasta el final de sus días, incluso cuando, próximo a terminar su reinado, tomaba decisiones peligrosas o sanguinarias. Si uno tiene mano dura y la determinación de usar el poder en beneficio propio, se consigue incluso convencer a gente razonable para que actúe de manera irracional. Los hombres del ejército de los brigantes siguen a Mordred sencillamente porque les promete mucho, y les permite cometer todas las aberraciones que se les ocurra. Ahora descansa, chico, y acepta mi gratitud. No tienes nada de lo que avergonzarte.

—¿Cuándo te enteraste de que Mordred ansiaba el trono y de que fue él quien trazó los planes del cáliz maldito, el asesinato de los otadinos y la muerte del obispo Aethelred? —le preguntó después Taliesin, ruborizándose al instante por la impertinencia que podían suponer sus palabras. ¿Quién era él para interpelar a un rey?

Artor se quedó mirando al hijo de su viejo consejero, con mirada impenetrable.

—Yo sospechaba que Mordred estaba detrás del asesinato de Aethelred. Otha era producto suyo y una vez que se demostró la relación que había entre ellos, era lógico pensar que el cáliz maldito y Gronw formaban parte de su red de falsedades. Pero eso quedó siempre como mera suposición, hasta que el hermano Mark me contó lo que le había confesado Otha.

Taliesin no podía creerlo.

—¿Lo sabías?

—Lo *sospechaba*.

—Pero entonces ¿por qué no mataste a Mordred cuando te enteraste de la intriga? Te faltó tiempo para acabar con su pariente, Simnel, por algo menos grave, como fue

el asesinato del rey Luka. Diezmaste toda una tropa por mi madre y Lady Miryll murió por lo que hizo en Salinae Minor. ¡Artor! Mordred estaba *aquí*, en tu propia casa, ¡a tu merced! Se habrían salvado miles de vidas… todos esos inocentes de Deva. Y ahora te vas a enfrentar a él en el campo de batalla, y ¡Dios sabe quién va a ganar! —Taliesin estaba enfurecido. Artor lo sabía. El joven no hacía más que ir y venir por la sala, rozando el suelo de madera con la túnica, musitando por lo bajo, nervioso, irritable.

—¡Confía un poco en mis dotes, arpista! Cuando murieron Balyn y Balan, estaba tan enfurecido y tan desconsolado que habría matado a Mordred sin mediar palabra. Pero ¿qué habría ganado con eso? Mirándolo desde nuestra perspectiva, puede que Lot y Morcadés siguieran vivos, aunque no creo que hubiéramos conseguido despistar a Pebr, si no le hubiéramos dado un poco de cuerda. Ni creo que Gronw hubiera cambiado sus planes, de haber muerto Mordred. Mi sobrino ha urdido una trama que sobrevive incluso sin él. Y en todo caso, en su momento decidí lo que decidí, y ahora tengo que asumirlo.

—Pero ¿por qué? Sigo sin entenderlo.

—Me sentí incapaz de asesinar a Mordred por la espalda y él se cuidó muy mucho de no hacer nada malo mientras estaba dentro de la corte. ¿Con qué fuerza iba yo a dispensar justicia, si despreciaba mis leyes? Nosotros, los celtas, o somos civilizados, o no lo somos. Si la Unidad de Reyes había de romperse, tenía que ser Mordred quien lo hiciera, no yo, porque de otra forma mi reino sería pura falsedad. Noche a noche he maldecido la oscuridad. He llorado cuando nadie miraba, Taliesin, porque Mordred me ha arrebatado todo, *todo*. Mis nietos, mis amigos… es como si se alimentara de lo que tengo, mientras yo lo único que puedo hacer es observar, esperar y confiar en que me queden fuerzas para levantar una espada cuando se presente a las puertas de mi reino.

Odin se adelantó para arrodillarse ante su señor.

—Yo le entiendo, señor. Pero ahora debemos centrarnos en lo más importante, que es acabar con Mordred. Después ya nos encontraremos todos mucho mejor.

Artor se echó a reír y cerró el puño, como si estuviera blandiendo realmente su espada, Excalibur.

WENHAVER NO DABA crédito al ver cómo habían cambiado las tornas y contemplaba sus lujosas dependencias como un niño al que le han arrebatado su juguete favorito.

—Pero ¿por qué me tengo que ir a un convento a Tintagel, Artor? Mordred no va a herirme a mí. Somos amigos, aunque se ha comportado como un verdadero cerdo con todos desde que se fue de Cadbury, a escondidas, en mitad de la noche. Pero ni así; no se atrevería a tocarme.

—Claro que lo hará, Wenhaver, porque eres mi reina. Si gana, yo ya habré muerto

y a ti te matará en un abrir y cerrar de ojos. Como reina suprema, todo el que decida reclamar el trono tiene que tener tu consentimiento. Y ¿acaso se lo ibas a dar tú de buen grado? ¿No será más fácil rebanarte la garganta con toda tranquilidad? Al fin y al cabo, eso para él no es sino una frivolidad más. No te odia. Ni siquiera te tiene en mente, salvo como obstáculo interpuesto en su camino. Puede que para ti sea bienvenido. Y no te culpo, porque nunca hemos sido particularmente felices, ¿no? —Artor hablaba con una voz cargada de amargura y resentimiento.

—Pero ¡tú vas a volver! ¡*Siempre* vuelves! ¿Por qué estás tan negativo, Artor? ¿Y tan agresivo? Soy la reina, tu reina, y para mí es importante el cargo —Wenhaver se puso de pie. Ironías del destino, vestida como iba con una túnica sencilla de diario y despojada de todos los aderezos que normalmente llevaba, tenía un porte regio. Ahora quería centrarse en las palabras más incisivas de Artor—. ¿Cómo te atreves a insinuar que aceptaría a Mordred como rey supremo? Siempre has sido un asqueroso egoísta, Artor, pero esta vez has conseguido herir mis sentimientos. Puede que no te haya dado hijos; ¡pero conozco mis obligaciones! Por todos los dioses del cielo y de la tierra, ¡tú eres el legítimo rey de los britones!

Artor tomó una de las rechonchas manos de su reina y la besó.

Wenhaver se puso colorada.

—Recordaré tu lealtad y te estaré siempre agradecido. Pero aun así debes ir a Tintagel. Tengo que tomar todas las precauciones que sean necesarias para que no corras peligro, querida. A la reina hay que protegerla, por lo que pueda pasar. Y enviaré allí mi corona, para que la cuide la Madre Iglesia, porque sé que así estará a salvo.

Wenhaver seguía sin admitir que estaba en peligro. Solo cuando Artor ordenó a su guardia que la sacaran de allí, recobró la compostura y encargó a sus criadas que prepararan todo para su partida.

—Las monjas la pondrán pronto a trabajar —dijo el rey a Taliesin cuando su esposa salió en dirección al convento donde iba a refugiarse, escoltada por soldados.

—Al menos en su nueva morada no tendrá muchos jóvenes apuestos con los que entretenerse.

—Es más probable que decida dirigir ella el cotarro —intervino Odin. Artor se echó a reír.

—Puede que tengas razón, Odin. Tiene talento para hacer lo que le da la gana, ya sea por las buenas o por las malas.

Taliesin creyó reconocer un resquicio de afecto en los grises ojos del monarca.

—La reina es la que es, independientemente de lo que a mí me habría gustado que fuera. No sirve de nada seguir dándole vueltas a lo que habría ocurrido, en circunstancias distintas.

Y entonces le sobrevino el recuerdo de Gallia, como tantas otras veces en estos tiempos. Se le suavizaron los gestos y se quedó con la mirada perdida.

Taliesin y Odin reconocieron la situación. Durante el último año Artor se quedaba

pensando en Gallia buscando consuelo con mucha frecuencia y eso les preocupaba. Los dos sabían que cuando la mente de las personas se ancla en el pasado, es porque se están cortando los hilos que a uno lo comprometen con el futuro; porque nos estamos entregando a la muerte.

De manera abrupta Artor se incorporó.

—Tengo que ocuparme de Mordred y ver qué pasa con mi sucesión. Solo entonces descansaré en paz; solo entonces —vio que Odin y Gareth lo miraban preocupados—. Queridos amigos, os redimo de cualquier obligación de venir conmigo en esta última campaña. Con suerte volveré una vez que haya enterrado a Mordred donde le corresponde. Pase lo que pase, mi sucesor necesitará de vuestros sabios consejos.

Los dos ancianos empezaron a proferir airadas protestas. No pensaban quedarse. Estaba insultándoles si acaso le parecían demasiado viejos. Le seguirían donde fuera, por mucho que se empeñara en lo contrario.

—Nos estás insultando, Artor —dijo Odin—, porque hicimos un juramento y si lo rompemos, lo único que nos espera ya será la pira funeraria. Y además, ¿en qué consiste la seguridad o la paz? No es más que el refugio del anciano, al que solo queda sentarse junto al fuego para soñar lo que podría haber sido.

Artor no dijo más, porque en lo más íntimo de su alma estaba encantado de que lo acompañaran sus amigos. La campaña iba a ser, seguro, muy dura y muy costosa.

EL PRIMER GOLPE llegó pronto, en cuanto Artor ordenó que los soldados del oeste marcharan con él. Galván no podía ayudarles. Abriéndose paso por las filas enemigas, había llegado un correo, un hombre adusto, de gesto huraño a lomos de un caballo agotado, con un mensaje de Enid, la esposa de Galván. Artor recordó sus cabellos castaño claro, los ojos tan luminosos que tenía y aquella figura esbelta, recia como un sable.

De la reina Enid de los otadinos

Larga vida al rey Artor, legítimo rey supremo de los britones y Guerrero de Occidente.

Hablo en nombre de tu sobrino, Galván, rey de los otadinos, que se encuentra en Trimonium, al norte, combatiendo pretendientes al trono.

Estamos desolados por no poder enviar tropas para que combatan a tus órdenes en la legítima guerra que llevas a cabo contra Mordred el Matricida. Nuestros guerreros están bloqueados en una encarnizada lucha contra varios pretendientes al trono de los otadinos, y mi esposo se ve obligado a ir de un extremo a otro de sus territorios en busca de los traidores. No obstante, debo decirte que los bárbaros pictos han empezado a salir de sus montañas. Se han

divisado partidas de guerreros por Magnis y Camboglanna del Muro. Hemos de deducir que se dirigen hacia el sur para unirse al Matricida en su infame campaña.

Estate seguro de que los otadinos cumplirán honrosos con el tratado que firmamos contigo en cuanto la situación lo permita, si bien no puedo darte fecha. Solo entonces podrán descansar en paz los espíritus del rey Lot y la reina Morcadés a quienes el Matricida envió a la tumba sin que hubiera llegado su hora.

Que los dioses te protejan.

Queda a tu disposición,

La reina Enid

EL GUERRERO OTADINO recitó el mensaje de memoria, casi sin respirar, pero al rey supremo le interesaba mucho más saber lo que aquel hombre realmente había visto. Le hizo varias preguntas muy bien pensadas y al punto pudo hacerse cargo del tamaño y la fuerza del ejército que tenía Mordred.

—No tienen mano firme que les guíe —dijo el guerrero, con gesto huraño, como buen otadino—. Los olía a distancia, mucho antes de que se dejaran ver, esos asquerosos. Me parece que sus capitanes no estaban a la altura. Sí, son bastante lentos de movimientos, y se enfrentan entre sí para decidir quién manda cuando están tomando posiciones en el campo de batalla. Pero ese cerdo cabrón que mató a su madre, Mordred, ha conseguido reunir una enorme hueste. Y es astuto como una rata y se guarda muy bien las espaldas. Ese chaquetero de Mark de Canovium se ha unido a él. Mi viejo rey, Lot, nunca se fió de ese engreído bulto de mierda inútil. Vendería a su madre por unas perras, así que no me extrañó cuando me dijeron que el Matricida le había prometido las tierras de los ordovicos, una vez que acabara contigo.

»Al cruzar por las líneas enemigas oí hablar a los centinelas. Dejé el caballo tirado, bueno, un rato, y me subí a un árbol, porque sabía que esos malditos estúpidos no iban a mirar para arriba. Y enseguida me enteré de lo que pensaban, que como tú estarías enfurecido y sin serenidad para pensar, cargarías hacia el norte rápidamente. Y creen que vas a quedar apresado entre sus dos contingentes.

Artor se mesaba unos pelillos de la barba que Odin había dejado sin afeitar cuando le aseó por la mañana. Se oía ligeramente el ruido áspero de la barba al roce de los dedos.

—Gracias por las noticias que traes —dijo—. ¿Cómo puedo recompensarte?

—Ganando a Mordred —contestó el guerrero lacónico—. Mi señor ya tiene bastantes problemas, como para que el vecino hostil se encarame justo en el muro fronterizo. Si ha firmado un pacto con los pictos, el Matricida cruzará el muro para atacarnos.

Cuando el otadino se marchó para disfrutar de la buena comida, la cerveza y la cama confortable que se había merecido, Artor siguió con sus más íntimos para

perfilar el plan.

ARTOR SINTIÓ UN enorme alivio el día que por fin salió de la ciudadela. Las salas, las fortificaciones en espiral, incluso la fertilidad de los campos que rodeaban Cadbury le hacían pensar en oportunidades perdidas. Las sombras de Balyn y Balan reían por los pasillos y Percival levantaba la cabeza y dejaba de afilar su espada siempre que Artor salía de sus dependencias. Cadbury estaba lleno de fantasmas —Targo, Myrddion, Luka, Llanwith, todos sus queridos difuntos— y el rey ya no aguantaba seguir viéndolos.

¿Volveré a contemplar esta bella Cadbury?, se preguntaba, sin arrepentirse apenas de lo que había forjado.

Al pasar junto a un viejo roble, un cuervo emitió un malicioso graznido desde la copa, que hizo temblar a Taliesin. Tras la comitiva, espléndida en rojo, verde y oro, la ciudadela y los pueblos de alrededor parecían gozar de un orden y una plenitud soñada. Las mujeres lanzaban flores a las pezuñas de los caballos, los niños miraban con la boca abierta y los ancianos no dejaban de sorprenderse al paso del rey supremo, por mucho que lo hubieran visto en cacerías, cabalgando con sus soldados o dispensando sabiduría en el Salón de Justicia. Su señor tenía el semblante de un dios, tan tranquilo y tan centrado en mantener su reino limpio. En vez de su corona de oro, que se había llevado la reina a Tintagel, Artor lucía una delicada diadema de hojas de roble que le había engarzado Taliesin. Al verla, Artor se había echado a reír, pero cuando Odin se la colocó sobre sus rizos plateados con toda la dignidad propia de una auténtica coronación, Artor cedió.

Cuando el rey se volvió varias horas después de abandonar la ciudadela, vio su colina, elevada sobre las copas de los árboles, como si también Cadbury llevara una corona de hojas de roble.

CAPÍTULO XXII

ET FINI

Dios conceda a los vivos su Gracia
A los que se fueron Descanso
A la Iglesia y el Mundo Paz y Concordia
Y a nosotros pecadores la Vida eterna

(INSCRIPCIÓN EN PIEDRA EN EL EXTERIOR DE LA ABADÍA DE WESTMINSTER)

EL DRAGÓN AVANZADA hacia el norte. Cual bestia pesada y corpulenta, se trasladaba abriéndose paso con sus garras por caminos abiertos, capaces de acoger su voluminoso contorno. El ejército de Artor se movía con más agilidad de lo normal, pero al rey le habría gustado tener alas de dragón para planear sobre colinas y ríos y sacar así a Mordred de su escondrijo lo más rápidamente posible. Y aplastarlo bajo las enormes zarpas de su monstruosa criatura.

Contra todo pronóstico, Artor decidió no entrar en Aquae Sulis ni en Villa Poppinidii al pasar por allí. En campañas anteriores, el jardín de Gallia, aquel punto que tan bien condensaba la belleza de occidente, siempre ayudaba a Artor a sobreponerse de sus debilidades. Pero ahora habían muerto casi todos los que habían conocido al joven Artorex y con el inexorable paso del tiempo apenas quedaba ya nada del antiguo encanto y camaradería de la villa.

La caballería, formada por una docena de hombres, avanzaba en cabeza. Tras ellos marchaban los arqueros, bajo los alegres estandartes marciales de sus jefes y la bandera de su caudillo, Pelles el Menor de Ratae. Como su líder, los arqueros iban vestidos de alegres colores, porque al estar normalmente en segunda o tercera línea de batalla, no corrían el riesgo de ser objetivo directo del enemigo. Los tonos de azul, verde, rojo escarlata y amarillo intenso contrastaban con los matices más sombríos de los jinetes.

Los seguía la infantería, compuesta por campesinos. Entrenados en las antiguas técnicas romanas de combate que Targo había pasado a sus mayores, marchaban con dignidad, en compañías compactas, devorando leguas disciplinadamente con paso firme, la impedimenta amarrada al escudo o a la espalda, y cada uno con lanza y

cuchillo. Dado que en todo enfrentamiento eran ellos, los soldados de infantería, quienes recibían el principal impacto enemigo, estos hombres caminaban orgullosos con la mirada al frente, bien alta, testamento vivo de la lealtad y el honor.

La retaguardia estaba formada por pesados carros de transporte tirados por yuntas de bueyes blancos en los que se habían dispuesto máquinas de asedio, armas, suministros, comida y un equipo de sanadores con todo lo necesario para el oficio. Los ejércitos tienen que transportar gran cantidad de provisiones para evitar que los guerreros mueran de hambre sobre el terreno, arrasados por el enemigo.

Pero un ejército es mucho más que una colección de hombres que luchan y mueren, por muy bien engrasada que esté esta maquinaria, como era el caso de Artor. Había además una muchedumbre, seguidores de campaña, que a pie o a caballo, constituían la retaguardia final; unos llevaban elegantes túnicas, que en su día obtuvieron sus soldados; y otros caminaban con sencillos ropajes de colores sobrios, seguidos de niños y animales de carga que acarreaban sus escasas posesiones. En esa mezcolanza de gente, encandiladas por el ambiente o agotadas por los rigores de la marcha, había también mujeres que acompañaban a sus hombres al combate.

Cada noche, en el interior de su tienda y con un jarro de cerveza al lado, Artor analizaba minuciosamente los antiguos mapas de Myrddion, buscando un terreno para la batalla que pudiera darle alguna ventaja en el enfrentamiento que se avecinaba. El rey, como sus soldados, no tomaba agua cuando estaba de campaña, porque a nadie se le ocurriría beber agua de ríos o corrientes que no sabían de dónde venían. Si no se tomaban precauciones, las aguas envenenadas eran más mortíferas que las espadas. Por eso se daba a cada hombre un suministro de cerveza de lúpulo y de cebada.

Un día, mientras el ejército estaba acampado en una calzada romana al este de Viroconium y al norte del Bosque de Arden, que pasaría a llamarse la Senda de Ryknield, llegó la noticia de que Bran venía hacia el vivac.

La reducida comitiva de Bran se unió a la vanguardia del ejército al atardecer. Envuelto en la aletargada luz dorada del ocaso, el rey supremo vio acercarse un grupo de jinetes ordovicos que escoltaban a una mujer, de figura esbelta y facciones huesudas, montada a lomos de un caballo zaíno. Viajaba junto a una camilla que transportaban seis fornidos criados. El cabello de la mujer refulgía a esas horas con destellos rojizos, como de herrumbre y sangre seca.

Introdujeron la camilla en la tienda de Artor. En ella venía el rey Bran, notablemente disgustado por no poder presentarse a caballo a causa de sus heridas. Incluso después de haber pasado varias semanas en reposo y atendido por los médicos, traía muy mal color, afectado quizá por el traqueteo del viaje que había tenido que hacer desde Vernemetum para llegar allí. Y eso que no estaba muy lejos. Sin embargo, al ver que seguía manteniendo la misma mirada decidida y resuelta de siempre, Artor vio con satisfacción que su nieto no estaba desalentado, que las derrotas militares no le habían quebrado el ánimo.

A juzgar por lo que se leía en su rostro, no podía decir lo mismo de Anna, porque era así como la llamaba cuando ahora pensaba en ella. Esta mujer de ojos castaños, color almendra, que presentaba unos pómulos tan marcados, consumidos por el dolor, había sustituido a Licia, su niña risueña. En los ojos de Anna, Artor descubrió una oquedad, un lacerante vacío que jamás podría llenarse y en ese instante se le desgarró el corazón; estaba claro que la pérdida de sus hijos, de los bellos gemelos, la había matado. Cuando se agachó para besarle la mano, estuvo a punto de perder las formas, abrumado como estaba por los sentimientos de culpa y añoranza.

Aunque Artor llevaba más de veinticinco años sin ver a su hija, siempre la habría reconocido, porque en ella había algo de Ygerne y de los gemelos, un dulce aire familiar que asomaba por entre los pliegues de su boca y en los rizos que le nacían por aquella nuca tan suave.

—Anita, sigues tan guapa —le dijo el rey en voz baja. Deseaba abrazar a su hija y confesarle de una vez la verdad, pero habría sido egoísta el hacerlo y ahora no era momento de rendirse a sus deseos.

—Eres muy amable cuando quieres, rey Artor —contestó Anna muy cortante, aunque le brillaban los ojos—. El tiempo ha sido más generoso contigo que conmigo, así que tus cortesías no nos honran ni a ti ni a mí. Soy una anciana, señor. Podríamos ser hermanos, si no nos lleváramos veinte años o más.

Por un momento a Artor se le paró el corazón. ¿Creía Anna realmente que eran hermanos, como rezaba la leyenda que circulaba por ahí?

—¿Señor? —preguntó Bran. El rey de los ordovicos era muy vivo y enseguida se dio cuenta de que entre su madre y el rey pasaba algo. Se había levantado de la camilla como pudo y se le notaba el esfuerzo.

Artor sonrió y lo abrazó, un saludo de rey a rey.

—Bienvenido, Bran. ¡Siéntate, por favor, siéntate! Estás muy pálido. Es evidente que no has medido bien las fuerzas y que te has excedido al empeñarte en venir en persona. Perdóname, debía haber ido yo, pero el norte me reclama con urgencia.

Bran sonreía abiertamente y Taliesin tuvo que contener su sorpresa al ver lo que se parecía a Artor y a Balan.

—Eres muy amable, señor, pero me duele oírte, porque no puedo acompañarte a la batalla con Mordred. Mi ejército, o lo que queda de él, te espera junto a las colinas y tienen orden de seguirte. He reclutado a todos los ordovicos capaces de blandir una espada, campesinos o nobles, para que te apoyen. Y están muy animados, señor, completamente decididos a no dejar indemne a ningún rebelde de los brigantes que haya puesto sus pies en tierra de los ordovicos.

Artor veía que a Bran le temblaba el pulso, pese a que el joven se esforzaba por que no se le notara el agotamiento. Bastó que el rey mirara a Odin para que el criado trajera una copa de vino tinto y se la pusiera a Bran en la mano.

—Gracias —dijo Bran, sonriendo a Odin con elegancia natural. Y en ese instante el corazón del anciano juto quedó prendado del muchacho.

En cuanto se bebió el vino, Bran recuperó el color, pese a que por el gesto que puso le pareció muy fuerte.

—Cuando derrotes a Mordred, lo cual es inevitable, majestad, permíteme que sea yo quien castigue a la tribu de los deceanglos. Me entretendré buscando un castigo adecuado para Mark y le confiscaré lo que tenga para entregártelo. En realidad, creo que perder la riqueza es para el peor castigo que la propia muerte. Puede que le deje por ahí, teniendo que mendigar para comer uno o dos meses, antes de ejecutarlo.

Artor y Bran rieron.

—Cuando termine la campaña, y Mark vuelva a su corte aullando como el perro que es, retírale con todos mis parabienes las tierras y el dinero que tenga —dijo Artor —. Eres de una lealtad férrea y eso lo valoro más de lo que imaginas.

Bran bajó la cabeza en señal de reconocimiento.

—También te ruego que le permitas a mi hijo mayor ir de observador a la batalla. Se llama Antor, en honor de mi abuelo. Aunque sólo tiene diez años, señor, es hora de que aprenda lo que es ser hombre… ¡y rey!

En medio de un silencio sepulcral que cortaba el aire, Artor se aclaró la garganta para que la voz no delatara el dolor que le provocaba ver cómo Antor, su queridísimo padrastro, era honrado como ascendiente familiar de Bran, mientras que el nunca podría hacer lo mismo.

—Bienvenido sea. Gareth cuidará del muchacho y lo protegerá con su vida, si es necesario, pero ¿estás seguro de que quieres que asista a la brutalidad de la guerra? Matar es un oficio terrible y lo que vea le dejará tal huella que ya no volverá a ser el mismo.

—Gracias por tus palabras, señor. Pero mi heredero tiene que conocer lo que entrañan sus obligaciones y responsabilidades.

Y con esa respuesta, Artor tuvo que darse por satisfecho.

Bran había envejecido estos últimos años, aunque tenía una familia joven y una mujer muy bella y entregada. Sin embargo, los problemas, la responsabilidad y los fracasos habían grabado profundas arrugas en el rostro de Bran, arrugas que le nacían junto a la nariz y le llegaban hasta su hermosa boca.

—Has hecho más de lo que exigen tus responsabilidades, Bran. Para serte sincero, has hecho más que ningún otro rey de occidente. Tu abuelo paterno, Llanwith, estaría muy orgulloso de ti. Bran se sonrojó ostensiblemente, dada la palidez de sus mejillas, pero Anna asentía como para corroborar las palabras del rey y mostrar su reconocimiento.

Los tres empezaron a conversar sobre lo que pasaría en occidente una vez que derrotaran al usurpador, y como Anna y Bran eran muy intuitivos en lo que a estrategia militar se refiere, Artor estaba encantado de debatir con ellos y recibir sus consejos.

Tan realista como siempre, Artor no eludía hablar de las consecuencias que se derivarían de la derrota.

—Si no triunfo, será responsabilidad tuya retirarte al otro lado de la calzada romana que se dirige al norte —afirmó Artor muy seco—. Debes mantener el territorio que se extiende de Pennel a Viroconium, y de Deva a Glevum, para que los celtas que queden tengan un santuario final. Si caigo, los sajones se echarán sobre nosotros como una inmensa ola voraz, en cuanto comiencen nuestras disputas internas. Por eso te ordeno que aglutines lo que quede de nuestras tropas, lleves a Mark a los tribunales y mantengas los valores de los pueblos celtas. No intentes acceder al trono, por mucho que te lo ofrezcan. Pero deseo educar al joven Antor para que sea mi sucesor.

—Las tierras de los ordovicos no cederán a los sajones mientras yo viva, o vivan mis hijos o los hijos de estos —juró Bran, con voz recia y contenida—. Antor marchará contigo cuando regreses del campo de batalla.

—Yo también me uno a esta promesa, Artor —dijo Anna.

Taliesin se estremeció por dentro al ver los férreos ojos de la dama.

Ante un juramento tan indestructible, correrían los ríos llenos de cadáveres sajones antes de que alguien lo rompiera.

—Es hora de que os vayáis a descansar —dijo Artor—. Estás agotado, Bran, y necesitas ahorrar fuerzas. Ya no te veré hasta que regrese del norte, porque salgo con las primeras luces. Que Mitras te acompañe y cure tus heridas —y les sonrió mostrándoles el pesar que le causaba que se fueran.

Artor se habría levantado, pero Anna lo retuvo en su silla de campaña, agarrándolo con aquellas manos tan trabajadas. Se inclinó hacia él y le besó prolongadamente los párpados con dulzura.

—Recuerdo una vez que hablamos tú y yo largo rato en Villa Poppinidii, querido Artor. Mi valeroso padre, como tú lo describiste, había muerto… o eso me dijiste. Espero que tengas un dulce descanso eterno, si es que Fortuna decide que no nos volvamos a ver. Si regresas, puedes llevarte a mi nieto con todas mis bendiciones. Tu Licia recuerda todo, señor, y te perdona todo, también tus silencios. Licia lo supo siempre y entiende el porqué de las mentiras que le contaban.

Artor no tenía palabras para expresar lo que sentía. Le besó las palmas de las manos y le cerró los dedos para que no se le escapara el cariño que en ellos había vertido.

Cuando se quedó solo, después de que Anna y Bran se fueran a descansar en los confortables camastros que tenían preparados, Artor se desplomó en su silla.

—Lo sabe. Siempre lo ha sabido —murmuró arrastrando las palabras, lamentando las oportunidades perdidas.

No dijo más. Y durante toda la larga noche se reservó lo que pensaba.

SALIERON HACIA EL norte y era como si la marcha rejuveneciera y fortaleciera a Artor. Con cada legua que cubría, menores eran en él las huellas que había dejado el

tiempo; hasta que al final el anciano andaba erguido y decidido, con la mirada feroz y penetrante del halcón septentrional.

Cuando dejaron atrás Deva, las tropas de Artor se vieron acrecentadas con los arqueros y los jinetes de los cornovios, que se unían a ellos guiados por un demacrado y apesadumbrado Bedwyr. Artor lo saludó muy afectuoso, pero con cautela.

—Me alegra que hayas querido venir, Bedwyr, porque era algo que yo no me habría atrevido a pedirte nunca —admitió el monarca, una vez que el ejército estaba en el vivac—. Muchos en tu situación me habrían abandonado a mi suerte.

Avergonzado hasta lo más profundo de su ser, el rey supremo bajó los ojos y con los hombros caídos se miraba las botas.

—Debes saber que la reina Elayne ha dado a luz un hijo. Es un niño fuerte y precioso y parece que va a ser muy alto. Le ha puesto de nombre Arturo.

Bedwyr tenía la mirada fija en el monarca. Artor no conseguía tampoco dejar de mirarlo, pese a que sabía que su rostro delataba la vergüenza que lo invadía.

—¿Tienes algún mensaje para mi esposa? —preguntó Bedwyr con su característica voz aguda.

Odin cogió aire ruidosamente, en señal de advertencia.

Artor no retiró los ojos de la mirada acusadora de Bedwyr.

—Deseo larga vida a tu esposa y mucha salud por la amabilidad que tuvo con un anciano que tenía la vida hecha jirones y necesitaba de alguien que lo arropara. En cuanto al niño, que crezca fuerte y apegado a los bosques de su padre, el honorable Bedwyr.

—¿Su padre? —ironizó Bedwyr—. Entre nosotros sería preferible hablar claro, sobre todo en privado.

—Taliesin, Gareth y Odin son los únicos que saben la verdad que hay entre nosotros —contestó Artor—. No protestaré, si quieres vengarte.

Bedwyr respiró profundamente, exasperado.

—Me he convencido de que Elayne no tiene culpa de lo que ocurrió. Los dioses decidieron uniros para algo, y acepto el destino. He aprendido que nada es absoluto, ni el orgullo, ni la lealtad ni el honor. Me siento enojado, pero lo pasado, pasado está. La búsqueda del cáliz me enseñó lo suficiente sobre mis propias faltas como para no andar hurgando en las debilidades de los demás.

—Eres muy generoso, Bedwyr —reconoció Artor—. Te agradezco cualquier perdón que me puedas conceder.

—Ya no puedo creer en ti, como en su día lo hice. Pero siempre amaré a Elayne y entenderé que te preocupes por ella. La paz sea entre nosotros, ahora que Mordred está a punto de echársenos al cuello.

Artor se quitó el anillo que llevaba en el pulgar.

—Cuando muera, dale este anillo al joven Arturo. Pero si verdaderamente amas a Elayne y al niño, quizá fuera mejor que no le contarais al muchacho quién es su

verdadero padre. Es muy pequeño para ocupar el trono. En todo caso, vosotros tenéis la última palabra.

Artor entregó el anillo a Bedwyr, insistiéndole en que lo aceptara.

El vasallo asintió con la cabeza, pero no quiso decir nada.

—Si muero, entrégale el cuchillo del dragón a Elayne, para que se lo dé a tu hijo, porque espero que siempre crea que es hijo tuyo. El cuchillo del dragón es lo más personal que tengo, porque Brego, el herrero, me lo hizo cuando rescaté a su hijo hace ya una eternidad. Fue grabado en Glastonbury y sirvió de muestra para Excalibur, pero el cuchillo representa a Artor y todo lo que Artor ha sido. Invéntate lo que quieras, si te preguntan por qué lo tienes. Excalibur tiene que ser para Lady Niniana. Ella decidirá qué hacer con la espada. Como le pasaba a Uter, no me fío de lo que un hombre llegue a hacer con Excalibur. Lo único que deseo es que sobrevivas a esta batalla, para que ejecutes lo que te estoy pidiendo. Tienes que atender mis deseos, Bedwyr, porque mi espada no puede caer en manos de los brigantes. Te encomiendo todos los símbolos de mi reinado, porque sé que solo tú, mi Cuchillo de Arden, acatarás mis órdenes y las cumplirás sin cuestionarlas.

Bedwyr volvió a asentir con la cabeza y se inclinó en señal de respeto, sin ocultar lo que le estaba costando el gesto.

EN CAER GAI Niniana acababa de cerrar a toda prisa una bolsa de cuero y la estaba atando en las enormes ancas de su yegua ruana. Sus hijos llevaban horas intentando disuadirla de que no se embarcara en un viaje tan peligroso y tan imprudente.

—El rey me necesita. Vuestro padre no me perdonaría nunca, si no fuera al encuentro de Artor. ¡Ni yo tampoco!

—Pero ¿tú qué puedes hacer, madre? ¡Sé un poco sensata! —le rogaba Rhys, con el asentimiento de su hermano—. ¿O estás pensando en blandir una espada en la batalla que se avecina?

—Supongo que ese sarcasmo tuyo es porque te preocupa mi seguridad, no por impertinencia —respondió Niniana muy seca—. He tomado la decisión. Así que dadme un beso y me marcho.

—Al menos deja que vayamos uno de los dos —insistió Rhys.

—No. Por estas montañas, a mí no me pasa nada.

Derrotados y desconcertados los chicos se apartaron para dejar pasar a su madre y Niniana salió al galope, levantando una pequeña nube de esquirlas. Ni siquiera se volvió para mirarlos.

En Viroconium el rey Bran utilizaba los mismos argumentos con su madre.

—Pero si Artor salió de Letocenum hace sólo una semana —decía Bran—. ¿Qué es eso tan importante que quieres decirle ahora? ¿Qué ventolera te ha dado, madre? Al rey no le gustará que vayas detrás de él al campo de batalla.

Anna no atendía a lo que su hijo le estaba diciendo. Terminados los preparativos

ordenó que la acompañaran dos soldados de confianza. Y cuando pasó los muros de la ciudad, vio a Niniana, siguiendo la orilla del río que bajaba de la montaña. Esperó a que la forastera llegara hasta allí. Cuando Niniana se encontró con la reina viuda de los ordovicos, las dos magníficas mujeres se saludaron y se observaron atentamente.

Niniana rompió el hielo y se echó a reír. Abrazó a Anna, bajó del caballo, y le recordó a la reina de los ordovicos lo que mandaban las reglas de hospitalidad. Anna y Niniana regresaron a la ciudad, mientras hablaban del arrebato que les había inducido a cada una a salir en busca de Artor.

Bran se encargó de que prepararan un caballo nuevo para la viuda de Myrddion Merlín. Pero si por un momento llegó a pensar el joven rey que su madre iba a cambiar de idea ahora que estaba con Niniana, se desengañó al instante.

Bran parecía inmune al aura que desprendía Niniana. La trataba con toda la deferencia que merece una anciana, pero no se sentía nada impresionado en su presencia.

—Tu hijo dice mucho de ti —le dijo Niniana a su anfitriona—. No parece hombre que se deje llevar por sus sentidos. Será un magnífico rey.

Anna se sonrojó. Nunca había coincidido hasta entonces con la célebre Niniana, pero desde el primer momento comprendió que todas las historias que había oído sobre ella eran ciertas. Notaba que Niniana miraba distinto, que atravesaba con sus ojos el exterior para leer en lo más profundo del corazón humano.

—Eres muy amable al decirme esto, señora.

—Myrddion hablaba mucho de ti. Y también hablaba de Gallia, tu madre.

Las dos viudas se observaban con respeto y comprensión mutuos.

—¡Hombres! —Anna anuló al sexo opuesto con una mezcla de cariño y desprecio —. Artor se ha pasado la mayor parte de su vida protegiéndome para que no me enterara de lo que ya sabía. Pero supongo que a él nadie le dijo que Livinia Menor había desvelado su secreto hacía años.

A Anna no se le ocurrió preguntar cómo sabía Niniana que ella conocía sus verdaderos orígenes. La mayoría de la gente temía esas percepciones con las que de pronto te sorprendía Niniana, pero Anna no se sentía incómoda en su presencia. Y Niniana por su parte estaba encantada de que así fuera.

No hablaron más del asunto.

—Tenemos que irnos, señora —Niniana miró el sol de mediodía que se alzaba casi verticalmente en el cielo—. En una semana debemos estar en Mamucium para reunirnos con la reina Enid, porque a Artor le espera el destino.

—Entonces salgamos sin demora, aunque estarás cansada. Llevo provisiones para todos, pese a lo que han insistido mis hijos para que no cumpla con mi obligación.

—Dormiré cuando lleguemos —dijo Niniana sin añadir más—. Si la reina Enid consigue volver la espalda a las rebeliones del norte, yo seguro que sobrevivo unos días sin dormir.

Anna asintió con la cabeza y las dos mujeres emprendieron su largo camino hacia

el norte.

TARDE O TEMPRANO en la vida todos los caminos convergen en algún punto, pensaba Taliesin, mientras contemplaba el ejército de Artor desde una pequeña elevación. Y cuando lo hacen, la suma total de nuestra existencia se nos hace patente y clara. Es lo que ahora está viviendo Artor. Ha llegado por fin a un río sin nombre fuera de una ciudad semirromana y asquerosa, un lugar en que será sometido a una última prueba, para que demuestre su fuerza.

El paisaje era suave, olía bien. Aunque desde allí no se divisaba el mar, de él llegaban vientos frescos del oeste; los campos formaban pequeñas ondulaciones en el terreno, cuajados de hierba verde, de tojos y flores silvestres. En las colinas de alrededor crecían el brezo y la lavanda en pálidos tonos rosados y el río brillaba esplendoroso en este tiempo estival. La guerra no parecía afectar demasiado a los guerreros, que aparentaban estar simplemente visitando a algún aliado mientras asentaban el campamento.

Taliesin fijó la vista en la margen más alejada del río, pensando en la obsesión con la que Galahad se había lanzado a perseguir a Gronw para rescatar el cáliz. Los dos habían muerto y en parte el arpista confiaba que no hubiera más gente como ellos en occidente. Sin embargo, también le vino a la mente el cadáver amortajado de Percival y el dolor de esta ausencia le costaba más apaciguarlo.

Con la habilidad que lo caracterizaba, Artor había organizado el ejército junto al río en allanamientos del terreno formando una profunda media luna. La infantería ocupaba los extremos de la formación, en columnas cada vez más densas de hasta diez hombres en fondo. La estrategia que Artor había pensado era usar las antiguas tácticas romanas de concentración de fuerzas, y combinarlas con las lecciones defensivas que había sacado de Mori Saxonicus. Confiaba en que los hombres que estaban en el centro defendieran sus posiciones hasta la muerte. La infantería comía, se entrenaba y descansaba en sus puestos de combate en la línea de frente. Los soldados de Artor estaban preparados para levantarse de donde se hallaban comiendo y volver a sus formaciones defensivas en cuestión de minutos, si fuera necesario. Detrás de los cuernos de la media luna, la caballería había situado sus piquetes de guardia.

Entre los soldados reinaba un ambiente festivo. Quizá porque aquellos prados, la suavidad del aire y aquellos cielos tan límpidos animaban a cualquiera. O quizá porque las tropas de Artor se alegraban de estar a punto de acometer una tarea que conocían bien, la terrible y justiciera tarea de asesinar.

Taliesin se sorprendió al ver que Odin de pronto había aparecido a su lado. Para lo grande que era, el juto se movía con la delicadeza de un felino, incluso ahora, pasados los años.

—Me has pillado, Odin. ¿Cómo lo haces?

Odin se encogió de hombros. No aparentaba emoción alguna en su rostro amplio y lleno de arrugas.

—Creí que estaba solo —murmuró Taliesin—. Tiempo para reflexionar, antes de que comience la batalla.

Odin volvió a encogerse de hombros.

—¿No tienes miedo? —preguntó Taliesin—. Eres mayor, Odin, incluso más que Artor. ¿Cómo puedes acometer otra batalla?

El enorme juto apoyó el brazo sobre su hacha de guerra de doble filo.

—Empecé a combatir de niño, bardo. Es lo que hago. Soy un arma. Soy un cuchillo siempre listo, para cuando su señor lo necesite. El cuchillo sabe lo que es, y no elige sus funciones. El señor es quien le da juego.

—Vaya manera más grotesca de explicar la razón de tu existencia —murmuró Taliesin—. Eso implica que no tienes libertad.

—¿Por qué me insultas? —dijo Odin adelantando la cabeza con gesto agresivo—. ¿Qué tiene que ver la libertad con la guerra? Siempre he sido un hombre de Artor y si algo les agradezco a los dioses del Asgaad es que mi señor ha sido el mejor guerrero que jamás ha habido en estas tierras, incluso ahora que ya es viejo. ¿Cuántos soldados han tenido la suerte de vivir con tanta gloria como Odin? ¿Cuántos soldados se han ganado una muerte tan digna como la que pronto le espera a Odin, luchando junto al mejor guerrero de todos los tiempos? —y miró con desdén al poetastro—. Targo y yo, estábamos hechos de hierro y Artor nos convirtió en cuchillos suyos, pese a que nosotros creíamos que lo estábamos forjando a él. Targo siempre dijo que había nacido para educar al joven rey. Todo lo que sufrió en su juventud y todo lo que tuvo que soportar era designio de Mithras, algo que le ayudaría a formar al futuro rey. En agradecimiento a su honesto esfuerzo, Artor hizo crecer a Targo. El viejo Targo vio el mundo entero y no solo su pequeña parcela. Y yo soy lo mismo. Si Artor muere, yo ya no deseo vivir, porque mi mundo quedará muy reducido y además no serviría para nada.

—Lamento las tonterías que he dicho, Odin —admitió Taliesin con humildad—. ¿Me das la mano en señal de amistad?

Odin extendió la mano que apoyaba en el hacha, sin importarle que el arma cayera al suelo. Tomó la mano de la espada de Taliesin y así quedaron los dos un rato, aunados, como si fueran un solo hombre.

A MEDIODÍA LLEGÓ el ejército de Mordred y empezó a asentar el campamento en la orilla más alejada del río. La disciplina con que estaban organizados los experimentados guerreros de los brigantes, que ya habían servido con Artor en otras guerras, contrastaba con la juventud del ejército de Mordred, una inconsistente lluvia de hombres, todos gritando y armando jaleo. Un jinete solitario, vestido de negro, intentaba imponer orden en el campamento.

Artor y sus jefes observaban al enemigo desde un pequeño altozano.

—Es un ejército con tres cabezas —comentó Artor—. Una es picta, otra de los deceanglos y la mayor es de los brigantes. Las cabezas apenas se comunican entre sí, lo cual es una ventaja.

—Puede ser, señor —respondió Bedwyr—, pero Mordred ha convocado a una horda de hombres inmensa para conseguir la victoria. Por el flanco izquierdo se acaba de incorporar todo un contingente de pictos, y entre ellos hay guerreros muy disciplinados.

La llegada de los pictos despertó una sacudida de terror entre las filas celtas. Pese a que aquellos aguerridos guerreros habían sido expulsados del territorio de occidente hacía años, los celtas seguían teniendo cierto respeto a estos histéricos tatuados de azul que casi nunca se rendían y que odiaban a los celtas invasores con un ardor apenas tamizado por el paso del tiempo.

—Si las fuerzas de Mordred no cruzan el río —dijo Artor pausadamente—, no creo que debamos llevar la batalla a su terreno.

—Pero vendrán seguro —intervino Pelles el Menor—. Míralos.

Varias miradas se volvieron sobre él con gesto acusador, contrariados por su falta de modales.

El arquero, bajito y moreno, iba vestido con una túnica de lana, de color amarillo chillón que cubría una capa verde también de un tono particularmente intenso. Al observar con detenimiento la vestimenta de su vasallo, Artor se preguntó si Pelles no tendría algún defecto en la vista.

—No he sido muy educado, señor —dijo Pelles disculpándose—. ¡Demonios, soy un grosero! Pero ¿cómo crees que semejante chusma va a ser capaz de organizarse?

—No creo que Mordred pretenda cruzar el río. Intenta obligamos a que vayamos nosotros, porque sabe que cuenta con una sólida posición defensiva.

Bedwyr abrió la boca.

—¡Pues, eso sí que no! Ni Mordred sería tan idiota de pensar que estamos dispuestos a ahorcarnos solos. ¡Esperaremos hasta que tenga que salir, si no quiere morir de hambre!

—Pues no estoy seguro, Bedwyr. Si ellos se quedan donde están y nosotros aquí, donde estamos, llegamos a un callejón sin salida. A nosotros se nos acabarán las provisiones, mientras que ellos recibirán suministros de los brigantes que tienen detrás. Y entonces ¿qué? ¿Cuánto tiempo estamos dispuestos a seguir acampados a este lado del río? ¿Semanas? ¿Meses? Mordred siempre funciona igual, sin moverse, y ahora hará lo mismo, hasta que nos muramos de hambre o nos ahoguemos en nuestra propia mierda —Artor se pasó las manos por los cabellos—. Tenemos que ofrecerle un objetivo. Haremos un amago, como si fuéramos a cruzar el río con una carga de caballería, y así le tentamos con una buena recompensa. Mordred pensará que soy tan imbécil como lo fue en su día Glamdring Ironfist y que estoy dispuesto a abandonar una buena posición defensiva con tal de responder a las pullas del

enemigo. Esa táctica nos funcionó en Mori Saxonicus. Puede que ahora, al revés, vuelva a servir.

Al otro lado del río el ejército de Mordred se disponía a pasar la noche. Los hombres habían encendido hogueras para cocinar y en tomo a ellas comían, bebían y afilaban sus armas. La oscuridad cobró vida con el brillo incandescente de los cientos de pequeñas fogatas y con el ruido de las risas y las conversaciones que llegaba mecido por el aire de la noche. Comparado con la tranquilidad y la disciplina que reinaba en el campamento de Artor, el bando de los brigantes y sus aliados resultaba escandaloso e incauto.

En medio del campamento, en un lugar apenas visible a esas horas, un grupo de guerreros malhablados había levantado de mala gana una enorme tienda azul. Por lo descomunal que era, se adivinaba claramente que allí se encontraba el refugio de Mordred.

—Mordred, como siempre, tan ostentoso —observó Artor—. Lo único que le falta es un cartel que diga: «Aquí está el rey de los traidores. ¡Disparen sus flechas a este punto!».

Con gesto despectivo, Artor se volvió para dar la espalda al ejército de Mordred.

—Ese enorme ejército no descansa, no duerme. Beben, bailan, se lanzan improperios y hasta se pelean entre sí las distintas compañías. ¿Cómo va a luchar de manera coordinada un cuerpo de hombres tan poco disciplinado? Eso nos favorece.

A PRIMERA HORA de la mañana, Bedwyr, Pelles y otros cabecillas del ejército occidental se reunieron con su rey en el mismo altozano. Miraron al otro lado del río para valorar la situación y vieron a los hombres como hormigas, enfrascados en una actividad frenética. El rey supremo movió la cabeza.

—¡Qué desastre! Soldados peleándose y comiendo carne roja de desayuno, mujeres en el campamento con los soldados, niños correteando entre las fogatas. ¡Vaya cuadrilla, este ejército de Mordred!

Bedwyr miró río arriba y vio que había un pequeño contingente de brigantes entre los bajíos, recogiendo agua para beber y de paso aliviándose sin pudor alguno.

—¡Están ensuciando su propio nido! —exclamó.

—Sí. Y el nuestro. Avisa a los hombres para que no beban agua del río —Artor mantenía un gesto casi sereno bajo la corona de hojas de roble. Sorprendentemente, iba vestido con armadura dorada, y escudo rojo brillante con tachones y ornamentos que refulgían a la luz. Artor se dirigió a sus capitanes—. Ayer hablábamos de amagar un ataque de la caballería para obligar a los brigantes a venir contra nosotros, y eso es lo que vamos a hacer. Me voy a poner a la cabeza de mi guardia personal en esa treta, porque desde luego Mordred no va a mover el culo, si ve a un cualquiera.

—O sea, que por eso vas vestido como una puta de feria —dijo Bedwyr—. Quieres llamar la atención.

—Justo. Tienen que reconocerme.

—Pero te vas a poner en un serio peligro —protestó Pelles—. Permíteme ir en tu lugar. A mí me encantan las armaduras doradas. Tú no debes arriesgarte. Es un buen plan, y puede que funcione, pero no servirá de nada si perdemos al Guerrero de Occidente.

—Gracias por el ofrecimiento, Pelles, pero lo tengo decidido. Mordred no va arriesgarse si no es por el rey supremo. De eso estoy seguro. Por muy dorada que sea la armadura, no es fácil disimular que eres mucho más bajo que yo. Y a ti te necesito con los arqueros. Según mis predicciones, una vez que me tengan controlado, la caterva de Mordred se lanzará contra nosotros desde los bajíos. Todos y cada uno de sus guerreros querrá apresarme, vivo o muerto, para obtener la recompensa que Mordred ha ofrecido por mi anciana cabeza. Si en ese momento, Pelles, lanzas con tus arqueros una lluvia de flechas, conseguiremos multiplicar el caos y yo tendré más posibilidades de sobrevivir —sonrió a sus camaradas—. Y a partir de ahí, amigos, podremos abatir con facilidad a las fuerzas enemigas. Una vez que los soldados de Mordred crucen el río, las posiciones darán un giro de ciento ochenta grados y los vulnerables serán ellos.

Taliesin oyó el finísimo y agudo canto de un ave. Levantó la vista. Sobre el campamento de Artor se cernía el vuelo de un halcón peregrino. El ave aún conservaba su ropaje invernal y volaba sin apenas mover las alas desplegadas, dejándose llevar por una ligera brisa. Taliesin sintió un escalofrío en la nuca, como si reconociera supersticiosamente en el halcón el símbolo de la realeza. Se cubrió los ojos con la mano para protegerse del sol, preguntándose si los dioses habrían mandado al ave para confirmar que la causa de Artor era una causa justa. Pero cuando volvió a mirar para divisar al halcón, este había desaparecido.

CAPÍTULO XXIII

UNO Y POR SIEMPRE REY

EL DÍA CLAREABA en medio de una tenue capa de calima. El calor no resultaba desagradable, ni siquiera bajo la armadura, pero los hombres notaban que por la frente les caían gotas de sudor, por todo lo que tenían que hacer para estar listos. Los forrajeros habían salido a buscar algo de caza para aumentar las provisiones; otros cortaban hierba para los caballos, o llenaban cubos de madera con agua del río para dar de beber a los animales; había que coger troncos para las hogueras y había que forzar la tierra, leguas a la redonda, para obtener de ella todo lo posible y servir así al buen hacer de la bestia. Hasta una tarea tan rastrera como la de cavar letrinas resultaba tan importante para la salud del ejército que había un grupo de hombres encargado nada más que de supervisar las cuestiones sanitarias.

Los jefes militares, sin embargo, tenían otras preocupaciones. Uno a uno se ofrecieron voluntarios para ocupar el papel de Artor y actuar de señuelos. Pero el rey supremo se limitaba a sonreír, negándose con la cabeza.

—Aquí cada uno tiene su función, y a vosotros os corresponde estar junto a vuestros hombres. No sería difícil encontrar a alguien que fuera parecido a mí en complexión y en altura, pero quien realice esta incursión tiene que decidir por sí mismo, y yo soy el que va a hacerlo. No pretendo sacrificarme para complacer a Mordred. Lo único que tenemos que hacer es prepararnos y contar hasta diez.

Como siempre, Artor era de un pragmatismo gélido. Tenía una guardia personal, un grupo de cincuenta guerreros espléndidamente en trenados, que le era absolutamente fiel, siquiera porque mantenían con él lazos de sangre. Artor no se hacía ilusiones y sabía que su estrategia iba a costar la vida a varios de sus bastardos. Los jóvenes le querían y Artor sufría por el sacrificio que su estratagema iba a suponer, pero las crueles circunstancias de la guerra civil exigían de él este tipo de decisiones rigurosas e implacables. Además, a su muerte, el rey que lo sucediera se dedicaría probablemente a liquidar a su progenie, legítima o no, para asegurarse el puesto.

Artor reunió a sus comandantes en la tienda de campaña y al punto todos estaban analizando con detalle un enorme plano para seguir la maniobra que Artor había diseñado.

Oyeron un ligero crujido y vieron que a la puerta de la tienda había un chiquillo

pelirrojo.

—Ah, Antor el Menor —dijo Artor sonriéndole y animándolo a entrar—. Entra, capitán, quédate aquí con nosotros. Y mientras hablamos te voy a explicar cómo se usa un mapa.

El hijo de Bran era un niño alto y fortachón, que había tenido la suerte de heredar de su abuelo paterno, Llanwith pen Bryn, un torso atlético. Tenía el pelo color zanahoria, con tirabuzones despeinados y los ojos de un verde intenso, que realzaba su penetrante mirada.

—En esta vitela puedo ver la posición que ocupan las compañías enemigas como si fuera un halcón que estuviera revoloteando por encima de ellos. ¿Sabes para qué sirven los mapas?

El muchacho miró a Artor fríamente y asintió con la cabeza. En ese momento Taliesin comprendió que el chaval había captado la idea a la perfección.

—Los mapas permiten a los jefes militares planificar lo que tienen que hacer —dijo Antor—. Ven dónde está cada uno de los dos bandos, y pueden cambiar de opinión si ven que el enemigo hace algo que no había previsto.

Artor sonrío encantado.

—Excelente, Antor. En la batalla a los líderes nunca se les coge por sorpresa, si son listos.

Artor le presentó a todos sus jefes militares, incluido a Bors, el adusto rey de los dumonios, siempre tan serio y de pelo tan negro. Tenía unos ojos grises, muy extraños, de un brillo tenue. Como acababa de heredar el trono y no era hombre que frecuentara las cortes, Bors resultaba una especie de enigma. Artor iba explicando la historia de cada uno de los jefes a Antor y al llegar a Bors, lo reconoció como pariente suyo por parte de madre, la célebre Ygerne. Los aludidos se inclinaban con toda seriedad ante el niño, como si fuera uno más.

Antor se ruborizó, pero cuando le correspondió saludar a cada uno de los reyes y de los líderes militares por su nombre no bajó los ojos en ningún momento.

El plan de Artor podría resultar un triunfo de riesgo calculado, concluyó Taliesin. Artor tenía en la cabeza la partida completa, como el halcón, mientras que sus capitanes solo conocían las fichas con las que cada uno jugaba en el tablero.

ESA TARDE APENAS pasó nada.

Al otro lado del río, la enorme tienda de Mordred, de color azul cielo, atraía todas las miradas, pero los enemigos aparte de lanzar silbidos o insultos arrogantes no hicieron más.

Al atardecer, todos menos los centinelas recibieron orden de retirarse a descansar. Las estrellas llenaban un cielo claro y aterciopelado como si fueran agujeritos de luz horadados en un manto oscurecido.

—De momento, que Mordred siga esperando, impaciente —explicó Artor—. El

desasosiego de no saber cómo se va a presentar el destino siempre hace mella, hasta en traidores despiadados como él.

Envuelto en abrigadas pieles, el rey se quedó dormido en su silla de campaña, totalmente erguido. Antor se echó sobre un montón de pieles que había junto a la puerta de la tienda, protegido por Gareth.

Gareth llevaba el cabello largo, trenzado con tiras de latón, de manera que le caía hasta la cintura a modo de soga plateada. Tenía el rostro algo arrugado, muy curtido, y el cuerpo se le había anquilosado un poco, con lo que había perdido la elegancia de movimientos que lucía de joven. Pero su aspecto resultaba engañoso. Gareth era fuerte como un roble, lo mismo que su abuela, Frith, la primera madrastra que tuvo Artor y a la que tanto se parecía. Y como ella, era muy observador y muy inteligente.

En determinado momento Artor había encargado a Gareth una difícil tarea.

—Cuidaste a Licia cuando nuestro mundo era joven, Gareth, y a ti aún te quedan unos años.

—Sí, mi rey. Mi dios aún no me necesita.

—Quiero encomendarte a mi bisnieto, para que cuides de él. En el futuro, Antor va a necesitar de alguien que le cubra las espaldas y le dé buenos consejos. Si me sucede en el trono, estará muy amenazado por la relación que nos une; por eso es importante que pueda contar con alguien que esté al tanto de la corrupción que invade la vida de la corte. No es un crío travieso; más bien necesita que lo traten con seriedad, pero que lo quieran por lo que es —Artor agarró cariñosamente a Gareth por los hombros—. Y sobre todo, tú conoces todas las historias pasadas. Las has vivido, ¿quién mejor que tú podría encargarse de Antor, de acompañarlo hasta que se haga un hombre?

—Pero, Artor, ¿no sería eso más tarea de su padre?

—Claro, pero su padre estará muy ocupado, intentando proteger sus territorios y no tendrá tiempo de indicarle el camino. Prométeme que me serás fiel en esto el resto de tu vida.

Gareth bajó la cabeza, mostrando su conformidad.

ESA NOCHE pocos celtas consiguieron dormir bien.

La mañana prometía sangre y para cualquiera que supiera contar estaba claro que el ejército de Artor era muy inferior en número. Con todo, corría un aire apacible cargado de aromas estivales y al alba había caído una lluvia suave y delicada. Los guerreros estaban convencidos de que se embarcaban en una guerra santificada por Dios, fuera quien fuera esa deidad.

Artor se levantó antes de que las luces del amanecer tiñeran el cielo con sus matices y pronto estuvo listo, con el uniforme de batalla completo. Llamó a Odin para que preparara una misión especial con la que humillar a las fuerzas enemigas e incitarlas a que se lanzaran al combate precipitadamente. Sin traspasar el punto en

que alcanzaban las flechas, los soldados empezaron a merodear, haciendo todo tipo de groserías para que los vieran los brigantes. Se bajaban los pantalones, mostraban el trasero o, alternativamente, sus partes, hacían gestos obscenos y gritaban todo tipo de barbaridades, describiendo a las madres de los enemigos.

Gracias a la disciplina que rige en las tropas bien adiestradas, el ejército de occidente aguardó con fría formalidad casi todo el día hasta que, avanzada la tarde, un inmenso guerrero de los brigantes apareció a caballo por los bajíos, gritando que era el emisario que enviaba Mordred.

—Mira a ver qué quiere el Matricida, Bedwyr —ordenó Artor con viveza.

Obediente, Bedwyr puso su caballo al trote por entre los hierbajos y los juncos quebrados de las márgenes del río y se adentró un poco en las aguas lodosas, hasta que el limo cubrió los corvejones del animal. Una suave brisa jugueteaba por entre las totoras espantando a las libélulas que salían de entre los jaramagos, aquí y allá.

—Bedwyr viene en nombre de Artor —gritó el cornovio—. Habla.

El guerrero de los brigantes era un hombre grande, hirsuto y serio. Bedwyr se fijó en el uniforme que llevaba, limpio y bien engrasado, y en la cicatriz que le atravesaba la mejilla y le desfiguraba la nariz. Quién sabe dónde se la habría hecho.

—Mi rey, Mordred, exige que Artor deje paso a un hombre más joven. Insiste en que el rey supremo se retire de nuestras tierras si no quiere ser humillado y muerto en combate.

—¡Palabrerías! —gritó Bedwyr como toda respuesta—. Si estás tan seguro, ¡ven y lucha, traidor! Aquí estamos. Dispuestos a combatir. Los muertos de Deva reclaman venganza.

—Tus hombres son unos cobardes, ahí agazapados al otro lado del río —contrarrestó el brigante, tirando con fuerza de las riendas del caballo. El animal relinchó—. ¡No os atrevéis a cruzar y entablar combate!

—Puede que cuando la tribu de los brigantes recupere su valor tengas que presentarte ante el rey supremo para aclararle las razones de tu traición y felonía. ¡Habéis asesinado a compañeros celtas! ¡Artor exige una explicación; exigimos que se nos indique por qué se cometieron tales crímenes! Sois más que nosotros, así que si lucháis por una causa justa los dioses de la guerra os ayudarán.

Y en ese momento, al ver que la voz del brigante le resultaba conocida, Bedwyr soltó casi sin pensar un último desafío, cargado de mordacidad.

—¡Te conozco, brigante! Estuviste con Artor en Mori Saxonicus cuando éramos todos más jóvenes. ¿Cómo has llegado hasta el punto de ponerte al servicio de un tipo de la calaña de Mordred? Quienes resistimos hasta la muerte en la muralla de escudos éramos todos hermanos. ¿Cómo puedes traicionarnos?

El guerrero enrojeció al verse descubierto, y en su rostro encendido la cicatriz destacaba como si fuera una herida abierta.

—¡Soy brigante, y Mori Saxonicus terminó hace mucho tiempo! —el guerrero escupió y levantó con fuerza el puño cerrado—. Búscame en la batalla, Cuchillo de

Arden. Me llamo Cawdy Cara Cortada, y recuerdo el pasado, y las antiguas culpas, como si fuera hoy.

Bedwyr lanzó una maldición y levantó la espada para que refulgiera a la luz de la tarde.

—¿Cómo puedes olvidar la sangre de Luka, el héroe que ganó cientos de batallas para los brigantes? ¿Cómo puedes ignorar que los celtas van a enfrentarse con otros celtas en estos hermosos campos por la ambición de tu rey? Mordred no cuenta con el respaldo del Consejo de Tribus, ni siquiera es heredero legítimo. Vuestros soldados asesinaron a los pacíficos comerciantes de Deva, gente neutral, sólo para provocar al rey de los ordovicos. ¿Cómo puedes justificar lo que habéis hecho?

Cawdy Cara Cortada aguantó sin inmutarse cada una de aquellas palabras que, como puñaladas, taladraban su armadura de arrogancia.

—Y cuando los sajones aparezcan a las puertas de vuestros pueblos y ciudades, ¿qué pensáis hacer?; ¿pedirle al rey Bran que os deje asentaros en sus montañas? ¿o embarcar para Hibernia? O mejor, puede que prefiráis humillaros y poneros al servicio de los reyes pictos, vuestros aliados, cuando tengáis que refugiaros al otro lado del muro. Si alguna de estas cosas llega a ocurrir alguna vez, acuérdate de que Bedwyr, el rey de los Bosques de Arden, ya te advirtió de las consecuencias que puede acarrear la traición.

Al ver el rostro airado y furibundo de Cawdy, Bedwyr se echó a reír. Giró su caballo y salió a medio galope de regreso al campamento. Aunque seguía con la sonrisa dibujada en los labios, en su interior lloraba por aquel guerrero con quien había luchado en la muralla de escudos que formaron en Mori Saxonicus. Y eso que lo único que recordaba del Cawdy de aquellos tiempos eran unos ojos castaños y tristes que asomaban por el orificio de un baqueteado casco de hierro.

—Esa chusma variopinta no tiene fundamento, mucha palabrería, mucha fiereza, pero nada —declaró Bedwyr al llegar ante el rey—. Mordred ha adoptado una pose para agradar a los pictos, pero no nos atacarán, por mucha retórica que le echen. Usaron como negociador a Cawdy Cara Cortada solo porque es un guerrero que tiene fama de duro, pero las palabras de Mordred son pura calderilla. Muchos de sus hombres han luchado mano a mano con nosotros y se han dejado la piel por defender nuestras causas. Se me encoge el corazón solo de pensar que vamos a asesinar a nuestros propios compañeros. Pero Mordred no nos deja alternativa.

—Esperaremos un día más —decidió Artor—. Que se impacienten un poco. Mañana descansamos porque apuesto mi corona a que Mordred va a seguir ahí apalancado en esa tienda azul que tiene. Al día siguiente después de comer, comenzaremos el ataque, justo cuando estén más a gusto alrededor de sus hogueras. Instruye a los jefes para que expliquen mis planes a sus hombres. Esta espera no es buena para nadie.

Bedwyr asintió con la cabeza, espoleó su caballo y salió al trote hacia el cuerno izquierdo de la media luna donde lo esperaba Bors, de los dumnovios, descomunal

como una verdadera bestia.

—Así que estamos a punto de empezar, Bedwyr —gruñó Bors—. Este plan de Artor es muy arriesgado.

—Ya, pero así es como vence el rey supremo. Ganará como siempre. Ya lo verás.

—Vivimos tiempos extraordinarios —contestó Bors. Y se marchó.

En su tienda Artor ordenaba a Taliesin que buscara a Pelles.

—Dile que en cuanto crucemos el vado, tiene que disparar flechas de fuego contra la tienda de Mordred. Tiene un color horroroso, que atenta contra el sentido del gusto. Así que hay que destruirla —Artor se volvió hacia su guardaespaldas—. Odin, ¿tú crees que podrás encontrar un pequeño grupo de voluntarios que se pase el día insultando a los pictos y los brigantes? El grupo de ayer fue vistoso, pero hoy necesito soldados que hablen picto. Es hora de plantar unos cuantos abrojos en el culo ese azul que tienen, para animarlos un poco a entrar en combate.

Odin sonrió.

—Encontraré más voluntarios que nunca.

Taliesin se inclinó aparatosamente y salió con Odin, que seguía riéndose a mandíbula batiente. El hijo de Myrddion fue a buscar a Pelles el Menor, hijo del miembro tuerto de la Escoria que había servido como leal mercenario de Artor durante muchos años, mientras que Odin pronto se vio rodeado por soldados de infantería que parecían sumamente divertidos con las órdenes que traía el juto.

Pelles había dispuesto las tiendas de los arqueros detrás de las filas más gruesas del ejército de Artor. Taliesin observó la limpieza y el orden que allí reinaba gracias a la eficacia con que Pelles ejercía el mando. El bardo había oído contar muchas historias de Pelles el Mayor, un rufián tuerto con enormes dotes de supervivencia. Al parecer, su hijo compartía muchas de las cualidades de su padre.

Pelles estaba revisando las barricas de flechas y la grasa de oveja que se usaba para prenderlas. Desde luego, tiene una pinta horrenda, pensó Taliesin. Pero al menos el hijo tiene los dos ojos.

Pelles el Menor no era celta de raza, era evidente, pese a que había nacido en las islas de Bretaña. Su padre era bajito, delgado y muy moreno, el típico mercenario romano. El hijo, sin embargo, había crecido más, estaba cerca del uno setenta de estatura, lo que le convertía en un verdadero gigante para su gente. Pelles el Menor era corpulento, mientras que su padre era fibroso y nervudo. Pelles el Mayor lucía un rostro lleno de cicatrices y poco atractivo, pero el hijo era hasta guapo, salvo por lo pequeños que tenía los ojos, de color aceitunado.

—Saludos, Taliesin —dijo Pelles el Menor con un tono inesperado de barítono particularmente alto—. No te sorprendas tanto, maestro bardo. Todos hemos oído hablar del hijo de Myrddion.

Taliesin se sonrojó.

—Y yo también he oído hablar de ti, hijo de Pelles, el último de la Escoria. Cuando mi padre me contaba cosas de tu progenitor, lo hacía con mucho cariño. Pero

basta de cortesías, porque no tengo tiempo que perder con historias antiguas.

Sonrió al arquero para tamizar la brusquedad. Pelles le devolvió la sonrisa como un lucio, lleno de dientes y un hambre poco disimulada.

—El rey supremo requiere de las espléndidas dotes de tus arqueros.

—El campo de batalla lo gana la caballería, pero coincido en que las flechas ayudan a igualar los números.

—Como sabes, Artor pretende hacer un amago de ataque y cruzar el río con su guardia personal. Si la estrategia funciona, la fuerza principal de Mordred cargará por los bajíos para hacerse con la cabeza de Artor. Pero esta respuesta suya los hará vulnerables a nuestra caballería y nuestros arqueros.

A Pelles empezaban a irritarle el tono y los modos del bardo.

—Yo estaba allí, arpista, y me enteré de primera mano de lo que planeaba el monarca. Llevo tiempo analizando los detalles. No te ofendas, Taliesin, pero como maestro bardo no tienes ni pajolera idea de lo que es un campo de batalla.

—No pretendía insultarte, Pelles…

—Padre siempre decía que la única pega de Myrddion es que le encantaba escucharse.

Taliesin se tragó el insulto, sin decir palabra.

Pelles señaló unos pequeños nódulos de hombres que se veían en la retaguardia del campamento de Mordred.

—Lo malo del plan de Artor es que Mordred también cuenta con arqueros y estos dejarán a Artor y a sus compañeros como acericos, antes de que hayan conseguido siquiera pasar el río. Artor dependerá de mí y de mis hombres para igualar un poco los números en este amago de ataque, sobre todo cuando emprenda la retirada. Y como no habrá nadie que le cubra las espaldas, será una diana muy tentadora para las flechas de los brigantes. No hay problema en lanzar una tormenta de flechas desde aquí, pero las saetas caen donde caen y si no acertamos, habrá flechas que maten a amigos y enemigos. Ahora, si el rey supremo nos ordena que disparemos, lo haremos, por loca que nos parezca la idea. Padre siempre dijo que Artor tenía la locura del zorro.

—Aun a riesgo de que te molestes de nuevo, Artor te agradecería que, una vez comenzado el falso ataque, acabaras con esa tienda azul de Mordred lanzando flechas de fuego cuando lo veas oportuno. Solo me queda añadir que Artor decidió que fuera yo quien diera las órdenes, porque entre unas cosas y otras en ese momento yo era a quien tenía más a mano.

—No pasa nada, Taliesin. ¿Es que al rey le molesta tanto como a mí el color de esa tienda?

—No le gusta ni el color ni el tamaño, pero lo que más le fastidia es el dueño.

—Seré yo mismo el que lance la flecha —rezongó Pelles, con un gesto que hacía destacar las cerdas que tenía por cejas.

Taliesin asintió.

—Mucho me temo que el rey supremo esté cortejando a la muerte, al colocarse tan a tiro, pero espero equivocarme.

—Dile al rey que se ponga la armadura sobre una camisa de piel muy gruesa. O que se proteja la espalda con una albardilla de hierro, porque ¡la va a necesitar! —Pelles se echó a reír, dándole a Taliesin una palmada tan fuerte en el hombro que casi lo tira—. Sigue con tu arpa, Taliesin. Artor ha tomado una decisión y sabe lo que hace.

Los dos hombres se despidieron amigablemente y Taliesin regresó a la tienda del rey supremo, con el hombro resentido del golpe.

EL DÍA TOCÓ a su fin y cayó la noche. Artor durmió como un niño, seguro de haber previsto todo lo que estaba en su mano en relación a la batalla. Gareth se quedó contándole a Antor historias de Anderida y de Mori Saxonicus, hasta que el chiquillo cerró los ojos y empezó a soñar con victorias heroicas, muertes violentas y empeños valerosos. Pasadas las horas Taliesin seguía oyendo a Gareth y Odin hablar en la oscuridad rememorando historias ancestrales, como siempre hacen los viejos amigos. Pero incluso cuando los ancianos se callaron, Taliesin seguía despierto, porque a su mente venían numerosos poemas que poco a poco iban cobrando forma.

Como no soportaba verse encerrado en la tienda, salió a tomar el aire fresco de la noche. Las numerosas fogatas del campamento habían quedado reducidas a tenues rescoldos, que proporcionaban una mínima luz, suficiente para vislumbrar los borrosos perfiles de cuantos dormían. Caminó por entre las hogueras y se dirigió hacia una zona en que la hierba estaba más crecida, cerca de la línea de piquetes. De pronto oyó un silbido ahogado que le llegaba arropado por la brisa. Alguien le dio el alto con voz suave. Al instante apareció ante él un oficial de caballería, salido de la oscuridad como un espectro. Taliesin dio su nombre, explicó por qué andaba vagabundeando por allí, y se sintió extrañamente confortado. Los límites del campamento estaban protegidos por hombres armados que hacían sus rondas, atentos al más mínimo ruido que se produjera o a cualquier movimiento sospechoso.

LAS SOMBRAS SE alargaron mucho al día siguiente, cuando Artor salió de su tienda de campaña vestido con su armadura y a lomos de su caballo.

Al punto se presentó su guardia personal, como bocanada de humo que saliera del centro mismo del ejército.

—Al galope —gritó Artor, deseando no desaprovechar la ventaja que daba el factor sorpresa.

En líneas bien disciplinadas, la guardia puso a los caballos a un trote cada vez más rápido hasta que al final salieron todos a galope tendido entre los bajíos, para

mantener ese mismo impulso en el ataque a las líneas enemigas. En cuanto vio que los brigantes y los pictos abandonaban aterrorizados las fogatas en las que estaban cocinando, Pelles lanzó a sus arqueros. Una tormenta de flechas cruzó por encima de las cabezas de la guardia de Artor y cayó sobre el enemigo. Varios de los misiles eran flechas de fuego, dirigidas contra el espléndido azul de la tienda de Mordred.

Taliesin observaba desde el altozano en que Artor les había anunciado por primera vez que iba a sacar a Mordred de sus posiciones.

Anclándose en los guijarros de la orilla, el caballo del monarca cogió fuerza y la figura del manto rojo cargó contra una horda de pictos que huía despavorida. Llevaba el brazo en alto y, a la luz de los escasos rayos de sol que quedaban, Excalibur parecía una tea al rojo vivo. La guardia fue abriéndose camino entre las defensas pictas en medio de un tremendo estruendo de metal contra metal y espoleando a los caballos para no dejar vivo a ninguno de los que se interponía a su paso.

Una segunda flecha de fuego cruzó el aire trazando un enorme arco desde la retaguardia de las filas celtas y, esta vez, dio en la diana. La tienda azul estalló en llamas.

Al verlo Taliesin sonrió.

Pero como los guerreros de los brigantes habían servido a las órdenes de Artor durante décadas, las tácticas del rey les resultaban conocidas, lo mismo que su tendencia a realizar ataques instantáneos; con lo cual los oficiales de cierta edad habían previsto la iniciativa. Pese a que la luz de la tarde les daba de lleno en los ojos, sabían cómo contraatacar. En filas bien organizadas se dispusieron en posición defensiva, con las lanzas preparadas, mientras hostigaban a Artor para que los atacara en un choque frontal.

—¡Vuelve, Artor! —gritaba Taliesin inútilmente—. ¡Si avanzas, te van a machacar!

Sus súplicas eran tan inútiles como la resistencia que ponen las hojas al viento del otoño.

Artor se lanzó contra la falange que lo aguardaba y… el impacto fue contenido con dureza.

Taliesin hacía muecas de dolor al ver que la fuerza de caballería chocaba contra aquella masa de infantería enemiga. En la confrontación los escudos gritaban, las lanzas atravesaban a los caballos y los guerreros volaban por los aires hasta que caían de cabeza a un terreno revuelto de pezuñas.

—¡Vuelve, Artor! —gritaba Taliesin de nuevo a su rey—. ¡Vuelve!

Pero Artor sabía que los brigantes no irían tras ellos, si no supieran a ciencia cierta que tenían la batalla ganada y para que funcionara su amago muchos de sus guardias tendrían que morir. En la retaguardia de las filas de Mordred, Taliesin empezó a divisar cierta actividad. Los jinetes de los brigantes estaban desatando los caballos de sus piquetes.

—Dios los asista —murmuró.

En un momento de clarividencia, Taliesin comprendió que la guardia personal de Artor tenía que ser arrasada; solo así los brigantes enloquecidos por sus avances se lanzarían a un ataque frontal. Artor no podía haber mandado a nadie en su lugar, porque no podía dejar que la responsabilidad de aquellas muertes tan cruentas, la responsabilidad de que cayeran, en muchos casos sus propios hijos, recayera sobre nadie más.

Sobre el fragor de la conflagración se alzó un agudo gemido. Al volverse Taliesin vio a Antor, encaramado a los hombros de Gareth, con la cara blanca como la pared, señalando con la mano el campo de batalla. El niño tenía los ojos ensombrecidos de terror.

Taliesin albergaba en su corazón la esperanza, por mínima que fuera, de que el dios de Percival impidiera tanta muerte inútil; y permitiera seguir con vida a aquellos hombres tan excelsos. Desesperado empezó a rezar fervorosamente al Dios cristiano.

Vistos desde las alturas los campos de batalla parecen meros tableros silenciosos, sobre los que se desarrollan estrategias y donde se ve claramente todo lo que ocurre. Pero en el corazón de la refriega la batalla es una cacofónica algarabía de golpes sobre armaduras, de atronadoras galopadas y de hombres aullando de dolor.

Jinetes y hombres a pie lidiaban entre turbias salpicaduras de fango y sangre. En el suelo los caballos heridos se revolvían en sus propias entrañas, lanzando patadas a propios y extraños, mientras los guerreros se abrían paso con gritos amenazantes entre las estocadas y los alaridos de un terrible coro de muerte. Los caballos sin jinete entorpecían aún más el terreno intentando sobrevivir al espanto.

En medio de la refriega apareció un hombre junto a Artor. Por un instante, el rey supremo creyó ver en él una versión más joven de sí mismo, enloquecido, con la espada en alto, rebanándole la cara a un picto. Y al punto, una segunda imagen, esta vez dolorosamente joven, lanzó un grito estridente mientras de un golpe abatía al hombre, que quedó empalado en el asta de su propia lanza.

Allí, alrededor del rey supremo, en una escenificación cruda y sangrienta, Artor se veía matando y siendo abatido, una y otra vez.

Artor conservaba su caballo, pese a que el animal sangraba ligeramente por un rasguño que le habían hecho en el flanco de un espadazo. El picto había errado el golpe por muy poco, un golpe que pudo haber sido mortal. Casi extenuado por el combate, Artor espoleaba y giraba su caballo guiándolo con las rodillas, mientras blandía la espada, certera como una guadaña, trazando círculos, como para protegerse en medio de un anillo de acero.

Un picto tatuado se encaramó al caballo de Artor por la grupa, haciendo que el monarca perdiera el escudo y tuviera que recurrir al cuchillo de Arden para desalojar de allí al guerrero de cara azulada. Pero Artor no salió ileso del encontronazo. Enloquecido de odio, el picto advirtió una abertura en la armadura de Artor, junto a la cincha de la espada, y le devolvió la cuchillada.

Con el calor de la lucha, Artor apenas sentía la herida. Echó una ojeada para atrás

y vio que la caballería estaba en formación. A su alrededor distinguía cientos de cabezas rojas, cobrizas o castañas agachándose en la intensidad del combate, y guerreros heridos o mutilados de uno y otro bando, que yacían tendidos en el barro. Apenas la mitad de los hombres de Artor se mantenían sobre sus monturas.

En medio de un grupo de guerreros apareció Odin, barriendo a su paso el camino de enemigos con aparente despreocupación y el hacha ensangrentada y enlodada de restos humanos.

—Es hora de volver, Artor —gritó—. Nuestros hombres no aguantarán mucho más.

—Si viven, recoged a los heridos que van a pie —gritó Artor a sus hombres—. ¡Retirada! ¡Atrás! ¡Atrás!

Era tal la disciplina de sus hombres que las órdenes de Artor se cumplieron como a cámara lenta, sin escenas de pánico. Los jinetes que aún tenían el caballo sano, se agachaban a atender a los compañeros que estaban en peligro. Poco a poco, las tropas de Artor salieron del combate, y se retiraron por donde habían venido. Taliesin observaba la figura del rey con su manto escarlata, demorándose detrás de sus guerreros para impedir el avance del enemigo.

En cuanto la guardia personal llegó al río en una frenética galopada, Pelles ordenó a sus hombres que cesaran su implacable lluvia de flechas.

La caballería de los brigantes llegó al lugar en medio de una enorme batahola de potros al galope. La falange enemiga se dividió para rodear a los celtas rezagados, mientras Artor amenazaba desafiante al enemigo. Los pequeños ponis que utilizaban los brigantes eran rápidos, pese a su aspecto greñudo y desfachatado. Artor y Odin estuvieron a punto de quedarse encerrados, sin posibilidad de salir. Pero al final, Artor consiguió abrirse paso para escapar del campo de batalla. En ese momento, Mordred se acordó de sus arqueros. Al instante la ruta de Artor quedó cubierta por una lluvia de flechas.

Artor había perdido el escudo. Una de las saetas alcanzó a su caballo, pero gracias al grueso peto de piel que llevaba, el animal se libró de un golpe mortal. Le llovieron más flechas por la espalda, pero estas tampoco consiguieron herir al rey, protegido como iba con una cota de malla. Sin embargo, el manto escarlata seguía siendo la principal diana a la que disparaban todos los arqueros de Mordred. Desde los dos flancos, a uno y otro lado del río, todos los ojos apuntaban a la figura del manto rojo.

Odin se volvió, y al ver con una simple ojeada el peligro que corría su rey, abandonó en el río a su caballo herido. Cuando el caballo de Artor pasó nadando, Odin se subió con gran dificultad a la grupa ensangrentada del animal y se aferró al cinturón del monarca como una lapa.

Como Artor no sabía que su viejo amigo había abandonado su montura deliberadamente, lo agarró con una mano por el manto de cuero que lo cubría y le obligó a seguir andando. En cuanto las patas del animal consiguieron agarrarse con algo de fuerza a los cantos que había en la orilla, Artor suspiró aliviado y desaceleró

el paso enloquecido que llevaban.

Volvió su caballo para mirar al enemigo. ¿Habrían mordido el anzuelo estos hombres de Mordred? ¿Cuánto tiempo podría resistir ahí, expuesto al fuego enemigo, para provocar que los brigantes abandonaran la seguridad del campamento?

A su alrededor el aire rugía con el zumbido de las flechas. Artor se mantuvo firme, sin moverse, hasta que Bedwyr, a velocidad vertiginosa llegó cabalgando hasta el monarca y levantó su propio escudo para protegerle.

Artor no tardó en evaluar para qué había servido el sacrificio que había hecho su guardia personal. Al olor de la sangre, la caballería de los brigantes había llegado a los bajíos, persiguiendo a los hombres que quedaban de la fuerza de ataque del rey supremo. Tras la caballería, la infantería picta cruzaba los bajíos a la carrera, aullando y lanzando gritos de guerra.

La falange de los brigantes era la única unidad que mantenía su posición disciplinadamente.

En la parte más alejada y menos profunda del río, todavía vivo, con los jinetes de Mordred y los primeros infantes blandiendo sus armas enfurecidos, Artor divisó al rey de los brigantes montado en un caballo blanco, a la cabeza de sus tropas. Ahora que las fuerzas de Artor se habían retirado a su propio lado del río, el rey de los brigantes estaba representando con retraso el papel de líder.

Vuelto hacia el grupo, Mordred parecía discutir con un brigante. Bedwyr consiguió distinguir la cicatriz que asomaba por debajo del casco del oficial. ¡Cawdy Cara Cortada!

—Vámonos, Artor —gritó Bedwyr, con los ojos abiertos de par en par—. ¡O no tendremos escapatoria!

—¡Un momento! —ordenó Artor.

El rey supremo se quedó observando aquella especie de guiñol: Mordred daba una bofetada al capitán de la falange. No se necesitaba guión para saber que se estaba produciendo una disputa en el campamento enemigo. El enfurecido guerrero fue a echar mano de su espada, pero desistió de su acción. Con un simple gesto el capitán dio orden de que la falange marchara contra las posiciones de Artor.

Por fin, Artor espoleó su caballo y salió al galope en dirección a su propio campamento.

—¡Que vienen los brigantes! —gritó Artor con voz sonora—. Todos preparados, todos preparados. Vuelve a tu puesto, Bedwyr. Nuestra estrategia está funcionando.

Gareth interceptó al rey en cuanto este llegó a la línea de infantería.

—Dile a tus hombres que vayan a sus puestos, Gareth —gritó Artor—. Que se preparen para repeler una carga de caballería.

Como marionetas, los soldados de Artor formaron en posición de batalla. En una primera fila los hombres se agazaparon disciplinadamente, anclaron sus escudos en el terreno y colocaron las lanzas para formar con las puntas un erizo de púas metálicas. La segunda fila de soldados usaba el escudo para proteger parcialmente a los de

delante, y resistir así con una pared de hierro la carga de la caballería. La tercera fila eran reservistas dispuestos a rellenar los huecos que provocaran los caballos al ataque.

Artor espoleó al caballo y se dirigió al altozano, seguido de Gareth.

—Señor, permítenos que atendamos a Odin —gritó Gareth, con su melena blanca al viento. Antor, el niño, iba detrás de Gareth en su pequeño poni, con el rostro pálido y asustado, agarrando con la mano derecha una navaja que llevaba en la cintura.

Artor movió la cabeza lentamente, como un viejo toro atormentado por estocadas que no puede controlar.

—¿Qué dices, Gareth? —preguntó Artor—. ¿Han herido a Odin?

—Sí, mi señor —contestó Gareth—. Está muy malherido.

En aquel momento Artor vio que un grupo de hombres venía corriendo, acompañados de Taliesin, que traía una bolsa de cuero en la mano.

—Mi señor —rogó Gareth—, tienes que soltar a Odin.

Artor lo hizo y los sanadores bajaron al viejo guerrero del caballo. En cuanto Taliesin soltó la mano de Odin, que mortalmente agarrotada se aferraba al cinturón de Artor, su cuerpo se desmoronó.

El viejo amigo de Artor murió antes de caer al suelo. Estaba atravesado por una docena de flechas que le habían traspasado la camisa de cuero por entre las bandas de hierro que la reforzaban.

—Odin —murmuró Artor, con la voz rota que le salía desde dentro del casco. Y en ese momento el rey supremo comprendió todo. Odin había recibido todas las flechas que estaban dirigidas a la espalda de su señor—. Nos adentraremos en un mar de sangre, viejo amigo, para vengarte —juró Artor—. ¡Por la muerte! ¡Por los celtas! ¡Por Artor! —rugió con voz atronadora, mientras los jinetes de los brigantes se acercaban a sus posiciones defensivas.

La caballería enemiga entró a la carga y la fuerza del impacto hizo retemblar las entrañas de hombres y bestias. Los caballos lanzaban relinchos agudísimos, como plañideras, y en una cacofonía de ruidos se mezclaban las blasfemias, los gritos y las oraciones. Artor no quitaba ojo de la primera línea, pero carecía de lucidez; observaba la carnicería que estaba teniendo lugar a su alrededor como si estuviera asistiendo a una dramatización en la que los actores sobreactuaban. ¡Odin no podía haber muerto! El sol seguía brillando y la hierba seguía creciendo. Su propio corazón seguía latiendo y sus ojos mirando.

¡Odin no podía haber muerto!

El enemigo salió al galope, abriéndose paso por entre los cuerpos enredados de hombres y bestias. Y volvieron a cargar contra las líneas celtas. Artor miraba aturdido cómo caían los hombres de Mordred bajo el peso de sus monturas, hombres que al instante eran reemplazados dócilmente por otros jinetes que salían de la retaguardia de la fuerza de ataque.

La caballería de los brigantes se retiró por tercera vez y de pronto del medio del

caos los guerreros de Artor vieron acercarse una enorme oleada de soldados de infantería que cargaban armados contra ellos.

—¡Muerte a los traidores! —gritó Artor—. ¡Muerte a todo aquel que asesina a los suyos!

—¡Muerte a los traidores! —repitieron como un eco cientos de voces.

Gareth utilizaba una fuente de plata bien bruñida para lanzar señales a los comandantes que estaban en los extremos de la formación aprovechando el sol. En cuestión de segundos Artor vio a Bors y a Bedwyr en acción, organizando la caballería alrededor del campo de batalla para encerrar a los brigantes y a los pictos en una red mortal.

—¡Muerte a los traidores! ¡Muerte a Mordred!

El fragor de la batalla se hizo cada vez mayor. La tierra, los montes y los cielos parecían repetir en un eco atroz los gritos que atravesaban el campo, mientras aquellos avezados guerreros se batían entre sí en una matanza más terrible si cabe, la del combate personal, cuerpo a cuerpo.

Las diezmadas filas de guerreros celtas empezaron a avanzar despacio a la orden de sus jefes, cerrando la formación visiblemente por los extremos. El rey se calzó el estribo, apretó con fuerza la mano de Gareth con su guante de malla, en señal de tristeza, quizá, o de despedida, y salió de nuevo azuzando a su montura hacia la refriega.

Gareth lo siguió lentamente, con los hombros caídos. Tras él quedaba Antor al cuidado de tres soldados que habían sobrevivido al ataque. Los enormes ojos del niño reflejaban los horrores que habían visto.

En la distancia Artor divisó un retazo de azul. Tan ostentoso como siempre, Mordred había ido cabalgando en una posición relativamente segura para ver cómo caían los celtas. Artor se lanzó hacia aquel azul, con el manto rojo al viento, como un pendón. La infantería y los jinetes se retiraban a su paso, porque los implacables ojos de Artor estaban inexorablemente clavados en el manto de Mordred.

La muerte de Odin, la pérdida de los gemelos, la tragedia que había causado el cáliz, todo eso se mezclaba en la cabeza del monarca y quedaba expresado en aquella carga feroz contra el Matricida. Artor llevó su caballo hasta la bestia que montaba Mordred y obligó al animal a ponerse sobre sus patas traseras, y a buscar un equilibrio imposible en aquel terreno embadurnado de sangre y vísceras. Mordred lanzó un agudo bramido y esquivó con su propia espada el golpe malintencionado que le lanzó Artor a la cabeza. En esa tensión los músculos cedían, pero ganaron la juventud y la desesperación. Y Artor se encontró en el suelo, derribado.

En ese momento la bestia de Mordred perdió pie. Cayó para atrás entre estrepitosos relinchos. El animal y Mordred se desplomaron pesadamente.

Artor se puso en guardia inmediatamente, pese a que le dolían todos los huesos y todos los músculos, como le duele todo a un anciano.

—¡Defiéndete, Mordred!

—Estás sangrando, viejo —Mordred se puso de pie con dificultad y recuperó su espada—. ¿Cuándo vas a admitir que ya no tienes edad para tanto esfuerzo?

—¡Cuando mueras!

La hoja del cuchillo del dragón rugió, cuando el rey desenvainó.

En cuanto Mordred estuvo de pie, Artor fintó y cambió la dirección. Mordred sabía de subterfugios y falsedades, pero no del manejo de armas. El joven Artorex lo habría ensartado en su espada como vulgar pescado. Pero Artor era viejo y estaba lento. Tenía los músculos agotados; solo lo mantenía erguido su inquebrantable voluntad, esa que nadie le arrebataría jamás.

La embestida de Artor se desvió.

Mordred contraatacó con un molinete rápido, de abajo arriba, pensado para contener a Artor más que otra cosa. Artor entró al golpe de espada y rechazó el arma, aguantándola separada del cuerpo de Mordred.

Mordred tenía el pecho al descubierto. El cuchillo del dragón fue resbalando por la hoja hasta que encontró una rendija por la que introducirse, traspasando piel, hueso y músculo. Artor entonces dobló el cuchillo y lo sacó.

Mordred miraba pasmado la sangre que había dejado en la hoja. Aunque el machetazo del monarca no le había alcanzado el corazón, caía ya sobre él la gran espada del rey supremo para rematar el golpe. Mordred vio claramente cómo se le aproximaba Excalibur, como si el tiempo hubiera ralentizado el paso.

Aulló aterrorizado.

La espada del rey caía con fuerza amenazante sobre los hombros de Mordred y giró en el punto exacto para seccionarle la carótida y la yugular. Mientras Artor asestaba el golpe mortal, Mordred sacó el largo cuchillo que llevaba para defenderse, buscando el abdomen. Al contacto con la malla del rey supremo la hoja hizo saltar pequeñas chispas de fuego, hasta que encontró una falla en la armadura. El cuchillo incidió de lleno en la herida que antes le había provocado un guerrero picto. El tajo no era profundo, pero sangraba mucho.

Excalibur cayó con fuerza sobre Mordred, seccionando armadura, carne y hueso.

La cabeza de Mordred, medio amputada del cuerpo por la fuerza con que Artor había asestado el golpe, quedó apoyada sobre el hombro derecho, en una imagen grotesca. La boca se le había llenado de sangre y al caer manó de ella un surtidor escarlata que alcanzó al monarca en los pies.

Mordred estaba muerto y Artor aún resistía, aunque el cielo le daba vueltas y apenas notaba el suelo. El fiel Gareth llegó al instante junto al monarca, pese a que él también sangraba por varios sitios. Agotado, Artor se recostó sobre su servidor, observando la batalla que seguía disputándose a su alrededor, como si estuviera en una nube.

Los pictos siguieron luchando hasta que murieron todos exterminados, aunque cosecharon buen número de celtas en la derrota. Perdidos y desnortados, los brigantes empezaron a correr despavoridos al darse cuenta de que Mordred había muerto.

—Dejadlos que se vayan —ordenó Artor—. Su pinturero rey ha muerto; que la tribu viva con la vergüenza de la traición para siempre. Que corran hasta que no les queden más que muñones desgarrados.

En cuanto convencieron al monarca de que debía descansar, avisaron a Taliesin. Las tropas estaban limpiando de heridos el campamento, reuniendo los cadáveres de los compañeros para incinerarlos, y echando al río los cuerpos enemigos.

—Que el mar consuma esos cuerpos —había ordenado Artor. Y sus instrucciones fueron seguidas al pie de la letra.

Una vez en la tienda, mientras le retiraban la armadura y le aplicaban vendas limpias sobre las heridas, el rey por fin cedió el férreo control que había ejercido hasta entonces. Taliesin se abrió paso a grandes zancadas por entre los jefes militares y se arrodilló junto al camastro del rey supremo, intentando ver dónde le habían puesto su bolsa de cuero.

En cuanto vio el tremendo corte en forma triangular que tenía su señor, y que apenas rezumaba sangre, supo que Artor estaba herido de muerte.

A LA ÚLTIMA luz de la tarde tres mujeres cruzaban cabalgando las tierras bajas que se extendían bajo Mamucium. Una tenía el pelo claro como la plata; otra era morena, de un negro tan intenso como el ala de un cuervo sobre la nieve; y el cabello de la tercera recordaba al color que presentan las hojas caídas al anochecer. Venían del oeste, del este y del norte.

Las tres reinas llegaron al campamento de Artor al día siguiente de la batalla.

La reina Enid de los otadinos no había visto a Artor desde aquella dura noche en que nació Galahad, su hijo. Fue entonces cuando supo en lo más íntimo de su alma que su marido, Galván, era el amante de la reina y cuando derramó amargas lágrimas sobre la cabecita del bebé. Ahora lloraba la muerte de su hijo, como Galván, que se encontraba metido en una terrible guerra de desgaste contra unos rebeldes que pretendían arrebatarle el trono. Sabiendo que su marido había deseado tanto estar con su tío por última vez, Enid tuvo claro lo que debía hacer. Presentarse ante Artor para ofrecerle la lealtad de los otadinos, aunque fuera por boca de una mujer.

Las tres reinas se habían reunido en Mamucium, según Niniana había previsto.

Cuando llegaron al campamento, silencioso y sumido en la bruma que salía de las piras crematorias, los guerreros se inclinaban a su paso, sintiéndose presos de cierta nefanda hechicería; era como si el aire que respiraban se cargara de una energía extraña y las reinas personificaran el agua, la tierra y el viento. La magia había regresado a occidente, ese era el rumor que corría entre las tropas, y nadie en su sano juicio debería hablar con aquellas reinas que llegaban del Más Allá a recolectar almas humanas.

Artor estaba tumbado boca arriba en un camastro, su anciano rostro quebrado por el dolor y la preocupación. Taliesin, arrodillado junto al moribundo, intentaba con

mucha dificultad darle a beber un somnífero. Artor sabía que se le acababan las fuerzas, pero mantenía la cabeza clara y la mirada despierta.

—He llegado al fin de mi tiempo en esta tierra —murmuró—. Y no es tan tremendo.

Al ver la cara de Enid, Artor sonrió con cierto reparo.

—¿Está bien Galván, señora? —preguntó—. Dile que entre nosotros no hay nada que nos separe. Y que en mi ausencia, proteja la tierra de los otadinos.

—Shh, señor —dijo Enid—. Galván lo hará con mano firme.

—¿Niniana? —el rostro de Artor se iluminó al reconocer en la penumbra los alegres rasgos de la dama—. No has cambiado casi, con el paso de los años. ¿Sigues conservando mi marca?

—Hasta la muerte, señor —La Dama del Lago se levantó la túnica verde grisáceo que llevaba puesta, para que Artor viera que el dragón rampante seguía allí, en la pierna derecha.

—Ese tatuaje lo hizo Odin —dijo mientras se le oscurecían los ojos por el dolor del recuerdo—. Odin ha muerto. Murió protegiéndome de Mordred.

—Odin había decidido su destino hace ya muchos años —explicó Niniana con dulzura.

—He echado mucho de menos a Myrddion, Niniana. Habría dado cualquier cosa por volverlo a ver.

—Te está esperando.

Cuando Anna se acercó al rey supremo, la tierna expresión de Gallia lo abrazó desde la tumba.

—Mi señora, tú no debías haber venido a este sitio —le reprochó levemente Artor —. Los campos de batalla no son lugar que te corresponda.

Anna acarició las manos del anciano con dedos tan encallecidos como los del propio Artor.

—¿De verdad pensabas que podrías mantenerme al margen, padre? Por fin puedo decirte que ese largo silencio tuyo no me ha herido. Hay asuntos más importantes que los simples deseos humanos y yo, lo mismo que mi madre, eso siempre lo entendimos. Quédate tranquilo, padre, porque tu larga misión está concluida.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio, señor. Y ahora duerme, que nosotras te cuidamos. No temas a la oscuridad porque hemos venido a iluminarte el camino.

—No estaría mal descansar un poco, pero aún hay tanto que hacer.

Niniana sonrió.

—Otros terminarán lo que tú has empezado. Duerme y sueña, querido Artor.

El rey supremo suspiró y se le empezaron a cerrar los ojos. Pero, de repente, los abrió otra vez, sacando fuerzas de donde pudo y dijo que llamaran a Bedwyr. Se le veía tan desasosegado que Niniana ordenó que el cornovio se presentara inmediatamente.

En la batalla Bedwyr había lanzado una carga de caballería desde el extremo derecho de la formación, posición en la que había insistido mucho Artor para proteger al Cuchillo de Arden. Pero pese a todo, nadie pudo evitar que Bedwyr se hiciera con una amarga cosecha de cadáveres de brigantes que huían por el río y por el camino a Bremetennacum. Había perseguido a los traidores como si de alimañas se tratara.

Ahora, atendiendo a la llamada de Artor, vino corriendo. Se detuvo fuera de la tienda para atusarse el pelo y el jubón, y se presentó ante el rey supremo.

Hizo una profunda reverencia.

—Bedwyr, amigo, tienes que asegurarte de que le den Excalibur a Lady Niniana. Ella sabrá qué hacer con mi espada. Cuídala y dame tu palabra.

La mirada de Bedwyr expresaba una mezcla de sorpresa, tristeza y dolor incontrolables.

Artor se recostó en la almohada.

—¿Qué se ha hecho con Odin?

—Lo tenemos con los demás muertos de tu guardia personal, mi rey. Los incineraremos por la mañana. ¿Deseas que preparemos algo especial para tu amigo?

Artor movió la cabeza.

—Odin era un guerrero y no quiero deshonrarlo mandándolo a que se reúna con sus dioses solo. Que sus cenizas se mezclen con las de mis hijos. Los que hayan sobrevivido, serán ahora la guardia de Antor. Los juramentos que hicieron ante mí le pertenecen ahora al hijo del rey Bran. Dale al niño también mis rollos… y mis mapas.

Anna estaba a punto de llorar, le temblaban los labios, pero no vertió una lágrima. Agotado, Artor cerró los ojos.

—Ahora tiene que descansar, madre —dijo Taliesin, frotándose los ojos con los nudillos, como un niño triste—. No sé si aguantará mucho ya.

Al salir de la tienda, las tres reinas se encontraron en medio del organizado bullicio de un ejército victorioso. Junto a la orilla, a cierta distancia del campamento celta, habían dispuesto los cadáveres sobre unas balsas de madera en un montón inmenso. Más acá, en una imagen mucho más patética, se alzaba una pirámide más pequeña de leños y guerreros caídos, preparados para la incineración, con Odin en la parte más alta.

—Ay, corazón valeroso —susurró Niniana—. El Asgard está esperándote.

—Ahí no va a ir —dijo Bedwyr con una voz arrebatada por lágrimas contenidas —. No, si Artor decide ir al Más Allá de los romanos. Rey y criado están unidos para siempre, y Odin renunciaría gustoso a su cielo para complacer a su señor.

Un grupo de jinetes celtas cruzó el río con armas y escudos, para amontonarlos en una pila enorme que estaban haciendo con todo lo que habían recogido del campo de batalla. Cuando los soldados vieron a Bedwyr con las reinas, saludaron respetuosamente y se dirigieron al rey cornovio.

—Una buena caza, señor. Ni un solo picto regresará a las tierras altas y los

brigantes quedaron machacados. Nuestro rey ha ganado una espléndida victoria.

—Sí, soldados. Sí —repitió Bedwyr pronunciando las palabras muy lentamente.

Cuando se fueron los hombres, Bedwyr se volvió hacia las reinas. Tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Y ¿quién va a contener a los sajones en Lavatrae y en la maravillosa Melandra? Ahora va a caer todo, toda la belleza que creó.

—Pero mira a tu alrededor, Bedwyr —dijo Anna señalando con el dedo el terreno, todo embadurnado de sangre, el humo que salía de la pira de los animales y el inmenso depósito de armas, armaduras y escudos que tan rotundamente hablaban de muerte y violencia. Había además una carreta ya cargada con objetos de valor que habían arrebatado a los caídos, preparada para salir hacia Cadbury—. ¿Qué belleza hay aquí, salvo el compañerismo de los soldados? ¿Quién va a ver aquí la lealtad, el amor o la responsabilidad? ¿Con qué ojos? Pero esos valores quedarán en este lugar, por mucha sangre que ahora corra por la tierra y por mucho que la corrupción tiña el aire de repugnantes efluvios carroñeros. Siéntelo, Bedwyr. La tierra sigue. Somos nosotros los que nos descomponemos y los que morimos.

—Artor no puede morir aquí —dijo Enid en voz baja—. Durante un breve periodo de tiempo, nadie se atreverá a invadir occidente, al menos hasta que los sajones se enteren de que ha muerto y que se ha internado en las sombras. Debemos llevarlo a Glastonbury y allí realizaremos el ritual que merece.

—¡No! —exclamó Bedwyr—. No lo mováis. El ejército se desmoronaría y quizá se recupere, si le cuidamos bien.

—Tenemos que trasladarlo —dijo Niniana con firmeza—. La seguridad de occidente exige que el rey Artor salga de este campo de batalla en calidad de rey supremo. Reúne a las tropas, amigo Bedwyr, que quiero dirigirme a ellas. Mientras tanto, prepara una carreta con todo lo necesario para que Artor vaya cómodo durante el viaje. Taliesin sabrá lo que hay que hacer.

Niniana se volvió hacia Bors y Pelles el Menor, que habían ido a la tienda de Artor buscando a Bedwyr. Uno y otro estaban nerviosos, sin dejar de moverse. No eran particularmente supersticiosos, pero notaban que a partir de esa extraña tarde iban a surgir nuevas leyendas.

—Tú, Bors, junto con Pelles, quedáis encargados de que nuestros soldados vuelvan a sus casas —ordenó Niniana—. Después asegurad Cadbury Tor hasta que Artor se recupere o su sucesor asuma el trono como nuevo rey supremo de los britones. ¡No nos falléis!

Los dos capitanes bajaron la cabeza respetuosamente. Si les parecía raro seguir instrucciones dadas por una mujer, no lo mostraron, pese a que en la intimidad se preguntaban si estas reinas eran mortales o no.

Al amanecer Odin fue incinerado junto con los hombres de la guardia personal de Artor y partió a encontrarse con sus dioses. Como Artor quiso estar presente, lo sentaron en su silla de campaña y le dieron algo de jugo de amapola para que

soportara mejor el dolor. Durante toda la ceremonia mantuvo un gesto sereno, pero según algunos soldados, el rey lloró al ver cómo se quemaba para siempre el cuerpo de Odin.

Todo ese día lo pasaron organizando los preparativos del viaje y ya tarde, al anochecer, encendieron antorchas y fuegos de campamento para reunir a las tropas a la orilla del río. Las reinas avanzaron sobre sus monturas, para dirigirse a los guerreros, mientras Gareth y Taliesin se ocupaban de colocar a su señor en una carreta cubierta de pieles. Bedwyr sostenía las riendas, esperando órdenes.

Cuando Niniana se dirigió a los soldados, sus palabras se alzaron por entre los murmullos con voz clara y pura, como un suave tintineo de campanillas.

—¡Hombres de occidente! ¡Valerosos corazones del rey! Os habéis esforzado en estos campos atroces para librar a vuestras tierras de un peligro mortal. Es hora de que descanséis. Artor, el rey supremo de los britones, ha caído herido mientras luchaba a muerte con el Matricida, Mordred. Por eso estamos aquí, para llevarnos al rey a Glastonbury, donde pueda ser bien atendido. No temáis. No os desesperéis. Sabed que cuando su pueblo más lo necesite, el rey supremo regresará. Yo, Niniana, la Dama del Lago, juro que esto que digo es cierto.

Después habló Anna. Los hombres la miraban y al reconocer en ella, en los elegantes rasgos de su rostro, el parecido con su amado rey, aceptaron de inmediato que se dirigiera a ellos.

—Sabéis quién soy, hombres de occidente. Soy Anna, pariente del rey Artor y no miento. Di a luz a los gemelos Balyn y Balan, que lucharon con vosotros en nuestro último verano sajón, y que entregaron su juventud por occidente. Cuando dentro de poco abracéis a vuestras esposas y a vuestros hijos, el rey supremo estará con vosotros. Cuando marchéis a luchar contra los sajones otro verano, Artor cabalgará a vuestro lado y cuando tengáis que enfrentaros a la última oscuridad, intercederá por vosotros ante vuestros dioses, para haceros el camino más fácil. Juro que Artor nunca morirá, porque es más que simple carne mortal. Sólo tenéis que llamarlo y acudirá, acudirá a vuestros corazones, siempre que actuéis con valor y con honor.

El miedo y la angustia de la multitud se alzaron en una oleada de gritos y oraciones. La reina Enid hablaba tan bajito que los hombres tenían que ir repitiéndose lo que decía de fila en fila.

—Gente de occidente. Traigo el compromiso del rey Galván: en nuestras tierras los celtas del otro lado del muro siempre encontrarán puerto seguro y si sobre nosotros cae algún otro verano sajón, Galván se entregará en cuerpo y alma para honrar el juramento que selló con el rey supremo. Cobrad fuerzas, hombres de occidente. No estáis solos, pese a que vientos de dolor arrasen vuestros corazones. Os lo prometo en nombre de mi rey y por la muerte de mi hijo, Galahad.

De entre las filas surgieron ovaciones sueltas.

—No temáis, gentes de occidente —dijo Niniana levantando Excalibur con sorprendente facilidad—. La espada del rey está con vosotros, por grave que sea el

problema, o la soledad que aún os toque vivir. Ninguna otra mano la blandirá nunca, más que la de Artor. Así que manteneos fieles a Artor y honrad siempre al Guerrero de Occidente.

Al principio la gente murmuraba, no creía lo que estaba viendo, pero al punto todos los congregados sintieron que les invadía un valor rotundo y gritaron emocionados. Tanto si el rey moría como si sobrevivía, era suyo para siempre.

Niniana hizo un gesto a Bedwyr y la carreta emprendió viaje, escoltada por las tres reinas que iban abriendo paso a lomos de sus monturas.

Y así salió Artor del campo de batalla, en que tanto había arriesgado y tanto había perdido. Esa despedida podría haber resultado ignominiosa para sus soldados, el rey, en carreta, tumbado sobre un confortable lecho que le evitaba la agonía del dolor. Pero su espíritu había investido a los guerreros que lo acompañaban de un valor y de una dignidad extraordinaria. Los hombres marchaban con la cabeza bien alta y los caballos trotaban con orgulloso pavoneo.

Los soldados se dispusieron a ambos lados del camino, con las armas levantadas para rendirle honores, y lo vitoreaban a su paso, llenando con sus voces el aire de la tarde en emocionada despedida.

—¡*Ave*, Artor, Guerrero de Occidente!

Artor oía los vítores, repetidos una y otra vez, mientras se despedía de todos aquellos que le habían conocido y querido como hombre. Y al sentirlo, empezaron a resbalársele lágrimas por las mejillas.

El rey supremo desapareció del reino de los celtas y ya nadie volvió a verlo nunca más.

EPÍLOGO

UN DÍA GRIS, bañado por los tonos herrumbrosos de las primeras hojas de otoño, Taliesin y Lady Niniana regresaban al lago que se abría por los alrededores de Caer Gal. Se sentían un tanto apesadumbrados, ahora que casi había concluido cada uno sus tareas. Niniana lloraba al rememorar cómo habían lavado las tres —ella, Enid y Anna— el anciano cuerpo del monarca, reducido ya a un sólido armazón de huesos cubiertos de una piel fláccida, que ni por asomo recordaba a lo que había sido en su juventud. Aún les quedaba un largo camino a Glastonbury, pero había que dedicar ese tiempo a atender de la mejor manera a su rey.

Anna le había besado las manos, trabajadas y curtidas por el sol, que aún conservaban parte de su belleza, largas y delicadas. Enid, mientras tanto, le lavaba los pies y se los secaba con sus cabellos, a la manera en que lo había hecho con Jesús, María la prostituta quinientos años antes. La reina de los otadinos no encontraba blasfemia alguna en lo que hacía.

Niniana se encargó de cerrarle la herida mortal que tenía y de introducirle entre los dientes una moneda de oro para pagar al Barquero, sabiendo como sabía que las costumbres romanas siempre habían sido del agrado del rey. La moneda llevaba grabada la cabeza de Octavio. Y Niniana estaba segura de que Artor se sentiría confortado con el regalo.

En el largo viaje a Glastonbury los comerciantes y peregrinos se echaban a un lado para dejar pasar la caravana rendidos a un supersticioso temor, porque ¿quién se atrevía a mirar a aquellos rostros de marmórea belleza sin admitir que algo raro estaba pasando por semejantes caminos polvorientos?

En Glastonbury los monjes recitaban sus plegarias, rogándole a Dios que intercediera por el alma de Artor, el célebre hijo de Uter Pandragón, y la tuviera en su gloria.

—Puede que sus oraciones sirvan para que tarde menos en llegar al paraíso —observó reflexivo el obispo Mark, mientras un grupo de curas cavaban la sepultura de Artor junto a la de los religiosos que tantos servicios habían prestado a Glastonbury y al propio monarca.

—Pero sólo entrará en el paraíso si vuestro dios acoge también a Targo, a Myrddion, a Odin y al resto de amigos paganos que tenía —contestó Niniana muy resuelta—. Mi rey no consentirá traspasar las puertas del cielo sin ellos.

El obispo Mark ofició una misa de réquiem en la capillita de Glastonbury por la salvación del alma de Artor. Asistieron las tres reinas, Taliesin, Bedwyr y los supervivientes de la guardia personal del rey. Antor, con la barbilla alta para ocultar

las lágrimas que amenazaban con desvelar su fragilidad, estaba junto a su abuela, fuertemente agarrado a ella de la mano.

Al final, Mark habló por boca del rey supremo, porque había sido él quien atendió a la primera y última confesión del monarca. Y sabía de la profundidad y la grandeza que marcaban su espíritu.

—No voy a hablar de pecados, porque las faltas del rey Artor están perdonadas por la gracia de la confesión. No hablaré de culpas, porque el rey Artor cargaba con la vergüenza de ciertas acciones que él no había provocado; tenía conciencia. Pero sí quiero hablar de lo que hizo, porque sus hazañas sobrevivirán al amplio y profundo fluir del río de la vida.

»Durante un tiempo, Artor salvó el mundo en que vivíamos. Mientras gobernó en Occidente los sajones no pusieron el pie en nuestras fronteras, en lo que él decidió que fueran las fronteras de nuestro reino. No se quemaron iglesias, porque el rey supremo se entregó en cuerpo y alma para protegernos de los bárbaros. Renunció a todo lo que hombres menos nobles que él atesoran, solo por asegurarse de que hombres y mujeres normales tuvieran lo que él no tuvo: la tranquilidad del hogar y una vida agradable.

»No os preocupéis ni os lamentéis si al final el legado de Artor fracasa. Sin Artor los sajones habrían destruido Occidente hace treinta años, igual que sé que dentro de nada los tendremos a las puertas de Glastonbury. Pero Artor nos dio algo del aliento que nos servirá para civilizar al enemigo, y evitar que nuestra tierra sea destruida del todo. Los Mordreds de estas islas no son nada, palabrería y bravuconadas que utilizarán para aterrorizar a nuestros hijos. Pero Artor se convertirá en la representación de nuestros sueños y nuestras aspiraciones, y el hombre que fue caerá en el olvido. Puede que sea una pena, porque Artor era bueno, fuerte y leal. Pero como él hay muchos. Lo que nos enseñó es lo que perdurará. No mentías, Niniana, cuando prometiste a las tropas que Artor regresará, una y otra vez, siempre que lo necesitemos. Viviremos de su recuerdo y con él nos haremos más fuertes y mejores. Rezad conmigo por el verdadero rey que se esconde bajo la leyenda que lo sobrevivirá, porque nunca habrá guerrero digno de ocupar su puesto.

Cuando a Artor lo colocaron bajo la gran losa de piedra que cubriría su sepultura, el nuevo obispo de Glastonbury rezó en silencio durante mucho tiempo. Mark confiaba en que sus preces abrieran las puertas del cielo a su rey. Y también rogaba a Dios que se compadeciera de este hijo díscolo y bienintencionado que tenía.

Niniana, irreverente hasta el final, confiaba plenamente que el dios de los cristianos tuviera suficiente sentido del humor como para tratar con un tipo como su queridísimo Artor.

—¿Por qué lloras, madre?

La voz de Taliesin retrotrajo a Niniana a las colinas en que estaba su laguna, como un espejo plateado, sin rastro de vida ni onda alguna.

—Creo que a Artor no le importó morir, porque estaba seguro de haber

conquistado un futuro para su pueblo. Con el tiempo se convertirá en un símbolo de la lucha contra la extinción. Deberíamos alegrarnos, Taliesin, porque al fin Artor descansa en paz.

—Vaya perogrullada, madre. Estás llorando; o sea que no te alegras.

—Lloro por ti, por mí, por nuestro pueblo. Artor se ha ido y, por mucho que se lo prometiera yo a los guerreros, no volverá. Aunque, como sugería el obispo Mark, nuestro señor nos infundirá valor en el futuro, así que en ese sentido supongo que es inmortal. Nadie puede asesinar una idea.

Dos días después Bedwyr se unió a Niniana y a Taliesin, en una barquita en el centro del lago. Allí cumplirían su último acto de lealtad con Artor, el hombre y el rey.

—El pergamino que recoge la vida de Artor está terminado y se convertirá en polvo —dijo Niniana como en un recital—. Ahora entregaremos la espada de Artor, el sello de su poder, a las aguas del lago. Lánzala bien alto, Bedwyr, para que Artor vea que sus órdenes han sido cumplidas y que nadie nunca volverá a asir su empuñadura.

Bedwyr levantó el brazo lo más que pudo y Excalibur resplandeció a los últimos rayos de sol. Y desde lo más alto con un fuerte balanceo soltó el arma. La espada giró y se revolvió en el aire, cada vez más arriba, hasta que, al final, fue cayendo poco a poco. Y penetró en las aguas, con la hoja hacia adentro. Solo quedó un pequeño círculo de ondas para recordar a cuantos se acercaran que la heroica espada existió.

—Y ahora dejemos al rey supremo y sus creaciones para el recuerdo. Al menos podremos envejecer en paz.

EN LOS AÑOS que siguieron, las palabras de Niniana permanecieron en la mente de Bedwyr como un acertijo al que no dejaba de dar vueltas, algo complejo que intentaba resolver. En las escaramuzas de los sajones, que en los veranos se hacían cada vez más frecuentes, Bedwyr se dedicaba a combatir al enemigo, una y otra vez. Al final el joven Arturo y sus hermanos sustituyeron a Bedwyr y ejercieron con dignidad como reyes de los cornovios y en su inevitable avance hacia el oeste los sajones aprendieron a evitar los inhóspitos bosques de Arden.

Como predijo en su amarga época de juventud, Morgana murió pobre y demente en Hibernia. Nunca volvió a Tintagel, y al final apenas si recordaba a su adorado padre Gorlois. Privada como estaba de las más básicas facultades físicas, murió sin acordarse a qué o a quién había odiado tanto. Aunque si el corazón le había seguido latiendo tanto tiempo era por la ponzoña que guardaba dentro de sí.

Los dioses sonrieron a Wenhaver, que llegó a ser abadesa de la orden. Frívola, caprichosa y mandona hasta el final, murió en un lecho de rosas, quejándose de aquella maravillosa bañera que en su día tuvo que dejar atrás. Y si es que sacó algo de provecho de los largos años en que fue madre de los britones, nunca comentó nada

con las silenciosas mujeres de la orden.

Por una extraña lealtad a la belleza que había sido, el rey Galván trasladó su cadáver a Glastonbury, abrió la sepultura de Artor y colocó el cuerpo a su lado para que descansara junto a él para siempre.

Lo que Artor preveía, al final pasó. Los sajones cruzaron la línea montañosa y entraron en tromba en occidente. Legua a legua, pueblo a pueblo los celtas terminaron arrasados, absorbidos o expulsados a zonas limítrofes, junto al mar. Las tierras de los ordovicos, el reino de Gales, sirvieron de refugio a los celtas que quedaron, mientras que otros pasaron el muro o cruzaron el mar para refugiarse en la moderna Escocia o en Irlanda. Angleland pasó a ser Inglaterra.

Pero Cadbury no se desmoronó nunca, fue decayendo poco a poco. Tras décadas de gloria, la gente desapareció y con el tiempo la ciudadela quedó reducida a poco más que una colina cónica desde la que se divisaba el territorio, rodeada de enormes terraplenes. Desapareció todo su esplendor, pero las raídas banderas de su majestuosidad siguen ahí en las imponentes terrazas de hierba y en los árboles que refulgen en otoño bajo su cumbre desnuda.

Artor, el hombre, terminó cayendo en el olvido, salvo en calidad de prodigioso emperador que, según dicen, llegó a conquistar la Gallia y Roma. Como los escritores, incluso los reyes sajones y normandos intentaban aprovecharse de su nombre y obtener con el cierta (falsa) legitimación de su realeza, su leyenda y su fuerza crecieron enormemente, hasta que en determinado momento llegó a rivalizar con la de los emperadores de Constantinopla y de Roma. Cuánto se debía estar riendo Odin en el Valhalla al ver hasta dónde había llegado Artor con el tiempo. Aunque de Odin las leyendas no cuentan nada, Gareth y Percival sí encontraron su hueco en diversas historias, como caballeros famosos. A Odin le importaría bien poco, porque él había muerto defendiendo a su rey, cubriéndole las espaldas, como había jurado.

Un día, a los mil años, un curioso agricultor que merodeaba por sus labrantíos encontró pequeñas teselas de mosaico. Los investigadores llegaron en tromba a Bath y Villa Poppinidii cobró nueva vida, muchos siglos después de que el tiempo acabara con sus murallas. Gracias a las excavaciones, salieron a la luz todos sus tesoros, y así los niños de otra época pueden ver la influencia que tuvo Roma en su país.

La Piedra del Viejo Bosque también apareció en las excavaciones arqueológicas, aunque lo único que quedaba del jardín de Gallia eran los cimientos de la casa de Artorex. Los expertos y los arqueólogos nunca se explicaron bien por que había un monolito en el patio de una villa romana y por eso se ha escrito tanto sobre esa piedra. La verdad era mucho más prosaica de lo que los historiadores podían imaginar… e imaginaron.

Artor estaría muy entretenido, porque para él una pequeña mentira a tiempo podía valer más que una verdad.

Puede que tuviera razón, porque ahora los sueños de los más excelsos hombres y mujeres apenas llegan a igualar su gloria. El rey supremo vive en nuestros días

mucho más intensa y profusamente de lo que nunca vivió mientras estuvo en este mundo. Vive en millones de personas normales que habitan en un occidente mucho más amplio.

Así que Artor vuelve, amigos. ¿Lo reconoceréis cuando os llame por vuestro nombre?

GLOSARIO DE TOPÓNIMOS

SE INCLUYE UNA lista de topónimos de la Bretaña post-romana con sus equivalentes actuales.

Abone	Sea Mills, Avon
Abus Flood	río Humber
Anderida	Pevensey, Sussex oriental
Aquae	Buxton, Derbyshire
Aquae Sulis	Bath, Avon
Bravoniacum	Kirkby Thore, Cumbria
Bravonium	Leintwardine, Herefordshire
Bremenium	High Rochester, Northumbria
Bremetennacum	Ribchester, Lancashire
Burrium	Usk, Gwent
Cadbury	Cadbury, Somerset
Caer Fyrddin	Carmarthen, Gales
Caer Gai	Llanuwchllyn, Gwynnedd
Calleva Atrebatum	Silchester, Northamptonshire
Camulodunum	Colchester, Essex
Canovium	Caerhun, Gwynedd
Causennae	Saltersford, Lincolnshire
Corinium	Cirencester, Gloucestershire
Deva	Chester, Cheshire
Dinas Emrys	Ffestíniog, Snowdonia, Gwynedd
Durnovaria	Dorchester, Dorset
Durobrivae	Water Newton, Cambridgeshire
Durobrivae	Rochester, Kent
Durovemum	Canterbury, Kent
Eburacum	York, North Yorkshire
Forden	Welshpool, Powys
Glastonbury	Glastonbury, Somerset
Glevum	Gloucester, Gloucestershire
Isarium	Aldeborough, Yorkshire septentrional
Isca	Caerleon, Gwent
Isca Dumnoniorum	Exeter, Devon

Lavatrae	Bowes, Durham
Lindinus	Ilchester, Somerset
Lindum	Lincoln, Lincolnshire
Litus Saxonicus	Canal de la Mancha
Llandowery	Llandow, Glamorgan, Gales
Llanio	Bremia Llanio, Cardiganshire
Londinium	Londres, Londres metropolitano
Magnis	Kenchester, Herefordshire
Magnis	Carvoran, Northumberland
Mamucium	Manchester, Manchester metropolitano
Metaris Aest	The Wash (Estuario Norfolk)
Mona Island	Anglesea Island, Gales
Moridunum	Carmarthen, Dyfed
Nidum	Neath, West Glamorgan
Noviomagus	Chichester, Sussex occidental
Onnum	Halton, Northumberland
Pennal	Machynlleth, Snowdonia, Gwynnedd
Petuaria	Brough on Humber, Yorkshire
Portus Dubris	Dover, Kent
Ratae	Leicester, Leicestershire
Rutupaie	Richborough, Kent
Sabrina Aest	río Severn
Salinae	Droitwich, Worcestershire
Segontium	Caernarfon, Gynedd
Seteia Aest	ríos Dee y Mersey
Sorviodonum	Old Sarum, Wiltshire
Tamesis River	río Támesis
Thanet Island	Kent oriental (en la actualidad no es isla independiente)
Tintagel	Tintagel, Cornwall
Tomen y Mur	Llyn Trawsfynyff, Gwynedd
Trimontium	Newstead, Frontera con Escocia
Vectis Island	isla de Wight
Venonae	High Cross, Leicestershire
Venta Belgarum	Winchester, Hampshire
Venta Silurum	Caerwent, Gwent
Verterae	Brough, Cumbria
Viroconium	Wroxester, Shropshire
Verlamium	St. Albans, Hertfordshire

Y Gaer Newport, Gales meridional

Notas

[1] La *Arturiada* es el nombre con que suele hacerse referencia a un manuscrito, encontrado prácticamente intacto en 1969 al sur de El Cairo, en el que se recoge la visita de Catumandus a Britania en los años 496-518, y que parece resolver el enigma de la existencia del rey Arturo. <<

[2] Traducción de Luis Lerate. En *Beowulf y otros poemas anglosajones*. Siglos VII-X. Trad. del anglosajón y edición de Luis Lerate y Jesús Lerate, Alianza Editorial, 1999. <<

[3] Mar del Norte *(N. de la T.)* <<

[4] Mar de Irlanda <<

[5] Pira funeraria. <<